

Brandon Sanderson crea mundos, y esos mundos están conectados. Su universo se expande por las sagas *El Archivo de las Tormentas* y *Nacidos de la Bruma* (*Mistborn*), también por obras como *Elantris*, construyendo una constelación de reinos llamado **Cosmere**.

Ahora este espectacular volumen recopila, por primera vez, nueve relatos y novelas cortas representativos de cada uno de esos mundos, con sus distintos sistemas de magia. La colección del Cosmere abarca los límites conocidos del universo de Sanderson —incluida una novela corta inédita de *El Archivo de las Tormentas*, *Danzante del Filo*—, así como ilustraciones, notas... y secretos.



Brandon Sanderson

Arcanum ilimitado

La colección del Cosmere

ePub r1.0

libra 29.04.2020

Título original: Arcanum Unbounded: The Cosmere Collection

Brandon Sanderson, 2016

Traducción: Manuel Viciano & Manuel de los Reyes & Rafael Marín Trechera

«

La esperanza de Elantris

» traducción de: Manuel de los Reyes

«

El alma del emperador

» traducción de: Rafael Marín Trechera

Arte de cubierta: David Palumbo

Colección NOVA nº 282

Editor digital: libra

ePub base r2.1



Para Nathan Hatfield,
que ayudó a crear el Cosmere.



7.º Aniversario
ePubLibre

Más libros, más libres

se

Agradecimientos

Si tuviera que dar las gracias una por una a todas las personas que me han ayudado con todos los relatos de este libro, esta sección abarcaría tanto como las propias historias. Lo que voy a hacer es centrar esta nota en quienes ayudaron a reunir esta colección, además del equipo que trabajó en *Danzante del Filo*, la novela corta que se publica por primera vez en esta antología.

Pero también querría dedicar un momento a agradecérselo de corazón a todos los que han trabajado conmigo en mi ficción breve a lo largo de los años. Al principio de mi carrera, jamás me habría atrevido a considerarme un escritor de narrativa breve, pero diez años de práctica han servido de algo y los relatos de esta antología son el resultado. (Aunque debo advertiros que aquí estoy usando la palabra «breve» sin demasiado rigor: la mayoría de estas historias son largas para tratarse de ficción breve).

Muchas personas maravillosas me han ayudado a lo largo de los años. La mayoría de ellas son los nombres que soléis encontrar al principio de mis novelas. He tenido la fortuna de contar con mucho ánimo, comentarios y apoyo a lo largo de mi carrera.

Para *Arcanum ilimitado* en concreto, Isaac Stewart, mi colaborador artístico desde hace mucho tiempo, es el responsable de las hermosas guardas, las cartas estelares y la mayoría de los símbolos que encontraréis en este libro. Ben McSweeney realizó las ilustraciones de las distintas historias, Dave Palumbo se encargó de la portada y Greg Collins fue el diseñador.

Moshe Feder, editor de todas mis novelas de fantasía épica, fue también el editor de este proyecto... y aunque no fue el editor oficial de muchos relatos cuando se publicaron por primera vez, tiene costumbre de inmiscuirse y hacer revisiones, sin cobrar, de toda la narrativa breve que escribo —es más, se enfada si no le envío las historias y se niega a facturar cuando intento pagarle las revisiones—. Ha hecho muchísimo trabajo desinteresado a lo largo de todos estos años y me ha ayudado a convertirme en autor de ficción breve, por lo que merece elogios adicionales.

Y como siempre, el incitador Peter Ahlstrom fue el director interno de mis esfuerzos editoriales. (Pero interno de verdad, porque trabaja desde mi casa). Peter es el encargado de recopilar los comentarios de mis distintos lectores de prueba, añadir sus propias notas editoriales y sobre continuidad y luego pulirlo todo después de que yo haya aplicado la tijera de podar a las historias.

El revisor del texto fue Terry McGarry. De la gente de Tor, gracias a Tom Doherty, Marco Palmieri, Patti Garcia, Karl Gold, Rafal Gibek y Robert Davis.

Joshua Bilmes fue mi agente para este libro en los Estados Unidos, y John Berlyne en el Reino Unido. Muchísimas gracias a todo el mundo de sus respectivas agencias.

Entre nuestros lectores alfa y gamma para *Danzante del Filo* se cuentan Alice Arneson, Ben Oldsen, Bob Kluttz, Brandon Cole, Brian T. Hill, Darci Cole, David Behrens, Eric James Stone, Eric Lake, Gary Singer, Ian McNatt, Karen Ahlstrom, Kellyn Neumann, Kristina Kugler, Lyndsey Luther, Mark Lindberg, Matt Wiens, Megan Kanne, Nikki Ramsay, Paige Vest, Ross Newberry y Trae Cooper.

Y como de costumbre, termino dando mi más sentido agradecimiento a mi familia: Joel, Dallin, Oliver y Emily. ¡Sois maravillosos!

Prólogo

El Cosmere siempre ha estado plagado de secretos.

Desde la distancia, puedo señalar varios momentos cruciales en mi gran plan. El primero fue la creación de Hoid, que se remonta a mi adolescencia, cuando concebí a un hombre que conectaba mundos que no sabían de la existencia de los demás. Una persona que conocía el secreto que nadie más entendía. Cuando leía libros de otros autores, insertaba mentalmente a ese hombre al fondo de las escenas, lo imaginaba como la persona aleatoria a la que se describe de entre una muchedumbre... y soñaba con la historia tras la historia de la que formaba parte.

El segundo momento que ayudó a que todo esto cuajara fue leer los libros más adelantados de la saga «Fundación» de Isaac Asimov. Me impresionó la forma en que lograba enlazar las novelas de la «Serie de los robots» y las de «Fundación» en una sola historia grandiosa. Entonces supe que yo quería crear algo parecido, una saga épica que superara la épica. Una historia que abarcara diversos mundos y eras.

Y el tercer momento fue la primera aparición de Hoid en una novela. Lo añadí con nerviosismo, preocupado por si podría hacer que todo funcionara. En ese punto, todavía no tenía urdido mi gran plan para el Cosmere, sino solo una noción de lo que quería hacer.

Ese libro fue *Elantris*. La siguiente novela que escribí, *Dragonsteel*, no llegó a publicarse. Tampoco era demasiado buena, pero en ella concebí el trasfondo de Hoid y de un universo entero al que llamé el Cosmere. Ninguna editorial compraría *Elantris* hasta varios años más tarde, y cuando sucedió, ya tenía claro el plan general. «Nacidos de la bruma», «El archivo de las tormentas» y *Elantris* se convirtieron en su núcleo, y encontraréis historias relacionadas con las tres en esta recopilación.

Supongo que la mayoría de la gente que lee mi obra no sabe que muchos de los libros están relacionados, que incluyen una historia oculta tras la historia. Me gusta que así sea. Explico a menudo que no quiero que los lectores tengan la sensación de que deben memorizar todos mis libros para disfrutar de una narración. De momento, «Nacidos de la bruma» es solo «Nacidos de la bruma» y «El archivo de las tormentas» es solo «El archivo de las tormentas». Las historias de esos mundos ocupan el primer plano.

Lo cual no quiere decir que no haya indicios. Muchos indicios. La idea inicial era que esos cameos entre los mundos fuesen mucho menores, sobre todo al principio de todo. Sin embargo, a muchos lectores les

encantaron, y eso me hizo comprender que no tenía por qué ser tan quisquilloso con la historia oculta como lo estaba siendo.

Sigo moviéndome en el límite. Escribo todas mis historias con la intención de que estén autocontenidoas, por lo menos en el contexto de su propio mundo. Pero si hurgáis un poco, hay mucho más que saber. Más secretos, como diría Kelsier.

Esta antología se acerca un paso más a la naturaleza interconectada del Cosmere. Cada relato viene prologado con una anotación de Khriss, la mujer que ha estado escribiendo los apéndices titulados «*Ars Arcanum*» que aparecen al final de las novelas. También encontraréis las cartas estelares de cada sistema solar. Con detalles como esos dos, esta antología es lo más cerca que he estado hasta la fecha de conectar los mundos. Sugiere lo que terminará por llegar: crucees propiamente dichos en el Cosmere.

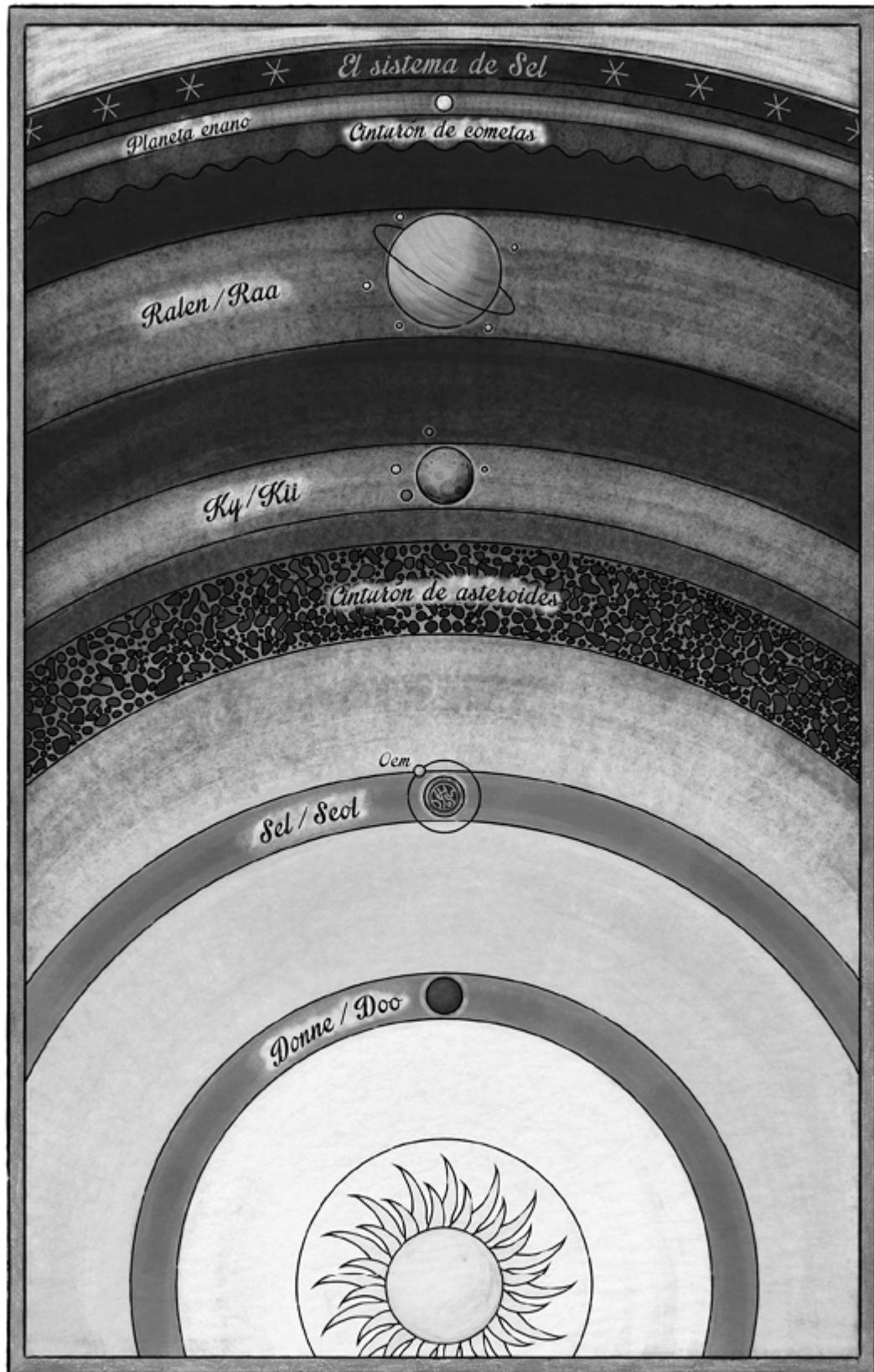
El momento de publicar esas novelas combinadas todavía no ha llegado. Si todo esto os abruma, sabed que la mayoría de estas historias pueden leerse de forma independiente. Algunas de ellas transcurren cronológicamente después de novelas que están publicadas, y se os advierte de ello al principio para que podáis evitar destripároslas si queréis.

Ninguno de los relatos de esta recopilación requiere tener conocimientos del Cosmere como un todo. Lo cierto es que la mayor parte de lo que sucede en el Cosmere aún no está revelada, así que es normal que no estéis al día con todo ello.

Dicho esto, prometo que esta recopilación no solo os traerá preguntas, sino, por fin, algunas respuestas.

El Sistema de Sel





El núcleo de este sistema es el planeta Sel, cuyos distintos imperios tienen la particularidad de que, a grandes rasgos, cada uno se ha mantenido ignorante de los asuntos de los demás. Se trata de una ignorancia deliberada, mediante la que cada uno de los tres grandes dominios finge que los otros son meras anotaciones en el mapa, apenas dignas de mención.

El propio planeta facilita esa situación, ya que es más grande que la mayoría, con un tamaño de aproximadamente vez y media y una gravedad de 1,2 veces el estándar del Cosmere. Sus descomunales continentes y amplios océanos engendran una gran variedad de territorios, que en este planeta concreto presentan una diversidad extrema. En el planeta pueden hallarse llanuras cubiertas de nieve y extensos desiertos, hecho que habría encontrado notable en mi primera visita de no ser porque para entonces ya había descubierto que tal es el estado natural de muchos planetas del Cosmere.

Sel es destacable por ser biesquirlado, uno de los pocos planetas del Cosmere en atraer dos Esquirlas de Adonalsium distintas: Dominio y Devoción. Dichas Esquirlas ejercieron una influencia crucial en el desarrollo de las sociedades humanas del planeta, y la mayoría de sus tradiciones y religiones se derivan de ambas. Otra característica única es que los mismos idiomas y los alfabetos que se emplean hoy en día por todo el planeta se vieron influidos directamente por las dos Esquirlas.

Creo que, al principio, las Esquirlas adoptaron una actitud despreocupada hacia la humanidad y que la sociedad cobró forma a partir del lento pero constante descubrimiento de los poderes que impregnaban el terreno. Sin embargo, tal afirmación es difícil de confirmar con certeza, ya que, en algún momento del pasado lejano, se destruyeron tanto Devoción como Dominio. Su Investidura, es decir, su poder, fue Astillada, sus mentes arrancadas, sus almas enviadas al Más Allá.

No estoy segura de si su poder quedó libre para asolar el mundo sin control durante un tiempo o si se contuvo de inmediato. Todo esto sucedió durante los tiempos de la prehistoria humana en Sel.

En la actualidad, la mayor parte de la Investidura que componía los poderes de Dominio y Devoción está atrapada en el Reino Cognitivo. Estos poderes, que tienen una relación polarizada, reciben colectivamente el nombre de Dor. Obligados como están a permanecer juntos, atrapados y ansiosos por escapar, alimentan las distintas formas de magia en Sel, que son multitud.

Dado que el Reino Cognitivo tiene ubicaciones diferenciadas (al contrario que el Reino Espiritual, donde reside la mayor parte de las formas de Investidura), la magia de Sel tiene una fuerte dependencia de la posición física. Además, las reglas de la percepción y el propósito se ven muy magnificadas en Sel, hasta el punto de que el lenguaje —o las

funciones similares— conforman directamente la magia al extraerla del Reino Cognitivo y darle uso.

Esta superposición entre el lenguaje, la ubicación física y la magia en el planeta se ha convertido en una parte tan integral del sistema que hasta los cambios más sutiles en uno de ellos pueden tener profundos efectos en cómo se accede al Dor. De hecho, creo que el territorio mismo ha sido Investido hasta el punto de que tiene una creciente conciencia de sí mismo, de una forma inaudita en cualquier otro planeta del Cosmere. No sé cómo pudo ocurrir esto ni qué consecuencias tendrá.

He empezado a preguntarme si estará ocurriendo en Sel algo con mayor alcance del que estimamos desde las universidades de Luzdeplata. Quizá los Ire sepan más, pero se niegan a hablar del tema y han rechazado repetidas veces mis solicitudes de colaboración.

Debería mencionar, aunque sea con brevedad, las entidades conocidas como los seones y los skaze, Astillas de Investidura conscientes de sí mismos que han desarrollado particularidades al estilo humano. Creo que están relacionados con el misterio de la naturaleza de Sel.

El resto del sistema tiene poca relevancia. Aunque existen otros planetas, solo otro se halla en una zona habitable, aunque por los pelos. Es árido, inhóspito y propenso a unas terribles tormentas de arena. Su cercanía al sol, Mashe, lo vuelve demasiado cálido, incluso para alguien que haya pasado una buena parte de su vida en el lado diurno de Taldain.

El alma del emperador





Prólogo



Gaotona pasó los dedos por el grueso lienzo, examinando una de las mejores obras de arte que jamás había visto. Por desgracia, era un fraude.

—Esa mujer es un peligro —susurraron unas voces a su espalda—. Lo que hace es una abominación.

Gaotona inclinó el lienzo hacia la luz anaranjada rojiza de la chimenea y entornó los ojos. A su edad, ya no tenía la vista como antes. «Qué precisión», pensó mientras estudiaba las pinceladas, palpando las capas de densos óleos. Exactamente iguales que en el original.

Nunca habría advertido los errores por sí mismo. Una flor ligeramente desviada de su posición. Una luna que estaba una pizca demasiado baja en el cielo. Sus expertos habían necesitado varios días de detallado análisis para encontrar los errores.

—Es una de las mejores Falsificadoras vivas. —Las voces pertenecían a los otros árbitros, los colegas de Gaotona, los burócratas más importantes del imperio—. Tiene una reputación tan grande como el imperio. Debemos ejecutarla para dar ejemplo.

—No. —Frava, la cabecilla de los árbitros, poseía una intensa voz nasal—. Es una herramienta valiosa. Esta mujer puede salvarnos. Debemos utilizarla.

«¿Por qué? —pensó de nuevo Gaotona—. ¿Por qué alguien con esta capacidad artística, esta majestad, se dedica a la falsificación? ¿Por qué no crear pinturas originales? ¿Por qué no ser una verdadera artista?».

«Debo entenderlo».

—Sí —continuó Frava—, la mujer es una ladrona y practica un arte espantoso. Pero yo puedo controlarla, y gracias a su talento lograremos enmendar este lío en que estamos metidos.

Los demás murmuraron preocupados, y expresaron sus objeciones. La mujer de la que hablaban, Wan ShaiLu, era más que una simple estafadora. Muchísimo más. Podía cambiar la naturaleza de la realidad misma. Lo cual planteaba otra cuestión: ¿por qué se molestaba en aprender a pintar? ¿No era el arte corriente algo mundano comparado con los talentos místicos que poseía?

Demasiadas preguntas. Gaotona, sentado junto a la chimenea, levantó la vista. Los demás, formando un círculo de conspiradores, estaban de pie alrededor de la mesa de Frava, mientras sus largas y pintorescas túnicas relucían a la luz del fuego.

—Estoy de acuerdo con Frava —dijo Gaotona.

Los demás lo miraron. Sus ceños fruncidos indicaban que les preocupaba bien poco lo que opinara, pero sus posturas mostraban algo distinto. El respeto que sentían hacia él yacía enterrado profundamente, pero lo recordaban.

—Traed a la Falsificadora —ordenó Gaotona, poniéndose en pie—. Quiero escuchar lo que tenga que decir. Sospecho que será más difícil de controlar de lo que supone Frava, pero no tenemos otra elección. O utilizamos las habilidades de esta mujer o renunciamos al control del imperio.

Los murmullos cesaron. ¿Cuántos años habían transcurrido desde la última vez que Frava y Gaotona estuvieron de acuerdo en algo, sobre todo tratándose de una cuestión que provocaba tantos desencuentros como utilizar a la Falsificadora?

Uno a uno, los otros tres árbitros asintieron.

—Que así sea —dijo Frava en voz baja.

Día dos



Shai presionó con la uña un bloque de piedra de su celda. La roca cedió levemente. Frotó el polvillo con los dedos. Piedra caliza. Un material extraño para utilizarlo en la pared de una prisión, pero no toda la pared era de caliza, solo esa única veta del bloque.

Shai sonrió. Piedra caliza. Había estado a punto de pasar por alto esa pequeña veta, pero si estaba en lo cierto, por fin había identificado los cuarenta y cuatro tipos de roca de la pared del pozo circular que era su celda. Estaba arrodillada junto a su camastro, usando un tenedor al que había doblado todas las puntas menos una para tallar notas en la madera de una pata de la cama. Sin sus gafas, tenía que entornar los ojos para escribir.

Para Falsificar algo, antes debía conocer su pasado, su naturaleza. Estaba casi preparada. Sin embargo, su placer pronto se esfumó en cuanto advirtió, a la luz de su vacilante vela, otro conjunto de marcas en la pata de la cama. Esas marcas llevaban la cuenta de sus días de encarcelamiento.

«Qué poco tiempo», pensó. Si sus cuentas eran correctas, solo quedaba un día para su ejecución pública.

Por dentro estaba tan tensa como las cuerdas de un instrumento. Un día. Solo le quedaba un día para crear un sello de alma y escapar. Pero no tenía ninguna piedra de alma, solo un burdo trozo de madera, y su única herramienta para tallar era un tenedor.

Sería increíblemente difícil. Esa era la clave. Esa celda estaba pensada para retener a gente como ella, construida con piedras compuestas por muchas vetas de roca distintas que dificultaban la Falsificación. Procederían de diferentes canteras y tendrían historias únicas. Sabiendo tan poco como sabía, Falsificarlas sería casi imposible. Y aunque transformara la roca, probablemente habría alguna otra protección para detenerla.

«¡Noches!». En qué lío se había metido.

Cuando hubo acabado de tomar sus notas, se encontró mirando su tenedor doblado. Había empezado tallando el mango de madera, tras quitar la porción de metal, para crear un burdo sello de alma. «No vas a escapar así, Shai —se dijo—. Necesitas otro método».

Había dedicado seis días a buscar otra salida. Guardias a los que explotar, alguien a quien sobornar, un atisbo de la naturaleza de su celda. Hasta el momento, nada había...

En lo alto, muy lejos, la puerta de los calabozos se abrió.

Shai se puso en pie de un salto, escondiendo el mango del tenedor en la parte trasera de su cinturón. ¿Habían adelantado la ejecución?

Unas pesadas botas resonaron en los escalones que conducían a la mazmorra, y ella entornó los ojos para poder ver a los recién llegados que se asomaron a su celda. Cuatro eran guardias y acompañaban a un hombre de rasgos y dedos alargados. Era un grande, la raza que gobernaba el imperio. La túnica azul y verde indicaba que se trataba de un funcionario menor que había superado las pruebas para el servicio gubernamental, pero no había ascendido mucho entre sus filas.

Shai esperó, tensa.

El grande se asomó para mirarla a través de la reja. Vaciló un momento, y luego hizo una seña a los guardias para que la abrieran.

—Los árbitros quieren interrogarte, Falsificadora.

Shai se echó atrás mientras abrían el techo de la celda y bajaban una escalera. Subió por ella, cautelosa. Si fueran a llevarse a alguien para ejecutarla antes de tiempo, habrían hecho pensar a la prisionera que sucedía otra cosa, para que no se resistiera. Sin embargo, no colocaron a Shai ningún grillete mientras la sacaban de las mazmorras.

A juzgar por su ruta, parecía que, en efecto, la llevaban hacia el estudio de los árbitros. Shai se serenó. Un nuevo desafío, pues. ¿Se atrevía a esperar una oportunidad? No deberían haberla capturado, pero ya no podía hacer nada al respecto. La habían superado: el bufón imperial la engañó cuando supuso que podía confiar en él. El bufón le había quitado su copia del Cetro Lunar y lo había cambiado por el original, y luego había escapado.

Won, el tío de Shai, le había enseñado que ser superado era una regla de la vida. No importaba lo bueno que fuieras, siempre había alguien mejor. Vive sabiéndolo y nunca te volverás tan confiado para cometer torpezas.

La última vez Shai había perdido. La siguiente, ganaría. Dejó de lado toda sensación de frustración por su captura y se convirtió en la

persona que podría aprovechar la nueva oportunidad, fuera cual fuese. La aprovecharía y saldría adelante.

En esa ocasión, jugaba no solo por riquezas, sino también por su vida.

Los guardias eran arietes o al menos así los denominaban los grandes. Antes se habían llamado a sí mismos Mulla'dil, pero hacía tanto tiempo que su nación se había plegado al imperio que muy pocos usaban ya ese nombre. Los arietes eran gente alta de musculatura esbelta y piel pálida. Sus cabellos lucían casi tan oscuros como los de Shai, aunque los de ellos se rizaban mientras que los de Shai eran lacios y largos. Ella intentó con cierto éxito no sentirse empequeñecida en su presencia. Su pueblo, los MaiPon, no destacaban precisamente por su estatura.

—Tú —dijo al líder ariete que caminaba delante del grupo—. Me acuerdo de ti.

A juzgar por el pelo bien cuidado, el joven capitán no debía de llevar casco con frecuencia. Los arietes estaban bien considerados por los grandes, y tal elevación no era sorprendente. Aquel en concreto tenía una expresión ansiosa. Aquella armadura pulida, aquel aire altanero. Sí, se creía destinado a cosas importantes en el futuro.

—El caballo —dijo Shai—. Me arrojaste a lomos de tu caballo después de que me capturaran. Un animal alto, de sangre gurish, blanco puro. Un buen animal. Entiendes de caballos.

El ariete siguió mirando al frente, pero susurró entre dientes:

—Voy a disfrutar matándote, mujer.

«Adorable», pensó Shai mientras entraban en el ala imperial del palacio. Allí la mampostería era maravillosa, siguiendo el antiguo estilo lamio de altas columnas de mármol con relieves tallados. Aquellas enormes urnas entre las columnas habían sido creadas para imitar la cerámica lamia de hacía mucho tiempo.

«En realidad, la Facción de la Herencia todavía gobierna, así que...», se recordó Shai.

El emperador pertenecería a esa facción, igual que el consejo de cinco árbitros que en la práctica se encargaba de gran parte del gobierno. Su facción ensalzaba la gloria y la sabiduría de las culturas ancestrales, y había llegado incluso a reconstruir su ala del palacio en imitación de un edificio antiguo. Shai sospechaba que, en las bases de esas *antiguas* urnas, estarían los sellos de alma que las habían transformado en imitaciones perfectas de piezas famosas.

Sí, los grandes consideraban una abominación los poderes de Shai, pero su único aspecto calificado sobre el papel como ilegal era crear una Falsificación para cambiar a una persona. La Falsificación disimulada

de objetos estaba permitida, incluso explotada en el imperio mientras el Falsificador fuera controlado cuidadosamente. Si alguien volcara una de esas urnas y extrajera el sello del fondo, se convertiría en una simple pieza de cerámica sin adornos.

Los arietes la condujeron hasta una puerta con grabados de oro. Cuando se abrió, Shai alcanzó a ver un atisbo del sello de alma rojo al pie del borde interior que transformaba la puerta en una imitación de alguna obra del pasado. Los guardias la escoltaron hasta una habitación hogareña donde chisporroteaba una chimenea, con tupidas alfombras y muebles de madera pintada. «Una cabaña de caza del siglo v», supuso.

Los cinco árbitros de la Facción de la Herencia esperaban dentro. Tres, dos mujeres y un hombre, estaban sentados en sillones de respaldo alto junto al hogar. Otra mujer ocupaba la mesa que había nada más franquear la puerta: era Frava, la decana de los árbitros de la Facción de la Herencia, quizá la persona más poderosa de todo el imperio después del mismísimo emperador Ashravan. Llevaba los cabellos canosos recogidos en una larga trenza con lazos rojos y dorados, que envolvía una túnica dorada a juego. Shai se había preguntado durante mucho tiempo cómo robar a esa mujer, ya que, entre sus múltiples deberes, Frava supervisaba la Galería Imperial y tenía oficinas adyacentes a ella.

Era obvio que Frava había estado discutiendo con Gaotona, el grande que se hallaba de pie junto a la mesa. El anciano permanecía erguido con las manos a la espalda, en actitud pensativa. Gaotona era el que tenía más edad entre los árbitros gobernantes. Se decía que era el menos influyente de todos, pues había perdido el favor del emperador.

Ambos guardaron silencio cuando Shai entró. La miraron como si fuera un gato que acabara de volcar un jarrón valioso. Shai echaba de menos sus gafas, pero tuvo cuidado de no entornar los ojos mientras avanzaba para enfrentarse a esa gente: tenía que parecer lo más fuerte posible.

—Wan ShaiLu —dijo Frava, extendiendo una mano para recoger un papel de la mesa—. Tienes toda una lista de delitos acreditados a tu nombre.

«La manera en que lo dice...». ¿A qué estaba jugando esa mujer? «Quiere algo de mí —decidió Shai—. Es el único motivo para traerme aquí de esta forma».

La oportunidad empezaba a desplegarse.

—Hacerte pasar por una noble de alcurnia —continuó Frava—, irrumpir en la Galería Imperial del palacio, Refalsificar tu alma y, naturalmente, el intento de robo del Cetro Lunar. ¿De verdad pensaste que no seríamos capaces de distinguir una simple falsificación de una posesión imperial tan importante?

«Parece que es justo lo que habéis hecho, suponiendo que el bufón escapara con el original», pensó Shai. Experimentó un pequeño escalofrío de satisfacción al saber que su falsificación estaba ocupando el puesto de honor del Cetro Lunar en la Galería Imperial.

—¿Y qué nos dices de esto? —preguntó Frava, agitando sus largos dedos para que un ariete le trajera algo de un lado de la estancia.

Se trataba de una pintura, que el guardia colocó sobre la mesa. La obra maestra de Han ShuXen, *Lirio del estanque del manantial*.

—Lo encontramos en tu habitación de la posada —prosiguió Frava, dando unos golpecitos en la pintura con los dedos—. Es una copia de un lienzo que yo misma poseo, uno de los más famosos del imperio. La entregamos a nuestros asesores, y ellos consideran que tu falsificación es, como mucho, propia de una aficionada.

Shai miró a la mujer a los ojos.

—Dime por qué has creado esta falsificación —dijo la decana, inclinándose hacia delante—. Es evidente que planeabas intercambiarla por el lienzo que tengo en mi despacho junto a la Galería Imperial. Y sin embargo, tu objetivo era el Cetro Lunar. ¿Por qué planeabas robar también el lienzo? ¿Por avaricia?

—Mi tío Won me dijo que siempre tuviera un plan de reserva —respondió Shai—. No pude asegurarme de que el cetro estuviese siquiera en exposición.

—Ah —dijo Frava. Adoptó una expresión casi maternal, aunque estaba cargada de una repulsión apenas disimulada y de condescendencia—. Solicitaste la intervención de un árbitro en tu ejecución, como hacen la mayoría de los prisioneros. Por impulso, decidí acceder a tu petición porque sentía curiosidad por saber por qué habías creado este lienzo. —Negó con la cabeza—. Pero niña, no pensarás en serio que vamos a dejarte en libertad. ¿Con pecados como este? Estás en una situación gravísima, y nuestra piedad tiene un límite.

Shai se volvió para mirar a los otros árbitros. Los que estaban sentados junto a la chimenea parecían no estar prestando ninguna atención, pero tampoco hablaban entre sí. Estaban escuchando. «Algo va mal —pensó Shai—. Están preocupados».

Gaotona permanecía de pie a un lado. Inspeccionó a Shai con ojos que no traicionaban ninguna emoción.

Los modales de Frava tenían el aire de quien reprende a un niño pequeño. El final de su comentario encerraba el propósito de hacer que Shai esperara ser liberada. En conjunto, palabras y modales pretendían

volverla maleable, dispuesta a aceptar cualquier cosa con la esperanza de alcanzar la libertad

«Una oportunidad, en efecto».

Era hora de tomar el control de la conversación.

—Queréis algo de mí —dijo Shai—. Estoy dispuesta a discutir mi pago.

—¿Tu pago? —se extrañó Frava—. ¡Niña, van a ejecutarte al amanecer! Si deseáramos algo de ti, tu pago sería tu vida.

—Mi vida es mía —replicó Shai—. Y lo es desde hace días.

—Por favor —dijo Frava—. Estabas encerrada en la celda de los Falsificadores, con treinta tipos diferentes de piedra en la pared.

—Cuarenta y cuatro tipos, en realidad.

Gaotona enarcó una ceja, admirado.

«¡Noches! Me alegro de haber acertado».

Shai miró a Gaotona.

—¿Creíais que no reconocería la piedra de afilar? Por favor. Soy Falsificadora. Aprendí a clasificar piedras durante mi primer año de formación. Ese bloque procedía claramente de la cantera de Laio.

Frava abrió la boca para hablar, con una leve sonrisa en los labios.

—Sí, sé lo de las placas de ralkalest, el metal Infalsificable, oculto tras la pared de roca de mi celda —aventuró Shai—. La pared era un acertijo para distraerme. No construiríais una celda de rocas como la piedra arenisca, por si un prisionero renunciara a Falsificar y tratara de abrirse paso cavando. Construisteis la pared, pero la asegurasteis con una placa de ralkalest detrás para impedir la huida.

Frava cerró la boca de golpe.

—El problema del ralkalest —continuó diciendo Shai— es que no es un metal muy fuerte. Sí, la reja en lo alto de mi celda era bastante sólida y no podría haber escapado por ahí. Pero ¿una placa fina? Venga ya. ¿Habéis oído hablar de la antracita?

Frava frunció el ceño.

—Es una roca que arde —terció Gaotona.

—Me disteis una vela —dijo Shai, rebuscando en su espalda. Arrojó sobre la mesa su sello de alma improvisado con madera—. Todo lo que tenía que hacer era Falsificar la pared y persuadir a las piedras de que son de antracita. No sería una tarea difícil, una vez identificados los cuarenta y cuatro tipos de roca. Podría quemarlas, y ellas derretirían esa placa tras la pared.

Shai acercó una silla y se sentó ante la mesa. Se reclinó en el respaldo. Tras ella, el capitán de los arietes refunfuñó en voz baja, pero Frava frunció los labios y no dijo nada. Shai dejó que sus músculos se relajaran y encomendó una plegaria silenciosa al Dios Desconocido.

¡Noches! Parecía que se lo habían tragado. A Shai le preocupaba que supieran lo suficiente sobre el arte de Falsificar para advertir su mentira.

—Iba a escapar esta noche —prosiguió Shai—, pero lo que queréis que haga debe de ser importante, ya que estáis dispuestos a implicar a una malhechora como yo. Y así llegamos al asunto de mi pago.

—Todavía podría hacerte ejecutar —dijo Frava—. Ahora mismo. Aquí.

—Pero no lo harás, ¿verdad?

Frava apretó la mandíbula.

—Te advertí que sería difícil de manipular —dijo Gaotona a Frava.

Shai notaba que lo había impresionado, pero al mismo tiempo sus ojos parecían ¿apenados? ¿Era la emoción correcta? Le resultaba tan complicado leer a ese hombre como si se tratase de un libro en svordisano.

Frava alzó un dedo y luego lo dirigió a un lado. Un criado se acercó con una cajita envuelta en tela. El corazón de Shai se sobresaltó al verlo.

El hombre abrió los cierres de la parte delantera y levantó la tapa. La caja estaba recubierta de una suave tela y tenía cinco hendiduras para albergar sellos de alma. Cada sello cilíndrico de piedra era tan largo como un dedo y tan ancho como el pulgar de un hombre. Dentro de la caja, sobre las hendiduras, había un cuadernillo con tapas de cuero gastado por el uso. Shai aspiró un atisbo de su familiar olor.

Se llamaban Marcas de Esencia, el tipo más poderoso de sello de alma. Cada Marca de Esencia tenía que ser armonizada con un individuo concreto, y su función era reescribir su historia, su personalidad y su alma durante un breve período. Aquellas cinco estaban armonizadas con Shai.

—Cinco sellos para reescribir un alma —dijo Frava—. Cada uno de ellos es una abominación, y poseerlos es ilegal. Estas Marcas de Esencia iban a destruirse esta tarde. Aunque hubieras escapado, las habrías perdido. ¿Cuánto tiempo se tarda en crear una?

—Años —susurró Shai.

No había otras copias. Era demasiado peligroso dejar notas y diagramas, incluso en secreto, ya que daban a otras personas excesiva información sobre la propia alma. Shai nunca perdía de vista esas Marcas de Esencia, excepto en las raras ocasiones en que se las quitaban.

—¿Las aceptarás como pago? —preguntó Frava con una mueca en los labios, como si discutiera sobre una comida de cieno y carne podrida.

—Sí.

Frava asintió, y el criado cerró la caja.

—Entonces, déjame que te muestre lo que tienes que hacer.

Shai nunca había visto a un emperador antes, y mucho menos pellizcado a uno en la cara.

El emperador Ashravan de los Ochenta Soles, cuadragésimo noveno señor del Imperio Rosa, no respondió cuando Shai lo pellizcó. Continuó mirando a la nada, y sus mejillas redondas se veían sonrosadas y sanas, pero su expresión carecía por completo de vida.

—¿Qué le ha sucedido? —preguntó Shai, retirándose de la cama del emperador. Estaba confeccionada al estilo del antiguo pueblo lamio, con un cabecero en forma de fénix alzándose hacia el cielo. Había visto un dibujo de un cabecero semejante en un libro; probablemente la Falsificación se había extraído de esa fuente.

—Asesinos —dijo el árbitro Gaotona. Estaba de pie al otro lado de la cama, junto con dos cirujanos. De los arietes, solo habían permitido la entrada a Zu, su capitán—. Los asesinos irrumpieron hace dos noches y atacaron al emperador y a su esposa. A ella la mataron. El emperador recibió un virote de ballesta en la cabeza.

—Teniendo eso en cuenta —advirtió Shai—, su aspecto es bastante bueno.

—¿Estás familiarizada con el resellado? —preguntó Gaotona.

—A grandes rasgos —respondió Shai.

Su pueblo lo llamaba Falsificación de la Carne. Si la utilizaba un cirujano muy habilidoso, podía Falsificar un cuerpo para que eliminara sus heridas y cicatrices. Requería una gran especialización. El Falsificador tenía que conocer todos y cada uno de los tendones, cada vena y cada músculo, para poder curar con precisión.

Resellar era una de las pocas ramas de la Falsificación que Shai no había estudiado a fondo. Si se fracasaba en una falsificación corriente, se creaba una obra de escaso mérito artístico. Si se fracasaba en una Falsificación de la Carne, moría gente.

—Nuestros reselladores son los mejores del mundo —dijo Frava, dando unos pasos a los pies de la cama, con las manos a la espalda—. Atendieron al emperador a toda prisa tras el intento de asesinato. La herida de su cabeza sanó, pero...

—Pero ¿su mente no? —preguntó Shai, agitando de nuevo la mano delante de la cara del emperador—. No parece que hayan hecho un buen trabajo.

Un cirujano carraspeó. El hombre, diminuto, tenía orejas como los postigos de una ventana que se hubieran abierto de par en par en un día soleado.

—El resellado repara un cuerpo y lo renueva. Esto, sin embargo, es muy semejante a reencuadernar un libro con papel nuevo después de un incendio. Sí, puede parecer exactamente igual, y puede parecer entero. Pero las palabras... las palabras han desaparecido. Le hemos dado un nuevo cerebro al emperador. Lo que ocurre es que está vacío.

—Hum —dijo Shai—. ¿Habéis descubierto quién intentó asesinarlo?

Los cinco árbitros intercambiaron una mirada. Sí, lo sabían.

—No estamos seguros —respondió Gaotona.

—En otras palabras —dijo Shai—, lo sabéis, pero no podéis demostrarlo del todo para hacer una acusación. ¿Alguna otra facción de la corte, entonces?

Gaotona suspiró.

—La Facción Gloria.

Shai silbó con suavidad. Pero tenía sentido. Si el emperador fallecía, habría una buena oportunidad de que la Facción Gloria ganara la subasta para nombrar a su sucesor. A los cuarenta años, el emperador Ashravan era todavía joven, para los baremos de los grandes. Se esperaba que gobernara otros cincuenta años.

Si alguien lo reemplazaba, los cinco árbitros presentes en la estancia perderían sus puestos, lo cual, según la política imperial, supondría un enorme golpe a su estatus. Pasarían de ser las personas más poderosas del mundo a contarse entre las más bajas de las ochenta facciones del imperio.

—Los asesinos no sobrevivieron al ataque —dijo Frava—. La Facción Gloria no sabe todavía si su plan tuvo éxito o no. Tienes que sustituir el alma del emperador con... —Frava inspiró profundamente—. Con una Falsificación.

«Están locos», pensó Shai. Falsificar el alma propia ya era bastante difícil, y no había que reconstruirla partiendo de cero.

Los árbitros no tenían ni idea de lo que estaban pidiendo. Naturalmente que no. Odiaban la Falsificación, o eso decían. Caminaban por suelos de imitación ante copias de jarrones antiguos, dejaban que sus cirujanos repararan los cuerpos, pero no llamaban a ninguna de estas cosas «Falsificación» en su propia lengua.

La Falsificación del alma, eso era lo que consideraban una abominación. Lo que significaba que Shai era, en efecto, su única opción. Nadie en su propio gobierno sería capaz de llevarlo a cabo. Probablemente, ella tampoco.

—¿Puedes hacerlo? —preguntó Gaotona.

«No tengo ni idea», pensó Shai.

—Sí —respondió.

—Es preciso que sea una Falsificación exacta —dijo Frava con tono severo—. Si la Facción Gloria tiene alguna sospecha, atacará. El emperador no debe actuar de manera errática.

—He dicho que puedo —replicó Shai—. Pero será difícil. Necesitaré información sobre Ashravan y su vida, todo lo que podamos conseguir. La narrativa oficial servirá para comenzar, pero al final será demasiado estéril. Necesitaré entrevistas extensas y escritos sobre su persona redactados por quienes lo conocieron mejor. Criados, amigos, familiares. ¿Llevaba un diario?

—Sí —respondió Gaotona.

—Excelente.

—Esos documentos están sellados —intervino uno de los otros árbitros—. El emperador quería que se destruyeran...

Todos en la habitación se volvieron hacia el hombre. Este tragó saliva y luego agachó la cabeza.

—Tendrás todo lo que pidas —dijo Frava.

—Necesitaré también un sujeto de pruebas —prosiguió Shai—. Alguien con quien probar mis Falsificaciones. Un grande, varón, que tuviera mucho trato con el emperador y lo conociera a fondo. Eso me permitirá ver si hago bien la personalidad.

¡Noches! Hacer la personalidad como era debido sería secundario. Crear un sello que de verdad prendiera eso constituiría el primer paso. No estaba segura de poder conseguir siquiera eso.

—Y necesitaré piedra de alma, naturalmente.

Frava miró a Shai con los brazos cruzados.

—No esperaréis que lo consiga sin piedra de alma —dijo Shai secamente—. Podría tallar un sello de madera, si tuviera que hacerlo, pero vuestro objetivo ya es bastante difícil de por sí. Piedra de alma. En grandes cantidades.

—Bien —concedió Frava—. Pero se te mantendrá bajo vigilancia estos tres meses. Una estricta vigilancia.

—¿Tres meses? —se asombró Shai—. Creo que esto requerirá al menos dos años.

—Tienes cien días —repuso Frava—. En realidad, noventa y ocho, ya.

«Imposible».

—La explicación oficial de por qué no se ha visto al emperador estos dos últimos días —intervino una de las mujeres árbitro— es que está de luto por la muerte de su esposa. La Facción Gloria dará por hecho que estamos ganando tiempo tras la muerte del emperador. Cuando los cien días de aislamiento hayan terminado, exigirán que Ashravan se presente a la corte. Si no lo hace, estamos acabados.

«Y tú también lo estás», implicaba el tono de la mujer.

—Necesitaré oro a cambio de este encargo —continuó Shai—. Coged lo que penséis que voy a pedir y duplicadlo. Saldré rica de este país.

—Hecho —dijo Frava.

«Demasiado fácil», pensó Shai. Magnífico. Planeaban matarla en cuanto terminara aquel trabajo.

Bueno, eso le daba noventa y ocho días para buscar una salida.

—Traedme esos archivos —dijo—. Necesitaré un lugar para trabajar, suficientes suministros y recuperar mis cosas. —Alzó un dedo antes de que pudieran quejarse—. No mis Marcas de Esencia, sino todo lo demás. No voy a trabajar durante tres meses con la misma ropa que he llevado mientras estaba encarcelada. Y ahora que lo pienso, que alguien me prepare un baño de inmediato.

Día tres



Al día siguiente, bañada, bien alimentada y descansada por primera vez desde su captura, Shai oyó cómo llamaban a su puerta.

Le habían proporcionado una habitación. Era diminuta, probablemente la más fea de todo el palacio, y olía un poco a humedad. Por supuesto, seguían apostando guardias para vigilarla toda la noche, y por lo que recordaba del trazado del enorme palacio, se hallaba en una de las alas menos frecuentadas, utilizada sobre todo para almacenaje.

Con todo, era mejor que una celda. Apenas, pero lo era.

Al oír la llamada, Shai dejó de inspeccionar la vieja mesa de cedro de la habitación. Dudaba que hubiera visto un hule desde que ella naciera. Un guardia abrió la puerta y permitió entrar al anciano árbitro Gaotona, que llevaba una caja de dos palmos de ancho y unos cinco centímetros de grosor.

Shai se acercó deprisa, provocando una mirada del capitán Zu, que acompañaba al árbitro.

—Mantén la distancia de su excelencia —gruñó Zu.

—¿O qué? —preguntó Shai, cogiendo la caja—. ¿Me apuñalarás?

—Algún día, disfrutaré

—Que sí, que sí —dijo Shai mientras regresaba a su mesa y abría la tapa de la caja. Dentro había dieciocho sellos de alma, con las cabezas lisas y sin grabar. Sintió un escalofrío de emoción y cogió uno, que alzó a la luz para examinarlo.

Había recuperado sus gafas, así que ya no tenía necesidad de entornar los ojos. También llevaba ropas más adecuadas que un vestido desastrado. Una falda hasta la pantorrilla, lisa, roja, y una blusa abrochada. Los grandes considerarían que era una indumentaria poco adecuada, ya que entre ellos el estilo del momento eran las túnicas de

aspecto antiguo o los saris. A Shai le parecían espantosos. Bajo la blusa llevaba una ajustada camisa de algodón y, bajo la falda, unas calzas. Una dama nunca sabía cuándo podía necesitar desprenderse de su capa exterior de ropas para disfrazarse.

—Es buena piedra —dijo, refiriéndose al sello que tenía entre los dedos.

Sacó uno de sus cinceles, que tenía la punta casi tan fina como la cabeza de un alfiler, y empezó a rascar la roca. Sí que era una buena piedra de alma. La roca se desprendía con facilidad y precisión. La piedra de alma era casi tan blanda como la tiza, pero no se resquebrajaba al rascársela. Podía tallarse con gran precisión y luego fijarla con una llama y una marca en la parte superior, que la endurecía hasta darle una consistencia parecida a la del cuarzo. La única forma de conseguir un sello mejor era tallar uno a partir del cristal mismo, que era increíblemente difícil.

En cuanto a la tinta, le habían proporcionado una de calamar, roja y brillante, mezclada con un pequeño porcentaje de cera. Cualquier tinta orgánica fresca funcionaría, aunque las tintas de animales eran mejores que las extraídas de plantas.

—¿Has robado un jarrón del pasillo de fuera? —preguntó Gaotona, frunciendo el ceño ante un objeto que había a un lado de la pequeña estancia.

Shai había cogido uno de los jarrones al volver del baño. Un guardia había tratado de interferir, pero Shai había podido convencerlo. Ese guardia se estaba ruborizando.

—Tenía curiosidad por las habilidades de vuestros Falsificadores —aclaró Shai, al tiempo que soltaba sus herramientas y colocaba el jarrón sobre la mesa. Lo volvió de lado, para mostrar la parte inferior y el sello rojo impreso en la arcilla.

Un sello de un Falsificador era fácil de localizar. No solo se marcaba en la superficie del objeto, sino que se hundía en el material creando una depresión de surcos rojos. El borde del sello redondo era también rojo, pero elevado, como un repujado.

Se podía decir mucho de una persona por la manera en que diseñaba sus sellos. Ese, por ejemplo, lucía un aspecto estéril. No era arte verdadero, lo cual contrastaba con la belleza minuciosamente detallada y delicada del jarrón mismo. Shai había oído que la Facción de la Herencia tenía cadenas de Falsificadores a medio formar trabajando de memoria, creando esas piezas como las hileras de hombres que producen zapatos en una fábrica.

—Nuestros obreros no son Falsificadores —replicó Gaotona—. No usamos esa palabra. Son Recordadores.

—Es lo mismo.

—No tocan las almas —objetó Gaotona con severidad—. Aparte de eso, lo que nosotros hacemos es por aprecio al pasado, no por engañar o estafar a la gente. Nuestros Recordadores traen a la gente una mejor comprensión de su herencia.

Shai enarcó una ceja. Sacó su martillo y su cincel y los colocó en ángulo sobre el borde repujado del sello del jarrón. El sello resistió —había una fuerza en él que trataba de permanecer en su sitio—, pero el golpe se abrió paso. El resto del sello se abrió, los surcos desaparecieron, el sello se convirtió en un simple tampón y perdió sus poderes.

Los colores del jarrón se apagaron rápidamente, convirtiéndose en un simple gris, y su forma se retorció. Un sello de alma no hacía solo cambios visuales sino que también reescribía la historia de un objeto. Sin el sello, el jarrón era una pieza horrible. Quien lo había creado no se había preocupado por el producto final. Tal vez sabía que formaría parte de una Falsificación. Shai negó con la cabeza y siguió trabajando en el sello de alma sin terminar. No era para el emperador —todavía no estaba preparada para eso—, pero tallar la ayudaba a pensar.

Gaotona hizo un gesto a los guardias para que se marcharan, todos menos Zu, que permaneció a su lado.

—Eres un enigma, Falsificadora —dijo Gaotona cuando los otros dos guardias salieron y cerraron la puerta.

Se sentó en una de las dos desvencijadas sillas de madera, que junto con la endeble cama, la antigua mesa y el cofre con sus cosas, componían todo el mobiliario de la habitación. La única ventana tenía el marco combado y dejaba entrar la brisa, e incluso las paredes mostraban grietas.

—¿Un enigma? —preguntó Shai, alzando el sello para observar con atención su trabajo—. ¿Qué clase de enigma?

—Eres una Falsificadora. Por tanto, no se puede confiar en ti sin tenerte bajo vigilancia. Intentarás escapar en el momento en que se te ocurra un modo factible de huir.

—Entonces, deja a los guardias conmigo —respondió Shai, tallando un poco más.

—Perdona —repuso Gaotona—, pero dudo que tardaras mucho tiempo en intimidarlos, sobornarlos o chantajearlos.

Zu, a su lado, se envaró.

—No pretendía ofenderte, capitán —dijo Gaotona—. Confío mucho en tu gente, pero lo que tenemos ante nosotros es una maestra del engaño, mentirosa y ladrona. Tarde o temprano, tus mejores guardias acabarían siendo barro en sus manos.

—Gracias —repuso Shai.

—No era un cumplido. Lo que tu clase toca, lo corrompe. Me preocupaba dejarte sola durante un día bajo la supervisión de unos ojos mortales. Por lo que sé de ti, casi podrías encandilar a los propios dioses.

Ella continuó trabajando.

—No puedo fiarme de ningún grillete que te contenga —dijo Gaotona en voz baja—, ya que nos pides que te demos piedra de alma para que puedas trabajar en nuestro problema. Convertirías tus grilletes en jabón y te perderías en la noche riendo.

Esas palabras, por supuesto, delataban una completa falta de comprensión sobre el funcionamiento del arte de la Falsificación. Una Falsificación tenía que ser verosímil, creíble; de otro modo, no prendía. ¿Quién iba a creer en una cadena hecha de jabón? Sería ridículo.

Lo que sí podía hacer, sin embargo, era descubrir los orígenes y la composición de la cadena y luego reescribir una cosa o la otra. Podía Falsificar el pasado de la cadena para que un eslabón suyo se hubiera forjado de manera incorrecta, lo cual le proporcionaría un defecto que podría explotar. Aunque no fuera capaz de dar con la historia exacta de la cadena, lograría escapar: un sello imperfecto no duraba mucho, pero solo necesitaría unos instantes para romper el eslabón con un martillo.

Podían hacer una cadena con ralkalest, el metal Infalsificable, pero eso tan solo retrasaría su huida. Con tiempo suficiente y piedra de alma, encontraría una solución. Falsificar la pared para que tuviera una débil grieta, para conseguir soltar la cadena. Falsificar el techo para que tuviera un bloque suelto, que pudiera dejar caer y aplastar los débiles eslabones de ralkalest.

Shai no quería hacer algo tan extremo si no había necesidad.

—No creo que debáis preocuparos por mí —dijo Shai, sin dejar de trabajar—. Me intriga lo que estamos haciendo, y me han prometido riquezas. Eso es suficiente para mantenerme aquí. No olvides que podría haber escapado de mi celda anterior en cualquier momento.

—Ah, sí —respondió Gaotona—. La celda donde habrías usado la Falsificación para atravesar la pared. Dime, por curiosidad, ¿has estudiado la antracita? Esa roca en la que dijiste que convertirías la pared. Creo recordar que es muy difícil hacerla arder.

«Este hombre es más listo de lo que los demás le reconocen».

La llama de una vela habría tenido problemas para inflamar la antracita: en teoría, la roca ardía a una temperatura concreta, pero calentar lo suficiente toda una muestra era muy complicado.

—Habría sido muy capaz de crear un entorno ardiente adecuado utilizando la madera de mi camastro y convirtiendo en carbón unas cuantas piedras.

—¿Sin horno? —inquirió Gaotona, con tono algo divertido—. ¿Sin fuelles? Pero eso no viene al caso. Dime, ¿cómo planeabas sobrevivir dentro de una celda con la pared ardiendo a más de mil grados? Un fuego como ese, ¿no absorbería todo el aire respirable? Ah, pero claro. Podrías haber usado la ropa de cama para transformarla en un conductor pobre, tal vez cristal, y haber hecho un caparazón para ocultarte dentro.

Shai continuó tallando, incómoda. La forma en que el hombre decía aquello... Sí, sabía que ella no podría haber hecho lo que estaba describiendo. La mayoría de los grandes ignoraban el arte de la Falsificación, y ese hombre sin duda era uno de ellos, pero sabía lo suficiente para comprender que no podría haber escapado como decía. Igual que la ropa de cama no podía convertirse en cristal.

Aparte de eso, transformar la pared entera en otro tipo de roca habría sido difícil. Habría tenido que cambiar demasiadas cosas, reescribir la historia para que las canteras de cada variedad de piedra estuvieran cerca de depósitos de antracita, y que en cada caso un bloque de la roca inflamable se hubiera extraído por error. Suponía un esfuerzo enorme, y casi imposible, sobre todo sin el conocimiento específico de las canteras en cuestión.

La plausibilidad era la clave de cualquier falsificación, mágica o no. La gente comentaba entre susurros que los Falsificadores convertían el plomo en oro, sin darse cuenta jamás de que lo contrario era mucho, mucho más fácil. Inventar una historia para un lingote de oro donde en algún momento del proceso alguien lo hubiera adulterado con plomo bueno, era una mentira verosímil. Lo contrario sería tan improbable que un sello que hiciera esa transformación no duraría mucho.

—Me impresionáis, excelencia —dijo finalmente Shai—. Pensáis como un Falsificador.

La expresión de Gaotona se agrió.

—Eso pretendía ser un cumplido —aclaró ella.

—Valoro la verdad, jovencita. No las Falsificaciones. —La miró con la expresión propia de un abuelo decepcionado—. He visto lo que tus

manos son capaces de hacer. Esa copia de la pintura que llevaste a cabo era notable. Sin embargo, se realizó en nombre de la mentira. ¿Qué obras maestras podrías crear si te concentraras en la diligencia y la belleza en vez de en la riqueza y el engaño?

—Lo que yo hago son obras de arte de gran valor.

—No. Copias las obras de arte de gran valor de otros. Lo que haces es una maravilla técnica, pero carece por completo de espíritu.

A Shai casi le patinó el cincel por la creciente tensión en sus manos. ¿Cómo se atrevía? Amenazar con ejecutarla era una cosa, pero ¿insultar su arte? ¡Hacía que pareciera como uno de esos Falsificadores de cadena de montaje, produciendo jarrón tras jarrón!

A duras penas se calmó, y luego forzó una sonrisa. En una ocasión, su tía Sol le había dicho que sonriera ante los peores insultos y saltara ante los menores. De esa forma, ningún hombre conocería su corazón.

—Entonces, ¿cómo vais a controlarme? —preguntó—. Hemos establecido que me cuento entre las más viles mujerzuelas que reptan entre los muros de este palacio. No podéis atarme y no podéis confiar en que vuestros propios soldados me vigilen.

—Bueno —dijo Gaotona—, cuando sea posible, yo supervisaré personalmente tu trabajo.

Ella habría preferido a Frava, que parecía más fácil de manipular, pero tendría que apañárselas.

—Si así lo deseáis —repuso Shai—. Gran parte del proceso será aburrido para alguien que no entienda de Falsificación.

—No me interesa que me entretengan —dijo Gaotona, haciendo un gesto con la mano al capitán Zu—. Siempre que esté aquí, el capitán Zu me protegerá. Es el único de nuestros arietes que conoce la gravedad de las heridas del emperador, y solo él está al tanto de nuestro plan contigo. Otros guardias te custodiarán durante el resto del día, y no hablarás con ninguno de ellos de tu tarea. No habrá ningún rumor de lo que nos traemos entre manos.

—No tenéis que preocuparos de que hable —dijo Shai, sincera por una vez—. Cuanta más gente sepa de una Falsificación, más probable es que fracase.

«Además —pensó—, si se lo dijera a los guardias, sin duda los ejecutarían para preservar vuestros secretos». No le gustaban los arietes, pero aún menos le gustaba el imperio, y los guardias en realidad eran otro tipo de esclavos. Shai no se dedicaba a hacer que mataran a la gente sin motivo.

—Excelente —dijo Gaotona—. El segundo método de asegurar tu atención a nuestro proyecto aguarda fuera. Cuando quieras, mi buen capitán.

Zu abrió la puerta. Una figura embozada esperaba con los guardias. La figura entró en la habitación. Caminaba con paso vivo, pero de algún modo antinatural. Después de que Zu cerrara la puerta, se quitó la capucha y reveló un rostro de lechosa piel blanca y ojos rojos.

Shai siseó suavemente entre dientes.

—¿Y llamáis a lo que yo hago abominación?

Gaotona la ignoró y se levantó de su silla para dirigirse al recién llegado.

—Díselo.

El recién llegado apoyó sus largos dedos blancos sobre la puerta, inspeccionándola.

—Colocaré aquí la runa —dijo con una voz cargada de acento—. Si ella sale de esta habitación por algún motivo, o si altera la runa de la puerta, lo sabré. Mis mascotas vendrán a por ella.

Shai se estremeció. Fulminó con la mirada a Gaotona.

—Un sellador de sangre. ¿Habéis invitado a un sellador de sangre a vuestro palacio?

—Este ha demostrado hace poco ser un activo importante —dijo Gaotona—. Es leal y discreto. También es muy efectivo. Hay ocasiones en que es preciso aceptar la ayuda de la oscuridad para contener una oscuridad aún mayor.

Shai siseó en voz baja cuando el sellador de sangre sacó algo de su túnica. Un burdo sello de alma creado a partir de hueso. Sus «mascotas» también serían de hueso, Falsificaciones de vida humana creadas a partir de los esqueletos de los muertos.

El sellador de sangre la miró.

Shai retrocedió.

—No esperaréis que...

Zu la sujetó por los brazos. Noches, sí que era fuerte. Sintió pánico. ¡Sus Marcas de Esencia! ¡Necesitaba sus Marcas de Esencia! Con ellas podía luchar, escapar, correr...

Zu le hizo un corte en la parte interior del brazo. Shai apenas sintió la herida poco profunda, pero se debatió de todas formas. El sellador de sangre avanzó un paso y empapó su horrible herramienta con la sangre de Shai. Entonces dio media vuelta y apretó el sello contra el centro de la puerta.

Cuando retiró la mano, dejó un brillante sello rojo en la madera. Tenía forma de ojo. En el momento en que marcó el sello, Shai sintió un agudo dolor en el brazo, donde había recibido el corte.

Shai dio un respingo, con los ojos muy abiertos. Nunca antes nadie se había atrevido a hacerle una cosa como aquella. ¡Casi era mejor que la hubieran ejecutado! Casi era mejor que...

«Contrólate —se dijo con tenacidad—. Conviértete en alguien que pueda enfrentarse a esto».

Respiró hondo y se dejó convertir en otra persona. Una imitación de sí misma que conservaba la calma, incluso en una situación como aquella. Era una burda falsificación, solo un truco mental, pero funcionó.

Se zafó de Zu y aceptó el pañuelo que Gaotona le ofrecía. Miró con odio al sellador de sangre mientras el dolor de su brazo desaparecía. Él le sonrió con unos labios que eran blancos y un poco translúcidos, como la piel de un gusano. Hizo un gesto con la cabeza a Gaotona antes de volver a colocarse la capucha y, acto seguido, salió de la habitación y cerró la puerta tras de sí.

Shai se obligó a respirar con regularidad, calmándose. No había ninguna sutileza en lo que hacía el sellador de sangre: ellos no se andaban con remilgos. En vez de habilidad o capacidad artística, usaban trucos y sangre. Sin embargo, su oficio era efectivo. El hombre sabría si Shai salía de la habitación, y tenía su sangre fresca en el sello, que estaba armonizado con ella. Con eso, sus mascotas no-muertas podrían darle caza huyera adonde huyera.

Gaotona volvió a sentarse en su silla.

—¿Sabes qué sucederá si te das a la fuga?

Shai miró con furia al anciano.

—Ahora comprendes lo desesperados que estamos —dijo él con voz suave, entrelazando los dedos—. Si huyes, te entregaremos al sellador de sangre. Tus huesos se convertirán en su siguiente mascota. Esa promesa fue todo lo que requirió como pago. Puedes comenzar tu trabajo, Falsificadora. Hazlo bien y escaparás de este destino.

Día cinco



Y Shai trabajó.

Empezó a indagar en la vida del emperador. Pocas personas comprendían que la Falsificación se basaba en el estudio y la investigación. Era un arte que cualquier hombre o mujer podía aprender, pues solo requería una mano firme y ojo para el detalle.

Eso y la disposición a pasar semanas, meses, incluso años preparando el sello de alma ideal.

Shai no disponía de años. Se sintió apurada mientras leía biografía tras biografía y a menudo se quedaba despierta hasta muy tarde tomando notas. No pensaba que pudiera hacer lo que le pedían. Crear una Falsificación creíble del alma de otra persona, sobre todo con tan poco tiempo, no era posible. Por desgracia, tenía que mantener la farsa mientras planeaba su huida.

No le permitían salir de la habitación. Utilizaba un orinal cuando debía atender a sus necesidades, y para lavarse le traían una tina de agua caliente y toallas. La supervisaban en todo momento, incluso cuando se bañaba.

Aquel sellador de sangre acudía todas las mañanas a renovar su marca en la puerta. En cada ocasión, el acto requería un poco de sangre de Shai. Pronto tuvo los brazos cubiertos de cortes poco profundos.

También Gaotona la visitaba. El anciano árbitro la estudiaba mientras leía, observándola con aquellos ojos que juzgaban pero que no odiaban.

Mientras maquinaba sus planes, Shai llegó a una conclusión: para ser libre tendría que manipular a ese hombre de algún modo.

Día doce



Shai presionó su sello sobre la superficie de la mesa.

Como siempre, este se hundió levemente en el material. Un sello de alma dejaba una impronta que se podía sentir, sin importar el material del que estuviese hecho. Dio medio giro al sello: eso no emborronaba la tinta, aunque no sabía por qué. Uno de sus mentores le había enseñado que era debido a que a esas alturas el sello tocaba el alma del objeto y no su presencia física.

Cuando retiró el sello, dejó una brillante marca roja, como si estuviera tallado allí. La transformación se extendía a partir del sello como una oleada. El cedro gris oscuro de la mesa se volvió hermoso y bien cuidado, con una cálida pátina que reflejaba la luz de las velas que Shai tenía delante.

Apoyó los dedos en la nueva mesa, que había pasado a ser suave al contacto. Los cantos y las patas estaban bellamente tallados, repujados aquí y allá de plata.

Gaotona se irguió en su asiento, soltando el libro que estaba leyendo. Zu se agitó incómodo al ver la Falsificación.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Gaotona.

—Estaba cansada de encontrarme lascas —respondió Shai, y volvió a sentarse en su silla, que crujío. «Tú eres el siguiente», pensó.

Gaotona se levantó y se acercó a la mesa. La tocó, como si esperara que la transformación fuera una simple ilusión. No lo era. La hermosa mesa parecía horriblemente fuera de lugar en la sórdida habitación.

—¿Esto es lo que has estado haciendo?

—Tallar me ayuda a pensar.

—¡Deberías concentrarte en tu tarea! —exclamó Gaotona—. Esto es una frivolidad. ¡El imperio mismo corre peligro!

«No —pensó Shai—. No el imperio, sino vuestro dominio de él». Por desgracia, después de once días, seguía sin tener un aspecto de Gaotona que poder explotar.

—Estoy trabajando en vuestro problema, Gaotona —dijo—. Lo que me pedís no es una tarea sencilla.

—¿Y cambiar esa mesa lo era?

—Claro que sí. Todo lo que tuve que hacer fue reescribir su pasado para que estuviera bien cuidada, en vez de permitir que se hundiera en la imposibilidad de ser reparada. Eso apenas requiere ningún esfuerzo.

Gaotona vaciló, pero terminó arrodillándose junto a la mesa.

—Estas tallas, estas incrustaciones... no formaban parte de la mesa original.

—Puede que haya añadido algo.

Shai no estaba segura de si la Falsificación iba a prender o no. En unos minutos, el sello podía evaporarse y la mesa volver a su estado anterior. Sin embargo, tenía la convicción de que había imaginado lo bastante bien el pasado de la mesa. Algunas de las historias que estaba leyendo mencionaban de dónde habían venido los regalos. Sospechaba que esa mesa procedía de la lejana Svorden, regalada al predecesor del emperador Ashravan. La tensa relación con Svorden había impulsado al emperador a guardarla y olvidarse de ella.

—No reconozco esta pieza —dijo Gaotona, sin dejar de mirar la mesa.

—¿Por qué deberías?

—He estudiado a fondo las artes antiguas —respondió él—. ¿Esto es de la dinastía Vivare?

—No.

—¿Una imitación de la obra de Chamrav?

—No.

—¿Qué, entonces?

—Nada —dijo Shai, exasperada—. No imita nada. Solo se ha convertido en una versión mejor de sí misma.

Esa era una máxima de la buena Falsificación: si se mejoraba un original, aunque fuese solo un poco, la gente a menudo aceptaría la obra falsificada porque era superior.

Gaotona se levantó, preocupado. «Está pensando de nuevo que desperdicio mi talento», se dijo Shai con malestar, apartando un fajo de informes sobre la vida del emperador. Recopilados a petición suya, esos informes procedían de los sirvientes de palacio. No quería solo las historias oficiales. Necesitaba autenticidad, no recitados estériles.

Gaotona volvió a sentarse en su silla.

—No veo cómo transformar esta mesa puede no haber supuesto casi ningún trabajo, aunque claramente debe de ser mucho más sencillo que lo que se te ha pedido que hagas. Ambas cosas me parecen increíbles.

—Cambiar el alma de un hombre es mucho más difícil.

—Puedo aceptar eso a nivel conceptual, pero no conozco los detalles. ¿Por qué es así?

Ella lo miró. «Quiere saber más de lo que estoy haciendo —pensó—, para poder entender cómo preparo la huida». Él sabía que Shai lo estaría intentando, por supuesto. Los dos fingían que ninguno era consciente de eso.

—De acuerdo —dijo ella, poniéndose en pie y acercándose a la pared de la habitación—. Hablemos de Falsificación. La jaula en la que me encerrasteis tenía una pared de cuarenta y cuatro tipos de piedra, que sobre todo eran una trampa para mantenerme distraída. Si quería intentar escapar, antes debía averiguar la disposición y el origen de cada bloque. ¿Por qué?

—Para poder crear una Falsificación de la pared, obviamente.

—Pero ¿por qué todos ellos? —preguntó Shai—. ¿Por qué no cambiar solo un bloque o unos pocos? ¿Por qué no limitarme a hacer un agujero lo bastante grande para meterme dentro y crear un túnel por el que pudiera pasar?

—Pues... —Gaotona frunció el ceño—. No tengo ni idea.

Shai apoyó la mano en la pared exterior de la habitación. La habían pintado, aunque la pintura se desprendía en varias zonas. Podía sentir las distintas piedras.

—Todas las cosas existen en tres reinos, Gaotona. Físico, Cognitivo y Espiritual. El Reino Físico es lo que sentimos, lo que tenemos delante. El Reino Cognitivo es cómo vemos un objeto y cómo ese objeto se ve a sí mismo. El Reino Espiritual contiene el alma del objeto, su esencia,

además de las formas en las que está conectado a las cosas y las personas que lo rodean.

—Debes comprender que no suscribo tus supersticiones paganas — objetó Gaotona.

—Sí, en cambio adoras al sol —respondió Shai, sin poder reprimir la burla de su voz—. O más bien, a ochenta soles creyendo que, aunque todos son exactamente iguales, cada día sale un sol diferente. Bueno, querías saber cómo funciona la Falsificación y por qué el alma del emperador será difícil de reproducir. Los reinos son importantes para esto.

—Muy bien.

—Este es el argumento. Cuanto más tiempo exista un objeto como conjunto, y cuanto más tiempo se vea a sí mismo en ese estado, más fuerte será su sensación de identidad completa. Esa mesa está compuesta de diversas piezas de madera unidas, pero ¿pensamos así en ella? No. Vemos el todo.

»Para Falsificar la mesa, debo comprenderla como un conjunto. Lo mismo sucede con una pared. Aquella pared había existido el tiempo suficiente para verse a sí misma como una única entidad. Quizá pudiera haber abordado cada bloque por separado, porque todavía podrían estar lo bastante diferenciados, pero hacerlo sería difícil, ya que la pared quiere actuar como un todo.

—La pared... ¿quiere que se la considere como un todo? —dijo Gaotona con voz inexpresiva.

—Sí.

—Estás dando a entender que la pared tiene alma.

—Todas las cosas la tienen —respondió ella—. Cada objeto se ve a sí mismo como algo. La conexión y la intención son vitales. Por eso, maestro árbitro, no puedo escribir sin más una personalidad para tu emperador, sellarlo y terminar. Siete informes que he leído dicen que su color favorito era el verde. ¿Sabes por qué?

—No —respondió Gaotona—. ¿Y tú?

—No estoy segura todavía —dijo Shai—. Creo que es porque a su hermano, que falleció cuando Ashravan tenía seis años, le gustó siempre. El emperador cobró apego al color, ya que le recordaba a su hermano muerto. También puede que haya un componente de nacionalismo, ya que nació en Ukurgi, provincia en cuya bandera predomina el verde.

Gaotona parecía preocupado.

—¿Tienes que conocer esos detalles tan concretos?

—¡Noches, sí! Y mil cosas igual de detalladas. Puedo equivocarme en algo. Y me equivocaré en algo, sin duda. Pero la mayoría de los errores no importarán. Harán que su personalidad se desvíe un poco, pero cada persona cambia día a día, de todos modos. No obstante, si me equivoco demasiado, tanto dará la personalidad, porque el sello no prenderá. O al menos, no durará lo suficiente para servir de nada. Asumo que si tu emperador tiene que ser resellado cada quince minutos, será imposible mantener la charada.

—Asumes correctamente.

Shai se sentó dejando escapar un suspiro y se puso a examinar sus notas.

—Dijiste que podrías hacer esto —le recordó Gaotona.

—Sí.

—Lo has hecho antes, con tu propia alma.

—Mi alma la conozco —explicó Shai—. Mi propia historia la conozco. Sé qué puedo cambiar para conseguir el efecto que necesito e incluso así, hacer bien mis propias Marcas de Esencia fue difícil. Ahora no solo tengo que hacerlo para otra persona, sino que además la transformación debe ser mucho más extensa. Y me quedan noventa días para hacerlo.

Gaotona asintió despacio.

—Ahora —dijo ella—, deberías contarme qué estáis haciendo para mantener la simulación de que el emperador sigue vivo y bien.

—Estamos haciendo todo lo que hay que hacer.

—Distro de sentirme tan confiada como vosotros. Creo que se me da un poco mejor que a la mayoría engañar a la gente.

—Creo que te sorprenderás —respondió Gaotona—. Al fin y al cabo, somos políticos.

—Muy bien, de acuerdo. Pero le estaréis haciendo llegar comida, ¿verdad?

—Naturalmente. Cada día se envían tres servicios de comida a los aposentos del emperador, que regresan vacíos a las cocinas de palacio,

aunque como es obvio se le alimenta en secreto con caldo. Lo bebe cuando se le da, pero mira al frente, como si fuera sordo y mudo.

—¿Y el orinal?

—No tiene control sobre sí mismo —dijo Gaotona, haciendo una mueca—. Le hemos puesto pañales.

—¡Noches, hombre! ¿Y nadie cambia un orinal falso? ¿No crees que eso resultará sospechoso? Las criadas harán comentarios, igual que los guardias que vigilan su puerta. ¡Debéis tener en cuenta esas cosas!

Gaotona tuvo la decencia de ruborizarse.

—Me encargaré de que así sea, aunque no me gusta la idea de que entre nadie más en sus aposentos. Demasiada gente puede descubrir lo que le ha sucedido.

—Entonces, escoge a alguien en quien confíes —dijo Shai—. De hecho, impón una norma ante las puertas del emperador. Que no entre nadie a menos que tenga una tarjeta con tu sello personal. Y sí, sé por qué abres la boca para ponerme objeciones. Conozco a la perfección lo bien protegidos que están los aposentos del emperador: formó parte de lo que estudié para irrumpir en la galería. Vuestra seguridad no es lo bastante férrea, como demostraron los asesinos. Haz lo que sugiero. Cuantas más barreras de seguridad haya, mejor. Si lo que le ha ocurrido al emperador se hace público, no tengo ninguna duda de que acabaré de vuelta en esa celda esperando a ser ejecutada.

Gaotona suspiró, pero asintió.

—¿Qué más sugieres?

Día diecisiete



Una fría brisa cargada de especias desconocidas se colaba por las grietas de la ventana combada de Shai. El grave rumor de los vótores también se filtraba. En el exterior, la ciudad estaba de celebración. Era la Delbahad, una fiesta de la que nadie sabía nada hasta dos años antes. La Facción de la Herencia continuaba recuperando y reviviendo antiguas festividades en un esfuerzo por inclinar hacia ellos el favor de la opinión pública.

No serviría de nada. El imperio no era una república, y los únicos que tenían algo que decir en el nombramiento de un nuevo emperador serían los árbitros de las diversas facciones. Shai dejó de prestar atención a los festejos y siguió leyendo el diario del emperador.

«He decidido, por fin, acceder a las exigencias de mi facción —decía el diario—. Me ofreceré para el puesto de emperador, como Gaotona ha insistido tantas veces en que haga. El emperador Yazad se debilita por la enfermedad, y pronto habrá que hacer una nueva elección».

Shai hizo una anotación. Gaotona había animado a Ashravan a conseguir el trono. Y sin embargo, más adelante en el diario, Ashravan hablaba con desprecio de Gaotona. ¿Por qué ese cambio? Terminó la anotación y luego pasó a otra entrada años más tarde.

El diario personal del emperador Ashravan la fascinaba. Lo había escrito de su puño y letra, y había incluido instrucciones para que fuera destruido tras su muerte. Los árbitros habían entregado a Shai el diario a regañadientes, y con vehementes justificaciones. El emperador no había muerto. Su cuerpo vivía todavía. Por tanto, habían hecho bien al no quemar los escritos.

Hablaban con confianza, pero ella notaba la incertidumbre en sus ojos. Era fácil leer en ellos, en todos menos en Gaotona, cuyos pensamientos más íntimos continuaban eludiéndola. Los árbitros no comprendían el propósito de aquel diario. ¿Por qué escribir, se preguntaban, si no era para la posteridad? ¿Por qué poner tus pensamientos sobre el papel si no era para que otros los leyieran?

«Igual que pedirle a una Falsificador por qué obtiene satisfacción al crear una copia y verla expuesta sin que nadie sepa que fue obra suya, y no la del artista original, la que reverenciaban», pensó ella.

El diario le decía mucho más sobre el emperador que las historias oficiales, y no solo por su contenido. Las páginas del cuaderno estaban gastadas y manchadas por el constante uso. Era cierto que Ashravan había escrito su diario para que fuera leído, pero por él mismo.

¿Qué recuerdos había buscado Ashravan con tanto anhelo para leer ese cuaderno una y otra vez? ¿Era vanidoso y disfrutaba de la emoción de las conquistas pasadas? ¿Era, al contrario, inseguro? ¿Se pasaba horas rebuscando entre las palabras porque quería justificar sus errores? ¿O había otro motivo?

La puerta de la habitación se abrió. Habían dejado de llamar. ¿Para qué? Ya le negaban cualquier semblanza de intimidad. Seguía siendo una cautiva, pero más importante que antes.

Frava, la decana de los árbitros, entró, grácil y esbelta, llevando una túnica de suave morado. Su trenza gris estaba adornada en esa ocasión de oro y violeta. El capitán Zu la acompañaba. Shai suspiró para sus adentros y se ajustó las gafas. Había previsto una noche de estudio y planificación, ininterrumpida ahora que Gaotona había decidido unirse a las celebraciones.

—Me dicen que progresas a un ritmo irrisorio —dijo Frava.

Shai soltó el libro.

—La verdad es que voy rápido. Casi he empezado a tallar los sellos. Como le he recordado hoy mismo al árbitro Gaotona, sigo necesitando un sujeto de pruebas que conociera al emperador. La conexión entre ambos me permitirá probar los sellos con él, y prenderán brevemente, lo suficiente para que pueda probar unas cuantas cosas.

—Se te proporcionará uno —respondió Frava, caminando junto a la mesa de brillante superficie. Pasó un dedo por ella, luego se detuvo ante la marca del sello rojo. La decana de los árbitros la tocó—. Qué atrocidad. Después de tomarte tantas molestias para volver más hermosa la mesa, ¿por qué no poner el sello en la parte inferior?

—Me siento orgullosa de mi trabajo —dijo Shai—. Cualquier Falsificador que vea esto puede inspeccionarlo y comprobar lo que he hecho.

Frava arrugó la nariz.

—No deberías sentirte orgullosa de algo así, pequeña ladrona. Además, ¿el objetivo de lo que llevas a cabo no es precisamente ocultar el hecho de que lo has realizado?

—A veces —respondió Shai—. Cuando imito una firma o falsifico un cuadro, el subterfugio es parte del acto. Pero con la Falsificación, la auténtica Falsificación, no se puede ocultar lo que se ha hecho. El sello estará siempre ahí, describiendo exactamente lo que ha sucedido. Bien puede una sentirse orgullosa de ello.

Era la extraña paradoja de su vida. La Falsificación no trataba solo de los sellos de alma: trataba del arte de imitar en su integridad. Escritura, arte, sellos personales... Una aprendiz de Falsificador, adoctrinada medio en secreto por su gente, asimilaba todas las falsificaciones mundanas antes de aprender a usar los sellos de alma.

Los sellos eran la orden más elevada de su arte, pero también los más difíciles de ocultar. Sí, un sello podía colocarse en un lugar apartado del objeto y luego esconderlo. Shai lo había hecho en alguna ocasión. Sin embargo, mientras un sello estuviera en algún lugar donde pudiera hallarse, una Falsificación no podía ser perfecta.

—Dejadnos —ordenó Frava a Zu y los guardias.

—Pero... —objetó Zu, dando un paso adelante.

—No me gusta tener que repetirme, capitán —dijo Frava.

Zu renegó para sus adentros, pero inclinó la cabeza, obediente. Dirigió a Shai una dura mirada —por aquel entonces, esa era prácticamente su segunda ocupación— y se retiró con sus hombres. Cerraron la puerta con un chasquido.

El sello de sangre seguía colgado en la puerta, renovado esa misma mañana. El sellador de sangre acudía a la misma hora casi todos los días. Shai había anotado los detalles concretos. Los días que llegaba un poco tarde, su sello empezaba a oscurecerse un poco antes de que apareciera. Siempre llegaba a ella a tiempo de renovarlo, pero quizá algún día...

Frava escrutó a Shai con ojos calculadores.

Shai le sostuvo la mirada sin pestañear.

—Zu piensa que voy a hacerte algo horrible mientras estamos solas.

—Zu es un simplón —dijo Frava—, aunque resulta útil cuando hay que matar a alguien. Esperemos que no tengas que experimentar nunca su eficacia de primera mano.

—¿No te preocupa? —preguntó Shai—. Estás a solas en una habitación con un monstruo.

—Estoy sola en una habitación con una oportunista —replicó Frava, encaminándose a la puerta para examinar el sello que ardía allí—. No me harás daño. Sientes demasiada curiosidad por saber por qué he mandado retirarse a los guardias.

«La verdad es que sé exactamente por qué los has mandado retirarse —pensó Shai—. Y por qué has venido en un momento en que todos tus árbitros asociados están ocupados en el festival». Esperó a que Frava hiciera su ofrecimiento.

—¿No se te ha ocurrido lo útil que sería para el imperio tener un emperador que escuchara a una voz sabia cuando esta le hable? —preguntó Frava.

—Sin duda el emperador Ashravan ya lo hacía.

—En algunas ocasiones —dijo Frava—. En otras podía ser agresivamente necio. ¿No sería sorprendente si, tras su renacimiento, careciera de esa tendencia?

—Creía que queríais que actuara exactamente como antes —replicó Shai—. Tan parecido a lo real como fuera posible.

—Ciento, cierto. Pero eres famosa por ser una de las mejores Falsificadoras que han existido jamás, y sé de buena tinta que tienes un talento específico para sellar tu propia alma. Sin duda podrás replicar el alma de Ashravan con autenticidad, y al mismo tiempo hacer que se sienta inclinado a atender a razones cuando esa razón la expresen ciertos individuos concretos.

«Noches de fuego —pensó Shai—. No estás dispuesta a decirlo a las claras, ¿verdad? Quieres que construya una puerta trasera al alma del emperador, y ni siquiera tienes la decencia de sentirte avergonzada por ello».

—Yo tal vez podría hacer algo así —dijo Shai, como si lo considerara por primera vez—. Sería difícil. Necesitaría una recompensa que mereciera el esfuerzo.

—Una recompensa justa sería lo apropiado —convino Frava, volviéndose hacia ella—. Soy consciente de que probablemente tenías pensado dejar la Sede Imperial después de tu liberación, pero ¿por qué? Esta ciudad podría ser un lugar de grandes oportunidades para ti, con un gobernante comprensivo en el trono.

—Sé más clara, árbitro —espetó Shai—. Aún me espera una larga noche de estudio mientras los demás festejan. No tengo la mente para juegos de palabras.

—La ciudad goza de un pujante negocio de contrabando —dijo Frava—. Seguirle la pista es una de mis aficiones. Me vendría bien tener a alguien adecuado dirigiéndolo. Te lo entregaré, para que hagas esa función por mí.

Ese era siempre su error, asumir que sabían por qué Shai hacía lo que hacía. Asumir que saltaría sobre una oportunidad como esa, asumir que un contrabandista y un Falsificador venían a ser lo mismo porque los dos desobedecían las leyes de los demás.

—Eso parece agradable —repuso Shai, y mostró su sonrisa más genuina, la que tenía un visible matiz de puro engaño.

Frava sonrió ampliamente a su vez.

—Te dejo para que lo consideres —dijo, y tras abrir la puerta dio una palmada para que los guardias volvieran a entrar.

Shai se hundió en su silla, horrorizada. No por la propuesta, que llevaba varios días esperando, sino porque acababa de comprender las implicaciones. El ofrecimiento del acuerdo del contrabando, naturalmente, era falso. Frava podía cumplirlo, pero no lo haría. Incluso asumiendo que la mujer no hubiera ya planeado matar a Shai, ese ofrecimiento sellaba esa posibilidad.

Sin embargo, había más. Mucho más. «Que ella sepa, acaba de meter en mi cabeza la idea de poder controlar al emperador. No se fiará de mi Falsificación. Esperará que incorpore puertas traseras por mi cuenta, puertas que me den a mí y no a ella el control absoluto sobre Ashravan».

¿Qué significaba eso?

Significaba que Frava tenía otro Falsificador en espera. Probablemente, uno sin el talento o la temeridad de intentar Falsificar el alma de otra persona, pero que podía examinar el trabajo de Shai y encontrar las puertas traseras que ella introdujera. Este falsificador sería más de fiar, y podría reescribir el trabajo de Shai para poner a Frava al mando.

Incluso podrían terminar su trabajo, si ella lo adelantaba lo suficiente. Shai había tenido la intención de usar los cien días completos para planear su huida, pero de pronto comprendió que su súbita eliminación podía producirse en cualquier momento.

Cuanto más cerca estuviera de acabar el proyecto, más probable sería que sucediese.

Día treinta



— Esto es nuevo —dijo Gaotona mientras inspeccionaba la ventana de cristal tintado.

Había sido un golpe de inspiración particularmente gratificante por parte de Shai. Los intentos de Falsificar la ventana para conseguir una versión mejorada habían fracasado repetidas veces, y transcurridos unos minutos, la ventana siempre revertía a su forma agrietada y combada.

Entonces Shai encontró un trozo de cristal de color, olvidado a un lado del marco. Comprendió que la ventana había sido una vidriera, como muchas otras del palacio. Lo que fuese que rompiera la ventana también había combado el marco, produciendo aquellos huecos que dejaban entrar la fría brisa.

En vez de repararla y conservarla tal como era en origen, alguien había colocado cristal corriente en la ventana y la había dejado resquebrajarse. Un sello de Shai en la esquina inferior derecha había restaurado la ventana, reescribiendo su historia: un solícito maestro artesano la había descubierto y la había recomuesto. Ese sello prendió de inmediato. Incluso después de todo ese tiempo, la ventana se había visto a sí misma como algo hermoso.

O tal vez Shai se estaba dejando llevar otra vez por el romanticismo.

— Dijiste que me traerías hoy un sujeto de pruebas —dijo Shai, soplando el polvo de un sello de alma recién tallado.

Grabó una serie de rápidas marcas en la parte trasera, el lado opuesto del frontal elaboradamente tallado. La marca fijadora terminaba cada sello de alma, indicando que no se tallaría nada más. A Shai siempre le gustaba que tuviera la forma de MaiPon, su patria.

Terminadas esas marcas, aplicó una llama al sello. Era una propiedad de la piedra de alma: el fuego la endurecía, de manera que no podía astillarse. No necesitaba dar ese paso. Las marcas de anclaje en la

parte superior eran todo lo que requería, y en realidad podía tallar un sello con cualquier cosa, mientras la talla fuera precisa. Sin embargo, la piedra de alma era valorada por ese proceso endurecedor.

Una vez el sello quedó tiznado por la llama de la vela (primero un extremo, luego el otro), lo alzó y sopló con fuerza. Copos de ceniza volaron con el soprido, revelando la hermosa piedra jaspeada roja y negra de debajo.

—Sí —dijo Gaotona—. Un sujeto de pruebas. Te he traído uno, tal como prometí.

El anciano cruzó la pequeña habitación y se dirigió a la puerta, donde Zu montaba guardia.

Shai se echó hacia atrás en su silla, que hacía un par de días había Falsificado para convertirla en algo mucho más cómodo, y esperó. Había hecho una apuesta consigo misma. ¿Sería el sujeto un guardia del emperador? ¿O sería algún funcionario de poca monta del palacio, quizás el hombre que tomaba notas para Ashravan? ¿A qué persona obligarían los árbitros a soportar la blasfemia de Shai en nombre de un supuesto bien mayor?

Gaotona se sentó en la silla junto a la puerta.

—¿Y bien? —preguntó Shai.

Él alzó las manos a sus costados.

—Puedes empezar.

Shai apoyó los pies en el suelo y se sentó recta.

—¿Tú?

—Sí.

—¡Pero si eres un árbitro! ¡Una de las personas más poderosas del imperio!

—Ah —dijo él—. No me había dado cuenta. Encajo con tus especificaciones. Soy varón, nací en el mismo lugar que Ashravan y lo conocí muy bien.

—Pero... —Shai guardó silencio.

Gaotona se inclinó hacia delante, uniendo las manos.

—Hemos debatido esto durante semanas. Se ofrecieron otras opciones, pero se decidió que en conciencia no podíamos dejar que un miembro de

nuestro pueblo se sometiera a esta blasfemia. La única conclusión fue que uno de nosotros se sacrificara.

Shai se estremeció, recuperándose de la sorpresa. «Frava no habría tenido ningún problema en ordenarle a cualquier otro que hiciera esto —pensó—. Ni los demás. Tienes que haber insistido en ser tú, Gaotona».

Los otros árbitros lo consideraban un rival, así que era probable que se alegraran de dejarlo caer en los supuestamente horribles y retorcidos actos de Shai. Lo que ella planeaba era del todo inofensivo, pero era imposible convencer a un grande de eso. Aun así, deseó poder tranquilizar a Gaotona cuando acercó su silla para colocarse junto a él y abrió la cajita de sellos que había ido creando durante las tres últimas semanas.

—Estos sellos no prenderán —dijo mientras alzaba uno de ellos—. Es como los Falsificadores nos referimos a que el sello cree un cambio que sea demasiado antinatural para ser estable. Dudo que ninguno de estos te afecte más de un minuto y eso suponiendo que los haya creado correctamente.

Gaotona vaciló, pero luego asintió.

—El alma humana es diferente a un objeto —continuó diciendo Shai—. Una persona crece, cambia, se mueve constantemente. Eso hace que un sello de alma empleado en una persona se agote de un modo que no se produce con los objetos. Incluso en el mejor de los casos, un sello de alma usado en una persona dura solo un día. Mis Marcas de Esencia son un ejemplo. Después de unas veintiséis horas, se desvanecen.

—Entonces... ¿el emperador?

—Si hago bien mi trabajo, habrá que sellarlo todas las mañanas, como el sellador de sangre hace con mi puerta. Sin embargo, añadiré al sello la capacidad de recordar, crecer y aprender: no revertirá al mismo estado cada mañana, y podrá construir sobre los cimientos que le otorgo. Pero igual que el cuerpo humano se agota y necesita dormir, un sello de alma en uno de nosotros debe restablecerse. Por suerte, cualquiera puede encargarse del sellado; el propio Ashravan podría hacerlo, cuando el sello esté preparado correctamente.

Entregó a Gaotona el sello que tenía en la mano, dejando que lo examinara.

—Cada uno de los sellos concretos que voy a utilizar hoy —dijo— cambiará algo pequeño en tu pasado o tu personalidad innata. Como no eres Ashravan, los cambios no prenderán. Sin embargo, los dos tenéis una historia lo bastante parecida para que los sellos duren por un breve tiempo, si los he hecho bien.

—¿Quieres decir que esto es un patrón para el alma del emperador? — preguntó Gaotona al tiempo que examinaba el sello.

—No. Solo una Falsificación de una pequeña parte de su alma. Ni siquiera estoy segura de que el producto final funcione. Por lo que sé, nadie ha intentado jamás algo exactamente igual que esto. Pero circulan historias de gente que Falsificó el alma de otra persona para propósitos perversos. Me baso en ese conocimiento para conseguir lo que intentamos. Así pues, si estos sellos duran al menos un minuto contigo, deberían durar mucho más con el emperador, ya que están armonizados con su pasado concreto.

—Una pequeña parte de su alma —repitió Gaotona, y devolvió el sello a Shai—. Entonces, estas pruebas... ¿No usarás estos sellos en el producto final?

—No, pero cogeré los patrones que funcionen y los incorporaré en una creación mayor. Piensa que estos sellos son como caracteres separados en un gran pergamo; cuando termine, podré unirlos todos y contar un relato. El relato de la historia y la personalidad de un hombre. Por desgracia, aunque la Falsificación prenda, habrá pequeñas diferencias. Sugiero que empecéis a propagar rumores de que el emperador resultó herido. No de gravedad, ojo, pero dad a entender que ha recibido un buen golpe en la cabeza. Eso explicará las discrepancias.

—Ya hay rumores de su muerte —repuso Gaotona—, difundidos por la Facción Gloria.

—Bueno, pues decid que lo que ocurrió es que salió herido.

—Pero...

Shai alzó el sello.

—Aunque consiga lo imposible, cosa que, te advierto, solo he hecho en raras ocasiones, la Falsificación no tendrá todos los recuerdos del emperador. Solo puedo incluir las cosas que he podido leer o deducir. Ashravan habrá tenido muchas conversaciones privadas que la Falsificación no podrá recordar. Puedo imbuirlo de una aguda capacidad para falsear, porque tengo una comprensión especializada de ese tipo de cosas, pero falsear no salva a nadie a largo plazo. Con el tiempo, alguien se dará cuenta de que sufre grandes lagunas de memoria. Difundid los rumores, Gaotona. Vais a necesitarlos.

Él asintió, y luego se recogió la manga para exponer su brazo al sello. Shai alzó el sello y Gaotona suspiró, cerró con fuerza los ojos y volvió a asentir.

Ella apretó el sello contra la piel. Como siempre, cuando el sello tocaba la piel, parecía como si lo estuviera presionando contra algo rígido,

como si su brazo se hubiera convertido en piedra. El sello se hundía levemente. Eso creaba una sensación desconcertante cuando se trabajaba con una persona. Giró el sello y después lo retiró, dejando una marca roja en el brazo de Gaotona. Sacó el reloj y observó la manecilla.

El sello desprendía leves hilillos de humo rojo; esto sucedía solo cuando se marcaba a seres vivos. El alma luchaba contra la reescritura. El sello, sin embargo, no se apagó de inmediato. Shai dejó escapar un suspiro contenido. Era buena señal.

Se preguntó si intentara algo así con el emperador, ¿lucharía su alma contra la invasión? ¿O en cambio aceptaría el sello, deseando que se enmendara lo que había salido mal? Igual que la ventana había querido ser devuelta a su antigua belleza. No lo sabía.

Gaotona abrió los ojos.

—¿Funciona?

—Ha prendido, de momento —respondió Shai.

—No me siento diferente.

—Esa es la idea. Si el emperador pudiera sentir los efectos del sello, se daría cuenta de que algo va mal. Ahora, respóndeme sin pensar y habla solo por instinto. ¿Cuál es tu color favorito?

—El verde —contestó él inmediatamente.

—¿Por qué?

—Porque... —Guardó silencio, ladeando la cabeza—. Porque sí.

—¿Y tu hermano?

—Apenas lo recuerdo —dijo Gaotona, encogiéndose de hombros—. Murió cuando yo era muy joven.

—Menos mal —repuso Shai—. Habría sido un emperador terrible, si lo hubieran elegido en vez de...

Gaotona se levantó.

—¡No te atrevas a hablar mal de él! Haré que te...

Se envaró y miró a Zu, que había echado mano a su espada, alarmado.

—Yo... ¿Hermano...?

El sello se desvaneció.

—Un minuto y cinco segundos —dijo Shai—. Eso parece bueno.

Gaotona se llevó una mano a la cabeza.

—Recuerdo haber tenido un hermano. Pero no tengo ninguno, ni lo he tenido nunca. Recuerdo haberlo idolatrado; recuerdo el dolor cuando murió. Tanto dolor...

—Se te pasará —lo tranquilizó Shai—. Las impresiones se borrarán como los restos de una pesadilla. Dentro de una hora, apenas podrás recordar qué fue lo que te trastornó. —Garabateó unas notas—. Creo que has reaccionado con demasiada intensidad a mi insulto a la memoria de tu hermano. Ashravan adoraba a su hermano, pero mantenía sus sentimientos ocultos por una sensación de culpabilidad, porque pensaba que su hermano tal vez habría sido mejor emperador que él.

—¿Qué? ¿Estás segura?

—¿Sobre esto? —dijo Shai—. Sí. Tendré que revisar un poco ese sello, pero creo que es adecuado.

Gaotona volvió a sentarse, mirándola con ojos sabios que parecían intentar perforarla, excavar en su interior.

—Sabes mucho de la gente.

—Es uno de los primeros pasos de nuestra formación —aclaró Shai—. Antes incluso de que toquemos la piedra de alma.

—Tanto potencial... —susurró Gaotona.

Shai contuvo un estallido inmediato de enojo. ¿Cómo se atrevía a mirarla así, como si estuviera desperdiando su vida? A ella le encantaba Falsificar. La emoción, una vida que salía adelante gracias a su inteligencia. Eso era ella. ¿Verdad?

Pensó en una Marca de Esencia concreta, guardada con las otras. Era una marca que nunca había usado, y sin embargo era al mismo tiempo la más preciosa de las cinco.

—Probemos con otra —dijo Shai, ignorando aquellos ojos de Gaotona.

No podía permitirse sentirse ofendida. La tía Sol siempre decía que el orgullo sería el mayor peligro de su vida.

—Muy bien —dijo Gaotona—, pero no entiendo una cosa. Por lo poco que me has explicado de este proceso, no puedo ni imaginar por qué

estos sellos empiezan a funcionar conmigo. ¿No necesitas conocer con exactitud la historia de una cosa para que un sello funcione con ella?

—Para que prenda, sí —respondió Shai—. Como he dicho, es cuestión de plausibilidad.

—¡Pero esto no es en absoluto plausible! No tengo ningún hermano.

—Ah, bueno, a ver si puedo explicarme —dijo ella, echándose hacia atrás—. Estoy reescribiendo tu alma para que encaje con la del emperador igual que reescribí la historia de esa ventana para incluir una vidriera nueva. En ambos casos, funciona por la familiaridad. El marco de la ventana sabe qué aspecto debe tener una ventana de cristal tintado. Una vez contuve cristal tintado. Aunque la ventana nueva no es la misma que hubo una vez, el sello funciona porque el concepto general de una ventana de cristal tintado se ha cumplido.

»Tú has pasado mucho tiempo con el emperador. Tu alma está familiarizada con él, igual que el marco de la ventana está familiarizado con el cristal tintado. Por eso tengo que probar los sellos con alguien como tú, y no conmigo misma. Cuando te marco, es como... es como si le presentara a tu alma una pieza de algo que debería conocer. Solo funciona si la pieza es muy pequeña, pero mientras lo sea, y mientras el alma considere que la pieza es una parte familiar de Ashravan, como he indicado, el sello prenderá durante un breve período antes de ser rechazado.

Gaotona la miró aturdido.

—¿Debo suponer que te suena a tonterías supersticiosas? —aventuró Shai.

—Es bastante místico —repuso Gaotona, extendiendo las manos ante él—. ¿El marco de una ventana que conoce el «concepto» de una vidriera? ¿Un alma que comprende el concepto de otra alma?

—Estas cosas existen más allá de nosotros —dijo Shai mientras preparaba otro sello—. Nosotros pensamos en ventanas, sabemos de ventanas, de modo que lo que es y lo que no es una ventana adquiere significado en el Reino Espiritual. Adquiere vida, en cierto modo. Puedes creerte la explicación o no; supongo que no importa. El hecho es que puedo probar estos sellos contigo y, si prenden durante al menos un minuto, será un buen indicativo de que he dado con algo.

»Lo ideal sería probarlo con el emperador, pero en su estado no podría responder a mis preguntas. Necesito no solo que prendan, sino también que funcionen juntos y eso requerirá que me expliques lo que sientes para que yo pueda hacer ajustes en la dirección adecuada. Y ahora, extiende el brazo, por favor.

—Muy bien.

Gaotona se preparó y Shai presionó otro sello contra su brazo. Lo remató con medio giro, pero en cuanto retiró el sello, la marca se disipó en una vaharada roja.

—Maldición —exclamó Shai.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó Gaotona, llevándose los dedos al brazo. Olía a tinta corriente: el sello se había desvanecido tan rápido que la tinta ni siquiera se había incorporado a su mecanismo—. ¿Qué me has hecho esta vez?

—Nada, al parecer —respondió Shai, al tiempo que inspeccionaba la cabeza del sello en busca de defectos. No encontró ninguno—. Con este estaba equivocada. Muy equivocada.

—¿Cuál era?

—El motivo por el que Ashravan accedió a convertirse en emperador —dijo Shai—. Noches de fuego. Estaba segura de que lo tenía.

Negó con la cabeza y guardó el sello. Al parecer, Ashravan no se había ofrecido como emperador movido por un deseo profundamente arraigado de demostrar su valía ante sí mismo y su familia y escapar a la lejana pero alargada sombra de su hermano.

—Yo puedo decirte por qué lo hizo, Falsificador —dijo Gaotona.

Ella lo miró. «Este hombre animó a Ashravan a presentarse al trono imperial —pensó—. Ashravan acabó odiándolo por ello. O eso creo».

—Muy bien —dijo—. ¿Por qué?

—Quería cambiar las cosas —respondió Gaotona—. En el imperio.

—No habla de eso en su diario.

—Ashravan era un hombre humilde.

Shai enarcó una ceja. Esa revelación no encajaba con los informes que le habían dado.

—Sí, tenía temperamento —prosiguió Gaotona—. Y si te ponías a discutir con él, apretaba los dientes y defendía con vehemencia su argumento. Pero el hombre... el hombre era... En el fondo, era un hombre humilde. Tendrás que comprender esto de él.

—Ya veo.

«Fue cosa tuya, ¿verdad? —pensó Shai—. Esa mirada de decepción, la implicación de que podríamos ser mejores personas de lo que somos». Shai no era la única que consideraba que Gaotona la trataba como si fuera un abuelo insatisfecho.

Saberlo le dio ganas de desestimar al hombre por irrelevante. Pero se había ofrecido él mismo para las pruebas. Gaotona consideraba espantoso lo que ella hacía, y por eso había insistido en recibir el castigo en persona, en vez de enviar a otro.

«Eres auténtico, ¿verdad, anciano?», pensó Shai mientras Gaotona volvía a sentarse, con la mirada perdida pensando en el emperador. Se descubrió inquieta.

En su oficio había muchos que se burlaban de los hombres honestos, al considerarlos presas fáciles. Eso era una falacia. Ser honrado no significaba ser ingenuo. Un necio deshonesto y un necio honesto eran igualmente fáciles de engañar: solo había que abordarlos de maneras distintas.

Sin embargo, un hombre que fuera honesto y listo era siempre, siempre, más difícil de engañar que alguien que fuera a la vez deshonesto y listo.

Sinceridad. Por definición, era muy arduo falsificarla.

—¿En qué estás pensando detrás de esos ojos tuyos? —preguntó Gaotona, inclinándose hacia delante.

—Estaba pensando que debiste de tratar al emperador igual que me tratas a mí, molestandolo constantemente con sermones sobre lo que debería hacer.

Gaotona bufó.

—Es probable. Eso no significa que mis argumentos sean, o fueran, incorrectos. Él podría... bueno, podría haber hecho más de lo que hizo. Igual que tú podrías convertirte en una artista maravillosa.

—Lo soy.

—Una artista de verdad.

—Lo soy.

Gaotona meneó la cabeza.

—El cuadro de Frava... Hay algo que hemos pasado por alto, ¿verdad? Ella ordenó examinar la falsificación, y los asesores encontraron unos cuantos errores diminutos. Yo no pude verlos sin ayuda pero están ahí. Tras reflexionar sobre el tema, me parecen extraños. Las pinceladas son

impecables, incluso magistrales. El estilo encaja perfectamente. Si podías conseguir semejante nivel, ¿por qué cometiste tales errores, como poner la luna demasiado baja? Es un error sutil, pero se me ocurre que nunca habrías cometido un fallo semejante, no de manera involuntaria, al menos.

Shai se volvió para coger otro sello.

—El lienzo que creen que es el original —prosiguió Gaotona—, el que cuelga ahora mismo en el despacho de Frava... Es falso también, ¿verdad?

—Sí —admitió Shai con un suspiro—. Cambié los lienzos un par de días antes de intentar robar el cetro: estaba investigando la seguridad del palacio. Me colé en la galería, entré en las oficinas de Frava e hice el cambio como prueba.

—Entonces, el que ellos dan por hecho que es falso debe de ser el original —repuso Gaotona, sonriendo—. ¡Pintaste esos errores encima del original para que pareciera que es una réplica!

—En realidad, no —dijo ella—. Aunque he utilizado ese truco otras veces. Los dos son falsos. Uno es simplemente la falsificación obvia, dejada a propósito para que la descubrieran en caso de que algo saliera mal.

—Así que el original sigue escondido en alguna parte —sugirió Gaotona, con curiosidad—. Te colaste en el palacio para comprobar sus medidas de seguridad y sustituiste el lienzo original por una copia. Dejaste una segunda copia ligeramente peor en tu habitación como pista falsa. Si te descubrían al entrar de nuevo, o si por algún motivo te vendía un aliado, registraríamos tu habitación y encontraríamos la copia mala, y asumiríamos que aún no habías dado el cambazo. Los expertos mirarían la copia buena y creerían que es la obra auténtica. De esa forma, nadie seguiría buscando la pintura original.

—Más o menos.

—Muy astuto —reconoció Gaotona—. Por tanto, si te capturaban entrando en el palacio para intentar robar el cetro, podrías confesar que tu objetivo solo era el lienzo. Al registrar tu habitación aparecería el falso y se te acusaría de intento de hurto a un individuo, en este caso Frava, que es un delito mucho menor que intentar robar una reliquia imperial. Te caerían diez años de trabajos forzados en vez de la pena de muerte.

—Desgraciadamente, me traicionaron en el peor momento —repuso Shai—. El bufón consiguió que me detuvieran después de que saliera de la galería con el cetro.

—Pero ¿qué hay del cuadro original? ¿Dónde lo escondiste? —Gaotona vaciló—. Sigue todavía en el palacio, ¿verdad?

—En cierto modo.

Gaotona la miró, todavía sonriendo.

—Lo quemé —reveló Shai.

La sonrisa desapareció de sus labios.

—Mientes.

—Esta vez no, anciano —dijo Shai—. El lienzo no merecía el riesgo de intentar sacarlo de la galería. Solo di el cambazo para poner a prueba la seguridad. Colé el falso fácilmente, porque no registran a nadie al entrar, solo al salir. El cetro era mi verdadero objetivo. Robar el lienzo fue secundario. Después de sustituirlo, tiré el original a una chimenea de la galería principal.

—Eso es horrible —dijo Gaotona—. ¡Era un ShuXen original, su mayor obra maestra! Se ha quedado ciego y ya no puede pintar. ¿Te das cuenta del coste? —farfulló—. No lo entiendo. ¿Por qué? ¿Por qué hiciste una cosa así?

—No importa. Nadie sabrá lo que he hecho. Seguirán contemplando la falsificación y estarán satisfechos, así que no se ha causado ningún daño.

—¡Ese lienzo era una obra de arte de valor incalculable! —Gaotona la miró con furia—. Lo reemplazaste por orgullo y solo por orgullo. Ni siquiera te preocupaste de vender el original. Solo querías que tu copia colgara en la galería. ¡Destruiste algo maravilloso para poder satisfacer tu vanidad!

Ella se encogió de hombros. La historia era tan simple, pero el hecho indiscutible era que ella había quemado el lienzo. Tenía sus motivos.

—Hemos terminado por hoy —anunció Gaotona, con el rostro enrojecido. Agitó una mano ante ella, desdeñoso, mientras se levantaba —. Había empezado a pensar. ¡Bah!

Y salió por la puerta.

Día cuarenta y dos



Cada persona encerraba un enigma.

Así era como Tao, su primer instructor en el arte de la Falsificación, lo había explicado. Un Falsificador no era un simple timador ni un embaucador. Un Falsificador era un artista que pintaba con la percepción humana.

Cualquier sucio pilluelo de la calle podía engañar a alguien. Un Falsificador tenía aspiraciones más elevadas. Los timadores comunes trabajaban tapando los ojos de los incautos con un pañuelo, y luego huían antes de que se dieran cuenta. Un Falsificador debía crear algo tan perfecto, tan hermoso, tan real, que jamás llegara a cuestionarse.

Una persona era como un frondoso bosque cubierto de una retorcida masa de enredaderas, hierbajos, matorrales, arbustos y flores. Ninguna persona era una sola emoción; ninguna persona tenía un único deseo. Poseían muchos, y habitualmente esos deseos entraban en conflicto unos con otros como dos rosales que luchan por el mismo pedazo de tierra.

Respeta a la gente a la que mientes, le había enseñado Tao. Róbales durante el tiempo suficiente y empezarás a comprenderlos.

Shai iba componiendo un libro a medida que trabajaba, una historia verdadera de la vida del emperador Ashravan. Sería una historia más auténtica que las que sus escribas habían redactado para glorificarlo, una historia más auténtica que la que él había escrito de su puño y letra. Shai encajaba lentamente las piezas del enigma, internándose a rastras en el bosque que había sido la mente de Ashravan.

Era un idealista, como había dicho Gaotona. Ella lo veía ahora en la cautelosa preocupación de sus primeros textos y en la forma en que trataba a sus sirvientes. El imperio no era algo terrible. Ni tampoco maravilloso. El imperio simplemente era. El pueblo soportaba su dominio porque se sentía cómodo con sus pequeñas tiranías. La corrupción resultaba inevitable. Vivías con ella. Era eso o aceptar el caos de lo desconocido.

A los grandes los trataban con extremo favoritismo. Entrar en el servicio gubernamental, la más lucrativa y prestigiosa de las ocupaciones, a menudo se debía más a los sobornos y los contactos que a las capacidades o aptitudes. Además, algunos de los que mejor servían al imperio, los mercaderes y los obreros, sufrián el robo sistemático en sus bolsillos por un centenar de manos.

Todo el mundo sabía estas cosas. Ashravan había querido cambiarlas. Al principio.

Y luego... Bueno, no había habido un «y luego» concreto. Los poetas señalarían un único defecto en la naturaleza de Ashravan como artífice de su fracaso, pero una persona no era un solo defecto, como tampoco era una sola pasión. Si Shai basara su Falsificación en un único atributo, crearía una caricatura, no un hombre.

Pero... ¿era lo mejor que podía esperar? Tal vez debiera intentar conseguir autenticidad en un entorno concreto, creando un emperador que pudiera actuar de manera adecuada en la corte pero que no engañara a los más íntimos. Quizá funcionara bien, como los decorados de un teatro, que cumplen su propósito mientras se representa la obra, pero que no soportarían una inspección meticulosa.

Ese era un objetivo que podía lograr. Tal vez debería acudir a los árbitros, explicarles lo que era posible y ofrecerles un emperador inferior, una marioneta que pudieran presentar en los actos oficiales y luego retirar con el pretexto de que su enfermedad empeoraba.

Podía hacer eso.

Pero descubrió que no quería.

Ese no era el desafío. Era la versión de un timo callejero, con una ganancia a corto plazo. El estilo de los Falsificadores era crear algo duradero.

En el fondo, la entusiasmaba el desafío. Descubrió que quería hacer vivir a Ashravan. Quería intentarlo, al menos.

Shai yacía en su cama, que había Falsificado para convertirla en un lecho más cómodo, con dosel y un tupido edredón. Mantenía las cortinas corridas. Los guardias del turno de noche jugaban una partida de cartas sentados a su mesa.

«¿Por qué te preocupas por hacer vivir a Ashravan? —pensó Shai—. Los árbitros te matarán antes de que puedas comprobar si funciona. Tu único objetivo debería ser escapar».

Y sin embargo... el mismísimo emperador. Shai había elegido robar el Cetro Lunar porque era la pieza más famosa del imperio. Quería que una de sus obras se exhibiera en la grandiosa Galería Imperial.

No obstante, la tarea en la que trabajaba era algo mucho más grandioso. ¿Qué Falsificador había conseguido una hazaña semejante? ¿Una Falsificación sentada en el mismísimo Trono Rosa?

«No —se dijo, con más fuerza esta vez—. No te dejes engañar. Orgullo, Shai. No dejes que te mueva el orgullo».

Abrió el cuaderno por las últimas páginas, donde había ocultado sus planes de huida en código, disfrazado para parecer un diccionario de términos y personas.

Aquel sellador de sangre había aparecido corriendo el otro día, como asustado por llegar tarde para reponer su marca. La ropa le olía a alcohol. Estaba disfrutando de la hospitalidad de palacio. Si Shai pudiera lograr que llegara temprano una mañana, y asegurarse de que se emborrachara como una cuba esa noche...

Las montañas de los arietes rodeaban Dzhamar, donde se hallaban los pantanos de los selladores de sangre. El odio mutuo que se profesaban era intenso, quizá más intenso que su lealtad al imperio. Varios arietes en concreto parecían asqueados cuando entraba el sellador de sangre. Shai había empezado a hacerse amiga de esos guardias. Alguna que otra broma. Menciones a alguna coincidencia entre su pasado y el de ellos. Se suponía que los arietes no podían hablar con Shai, pero habían transcurrido semanas sin que ella hiciera otra cosa que repasar libros y charlar con viejos árbitros. Los guardias estaban aburridos, y el aburrimiento hacía que la gente fuera fácil de manipular.

Shai tenía acceso a bastante piedra de alma, y la emplearía. Sin embargo, a menudo era mejor utilizar métodos más elementales. La gente siempre esperaba que un Falsificador empleara sellos para todo. Los grandes contaban historias de magia negra, de Falsificadores que colocaban sellos en los pies de la gente mientras dormían, cambiando sus personalidades, invadiéndolas, violando sus mentes.

La verdad era que un sello de alma solía ser el último recurso de un Falsificador. Era demasiado fácil de detectar. «Ahora mismo, no cambiaría mi mano derecha por mis Marcas de Esencia».

Casi sintió la tentación de intentar tallar una nueva marca para usarla en la huida. Pero es lo que ellos estarían esperando, y Shai tendría verdaderos problemas para realizar los cientos de pruebas necesarias para que funcionara. Si la probaba en su propio brazo, los guardias darían la alarma, y probarlas con Gaotona no serviría de nada.

Además, utilizar una Marca de Esencia sin haberla probado antes... bueno, podía salir muy, muy mal. No. En sus planes de fuga emplearía

sellos de alma, pero su núcleo estaría compuesto de subterfugios más tradicionales.

Día cincuenta y ocho



Shai estaba preparada cuando Frava la visitó de nuevo.

La mujer se detuvo ante la puerta. Los guardias se apartaron sin poner objeciones mientras el capitán Zu ocupaba su lugar.

—Has estado ocupada —advirtió Frava.

Shai levantó la vista de sus investigaciones. Frava no se refería a su progreso, sino a la habitación. Hacía muy poco que Shai había mejorado el suelo. No había resultado difícil. La roca empleada para construir el palacio, la cantera, las fechas, los albañiles: todo era cuestión de acudir al registro histórico.

—¿Te gusta? —preguntó Shai—. El mármol va muy bien con la chimenea, creo.

Frava se volvió, y acto seguido parpadeó.

—¿Una chimenea? ¿Dónde has...? ¿Esta habitación es más grande de lo que era?

—La despensa de al lado no se utilizaba —murmuró Shai, volviendo a su cuaderno—. Y la división entre los dos cuartos era reciente, construida hace solo unos pocos años. Reescribí la construcción para que esta sala fuera la más espaciosa de las dos, por eso he podido incluir una chimenea.

Frava parecía sorprendida.

—No habría pensado... —La mujer miró de nuevo a Shai y su rostro adoptó su habitual máscara de severidad—. Me resulta difícil creer que te estás tomando tu deber en serio, Falsificadora. Estás aquí para crear un emperador, no para remodelar el palacio.

—Tallar piedra de alma me relaja —dijo Shai—. Igual que tener un espacio de trabajo que no me recuerde a un trastero. Tendrás el alma de tu emperador a tiempo, Frava.

La mujer árbitro se paseó por la estancia, inspeccionando la mesa.

—Entonces, ¿has empezado la piedra de alma del emperador?

—He empezado muchas —respondió Shai—. Será un proceso complejo. He probado más de cien sellos con Gaotona...

—Con el árbitro Gaotona.

—Con el viejo. Cada uno de ellos es solo una parte diminuta del rompecabezas. Cuando tenga todas las piezas funcionando, volveré a tallarlas con rasgos más pequeños, más delicados. Eso me permitirá combinar una docena de sellos de prueba para elaborar un último sello.

—Pero acabas de decir que has probado ya más de cien —dijo Frava, frunciendo el ceño—. ¿Solo usarás doce al final?

Shai se echó a reír.

—¿Doce? ¿Para Falsificar un alma entera? Difícilmente. El último sello, el que necesitaréis para utilizarlo con el emperador cada mañana, será como un eje, o la piedra angular de un arco. Será el único que habrá que colocar en su piel, pero conectará con una red de cientos de otros sellos. —Shai rebuscó a un lado y sacó su cuaderno de notas, que incluía bocetos iniciales de los sellos definitivos—. Estos los estamparé en una placa de metal que enlazaré con el sello que colocaréis a Ashravan cada día. Deberá tener la placa cerca en todo momento.

—¿Tendrá que cargar con una placa de metal y habrá que sellarlo cada día? —inquirió Frava con sequedad—. Esto le dificultará llevar una vida normal, ¿no te parece?

—Sospecho que ser emperador dificulta a cualquier hombre llevar una vida normal. Ya te las ingeniarás. Es costumbre diseñar la placa como una pieza de adorno. Un medallón grande, tal vez, o un brazalete con los lados cuadrados. Si observas mis Marcas de Esencia, verás que se hicieron del mismo modo, y que la caja contiene una placa por cada una. —Shai vaciló—. En todo caso, nunca antes he hecho esto exactamente, ni yo ni nadie. Existe la posibilidad, y yo diría que bastante alta, de que con el tiempo el cerebro del emperador absorba la información. Como... como si copiaras la misma imagen exacta en una pila de papeles cada día durante un año; al final las capas de abajo contendrán también la imagen. Tal vez, después de sellarlo a diario durante unos años, no necesite ya el tratamiento.

—Sigue pareciéndome atroz.

—¿Peor que estar muerto? —preguntó Shai.

Frava apoyó la mano en el cuaderno de notas y bocetos a medio terminar de Shai. Y luego lo tomó para sí.

—Haré que nuestros escribas copien esto.

Shai se levantó.

—Lo necesito.

—Estoy segura de que así es —dijo Frava—. Y es justamente por eso por lo que debe copiarse, por si acaso.

—Copiarlo llevará demasiado tiempo.

—Te lo devolveré dentro de un día —repuso Frava con suavidad, dándose media vuelta.

Shai extendió el brazo hacia ella y el capitán Zu avanzó un paso, con la espada a medio desenvainar.

Frava se volvió hacia él.

—Vamos, vamos, capitán. Eso no será necesario. La Falsificadorra protege su trabajo. Eso está bien. Demuestra que está poniendo todo su empeño.

Shai y Zu se miraron fijamente. «Me quiere muerta —pensó Shai—. Con toda su alma». A aquellas alturas, ya comprendía a Zu. Proteger el palacio era su deber, un deber que Shai había invadido con su robo. No había sido Zu quien la capturó: el bufón imperial la había traicionado. Zu se sentía inseguro a causa de su fracaso, y por eso quería eliminarla en venganza.

Shai acabó por desviar la mirada. Aunque la amargaba, necesitaba adoptar el lado sumiso de aquella interacción.

—Ten cuidado —le advirtió a Frava—. No permitas que pierdan ni una sola hoja.

—Protegeré esto como si... como si la vida del emperador dependiera de ello. —Frava consideró divertido su propio chiste, y obsequió a Shai con una extraña sonrisa—. ¿Has considerado el otro asunto que discutimos?

—Sí.

—¿Y bien?

—Sí.

La sonrisa de Frava se ensanchó.

—Volveremos a hablar pronto.

Frava se marchó con el cuaderno, que contenía casi dos meses de trabajo. Shai sabía perfectamente lo que pretendía la mujer. No iba a mandar que lo copiaran: iba a enseñárselo a su otro Falsificador y ver si era suficiente para que él terminara el trabajo.

Si el Falsificador decía que sí, Shai sería ejecutada con discreción antes de que los otros árbitros pudieran objetar nada. Probablemente el propio Zu se encargaría de ello. Todo podría terminar allí mismo.

Día cincuenta y nueve



Shai durmió mal esa noche.

Estaba segura de que sus preparativos habían sido concienzudos. Y sin embargo, se veía obligada a esperar como si tuviera un nudo corredizo alrededor del cuello. Eso la ponía nerviosa. ¿Y si había interpretado mal la situación?

Había hecho que las anotaciones de su cuaderno fueran intencionadamente oscuras, cada una de ellas una sutil indicación de la enormidad del proyecto. La escritura apretada, las numerosas referencias cruzadas, las listas y listas de recordatorios para sí misma de las cosas que tenía que hacer... Todo ello, junto con el grueso cuaderno, sería un indicativo de que su trabajo había exigido un terrible esfuerzo por su parte.

Era una falsificación. Una de las más difíciles: una falsificación que no imitaba a una persona o un objeto concreto. Era una falsificación de tono.

«Aléjate —decía el tono de ese libro—. No quieres intentar acabar esto. Lo que quieres es que Shai continúe y se encargue de las partes difíciles, porque el trabajo que tendrías que hacer es enorme. Y si fracasas será tu cabeza la que penda de la soga».

El cuaderno era una de las falsificaciones más sutiles que había creado jamás. Cada palabra que había en él era cierta y a la vez era mentira. Solo un maestro Falsificador vería el engaño, solo un maestro Falsificador sabría advertir lo mucho que se había esforzado en ilustrar el peligro y la dificultad del proyecto.

¿Qué habilidad tenía el Falsificador de Frava?

¿Estaría Shai muerta antes del día siguiente?

No durmió. Quería hacerlo y debería hacerlo. Esperar mientras pasan las horas, los minutos y los segundos era espantoso. La idea de estar dormida en la cama cuando vinieran a por ella... eso era peor.

Al final, se levantó y recogió algunos informes sobre la vida de Ashravan. Los guardias que jugaban a las cartas en la mesa le dirigieron una mirada. Uno de ellos incluso hizo un gesto comprensivo con la cabeza al ver sus ojos enrojecidos y su postura cansada.

—¿La luz está demasiado brillante? —preguntó, señalando la lámpara.

—No —respondió Shai—. Es solo una idea que no deja de darme vueltas en la cabeza.

Pasó la noche en la cama sumergiéndose en la vida de Ashravan. Frustrada por no tener sus notas, sacó una hoja en blanco y empezó a tomar otras nuevas que ya añadiría a su cuaderno cuando se lo devolvieran. Si se lo devolvían.

Le pareció que por fin comprendía por qué Ashravan había abandonado su juvenil optimismo. Al menos, conocía los factores que se habían combinado para llevarlo por ese camino. La corrupción era uno de ellos, pero no el principal. Una vez más, la falta de confianza en sí mismo contribuía, pero no había sido el factor decisivo.

No, la perdición de Ashravan había sido la vida misma. La vida en el palacio, la vida como parte de un imperio que hacía tic tac como un reloj. Todo funcionaba. De acuerdo, no funcionaba tan bien como podría hacerlo. Pero funcionaba.

Desafiar esa rutina requería esfuerzo, y el esfuerzo era a veces difícil de mantener. Había vivido una vida placentera. Ashravan no había sido perezoso, pero no hacía falta ser perezoso para que a uno lo anegaran los mecanismos de la burocracia imperial, para terminar diciéndose que ya iría el próximo mes a exigir que se pusieran en práctica sus cambios. Con el tiempo, se había hecho más y más fácil seguir flotando en el curso del gran río que era el Imperio Rosa.

Al final, se había vuelto indulgente. Concentrado más en la belleza de aquel palacio que en las vidas de sus súbditos, había permitido que los árbitros manejaran cada vez más funciones del gobierno.

Shai suspiró. Incluso esa descripción de Ashravan era demasiado simplista. No llegaba a mencionar quién había sido el emperador y en quién se había convertido. Una cronología de acontecimientos no hablaba de su temperamento, su afición al debate, su ojo para la belleza o su costumbre de escribir poesía malísima, malísima de verdad, y esperar luego que todos sus sirvientes le dijeran lo maravillosa que era.

Tampoco hablaba de su arrogancia, o de su deseo secreto de poder haber sido otra cosa. Por eso volvía a su diario una y otra vez. Tal vez buscaba aquella encrucijada en su vida en que eligió el camino equivocado.

Ashravan no había comprendido. Rara vez había una encrucijada en la vida de una persona. La gente cambiaba de manera paulatina, con el tiempo. Uno no daba un paso y de pronto se encontraba en una situación completamente nueva. Primero te desviabas un poco del sendero para evitar unas rocas. Durante un tiempo, caminabas junto al sendero, pero después te desviabas un poco más para pisar terreno más blando. Luego dejabas de prestar atención mientras te alejabas más y más. Finalmente, acababas yendo a parar a la ciudad equivocada, preguntándote por qué las señales de la calzada no te habían guiado mejor.

La puerta de la habitación se abrió.

Shai se irguió en la cama de golpe. Estuvo a punto de dejar caer sus notas. Habían venido a por ella.

Pero no, ya era de día. La luz se colaba por la vidriera y los guardias se levantaban y se desperezaban. El que había abierto la puerta era el sellador de sangre. Parecía resacoso de nuevo, y llevaba un fajo de papeles en la mano, como hacía a menudo.

«Llega temprano esta mañana —pensó Shai, y comprobó su reloj de bolsillo—. ¿Por qué temprano hoy, cuando llega tarde tantas veces?».

El sellador de sangre la cortó y selló la puerta sin decir palabra, haciendo que el dolor ardiera en el brazo de Shai. Salió a toda prisa de la habitación, como si tuviera alguna cita inminente. Shai se lo quedó mirando y luego sacudió la cabeza.

Un momento más tarde, la puerta volvió a abrirse y entró Frava.

—Ah, estás despierta —dijo la mujer mientras los arietes la saludaban. Frava depositó el cuaderno de Shai sobre la mesa con un golpe. Parecía molesta—. Los escribas han terminado. Vuelve al trabajo.

Frava se marchó rápidamente. Shai se tumbó en la cama, suspirando de alivio. Su estratagema había funcionado. Eso debería de concederle unas cuantas semanas más.

Día setenta



De modo que este símbolo —dijo Gaotona, señalando el boceto de uno de los sellos mayores que Shai tallaría pronto— es una anotación de tiempo, que indica un momento específico... ¿de hace siete años?

—Sí —respondió Shai mientras quitaba el polvillo del extremo de un sello de alma recién tallado—. Aprendes rápido.

—Me someto a cirugía cada día, como si dijéramos —repuso Gaotona—. Y estoy más cómodo si sé qué clase de bisturíes se utilizan.

—Los cambios no son...

—No son permanentes. Sí, eso dices una y otra vez —dijo él. Extendió los brazos para que ella los sellara—. Sin embargo, me llenan de dudas. Se puede cortar el cuerpo y sanará, pero si lo haces de forma repetida en el mismo punto, acabas con una cicatriz. El alma no puede ser diferente.

—Solo que, por supuesto, es completamente diferente —dijo Shai, y le selló el brazo.

Gaotona nunca la había perdonado del todo por haber quemado la obra maestra de ShuXen. Se lo notaba cuando se veían. Ya no se sentía solo decepcionado con ella, sino también furioso.

La furia se fue difuminando con el tiempo, y su relación de trabajo volvió a ser funcional.

Gaotona ladeó la cabeza.

—Yo... Eso sí que es raro.

—¿Raro en qué sentido? —preguntó Shai, viendo pasar los segundos en su reloj de bolsillo.

—Recuerdo haberme animado a mí mismo a convertirme en emperador. Y estoy resentido por ello. Por madre de la luz, ¿es así como él me consideraba de verdad?

El sello permaneció en su sitio durante cincuenta y siete segundos. Bastante bien.

—Sí —dijo ella mientras el sello se disipaba—. Creo que es exactamente como él te consideraba.

Shai tuvo un escalofrío. ¡Ese sello había funcionado por fin!

Cada vez estaba más cerca. Más cerca de comprender al emperador, más cerca de completar el rompecabezas. Cuando el final de un proyecto (un lienzo, una Falsificación de alma a gran escala, una escultura) se hallaba próximo, llegaba un momento en el proceso en que podía ver el trabajo entero, aunque distara mucho de estar terminado. Cuando eso ocurría, en su mente el trabajo ya estaba completo; de hecho, acabarlo era casi una formalidad.

Casi lo había logrado con ese proyecto. El alma del emperador se desplegaba ante ella, con solo algunas zonas todavía en sombras. Quería verlo todo, ansiaba averiguar si podía hacerlo vivir de nuevo. Después de leer tanto sobre él, después de llegar a sentir que lo conocía tan bien, necesitaba terminar.

Sin duda su huida podía esperar hasta entonces.

—Era ese, ¿verdad? —preguntó Gaotona—. Ese era el sello que has probado sin éxito una docena de veces, el sello que representa por qué se ofreció para convertirse en emperador.

—Sí —respondió Shai.

—Su relación conmigo —dijo Gaotona—. Hiciste que su decisión dependiera de su relación conmigo, y de la sensación de vergüenza que tenía Ashravan cuando hablábamos.

—Sí.

—Y ha prendido.

—Sí.

Gaotona volvió a sentarse.

—Madre de las luces —susurró de nuevo.

Shai recogió el sello y lo puso con los otros que había confirmado como operativos.

En las últimas semanas, todos los demás árbitros habían imitado a Frava y visitado a Shai para hacerle fantásticas promesas si a cambio les proporcionaba el control definitivo sobre el emperador. El único que no había intentado sobornarla nunca era Gaotona. Un hombre auténtico, y situado en los niveles más altos del gobierno imperial, nada menos. Excepcional. Utilizarlo iba a ser mucho más difícil de lo que le habría gustado.

—Debo decir, una vez más, que me has impresionado —confesó ella, volviéndose hacia él—. No creo que muchos grandes se tomaran el tiempo necesario para estudiar los sellos de alma. Descartarían lo que consideraran maligno sin intentar comprenderlo siquiera. ¿Has cambiado de opinión?

—No —contestó Gaotona—. Sigo pensando que lo que haces es, si no maligno, desde luego impío. Y sin embargo, ¿quién soy yo para hablar? Dependo de ti para que nos mantengas en el poder por medio de este arte que tan libremente calificamos de abominación. Nuestra ansia de poder puede más que nuestra conciencia.

—Eso es cierto en los demás, pero no es tu motivo personal —adujo Shai.

Él la miró, enarcando una ceja.

—Solo quieres a Ashravan de vuelta —prosiguió Shai—. Te niegas a aceptar que lo has perdido. Lo amabas como a un hijo: el joven a quien orientaste, el emperador en quien siempre creíste, incluso cuando él no creía en sí mismo.

Gaotona apartó la mirada, claramente incómodo.

—No será él —concluyó la Falsificadora—. Aunque tenga éxito, en realidad no será él. Eres consciente de ello, naturalmente.

Él asintió.

—Pero claro, a veces una Falsificación bien hecha es tan buena como el objeto real —dijo Shai—. Perteneces a la Facción de la Herencia. Te rodeas de reliquias que no son verdaderas reliquias, cuadros que son imitaciones de otros perdidos hace mucho tiempo. Supongo que tener una reliquia falsa como emperador no será tan distinto. Y tú... tú solo quieres saber que has hecho todo lo que estaba en tus manos. Por él.

—¿Cómo lo haces? —preguntó Gaotona en voz baja—. Te he visto hablar con los guardias, cómo te aprendes incluso el nombre de los criados. Es como si conocieras sus vidas familiares, sus pasiones, qué hacen por las noches y sin embargo te pasas los días encerrada en esta habitación. No has salido desde hace meses. ¿Cómo sabes estas cosas?

—La gente intenta por naturaleza ejercer su poder sobre lo que le rodea —respondió Shai, y se levantó para recoger otro sello—. Construimos paredes para refugiarnos del viento, tejados para detener la lluvia. Domamos los elementos, doblegamos la naturaleza a nuestros caprichos. Eso nos hace sentir como si tuviéramos el control.

»Pero al hacerlo, simplemente sustituimos una influencia por otra. En vez de ser el viento lo que nos afecta, es una pared. Una pared creada por el hombre. Los dedos de la influencia del hombre están por todas partes, lo tocan todo. Alfombras creadas por el hombre, comida creada por el hombre. Todo lo que hay en la ciudad que tocamos, vemos, palpamos, experimentamos, es resultado de la influencia de alguna persona.

»Puede que nos sintamos al mando, pero nunca lo estamos del todo a menos que comprendamos a la gente. Controlar nuestro entorno no es ya cuestión de bloquear el viento, sino de saber por qué la criada lloraba anoche, o por qué un guardia concreto pierde siempre a las cartas. O por qué se te eligió para el puesto desde un principio.

Gaotona la miró mientras se sentaba y extendía un sello hacia él. Vacilante, ofreció un brazo.

—Se me ocurre —dijo— que, incluso en nuestro extremo cuidado por no hacerlo, te hemos subestimado, mujer.

—Bien —repuso ella—. Estás prestando atención. —Le aplicó el sello—. Y ahora dime, exactamente, ¿por qué odias el pescado?

Día setenta y seis



Tengo que hacerlo —pensó Shai mientras el sellador de sangre le cortaba en el brazo—. Hoy. Podría irme hoy».

Oculta en la otra manga llevaba una tira de papel hecha a imitación de las que el sellador de sangre traía a menudo consigo las mañanas que llegaba temprano.

Hacía dos días que había visto un poco de cera en una de ellas. Eran cartas. Entonces se dio cuenta. Se había equivocado con ese hombre todo el tiempo.

—¿Buenas noticias? —le preguntó mientras él untaba el sello con su sangre.

El hombre de labios blancos le dirigió una mirada despectiva.

—De casa —prosiguió Shai—. De la mujer a la que escribes, allá en Dzhamar. ¿Has recibido carta suya hoy? El correo llega por las mañanas a palacio. Llaman a tu puerta, te entregan una carta.

«Y eso te despierta —añadió mentalmente—. Por eso vienes puntual esos días».

—Debes de echarla mucho de menos si no puedes soportar dejar su carta en tu habitación.

El hombre bajó el brazo y agarró a Shai por la blusa.

—Déjala en paz, bruja —susurró—. Tú, ¡déjala en paz! ¡Nada de trucos ni magia!

Era más joven de lo que ella había supuesto. Ese era un error común con los dzhamarianos. Sus cabellos canos y su piel blanca los despojaban de una edad definida a ojos de los forasteros. Shai tendría que haberlo sabido. Era poco más que un muchacho.

Apretó los labios.

—¿Hablas de mis trucos y de mi magia mientras sostienes un sello manchado con mi sangre? Tú eres quien amenaza con enviar esqueletos para perseguirme, amigo. Todo lo que yo puedo hacer es pulir una mesa de vez en cuando.

—Tú... tú... ¡Ah!

El joven echó las manos hacia arriba de golpe y se puso a sellar la puerta.

Los guardias observaban con indiferente diversión y desaprobación. Las palabras de Shai eran un calculado recordatorio de que era inofensiva, mientras que el sellador de sangre era en verdad el antinatural. Los guardias habían pasado casi tres meses viéndola comportarse como una erudita amable mientras ese hombre le extraía sangre y la usaba para arcanos horrores.

«Tengo que dejar caer el papel», pensó Shai, y se bajó la manga para que su papel falsificado cayera cuando los guardias se volvieran. Eso pondría en marcha su plan, su huida.

«La Falsificación real no está terminada todavía. El alma del emperador».

Pero vaciló. Cometió la estupidez de vacilar.

La puerta se cerró.

La oportunidad pasó.

Aturdida, Shai se dirigió a su cama y se sentó en el borde, con la carta falsificada todavía oculta en su manga. ¿Por qué había vacilado? ¿Tan débiles eran sus instintos de autoconservación?

«Puedo esperar un poco más —se dijo—. Hasta que esté terminada la Marca de Esencia de Ashravan».

Llevaba días diciéndoselo. Semanas, en realidad. Cada día que se iba acercando a la fecha límite era otra oportunidad para que Frava actuara. La mujer había seguido llegando con otros pretextos para llevárselas las notas de Shai y hacerlas analizar. En poco tiempo, las notas llegarían al punto en que el otro Falsificador no tendría que esforzarse mucho para terminar la obra de Shai.

O al menos, eso pensaría él. Cuanto más progresaba Shai, más cuenta se daba de lo imposible que era ese proyecto. Y mayor era su ansia de hacerlo funcionar de todas formas.

Sacó su libro sobre la vida del emperador y pronto se encontró repasando sus años de juventud. La idea de que Ashravan no volviera a vivir, de que toda la obra de Shai fuera una simple distracción mientras intentaba escapar... Esos pensamientos eran físicamente dolorosos.

«Noches —pensó Shai—. Le has cogido cariño. ¡Empiezas a verlo como lo ve Gaotona!». No debería sentirse así. Nunca lo había llegado a conocer. Además, era una persona despreciable.

Pero no lo había sido siempre. No, lo cierto es que nunca había sido verdaderamente despreciable. Era mucho más complejo que eso. Todas las personas lo eran. Ella podía comprenderlo, podía ver...

—¡Noches! —exclamó, levantándose y apartando el libro. Necesitaba despejar la mente.

Cuando Gaotona llegó a la habitación seis horas más tarde, Shai estaba apretando un sello contra la pared del fondo. El anciano abrió la puerta, entró y se detuvo cuando la pared se inundó de color.

Del sello de Shai brotaban espirales de enredaderas como chorros de pintura. Verde, escarlata, ámbar. La pintura crecía como algo vivo, brotaban hojas de las ramas, racimos de frutas explotaban en suculentos estallidos. Los dibujos se hacían más y más densos, ribetes dorados que surgían de la nada y corrían como arroyos, orlas de hojas, todo ello reflejando la luz.

El mural se amplió, cada centímetro imbuido de una ilusión de movimiento. Enredaderas curvadas, espinas inesperadas asomando detrás de las ramas. Gaotona dejó escapar un suspiro de asombro y se detuvo junto a Shai. Detrás, Zu entró en la habitación y los otros dos guardias se marcharon y cerraron la puerta.

Gaotona extendió la mano y palpó la pared, pero por supuesto la pintura estaba seca. Que supiera, la pared, la habían pintado así hacía años. Gaotona se arrodilló y contempló los dos sellos que Shai había puesto en la base de la pintura. Solo el tercero, colocado encima, había disparado la transformación: los primeros sellos eran notas de cómo iba a crearse la imagen. Guías, una revisión de la historia, instrucciones.

—¿Cómo? —preguntó Gaotona.

—Uno de los arietes escoltó a Atsuko de JinDo durante su visita al Palacio Rosa —respondió Shai—. Atsuko se puso enfermo y tuvo que quedarse en su dormitorio tres semanas. Estaba solo un piso más arriba.

—¿Y tu Falsificación lo pone, en cambio, en esta habitación?

—Sí. Eso fue antes de los daños causados por aquella gotera en el techo el año pasado, así que es plausible que lo hubieran alojado aquí. La pared recuerda a Atsuko pasando días demasiado débil para marcharse, pero con fuerzas para pintar. Un poco cada día, un dibujo creciente de enredaderas, hojas y bayas. Para pasar el tiempo.

—Esto no debería prender —dijo Gaotona—. Esta Falsificación es tenue. Has cambiado demasiado.

—No —respondió Shai—. Está en la línea... esa línea donde se encuentra la mayor belleza.

Guardó el sello. Apenas recordaba las seis últimas horas. Había permanecido absorta en el frenesí de la creación.

—Aun así —dijo Gaotona.

—Prenderá. Si fueses la pared, ¿qué preferirías ser? ¿Deprimente y aburrida o un estallido de pintura?

—¡Las paredes no pueden pensar!

—Eso no impide que les importe.

Gaotona sacudió la cabeza, murmurando sobre las supersticiones.

—¿Cuánto tiempo?

—¿Para crear este sello de alma? He estado grabando aquí y allá desde hace un mes o así. Era lo último que quería hacer por la habitación.

—El artista era de JinDo —dijo él—. Tal vez, como eres del mismo pueblo... ¡Pero no! Eso es pensar como tu superstición.

Gaotona movió la cabeza a un lado y a otro, tratando de dilucidar por qué había prendido esa pintura, aunque Shai siempre había tenido claro que funcionaría

—Los jindoeses y mi pueblo no son lo mismo, por cierto —dijo Shai, irritada—. Puede que estuviéramos relacionados hace mucho tiempo, pero ahora ya no tenemos nada que ver con ellos.

Cómo eran los grandes. Solo porque la gente tuviera rasgos similares, los grandes ya asumían que eran prácticamente idénticos.

Gaotona contempló la habitación y sus hermosos muebles, que habían sido tallados y pulidos. El suelo de mármol con incrustaciones de plata, la chisporroteante chimenea y la pequeña lámpara. Una elegante alfombra, que había sido una colcha con agujeros, cubría la superficie.

La vidriera de la ventana destellaba en la pared derecha, iluminando el precioso mural.

Lo único que conservaba su forma original era la puerta, gruesa pero común y corriente. Shai no podría Falsificarla, no con aquel sello de sangre.

—¿Eres consciente de que ahora tienes el aposento más exquisito del palacio? —dijo Gaotona.

—No lo creo —respondió Shai, arrugando la nariz—. Sin duda, los aposentos del emperador son los más bellos.

—Más grandes, sí. Más bellos, no.

Gaotona se arrodilló junto a la pintura y examinó los sellos de la parte inferior.

—Has incluido explicaciones detalladas sobre cómo se pintó esto.

—Para crear una Falsificación realista, hay que tener la habilidad técnica que estás imitando, al menos hasta cierto grado.

—Entonces, podrías haber pintado esta pared tú misma.

—No tengo pinturas.

—Pero podrías haberlo hecho. Podrías haberlas pedido. Yo te las habría proporcionado. En cambio, has creado una Falsificación.

—Es lo que soy —dijo Shai, molesta de nuevo con él.

—Es lo que decides ser. Si una pared puede desear ser un mural, Wan ShaiLu, entonces tú podrías desear convertirte en una gran pintora.

Ella soltó de golpe el sello sobre la mesa e inspiró varias veces.

—Tienes temperamento —dijo Gaotona—. Como él. De hecho, sé exactamente cómo te sientes ahora, porque me has hecho sentir así en varias ocasiones. Me pregunto si esta cosa que haces podría ser una herramienta para ayudar a desarrollar sensibilidad en la gente. Inscribir tus emociones en un sello y luego dejar que los otros sientan cómo es ser tú...

—Suena magnífico —aseveró Shai—. Ojalá Falsificar almas no fuera una ofensa tan horrible a la naturaleza.

—Ojalá.

—Si puedes leer esos sellos, es que te has vuelto muy bueno —dijo Shai, cambiando deliberadamente de tema—. Casi diría que has hecho trampas.

—La verdad...

Shai alzó la cabeza, reprimiendo su ira después del arrebato inicial. ¿Qué era eso?

Gaotona rebuscó avergonzado en el profundo bolsillo de su túnica y sacó una caja de madera. La caja donde ella guardaba sus tesoros, las cinco Marcas de Esencia. Esas revisiones de su alma podían cambiarla, en tiempos de necesidad, para convertirla en alguien que podría haber sido.

Shai dio un paso adelante, pero cuando Gaotona abrió la caja, descubrió que los sellos no estaban dentro.

—Lo siento —dijo el anciano—. Pero creo que dártelos sería un poco estúpido por mi parte. Al parecer, cualquiera de ellos podría haberte liberado de tu cautiverio en un momento.

—En realidad, solo dos podían conseguirlo —repuso Shai con amargura, crispando las manos.

Esos sellos de alma representaban más de ocho años del trabajo de su vida. El primero de ellos lo había empezado el día que terminó su aprendizaje.

—Hum, sí —dijo Gaotona. Dentro de la cajita había placas de metal inscritas con los sellos más pequeños que componían los planos de las revisiones de su alma—. Este, ¿no? —Alzó una de las placas—. Shaizan. Que traducido significa... ¿Shai del Puño? ¿Este haría de ti una guerrera, si te sellaras a ti misma?

—Sí —respondió Shai.

Así que él había estado estudiando sus Marcas de Esencia, por eso era tan bueno leyendo sus sellos.

—Apenas entiendo una décima parte de lo que hay inscrito aquí —confesó Gaotona—. Lo que encuentro es impresionante. Desde luego, han debido de llevarte años de trabajo.

—Son valiosos para mí —admitió Shai, obligándose a sentarse ante su mesa y a no fijarse en las placas.

Si pudiera escapar con ellas, podría crear un nuevo sello fácilmente. Seguiría tardando semanas, pero la mayor parte de su trabajo no se perdería. Si en cambio destruyeran esas placas...

Gaotona se sentó en su silla de costumbre, examinando abstraído las placas. De otra persona, ella habría sentido una amenaza implícita. «Mira lo que tengo en las manos; mira lo que podría hacerte». De Gaotona, sin embargo, no. El hombre sentía auténtica curiosidad.

—¿O no? Como solía ocurrirle, Shai no podía reprimir sus instintos. Por buena que fuese, siempre podía haber alguien mejor. Como le había advertido el tío Won. ¿Acaso Gaotona la había tenido engañada todo el tiempo? Sentía con todas sus fuerzas que debería confiar en su valoración del anciano. Pero si estaba equivocada, podría ser un desastre.

«Podría serlo de todas formas —pensó—. Tendrías que haber escapado hace días».

—Entiendo lo de convertirte en soldado —dijo Gaotona, apartando a un lado la placa—. Y esta también. Habitante de los bosques y experta en supervivencia. Parece extremadamente versátil. Impresionante. Y aquí tenemos una erudita. Pero ¿por qué? Ya lo eres.

—Ninguna mujer puede saberlo todo —explicó Shai—. El tiempo de estudio es limitado. Cuando me selló a mí misma con la Marca de Esencia, de pronto puedo hablar una docena de idiomas, desde Fen a Mulla'dil e incluso unos pocos idiomas de Sycla. Conozco docenas de culturas distintas y sé desenvolverme en ellas. Entiendo de ciencias, de matemáticas y de las principales facciones políticas del mundo.

—Ah —dijo Gaotona.

«Dámelas», pensó ella.

—Pero ¿y esta? —preguntó Gaotona—. ¿Mendiga? ¿Por qué querías estar demacrada? Y por lo que veo, se te caería casi todo el pelo y se te llenaría la piel de cicatrices.

—Permitme cambiar mi aspecto —reveló Shai—. De forma drástica. Es útil.

No mencionó que con esa apariencia conocía las calles y cómo se sobrevivía en los bajos fondos de cualquier ciudad. Shai no era manca forzando cerraduras cuando no llevaba ese sello, pero con él puesto era incomparable.

Con su ayuda, probablemente conseguiría salir por la diminuta ventana, ya que esa marca reescribía su pasado para darle años de experiencia como contorsionista, y bajar las cinco plantas hasta la libertad.

—Tendría que haberme dado cuenta —dijo Gaotona. Alzó la última placa—. Nos queda esta, la más enigmática de todas.

Shai no dijo nada.

—Cocina —prosiguió el anciano—. Trabajo de granja, costura. Otro alias, supongo. ¿Para imitar a una persona más simple?

—Sí.

Gaotona asintió, bajando la placa.

«Sinceridad. Tiene que ver mi sinceridad. No puede falsificarse».

—No —dijo Shai, suspirando.

Él la miró.

—Es mi escapatoria —confesó ella—. Nunca la utilizaré. Pero está ahí, por si alguna vez quiero.

—¿Tu escapatoria?

—Si la empleo alguna vez, escribirá encima de mis años como Falsificadora. Todo. Olvidaré cómo hacer el más sencillo de los sellos, olvidaré incluso que fui aprendiz de Falsificadora. Me convertiré en alguien normal.

—¿Y quieres eso?

—No.

Una pausa.

—Sí. Tal vez. Una parte de mí lo quiere.

Sinceridad. Qué difícil era. A veces era el único camino.

En ocasiones, Shai soñaba con esa vida sencilla. De esa manera morbosa en que alguien que está de pie al borde de un precipicio se pregunta cómo sería saltar. La tentación siempre estaba ahí, aunque fuese ridícula.

Una vida normal. Sin esconderse, sin mentir. A Shai le encantaba lo que hacía. Le encantaba la emoción, los logros, la maravilla. Pero a veces... atrapada en una celda o corriendo para salvar su vida... a veces soñaba con otra cosa.

—¿Tus tíos? —preguntó él—. Tío Won, tía Sol, son partes de esta revisión. Lo he leído aquí dentro.

—Son falsos —susurró Shai.

—Pero los mencionas constantemente.

Ella apretó los ojos con fuerza.

—Sospecho —prosiguió Gaotona— que una vida llena de mentiras hace que realidad y falsedad se entremezclen. Pero si utilizaras este sello, no creo que lo olvidaras todo. ¿Cómo te mantendrías engañada a ti misma?

—Sería la Falsificación más grande de todas —respondió Shai—. Una que pretendería engañarme incluso a mí. Ahí dentro está inscrita la creencia de que sin ese sello, aplicado cada mañana, moriré. Incluye una historia de enfermedad, de visitar a un resellador, como lo llamáis vosotros. Un sanador que trabaja con sellos de alma. Mi falso yo recibiría de ellos un remedio que tendría que aplicarse cada mañana. La tía Sol y el tío Won me enviarían cartas; eso forma parte de la charada para engañarme a mí misma. Las he escrito ya. Son centenares, que antes de aplicarme la Marca de Esencia encargaré a un servicio de entrega que me envíe periódicamente a cambio de una buena suma de dinero.

—Pero ¿y si intentas visitarlos? —preguntó Gaotona—. Para investigar tu infancia...

—Todo está en la placa. Me dará miedo viajar. Hay algo de verdad en eso, ya que, en efecto, de joven sentí miedo cuando salí de mi aldea. Cuando esa marca esté colocada, me mantendré apartada de las ciudades. Creeré que el viaje para visitar a mis parientes es demasiado peligroso. Pero no importa. No la utilizaré nunca.

Ese sello acabaría con ella. Olvidaría sus últimos veinte años, volvería a cuando tenía ocho y empezó por primera vez a plantearse ser Falsificadora.

Se convertiría en una persona completamente distinta. Ninguna de las otras Marcas de Esencia hacía eso: reescribían parte de su pasado, pero preservaban el conocimiento de quién era de verdad. No sucedía así con esa última. Esa sería definitiva. La aterrorizaba.

—Es mucho trabajo para algo que no emplearás jamás —dijo Gaotona.

—A veces, la vida es así.

Gaotona negó con la cabeza.

—Me contrataron para destruir el lienzo —estalló Shai.

No sabía con certeza qué la había impulsado a decirlo. Necesitaba ser sincera con Gaotona, porque era el único modo de que su plan funcionara, pero él no necesitaba conocer esa parte. ¿O sí?

Gaotona alzó la cabeza.

—ShuXen me contrató para que destruyera el lienzo de Frava —confesó Shai—. Por eso quemé la obra maestra, en vez de sacarla de la galería.

—¿ShuXen? Pero ¡si es el artista original! ¿Por qué iba a contratarte para que destruyeras una obra suya?

—Porque odia el imperio —respondió Shai—. Pintó ese cuadro para una mujer que amaba. Los hijos de ella se lo entregaron al imperio como regalo. ShuXen es viejo, ahora, ciego, apenas puede moverse. No quería irse a la tumba sabiendo que una de sus obras servía para glorificar al Imperio Rosa. Él me imploró que lo quemara.

Gaotona parecía perplejo. La miraba como si intentara penetrar a través de su alma. Shai no entendía para qué se molestaba el anciano: bastante había desnudado ya su alma con esa conversación.

—Un maestro de semejante categoría es difícil de imitar —dijo Shai—, sobre todo si no se cuenta con el original para trabajar. Si lo piensas, entenderás que necesitara su ayuda para crear esas falsificaciones. Me dio acceso a sus estudios y conceptos. Me explicó de qué modo la había pintado. Me fue guiando pincelada a pincelada.

—¿Y por qué no te limitaste a devolverle el original? —preguntó Gaotona.

—Se está muriendo —respondió Shai—. Poseer un objeto ya no tiene sentido para él. Esa pintura la hizo para una amante. Ahora ella ya no existe, así que consideró que el lienzo tampoco debería existir.

—Un tesoro incalculable —dijo Gaotona—. Desaparecido, a causa de un orgullo estúpido.

—¡Era su obra!

—Ya no —replicó Gaotona—. Pertenecía a todos los que la contemplaban. No tendrías que haber accedido a su petición. Destruir una obra de arte nunca está bien. —Titubeó—. Pero, con todo, creo que puedo entenderlo. Lo que hiciste tenía nobleza. Tu objetivo era el Cetro Lunar. Exponerte para destruir ese lienzo fue peligroso.

—ShuXen me enseñó a pintar cuando era joven —dijo ella—. No podía negarme a su petición.

Gaotona no parecía estar de acuerdo, pero sí comprender. Noches, sí que se sentía expuesta.

«Es importante hacer esto —se dijo—. Y tal vez...».

Pero él no le devolvió las placas. Shai no esperaba que lo hiciera, no tan pronto. No hasta que hubiera concluido su acuerdo, un acuerdo del que sin duda no vería el fin, a menos que escapara.

Trabajaron con el último grupo de sellos nuevos. Cada uno de ellos prendió al menos un minuto, como ella esperaba. Ya tenía la visión, la idea del alma final tal y como sería. Cuando terminó el sexto sello del día, Gaotona aguardó al siguiente.

—Ya está —dijo Shai.

—¿Has acabado por hoy?

—He acabado para siempre —respondió ella mientras guardaba el último sello.

—¿Has terminado? —preguntó Gaotona, irguiéndose en la silla—. ¡Casi un mes antes! Es...

—No he terminado el trabajo. Ahora viene la parte más difícil. Tengo que tallar esos cientos de sellos con minucioso detalle, uniéndolos para crear un sello eje. Lo que he hecho hasta ahora es igual que preparar todas las pinturas, elaborar el color y trazar bocetos de las figuras. Ahora tengo que ensamblarlo todo. La última vez que hice esto me llevó casi cinco meses.

—Y solo tienes veinticuatro días.

—Y solo tengo veinticuatro días —repitió Shai, pero sintió al instante una puñalada de culpa. Tenía que huir. Pronto. No podía esperar a finalizar el proyecto.

—Entonces, te dejo que trabajes —dijo Gaotona, poniéndose en pie y bajándose la manga.

Día ochenta y cinco



Sí», pensó Shai, rebuscando por toda la cama y hojeando la pila de papeles que había colocado allí. La mesa no era lo bastante grande. Había estirado las sábanas y convertido la cama en el lugar donde poner todas aquellas hojas. «Sí, su primer amor fue hacia los libros de cuentos». Por eso... El pelo rojo de Kurshina... Pero eso sería subconsciente. Él no lo sabría. Imbuido profundamente, entonces.

¿Cómo le había pasado eso por alto? No estaba tan cerca de terminar como creía. ¡No había tiempo!

Shai añadió lo que había descubierto al sello en el que estaba trabajando, un sello que combinaba todas las inclinaciones y experiencias románticas de Ashravan, en sus diferentes facetas. Lo incluyó todo: lo embarazoso, lo vergonzante, lo glorioso. Todo cuanto había podido descubrir, y luego un poco más, riesgos calculados para llenar el alma. Un flirteo con una desconocida cuyo nombre Ashravan no podía recordar. Caprichos pasajeros. Una casi relación con una mujer que ya había muerto.

Esa era la parte del alma que a Shai le costaba más trabajo imitar, porque era la más privada. Pocas cosas de las que hacía un emperador eran verdaderamente secretas, pero Ashravan no había sido siempre emperador.

Shai tenía que extrapolar para no dejar el alma desnuda, sin pasión.

Tan privado, tan poderoso. Se sentía más cercana a Ashravan a medida que sacaba a la luz esos detalles. No como mirona, porque a esas alturas sentía que formaba parte de él.

Había pasado a llevar dos cuadernos. Las notas formales de su proceso decían que iba terriblemente retrasada: ese cuaderno omitía detalles. El otro era el verdadero, disfrazado como un montón de notas inútiles, aleatorias y casuales.

Era verdad que iba retrasada, pero no tanto como daba a entender su documentación oficial. Con suerte, el subterfugio le haría ganar unos cuantos días adicionales antes de que Frava actuara.

Mientras buscaba una nota concreta, Shai se cruzó con una de sus listas sobre planes de huida. Vaciló. «Primero, encárgate del sello de la puerta —decía la nota cifrada—. Segundo, silencia a los guardias. Tercero, recupera tus Marcas de Esencia, si es posible. Cuarto, huye del palacio. Quinto, huye de la ciudad».

Había escrito más notas para la ejecución de cada paso. No estaba haciendo caso omiso a la huida, no por completo. Tenía buenos planes.

Sin embargo, su frenético intento de terminar el alma atraía casi toda su atención. «Una semana más —se dijo—. Si me tomo una semana más, terminaré cinco días antes del plazo de entrega. Entonces podré escapar».

Día noventa y siete



Eh —dijo Hurli, inclinándose—. ¿Qué es esto?

Hurli era un fornido ariete que se hacía más el tonto de lo que era. Eso le permitía ganar a las cartas. Tenía dos hijas, ambas menores de cinco años, pero estaba viéndose con una de las otras guardias. Hurli deseaba en secreto poder haber sido carpintero como su padre. También le habría horrorizado darse cuenta de cuánto sabía Shai sobre su vida.

El guardia recogió la hoja de papel que había encontrado en el suelo. El sellador de sangre acababa de marcharse. Era la mañana del día noventa y siete de cautiverio de Shai en la habitación y había decidido poner el plan en marcha. Tenía que escapar.

El sello del emperador no estaba terminado todavía. «Casi». Una noche más de trabajo y lo tendría. De todas formas, su plan también requería esperar una noche más.

—Dedos de Hierba debe de haberla dejado caer —dijo Yil, acercándose. Era el otro guardia de la habitación esa mañana.

—¿Qué es? —preguntó Shai desde la mesa.

—Una carta —respondió Hurli con un gruñido.

Ambos guardias callaron mientras leían. Todos los arietes de palacio sabían leer. Era un requisito que se exigía a cualquier funcionario imperial de al menos segundo nivel.

Shai permaneció sentada en silencio, tensa, sorbiendo una taza de té al limón y obligándose a respirar con calma. Hizo un gran esfuerzo por relajarse, aunque relajarse era lo último que quería hacer. Conocía de memoria el contenido de la carta. La había escrito ella, a fin de cuentas, y luego la había dejado caer a hurtadillas tras el sellador de sangre cuando había salido de la habitación un momento antes. La carta rezaba:

Hermano:

Casi he terminado mi tarea aquí, y el dinero que he ganado rivalizará incluso con el de Azalec después de su trabajo en las provincias del sur. La cautiva que custodio apenas merece el esfuerzo, pero ¿quién soy yo para poner en duda los razonamientos de la gente que me paga tanto dinero?

Regresaré pronto. Me enorgullece decir que mi otra misión aquí ha sido un éxito. He identificado a varios guerreros capacitados y he reunido suficientes muestras de ellos. Pelo, uñas y unos cuantos efectos personales que no echarán en falta. Confío en que muy pronto tengamos nuestros guardias personales.

El texto continuaba por la otra cara de la hoja, para que no pareciera sospechoso. Shai lo había completado con numerosos comentarios sobre el palacio, incluyendo detalles que los guardias asumirían como desconocidos por ella, pero no por el sellador de sangre.

Le preocupaba que la carta fuera demasiado descarada. ¿Descubrirían los guardias que era una burda falsificación?

—Ese KuNuKam —susurró Yil, empleando un término de su lengua nativa. Se utilizaba más o menos para referirse a un hombre tenía un ano por boca—. ¡Ese KuNuKam imperial!

Al parecer, creían que la carta verdaderamente era de él. Los soldados no entendían de sutilezas.

—¿Puedo verla? —preguntó Shai.

Hurli se la tendió.

—¿Está diciendo lo que yo creo? —preguntó el guardia—. ¿Ha estado reuniendo cosas nuestras?

—Puede que no se refiera a los arietes —dijo Shai después de leer la carta—. No lo especifica.

—¿Para qué querría pelo? —susurró Yil—. ¿Y uñas?

—Pueden hacer cosas con partes tuyas —dijo Hurli, y volvió a maldecir—. Ya ves lo que hace cada día en la puerta con la sangre de Shai.

—No sé si podría hacer mucho con pelo o con uñas —comentó Shai, escéptica—. Eso es solo una bravata. La sangre tiene que ser fresca, del día anterior como máximo, para que funcione con los sellos. Está alardeando ante su hermano.

—No debería hacer cosas así —dijo Hurli.

—Yo no me preocuparía por eso —lo tranquilizó Shai.

Los otros dos cruzaron la mirada. Unos minutos más tarde se produjo el cambio de la guardia. Hurli y Yil se marcharon, murmurando entre sí, con la carta guardada en el bolsillo del primero. No era probable que se ensañaran con el sellador de sangre. Amenazarlo, sí.

Se sabía que el sellador de sangre frecuentaba cada noche las casas de té de la zona. Shai casi sintió lástima por él. Había deducido que cuando recibía noticias de su hogar, acudía a su habitación rápido y puntual. A veces se lo veía nervioso. Y cuando no recibía noticias, bebía. Esa mañana, parecía triste. Así que había ocurrido lo segundo.

Lo que le sucediera esa noche no mejoraría en nada su día. En efecto, Shai casi sentía lástima por él, pero entonces recordó el sello en la puerta y la venda que le había puesto ese día en el brazo después de extraerle sangre.

Cuando concluyó el cambio de guardia, Shai inspiró profundamente y se sumergió de nuevo en su trabajo.

Esa noche. Esa noche, terminaría.

Día noventa y ocho



Shai se arrodilló en el suelo entre un puñado de hojas desperdigadas, todas repletas de anotaciones apretadas o dibujos de sellos. A su espalda, la mañana abría los ojos y la luz del sol se filtraba por la vidriera, rociando la habitación de escarlata, azul y violeta.

Un único sello de alma, tallado en piedra pulida, descansaba boca abajo en una placa de metal que tenía delante. La piedra de alma, como roca, no parecía distinta de la piedra pómex o cualquier otra de grano fino, pero con zonas de rojo entreveradas. Como si la hubieran manchado con gotas de sangre.

Shai parpadeó, cansada. ¿De verdad iba a intentar escapar? Había disfrutado de... ¿cuánto? ¿Cuatro horas de sueño en total, en los últimos tres días?

Sin duda la huida podía esperar. Sin duda podía descansar, solo por ese día.

«Como descanse —pensó aturdida—, no despertaré».

Permaneció arrodillada. Ese sello parecía la cosa más hermosa que había visto en su vida.

Sus antepasados habían adorado las rocas que caían del cielo por la noche. Las almas de los dioses rotos, llamaban a aquellos cascotes. Los maestros artesanos las tallaban para darles forma. En su momento, a Shai le había parecido una tontería. ¿Por qué adorar algo que uno mismo creaba?

Lo comprendió allí, arrodillada ante su obra maestra. Se sentía como si lo hubiera vertido todo en ese sello. Había sintetizado dos años de esfuerzo en tres meses, rematados con una noche de frenética y desesperada talla. Durante esa noche, había hecho cambios en sus notas, en la misma alma. Cambios drásticos. Seguía sin saber si los había provocado su última e impresionante visión del proyecto en

conjunto o si esos cambios habían sido más bien ideas defectuosas nacidas de la fatiga y el delirio.

No lo sabría hasta que se empleara el sello.

—¿Está... está terminado? —preguntó un guardia.

Los dos hombres se habían situado en el otro extremo de la habitación, para sentarse junto a la chimenea y dejarle espacio en el suelo. Ella tenía el vago recuerdo de haber apartado los muebles. Se había pasado parte del tiempo retirando pilas de papeles de su lugar bajo la cama, y luego arrastrándose para alcanzar otros.

¿Estaba terminado?

Shai asintió.

—¿Qué es? —preguntó el guardia.

«Noches —pensó—. Pues claro. Ellos ni siquiera lo saben». Los guardias rasos abandonaban la estancia cada día durante sus conversaciones con Gaotona.

Los pobres arietes probablemente acabarían destinados a alguna avanzadilla remota del imperio para el resto de sus vidas, vigilando los pasos que conducían a la lejana península de Teoish o algún destino similar. Los ocultarían discretamente bajo la alfombra para impedir que revelaran, aunque fuera por accidente, algo de lo que había sucedido allí.

—Preguntad a Gaotona, si queréis saberlo —respondió Shai en voz baja
—. No se me permite decirlo.

Shai recogió el sello con gesto reverente y lo colocó junto con la placa dentro de una caja que había preparado. El sello reposó en terciopelo negro; la placa, que tenía forma de medallón grande y fino, en una hendidura bajo la tapa. Shai la cerró y luego sacó una segunda caja, algo más grande. En su interior había cinco sellos, tallados y preparados para su inminente huida. Si lo conseguía. Dos de ellos ya los había utilizado.

Si pudiera dormir unas pocas horas. Solo unas pocas...

«No. De todas formas, tampoco puedo usar la cama».

Sin embargo, acurrucarse sobre el suelo ya le parecía maravilloso.

La puerta empezó a abrirse. Shai sintió un súbito y sorprendente momento de pánico. ¿Era el sellador de sangre? ¡Creía que estaría en la

cama, después de haberse embriagado a conciencia tras el escarmiento de los arietes!

Durante un instante sintió una extraña y culpable sensación de alivio. Si el sellador de sangre había acudido, acabaría de un plumazo con sus posibilidades de escapar aquel día. Podría dormir. ¿No le habían dado una paliza Hurlí y Yil? Shai estaba segura de haberlos interpretado correctamente, pero... en su fatiga, advirtió que se había precipitado en sus conclusiones. La puerta se abrió del todo y entró alguien, pero no era el sellador de sangre.

Era el capitán Zu.

—Fuera —espetó a los dos guardias.

Ellos se apresuraron a obedecer.

—De hecho —dijo Zu—, quedáis relevados para el resto del día. Yo vigilaré hasta el cambio de guardia.

Los dos hombres saludaron y se marcharon. Shai se sintió como un alce herido abandonado por la manada. La puerta se cerró y Zu se volvió hacia ella despacio, con actitud deliberada.

—El sello no está listo todavía —mintió Shai—. Así que puedes...

—No hace falta que esté listo —replicó Zu, dibujando una amplia sonrisa con sus gruesos labios—. Creo que te prometí algo hace tres meses, ladrona. Tenemos una deuda que saldar.

La habitación estaba poco iluminada, pues la lámpara casi se había consumido y apenas rayaba el alba. Shai se apartó de él, repasando a toda prisa sus planes. Así no era como se suponía que tenía que ser. No podía luchar contra Zu.

No dejó de hablar, manteniéndolo distraído, pero también representando un papel que había diseñado para sí misma sobre la marcha.

—Cuando Frava averigüe que has venido aquí —dijo—, se pondrá furiosa.

Zu desenvainó su espada.

—¡Noches! —exclamó Shai, retrocediendo hasta la cama—. Zu, no tienes por qué hacer esto. No puedes hacer esto. ¡Tengo trabajo pendiente!

—Otro lo completará por ti —dijo Zu, sonriendo—. Frava tiene a otro Falsificador. Te crees muy lista. Seguro que tienes planeada una huida magnífica para mañana. Esta vez, nosotros golpearemos primero. No

previste esto, ¿verdad, mentirosa? Voy a disfrutar matándote. Voy a disfrutarlo mucho.

Arremetió con la espada, cuya punta alcanzó la blusa de Shai y marcó una raya en su costado. Ella se apartó de un salto y gritó pidiendo auxilio. Seguía representando su papel, pero no hacía falta actuar. Su corazón latió con fuerza y notó crecer el pánico mientras rodeaba la cama para interponerla entre Zu y ella.

Él sonrió de oreja a oreja y saltó sobre el lecho, dispuesto a atraparla.

La cama se derrumbó al instante. Durante la noche, mientras se arrastraba por debajo para coger sus notas, Shai había Falsificado la madera del armazón para que estuviera carcomida y fuera frágil. Además, había rajado el colchón por debajo en grandes cortes.

Zu apenas tuvo tiempo de gritar mientras la cama entera se partía y lo dejaba caer en el pozo que ella había abierto en el suelo. El daño causado por el agua en la habitación, el olor a moho que Shai había percibido cuando entró por primera vez, había sido la clave. Según los informes, las vigas de madera de arriba se habrían podrido y el techo habría cedido si no hubieran encontrado la fuga tan deprisa. Una Falsificación sencilla, muy plausible, había hecho que el suelo hubiera terminado derrumbándose.

Zu se estrelló contra el suelo de la despensa vacía del piso de abajo. Shai, jadeando, se acercó para asomarse al agujero. El hombre yacía tendido entre los restos de la cama. Algunos de ellos eran cojines y rellenos. Probablemente viviría: la trampa de Shai estaba destinada a uno de los guardias habituales, a quienes tenía aprecio.

«No ha salido exactamente como lo había planeado, pero ha funcionado», pensó. Corrió hacia la mesa y recogió sus cosas. La caja de sellos, el alma del emperador, algo de piedra de alma que había sobrado y tinta. Y los dos cuadernos que explicaban los sellos que había creado con tanta complejidad, el oficial y el verdadero.

Arrojó el oficial a las llamas al pasar junto a la chimenea. Luego se detuvo delante de la puerta, contando los latidos de su corazón.

Se sintió agonizar mientras observaba cómo palpitaba la marca del sellador de sangre. Finalmente, después de unos minutos angustiosos, el sello de la puerta destelló una última vez y se apagó. El sellador de sangre no había regresado a tiempo para renovarlo.

Libertad.

Shai salió corriendo al vestíbulo, abandonando su hogar de los tres últimos meses, una habitación que había dejado repujada de oro y plata. Aun con lo cerca que había estado siempre el vestíbulo exterior, se le antojó otro país distinto del todo. Presionó el tercer sello que había

preparado contra su blusa abotonada, cambiándola para que fuera igual que la de los sirvientes de palacio, con insignias oficiales bordadas en el pecho izquierdo.

Tenía poco tiempo para hacer su siguiente movimiento. Pronto, o bien el sellador de sangre acudiría a su habitación, o bien Zu despertaría de su caída, o bien llegarían los guardias para el cambio de turno. Shai quería correr pasillo abajo y dirigirse derecha a los establos de palacio.

Pero no lo hizo. Correr implicaba una de dos: o culpa o una tarea importante. Las dos llamarían la atención. En cambio, mantuvo un paso ligero y adoptó la expresión de quien sabe lo que se hace, y por tanto no debe ser importunado.

Enseguida accedió a las zonas más concurridas del enorme palacio. Nadie la detuvo. En un cruce tapizado de alfombras, se detuvo.

A la derecha, al fondo de un largo pasillo, se encontraba la entrada a los aposentos del emperador. El sello que Shai llevaba en la mano derecha, en la caja y acolchado, pareció saltar en sus dedos. ¿Por qué no lo había dejado en la habitación para que lo encontrara Gaotona? Los árbitros la perseguirían con menos saña si tuvieran el sello.

Podía dejarlo allí mismo, en ese pasillo adornado con retratos de antiguos legisladores y repleto de urnas de remotas épocas Falsificadas.

No. Lo llevaba consigo por un motivo. Había preparado herramientas para acceder a los aposentos del emperador. En todo momento había sabido lo que iba a hacer.

Si se marchaba sin más, nunca sabría si el sello funcionaba. Sería como construir una casa y luego no entrar nunca en ella. Como forjar una espada y no empuñarla. Como crear una obra maestra y luego guardarla bajo llave para que nunca pudiera contemplarse.

Shai observó el largo pasillo.

Cuando comprobó que no había nadie a la vista, se volvió hacia una de aquellas horribles urnas y rompió el sello de la parte inferior. La urna se transformó de nuevo en una simple versión de barro de sí misma.

Había tenido tiempo de sobra para averiguar con exactitud quién había creado esas urnas y dónde. El cuarto de sus sellos preparados transformó la urna en una réplica de un ornamentado orinal dorado. Shai recorrió el pasillo hasta los aposentos del emperador y saludó a los guardias, con el orinal bajo el brazo.

—No te reconozco —dijo un guardia.

Ella no lo reconoció tampoco, con aquella cara llena de cicatrices y la mirada recelosa. Como esperaba. A los guardias encargados de su

vigilancia los habían separado de sus compañeros para que no pudieran hablar del servicio que tenían encomendado.

—Huy —dijo Shai, vacilando, en apariencia nerviosa—. Lo siento, oficial. Me han asignado la tarea esta misma mañana.

Se ruborizó y sacó de su bolsillo un grueso papel con el sello y la firma de Gaotona. Los había falsificado ambos a la antigua usanza. Le había venido muy bien que el anciano le permitiera indicarle cómo mejorar las medidas de seguridad para proteger los aposentos del emperador.

Siguió adelante sin más complicaciones. Las siguientes tres habitaciones de los enormes aposentos del emperador estaban vacías. Tras ellas había una puerta cerrada con llave. Tuvo que Falsificar la madera de esa puerta para convertirla en algo que hubiera sido dañado por la carcoma, usando el mismo sello que había empleado en su cama, para poder pasar. No prendió durante mucho tiempo, pero fueron suficientes unos segundos para abrir la puerta de una patada.

Dentro encontró el dormitorio del emperador. Era el mismo lugar al que la habían llevado el primer día, cuando le ofrecieron esa oportunidad. Allí solo estaba él, tendido en aquella cama. Estaba despierto, pero miraba al techo sin verlo.

En la habitación reinaba el silencio. La tranquilidad. Olía a demasiado limpio. Demasiado blanca. Como un lienzo vacío.

Shai se acercó a la vera del lecho. Ashravan no la miró. Sus ojos no se movieron. Shai descansó los dedos sobre su hombro. Tenía un rostro hermoso, aunque era unos quince años mayor que ella. No demasiado para un grande: vivían más que la mayoría.

El suyo era un rostro fuerte, a pesar del largo tiempo postrado. Pelo dorado, mandíbula firme, nariz prominente. Tan distinto en sus rasgos del pueblo de Shai.

—Conozco tu alma —dijo ella en voz baja—. La conozco mejor de lo que tú la conociste nunca.

Aún no habían dado la alarma. Shai continuaba esperando a que ocurriera de un momento a otro, pero se arrodilló junto a la cama de todas formas.

—Ojalá pudiera conocerte. No a tu alma, sino a ti. He leído sobre ti y he visto en tu corazón. He reconstruido tu alma lo mejor que he podido. Pero no es lo mismo. No es conocer a alguien, ¿verdad? Simplemente es conocer cosas de alguien.

¿Eso que oía ahí fuera, desde una zona lejana del palacio, era un grito?

—No pido mucho de ti —siguió diciendo con el mismo tono de voz—. Solo que vivas. Solo que seas. He hecho lo que he podido. Ojalá sea suficiente.

Inspiró profundamente, abrió la caja y sacó su Marca de Esencia. La entintó, subió al emperador la manga de la camisa y descubrió su antebrazo.

Shai vaciló, pero terminó presionando el sello, que golpeó la carne y permaneció detenido un instante, como hacían siempre los sellos. La piel y el músculo no cedieron hasta un segundo más tarde, cuando el sello se hundió apenas unos milímetros.

Hizo girar el sello, asegurándolo, y lo retiró. La brillante marca roja resplandeció levemente.

Ashravan parpadeó.

Shai se levantó y retrocedió un paso mientras él se sentaba y miraba alrededor. Ella contó en silencio.

—Mis aposentos —dijo Ashravan—. ¿Qué ha sucedido? Hubo un ataque. Estaba... estaba herido. Oh, madre de las luces. Kurshina. Está muerta.

Su rostro se convirtió en una máscara de pena, pero se recuperó un segundo después. Era el emperador. Podía tener temperamento, pero mientras no estuviera furioso, se le daba bien disimular sus sentimientos. Se volvió hacia Shai, y sus ojos vivos, ojos que veían, se centraron en ella.

—¿Quién eres tú?

La pregunta la removió por dentro, a pesar de esperarla.

—Soy una especie de cirujana —explicó Shai—. Resultasteis malherido. Te he curado. Sin embargo, el remedio que he utilizado se considera despreciable en algunos sitios de vuestra cultura.

—Eres una reselladora —dijo él—. Una... ¿una Falsificadora?

—En cierto modo —respondió Shai. Él lo creería porque ese era su deseo—. Es un tipo difícil de resellado. Tendrán que sellarte cada día, y debes conservar contigo en todo momento esa placa de metal, la que tiene forma de disco que está en esa caja. Sin eso, morirás, Ashravan.

—Dámelo —dijo él, extendiendo la mano para que le entregara el sello.

Ella vaciló. No estaba segura de por qué.

—Dámelo —repitió él, esta vez con más énfasis.

—No cuentes a nadie lo que ha sucedido aquí —le advirtió ella—. Ni a los guardias ni a los sirvientes. Solo tus árbitros saben lo que he hecho.

Los gritos en el exterior sonaron más fuertes. Ashravan se volvió hacia el sonido.

—Si nadie debe saberlo —dijo—, entonces debes marcharte. Deja este lugar y no regreses. —Miró el sello—. Probablemente debería hacerte ejecutar por conocer mi secreto.

Ese era el egoísmo que había aprendido durante sus años en el palacio. Sí, ella lo había interpretado bien.

—Pero no lo harás —le dijo.

—No lo haré.

Y allí estaba la compasión, profundamente enterrada.

—Vete antes de que cambie de opinión —ordenó él.

Shai dio un paso hacia la puerta y comprobó su reloj de bolsillo: bastante más de un minuto. El sello había prendido, al menos a corto plazo. Se volvió para mirarlo.

—¿A qué estás esperando? —la apremió él.

—Solo quería dar un último vistazo —respondió Shai.

El emperador frunció el ceño.

Los gritos cada vez eran más intensos.

—Vete —dijo él—. Por favor.

Parecía saber a qué se debía aquel criterio, o al menos podía deducirlo.

—Hazlo mejor esta vez —dijo Shai—. Por favor.

Y dicho eso, huyó.

Shai había sentido la tentación, durante un tiempo, de escribir en él un deseo por protegerla. Pero el emperador no habría tenido buenos motivos para ello, al menos a sus ojos, y podría haber socavado la Falsificación entera. Aparte de eso, no creía que él pudiera salvarla. Hasta que su período de luto terminara, no podría salir de sus aposentos ni hablar con nadie que no fueran sus árbitros. Durante ese tiempo, ellos gobernarían el imperio.

A efectos prácticos, lo gobernaban ya, de todas formas. No, una rápida revisión del alma de Ashravan para que la protegiera no habría servido de nada. Cuando ya estaba a punto de salir por la última puerta, Shai recogió el falso orinal. Lo alzó y luego atravesó las puertas. Ahogó un grito al oír los lejanos gritos.

—¿Todo esto es por mí? —exclamó—. ¡Noches! ¡Ha sido sin querer! ¡Ya sé que no debería haberlo visto! ¡Sé que está recluido, pero me he equivocado de puerta!

Los guardias se la quedaron mirando y uno de ellos se relajó.

—No es por ti. Vuelve a tu dormitorio y quédate allí.

Shai inclinó la cabeza y se marchó rápidamente. La mayoría de los guardias no la conocían, y por eso...

Sintió un repentino dolor en el costado. Jadeó. Era un dolor como el que sentía cada mañana, cuando el sellador de sangre marcaba la puerta.

Muy asustada, Shai se palpó el costado. ¡El corte de su blusa, donde Zu la había alcanzado con su espada, había atravesado la camisa oscura que llevaba debajo! Cuando retiró los dedos, observó en ellos un par de gotas de sangre. Solo un corte superficial, nada peligroso. Con tanta agitación, ni siquiera se había dado cuenta.

Pero la punta de la espada de Zu estaba manchada con su sangre. Sangre fresca. El sellador de sangre la había encontrado y había dado inicio a la cacería. El dolor significaba que la estaba localizando, que estaba sintonizando sus mascotas con ella.

Shai arrojó a un lado el orinal y echó a correr.

Esconderse ya no era una opción. No llamar la atención carecía de sentido. Si los esqueletos del sellador de sangre daban con ella, moriría. Así de fácil. Tenía que encontrar un caballo pronto, y luego dar esquinazo a los esqueletos durante veinticuatro horas, hasta que su sangre se volviera rancia.

Corrió por los pasillos. Algunos criados la señalaron con el dedo, otros gritaron. Casi derribó a un embajador del sur vestido con la armadura roja de los sacerdotes.

Shai maldijo, esquivando al hombre. Las salidas del palacio estarían cerradas ya. Lo sabía. Había estudiado los protocolos de seguridad. Salir sería casi imposible.

«Ten siempre un plan de reserva», decía el tío Won.

Ella lo tenía siempre.

Se detuvo en el pasillo y decidió, como tendría que haber hecho antes, que correr hacia las salidas sería inútil. Se encontraba al borde del pánico, con el sellador de sangre siguiéndole la pista, pero tenía que pensar con claridad.

El plan de reserva. Era desesperado, pero no tenía nada más. Echó a correr de nuevo, giró en un recodo y volvió por donde acababa de venir.

«Noches, ojalá no haya errado al interpretarle —pensó—. Si en secreto resulta ser un maestro embaucador más hábil que yo, estoy perdida. Oh, Dios Desconocido, por favor. Esta vez, permite que no esté equivocada».

Con el corazón desbocado, olvidada la fatiga al instante, se detuvo en el pasillo que conducía a los aposentos del emperador.

Allí esperó. Los guardias no la perdieron de vista, con el ceño fruncido, pero mantuvieron sus posiciones al fondo del pasillo, tal como habían sido instruidos. La llamaron. Era difícil no moverse. Aquel sellador de sangre se acercaba cada vez más con sus horribles mascotas...

—¿Qué haces aquí? —dijo una voz.

Shai dio media vuelta y vio a Gaotona aparecer por el pasillo. Había sido el primero en acudir junto al emperador. Los demás buscarían a Shai, pero Gaotona quería asegurarse de que Ashravan estaba a salvo.

Shai se dirigió a él, ansiosa. «Probablemente esta es la peor idea que he tenido jamás para un plan de reserva», pensó.

—Ha funcionado —dijo en un susurro.

—¿Has probado el sello? —preguntó Gaotona, cogiéndola del brazo y mirando a los guardias. La apartó para que no pudieran oírlas—. De todas las cosas alocadas, dementes y estúpidas...

—Ha funcionado, Gaotona —insistió Shai.

—¿Por qué has ido a verlo? ¿Por qué no has huido mientras tenías la posibilidad?

—Tenía que saberlo. Era preciso.

Él la miró a los ojos. Veía a través de ellos, hasta el fondo de su alma, como hacía siempre. Noches, sí que habría sido un Falsificador magnífico.

—El sellador de sangre tiene tu rastro —la advirtió Gaotona—. Ha invocado a esas cosas para que te capturen.

—Lo sé.

Gaotona vaciló solo durante un instante y luego sacó una caja de madera de sus voluminosos bolsillos. El corazón de Shai dio un vuelco.

Se la ofreció, y ella la cogió con una mano, pero él no la soltó.

—Sabías que vendría aquí —dijo Gaotona—. Sabías que las tendría y que te las daría. Has jugado conmigo.

Shai guardó silencio.

—¿Cómo lo hiciste? —preguntó el anciano—. Pensaba que te estaba vigilando con atención. Estaba seguro de que no me habías manipulado. Y sin embargo, he venido corriendo hasta aquí, casi seguro de que te encontraría. Sabiendo que necesitarías esto. Seguía sin darme cuenta, hasta este mismo momento, de que probablemente lo tenías todo planeado.

—Te manipulé, Gaotona —reconoció ella—. Pero tuve que hacerlo de la manera más difícil posible.

—¿Cómo?

—Siendo auténtica —respondió ella.

—No se puede manipular a la gente siendo auténtico.

—¿No? —preguntó Shai—. ¿No es así como has forjado toda tu carrera? ¿Hablando con sinceridad, enseñando a la gente lo que debe esperar de ti y luego esperando que a cambio sean sinceros contigo?

—No es lo mismo.

—No. No lo es. Pero es lo mejor que pude conseguir. Todo lo que te he dicho es verdad, Gaotona. El lienzo destruido, los secretos sobre mi vida y mis deseos. He sido sincera. Era la única forma de ponerte de mi lado.

—No estoy de tu lado. —Gaotona hizo una pausa—. Pero tampoco quiero que te maten, muchacha. Y mucho menos que lo hagan esas cosas. Cógelas. ¡Días! Llévatelas y vete, antes de que cambie de opinión.

—Gracias —susurró ella, acercándose la caja al pecho. Buscó en el bolsillo de su falda y sacó un cuaderno grueso y pequeño—. Manténlo a salvo. No se lo enseñes a nadie.

Él lo aceptó, vacilante.

—¿Qué es?

—La verdad —respondió ella. Se inclinó y lo besó en la mejilla—. Si escapo, cambiaré mi Marca de Esencia final. La que nunca pretendía

utilizar... Añadiré a ella, y a mis recuerdos, un amable abuelo que me salvó la vida. Un hombre sabio y compasivo a quien respetaba mucho.

—Vete, niña idiota —dijo él. Tenía lágrimas en los ojos.

Si no hubiera estado al borde del pánico, se habría sentido orgullosa de su reacción. Y avergonzada de su propio orgullo. Así era Shai.

—Ashravan vive —dijo—. Cuando pienses en mí, recuerda eso. Ha funcionado. ¡Noches, ha funcionado!

Lo dejó y echó a correr por el pasillo.

Gaotona oyó marcharse a la muchacha, pero no se volvió para verla huir. Contemplaba la puerta de los aposentos del emperador. Dos guardias confusos y el paso a... ¿qué?

Al futuro del Imperio Rosa.

«Nos gobernará alguien que no está vivo de verdad —pensó Gaotona—. El fruto de nuestros hediondos esfuerzos».

Inspiró profundamente, pasó ante los guardias y abrió las puertas para entrar a contemplar la criatura que había traído al mundo.

«Solo... por favor, que no sea un monstruo».

Shai caminaba a grandes zancadas por los pasillos de palacio, sujetando la caja de sellos. Se arrancó la blusa de botones, revelando una ajustada camisa de algodón negro, y se guardó la caja en el bolsillo. Se dejó puesta la falda y las calzas debajo. No era tan diferente de las ropas con las que había sido entrenada.

Los criados corrían a su alrededor. Sabían, solo por su actitud, que tenían que quitarse de en medio. De repente, Shai se sintió más segura de lo que se había sentido en años.

Había recuperado su alma. Toda.

Sacó una de sus Marcas de Esencia mientras caminaba. La entintó con rápidas pinceladas y volvió a guardarse la caja en el bolsillo de la camisa. Se selló el bíceps derecho y lo aseguró, reescribiendo su historia, sus recuerdos, su experiencia vital.

Durante una fracción de un instante, recordó ambas historias. Recordó los dos años que había pasado encerrada, planeando, creando la Marca de Esencia. Recordó toda una vida como Falsificadora.

Y al mismo tiempo, recordó haber pasado los últimos quince años entre la tribu de los teullu. La habían adoptado y entrenado en las artes marciales.

Dos lugares a la vez, dos vidas al mismo tiempo.

Entonces la primera se desvaneció y Shai se convirtió en Shaizan, el nombre que le habían puesto los teullu. Su cuerpo se hizo más delgado, más duro. El cuerpo de una guerrera. Se quitó las gafas. Sus ojos se habían curado hacía mucho tiempo y ya no las necesitaba.

Acceder al entrenamiento de los teullu había sido difícil, porque a la tribu no le gustaban los forasteros. Casi habían acabado con ella en una docena de ocasiones distintas durante su año de formación. Pero había tenido éxito.

Perdió todo conocimiento de cómo crear sellos, todo sentido de inclinación hacia lo erudito. Seguía siendo ella misma y recordaba su pasado inmediato: su captura, su reclusión forzada en aquella celda. Era consciente, en términos lógicos, de lo que acababa de hacer con el sello en su brazo, y sabía que la vida que estaba recordando era falsa.

Pero no la sentía así. Mientras aquel sello le quemaba el brazo, se convirtió en la versión de sí misma que habría existido de haber sido adoptada por una severa cultura de guerreros y de haber vivido entre ellos durante más de una década.

Se quitó los zapatos. Su pelo se acortó; una cicatriz cruzaba su rostro desde la nariz hasta la mejilla derecha. Caminaba como una guerrera, vigilando todo a su paso.

Llegó a la zona de los criados de palacio justo ante los establos, dejando la Galería Imperial a la izquierda.

Una puerta se abrió delante de ella. Zu, alto y de labios gruesos, se abrió paso. Tenía un tajo en la frente —la sangre manaba a través de la venda que llevaba puesta— y tenía la ropa desgarrada por la caída.

Sus ojos destellaban ira. Hizo una mueca al verla.

—Estás perdida. El sellador de sangre nos ha traído directos hasta ti. Voy a disfrutar...

Se interrumpió cuando Shaizan, apenas un borrón, avanzó hacia él y golpeó su muñeca con el canto de la mano, fracturándosela y dejándolo sin fuerzas para sostener la espada entre los dedos. Después alzó la mano y la descargó en su garganta con un golpe seco. Entonces cerró el puño y lo estrelló directo contra su pecho. Seis costillas se rompieron.

Zu retrocedió tambaleándose, jadeando, con los ojos muy abiertos por la descomunal sorpresa. Su espada resonó al chocar contra el suelo. Shaizan pasó por encima de él, le arrebató el cuchillo del cinturón y lo alzó para cortar el cordón de su capa.

Zu se desplomó en el suelo, dejando la capa en los dedos de ella.

Shai podría haberle dicho algo. Shaizan no tenía paciencia para hacer comentarios sarcásticos ni burlas. Un guerrero seguía moviéndose, como un río. No interrumpió el paso mientras se envolvía en la capa y accedía al pasillo que estaba detrás de Zu.

El capitán boqueaba en busca de aire. Viviría, pero no volvería a empuñar una espada en muchos meses.

Movimiento al fondo del pasillo: criaturas de extremidades blancas, demasiado delgadas para estar vivas. Shaizan se preparó adoptando una postura amplia, el cuerpo vuelto hacia un lado, de cara al pasillo, las rodillas algo flexionadas. No importaba de cuántas monstruosidades dispusiera el sellador de sangre. No importaba si ella perdía o ganaba.

Importaba el desafío. Eso era todo.

Eran cinco, con apariencia de hombres armados con espadas. Recorrieron el pasillo, los huesos resonando, los cráneos sin ojos mirándola inexpresivos salvo por aquellos dientes afilados, siempre sonrientes. Algunas partes de los esqueletos estaban sustituidas por tallas de madera que soldaban huesos rotos en la batalla. Cada criatura llevaba un brillante sello rojo en la frente: era necesaria la sangre para darles vida.

Ni siquiera Shaizan había combatido nunca antes con monstruos como aquellos. Apuñalarlos sería inútil. Pero esos trozos que habían sido sustituidos, algunos, eran piezas de costillas o de otros huesos que los esqueletos no deberían necesitar para luchar. Por tanto, si los huesos se rompián o se salían del sitio, ¿dejaría de funcionar la criatura?

Parecía su mejor opción. No se lo pensó más. Shaizan era puro instinto. Mientras los seres se aproximaban, hizo girar la capa de Zu y la arrojó por encima de la cabeza del primer esqueleto. El ser manoteó y golpeó la capa mientras ella se enfrentaba a la segunda criatura.

Shaizan repelió su ataque con la hoja de la daga de Zu, para luego acercarse tanto que pudo oler sus huesos y extender la mano justo por debajo de la caja torácica de aquella cosa. Agarró la espina dorsal y tiró, soltando un puñado de vértebras. La punta del esternón cortó el antebrazo de Shaizan. Al parecer, todos los huesos de los esqueletos estaban afilados.

La criatura se desplomó y los huesos retumbaron en el suelo con estrépito. Shaizan había estado en lo cierto. Si descocuntaba los huesos troncales, la cosa ya no podía moverse. Shaizan arrojó el puñado de vértebras a un lado.

Quedaban cuatro. Por lo poco que sabía, los esqueletos no se cansaban y eran implacables. Tenía que ser rápida o la arrinconarían.

Las tres criaturas a su espalda la atacaron. Shaizan las esquivó, rodeando a la primera mientras esta tiraba de la capa. Agarró el cráneo por las cuencas de los ojos, pero al hacerlo sufrió un corte profundo en el brazo por la espada enemiga. Su sangre roció la pared mientras arrancaba el cráneo, y el resto del cuerpo de la criatura se derrumbó en el suelo formando un montón de huesos.

«Sigue moviéndote. No te detengas».

Si lo hacía, moriría.

Se volvió y encaró a los otros tres esqueletos, usando el cráneo para bloquear un mandoble de espada y la daga para detener otro. Intentó esquivar el tercero, pero le rozó el costado.

No podía sentir dolor. Se había entrenado a sí misma para ignorarlo en la batalla. Y menos mal, porque ese último golpe habría dolido.

Aplastó el cráneo contra la cabeza de otro esqueleto, rompiéndolos ambos. La criatura cayó, y Shaizan giró entre las dos restantes. Los reveses que intentaron asestarle golpearon uno contra el otro. Una patada de Shaizan envió a uno de ellos dando tumbos hacia atrás y lanzó su cuerpo contra el otro, aplastándolo contra la pared. Los huesos se apretujaron, y ella agarró la espina dorsal y soltó algunas vértebras.

Los huesos de la criatura cayeron con estrépito. Shaizan se tambaleó al erguirse. Había perdido demasiada sangre. Estaba bajando el ritmo. ¿En qué momento había dejado caer la daga? Debía de habersele resbalado de entre los dedos mientras empujaba a la criatura contra la pared.

Concentración. Solo quedaba uno.

El esqueleto cargó con una espada en cada mano. Shaizan se lanzó contra él, logró introducirse en su alcance antes de que pudiera descargar un tajo y le asíó los huesos de los antebrazos. No podía arrancárselos, no desde ese ángulo. Gruñó, manteniendo las espadas a raya. Pero a duras penas, porque cada vez estaba más débil.

La criatura redobló su ataque. Shaizan gruñó mientras la sangre corría libremente por su brazo y también por su costado.

Propinó un cabezazo a la criatura.

Era un recurso que funcionaba peor en la vida real que en las historias. La visión de Shaizan se emborronó y, jadeando, cayó de rodillas. El esqueleto sucumbió ante ella, con el cráneo roto rodando suelto por la fuerza del impacto. La sangre manaba por el rostro de Shaizan. Tenía un corte en la frente y quizás se hubiera fracturado su propio cráneo.

Cayó de costado y luchó por no perder el conocimiento.

Poco a poco, la oscuridad se retiró.

Shaizan se encontró tendida entre huesos esparcidos en un pasillo de piedra vacío. El único color era el de su sangre.

Había vencido. Otro desafío superado. Aulló un cántico de su familia adoptiva y recuperó la daga y su blusa hecha tiras para vendar sus heridas. Había perdido mucha sangre. Ni siquiera una mujer con su entrenamiento debería enfrentarse a más desafíos aquel día. No si requerían fuerza.

Consiguió ponerse en pie y recuperar la capa de Zu, quien, inmovilizado todavía por el dolor, la miraba con ojos sorprendidos. Shaizan reunió los cinco cráneos de las mascotas del sellador de sangre e hizo un hatillo con la capa.

Después continuó avanzando por el pasillo, tratando de proyectar fuerza, no la fatiga, el mareo y el dolor que realmente sentía.

«Él estará por alguna parte».

Abrió la puerta de un trastero al fondo del pasillo y encontró al sellador de sangre dentro, con los ojos vidriosos por la sorpresa de ver destruidas a sus mascotas en rápida sucesión.

Shaizan lo agarró por la camisa y lo puso en pie de un tirón. El movimiento casi la hizo desmayarse de nuevo. «Cuidado».

El sellador de sangre gimió.

—Vuelve a tu ciénaga —gruñó Shaizan en voz baja—. A quien te espera no le importa que estés en la capital, que estés ganando tanto dinero, que lo estés haciendo todo por ella. Quiere que regreses a casa. Por eso sus cartas están redactadas de esa manera.

Shaizan dijo esas palabras por Shai, que se sentiría culpable si no lo hacía.

El hombre la miró, confundido.

—¿Cómo sabes? ¡Argh!

Sus palabras se transformaron en un grito cuando Shaizan le clavó la daga en la pierna. El sellador de sangre cayó al suelo cuando ella le soltó la camisa.

—Esto lo he hecho para tener un poco de tu sangre —le dijo Shaizan casi en un murmullo, agachándose—. No trates de darmelos. Ya has visto lo que he hecho con tus mascotas. Contigo será peor. Me llevo los cráneos, para que no los puedas enviar contra mí de nuevo. Regresa a tu hogar.

Él asintió con debilidad. Shaizan lo dejó en el suelo, encogido, asustado, sujetándose la pierna ensangrentada. La aparición de los esqueletos había hecho huir a todo el mundo, incluidos los guardias. Shaizan retomó su camino hacia los establos pero al poco se detuvo, pensativa. No estaba demasiado lejos...

«Casi mueres por todas estas heridas —se dijo—. No seas idiota».

Decidió ser idiota de todas formas.

Poco después, Shaizan entró en los establos y allí solo encontró a un par de asustados mozos de cuadra. Escogió la mejor montura. Y así, vestida con la capa de Zu y montada en su caballo, Shaizan pudo salir al galope por las puertas de palacio, y ningún hombre ni ninguna mujer trataron de detenerla.

—¿Decía la verdad, Gaotona? —preguntó Ashravan, contemplándose en el espejo.

Gaotona alzó la cabeza desde donde estaba sentado. «¿La decía?», pensó. Con Shai nunca lo había sabido a ciencia cierta.

Ashravan había insistido en vestirse solo, aunque era evidente que se encontraba débil por su larga estancia en cama. Gaotona, sentado en un taburete cercano, trataba de ordenar un aluvión de emociones.

—¿Gaotona? —insistió Ashravan, volviéndose hacia él—. ¿Me hirieron, como ha dicho esa mujer? ¿Recurristeis a una Falsificador, y no a nuestros reselladores, para que me curase?

—Sí, majestad.

«Las expresiones —pensó Gaotona—. ¿Cómo las ha hecho tan bien? El modo en que frunce el ceño antes de hacer una pregunta... Cómo ladea la cabeza cuando no se le responde al instante. La forma en que permanece en pie, en que agita los dedos cuando está diciendo algo que considera de particular importancia».

—Una Falsificadora de MaiPon —dijo el emperador mientras se ponía su casaca dorada—. Difícilmente lo consideraría necesario.

—Tus heridas superaban con mucho las habilidades de nuestros reselladores.

—Yo creía que no había nada que no estuviera a su alcance.

—Nosotros también.

El emperador observó el sello rojo de su brazo. Su expresión se endureció.

—Esto será un grillete, Gaotona. Un peso.

—Lo soportarás.

Ashravan se volvió hacia él.

—Veo que el hecho de que tu señor haya estado al borde de la muerte no te ha vuelto más respetuoso, anciano.

—Me siento cansado últimamente, majestad.

—Me estás juzgando —dijo Ashravan, mirándose de nuevo en el espejo—. Siempre lo haces. ¡Días encendidos! Un día me libraré de ti. Lo sabes, ¿no? Solo permito que estés a mi lado por tus servicios pasados.

Era sorprendente. Aquel era Ashravan: una Falsificación tan completa, tan perfecta, que Gaotona nunca habría sospechado la verdad si no lo hubiera sabido. Quería creer que el alma del emperador todavía estaba allí, en su cuerpo, y que el sello simplemente la había destapado.

Sería una mentira conveniente que contarse a sí mismo. Tal vez Gaotona empezaría a creerla tarde o temprano. Por desgracia, él había visto los ojos del emperador antes, y sabía... sabía lo que había hecho Shai.

—Avisaré a los otros árbitros, majestad —dijo Gaotona, poniéndose en pie—. Desearán verte.

—Muy bien. Puedes retirarte.

El anciano se encaminó hacia la puerta.

—Gaotona.

Se volvió.

—Tres meses en cama —dijo el emperador, mirándose en el espejo—, sin permitir que nadie me viera. Los reselladores no pudieron hacer nada.

Pueden curar cualquier herida normal. Tuvo algo que ver con mi mente, ¿verdad?

«Se supone que no podría deducirlo —pensó Gaotona—. Ella dijo que no iba a escribirlo en él».

Pero Ashravan había sido un hombre inteligente. A pesar de todo, siempre había sido inteligente. Shai lo había restaurado, y no podía impedir que pensara.

—Sí, majestad —respondió Gaotona.

Ashravan soltó un gruñido.

—Tienes suerte de que vuestra táctica funcionara. Podrías haber arruinado mi capacidad para pensar... podrías haber vendido mi misma alma. No estoy seguro de si debería castigarte o recompensarte por correr ese riesgo.

—Te aseguro, majestad —dijo Gaotona—, que yo mismo me he dado grandes recompensas y grandes castigos durante estos últimos meses.

Se marchó entonces, dejando que el emperador se mirara al espejo y considerara las implicaciones de lo que se había hecho.

Para bien o para mal, habían recuperado a su emperador.

O, al menos, una copia suya.

Epílogo: día ciento uno



Y con esto espero haber puesto fin a ciertos rumores perniciosos —dijo Ashravan a los árbitros reunidos de las ochenta facciones—. Las exageraciones sobre mi enfermedad eran, obviamente, maledicentes. Todavía tenemos que descubrir quién envió a los asesinos, pero la muerte de la emperatriz no va a quedar impune, creedme. —Miró a los árbitros—. Ni sin respuesta.

Frava cruzó los brazos, contemplando la copia con satisfacción pero también con incomodidad. «¿Qué puertas traseras pusiste en su mente, pequeña ladrona? —se preguntó—. Las encontraremos».

Nyen estaba ya inspeccionando copias de los sellos. El Falsificador afirmaba que podía descifrarlos retroactivamente, aunque requeriría tiempo. Quizá años. Con todo, Frava acabaría por saber cómo controlar al emperador.

Destruir las notas había sido astuto por parte de la muchacha. ¿Había adivinado que Frava no estaba en realidad haciendo copias? Frava negó con la cabeza y se acercó a Gaotona, que ocupaba su asiento en el palco del Teatro de Autoridades. Se sentó a su lado y le habló en voz baja:

—Lo están aceptando.

Gaotona asintió, con la mirada puesta en el falso emperador.

—No hay ni el más mínimo atisbo de sospecha. Lo que hicimos no fue solo audaz, más bien se presumía imposible.

—Esa muchacha podría ponernos un cuchillo en la garganta —advirtió Frava—. La prueba de lo que hicimos está grabada en el mismo cuerpo del emperador. Tendremos que andar con mucho cuidado en los años venideros.

Gaotona asintió, distraído. ¡Días encendidos, cómo deseaba Frava poder apartarlo de su puesto! Él era el único de entre los árbitros que le

oponía resistencia. Justo antes de su asesinato, Ashravan había estado a punto de hacerlo, instigado por ella.

Esas reuniones habían sido privadas. Shai no podía conocerlas, así que la Falsificación tampoco. Frava tendría que empezar de nuevo el proceso, a menos que encontrara un modo de controlar a ese Ashravan duplicado. Ambas perspectivas la frustraban.

—Una parte de mí no puede creer que lo lográramos —dijo Gaotona en voz baja mientras el falso emperador pasaba a la siguiente parte de su discurso, una llamada a la unidad.

Frava hizo una mueca.

—El plan era bueno.

—Shai escapó.

—La encontraremos.

—Lo dudo —repuso él—. Tuvimos suerte de atraparla una vez. Por fortuna, no creo que tengamos que preocuparnos mucho de ella.

—Intentará chantajearnos —adujo Frava. «O tratará de encontrar un modo de controlar el trono».

—No —respondió Gaotona—. No, está satisfecha.

—¿Satisfecha por haber escapado con vida?

—Satisfecha por haber sentado en el trono a una creación suya. Una vez, se atrevió a intentar engañar a miles, pero ahora tiene la oportunidad de engañar a millones. A un imperio entero. A sus ojos, revelar lo que ha hecho acabaría con la majestuosidad.

¿Lo creía de verdad el viejo necio? Su ingenuidad a menudo ofrecía oportunidades a Frava: había pensado permitirle conservar su puesto simplemente por ese motivo.

El falso emperador continuó su discurso. A Ashravan le gustaba oírse hablar. La Falsificadora lo había hecho bien.

—Está usando el asesinato como medio para fortalecer nuestra facción —comentó Gaotona—. ¿Lo oyes? Las implicaciones de que tenemos que unirnos, remar juntos en la misma dirección, recordar la fuerza de nuestra herencia... Y los rumores, los que la Facción Gloria difundió diciendo que había muerto al mencionarlos, debilitan a esa facción. Apostaron a que no regresaría, y ahora que lo ha hecho, quedan como unos idiotas.

—Ciento —dijo Frava—. ¿Le aconsejaste tú eso?

—No —respondió Gaotona—. Se negó a permitir que lo aconsejara en su discurso. Sin embargo, esta jugada parece propia del antiguo Ashravan, el Ashravan de hace una década.

—Entonces, la copia no es perfecta. Será preciso que lo recordemos.

—Sí —dijo Gaotona mientras sujetaba algo en la mano, un cuaderno pequeño y grueso que Frava no reconoció.

Hubo un rumor en la parte trasera del palco, y una criada con el símbolo de Frava entró y pasó ante los árbitros Stivient y Ushnaka. La joven mensajera se acercó a Frava y se inclinó. Frava dirigió a la muchacha una mirada de fastidio.

—¿Qué puede ser tan importante para interrumpirme?

—Lo siento, excelencia —susurró la mujer—. Pero me pediste que ordenara tus oficinas en palacio para las reuniones de la tarde.

—¿Y bien? —preguntó Frava.

—¿Entraste en las habitaciones ayer, mi señora?

—No. Con todo ese asunto del sellador de sangre desaparecido, y las exigencias del emperador, y... —Frava frunció el ceño aún más—. ¿Qué ocurre?

Shai se volvió para mirar la Sede Imperial. La ciudad se extendía sobre siete grandes colinas, con la mansión de una facción principal coronando cada una de las seis exteriores y el palacio dominando la colina central.

El caballo que esperaba a su lado se parecía poco al que había robado del palacio. Le faltaban dientes y caminaba con la cabeza gacha y el lomo doblado. Parecía que no lo habían cepillado desde hacía años, y la criatura estaba tan desnutrida que las costillas se le marcaban como si fueran las tablillas del respaldo de una silla.

Shai había pasado los días anteriores esforzándose en no llamar la atención, usando su Marca de Esencia de mendiga para ocultarse en los bajos fondos de la Sede Imperial. Con ese disfraz, y con otro para el caballo, había escapado de la ciudad sin pasar apuros. Pero una vez se alejó lo suficiente, se quitó la marca: pensar como la mendiga era incómodo.

Shai aflojó la silla de montar, palpó debajo y rozó con la uña el brillante sello situado allí. Rascó el borde del sello con un poco de esfuerzo, rompiendo la Falsificación. El caballo se transformó al instante: el lomo

se le enderezó, alzó la cabeza, los costados se hincharon. Cabrioló nervioso, agitando la cabeza de un lado a otro, tirando de las riendas. El caballo de batalla de Zu era un animal bello, más valioso que una casita en algunas partes del imperio.

Oculto entre las provisiones que llevaba a la espalda estaba el lienzo que Shai había robado, una vez más, de la oficina de Frava, la decana de los árbitros. Una falsificación. Shai nunca había tenido motivos para robar una de sus propias obras antes. Resultaba divertido. Había dejado el gran marco vacío y detrás, en medio de la pared, había tallado una runa reo. No tenía un significado muy agradable.

Acarició al caballo en el cuello. Teniéndolo todo en cuenta, no era mal botín. Un bonito caballo y un lienzo que, aunque falso, era tan realista que incluso su propietaria había creído que se trataba del original.

«Él está pronunciando su discurso ahora mismo —pensó Shai—. Me gustaría escucharlo».

Su joya, su obra magna, llevaba el manto del poder imperial. Saberlo la emocionaba, pero precisamente había sido la emoción lo que la había impulsado a continuar. Ni siquiera devolverlo a la vida había sido la causa de su frenético trabajo. No. En el fondo, se había esforzado tanto porque había querido dejar unos cuantos cambios específicos imbuidos dentro del alma. Tal vez esos meses de sinceridad con Gaotona la habían cambiado.

«Copia la misma imagen una y otra vez en una pila de papeles —pensó Shai—, y al final las hojas de abajo tendrán la misma imagen, calcada. Grabada a fondo».

Dio media vuelta y sacó la Marca de Esencia que la transformaría en experta en supervivencia y cazadora. Frava esperaría que utilizara los caminos, de modo que planeaba dirigir sus pasos hacia el profundo corazón del cercano bosque de Sogdian. Sería un buen lugar para ocultarse. Transcurridos unos meses, saldría con discreción de la provincia y continuaría con su siguiente tarea: localizar al bufón imperial que la había traicionado.

Pero por el momento, quería alejarse de murallas, palacios y mentiras cortesanas. Shai montó a caballo y se despidió de la Sede Imperial y del hombre que ahora la gobernaba.

«Vive bien, Ashravan —pensó—. Y haz que me sienta orgullosa».

Esa noche, después del discurso del emperador, Gaotona estaba sentado junto a la familiar chimenea de su estudio personal, contemplando el cuaderno que Shai le había dado.

Y maravillándose.

El cuaderno reproducía el sello de alma del emperador, al detalle, con notas. Todo lo que Shai había hecho quedaba revelado ahí.

Frava no encontraría una argucia para controlar a Ashravan, porque no había ninguna. El alma del emperador estaba completa, asegurada, y era la suya propia. Eso no quería decir que fuera exactamente el mismo que antes.

«Me tomé algunas libertades, como puedes ver —explicaban las notas de Shai—. Quería duplicar su alma con la mayor exactitud posible. Esa era la tarea y el desafío. Así lo hice.

»Luego llevé el alma unos cuantos pasos más adelante, reforzando algunos recuerdos, debilitando otros. Los imbuí dentro de resortes de Ashravan que le harán reaccionar de una manera concreta al asesinato y su recuperación.

»Eso no es cambiar su alma. No es convertirlo en una persona distinta. Es solo empujarlo hacia cierto camino, igual que un timador callejero anima con fuerza a su objetivo para que escoja una carta concreta. Es él. Es quien habría podido ser.

»¿Quién sabe? Tal vez es quien habría sido».

Gaotona nunca lo habría deducido por sí mismo, por supuesto. Su destreza en ese campo era escasa. Aunque hubiera sido un maestro, sospechaba que en ese caso particular no habría detectado el trabajo de Shai. Ella explicaba en el cuaderno que su intención había sido ser tan sutil, tan cuidadosa, que nadie pudiera descifrar sus cambios. Sería necesario conocer al emperador muy íntimamente para sospechar siquiera lo que había sucedido.

Con las notas, Gaotona podía verlo. Haber estado tan cerca de la muerte provocaría en Ashravan una fase de profunda introspección. Buscaría su diario y leería una y otra vez las crónicas de su yo juvenil. Vería lo que había sido, y por último intentaría recuperarlo de todo corazón.

Shai indicaba que la transformación sería lenta. Un período de años en los que Ashravan se iría convirtiendo en el hombre que una vez pareció destinado a ser. Había unas diminutas inclinaciones enterradas a gran profundidad en las interacciones de sus sellos que lo impulsarían hacia la excelencia en vez de hacia la indulgencia. Empezaría a pensar en su legado y no en el próximo festín. Recordaría a su pueblo, no a sus citas para cenar. Por fin impulsaría a las facciones para que llevaran a cabo los cambios que él, y muchos antes que él, habían advertido que eran necesarios.

En resumen, se convertiría en un luchador. Daría ese único paso, tan difícil, para cruzar la frontera entre el soñador y el hacedor. Gaotona podía verlo en esas páginas.

Descubrió que estaba llorando.

No por el futuro ni por el emperador. Eran las lágrimas de un hombre que se veía ante una obra maestra. El arte verdadero era más que belleza, era más que técnica. No se trataba solo de imitación.

Era arrojo, era contraste, era sutileza. En ese cuaderno, Gaotona encontró una rara obra que rivalizaba con la de los más grandes pintores, escultores y poetas de cualquier época.

Era la mayor obra de arte que jamás había visto.

Gaotona sostuvo el cuaderno con reverencia durante la mayor parte de la noche. Era la creación de meses de febril, intensa trascendencia artística. Forzado por la presión externa, pero liberado como la respiración contenida al borde del colapso. Basto, y sin embargo pulido. Temerario, pero calculado.

Asombroso, pero invisible.

Y así tenía que continuar. Si alguien descubría lo que había hecho Shai, el emperador caería. De hecho, el mismo imperio podría tambalearse. Nadie podía saber que la decisión de Ashravan de convertirse por fin en un gran líder se había activado gracias a unas palabras grabadas en su alma por una blasfema.

Al filo del alba, Gaotona se levantó despacio, dolorido, de su silla junto a la chimenea. Agarró el cuaderno, aquella obra de arte sin igual, y lo alzó.

Y lo dejó caer en las llamas.

Nota final

En las clases de escritura, me decían a menudo: «Escribe sobre lo que sabes». Es una máxima que suelen escuchar los escritores, pero a mí me dejó confundido. ¿Que escriba sobre lo que sé? ¿Y cómo hago eso? Soy autor de fantasía. No puedo saber lo que es emplear la magia. Ni, ya puestos, tampoco puedo saber lo que es ser mujer, pero quiero escribir desde una diversidad de puntos de vista.

A medida que ganaba destreza, empecé a comprender el significado del consejo. Aunque en este género escribamos sobre lo fantástico, las historias funcionan mejor cuando tienen unos cimientos sólidos en nuestro mundo. La magia funciona mejor cuando se ajusta a principios científicos. La creación de mundos funciona mejor cuando bebe de fuentes del nuestro. Los personajes funcionan mejor cuando están bien enraizados en la emoción y la experiencia humana.

Ser escritor, en consecuencia, tiene tanto de observación como de imaginación.

Procuro dejar que las nuevas experiencias me inspiren. Tengo la fortuna de poder viajar con frecuencia. Cuando visito un país nuevo, intento permitir que la cultura, la gente y las experiencias del lugar terminen conformando una historia.

Una vez, cuando estuve en Taiwán, tuve la suerte de visitar el Museo del Palacio Nacional, con mi editora Sherry Wang y mi traductora Lucie Tuan ejerciendo de guías turísticas. Nadie puede empaparse de milenios de historia china en cuestión de horas, pero hicimos lo que pudimos. Por fortuna, yo ya tenía nociones básicas sobre cultura e historia asiática, porque viví dos años en Corea como misionero de los Santos de los Últimos Días y luego estudié coreano en la universidad.

Durante esa visita, empezaron a germinar en mi mente las semillas de una historia. Lo que más me llamó la atención fueron los sellos. En inglés a veces los llamamos *chops*, pero yo siempre he usado su nombre coreano, *tojang*. En mandarín se llaman *yìnjiàn*. Son unos sellos de piedra, de intricada talla, que se usan a modo de firma en muchas culturas asiáticas distintas.

En mi visita al museo, reparé en muchos de esos familiares sellos rojos. Algunos, por supuesto, eran los sellos de los artistas... pero había otros. Había una muestra de caligrafía cubierta con ellos. Lucie y Sherry me explicaron que cuando a los eruditos y nobles de la antigua China les gustaba una obra de arte, a veces también la marcaban con su sello. A un emperador en concreto le encantaba hacerlo: cogía hermosas

esculturas o piezas de jade, con siglos de antigüedad, las sellaba y en ocasiones hacía que tallaran en ellas algunos versos de poemas propios.

¡Qué forma de pensar tan fascinante! Imagínate que eres rey, decides que te gusta mucho el *David* de Miguel Ángel y le tallas tu firma en el pecho. En esencia, aquello era lo mismo.

El concepto me resultó tan chocante que empecé a juguetear con una magia de sellos en mi mente. Sellos de alma, capaces de reescribir la naturaleza de la existencia de un objeto. No quería acercarme demasiado al moldeado de almas del mundo del «Archivo de las Tormentas», de modo que me inspiré en el museo, en la historia, para diseñar una magia que permitiese reescribir el pasado de un objeto.

La historia se desarrolló a partir de ese inicio. Como la magia encajaba mucho con un sistema que estaba desarrollando para Sel, el mundo en el que transcurre *Elantris*, ambienté allí la historia. (Además, había basado varias culturas de ese mundo en las asiáticas de nuestro mundo, así que cuadraba de maravilla).

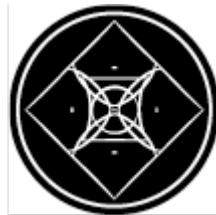
No siempre se puede escribir sobre lo que se sabe, o al menos exactamente sobre lo que se sabe. Sin embargo, sí se puede escribir sobre lo que se ve.

La esperanza de Elantris



Esta historia transcurre después de *Elantris* y revela acontecimientos importantes de la novela.





Mi señor —dijo Ashe, mientras entraba flotando por la ventana—. Lady Sarene os ruega que la perdonéis. Llegará un poquito tarde a cenar.

—¿Un poquito? —preguntó Raoden con una sonrisa, sentado a la mesa —. La cena debería haber empezado hace una hora.

Ashe palpó levemente.

—Lo siento, mi señor. Pero me obligó a prometerle que os daría un mensaje si protestabais. Sus palabras fueron: «Dile que estoy embarazada y es culpa suya, lo cual significa que tiene que hacer lo que yo quiera».

A Raoden se le escapó una carcajada.

Ashe palpó de nuevo, adoptando lo que para los seones como él debía de pasar por una expresión compungida, habida cuenta de que eran simples bolas de luz.

En su palacio, dentro de Elantris, Raoden exhaló un suspiro y apoyó los brazos encima de la mesa. Las paredes que lo rodeaban relucían con una sutil claridad, sin necesidad de antorchas ni lámparas. Siempre le había extrañado la ausencia de ménsulas para la luz en Elantris. En cierta ocasión, Galladon le había explicado que había unos paneles que brillaban cuando uno los oprimía, pero ambos habían olvidado el resplandor que emanaba de las mismas piedras.

Contempló su plato vacío. «Hubo una época en la que luchábamos con uñas y dientes por un mero bocado —pensó—. Ahora, es tal la abundancia que podemos permitirnos el lujo de dejar que los alimentos se enfríen durante horas sin acordarnos de ellos».

Sí, había comida de sobra. El mismo Raoden podía transformar la basura en grano de la mejor calidad. Ninguno de los habitantes de Arelon volvería a pasar hambre. Sin embargo, cuando sus pensamientos tomaban esos derroteros, siempre se acordaba de Nueva Elantris, y de la sencilla paz que había instaurado en el seno de la ciudad.

—Ashe —dijo Raoden, al que se le acababa de ocurrir una idea—. Hace tiempo que quería preguntarte una cosa.

—Por supuesto, majestad.

—¿Dónde estuviste en las horas previas a la restauración de Elantris? Creo que no supe nada de ti en casi toda la noche. A decir verdad, la única vez que recuerdo haberte visto fue cuando viniste para avisarme de que Sarene había sido secuestrada y conducida a Teod.

—Eso es cierto, majestad —respondió el seon.

—Bueno, entonces, ¿dónde te habías metido?

—Es una historia muy larga, majestad —respondió Ashe, descendiendo hasta quedarse flotando junto a la silla de Raoden—. Comienza cuando lady Sarene me pidió que me adelantara y fuese a Nueva Elantris para informar a Galladon y Karata de que mi señora iba a enviarles un suministro de armas. Aquello fue justo antes de que los monjes lanzaran su ataque sobre Kae. Partí hacia Nueva Elantris sin imaginarme siquiera lo que estaba a punto de suceder.

Matisse cuidaba de los niños.

En Nueva Elantris, ese era su cometido. Todo el mundo debía desempeñar una función; eran las normas de Espíritu. Su trabajo no le desagradaba; antes bien, le gustaba bastante. Llevaba desempeñándolo desde antes de la llegada de Espíritu. Desde que Dashe la encontrara y se la llevase al palacio de Karata, Matisse se encargaba de cuidar de los más pequeños. Las normas de Espíritu tan solo le conferían un carácter oficial.

Sí, le gustaba su trabajo. La mayor parte del tiempo.

—¿De verdad que nos tenemos que acostar ya, Matisse? —preguntó Teor, mirándola con ojitos de cordero degollado—. ¿No podemos quedarnos levantados un poco más, solo esta vez?

Matisse se cruzó de brazos y enarcó una ceja lampiña en dirección al muchacho.

—Anoche os acostasteis a esta hora —le recordó—. Y anteanoche. Y la noche anterior, de hecho, también. No entiendo qué te hace pensar que esta noche debería ser de otro modo.

—Aquí pasa algo —dijo Tiil, situándose junto a su amigo—. Todos los adultos están dibujando aones.

Matisse miró de reojo por la ventana. Los niños —los cincuenta o así que tenía a su cargo— vivían en un edificio de ventanas abiertas que todos apodaban «el Nido», debido a las intrincadas tallas de aves que decoraban la mayoría de las paredes. El Nido se erigía cerca del centro de la ciudad dentro de la ciudad, junto al hogar de Espíritu, la capilla

korathi en la que celebraba sus reuniones más importantes. Los adultos no querían perder de vista a los niños.

Por desgracia, eso propiciaba que los niños, a su vez, tampoco perdieran nunca de vista a los adultos. Al otro lado de la ventana centellaban haces de luz, chispas que saltaban de los cientos de dedos que estaban trazando aones en el aire. Era tarde —hacía ya rato que los pequeños deberían haberse acostado—, pero esta noche estaba resultándole especialmente complicado conseguir que se fuesen a la cama.

«Tiil tiene razón», pensó Matisse. «Aquí pasa algo». Eso, sin embargo, no era ningún motivo para dejar que los niños se quedasen despiertos; sobre todo porque, cuanto más tardaran ellos en acostarse, más tardaría ella en salir a investigar a qué se debía aquella algarabía.

—No es nada —dijo Matisse, volviéndose hacia los pequeños. Algunos ya habían empezado a arroparse con las sábanas de vivos colores, pero muchos se habían animado y asistían, curiosos, al enfrentamiento entre Matisse y los dos alborotadores.

—No tiene pinta de no ser «nada» —protestó Teor.

—En fin —suspiró la muchacha—. Están escribiendo aones. Si tanto os interesa, supongo que podríamos hacer una excepción y dejar que os quedéis despiertos para practicar la escritura de aones. Seguro que nos da tiempo a dar otra clase esta noche.

Teor y Tiil palidecieron al unísono. Dibujar aones era lo que se hacía en la escuela, después de que Espíritu hubiera decretado que se reabrieran sus puertas. Matisse sonrió para sus adentros mientras los dos pequeños retrocedían.

—Venga, vamos. Id a buscar papel y pluma. Dibujaremos Aon Ashe cien veces.

Los niños captaron la indirecta y regresaron a sus respectivas camas. En el otro extremo de la habitación, varios educadores más caminaban entre las figuritas acostadas, cerciorándose de que estuvieran durmiendo. Matisse hizo lo propio.

—Matisse —dijo una voz—. No puedo dormir.

Matisse se giró hacia una jovencita que se había sentado en su catre.

—¿Y eso cómo lo sabes, Riika? —preguntó Matisse, esbozando una sonrisa—. Pero si te acabas de acostar, todavía ni lo has intentado.

—Sé que no voy a poder —replicó la niña, pizpireta—. Mai siempre me cuenta una historia antes de dormir. Si no, no puedo.

Matisse exhaló un suspiro. A Riika le costaba conciliar el sueño, sobre todo las noches en que preguntaba por su seon. Este, por supuesto, había enloquecido cuando a Riika la alcanzó la Shaod.

—Túmbate, cariño —la arrulló Matisse—. A ver si te da el sueño.

—No me va a dar —protestó Riika, pero se tendió de todos modos.

Matisse terminó la ronda y encaminó sus pasos a la entrada de la habitación. Echó un vistazo a las figuras acurrucadas —varias de las cuales seguían rebulléndose y agitándose— y hubo de confesarse que compartía su aprensión. Algo andaba mal esta noche. Lord Espíritu había desaparecido y, aunque Galladon les había dicho que no se preocuparan, Matisse presentía que aquello no podía augurar nada bueno.

—¿Qué hacen ahí fuera? —susurró Idotris, bajando la voz a su lado.

Matisse se asomó al exterior, donde muchos de los adultos se habían reunido alrededor de Galladon y estaban dibujando aones en la oscuridad.

—Los aones no funcionan —dijo Idotris. El adolescente debía de ser dos años mayor que Matisse, aunque esos detalles carecían de importancia en Elantris, donde todo el mundo lucía la misma piel tumefacta y agrisada, y los mismos cabellos lacios, cuando no directamente ausentes. Calcular la edad de una víctima de la Shaod no era tarea sencilla.

—Esa no es razón para no practicar su trazo —repuso Matisse—. Están cargados de poder. Ya lo veis.

Había poder en los aones, desde luego. Matisse siempre había sido capaz de sentirlo, rugiendo tras las líneas de luz dibujadas en el aire.

—Menuda pérdida de tiempo —refunfuñó Idotris, cruzándose de brazos.

Matisse sonrió. Ignoraba si Idotris era siempre tan gruñón o si solo se comportaba así cuando trabajaba en el Nido. No parecía hacerle mucha gracia que él, como joven adolescente que era, tuviera que representar el papel de niñera por obligación y no le permitieran alistarse en las filas de soldados de Dashe.

—Quédate aquí. —Matisse salió del Nido y encaminó sus pasos hacia el patio en el que se habían congregado los adultos.

Idotris se limitó a gruñir por toda respuesta, como acostumbraba, mientras se sentaba para controlar que ninguno de los niños se escabullera del dormitorio y saludaba con la cabeza a otros jóvenes, como él, que ya habían terminado de acostar a los pequeños a su cargo.

Matisse recorría las espaciosas calles de Nueva Elantris. La noche era fría, pero eso a ella no le importaba. Ventajas de ser elantrina.

Era una de las pocas que lo veían así. Los demás no consideraban que ser elantrino constituyera ninguna «ventaja», como aseguraba lord Espíritu. Para Matisse, sin embargo, sus palabras tenían sentido. Aunque quizá tuviera algo que ver con su situación. En el exterior había sido una pordiosera; se había pasado la vida sintiéndose dejada de lado e inútil. Dentro de Elantris, en cambio, la necesitaban. Era importante. Los niños seguían su ejemplo, y no se veía obligada a mendigar ni a robar su sustento.

Las cosas pintaban muy feas cuando Dashe la encontró en aquel callejón cubierto de porquería, qué duda cabía. Sin olvidar las heridas. Matisse tenía una en la mejilla, un corte que había recibido al poco de entrar en Elantris. El dolor seguía siendo tan abrasador como el primer día. Sin embargo, era un pequeño precio a pagar. En el palacio de Karata, Matisse había saboreado por primera vez las mieles del saberse útil, una sensación que no había hecho sino intensificarse cuando — junto con el resto de la banda de Karata — se trasladó a Nueva Elantris.

Sin olvidar, por supuesto, que cuando la arrojaron a Elantris había ganado algo más: un padre.

Dashe se dio la vuelta, sonriendo a la luz de la lámpara mientras la veía acercarse. Se había quedado huérfana antes incluso de que la alcanzara la Shaod. Y, al igual que Karata, Dashe era lo más parecido a una figura paterna para todos los niños que encontraban y llevaban al palacio.

Sin embargo, Dashe parecía sentir un cariño especial por Matisse. El adusto guerrero sonreía más en su presencia, y siempre recurría a ella cuando necesitaba hacer algo importante. Un buen día, sin más, Matisse había empezado a llamarlo «padre». Él nunca había manifestado la menor objeción.

Dashe le apoyó una mano en el hombro cuando se reunió con él al borde del patio. Frente a ellos, alrededor de un centenar de personas movían los brazos casi al unísono. Tras ellas, sus dedos dejaban líneas fulgurantes en el aire: las estelas de luz que antaño habían producido la mágica AonDor. Galladon, en pie ante el grupo, impartía instrucciones a voz en cuello con su característico acento duladen.

—Nunca pensé que llegaría a ver el día en que el dula enseñara aones a la gente —dijo en voz baja Dashe, con la otra mano apoyada en la empuñadura de su espada.

«También él está tenso», pensó Matisse, que volvió la mirada hacia él.

—No seas malo, padre. Galladon es un hombre bondadoso.

—Será todo lo bondadoso que quieras —replicó Dashe—, pero de maestro no tiene ni un pelo. Se equivoca más que acierta, con esas líneas.

Matisse se abstuvo de señalar que también a él se le daba bastante mal dibujar los aones. Al observarlo de reojo, no pudo por menos de fijarse en el rictus de desaprobación que le fruncía los labios.

—Estás molesto porque Espíritu todavía no ha regresado.

Dashe asintió con la cabeza.

—Debería estar aquí, con su gente, en vez de persiguiendo a esa mujer.

—Quizá averigüe algo importante en el exterior —replicó con voz queda Matisse—. Algo relacionado con otras naciones y ejércitos.

—El exterior no es de nuestra incumbencia —replicó Dashe. Qué terco podía llegar a ser, en ocasiones.

La mayor parte del tiempo, más bien.

—Bien —celebró Galladon, delante del grupo—. Ese es Aon Daa, el aon del poder. ¿Kolo? Ahora tenemos que practicar la línea del Abismo. No vamos a añadirla a Aon Daa porque no queremos sembrar la calzada de cráteres, ¿verdad? En vez de eso, la practicaremos con Aon Rao, el que no parece hacer nada importante.

Matisse arrugó el entrecejo.

—¿De qué está hablando, padre?

Dashe se encogió de hombros.

—Al parecer, por el motivo que sea, Espíritu cree que los aones podrían funcionar ahora. Que estábamos dibujándolos mal desde el principio o algo por el estilo. Sin embargo, no sé cómo podría haberseles escapado una línea entera por aon a los expertos que los diseñaron.

Matisse se obstinó en su silencio. Dashe era bondadoso y abnegado, pero carecía de talento para la erudición. A ella no le importaba; había sido la espada de Dashe, en parte, lo que había salvado a Nueva Elantris de ser destruida a manos de los salvajes. No había en toda la ciudad un guerrero más diestro que su padre.

Observó con curiosidad mientras Galladon hablaba de aquella nueva línea, tan extraña, que se dibujaba al pie del aon.

«¿Y esto hace que los aones funcionen?», pensó. Como solución, parecía sencilla. ¿Bastaría con algo tan simple?

Se giraron cuando sonó un carraspeo a sus espaldas. Dashe estuvo a punto de desenvainar la espada.

En el aire, tras ellos, había un seon suspendido en el aire. No uno de los que flotaban enloquecidos por toda Elantris, sino cuerdo y resplandeciente, proyectando una luz plena.

—¡Ashe! —exclamó la muchacha, entusiasmada.

—Lady Matisse —replicó la criatura, oscilando en el sitio.

—No soy ninguna dama. Y lo sabes.

—El título me sigue pareciendo apropiado, lady Matisse. Lord Dashe, ¿dónde podría encontrar a lady Karata?

—Está en la biblioteca —respondió el hombre, apartando la mano de su espada.

«¿Biblioteca? —pensó Matisse—. ¿Qué biblioteca?».

—Ah —dijo Ashe, con su característica voz grave—. En tal caso, quizás pueda entregaros a vos mi mensaje, puesto que lord Galladon parece estar ocupado.

—Como deseas.

—Se avecina un nuevo cargamento, mi señor —anunció Ashe—. Lady Sarene quería que lo supierais cuanto antes, puesto que su naturaleza es importante.

—¿Alimentos? —preguntó Matisse.

—No, mi señora. Armas.

Dashe se animó al escucharlo.

—¿De veras?

—Sí, lord Dashe —dijo el seon.

—¿Por qué querría enviarnos algo así? —preguntó Matisse, con el ceño fruncido.

—Mi señora está preocupada —contestó Ashe, bajando la voz—. Las tensiones van en aumento en el exterior, al parecer. Me ha dicho... en fin, quiere que Nueva Elantris esté preparada, por si acaso.

—Reuniré de inmediato a algunos hombres —dijo Dashe— e iré a recoger las armas.

Ashe osciló arriba y abajo, indicando que la idea le parecía excelente. Mientras su padre se alejaba, Matisse observó de reojo al seon. Se le acababa de ocurrir una idea. Quizá...

—Ashe, ¿te importaría acompañarme un momento?

—En absoluto, lady Matisse. ¿En qué puedo ayudaros?

—Se trata de algo muy simple, en realidad —dijo la joven—. Pero creo que nos podría ayudar...

Cuando Ashe hubo concluido su historia, Matisse sonrió para sus adentros mientras observaba la delicada figura de la pequeña Riika, dormida en su catre. Por primera vez en semanas, de la niña emanaba un aura de serenidad.

La llegada de Ashe al Nido había provocado una auténtica commoción entre los chicos que todavía estaban despiertos. Sin embargo, en cuanto empezó a hablar, el presentimiento de Matisse demostró haber sido correcto. La voz del seon, profunda y reverberante, había apaciguado a los niños. Las palabras de Ashe poseían una cadencia que resultaba prodigiosamente tranquilizadora. Escuchar la historia que les había contado el seon había ayudado a conciliar el sueño no solo a Riika, sino también a todos los demás rezagados.

Matisse se levantó, estirando las piernas, e inclinó la cabeza en dirección a la salida. Ashe la siguió, flotando en el aire, y en la puerta principal volvieron a cruzarse con el horaño Idotris. Este estaba tirándole guijarros a una babosa que, de alguna manera, se había colado en Nueva Elantris.

—Lamento haberte robado tanto tiempo, Ashe —musitó Matisse cuando se hubieron alejado lo suficiente como para no despertar a los niños.

—En absoluto, lady Matisse —replicó el seon—. Lady Sarene sabrá apañárselas sin mí durante unos momentos, creo. Además, es agradable volver a narrar historias. Hace tiempo que mi señora dejó de ser una niña.

—¿Tan joven era cuando te entregaron a ella? —preguntó Matisse, con curiosidad.

—Fui su regalo de nacimiento, mi señora —respondió Ashe.

En los labios de Matisse se dibujó una sonrisa soñadora.

—Estoy seguro de que también vos tendréis vuestro propio seon algún día, lady Matisse —dijo Ashe.

La muchacha ladeó la cabeza.

—¿Qué te hace pensar eso?

—Bueno, hubo una época en la que prácticamente ningún elantrino iba a ninguna parte sin su seon. Empiezo a creer que lord Espíritu podría ser capaz de arreglar esta ciudad... a fin de cuentas, arregló la AonDor. Si lo consigue, os buscaremos un seon para vos. Uno llamado Ati, quizá. Ese es vuestro aon, ¿me equivoco?

—En efecto —respondió Matisse—. Significa «esperanza».

—Os sentaría como anillo al dedo, en mi opinión —dijo Ashe—. Y ahora, si mis deberes han finalizado, tal vez debería...

—¡Matisse! —exclamó una voz.

La muchacha hizo una mueca mientras lanzaba una mirada de reojo al Nido, repleto de ocupantes dormidos. Una luz oscilaba en la noche, bajando por una callejuela; el origen del griterío.

—¿Matisse? —preguntó de nuevo la voz.

—¡Chist, Mareshe! —siseó Matisse, cruzando la calle sin hacer ruido para reunirse con el hombre que la llamaba—. ¡Que los niños están durmiendo!

—Oh —dijo Mareshe, vacilante. El altanero elantrino lucía el atuendo estándar de Nueva Elantris, pantalones y camisa de vivos colores, modificado con un par de fajines que, según él, le conferían un toque más «artístico» a su disfraz—. ¿Dónde se ha metido ese padre tuyo? —preguntó, al cabo.

—Está enseñando esgrima a la gente —respondió en voz baja Matisse.

—¿Qué? ¡Pero si es noche cerrada!

Matisse se encogió de hombros.

—Ya conoces a Dashe. Cuando se le mete algo entre ceja y ceja...

—Primero se marcha Galladon sin avisar a nadie —refunfuñó Mareshe —, y ahora a Dashe le da por espantar moscas con la espada en plena noche. Ojalá vuelva pronto lord Espíritu.

—¿Galladon se ha ido? —lo interrumpió Matisse, sorprendida.

Mareshe asintió con la cabeza.

—A veces le da por desaparecer así como así. Y a Karata. Nunca me cuentan dónde han estado. ¡Siempre tan enigmáticos! «Quédate al mando, Mareshe», dicen, y se van a celebrar sus reuniones secretas sin mí. ¡Hay que ver! —Dicho lo cual, el hombre se alejó, llevándose su lámpara con él.

«Estarán en algún lugar secreto», pensó Matisse. «¿La biblioteca que mencionó Dashe?». Observó de reojo a Ashe, que seguía flotando en el aire a su lado. Quizá si le tirase un poco más de la lengua, le diría...

En aquel momento empezaron los gritos.

La algarabía fue tan repentina, tan inesperada, que Matisse se sobresaltó. Giró sobre los talones, intentando ubicar el origen del ruido. Las voces parecían provenir del frente de Nueva Elantris.

—¡Ashe! —exclamó.

—Sin dilación, lady Matisse —dijo el seon, elevándose por los aires con un zumbido, una mota rutilante en la noche.

Los alaridos continuaban. Distantes, vibrantes. Matisse se estremeció mientras daba un involuntario paso atrás. También se oía algo más. El tañido que producían los golpes del metal contra el metal.

Se volvió hacia el Nido. Taid, el adulto que supervisaba las habitaciones, había salido del edificio en camisón. Aun a pesar de la penumbra, Matisse distinguió la preocupación cincelada en su rostro.

—Esperad aquí —dijo el hombre.

—¡No nos dejes solos! —exclamó Idotris, atemorizado, mirando sin parar a su alrededor.

—Volveré —prometió Taid, mientras se alejaba corriendo.

Matisse cruzó la mirada con Idotris. Los demás adolescentes que estaban de guardia, vigilando a los niños, ya se habían retirado a sus hogares para pasar la noche. Solo quedaban Idotris y ella.

—Me voy con él —dijo Idotris, partiendo en pos de Taid.

—Ah, no, de eso ni hablar —lo atajó Matisse, agarrándolo del brazo y tirando de él hacia atrás. A lo lejos, continuaban los gritos. La muchacha lanzó una mirada de soslayo hacia el Nido—. Ve a despertar a los niños.

—¿Qué? —preguntó Idotris, indignado—. ¿Después de lo que nos ha costado conseguir que se duerman?

—Hazlo —le espetó Matisse—. Que se levanten y se pongan los zapatos.

Idotris se resistió un momento, antes de refunfuñar algo ininteligible y adentrarse en la estancia. Instantes después, Matisse le oyó siguiendo sus indicaciones, despertando a los niños. Cruzó la calle corriendo, hasta el edificio de enfrente: un almacén de suministros. Allí encontró dos lámparas de aceite, acero y pedernal.

Se detuvo. «Pero ¿qué estoy haciendo?».

«Ser precavida, eso es todo», se dijo, estremeciéndose mientras proseguían los gritos. Parecían sonar cada vez más cerca. Se apresuró a cruzar la calle de nuevo.

—¡Mi señora! —exclamó la voz de Ashe. Matisse levantó la mirada y vio que el seon descendía hacia ella. Su aon era tan tenue que resultaba prácticamente indistinguible—. Mi señora —repitió el seon, apremiante—. ¡Los soldados han atacado Nueva Elantris!

—¿Cómo? —exhaló la muchacha, consternada.

—Visten de rojo y tienen la altura y el pelo oscuro de los fjordell, mi señora —dijo Ashe—. Hay cientos de ellos. Algunos de vuestros soldados están enfrentándose a ellos en el frente de la ciudad, pero son demasiado pocos. ¡Nueva Elantris ha caído ya! Mi señora, los soldados se dirigen hacia aquí, y están registrando los edificios.

Matisse se quedó sin palabras, desconcertada. «No. No, esto no puede ocurrir. Aquí no. Este lugar es pacífico. Perfecto».

«Escapé del mundo exterior. Aquí he encontrado un hogar. No puede seguirme hasta aquí».

—¡Mi señora! —Ashe parecía aterrado—. Esos gritos... creo... ¡Creo que los soldados están agrediendo a todo el que se cruza en su camino!

«Y se dirigen hacia aquí».

Matisse se quedó inmóvil, con las lámparas aferradas entre sus dedos entumecidos. Así que esto era el final. Después de todo, ¿qué podía hacer? Ella misma era poco más que una niña, una pordiosera sin familia ni techo. ¿Qué podía hacer?

«Cuidar de los niños. Esa es mi misión. El trabajo que me encomendó lord Espíritu».

—Tenemos que sacarlos de aquí —dijo Matisse, corriendo hacia el Nido —. Saben dónde buscar porque despejamos esta sección de Elantris. La ciudad es inmensa; si trasladamos a los niños a la parte más sucia, podremos esconderlos.

—Sí, mi señora.

—¡Ve a buscar a mi padre! Cuéntale lo que vamos a hacer.

Dicho lo cual, entró en el Nido mientras Ashe se alejaba flotando en la noche. Una vez en el interior, vio que Idotris había hecho lo que le pidió; los pequeños, adormilados, estaban empezando a calzarse.

—Daos prisa, niños —los apremió Matisse.

—¿Qué pasa? —preguntó Tiil.

—Tenemos que irnos —informó Matisse al joven alborotador—. Tiil, Teor, necesitaré vuestra ayuda... la vuestra y la de todos los mayores, ¿entendido? Intentad ayudar a los más pequeños. Que no se detengan ni hagan ruido. ¿De acuerdo?

—¿Por qué? —quiso saber Tiil, con el ceño fruncido—. ¿Qué ocurre?

—Es una emergencia —dijo Matisse—. Conformaos con eso.

—¿Quién te ha puesto a ti al mando? —inquirió Teor, plantándose junto a su amigo con los brazos cruzados.

—¿Sabéis quién es mi padre?

Los chicos asintieron con la cabeza.

—¿Sabéis que es soldado?

Asintieron de nuevo.

—Pues bien, eso me convierte a mí también en soldado. Es hereditario. Como él es capitán, yo soy capitana. Y eso significa que os puedo dar órdenes. Pero podéis ser mis subcomandantes, siempre y cuando prometáis hacer cuanto os diga.

Los dos jóvenes se quedaron pensativos.

—Me parece lógico —dijo Tiil, al cabo, asintiendo con la cabeza.

—Bien. ¡Pues en marcha!

Los jóvenes comenzaron a ayudar a los más pequeños mientras Matisse los sacaba por la puerta principal, a las calles en penumbra. Muchos de

ellos, sin embargo, se habían contagiado del pánico que flotaba en el aire y estaban paralizados de miedo.

—¡Matisse! —siseó Idotris, acercándose—. ¿Qué sucede?

—Ashe dice que alguien está atacando Nueva Elantris. —La muchacha se arrodilló junto a las lámparas—. Los soldados están masacrando a todo el mundo.

Idotris enmudeció.

Matisse encendió las lámparas y volvió a ponerse de pie. Como esperaba, los niños —incluso los más pequeños— se dejaron atraer por la luz y la sensación de protección que esta les ofrecía. Cuando le entregó una a Idotris, la claridad le permitió distinguir el pavor que se reflejaba en su rostro.

—¿Qué hacemos? —preguntó él, con voz trémula.

—Correr —respondió Matisse, saliendo de la habitación tan deprisa como se lo permitían las piernas.

Y los niños la siguieron. En vez de quedarse rezagados en la oscuridad, partieron corriendo en pos de la luz, con Tiil y Teor ayudando a los más pequeños mientras Idotris intentaba tranquilizar a los que habían empezado a llorar. A Matisse la preocupaba cargar con la luz, pero no se le ocurría otra alternativa. Así las cosas, bastante complicado era ya evitar que los niños se detuvieran y conseguir que se dejaran conducir por la vía más rápida fuera de Nueva Elantris; la cual era, a su vez, la forma más directa de alejarse de los gritos, que sonaban sobre cogedoramente cerca.

El camino los alejaba también de las secciones más pobladas de la ciudad. Matisse esperaba encontrarse sobre la marcha con alguien que pudiera ayudarlos. Lamentablemente, quienes no habían salido a practicar con los aones estaban con su padre, entrenando con las armas. Los únicos edificios ocupados serían los que Ashe había dicho que estaban siendo atacados. Sus ocupantes...

«Ahora no pienses en eso», pensó Matisse mientras su variopinta pandilla de cincuenta chiquillos llegaba a los límites de Nueva Elantris. Ya casi eran libres. Podrían...

Una voz atronó de repente a sus espaldas, hablando en una lengua desabrida que Matisse no entendía. La muchacha se giró en redondo, mirando sobre las cabezas de los atemorizados pequeños. Un tenue resplandor envolvía el centro de Nueva Elantris. La luz de las llamas.

Se había desatado un incendio.

Allí, enmarcado por aquellas lenguas flamígeras, se erguía un escuadrón compuesto por tres hombres uniformados de rojo. Portaban espadas.

«No se atreverán a matar a los niños», pensó Matisse, cuya mano temblaba mientras sostenía la lámpara.

Reparó entonces en el brillo que iluminaba los ojos de los soldados. Un destello torvo, peligroso. Avanzaron sobre su grupo. Sí, se atreverían a matar a los niños. Mientras estos fueran elantrinos, al menos.

—Corred —dijo Matisse, con voz trémula. Sin embargo, sabía que los pequeños jamás podrían ser más veloces que esos hombres—. ¡Corred! Marchaos y...

De improviso, como si surgiera de la nada, una bola de luz cayó silbando del cielo. Ashe se deslizó entre los hombres, sobrevolando sus cabezas, distrayéndolos. Los soldados maldijeron y enarbolaron sus espadas, furiosos, sin perder de vista al seon.

Por ese motivo, la embestida de Dashe los pilló completamente desprevenidos.

Cargó contra ellos por el flanco, surgiendo de uno de los callejones en sombra de Nueva Elantris. Derribó a uno, centellando su espada, y se volvió hacia los otros dos mientras maldecían, dándole la espalda al seon.

«¡Tenemos que irnos!».

—¡En marcha! —los apremió de nuevo, consiguiendo que Idotris y los demás salieran del estupor que los paralizaba. Los niños huyeron del duelo con espadas, adentrándose en la noche, siguiendo la luz de Idotris. Matisse se quedó cerca de la retaguardia, girándose con preocupación hacia su padre.

Las cosas no pintaban nada bien para él. Era un guerrero excelente, pero a los soldados se habían unido otros dos hombres, y la condición de elantrino de Dashe debilitaba su cuerpo. Matisse se quedó inmóvil, sosteniendo la lámpara con dedos temblorosos, sin saber qué hacer. Los niños se alejaban en la oscuridad a su espalda, en una retirada angustiosamente lenta. Dashe luchaba con valentía, reemplazada su espada herrumbrosa por una de las que debía de haber enviado Sarene. Pese a desviar una estocada tras otra, estaba rodeado.

«¡Debo hacer algo!», pensó Matisse, dando un paso adelante. En aquel preciso momento, Dashe se giró y la muchacha vio los cortes que presentaban su cuerpo y su cara. La expresión de temor que vio en sus ojos hizo que se quedase paralizada de miedo.

—Vete —susurró Dashe, silabeando mudamente, perdida la voz—.
¡Huye!

Uno de los soldados le incrustó la espada en el pecho.

—¡No! —chilló Matisse, pero aquello solo consiguió atraer la atención de los soldados mientras Dashe se desplomaba en el suelo, entre espasmos, abrumado por el dolor.

Los soldados miraron a Matisse y encaminaron sus pasos hacia ella. Dashe había abatido a varios de ellos, pero todavía quedaban tres en pie.

Matisse no podía moverse.

—¡Por favor, mi señora! —exclamó Ashe, descendiendo junto a ella, oscilando con nerviosismo—. ¡Tenéis que correr!

«Padre ha muerto. No, peor que eso... Ahora era un hoed». Matisse sacudió la cabeza, obligándose a permanecer alerta. Había visto tragedias de sobra cuando mendigaba en las calles. Podía sobreponerse a esto. Tenía que hacerlo.

Estos hombres encontrarían a los niños. Los pequeños eran demasiado lentos. A menos que... Contempló al seon que flotaba a su lado, fijándose en el aon que resplandecía en su centro. Significaba «luz».

—Ashe —musitó con apremio mientras los soldados continuaban aproximándose—. Adelántate y busca a Idotris. ¡Dile que apague la lámpara y condúcelo con los demás a un lugar seguro!

—¿Un lugar seguro? —replicó Ashe—. No se me ocurre ninguno.

—La biblioteca de la que me hablaste —dijo Matisse, esforzándose por pensar tan deprisa como le era posible—. ¿Dónde está?

—Justo al norte desde aquí, mi señora. En una cámara oculta, bajo un edificio achaparrado. Luce la marca de Aon Rao.

—Galladon y Karata están allí. Lleva a los niños con ellos, Karata sabrá qué hacer.

—Sí —dijo Ashe—. Sí, eso suena muy bien.

—Acuérdate de la lámpara —insistió Matisse mientras el seon se alejaba volando. Se giró para enfrentarse al avance de los soldados y, pese al temblor de su mano, levantó un dedo y empezó a dibujar.

Se produjo un estallido de luz en el aire, siguiendo la estela de su dedo. Se obligó a permanecer inmóvil, a completar el aon pese al miedo que la

atenazaba. Los soldados se detuvieron al verla, hasta que uno de ellos dijo algo en un idioma gutural que Matisse dedujo que debía de ser fjordell. Reanudaron su avance sobre ella.

Matisse terminó su trazo: Aon Ashe, el mismo que había dentro de su amigo Seon. Pero el aon, por supuesto, no hizo nada. Se quedó flotando en el sitio, sin más, como ocurría siempre. Los soldados se acercaron y lo atravesaron directamente, sin inmutarse.

«Espero que esto funcione», pensó Matisse, que situó el dedo en el punto descrito por Galladon y dibujó la línea final.

De inmediato, el aon, Aon Ashe, comenzó a reflejarse con una potente luz que bañó el rostro de los soldados. Estos prorrumpieron en maldiciones cuando el inesperado destello les lastimó los ojos, gritaron y trastabillaron de espaldas. Matisse se agachó para recoger la lámpara y salió corriendo.

Los soldados empezaron a seguirla, entre voces airadas. Y, al igual que los niños antes que ella, buscaron la luz: su luz. Idotris y los demás no estaban tan lejos —Matisse podía distinguir sus sombras fluctuando todavía en la noche—, pero los soldados se habían quedado demasiado deslumbrados como para reparar en un movimiento tan sutil, e Idotris había apagado su luz. La lámpara de la muchacha era el único punto de referencia para los invasores.

Matisse los condujo lejos de allí, adentrándose en la penumbra, sosteniendo su lámpara con dedos temblorosos. Aún podía oírlos, persiguiéndola, cuando entró en Nueva Elantris propiamente dicha. El limpio empedrado de Nueva Elantris se vio reemplazado por la mugre y la oscuridad, y Matisse hubo de aminorar la marcha, so pena de resbalar o tropezar con algo.

Se apresuró cuanto pudo, de todas maneras, doblando esquinas en un intento por conservar la ventaja sobre sus perseguidores. Se sentía tan débil... Correr era una actividad complicada para los elantrinos. Carecía de la fuerza necesaria para ganar auténtica velocidad. La fatiga que pesaba en su interior comenzaba a volverse insoportable, pero los sonidos de la persecución habían cesado a su espalda. Quizás...

Dobló un nuevo recodo y se topó de bruces con una pareja de soldados, de pie en la noche. Se detuvo, conmocionada, miró a los hombres y los reconoció de antes.

«Son soldados profesionales», pensó. «Por supuesto que saben cómo rodear al adversario y cortarles cualquier vía de escape». Giró sobre los talones, dispuesta a huir, pero uno de los hombres la agarró del brazo, riéndose y diciendo algo en fjordell.

Matisse dio un grito y soltó la lámpara. El soldado se tambaleó, pero la retuvo con firmeza.

«¡Piensa!», se dijo Matisse. «Solo tienes un momento». Sus pies resbalaron en la mugre. Tras un instante de pausa, se dejó caer y descargó una patada contra la pierna de su captor.

Contaba con una ventaja: ella había vivido en Elantris. Sabía cómo desenvolverse en aquel entorno viscoso y resbaladizo. Al contrario que estos soldados. Su maniobra le dio la razón; el soldado perdió el equilibrio al instante, tropezando con su compañero y desplomándose de espaldas sobre los adoquines resbaladizos mientras soltaba a Matisse.

Esta se reincorporó con dificultad, sucio ahora su atuendo de vivos colores con la mugre de Elantris. Sintió un estallido de dolor en la pierna: se había torcido el tobillo. Siempre había tenido cuidado de evitar cualquier lesión grave, pero este dolor era muy superior a cualquier daño que se hubiera hecho nunca, más incluso que el corte en la mejilla. La agonía que aullaba en su pierna era insoportable y no remitía, sino que se perpetuaba en su intensidad. Y las heridas de un elantrino nunca sanaban.

Se obligó a alejarse renqueando, a pesar de todo. Se movía sin pensar, deseando únicamente escapar de los soldados. Matisse los oyó incorporarse entre maldiciones, pero no se detuvo, pese a su incipiente cojera. Solo al ver el resplandor de Nueva Elantris ardiendo ante ella comprendió que estaba avanzando en círculos. Había regresado al punto de partida.

Se quedó inmóvil. Allí estaba Dashe, inerme sobre el empedrado. Corrió hacia él, sin importarle ya la persecución. Su padre yacía empalado aún en la espada, y podía oír que estaba murmurando algo.

—Corre, Matisse. Ponte a salvo... —El mantra de un hoed.

Matisse cayó de rodillas. Había puesto a salvo a los niños. Con eso bastaba. Se giró al oír un ruido a su espalda, y se dio la vuelta para ver cómo se acercaba un soldado. Su compañero debía de haberse ido en otra dirección. Pero este hombre estaba manchado de mugre y la muchacha lo reconoció. Era el que había recibido su patada.

«¡Cómo me duele la pierna!», pensó. Se dio la vuelta, sosteniendo el cuerpo inmóvil de Dashe, demasiado cansada y quejosa como para avanzar ni un paso más.

El soldado la agarró por el hombro y tiró de ella para apartarla del cadáver de su padre. Cuando la obligó a girarse, el gesto despertó nuevas punzadas de dolor en los brazos de Matisse.

—Dime —ordenó el hombre, con un fuerte acento—. Dime adónde han ido los otros niños.

Matisse se debatió en vano.

—¡No lo sé! —respondió, aunque no era cierto. Se lo había dicho Ashe. «¿Por qué tuve que preguntarle dónde estaba la biblioteca?», se recriminó para sus adentros. «Si ignorase su paradero, nadie podría sonsacármelo!».

—Dime —insistió el hombre, reteniéndola con una mano mientras buscaba el cuchillo de su cinturón con la otra—. Dímelo o te haré daño. Mucho daño.

Matisse persistió en sus forcejeos, sin éxito. Si sus ojos elantrinos pudieran formar lágrimas, ahora estaría llorando. Como si quisiera subrayar sus palabras, el soldado esgrimió el cuchillo ante ella. Matisse no se había sentido tan aterrorizada en toda su vida.

Fue entonces cuando el suelo comenzó a estremecerse.

El horizonte había empezado a brillar con la promesa del amanecer, pero aquella claridad quedó eclipsada por un inesperado estallido de luz procedente de la periferia de la ciudad. El soldado se detuvo y elevó el rostro hacia el firmamento.

Matisse sintió calor de repente.

Hasta ese momento no se había percatado de lo mucho que extrañaba esa sensación, hasta qué punto se había acostumbrado al rancio helor de su cuerpo elantrino. Ahora, no obstante, era como si la calidez fluyera por todo su cuerpo, como si alguien le hubiera inyectado un líquido abrasador en las venas. La sensación, tan bella y asombrosa, le cortó la respiración.

Algo iba bien. Algo iba extraña y prodigiosamente bien.

El soldado se volvió hacia ella de repente. Ladeó la cabeza, extendió una mano y deslizó un dedo áspero por su mejilla, lastimada hacía ya tanto tiempo.

—¿Sanada? —musitó, desconcertado.

Matisse se sentía de maravilla. Sentía... ¡su corazón!

El hombre, perplejo, levantó de nuevo el cuchillo.

—Te has curado —dijo—, pero puedo hacerte daño otra vez.

Matisse se sentía revitalizada, pero seguía siendo una muchacha, y él, un soldado adiestrado. Reanudó sus forcejeos mientras su mente intentaba asimilar el hecho de que su piel hubiera cambiado las manchas que antes la jaspeaban por un tinte plateado. ¡Estaba ocurriendo! ¡Tal y como Ashe había predicho! ¡Elantris iba a volver!

Mientras que ella, sin embargo, iba a morir. ¡Qué injusticia! Gritó de frustración mientras intentaba zafarse. Aquello era el culmen de la ironía. La ciudad había comenzado a sanar, pero eso no impediría que este hombre espantoso la...

—Me parece que has pasado algo por alto, amigo —sonó de improviso una voz.

El soldado se quedó petrificado.

—Si la luz la ha regenerado a ella —dijo la voz—, eso significa que conmigo ha hecho lo mismo.

El soldado profirió un alarido de dolor, soltó a Matisse y se cayó al suelo. La muchacha retrocedió mientras su temible agresor se desplomaba, y por fin pudo ver quién se erguía tras él: su padre, iluminado por un resplandor interior, eliminada de su cuerpo hasta la última mácula. Semejaba un dios, argénteo y espectacular.

Su atuendo presentaba aún el desgarro de la herida que había sufrido, pero la piel se había restañado. En su mano, empuñaba la misma espada con la que lo habían ensartado hacía apenas unos momentos.

Matisse corrió a su encuentro, llorando —¡al fin podía volver a llorar!—, y lo abrazó con todas sus fuerzas.

—¿Dónde están los demás niños, Matisse? —preguntó él, preocupado.

—He cuidado de ellos, padre —susurró la muchacha—. Todo el mundo tiene un trabajo, y ese es el mío. Cuidar de los niños.

—Interesante —dijo Raoden—. ¿Y qué fue de los pequeños?

—Los conduje a la biblioteca —respondió Ashe—. Galladon y Karata ya se habían ido... debimos de cruzarnos sin vernos cuando regresaban corriendo a Nueva Elantris. Oculté a los niños en el interior de la biblioteca y me quedé con ellos para tranquilizarlos. Me angustiaba lo que estaba pasando en el corazón de la ciudad, pero aquellas pobres criaturas...

—Lo entiendo —dijo Raoden—. Y Matisse... la hijita de Dashe. Ignoraba por lo que había tenido que pasar.

Sonrió. Había entregado dos seones a Dashe (ambos carentes de dueños, por haber muerto estos, y sin nadie a quien servir tras recuperar el juicio cuando se restauró Elantris), como agradecimiento por los servicios prestados en Nueva Elantris. Dashe le había dado uno a su hija.

—¿Con qué seon acabó? —preguntó Raoden—. ¿Ati?

—No —respondió Ashe—. Creo que fue Aeo.

—Igualmente apropiado —dijo Raoden, sonriendo y poniéndose en pie mientras se abría la puerta. Lo primero que la cruzó fue el vientre en cinta de su esposa, la reina Sarene.

—Opino lo mismo —convino Ashe, deslizándose por los aires hacia Sarene.

Aeo. Significaba bravura.

Nota final

Este relato corto tiene una historia bastante interesante.

Si retrocediéramos a enero de 2006, me encontraríais saliendo con Emily, que más adelante se casaría conmigo, desde unos dos meses antes. En una cita, Emily me contó algo extraordinario. Una alumna suya de octavo curso, una chica llamada Matisse, había escrito un comentario de texto sobre *Elantris*. Matisse no sabía que su profesora salía conmigo. Ni siquiera sabía que Emily me conocía. Fue solo una coincidencia estrambótica.

El trabajo que redactó era increíble. En lugar de un mero comentario de texto, había creado un «libro de mundo» sobre Sel. Tenía bocetos y biografías de los personajes, tiras de tela elantrina grapadas a modo de ejemplo y bolsillitos llenos de materiales extraídos del libro. Emily me lo enseñó y me dejó impresionado del todo. En aquellos tiempos, para mí aún era toda una novedad ser un autor publicado, y ver el esfuerzo que había puesto Matisse en su trabajo para clase fue uno de los momentos más impactantes de mi carrera temprana.

Quería hacer algo especial para dar las gracias a Matisse, que aún no sabía que su profesora estaba saliendo con uno de sus escritores favoritos. Decidí escribir un relato corto de acompañamiento a *Elantris*.

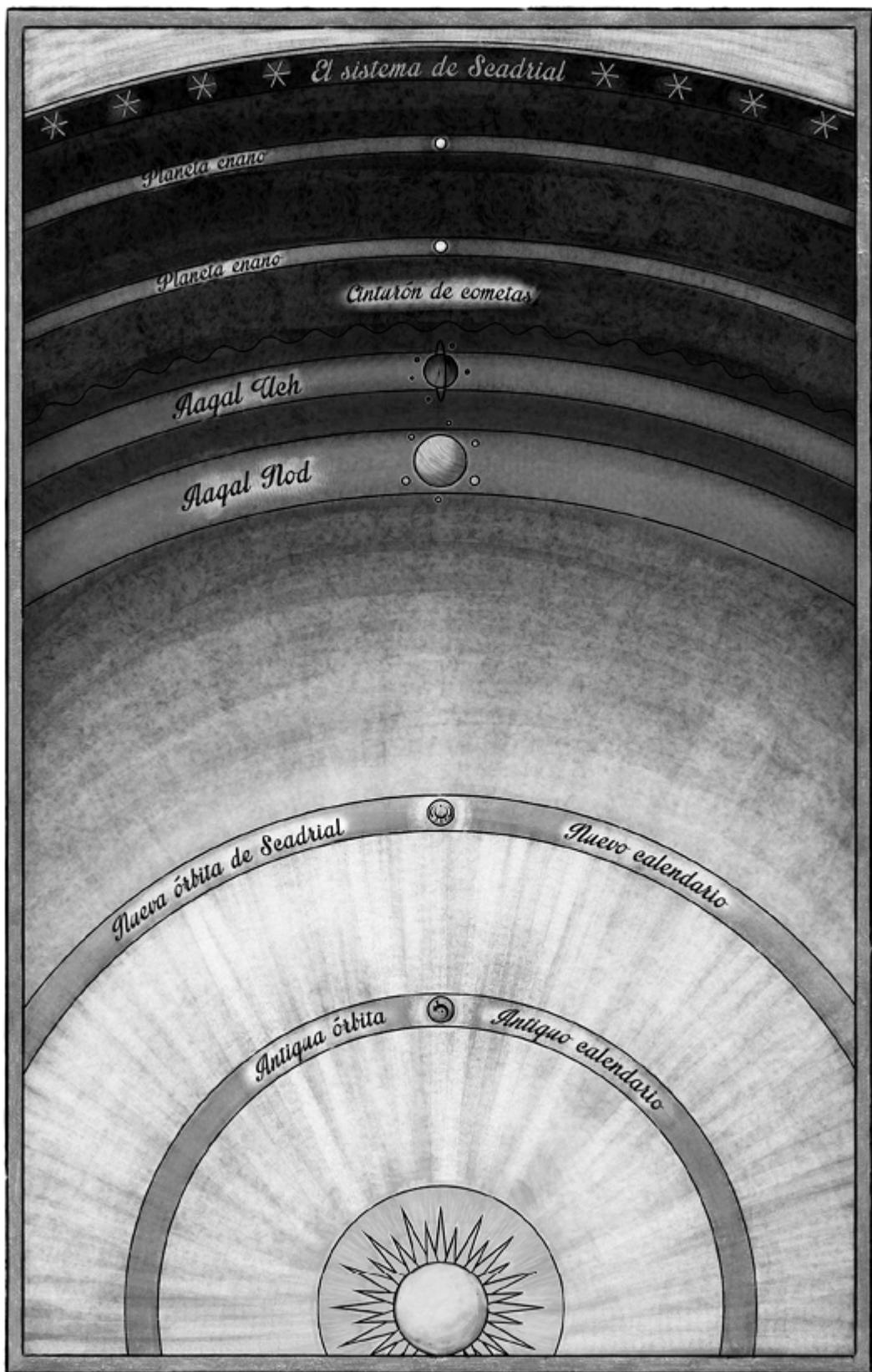
En toda novela hay acontecimientos que se terminan recortando por motivos de ritmo. Yo sabía lo que estaba ocurriendo en la ciudad de Elantris cuando se produjo el ataque de los dakhor. En el fondo de mi mente, también sabía que a los niños los salvaron y los protegieron Dashe y el seon Ashe. No quería que cayeran como los demás: Karata se había esforzado mucho en protegerlos, e impedir que los niños tuvieran que sufrir durante la matanza de Nueva Elantris fue mi regalo para ella.

Decidí escribir un relato breve que tratara de todo ello. Y como Matisse me había inspirado, puse su nombre a un personaje. La Matisse de esta historia no se comporta como la auténtica Matisse. A la de verdad no la conocía, nunca había hablado con ella. Ahora sí hemos hablado ya unas cuantas veces, porque en ocasiones viene a mis firmas de libros. Incluso nos regaló su trabajo original sobre *Elantris* para nuestra boda.

Al volver la vista atrás hacia este relato, creo que quizá peque un poco de sentimentalismo. Espero que no resulte demasiado melodramático, aunque leído fuera del contexto de la novela *Elantris* quizá sí lo sea. Pero respecto a la historia en sí, estoy bastante satisfecho con ella.

El sistema de Scadrial





La parte interior de este sistema está vacía a grandes rasgos salvo por el planeta Scadrial, lo cual es una suerte teniendo en cuenta los enormes cambios que ha sufrido el sistema por la influencia de sus Esquirlas.

El rasgo más destacable de Scadrial es lo bien que ha florecido la humanidad allí, a pesar de estos sucesivos cataclismos. Sin duda otros planetas del Cosmere han visto desastres peores, pero en ninguno de ellos puede encontrarse una sociedad próspera y tecnológicamente avanzada como la que existe en Scadrial.

De hecho, estoy segura de que, sin la represión de la tecnología que mantuvo el lord Legislador durante mil años, Scadrial habría eclipsado a todos los demás mundos en conocimiento científico y progreso y por su propia cuenta, sin la interacción entre sociedades de la que gozamos en Luzdeplata.

Scadrial, otro planeta biesquirlado, se caracteriza por una multitud de rasgos exclusivos. Es uno de los dos únicos lugares en todo el Cosmere donde la humanidad no antecede a la llegada de Esquirlas. Es más, mis estudios me han convencido de que el planeta en sí no existía antes de que sus Esquirlas, Ruina y Conservación, llegaran al sistema. Eligieron una estrella sin planetas relevantes en órbita, un espacio que estuviera vacío para poder colocar allí lo que desearan.

Sí, es evidente que las Esquirlas emplearon a los humanos de Yolen —de hecho, los Recipientes de ambas Esquirlas eran humanos antes de sus respectivas Ascensiones— como modelo para crear la vida. En consecuencia, la flora y la fauna de Scadrial son muy parecidas a las que pueden hallarse en Yolen, por supuesto salvo en las tierras fain. El planeta también es muy similar a Yolen en tamaño y gravedad, ambos exactamente en el estándar del Cosmere.

Aunque las Esquirlas crearon juntas este planeta, enseguida se convirtió en el símbolo y el premio de su conflicto. Hablar de las personalidades de los Recipientes en sí no entra en mi campo de especialización; para eso, sería mejor consultar a algún colega mío experto en biografía e historia pre-Fragmentación en lugar de a una arcanista. Sí puedo afirmar, de todos modos, que su conflicto se manifiesta directamente en las formas en que se emplea la Investidura en Scadrial.

Se trata de una magia poderosa, mediante la que los seres humanos a menudo pueden acceder a enormes fogonazos de fuerza. Desafiaría a cualquiera a encontrar otro planeta, con la única salvedad de Roshar, donde pueda hallarse tal fuerza de Investidura con tanta frecuencia en manos de los mortales. A intervalos periódicos a lo largo de la historia de Scadrial, un hombre o mujer obtuvo acceso a inmensas cantidades de poder, con efectos increíbles. La prueba más evidente de esto es el hecho de que en las cartas estelares que con tanta amabilidad me ha proporcionado Guyn figuran dos órbitas para Scadrial. En varios momentos el planeta se desplazó, literalmente, por obra de individuos

que blandían gigantescas cantidades de Investidura. (Como efecto secundario, esto complicó muchísimo los intentos de comprender los calendarios históricos del planeta).

He escrito mucho sobre las magias presentes en este planeta. Sin duda, podría dedicar volúmenes enteros a mis ideas sobre la alomancia, la feruquimia y la hemalurgia. Afirmao, sin embargo, que de todas ellas es la hemalurgia la que mayor impacto potencial tiene sobre el Cosmere como un todo. Puede emplearla cualquiera que disponga de los conocimientos adecuados, y se trata de una peligrosa creación que se ha demostrado capaz de retorcer las almas, sin importar planeta ni Investidura, creando Conexiones falsas que ninguna Esquirla planeó ni pretendió.

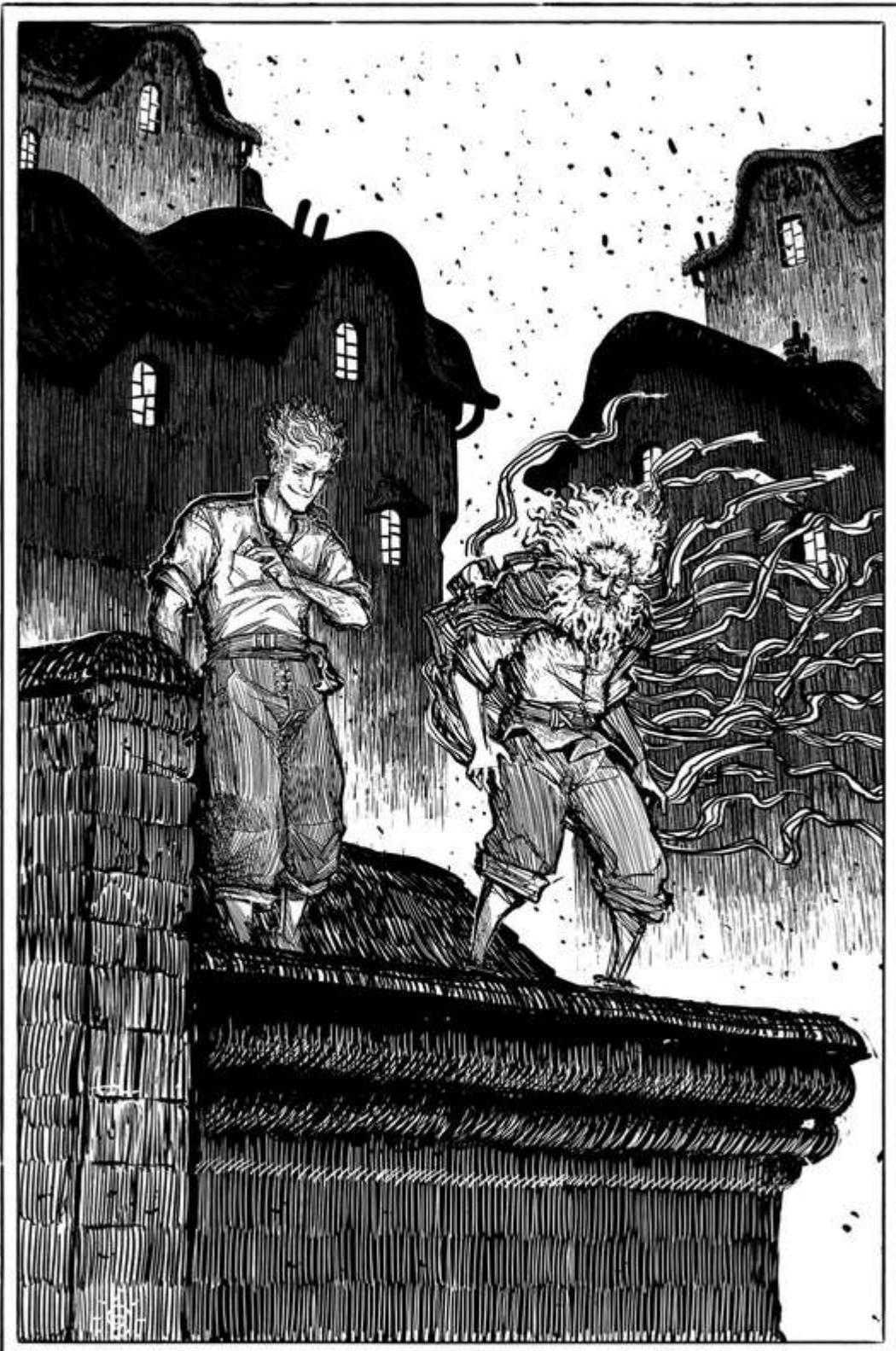
Aunque el sistema solar es más bien aburrido, el planeta Scadrial se empecina en resultar intrigante una y otra vez, y eso a pesar de que antes los humanos vivían solo en una porción relativamente pequeña de él. (Situación que empezó a cambiar cuando se eliminó el entorno extremo del Imperio Final).

Por motivos que van desde las adaptaciones, obligadas o no, de los humanos que viven en él hasta las enormes transformaciones del territorio en sus distintas eras, Scadrial sigue siendo mi planeta preferido como objeto de estudio en el Cosmere. Las interacciones de sus magias con la física natural son muchas, variadas y fascinantes.

El undécimo metal



Esta historia puede leerse antes de la trilogía
original de «Nacidos de la bruma».





Kelsier sostenía el papelito aleteante entre dos dedos. El viento lo zarandeaba y amenazaba con rasgarlo, pero Kelsier no lo soltó. La ilustración estaba mal.

Había intentado al menos un par de docenas de veces dibujarla bien, reproducir la imagen que ella siempre había llevado encima. El original estaba destruido, lo sabía con certeza. No tenía nada que le recordara a ella, nada mediante lo que recordarla. De modo que Kelsier intentaba, sin mucho éxito, reconstruir la imagen que ella había atesorado.

Una flor, así la habían llamado. Un mito, una historia. Un sueño.

—Tienes que dejar de hacer eso —gruñó su compañero—. Debería impedirte que dibujaras esas cosas.

—Inténtalo —dijo Kelsier con suavidad, doblando el papelito entre sus dos dedos para guardárselo en el bolsillo de la camisa. Lo intentaría de nuevo más tarde. Los pétalos tenían que parecerse más a lágrimas.

Kelsier contempló a Gemmel con ojos tranquilos y sonrió. La sonrisa le pareció forzada. ¿Cómo podía sonreír en un mundo donde no estaba ella?

Kelsier siguió sonriendo. Lo haría hasta que le resultara natural. Hasta que ese entumecimiento que le hacía un nudo en las entrañas empezara a desmadejarse y le permitiera comenzar a sentir de nuevo. Si es que era posible.

«Lo es. Por favor, que lo sea».

—Dibujar esas cosas te hace pensar en el pasado —espetó Gemmel. El hombre, envejecido, tenía una barba raída y entrecana, y el pelo tan revuelto que en realidad parecía mejor peinado cuando lo azotaba el viento.

—Así es —dijo Kelsier—. No voy a olvidarla.

—Te traicionó. Pasa página.

Gummel no esperó a ver si Kelsier continuaba discutiendo. Se marchó. A menudo dejaba las discusiones a medias.

Kelsier no cerró los párpados con fuerza como quería hacer. No chilló un desafío al día moribundo como quería hacer. Reprimió los pensamientos sobre la traición de Mare. Nunca debería haber explicado sus preocupaciones a Gummel.

Pero lo había hecho. En fin.

Kelsier ensanchó la sonrisa. Le costó.

Gummel giró la cabeza hacia atrás y le lanzó una mirada.

—Das un poco de miedo cuando haces eso.

—Eso es porque tú no has tenido una sonrisa de verdad en toda la vida, viejo montón de ceniza —dijo Kelsier mientras se ponía al lado de Gummel junto al bajo antepecho del tejado.

Contemplaron la sombría ciudad de Mantiz, casi ahogada en ceniza. La gente de allí, del lejano norte del Dominio Occidental, no la limpiaba tan bien como en Luthadel.

Kelsier había dado por hecho que habría menos ceniza allí fuera. Solo había un monte de ceniza cerca, estando tan alejados. Y era cierto que parecía que la ceniza caía con algo menos de frecuencia. Pero el hecho de que nadie se organizara para retirarla hacía que diera la sensación de haber mucha más.

Kelsier rodeó con los dedos la albardilla del antepecho. Nunca le había gustado aquella parte del Dominio Occidental. Los edificios parecían fundidos. No, no era la palabra exacta. Eran demasiado redondos, sin esquinas, y rara vez eran simétricos: un lado del edificio podía ser más alto y otro más bajo y peor terminado.

Aun así, la ceniza le resultaba familiar. Cubría los edificios de allí igual que los de todas partes, confiriendo a todo el paisaje un tono uniforme de negro y gris. Había capas de ella recubriendo las calles, adheridas a las tejas de los edificios, amontonadas en los callejones. La ceniza procedente de los Montes de ceniza se parecía al hollín, mucho más oscura que la de una hoguera normal y corriente.

—¿Cuál? —preguntó Kelsier, paseando la mirada entre los cuatro enormes torreones que sobresalían entre los edificios de la ciudad. Mantiz era una localidad grande para tratarse de aquel dominio, aunque por supuesto no hacía la menor sombra a Luthadel. No había otra ciudad como Luthadel. Pero aun así, aquella era respetable.

—El Torreón de Shezler —dijo Gemmel, señalando una construcción alta y fina cerca del centro de la ciudad.

Kelsier asintió con la cabeza.

—Shezler. Puedo colarme en él sin problemas. Necesitaré un disfraz, quizá ropa buena y algunas joyas. Tendremos que buscar un sitio donde pueda empeñar una cuenta de atium y a un sastre que sepa tener la boca cerrada.

Gummel dio un bufido.

—Tengo acento de Luthadel —prosiguió Kelsier—. Por lo que he oído antes en la calle, lord Shezler está enamorado por completo de la nobleza de Luthadel. Se le caerá la baba si alguien se presenta allí del modo correcto, porque quiere relacionarse con la sociedad más cercana a la capital. Podría...

—No estás pensando como un alomante —lo interrumpió Gemmel con aspereza.

—Usaré la alomancia emocional —dijo Kelsier—. Lo convertiré en mi...

De pronto, Gemmel rugió, volviéndose hacia Kelsier, moviéndose demasiado rápido. El hombre desaliñado se abalanzó sobre Kelsier, lo asíó por la camisa y lo derribó, haciendo temblar las tejas.

—¡Eres un nacido de la bruma, no un placador callejero que cobra recortes por su trabajo! ¿Quieres que vuelvan a capturarte? ¿Quieres que te apresen sus esbirros y te devuelvan al lugar al que perteneces? ¿Eso es lo que quieres?

Kelsier devolvió a Gemmel una mirada furibunda mientras la bruma empezaba a espesarse en el aire que los rodeaba. A veces Gemmel parecía más bestia que hombre. Empezó a murmurar para sí mismo, como hablando con un amigo al que Kelsier no podía ver ni oír.

Gummel se inclinó hacia él sin dejar de murmurar, su aliento acre e intenso, sus ojos abiertos y frenéticos. Aquel hombre no estaba cuerdo del todo. No. Decirlo así era quedarse muy corto. A aquel hombre solo le quedaba una brizna de cordura, e incluso esa brizna empezaba a deshilacharse.

Pero era el único nacido de la bruma al que conocía Kelsier, y estaba decidido a aprender de él, maldita sea. Era eso o empezar a recibir lecciones de algún noble.

—Y ahora, escucha —dijo Gemmel, casi en tono de súplica—. Escúchame aunque sea una vez. Estoy aquí para enseñarte a luchar, no a hablar. Eso ya sabes hacerlo. No hemos venido para que puedas

entrar paseando, haciéndote pasar por noble como solías en los viejos tiempos. No dejaré que te salgas con la tuya a base de labia, tenlo claro. Eres nacido de la bruma. Lucharás.

—Usaré cualquier herramienta que tenga a mi disposición.

—¡Lucharás! ¿Quieres ser débil otra vez?, ¿permitir que te capturen otra vez?

Kelsier se quedó callado.

—¿Quieres vengarte de ellos o no?

—Sí —gruñó Kelsier. En su interior se movió algo inmenso y oscuro, una bestia que habían despertado las pullas de Gemmel. Se abrió paso incluso a través del entumecimiento.

—Quieres matar, ¿verdad? ¿Por lo que os hicieron a ti y a los tuyos? ¿Por arrebatártela? Dime, chico.

—¡Sí! —bramó Kelsier, avivando sus metales y apartando a Gemmel de un empujón.

Recuerdos. Un agujero oscuro rodeado de cristales afilados como cuchillas. Los sollozos de ella al morir. Los sollozos de él mientras lo resquebrajaban. Mientras lo derribaban. Mientras lo destrozaban.

Sus chillidos mientras se rehacía.

—Sí —dijo, poniéndose de pie con el peltre ardiendo en su interior. Se obligó a sonreír—. Sí, me cobraré mi venganza, Gemmel. Pero será a mi manera.

—¿Y qué manera es esa?

Kelsier se quedó sin palabras.

Era algo a lo que no estaba acostumbrado. Antes siempre había tenido un plan. Planes apoyados en otros planes. Pero sin ella, sin nada se había apagado la chispa, la chispa que siempre lo había movido a aspirar a lo que otros consideraban imposible. La chispa que lo había llevado de plan en plan, de golpe en golpe, de tesoro en tesoro.

Había desaparecido, reemplazada por aquel nudo de entumecimiento. Lo único que sentía últimamente era rabia, y esa rabia no podía guiarlo.

No sabía qué hacer. Odiaba la sensación. Siempre había sabido qué hacer. «Pero ahora...».

Gummel bufó.

—Cuando haya terminado contigo, podrás matar a cien hombres con una sola moneda. Podrás tirar de la espada de un hombre, arrancársela de entre los dedos y usarla para acabar con él. Podrás aplastar a hombres dentro de sus armaduras, y podrás segar el aire como las mismas brumas. Serás un dios. Ya perderás el tiempo con la alomancia emocional cuando hayamos terminado. De momento, matarás.

El barbudo regresó al antepecho y miró ceñudo el torreón. Kelsier refrenó su ira poco a poco, mientras se frotaba el pecho donde había recibido el golpe que lo había derribado. Y entonces se le ocurrió algo extraño.

—¿Cómo sabes lo que solía hacer yo en los viejos tiempos, Gemmel? —susurró Kelsier—. ¿Quién eres?

Las lámparas y candilejas iluminaban la noche con un brillo que huía de las ventanas hacia las volutas de bruma. Gemmel se agachó frente al antepecho, susurrando para sí mismo de nuevo. Si había oído la pregunta de Kelsier, no le hizo caso.

—Deberías estar quemando tus metales —dijo Gemmel mientras Kelsier se acercaba.

Kelsier contuvo un comentario sobre no querer desperdiciarlos. Ya había explicado a Gemmel que, como niño skaa, había aprendido a ser muy cuidadoso con los recursos. Gemmel se había echado a reír. En aquel momento, Kelsier había creído que la risa se debía a la naturaleza errática de Gemmel.

Pero... ¿sería porque conocía la verdad? ¿Sabía que Kelsier no se había criado como un pobre skaa, en la calle? ¿Que él y su hermano habían tenido unas vidas privilegiadas?, ¿que su naturaleza mestiza se había ocultado a la sociedad?

Odiaba a la nobleza, eso era cierto. Sus bailes y sus fiestas, su remilgado orgullo, su superioridad. Pero no podía negar, al menos no para sus adentros, que su lugar estaba con ellos. Por lo menos, en la misma medida en que estaba con los skaa de las calles.

—¿Y bien? —dijo Gemmel.

Kelsier encendió algunos metales en su interior, haciendo arder varias de las ocho reservas de metal que albergaba. Había oído a alomantes hablar a veces de esas reservas, pero nunca había esperado sentir las él mismo. Eran como pozos de los que podía extraer energía.

Quemar metales en su interior. Sonaba rarísimo, pero la sensación era absolutamente natural. Tan natural como inhalar aire y extraer fuerza de él. Cada una de esas ocho reservas lo mejoraba de algún modo.

—Las ocho —ordenó Gemmel—. Todas.

Seguro que estaba quemando bronce para poder sentir lo que quemaba Kelsier.

Kelsier solo había quemado los cuatro metales físicos. A regañadientes, encendió los otros. Gemmel asintió. Dado que Kelsier estaba quemando cobre, todo rastro de su alomancia habría quedado oculto para el otro hombre. El cobre, qué metal tan útil. Ocultaba a quien lo quemara de otros alomantes y lo volvía inmune a su alomancia emocional.

Había quienes hablaban del cobre con desprecio. No servía para pelear ni para alterar nada. Pero Kelsier siempre había enviado a su amigo Trampa, que era un brumoso de cobre. Era muy conveniente saber que las emociones que se sentían no eran el resultado de una manipulación externa.

Por supuesto, haciendo arder el cobre, Kelsier se veía obligado a reconocer que todo lo que sentía, el dolor, la ira, incluso el entumecimiento, era suyo y solo suyo.

—Vamos —dijo Gemmel, y saltó a la noche.

La bruma casi estaba formada del todo. Llegaba cada noche, a veces densa, a veces tenue. Pero siempre llegaba. La bruma fluía como centenares de arroyos amontonados uno encima del otro. Cambiaban y giraban, cada vez más densos, más vivos que una niebla ordinaria.

A Kelsier siempre le había gustado la bruma, por motivos que no habría sabido explicar. Marsh afirmaba que era porque todos los demás la temían y Kelsier era demasiado arrogante para hacer lo que todo el mundo. Por supuesto, Marsh nunca había parecido temerla tampoco. Los dos hermanos sentían algo, una comprensión, una conciencia. La bruma consideraba a algunos individuos como propios.

Kelsier saltó desde el tejado bajo, quemando peltre para reforzar su cuerpo y aterrizar bien. Luego siguió a Gemmel por los duros adoquines, corriendo descalzo. El estaño ardía en su estómago, poniéndolo más alerta y agudizando sus sentidos. La bruma parecía más húmeda, el cosquilleante rocío, más fresco en su piel. Oía las ratas correteando en callejones lejanos, los perros aullando, un hombre roncando con suavidad en un edificio cercano. Mil sonidos que resultarían inaudibles a oídos de una persona normal. A veces, cuando quemaba estaño, el mundo se le hacía una cacofonía. No podía quemarlo con demasiada intensidad, o los ruidos se convertían en una distracción. Solo lo justo para ver mejor. El estaño también hacía que la bruma pareciera más tenue a sus ojos, aunque no sabía por qué.

Siguió la silueta sombría de Gemmel hasta que llegaron al muro que rodeaba el Torreón de Shezler y apoyaron en él las espaldas. En lo alto de ese muro, los guardias se llamaban entre sí en plena noche.

Gummel asintió con la cabeza y dejó caer una moneda. Un segundo más tarde, el escuálido hombre con barba se elevó por los aires. Llevaba un manto de bruma, una capa de color gris oscuro que se dividía en múltiples tiras desde el pecho hacia abajo. Kelsier le había pedido una igual. Gemmel se había reído de él.

Kelsier llegó hasta la moneda caída. La bruma cercana se hundía y giraba como si estuviera compuesta de insectos que vuelan hacia una llama, como siempre hacía alrededor de los alomantes cuando quemaban metales. Había visto cómo le pasaba a Marsh.

Kelsier se arrodilló al lado de la moneda. En su visión, una tenue línea azul, casi como la seda de una araña, se extendía desde su pecho hasta la moneda. En realidad, cientos de líneas diminutas apuntaban desde su pecho hasta todos los metales cercanos. El hierro y el acero creaban esas líneas, respectivamente, para tirar y empujar. Gemmel le había dicho que quemara todos sus metales, pero Gemmel a menudo decía cosas sin sentido. No había motivo para quemar a la vez el acero y el hierro, pues eran opuestos.

Extinguió su hierro y dejó quemando solo el acero. Con el acero, podía empujar contra cualquier fuente de metal que estuviera conectada a él. El empuje era mental, pero lo notaba muy parecido a dar empellones con los brazos.

Kelsier se situó encima de la moneda y la empujó, como Gemmel le había enseñado. Dado que la moneda no podía descender, lo que ocurrió fue que Kelsier salió despedido hacia arriba. Ascendió casi cinco metros por el aire y, con torpeza, se agarró al mojinete de la cima del muro. Con un gruñido, se izó al adarve.

Un nuevo grupo de líneas azules emergió de su pecho, cada vez más gruesas. Metales que se aproximaban a él deprisa.

Kelsier maldijo, extendió un brazo y empujó. Las monedas que volaban hacia él salieron despedidas en la noche, silbando a través de la bruma. Gemmel anduvo hacia él, sin duda el origen de las monedas. A veces atacaba a Kelsier. En su primera noche juntos, lo había arrojado por un acantilado.

Kelsier aún no estaba seguro del todo de si los ataques eran pruebas o si el muy lunático de verdad intentaba asesinarlo.

—No —musitó Gemmel—. No, me cae bien. Casi nunca se queja. Los otros tres no paraban de quejarse. Este es fuerte. No. No lo bastante fuerte. No. Todavía no. Aprenderá.

Detrás de Gemmel había dos bultos sobre el adarve. Guardias muertos, de los que salían sendos regueros de sangre por la piedra. La sangre se veía negra en la noche. La bruma parecía asustada de Gemmel, de algún modo. No giraba en torno a él como lo hacía alrededor de otros alomantes.

Sandeces. Eran solo imaginaciones suyas. Kelsier se levantó y no hizo mención del ataque. No serviría de nada. Lo que tenía que hacer era mantenerse alerta y aprender tanto como pudiera de aquel hombre. A ser posible, sin que lo matara en el proceso.

—No hace falta que saques la mano para empujar —gruñó Gemmel—. Así pierdes tiempo. Y tienes que acostumbrarte a mantener el peltre ardiendo. No debería haberte costado tanto subir a la muralla.

—Es...

—Y no me vengas con excusas sobre ahorrar metales —lo interrumpió Gemmel, inspeccionando el torreón que tenían delante—. He conocido a chicos de la calle. No se dedican a conservar nada. Si vas a por ellos, usan todo lo que tienen, hasta la última pizca de fuerza, hasta su último truco, para tumbarte. Saben lo cerca del límite que están. Reza por no enfrentarte nunca a uno de ellos, niño bien. Te destrozarán, te masticarán y se crearán nuevas reservas a partir de lo que dejes atrás.

—Iba a decir —afirmó Kelsier con voz tranquila— que ni siquiera me has explicado lo que vamos a hacer esta noche.

—Infiltrarnos en este torreón —dijo Gemmel, entrecerrando los ojos.

—¿Por qué?

—¿Qué más da?

—Pues claro que da.

—Dentro hay algo importante —dijo Gemmel—. Una cosa que vamos a encontrar.

—Bueno, con eso se explica todo. Gracias por ser tan comunicativo. ¿Podrías iluminarme sobre el sentido de la vida, ya que de pronto se te da tan bien responder preguntas?

—No lo conozco —repuso Gemmel—. Creo que está para que podamos morir.

Kelsier reprimió un gemido y se apoyó contra la pared. «Se lo he dicho —comprendió— con la plena confianza de que obtendría un comentario mordaz por respuesta. Lord Legislador, cómo echo de menos a Dox y la banda».

Gummel no entendía el humor, ni aunque fuesen los intentos penosos de practicarlo. «Tengo que volver —pensó Kelsier—. Tengo que volver con personas a las que les importe vivir. Tengo que volver con mis amigos».

El pensamiento le dio un escalofrío. Solo habían pasado tres meses desde los acontecimientos en los Pozos de Hathsin. Los cortes de sus brazos ya habían cicatrizado en su mayoría. Se los rascó de todos modos.

Kelsier sabía que su humor era forzado, que sus sonrisas estaban más muertas que vivas. No sabía por qué estaba concediendo tanta importancia a retrasar su regreso a Luthadel, pero la tenía. Tenía heridas abiertas, enormes agujeros que aún tenían que sanar. No tenía más remedio que mantenerse alejado. No quería que los demás lo vieran como estaba. Inseguro, acurrucado al dormir, reviviendo horrores todavía recientes. Un hombre sin ningún plan ni visión.

Además, tenía que aprender lo que Gummel estaba enseñándole. No podía volver a Luthadel hasta hasta que volviera a ser él mismo. O como mínimo, una versión cicatrizada de sí mismo, con las heridas cerradas y los recuerdos acallados.

—Vamos a ello, pues —dijo Kelsier.

Gummel lo fulminó con la mirada. Al viejo lunático no le gustaba que Kelsier intentara tomar el control. Pero en fin, eso era a lo que Kelsier se dedicaba. Alguien tenía que hacerlo.

El Torreón de Shezler estaba construido según el estilo arquitectónico imperante en todas las zonas del Dominio Occidental alejadas de Luthadel. En vez de bloques y picos, tenía casi un aire orgánico, con cuatro estrechas torres al frente. Kelsier creía que los edificios de por allí tenían que construirse añadiendo a una estructura de piedra algún tipo de barro endurecido, esculpido y moldeado para componer todas aquellas curvas y nudos. El torreón, como todas las demás construcciones, a Kelsier le parecía inacabado.

—¿Dónde? —preguntó.

—Arriba —dijo Gummel—, y luego abajo.

Saltó de la muralla y soltó una moneda para sí mismo. La empujó quemando acero y el peso de su cuerpo la envió hacia abajo. Cuando tocó el suelo, Gummel salió lanzado hacia el edificio.

Kelsier saltó y empujó contra su propia moneda. Los dos cruzaron el espacio que separaba la muralla esculpida del torreón iluminado. Ardían unas brillantes candilejas tras las ventanas de cristal tintado. Allí, en el Dominio Occidental, las ventanas acostumbraban a tener

formas extrañas, y no había dos iguales. ¿Es que aquella gente no tenía la menor comprensión de lo estético?

Cuando se acercó al edificio, Kelsier empezó a tirar en lugar de empujar: pasó de quemar acero a quemar hierro, y entonces tiró de una línea azul que llevaba a un marco de ventana de acero. Así, recibió un tirón hacia arriba, como si pendiese de una cuerda. Era complicado, porque el suelo seguía atrayéndolo hacia abajo y además llevaba impulso hacia delante, por lo que cuando tiraba debía tener cuidado de no estamparse contra cosas.

Tirando ganó más altura. La necesitaba, ya que el Torreón de Shezler era alto, tanto como cualquiera de Luthadel. Los dos alomantes se alzaron por la fachada principal, agarrándose o saltando desde los nudos y la mampostería. Kelsier se posó en un saliente, movió los brazos un momento y se aferró a una estatua que alguien había colocado allí sin motivo aparente. Estaba esmaltada en distintos colores.

Gummel subió volando por su derecha. El otro nacido de la bruma se movía con elegancia y destreza. Arrojó una moneda a un lado que dio contra un saliente. Entonces, empujándola, Gummel ajustó levemente su vuelo hacia la dirección exacta que pretendía. Giró, con su manto de bruma rasgando la neblina, y tiró de sí mismo hacia otra ventana de cristales tintados. La alcanzó y se quedó colgando de ella como un insecto, aziendo con los dedos salientes de metal y piedra.

Salía una brillante luz de candileja por la ventana, que la partía en colores y salpicaba con ellos a Gummel, como si también él estuviera esmaltado. El hombre miró hacia arriba con una sonrisa en los labios. Bajo aquella luz, con el manto de bruma colgando por debajo y la niebla danzando a su alrededor, de pronto Gummel tuvo un aspecto más regio a ojos de Kelsier. Más alejado del loco harapiento. Mucho más grandioso.

Gummel se impulsó hacia la bruma de fuera y luego tiró hacia arriba. Kelsier lo vio marchar, sorprendido de su propia envidia. «Aprenderé — se dijo—. Seré igual de bueno que él».

Desde el principio, se había sentido atraído por el zinc y el latón, los tipos de alomancia que le permitían jugar con las emociones de los demás. Le habían resultado los más parecidos a lo que ya había hecho sin ayuda en el pasado. Pero era un hombre nuevo, renacido en aquellos horribles pozos. Lo que fuese que había sido antes no bastaba. Tenía que convertirse en algo más.

Kelsier se lanzó hacia arriba, tirando de sí mismo hasta el tejado del edificio. Gummel no se detuvo y siguió volando hacia arriba, hacia las puntas de las cuatro agujas que adornaban la parte delantera de la construcción. Kelsier soltó su bolsa entera de monedas —cuanto más metal se empleara para empujarse, más rápido y más alto se podía ir—

y avivó su acero. Empujó con todas sus fuerzas y se envió hacia arriba como una flecha.

La bruma revoloteaba a su alrededor. Las luces de colores de las ventanas de cristal tintado se desvanecieron por debajo. Las agujas que tenía a ambos lados fueron mermando, estrechándose cada vez más. Empujó el revestimiento de estaño de una de ellas para ajustar su rumbo un poco a la derecha.

Con un último y fuerte empujón, remontó la punta de la aguja, que tenía un pomo del tamaño de la cabeza de un hombre. Kelsier aterrizó en él, avivando su peltre para mejorar sus capacidades físicas. Con ello no solo conseguía volverse más fuerte, sino también más hábil. Capaz de mantenerse erguido con un solo pie sobre un orbe de un palmo de ancho, a decenas y decenas de metros del suelo. Después de realizar la maniobra, se quedó quieto y se miró el pie.

—Vas ganando confianza —comentó Gemmel. Se había detenido casi en la punta de la aguja, agarrado a ella un poco por debajo de Kelsier—. Eso es bueno.

Entonces, con un raudo movimiento, Gemmel saltó hacia arriba y barrió la pierna de Kelsier. Este dio un grito, perdió el equilibrio y cayó a la bruma. Gemmel empujó contra los frasquitos llenos de copos de metal que Kelsier, como la mayoría de los alomantes, llevaba en el cinturón. El empujón apartó a Kelsier del edificio y lo sumió en la bruma.

Se precipitó hacia el suelo y perdió el pensamiento racional por un instante. Caer acarreaba un terror primordial. Gemmel le había hablado de controlarlo, de aprender a no temer las alturas y a no desorientarse cuando caía.

Sus lecciones escaparon de la mente de Kelsier. Pero estaba cayendo. Rápido. A través de la bruma agitada, desorientado. Faltaban pocos segundos para que diera contra el suelo.

Desesperado, quemó acero y empujó aquellos frasquitos de metal, esperando estar orientado en la dirección correcta. Salieron arrancados de su cinturón y se estrellaron contra algo por debajo. El suelo.

No contenían mucho metal. Apenas el suficiente para ralentizar a Kelsier. Cayó al suelo una fracción de segundo después de haber empujado, y el golpe le sacó todo el aire de los pulmones. La visión le destelló.

Se quedó tumbado, aturdido, mientras algo aterrizaba junto a él. Era Gemmel. El otro hombre dio un bufido de desdén.

—Necio.

Kelsier gimió y logró alzarse a cuatro patas. Estaba vivo. Y lo más extraordinario era que no parecía tener nada roto, aunque un costado y un muslo le dolían horrores. Le quedarían unos cardenales espantosos. El peltre le había salvado la vida. Aquella caída, incluso con el empujón del final, habría roto todos los huesos a otra persona.

Kelsier se levantó como pudo y miró iracundo a Gemmel, pero no protestó. Lo más probable era que aquella fuera la mejor forma de aprender. O por lo menos, la más rápida. Racionalmente, Kelsier había escogido algo como aquello, que lo lanzaran a la acción e ir aprendiendo sobre la marcha, pero no por ello odiaba menos a Gemmel.

—Creía que íbamos arriba —dijo Kelsier.

—Y luego abajo.

—Y luego otra vez arriba, supongo, ¿no? —preguntó Kelsier tras un suspiro.

—No. Un poco más abajo.

Gummel cruzó a zancadas los terrenos del torreón, dejando atrás arbustos ornamentales que la penumbra de la noche había convertido en siluetas oscuras y amortajadas en bruma. Kelsier se apresuró a ponerse al lado de Gemmel, precavido ante otro posible ataque.

—Está en el sótano —murmuró Gemmel—. En el sótano, nada menos. ¿Por qué en un sótano?

—¿Qué hay en el sótano? —preguntó Kelsier.

—Nuestro objetivo —dijo Gemmel—. Teníamos que subir alto para que pudiera buscar una entrada. Creo que hay una aquí, en los jardines.

—Un momento, eso ha sonado hasta razonable —dijo Kelsier—. Debes de haberte dado un golpe en la cabeza o algo.

Gummel le lanzó una mirada torva y luego se metió una mano en el bolsillo para sacar un puñado de monedas. Kelsier preparó sus metales, listo para presentar batalla. Pero Gemmel giró la mano a un lado y las arrojó contra dos guardias que llegaban al trote por el camino para ver quién estaba paseando de noche por el terreno.

Los hombres cayeron, uno de ellos entre gritos. A Gemmel no pareció importarle que pudiera delatar su presencia. Siguió avanzando.

Kelsier vaciló un momento, mirando a los hombres moribundos. Empleados del enemigo. Intentó sentir algo por ellos, pero no pudo. Esa parte de él se la habían arrancado los Pozos de Hathsin, aunque otra parte de sí mismo se consternó por lo poco que sentía.

Corrió tras Gemmel, que había encontrado lo que aparentaba ser un cobertizo de herramientas de jardinería. Sin embargo, cuando abrió la puerta, no encontraron herramienta alguna, sino unos escalones descendentes.

—¿Estás quemando acero? —preguntó Gemmel.

Kelsier asintió con la cabeza.

—Atento al movimiento —dijo Gemmel, mientras sacaba otro puñado de monedas de su saquito.

Kelsier alzó una mano hacia los guardias caídos y tiró de las monedas que había usado Gemmel contra ellos, para hacer que volaran hacia él. Había visto a Gemmel tirar de cosas suavemente, para que no se desplazaran en su dirección a toda velocidad. Kelsier aún no dominaba ese truco y tuvo que agacharse y dejar que las monedas golpearan la pared del cobertizo por encima de su cabeza. Las recogió y empezó a bajar la escalera tras un impaciente Gemmel, que lo observaba con desagrado.

—Iba desarmado —explicó Kelsier—. Me he dejado el saquito encima del edificio.

—Un error como ese acabará matándote.

Kelsier no respondió. Era cierto que había cometido un error. Aunque, por supuesto, tenía pensado recoger el saquito de monedas y lo habría hecho si Gemmel no lo hubiera tirado de la aguja.

La luz se fue haciendo más tenue y casi desapareció del todo mientras seguían descendiendo por la escalera. Gemmel no sacó una antorcha ni una lámpara. En lugar de ello, hizo un gesto a Kelsier para que se adelantara. ¿Sería alguna otra clase de prueba?

El acero que estaba quemando Kelsier le permitía identificar los objetos metálicos por sus líneas azules. Se detuvo y soltó un puñado de monedas escalera abajo. Mientras caían le revelaron dónde estaban los escalones, y al quedar en reposo le dieron una idea incluso más exacta.

Las líneas azules no reemplazaban a la vista, y de todos modos tuvo que caminar con cuidado. Pero las monedas sí ayudaban mucho, y Kelsier alcanzó a ver un cerrojo al acercarse. Por detrás, oyó que Gemmel gruñía, y por una vez le pareció que era con aprobación.

—Buen truco, con las monedas —murmuró el hombre.

Kelsier sonrió y siguió aproximándose a la puerta del fondo. Extendió los brazos por delante hasta topar con ella y cogió el cerrojo de metal. Lo abrió despacio y con cautela.

Al otro lado había luz. Kelsier se agachó; a pesar de lo que pudiera pensar Gemmel, no era manco en lo relativo a la infiltración y los robos silenciosos y nocturnos. No era ningún novato. Simplemente había aprendido que, para un mestizo como él, la supervivencia pasaba por aprender labia o aprender sigilo: luchar de frente habría sido una estupidez en casi todas las situaciones.

Claro que ninguna de esas tres habilidades, lucha, labia y sigilo, le sirvió de nada aquella noche. La noche en que lo habían apresado, la noche en que no podría haberlo traicionado nadie que no fuera ella. Pero ¿por qué se la habían llevado a ella también? No podía haber...

«Para», se dijo mientras cruzaba la puerta agachado. Al otro lado había una sala llena de largas mesas atestadas de material de fundición. No eran las aparatosas herramientas de un herrero, sino los pequeños quemadores y el instrumental delicado de un maestro metalúrgico. Había lámparas encendidas en las paredes y el resplandor rojizo de una forja en una esquina. Kelsier notó aire fresco llegando desde alguna parte. Del fondo de la estancia salían varios pasillos.

No parecía haber nadie. Gemmel entró y Kelsier echó atrás una mano para volver a tirar de las monedas hacia sí mismo. Algunas estaban manchadas de sangre de los guardias caídos. Sin erguirse, Kelsier pasó junto a una mesa llena de instrumentos de escritura y libros pequeños, encuadrados en tela. Lanzó una mirada a Gemmel, que cruzó la estancia sin la menor preocupación por el sigilo. Gemmel se puso las manos en las caderas y miró a su alrededor.

—A ver, ¿dónde se ha metido?

—¿Quién? —preguntó Kelsier.

Gummel empezó a farfullar entre dientes, dando vueltas por la sala, barriendo instrumentos de las mesas y tirándolos al suelo con estrépito. Kelsier fue a hurtadillas por el perímetro, con la intención de asomarse a los pasillos laterales por si llegaba alguien. Comprobó el primero y vio que se abría a una habitación larga y estrecha. Una habitación con ocupantes.

Kelsier se quedó inmóvil y luego enderezó la espalda despacio. Había media docena de personas en la habitación, hombres y mujeres, atados a la pared por los brazos. No había celdas, pero los pobres parecían apaleados hasta haberlos dejado medio muertos. Llevaban solo harapos, que estaban ensangrentados.

Kelsier se obligó a salir del ensimismamiento y anduvo sigiloso hasta la primera mujer de la hilera. Le quitó la mordaza. El suelo estaba mojado, a buen seguro porque había pasado alguien por allí hacía poco para echar un cubo de agua a los prisioneros y que el laboratorio no

apestara. Del siguiente pasillo en el que acababa convirtiéndose la estancia llegó una ráfaga de aire fresco.

La mujer se crispó al contacto de Kelsier, abrió los ojos de golpe y los ensanchó de terror.

—Por favor, por favor, no —susurró.

—No voy a hacerte daño —dijo Kelsier. Aquel entumecimiento de su interior parecía estar cambiando—. Por favor, ¿quién eres? ¿Qué está pasando aquí?

La mujer se lo quedó mirando. Hizo una mueca cuando Kelsier levantó un brazo para desatarla, y él vaciló.

Oyó un sonido amortiguado. Miró hacia el lado y vio una segunda mujer, mayor y con aspecto maternal. Estaba casi despellejada a base de golpes, pero sus ojos no delataban ni por asomo el mismo frenesí que los de la mujer más joven. Kelsier fue hacia ella y le quitó la mordaza.

—Por favor —dijo la mujer—, libéranos. O mátanos.

—¿Qué es este lugar? —preguntó Kelsier con un siseo, mientras le desataba los brazos.

—Está buscando mestizos —dijo ella—. Para probar en ellos sus nuevos metales.

—¿Nuevos metales?

—De eso no sé nada —dijo la mujer, con lágrimas surcándole las mejillas—. Soy solo una skaa, como todos los de aquí. No sé por qué nos elige. Habla de cosas. Metales, metales desconocidos. No creo que esté cuerdo del todo. Las cosas que hace dice que son para sacar nuestra parte alomántica pero por el lord que yo no tengo sangre noble. No puedo...

—Espera —la interrumpió Kelsier, terminando de liberarla.

Había algo en su interior que estaba quemando aquel profundo nudo suyo de entumecimiento. Algo que se parecía a la furia que sentía, pero que de algún modo era distinto. Era algo más. Le daba ganas de llorar, aunque era una sensación cálida.

Ya suelta, la mujer se miró las manos, las muñecas que tenía en carne viva por las ataduras. Kelsier se volvió hacia los demás pobres presos. Estaban ya casi todos despiertos. En sus ojos no se veía la esperanza. Miraban todos hacia delante, apagados.

Sí, Kelsier podía sentirlo.

«¿Cómo podemos soportar un mundo como este? —se preguntó Kelsier, mientras iba a ayudar a otro prisionero—. ¿Cómo soportamos un mundo en el que pasan estas cosas?». Lo más abominable de la tragedia era que sabía que los horrores como aquel eran habituales. Los skaa eran desecharables. No había nadie que los protegiera. Nadie a quien le importaran.

Ni siquiera a él. Había pasado la mayor parte de su vida haciendo como que aquellos actos de brutalidad no se producían. Sí, había fingido plantar cara. Pero en realidad solo había pretendido enriquecerse él mismo. Todos los planes, todos los golpes, todas sus grandiosas visiones eran sobre él. Sobre él y nadie más.

Liberó a otra cautiva, una mujer joven de cabello oscuro. Se parecía a Mare. Después de soltarla, la joven se quedó hecha un ovillo en el suelo. Kelsier se quedó de pie a su lado, con una apabullante sensación de impotencia.

«Nadie lucha —pensó—. Nadie cree que pueda luchar. Pero se equivocan. Podemos luchar. Yo puedo luchar».

Gumm entró a zancadas en la estancia alargada. Miró a los skaa y apenas pareció registrar su presencia. Seguía murmurando para sí mismo. Había dado solo unos pasos cuando una voz gritó desde el laboratorio.

—¿Qué está pasando aquí?

Kelsier reconoció la voz. No, nunca había oído ese timbre concreto, pero reconoció el tono de arrogancia, de aplomo. De desdén. Se descubrió cuadrando los hombros, pasando junto a Gumm y regresando al laboratorio.

Allí había un hombre vestido con un buen traje y camisa blanca abotonada hasta el cuello. Llevaba el pelo corto, a la moda más reciente, y su traje parecía enviado por encargo desde Luthadel, o al menos hecho a medida siguiendo el estilo más en boga.

Miró a Kelsier, altivo. Y Kelsier se descubrió sonriendo. Sonriendo de verdad, por primera vez desde los Pozos. Desde la traición.

El noble resopló y luego alzó una mano y arrojó una moneda a Kelsier. Tras un instante de sorpresa, Kelsier le dio un empujón de acero al mismo tiempo que lo hacía lord Shezler. Los dos salieron despedidos hacia atrás, y los ojos de Shezler delataron su sorpresa.

Kelsier dio contra la pared de detrás. Shezler era nacido de la bruma. No importaba. Incluso mientras ensanchaba su sonrisa, una nueva clase

de ira se alzó en el interior de Kelsier. Aquella emoción ardía como un metal. Un metal desconocido y glorioso.

Podía luchar. Y lucharía.

El noble se arrancó el cinturón y lo dejó caer, junto con sus metales. Empuñó el bastón estoque que llevaba a un lado y se lanzó hacia delante, demasiado rápido. Kelsier avivó su peltre, a continuación su acero y empujó el instrumental de una mesa para arrojarlo contra Shezler.

El hombre rugió, alzó un brazo y empujó a su vez, apartando algunas piezas. De nuevo, los dos empujones de acero, el de Kelsier y el de su adversario, chocaron y los dos hombres salieron impulsados hacia atrás. Shezler recobró el equilibrio apoyándose contra una mesa, que se sacudió. Hubo cristales rotos y herramientas de metal que cayeron al suelo.

—¿Tienes la menor idea de lo que cuesta todo esto? —gruñó Shezler, bajando el brazo y avanzando de nuevo.

—Tu alma, por lo visto —replicó Kelsier con un susurro.

Shezler siguió acercándose con paso cauto y lanzó un bastonazo. Kelsier retrocedió. Notó que se le movía el bolsillo y al instante empujó para expulsar las monedas de su abrigo mientras Shezler empujaba a su vez sobre ellas. Si hubiera tardado un segundo más, habrían atravesado el estómago de Kelsier, pero rasgaron su bolsillo y salieron disparadas hacia atrás hasta que toparon con la pared.

Los botones de su abrigo empezaron a temblar, aunque solo tenían un fino chapado de metal. Kelsier se quitó el abrigo, con lo que se libró de los últimos restos de metal que llevaba encima. «¡Gummel tendría que haberme advertido de esto!». Apenas había captado el revestimiento metálico con sus sentidos, pero de todos modos se sintió estúpido. El hombre había tenido razón: Kelsier no estaba pensando como un alomante. Se concentraba demasiado en la apariencia y demasiado poco en lo que podría matarlo.

Kelsier siguió retrocediendo, vigilando a su adversario, decidido a no cometer ningún error más. Había participado en peleas callejeras, pero no en muchas. Intentaba evitarlas; el pendenciero del grupo siempre había sido Dockson. Por una vez, deseó haber sido menos refinado en ese aspecto concreto.

Recorrió la cara de una mesa, esperando a que Gemmel llegara desde el lado. Pero el hombre no regresó al laboratorio. Seguramente no pretendía hacerlo.

«Todo esto era para encontrar a Shezler —comprendió Kelsier—. Para que yo pudiera luchar contra otro nacido de la bruma». Y aquello era importante por algo que, de pronto, cobró sentido.

Kelsier rugió y se sorprendió al oír que el sonido procedía de él. Aquella rabia feroz de su interior clamaba venganza, pero también anhelaba algo más. Algo más grandioso. No solo la venganza contra quienes le habían hecho daño, sino contra la nobleza al completo.

En ese momento, Shezler, que avanzaba con arrogantes zancadas, más preocupado por su instrumental que por las vidas de sus skaa, se convirtió en el foco de todo ello.

Kelsier atacó.

No iba armado. Gemmel le había hablado de puñales de cristal, pero nunca le había dado ninguno. De modo que recogió una esquirla de cristal roto del suelo, sin reparar en los cortes que se hizo en los dedos. El peltre le permitió pasarlo por alto mientras se abalanzaba hacia Shezler, apuntando a su cuello.

Con toda probabilidad, no debería haber salido vencedor. Shezler era un alomante más consumado y con más práctica, pero era evidente que no estaba acostumbrado a combatir contra alguien tan fuerte como él. Descargó su bastón estoque sobre Kelsier, que gracias al peltre también pudo hacer caso omiso del ataque y clavar su esquirla de cristal en el cuello del hombre. Una, dos, tres veces.

Terminó en cuestión de segundos. Kelsier retrocedió trastabillando, empezando a notar el dolor. Quizá Shezler le hubiera roto algunos huesos a bastonazos, porque al fin y al cabo también tenía peltre. Pero el noble estaba tendido en el suelo, sobre un charco de su sangre, dando leves sacudidas. El peltre podía salvar a quien lo quemara de muchas cosas, pero no de un cuello abierto.

El hombre se atragantó con su propia sangre.

—No —siséó—. No puedo... yo no... no puedo morir...

—Todo el mundo puede morir —susurró Kelsier, soltando la esquirla de cristal ensangrentada—. Todo el mundo.

Y una idea, la semilla de un plan, empezó a formarse en su mente.

—Ha sido demasiado rápido —dijo Gemmel.

Kelsier alzó la mirada, mientras goteaba la sangre de las yemas de sus dedos. Shezler graznó en un último intento de respirar y se quedó quieto.

—Tienes que aprender a empujar y tirar —dijo Gemmel—. A danzar por los aires, a luchar como lucha un auténtico nacido de la bruma.

—Él era un auténtico nacido de la bruma.

—Él era un erudito —repuso Gemmel, acercándose. Dio una patada al cadáver—. Escogí a uno débil para la primera vez. El siguiente no será tan fácil.

Kelsier regresó a la estancia de los skaa. Los liberó, uno tras otro. No podía hacer mucho más por ellos, pero les prometió que los sacaría sanos y salvos de los terrenos del torreón. Quizá pudiera ponerlos en contacto con la clandestinidad de la ciudad, pues llevaba allí el tiempo suficiente para tener algunos contactos.

Cuando los hubo soltado a todos, se volvió y los encontró mirándolo en un grupo apiñado. Sus ojos parecían haberse reavivado un poco, y algunos estaban mirando hacia la sala donde el cadáver de Shezler yacía en el suelo. Gemmel estaba hojeando un cuaderno que había en una mesa.

—¿Quién eres? —preguntó la mujer de aspecto maternal con la que ya había hablado.

Kelsier negó con la cabeza, sin dejar de mirar a Gemmel.

—Soy un hombre al que le han sucedido cosas que no deberían.

—Esas cicatrices...

Kelsier bajó la mirada hacia sus brazos, hacia los centenares de diminutas cicatrices de los Pozos. Las había dejado a la vista al quitarse el abrigo.

—Vamos —dijo Kelsier al grupo, resistiendo el impulso de taparse los brazos—. Vamos a poneros a salvo. Gemmel, en nombre del lord Legislador, ¿qué estás haciendo?

El hombre mayor gruñó, pasando páginas del cuaderno. Kelsier entró en el laboratorio al trote y le echó un vistazo. En la página, manuscritas, estaban las palabras: «Teorías y suposiciones en torno a la existencia de un undécimo metal. Notas personales. Antillius Shezler».

Gummel se encogió de hombros y dejó el cuaderno en la mesa. Luego, con meticulosidad y atención, escogió un tenedor de entre las herramientas caídas y demás restos dispersos del laboratorio. Sonrió y soltó una risita entre dientes.

—Esto sí que es un tenedor —dijo, y se lo guardó en el bolsillo.

Kelsier cogió el cuaderno y, al poco tiempo, estaba alejando a los skaa heridos del torreón, por los terrenos en los que merodeaban los soldados, intentando averiguar qué estaba pasando.

Cuando hubieron salido a la calle, Kelsier se volvió hacia el brillante edificio, iluminado con colores resplandecientes y hermosas ventanas. Escuchó entre la turbulenta bruma mientras los gritos de los guardias se volvían más frenéticos.

El entumecimiento había desaparecido. Kelsier había encontrado algo con lo que reemplazarlo. Su enfoque había regresado. La chispa volvía a estar en él. Había sido demasiado poco ambicioso.

Empezó a germinar un plan, un plan que apenas se atrevía a considerar, de tan audaz que era. Venganza. Venganza, y algo más.

Se volvió hacia la noche, hacia la bruma que lo esperaba, y fue a buscar alguien que le confeccionara un manto de bruma.

Nota final

Este relato corto se publicó originalmente en *Mistborn Adventure Game*, el juego de rol publicado por Crafty Games. Cuando cerramos el acuerdo con Crafty, les prometí un relato para incluir en el libro, como regalito para los fans.

Sabía que quería escribir una historia sobre Kelsier, y tenía sentido ambientarla en el pasado, indagar en la época en la que entrenaba como nacido de la bruma. Mostrar a Gemmel, a quien Kelsier menciona en la serie principal, era importante, ya que forma parte de la historia de cómo Ruina manipuló a Kelsier para que hiciera lo que hizo en el primer volumen de la trilogía.

También sabía que este relato podría leerlo gente que no había leído las novelas. Al haber jugado yo mismo a muchos juegos de rol, sé que a menudo una o dos personas del grupo se emocionan con alguna ambientación y juegan allí una campaña con todos los demás, que no conocen tanto el mundo en el que se desarrolla.

Uno de mis objetivos con este relato, por tanto, era crear algo que sirviera como pequeña muestra de la ambientación. Quería algo que el director de juego pudiera pasar a los jugadores que no conocieran los libros, algo que les transmitiera el tono, que explicara el sistema de magia con cuatro pinceladas y que funcionara como breve introducción.

Por eso este texto es un poco más explicativo que las demás historias de «Nacidos de la bruma» presentes en esta colección, en las que doy por hecho que el lector ya conoce los personajes y el mundo en el que se desarrollan.

Alomante Jak y los Pozos de Eltania



Capítulos Veintiocho a Treinta
¡edición especial encuadrernada
con los tres capítulos!
¡editada y anotada por handerwym,
fiel mayordomo terrisano del propio jak!
Esta historia contiene revelaciones menores
de acontecimientos de *Aleación de ley*.





Doy comienzo a la carta de esta semana despertando con un poderoso dolor de cabeza.

Ciertamente, queridos lectores, el dolor era increíble, y tenía como efecto una algarabía en mi mente que recordaba a la de cien fusiles disparando. Gemí, rodé y me alcé sobre las rodillas en la cámara oscurecida. Mi cara había estado reposando sobre la fría roca. Me tembló la visión y tardé un tiempo en recuperarme.

¿Qué me había ocurrido? Recordaba mi combate contra el contendiente koloss, un bruto del tamaño de una locomotora de vapor y con su misma fuerza. Lo había derrotado con un balazo en el ojo, ¿verdad? Y al hacerlo, ¿no había conservado la lealtad de todo el clan koloss?^[1]

Me puse de pie y me palpé la nuca con cautela. Encontré sangre seca. No temáis, pues no se trataba de una herida terrible. Sin duda, las había afrontado mucho peores. Aquello no era tan desesperado como cuando me encontré hundiéndome en el océano, maniatado y con los pies encadenados a un busto del Superviviente.^[2]

El aire seco y el sonido sibilante del viento al atravesar la piedra rota me indicó que seguía en los Áridos, lo cual era conveniente. Estas tierras de aventura y peligro son mi hábitat natural, y me crezco ante los desafíos que plantean. Si tuviera que pasar demasiado tiempo en el seguro y prosaico entorno de la lechosa Elendel, temo que me marchitaría.

Estaba confinado en algún tipo de cueva natural, con bastas paredes de piedra y estalactitas que pendían del techo. La caverna era poco profunda, sin embargo, y descubrí que terminaba a apenas un par de metros más al fondo de donde estaba en un principio. No podría escapar en esa dirección, por lo tanto.^[3]

Precavido ante los posibles disparos, me acerqué poco a poco a la salida de la cueva y miré al exterior. Como ya había deducido por el leve frescor del aire, la caverna estaba elevada, en la cara de un pequeño desfiladero, y se abría solo a una caída en picado hacia un grupo de rocas redondeadas que había mucho más abajo.

Al otro lado, encaramadas a la cima del extremo opuesto del desfiladero, unas figuras azules vigilaban mi caverna. Los enormes koloss eran mayores, con la piel estirada y rota, los cuerpos tatuados y envueltos en cuero curado a partir de la piel de los hombres que habían matado y devorado.^[4]

—¿Por qué me habéis retenido aquí, bestias pavorosas? —les grité, y mi voz despertó ecos en el desfiladero—. ¿Y qué habéis hecho con la bella Elizandra Dramali? ¡Como le hayáis tocado aunque sea un solo pelo de su siempre hermoso cuero cabelludo, conoceréis la ira de un alomante enfurecido!

Los salvajes no me respondieron. Estaban sentados en torno a su hoguera llameante y ni siquiera se giraron en mi dirección.

Quizá mi situación no era tan ideal como había decidido en mi primera evaluación. Más allá de la boca de mi cueva, la pared del desfiladero era resbaladiza como el cristal y escarpada como el precio del whiskey en la fonda de Marlie. Sería difícil que sobreviviera a un intento de descender por ella, al menos con lo mareado que estaba por la herida.

Pero tampoco podía quedarme allí esperando sin más. La señorita Dramali, mi querida Elizandra, podría correr peligro. Malditas sean esa mujer y su tozudez: tendría que haberse quedado en el campamento, como le sugerí. No tenía ni idea de lo que podía haberle ocurrido, ni a ella ni a mi fiel Handerwym.^[5] Los koloss no osarían hacerle daño por su juramento con el pueblo Terris,^[6] pero sin duda temería por mi bienestar.

Dediqué poco tiempo a pensar en cómo podía haber llegado hasta aquel lugar tan peligroso. Necesitaba metal. No me quedaba nada dentro; había quemado mis últimas reservas para afianzar las manos y los ojos antes de hacer el disparo perfecto contra el pretendiente koloss a mi trono. Por desgracia, mis carceleros me habían robado a Destello. Por muy brutos que sean, los koloss tienen el sentido común suficiente como para llevarse las pistolas de un hombre, sobre todo después de presenciar mi destreza con mi fiable arma. También me habían quitado los frasquitos de metal. Quizá querían ver si contenían whiskey. Algunos alomantes de los Áridos guardan sus metales en tales disoluciones, mas yo siempre me he abstenido de hacerlo. La mente de un intrépido caballero debe conservar la claridad en todo momento.^[7]

Sin duda, el compartimento oculto para guardar estaño en el tacón de mi bota demostraría su utilidad. Por desgracia, sin embargo, al parecer el compartimento parecía haberse abierto durante mi escaramuza inicial con el campeón koloss. ¡Había perdido el estaño! Tomé nota mental de hablar con Ranette sobre su dispositivo para el tacón y su tendencia a abrirse cuando menos se lo espera uno.

¡Menudo desastre! Un alomante sin metal. Solo me quedaba como herramienta mi propia astucia. Y quizá, aunque disponía de ella en abundancia, no bastara. ¿Quién sabía en qué clase de apuros podía haberse metido la bella Elizandra a esas alturas?

Con decisión, empecé a palpar las paredes de la caverna. Era una oportunidad improbable, pero estábamos en unas tierras altas valoradas precisamente por su gran potencial para la minería. Y en efecto, el Superviviente me favoreció ese día, pues localicé una pequeña veta de reluciente metal que recorría la pared del fondo. Casi invisible, la descubrí solo al tacto.^[8] En la tenebrosa cueva no pude discernir la naturaleza completa del metal, pero no me quedaba elección.

En fin, durante mis poco frecuentes viajes a Elendel, he descubierto que se me atribuye cierta reputación heroica. Debo aseguraros, mis buenos lectores, que no soy más que un humilde aventurero y no merezco ninguna clase de idolatría indebida. Dicho eso, aunque nunca he deseado la gloria,^[9] sí valoro mi reputación. En consecuencia, si pudiera eliminar de vuestros recuerdos la siguiente parte de mi historia, lo haría.

Sin embargo, siempre he pretendido ofreceros un relato sincero e íntegro de mis viajes por los Áridos. La honestidad es mi mayor virtud, ^[10] de modo que os revelaré la verdad de lo que tenía que suceder a continuación.

Me arrodillé y empecé a lamer la pared.

Jamás pretendería hacer el ridículo ante vosotros, queridos lectores.^[11] Pero para sobrevivir en los Áridos, un hombre debe estar dispuesto a atrapar las oportunidades. Y eso hice. Con la lengua.

La actividad me proporcionó muy poco estaño que quemar, pero fue suficiente para unos segundos con los sentidos aumentados.^[12] Los empleé para escuchar con atención, en busca de alguna pista que me revelara cómo librarme de la situación en la que estaba.

Con mis oídos mejorados por el estaño, capté dos cosas. La primera era el campanilleo del agua. Asomé la cabeza y vi que las rocas de debajo ocultaban un pequeño arroyo que no había visto antes. Lo otro que oí fue un extraño sonido rasposo, como de garras contra una rama.

Miré arriba, esperanzado, y hallé un cuervo posado en un brote de hierbas que crecían en la pared rocosa. ¿Podría ser?

—¡Así me gusta! —exclamó el cuervo con su voz inhumana—. Has encontrado metal incluso en tu celda, Jak. El Superviviente está satisfecho de tu ingenio.

Sí que era ella. Lyndip, mi espíritu guía, enviada a mí por el Superviviente durante mis angustias más apuradas.^[13] Llevo tiempo sospechando que es una de los Inmortales Sin Rostro,^[14] ya que las leyendas afirman que son capaces de cambiar de forma y encarnarse en animales.

—¡Lyndip! —exclamé—. ¿La señorita Dramali está bien? ¿Los koloss no le han hecho daño?

—No se lo han hecho, aguerrido aventurero —dijo Lyndip—. Pero sí la han capturado y la retienen prisionera. Debes escapar, y deprisa, pues le espera un destino aciago.

—Pero no sé cómo escapar!

—No puedo proporcionarte el método —dijo Lyndip—. Soy una guía, mas no puedo resolver los problemas de un héroe en su lugar. No es tal la senda del Superviviente, que afirma que todo hombre debe crear su propio sendero.^[15]

—Muy bien —dije yo—. Pero dime, guía, ¿por qué han vuelto a capturarme? ¿Acaso no me gané la lealtad del clan koloss? ¿Acaso no era su rey? ¡Derroté al aspirante!

Estoy convencido de que tuvo que notárseme la frustración, y espero, querido lector, que no me desprecies por las duras palabras que dirigí a mi espíritu guía. Sin embargo, no solo estaba preocupado por la seguridad de mi querida Elizandra, sino también asolado por perder la lealtad de aquella tribu de koloss. Por muy salvajes que fuesen, me había dado la sensación de que estaban a punto de revelarme sus secretos, unos secretos que estaba seguro de que me llevarían al símbolo de la punta de lanza, las huellas sangrientas y el Tesoro del Superviviente.

—No estoy segura —dijo Lyndip—, pero sospecho que es porque usaste un revólver para matar al aspirante. La vez anterior, cuando te ganaste la lealtad del clan, no disparaste a tu rival, sino que lo asustaste con tu puntería. Muchos clanes koloss consideran que matar a distancia con pistolas es señal de debilidad, no de fuerza.

Bestias despiadadas, salvajes sin duda.^[16] El revólver es el arma más elegante de todas, el arma de un caballero.

—Debo escapar y rescatar a la bella Elizandra —dije—. Guía, ¿viste cómo me trajeron a esta celda cavernaria? ¿Tienen los koloss un pasadizo secreto en alguna parte mediante el cual me subieron hasta aquí?

—Lo vi, aventurero —respondió Lyndip—. Pero no es la verdad lo que desearás oír. No hubo pasadizo secreto. Lo que ocurrió fue que te arrojaron aquí entre varios koloss desde abajo.^[17]

—¡Herrumbre y ruina! —exclamé. Sin duda las bestias, asustadas de las poderosas armas que había empleado, me habían colocado allí para dejarme morir de hambre, en lugar de arriesgarse a la ira de los dioses intentando matarme con sus propias manos.

Necesitaba una escapatoria, y deprisa. Volví a asomarme y vi nubes de tormenta próximas. Su presencia me hizo pensar. Bajé la mirada hacia el chorrito de agua que había al fondo del desfiladero. Ya me había fijado que las caras del cañón tenían una peculiar suavidad. Como si estuvieran erosionadas.

¡Sí! Distinguí unas líneas marcadas en las paredes del desfiladero, marcas de agua, de cuando el río fluía amplio y profundo. ¡Mi vía de huida llegaría pronto! Y en efecto, la lluvia inundó los llanos río arriba, el agua no tardó en fluir al desfiladero e, impulsada por los estrechos confines del lugar donde me hallaba, el río empezó a crecer.

Esperé nervioso al momento adecuado para lanzarme al río, y mientras tanto, pese a mi ansiedad, encontré el tiempo de redactar esta carta para vosotros. La sellé en el bolsillo especial, estanco, de mis pantalones deshilachados con la esperanza de que, si llegaba mi final, acabara encontrando la forma de llegar a vosotros de algún modo cuando encontraran mi cadáver.

Cuando la lluvia empezó a caer sobre el propio desfiladero, no pude esperar más. Me arrojé a las aguas crecidas que tenía debajo.^[18]

Lectores míos, confío en que os encontréis bien cuando recibáis este mensaje. Como recordaréis, la misiva de la semana pasada terminaba con un peligroso salto por mi parte hacia una muerte acuosa. Estaba convencido de que había llegado mi hora, pero me alegra en cierta medida poder afirmar que sobreviví. Y digo solo «en cierta medida» por la revelación que debo comunicaros. Si debéis seguir leyendo, quedad advertidos de que el contenido de esta carta es espantoso y podría inquietar —incluso provocar náuseas— a los más frágiles y jóvenes de entre vosotros.

Salté desde mi cárcel cavernaria a las crecientes aguas del río. Debo advertir con severidad a mis lectores contra las actividades de ese tipo, a menos que se hallen en las más atribuladas circunstancias. Las crecidas al estilo de los Áridos son peligrosas, llenas de torbellinos y mortíferas rocas. Si hubiera dispuesto de otra opción, sin duda la habría escogido.

El agua se arremolinó a mi alrededor como una estampida. Por suerte, tenía experiencia sobreviviendo a aguas de aquella naturaleza.^[19]

La clave a la hora de nadar en tales aguas es no resistirse. Hay que dejarse llevar por la corriente, igual que un barco permite que el mar tire de él. Sin embargo, incluso mantenerse a flote en aguas tan tempestuosas requiere de práctica, suerte y fuerza de voluntad.

Esforzando los brazos, logré mantenerme apartado de las rocas más letales y sobrevivir mientras mi pequeño afluente desembocaba en río Rancio, el más importante de la zona. Allí, el mayor caudal de agua provocaba que la corriente fuese más lenta, y con cierta dificultad logré nadar hasta la orilla y salir del agua, libre.

Exhausto y todavía mareado por mi herida, me dejé caer en la ribera. Pero sin darme tiempo a saborear mi recién ganada libertad, unos fuertes brazos me alzaron en vilo.

Koloss. Habían vuelto a capturarme.

Las bestias se me echaron a hombros, empapado, y me alejaron del rugiente río. Dejé un rastro de agua en la arena.^[20] No luché contra mis captores. Eran seis koloss de tamaño medio, con la piel azul empezando a acusar la tirantez contra sus huesos, abriéndose en las comisuras de sus labios y en torno a los músculos más grandes.

No se dirigieron a mí en su brutal idioma, y era consciente de que no podría derrotar a seis a la vez. No sin mis revólveres y sin metal. Consideré más sabio dejar que me llevaran donde quisieran. Tal vez volvieran a dejarme en mi celda cavernaria.

Pero en lugar de ello, los koloss me transportaron hacia una incongruente arboleda, oculta en un pequeño valle rocoso. Nunca había estado allí antes, y de hecho, los koloss siempre me habían mantenido apartado de la zona, afirmando que era un erial. ¿Desde dónde, pues, procedían los árboles?^[21]

Los árboles ocultaban un pequeño oasis en el territorio polvoriento, un lugar donde se acumulaba el agua de un manantial. Me resultó curioso, pues los principales bebederos suelen figurar en mis mapas.

Me arrastraron al otro lado de los árboles y rodeando el bebedero, y reparé en que era muy profundo, tanto que sus profundidades eran azules y no alcanzaba a distinguirle un fondo. Sus paredes eran todas de piedra. Y casi di un respingo al caer en la cuenta de que el estanque tenía la forma aproximada de una punta de lanza.

¿Podría ser aquello? ¿Podría ser la ubicación del Tesoro del Superviviente? ¿Lo había hallado por fin?^[22] Busqué la otra señal, las

huellas ensangrentadas que mencionaban las leyendas. No las vi hasta que arrastraron mi cuerpo empapado sobre las piedras más cercanas al estanque.

Si viajáis un tiempo por los Áridos, descubriréis que el agua en ocasiones revela el verdadero color de la piedra. No ocurre tanto en la ciudad donde vivís muchos de vosotros, queridos lectores, ya que allí la piedra está cubierta de mugre y hollín. Pero donde me hallaba, la tierra es limpia y fresca. El agua que goteó de mi cuerpo sobre las piedras reveló un patrón de colores en la roca que recordaba a un conjunto de huellas dirigiéndose al manancial del oasis.

¡Era aquello! Aunque no fuesen auténticas huellas, era comprensible que un viajero cansado llegara a aquel lugar y pudiera tomarlas por tales. La historia inventada del mismo Superviviente, según la que sangraba por su herida de lanza y se detuvo allí a beber, tenía sentido.

El lugar estaba repleto de diseños de tatuaje koloss dibujados en las piedras, y sus piezas de cuero rodeaban algunos troncos de los árboles. Saltaba a la vista que se trataba de un lugar sagrado para ellos, lo que explicaba tanto que nunca hubiera podido encontrar aquel oasis como que los hombres hubieran desaparecido de la zona. Cualquiera que topara con aquel lugar moría asesinado por haber presenciado lo que no debía.

¿Qué perspectivas de futuro me dejaba el hecho de que me hubieran llevado allí?^[23]

Había más koloss presentes, por supuesto. Algunos eran tan ancianos que su piel había estallado por completo y estaban sentados, envueltos en cuero para contener el lento fluir de la sangre de su carne. Si nunca habéis visto a un koloss viejo, podéis considerarlos afortunados. Su enormidad rivaliza solo con lo extraño de sus rasgos, pues carecen de nariz y labios y sus ojos sobresalen de unas caras de carne roja. La mayoría de los koloss mueren de ataque al corazón antes de alcanzar ese estado. Aquellos continuarán creciendo, incluso tras perder toda su piel, hasta que el destino los reclamara.

En tiempos remotos, habrían matado a los koloss como aquellos. En nuestros tiempos modernos, sin embargo, se reverencia a los koloss ancianos o al menos eso tenía entendido, aunque solo a partir de historias.^[24] Sospecho que los lugares donde todas las tribus albergan a sus ancianos son tan sagrados como aquel donde me hallaba.

Mis vigilantes me depositaron ante los ancianos. Me quedé de rodillas, cauteloso.

—Has venido —dijo un anciano.

—No eres humano —dijo otro.

—Has derrotado a nuestro líder y matado a todos los aspirantes —dijo el tercero.

—¿Qué vais a hacer conmigo? —exigí saber, obligándome a ponerme en pie. Incluso empapado y aturdido como estaba, me enfrentaría a mi destino con la cabeza bien alta.^[25]

—Te daremos muerte —dijo uno.

—Cumpliremos así la voluntad de la hija de quien te desafió —dijo otro.

—Debes unirte a nosotros —dijo otro.

—¿Unirme a vosotros? —pregunté—. ¿Cómo?

—Todos los koloss fuimos humanos una vez —afirmó uno de los ancianos.

Había escuchado afirmaciones similares otras veces. Y soy consciente, queridos lectores, de que las denigré en mis escritos. Las consideraba absurdas fantasías.

Lamento de todo corazón tener que deciros que me equivocaba. Me equivocaba del todo. Tuve que aceptar la terrible verdad. Los ancianos tenían razón.

Los koloss son personas.

El proceso es terrible. Para iniciar a un hombre en sus filas, se lo llevan y le clavan pequeños pinchos de metal. Hacerlo genera una transformación mística, por la que la mente y la identidad del hombre sufren una salvaje debilitación. Al final, la persona se vuelve tan torpe y simplona como los koloss.

Los koloss no nacen, sino que se crean. Su barbarismo existe en el interior de todos nosotros. Quizá fuese eso lo que intentaba decirme mi querido Handerwym.^[26]

Habían dicho que debía unirme a ellos. ¿Sería aquel mi destino? ¿Pasar lo que me quedara de vida como un salvaje en un pueblo lejano, con mi mente perdida?^[27]

—Has hablado de la hija de quien me desafió —dije—. ¿Quién es?

—Yo —dijo una voz suave y conocida.

Me volví y encontré a Elizandra Dramali saliendo de entre unos árboles cercanos. Ya no llevaba puesto su vestido, y en lugar de él iba ataviada con cueros que a duras penas tapaban sus partes más íntimas. De

hecho, una descripción completa de su figura sería demasiado impactante para mis lectores más sensibles, de modo que me abstendré de hacerla.^[28]

Seguía llevando sus anteojos, y su pelo dorado estaba recogido en su acostumbrada coleta, pero su piel había adquirido un tono azulado como jamás le había visto.

Elizandra, la bella Elizandra... tenía sangre koloss.^[29]

—¡No puede ser! —exclamé, sin poder apartar la mirada de mi hermosa Elizandra, de la mujer a la que había llegado a amar y apreciar más que a ninguna otra. La mujer que, de algún modo, me había ocultado su verdadera naturaleza desde el principio.

Elizandra tenía sangre koloss.

Ojalá no tuviera que escribiros estas palabras, mis incondicionales lectores. Mas son la verdad, por mucho que me duela en mi pobre corazón. Son tan auténticas como la tinta de esta página.

—Maquillaje —explicó Elizandra, bajando la mirada con recato—. Como puedes ver, el tono azul de mi piel es ligero, comparado con otros de sangre koloss. Un uso inteligente de polvos y guantes me ha permitido ocultar lo que soy.

—¡Pero tu mente! —dije, dando un paso hacia ella—. ¡Tú piensas y tienes ingenio, no como estas bestias!^[30]

Empecé a extender un brazo hacia ella, pero vacilé. Todo lo que sabía de aquella mujer era un embuste. Tenía delante a un monstruo. No era mi bella y maravillosa mujer de la nobleza, sino una criatura montaraz, una asesina y una salvaje.

—Jak —dijo ella—, sigo siendo yo. Nací de los koloss, pero no he aceptado la transformación. Mi mente es tan aguda como la de cualquier ser humano. Por favor, querido mío, mira más allá de esta piel y juzga mi corazón.^[31]

No pude resistirme más. Quizá me hubiera mentido, pero seguía siendo mi Elizandra. Me fundí en su abrazo y sentí su dulce calidez en aquel momento de confusión.

—Corres grave peligro, querido —me susurró al oído—. Van a convertirte en uno de ellos.

—¿Por qué?

—Espantaste a su cabecilla —susurró Elizandra—. Y gobernaste el clan a pesar de los desafíos que te planteamos. Al final, mataste a su mejor campeona. Mi madre.

—¿El campeón era una mujer? —pregunté.

—Por supuesto. ¿No te diste cuenta?

Desvié una mirada fugaz hacia los koloss congregados, que llevaban taparrabos pero en general nada más arriba. Si había algún modo de distinguir a los machos de las hembras aparte de... ejem... echar un vistazo, no la conocía. Es más, preferiría no haber sabido que algunos de ellos eran mujeres. Mis mofletes duros y curtidos por el viento ya no acostumbraban a sonrojarse, pues las cosas que he visto os desollarían vuestras delicadas mentes, pero si hubiera sido capaz, me habría sonrojado en ese momento.

—Lo siento, entonces, por matarla —dije, volviendo a mirar a Elizandra, que seguía abrazada a mí.

—Elegió su propio camino en la vida —repuso ella—. Y era un camino de brutalidad y asesinato. No la lloro, pero te lloraré a ti si te obligan a engrosar sus filas, amado mío. Afirman que esa es mi voluntad, pero te aseguro que no es así, aunque no hacen caso de mis protestas.^[32]

—¿Por qué tenían que encerrarme en esa cueva? —pregunté.

—Era una prueba —dijo Elizandra—. Tu desafío final. Te habrían liberado al cabo de tres días, si no hubieras escapado. Pero al hacerlo, has demostrado tu valía para unirte a ellos y convertirte en su nuevo cabecilla de pleno derecho. ¡El problema es que, para hacerlo, debes pasar por la transformación! Perderás la mayor parte de ti mismo y pasarás a ser como ellos, una criatura de instinto.^[33]

Tenía que escapar, pues. Aquel destino sería peor que la muerte: sería la muerte de mi mente. Aunque había adquirido un gran respeto por los salvajes koloss,^[34] no tenía la menor intención de unirme a ellos jamás.

—Tú guiaste mis pasos hasta aquí —comprendí, mirando a Elizandra—. Desde que te encontramos en estos Áridos, me has estado dirigiendo hacia esta tribu. Sabías de este estanque.

—Sospechaba, por tus descripciones de lo que andabas buscando, que el tesoro estaría aquí —dijo mi amada—. Pero no estaba segura. Nunca había venido al estanque sagrado. Jak, cuando te hayan transformado, pretenden hacer lo mismo conmigo en contra de mi voluntad. Llevo toda la vida resistiéndome a esto. No permití que me arrebataran la mente cuando era más joven ¡y no lo permitiré ahora!

—¡Basta de cháchara! —exclamó un anciano—. ¡Se te transformará!

Los otros koloss empezaron a dar palmas al unísono. Otro anciano extendió una mano abierta y ensangrentada, en la que sostenía un puñado de pequeños clavos.

—¡No! —grité—. ¡No hay necesidad, pues ya soy uno de vosotros!

La mano de Elizandra me apretó el brazo.

—¿Qué? —susurró.

—Es el único plan que se me ocurre —respondí, susurrando a mi vez. Y luego, en voz más alta, añadí—: ¡Soy koloss!

—No es posible —dijo un anciano.

—No eres azul —dijo otro.

—No tienes nuestras costumbres —dijo el tercero.

—¡Acabé con vuestra campeona! —declaré—. ¿Qué más pruebas necesitáis? ¿Acaso un ser humano normal sería lo bastante fuerte para hacerlo?

—Pistola —dijo uno de los ancianos—. No hace falta fuerza para usar la pistola.

¡Herrumbre y ruina!

—Muy bien, pues —afirmé—. Os lo demostraré con una última prueba. ¡Os traeré el tesoro del Superviviente!

Los koloss se quedaron callados. Dejaron de dar palmadas.

—No es posible —dijo un anciano—. Hasta los koloss más fuertes han fracasado.

—En ese caso, si triunfo, sabréis que decía la verdad —expliqué a las bestias.

Estaba condenándome a mí mismo a una muerte segura. Ojalá pudiera deciros que fue la valentía lo que guiaba mis labios aquel día, pero lo cierto es que fue solo la desesperación. Hablé de lo único que se me ocurría, de lo único que podía permitirme ganar tiempo.

Si las leyendas eran ciertas, el tesoro estaba oculto «opuesto al cielo, elevado solo por la misma vida». Opuesto al cielo debía de significar al

fondo del estanque, tan abajo que no alcanzaba a verlo. Tendría que sumergirme para recuperar el tesoro.

—No es posible —repitió otro anciano.

—¡Demostraré que es posible! —exclamé.

—¡Jak! —dijo Elizandra, con la mano en mi brazo—. ¡Eres un necio!

—Quizá sea un necio —repuse—, pero no permitiré que me obliguen a ser un koloss.

Elizandra me atrajo hacia ella, de repente, y me besó. Hay pocas cosas en esta vida que me impresionen, queridos lectores, pero ese momento consiguió lo imposible. A veces se mostraba tan fría conmigo que estaba seguro de que mis afectos no serían correspondidos.

Pero aquel beso... ¡qué beso! Fue tan profundo como el estanque que teníamos al lado, tan verdadero como las enseñanzas del mismísimo Superviviente. Tan poderoso como una bala en pleno vuelo, tan increíble como una diana a trescientos metros. Su pasión me confirió calor, expulsando la gelidez de mi ropa mojada y el temor de un corazón tiritante.

Cuando concluyó, el metal ardió vivo en mi interior. Aunque Elizandra no era alomante, se había metido un poco de polvo de estaño en la boca... ¡y me lo había pasado mediante el beso!

Me aparté, maravillado.

—Eres increíble —susurré.

—Vaya, caramba, Jak —respondió ella con otro susurro—. Al final has terminado diciendo algo inteligente, aunque sea por una vez.^[35]

Los koloss empezaron a aplaudir de nuevo. Recogí la piedra más grande que pude cargar y, después de respirar hondo, salté al estanque y permití que la roca tirara de mí hacia abajo.

Era profundo. Insondablemente profundo.^[36]

La oscuridad me devoró casi al instante. Queridos lectores, deberéis imaginar vosotros mismos aquella oscuridad absoluta, pues no me veo capaz de hacerle justicia. Que te consuma la negrura ya es en sí mismo una experiencia singular, pero estar en el agua mientras desaparece la luz... hay algo terriblemente espantoso en ello. Incluso mis nervios de acero cedieron al temblor mientras continuaba mi descenso.

Noté un dolor horrible en los oídos, aunque no sé si podía deberse a mi herida. Descendí durante lo que me pareció una eternidad, hasta que me

ardieron los pulmones y se me embotó la mente. Estuve a punto de soltar la piedra.

No podía pensar. Mi herida amenazaba con abrumarme y, aunque no veía nada, sabía que mi visión empezaba a emborronarse. Me fallaba el cuerpo mientras me precipitaba hacia la inconsciencia. Supe que moriría en aquellas profundidades invisibles.

En ese momento, pensé en Elizandra convirtiéndose en koloss, perdiendo aquel hermoso ingenio que tanto me atraía. La idea me dio fuerzas y avivé mi estaño.

El estaño avivado proporciona claridad mental, como ya he dicho. Jamás la recibí tan de brazos abiertos como entonces, pues esos momentos de lucidez apartaron la sombra que me oscurecía la mente.

Sentí la gelidez del agua y el dolor de mi cabeza se volvió increíble, pero estaba vivo.

Toqué fondo. Sin atreverme a soltar el peso de mi piedra, palpé a mi alrededor con una mano, frenético. Los pulmones me ardían como metales avivados. ¿Estaría allí?

¡Sí! Lo estaba. Había algo cuadrado y sin aspecto natural, una caja metálica. ¿Una caja fuerte?

Intenté levantarla y logré moverla un poco, pero pesaba tanto como mi piedra. Consternado, comprendí que jamás podría transportar la caja hasta la superficie. Tenía el cuerpo demasiado débil y no logaría nadar con tanto lastre.

¿Fracasaría, entonces? Si regresaba a la superficie sin el tesoro, quizá se limitaran a matarme, o quizá me obligarían a ser como ellos; en cualquiera de los dos casos, estaría acabado.

Intenté levantar el cofre una vez más, pero apenas logré nadar un metro con él. No tenía aire, ni fuerza. ¡No podría hacerlo!

Y entonces, recordé el poema. «Opuesto al cielo lo hallarás, y solo podrá ser alzado mediante la vida misma». [37]

La vida misma. ¿Qué era la vida allí abajo?

El aire.

Palpé con torpeza los laterales del cofre y encontré un pestillo, que liberó alguna clase de objeto. Era correoso al tacto, como un odre. Soplé en su interior, renunciando a todo el aire de mis pulmones, un aire que ya no me mantenía pero que aun así podía serme de utilidad. [38]

Luego me impulsé contra el fondo, con mi metal agotado, con mi aire agotado.

Una eternidad.

Salí de golpe a la superficie del estanque mientras la visión se me volvía a nublar. Solo pude atisbar un momento de luz antes de que la tiniebla volviera a apoderarse de mí, pero unas manos suaves me asieron y me liberaron del agua antes de que pudiera volver a hundirme hacia mi muerte. Olí el perfume de Elizandra y, al recuperarme, contemplé su rostro preocupado mientras acunaba mi cabeza en su regazo. La vista de su traje de cuero desde debajo no era muy apropiada, pero tampoco poco apreciada.

—Idiota —me susurró mientras yo rodaba y tosía agua de los pulmones.

—¡Ha fracasado! —exclamaron los ancianos koloss.

En ese mismo instante, algo emergió del estanque. Parecía ser una vejiga inflada de algún tipo, quizá de oveja. Metí la mano en el agua y agarré la caja fuerte que flotaba debajo de ella.^[39]

Los koloss se apiñaron a mi alrededor mientras me arrodillaba junto al cofre y empezaba a examinar la cerradura. Elizandra sacó la llave que habíamos encontrado en la mina de Vorágine, y encajó^[40] a la perfección. La giré con un chasquido y abrí la tapa.

Dentro había clavos.

Al principio, los gritos de los koloss me preocuparon, pero resultaron ser voces de alegría. Miré a Elizandra, confuso.

—Clavos nuevos —dijo ella—. Muchos. Con ellos, la tribu podrá crecer. Estaban perdiendo las guerras contra sus vecinos, porque mi tribu siempre ha sido la más pequeña de la zona. Con esto, podrán incrementar su número en docenas de nuevos miembros. Es un auténtico tesoro para ellos.

Me acuclillé. Queridos lectores, debo reconoceros que me arrepentí un poco de no viajar en busca de riquezas, sino movido por el gozo del descubrimiento y por la oportunidad de compartir con vosotros el mundo. Pero aun así, aquel no era el tesoro que había esperado encontrar. ¿Un puñado de pinchitos? ¿A eso había dedicado meses y meses de búsqueda? ¿Eso eran las legendarias riquezas que había dejado nada menos que el Superviviente?

—No estés tan taciturno, querido —dijo Elizandra, soltando los clavos para que los cogieran los ancianos. Se apartó mientras los koloss se congregaban, en apariencia habiéndose olvidado de nosotros por la emoción—. Parece que hemos recuperado nuestras vidas.

Y en efecto, los koloss no impidieron nuestra huida. Abandonamos el pequeño valle del oasis, en dirección al río y, con un poco de suerte, el resto de nuestra caravana.^[41]

Seguía decepcionado. Fue entonces cuando me fijé en una cosa. El cofre que cargaba Elizandra no parecía muy deslustrado para haberse pasado lo que sin duda eran más de tres siglos bajo el agua. Le pedí con un gesto que me lo entregara y froté la superficie de la tapa. Entonces parpadeé, sorprendido.

—¿Qué pasa? —preguntó ella, deteniéndose.

Sonréí de oreja a oreja.

—Aluminio puro, querida mía. ¡Es carísimo! Al final, sí que hemos encontrado nuestro tesoro.

Ella rio y me concedió otro beso.

Y es aquí, lectores míos, donde debo concluir el relato de mis viajes por los Pozos de Eltania. Hallamos el tesoro, perdimos nuestras vidas —que luego recuperamos— y por fin cumplí el deseo que mi querido Mikaff me confesó en su lecho de muerte.

Ha sido la mayor de mis aventuras hasta la fecha, y creo que descansaré un poco antes de salir de nuevo. Llevo un tiempo oyendo hablar de extrañas luces en los cielos del sur, que, sin duda, ocultan un nuevo misterio.

Hasta entonces, ¡que continúe la aventura!^[42]

Nota final

Este es el segundo relato que escribí para Crafty Games, en esta ocasión para incluirlo en su suplemento *Alloy of Law*.

Para esta historia, elegí una dirección distinta. Dado que la primera estaba pensada como introducción para los recién llegados, quería que esta resultase profunda e interesante a los lectores establecidos. Revelar cómo se crean y existen los koloss en la segunda era de la secuencia de Scadrial me pareció la clase de secreto que podría intrigar a la gente.

Hace muchos años, mi hermano Jordan me propuso hacer un programa radiofónico en forma de *podcast*. Quería que tuviera guión y que lo escribiera yo, pero sencillamente no tenía tiempo de ponerme con ello. (El *podcast Writing Excuses* nació a partir de esto, aunque creo que con el tiempo Jordan recurrió a Dan Wells para que escribiera algunos episodios de algo con más guión). Me lo planteó como la historia de un experto aventurero/explorador. Aunque no pude escribirlo para él, luego pasé años preguntándome qué podría haber hecho, de haber tenido tiempo.

Alomante Jak es la respuesta directa a esa pregunta. Se trata de un intrépido caballero, exageradísimo y basado en las viejas historias *pulp*. Sin embargo, me dio la sensación de que escribir solo eso no funcionaría. En los libros de Wax y Wayne ya estaba contando historias que eran una evolución más auténtica del género *pulp*, con caracterizaciones más sólidas y menos melodrama.

Jak, por tanto, tenía que suponer un contraste, una forma de resaltar lo viejo contra lo nuevo. Ya sea en realidad el fanfarrón que su «fiel mayordomo» implica que es, ya sea más bien un aventurero quijotesco de inacabable optimismo, se suponía que debía presentar cierta ausencia de autenticidad. Un contraste con Wax, del mismo modo en que pueden contrastarse las nuevas encarnaciones de Batman contra el antiguo personaje interpretado por Adam West. (Que conste que me encantan las dos).

Y por cierto, redactar las anotaciones de Handerwym es de las cosas más divertidas que he hecho jamás como escritor.

Nacidos de la bruma: historia secreta



Esta novela corta revela acontecimientos
importantes de la trilogía «Nacidos de la bruma» original
y acontecimientos menores de *Brazales de duelo* .





Primera parte: Imperio



Kelsier quemó el undécimo metal.

No cambió nada. Seguía de pie en la misma plaza de Luthadel, enfrentándose al lord Legislador. Un público silencioso, tanto skaa como noble, miraba desde el perímetro. Una rueda chirriaba perezosa al viento, colgada de un costado del carro de prisioneros volcado. Había una cabeza de inquisidor clavada a la madera del suelo del carro, sostenida allí por sus propios clavos.

No cambió nada, pero cambió todo. Pues a ojos de Kelsier, había dos hombres de pie ante él.

Uno era el emperador inmortal que había reinado durante mil años: una figura imponente de cabello negro como el azabache y dos lanzas clavadas en el pecho de las que no parecía ni darse cuenta. A su lado había un hombre con sus mismos rasgos pero un porte distinto del todo. Un hombre envuelto en gruesas pieles, con la nariz y las mejillas sonrojadas como de frío. Tenía el pelo enredado y revuelto, la actitud jovial, la cara sonriente.

Eran el mismo hombre.

«¿Puedo aprovecharlo?», pensó Kelsier, frenético.

Negra ceniza caía levemente alrededor de los dos hombres. El lord Legislador miró al inquisidor que Kelsier había matado.

—Esos son muy difíciles de reemplazar —dijo con voz imperiosa.

El tono resaltaba su contraste con el hombre que tenía al lado, un vagabundo, un montañés que tenía la cara del lord Legislador. «Eso es lo que eres de verdad», pensó Kelsier. Pero no le servía de nada. Solo demostraba, por si hiciera falta más demostración, que el undécimo metal no era lo que Kelsier había esperado. El metal no era ninguna solución mágica mediante la que acabar con el lord Legislador. Tendría que confiar en su otro plan.

De modo que Kelsier sonrió.

—Te maté una vez —dijo el lord Legislador.

—Lo intentaste —replicó Kelsier, con el corazón acelerado. El otro plan, el plan secreto—. Pero no puedes matarme, lord Tirano. Represento aquello que nunca has podido matar, no importa cuánto lo hayas intentado. Yo soy la esperanza.

El lord Tirano bufó despectivo. Alzó un brazo como si tal cosa.

Kelsier se preparó. No podía luchar contra alguien que era inmortal.

No estando vivo, al menos.

«Mantente firme. Dales algo que recordar».

El lord Legislador descargó un revés contra él. Un dolor lacerante recorrió el cuerpo de Kelsier como si fuera un relámpago. En ese momento, Kelsier avivó el undécimo metal y captó un atisbo de algo nuevo.

El lord Legislador de pie en una sala, ¡no, en una caverna! El lord Legislador metiéndose en un estanque brillante y el mundo girando a su alrededor, las rocas desmoronándose, la estancia retorciéndose, todo *cambiando*.

La visión se disipó.

Kelsier murió.

Resultó ser un proceso mucho más doloroso de lo que había anticipado. En lugar de un suave desvanecimiento hacia la nada, sintió una horrorosa sensación de rasgado, como si fuese una tela atrapada entre las fauces de dos perros feroces.

Chilló, intentando a la desesperada mantenerse unido. Su voluntad no significaba nada. Fue desgarrado, arrancado y lanzado a un lugar de infinitas brumas revueltas.

Cayó de rodillas, jadeante, dolorido. Ni siquiera estaba seguro de sobre qué estaba arrodillado, ya que por debajo parecía haber solo más bruma. El suelo titilaba como si fuese líquido y era suave al tacto.

Se quedó allí de rodillas, estoico, sintiendo cómo iba desapareciendo poco a poco el dolor. Por fin pudo destensar la mandíbula y gemir.

Estaba vivo. Más o menos.

Consiguió alzar la mirada. La misma densa grisura se removía por todo su alrededor. ¿Era la nada? No, porque podía ver formas en ella, sombras. ¿Colinas? Y en lo alto del cielo, una especie de luz. Un sol diminuto, quizá, como visto a través de espesas nubes grises.

Kelsier respiró varias veces antes de gruñir y ponerse de pie.

—Bueno —proclamó—, eso ha sido horroroso del todo.

Por lo visto, sí que había algo después de la muerte, lo que resultó un descubrimiento agradable. ¿Significaba... significaba que Mare seguía por allí, en alguna parte? Kelsier siempre se había valido de los tópicos, siempre había dicho a los demás que algún día volvería a estar con ella. Pero en el fondo nunca lo había creído, nunca había pensado de verdad...

El fin no era el fin. Kelsier sonrió de nuevo, en esa ocasión emocionado de verdad. Dio una vuelta completa, y mientras inspeccionaba su entorno, la bruma pareció retroceder. No, la sensación fue más como si Kelsier se solidificara, como si entrara por completo en aquel lugar. La retirada de la niebla fue más como si su propia mente estuviera aclarándose.

La bruma se condensó en distintas formas. Las sombras que había confundido con colinas eran edificios, borrosos y formados de cambiante bruma. El suelo bajo sus pies también era bruma, una profunda extensión, como si estuviera sobre la superficie del océano. Era suave al tacto, como la tela, y hasta un poco mullido.

Cerca de él estaba el carro de prisioneros volcado, pero estaba compuesto de bruma. Esa bruma cambiaba y se movía, pero el carro conservaba su forma. Era como si la niebla estuviera atrapada por una fuerza invisible para retener una forma concreta. Lo más chocante era que las rejas del carro brillaban en aquel lado. Complementándolas, aparecieron otros puntitos de luz al rojo blanco a su alrededor, salpicando el paisaje. Pomos de puerta. Pestillos de ventanas. Todo lo que había en el mundo de los vivos tenía su reflejo en aquel lugar y, aunque casi todo era bruma sombría, el metal aparecía como una luz poderosa.

Algunas de aquellas luces se movían. Kelsier frunció el ceño, se acercó a una de ellas y solo entonces cayó en la cuenta de que muchas de las luces correspondían a personas. Las veía como intensos brillos blancos que irradiaban a partir de figuras humanas.

«El metal y las almas son lo mismo», observó. ¿Quién lo habría dicho?

Al empezar a orientarse, comprendió lo que estaba ocurriendo en el mundo de los vivos. Miles de luces se movían, alejándose. La multitud

huía de la plaza. Una poderosa luz, con una silueta alta, caminaba a zancadas en otra dirección. El lord Legislador.

Kelsier intentó seguirlo, pero tropezó con algo que había en el suelo. Había una forma brumosa tendida, atravesada por una lanza. El cadáver del propio Kelsier.

Tocarlo fue como recordar una buena experiencia. Los aromas familiares de su juventud. La voz de su madre. El calor del cuerpo de Mare, tendida en una colina junto a él, viendo caer la ceniza.

Esas experiencias se deslizaron y parecieron enfriarse. Una luz de entre la masa de gente escapando —era difícil distinguir a los individuos, con todo el mundo iluminado— corrió hacia él. Al principio Kelsier pensó que quizás esa persona hubiera visto su espíritu. Pero no, llegó a toda prisa hasta su cadáver y se arrodilló.

Ahora que la tenía cerca, Kelsier pudo distinguir los detalles de los rasgos de esa persona, tallados en bruma y brillando desde el interior.

—Ay, mi niña —dijo Kelsier—. Lo siento.

Extendió los brazos, acunó la cara de Vin mientras lloraba sobre su cadáver y descubrió que podía sentirla. Resultaba sólida a sus dedos etéreos. Vin no parecía poder sentir su contacto, pero Kelsier captó una visión de ella en el mundo real, con las mejillas surcadas de lágrimas.

Las últimas palabras que le había dicho habían sido duras, ¿verdad? Quizá fuese mejor que Mare y él nunca hubieran tenido niños.

Una figura brillante salió entre la multitud a la fuga y agarró a Vin. ¿Era Ham? Tenía que serlo, con ese perfil. Kelsier se levantó y los vio marcharse. Había puesto en marcha planes para ellos. Quizá lo odiarían por haberlo hecho.

—Has dejado que te mate.

Kelsier se volvió, sorprendido de encontrar a alguien a su lado. No era una figura hecha de niebla, sino un hombre vestido con extraños ropajes: un abrigo fino de lana que le llegaba casi a los pies y, debajo de él, una camisa cerrada con lazos y una especie de falda cónica, sujetada por un cinturón que sostenía también un cuchillo con empuñadura de hueso.

El hombre era bajito, de cabello oscuro y prominente nariz. Al contrario que las demás personas, hechas de luz, aquel hombre parecía normal como Kelsier. Teniendo en cuenta que él estaba muerto, ¿sería el hombre otro espíritu?

—¿Quién eres? —exigió saber Kelsier.

—Ah, creo que ya lo sabes.

El hombre cruzó la mirada con Kelsier, que en sus ojos vio la eternidad. Una eternidad fría y tranquila, la eternidad de las rocas viendo pasar las generaciones, o la de las despreocupadas profundidades que no reparaban en el paso de los días porque, de todos modos, la luz nunca las alcanzaba.

—Vaya, hombre —dijo Kelsier—. ¿De verdad existe un Dios?

—Sí.

Kelsier le atizó un puñetazo.

Fue un golpe limpio y potente, lanzado desde el hombro mientras alzaba el otro brazo para bloquear un posible contraataque. Dox estaría orgulloso.

Dios no lo esquivó. El puñetazo de Kelsier lo alcanzó en toda la cara, encajando con un satisfactorio golpe seco. El golpe tiró a Dios al suelo, aunque cuando alzó la mirada parecía más sorprendido que dolorido.

Kelsier se acercó a él.

—¿Se puede saber qué te pasa? ¿Existes y permites que pase todo esto? —preguntó, abarcando con un gesto la plaza donde, para su horror, vio luces apagarse. Los inquisidores estaban atacando a la multitud.

—Hago lo que puedo. —La figura caída pareció distorsionarse un momento, con algunas partes expandiéndose como la bruma escapando de su confinamiento—. Hago... hago lo que puedo. Está en marcha, ¿sabes? Yo...

Kelsier retrocedió un paso y puso los ojos como platos cuando Dios se descompuso y luego volvió a cobrar forma.

A su alrededor, otras almas hicieron la transición. Sus cuerpos dejaron de brillar y sus almas llegaron trastabillando a aquella tierra de brumas: tropezando, cayendo, como si las hubieran expulsado de sus cuerpos. Una vez habían llegado, Kelsier las veía en color. El mismo hombre, Dios, aparecía cerca de todas ellas. De pronto hubo más de una docena de versiones de él, todas idénticas, cada una hablando con un muerto.

La versión de Dios que había junto a Kelsier se levantó y se frotó la mandíbula.

—Eso no lo había hecho nadie antes.

—¿Cómo, de verdad? —preguntó Kelsier.

—No. Las almas suelen estar demasiado desorientadas. Pero algunas sí que corren. —Miró a Kelsier.

Kelsier cerró los puños. Dio retrocedió un paso y, para regocijo de Kelsier, llevó la mano al cuchillo de su cinturón.

Bueno, Kelsier no iba a atacarlo, no de nuevo. Pero había escuchado el desafío implícito en sus palabras. ¿Iba a correr? Por supuesto que no. ¿Hacia dónde podía correr?

Cerca de ellos, una desafortunada mujer skaa llegó tropezando a la ultratumba, y luego, casi de inmediato, se descompuso. Su silueta se alargó, transformándose en una neblina blanca de la que algo tiraba hacia un punto lejano y oscuro. O al menos eso parecía, aunque el punto hacia el que se extendía no era un lugar, no del todo. Era el más allá. Una posición que de algún modo se mantenía distante, alejada de él se moviera hacia donde se moviera.

La mujer se estiró y terminó de desvanecerse. Otros espíritus de la plaza la imitaron.

Kelsier se volvió hacia Dios.

—¿Qué está pasando?

—No creerías que esto era el final, ¿verdad? —dijo Dios, recorriendo con un gesto de la mano aquel mundo sombrío—. Esto es el paso intermedio. Posterior a la muerte y anterior a...

—¿Anterior a qué?

—Anterior al Más Allá —dijo Dios—. Al Otro Lugar. Al que deben ir las almas. Al que debe ir la tuya.

—Aún no he ido.

—Los alomantes tardan más, pero terminará ocurriendo. Es el progreso natural de las cosas, como un río que fluye hacia el océano. Yo no estoy aquí para hacer que ocurra, sino para consolaros en vuestra partida. Lo considero una especie de deber que me impone mi cargo. —Se frotó un lado de la cara y lanzó a Kelsier una mirada furiosa que expresaba a las claras lo que opinaba de su saludo.

Cerca, otras dos personas se disiparon hacia sus eternidades. Parecieron aceptarlo, pasar a aquella nada estirada con sonrisas de alivio y bienestar. Kelsier miró aquellas almas que se marchaban.

—Mare —susurró.

—Fue al Más Allá. Como harás tú.

Kelsier miró hacia aquel punto del Más Allá, el lugar hacia el que se veían atraídos todos los muertos. Sintió cómo, tenueamente, empezaba a tirar también de él.

«No. Todavía no».

—Necesitamos un plan.

—¿Un plan? —preguntó Dios.

—Para sacarme de esto. Tal vez necesite que me ayudes.

—No hay forma de salir de esto.

—Menuda actitud más lamentable —dijo Kelsier—. No resolveremos nada si continúas hablando así.

Miró su propio brazo, que lo desconcertó al empezar a desdibujarse, como la tinta en una página que por error se frota antes de secarla. Notó un drenaje.

Empezó a caminar y se obligó a avivar el ritmo. No pensaba quedarse allí plantado mientras la eternidad intentaba absorberlo.

—Es natural no estar convencido —dijo Dios mientras lo alcanzaba—. Muchos sienten ansiedad. Tranquilízate. Aquellos a los que dejas atrás hallarán su propio camino, y tú...

—Sí, sí, estupendo —lo interrumpió Kelsier—. No hay tiempo para lecciones. Dime, ¿alguien ha resistido alguna vez que lo absorba el Más Allá?

—No. —La forma de Dios titiló y se desmadejó de nuevo antes de volver a componerse—. Ya te lo he dicho.

«Vaya —pensó Kelsier—, él también parece a punto de desmoronarse».

En fin, había que usar lo que se tenía a mano.

—Seguro que se te ocurre alguna idea que pueda probar, Borrón.

—¿Cómo me has llamado?

—Borrón. De alguna forma tengo que llamarte.

—Podrías probar con «mi señor» —dijo Borrón, y resopló.

—Sería un mote espantoso para un miembro de mi banda.

—Miembro de...

—Necesito un equipo —dijo Kelsier, sin dejar de recorrer a grandes pasos la versión sombría de Luthadel—. Como puedes ver, mis opciones están limitadas. Preferiría tener a Dox, pero tiene que lidiar con el hombre que afirma ser tú. Además, la iniciación a este equipo mío te va a encantar.

—Pero...

Kelsier se volvió y agarró al otro hombre, más bajo, por los hombros. Los brazos de Kelsier estaban difuminándose más, atraídos como el agua por la corriente de un arroyo invisible.

—Mira —dijo Kelsier sin levantar la voz pero con tono urgente—, has dicho que estás aquí para consolarme. Pues la forma de hacerlo es esta. Si tienes razón, nada de lo que pueda hacer servirá de nada, así que ¿por qué no me concedes el capricho? Déjame vivir una última emoción mientras me enfrento al destino definitivo.

Borrón suspiró.

—Sería mejor que aceptaras lo que sucede.

Kelsier sostuvo la mirada a Borrón. Se le acababa el tiempo: podía sentirse a sí mismo deslizándose hacia el olvido, hacia aquel punto lejano de nada, oscuro e incognoscible. Pero aun así, le sostuvo la mirada. Si aquella criatura se comportaba en lo más mínimo como el ser humano cuya apariencia adoptaba, sostenerle la mirada confiado, sonriente y seguro de sí mismo funcionaría. Borrón cedería.

—Vaya —dijo Borrón—. No solo eres el primero en darme un puñetazo, sino también el primero que intenta reclutarme. Eres un hombre de lo más extraño.

—No conoces a mis amigos. Comparado con ellos, soy normal. Ideas, por favor.

Empezó a recorrer una calle, moviéndose solo por moverse. Había construcciones de viviendas a los dos lados, compuestas de bruma en movimiento. Parecían los fantasmas de edificios. A veces una oleada, un centelleo, se entreveía a través del suelo y de los edificios y hacía que la bruma se retorciera y serpenteara.

—No sé que esperas que te diga —afirmó Borrón, correteando para mantenerse a la altura de Kelsier—. Los espíritus que llegan a este lugar se ven atraídos hacia el Más Allá.

—Tú no.

—Yo soy un dios.

«Un dios. No “Dios” y punto. Tomo nota».

—Bueno —dijo Kelsier—, ¿y qué parte de ser un dios es la que te hace inmune?

—Todas ellas.

—No puedo evitar la sensación de que no estás aportando mucho a este equipo, Borrón. Venga, échame una mano. Has dicho que los alomantes duran más. ¿Los feruquimistas también?

—Sí.

—Las personas con poder —concluyó Kelsier, señalando las lejanas agujas de Kredik Shaw.

Estaban en la calle por la que se había marchado el lord Legislador, en dirección a su palacio. Aunque el carroje del lord Legislador ya estaba lejos, Kelsier aún distinguía su alma brillando en algún lugar, por allí arriba. Mucho más resplandeciente que las demás.

—¿Y qué pasa con él? —preguntó Kelsier—. Dices que todo el mundo debe doblegarse a la muerte, pero a todas luces no es cierto. Él es inmortal.

—Él es un caso especial —dijo Borrón, animándose—. Él tiene formas de no morir de buen principio.

—¿Y si muriera? —insistió Kelsier—. Duraría en este lado incluso más que yo, ¿verdad?

—Ah, ya lo creo —dijo Borrón—. Él Ascendió, aunque fuese solo durante poco tiempo. Blandió el suficiente poder para expandir su alma.

«Entendido. Expandir mi alma».

—Yo... —Dios titubeó mientras su forma se distorsionaba—. Esto... —Agachó la cabeza—. ¿Qué estaba diciendo?

—Me explicabas cómo expandió su alma el lord Legislador.

—Fue una delicia —dijo Dios—. ¡Fue todo un espectáculo! Y ahora está Conservado. Me alegro de que no encontraras una forma de destruirlo. Todos los demás mueren, pero él no. Es maravilloso.

—¿Maravilloso? —A Kelsier le entraron ganas de escupir—. Es un tirano, Borrón.

—Es inmutable —replicó Dios, a la defensiva—. Es un espécimen brillante. Único. No apruebo a lo que se dedica, pero se puede empatizar con el cordero a la vez que se admira al león, ¿verdad?

—¿Por qué no detenerlo? Si no apruebas a lo que se dedica, ¡haz algo al respecto!

—Venga, venga —dijo Dios—. Tampoco nos precipitemos. ¿Qué se conseguiría quitándolo de en medio? En su lugar se alzaría otro líder más transitorio que provocaría más caos y muertes que las que ha causado el lord Legislador. Es mejor que haya estabilidad. Sí. Un líder constante.

Kelsier sintió que se estiraba más. No tardaría en desaparecer. No parecía que su nuevo cuerpo pudiera sudar, porque de haber podido, sin duda ya tendría la frente inundada.

—¿No te gustaría ver a otro hacer lo mismo que él? —preguntó Kelsier
—. Expandir su alma, digo.

—Imposible. El poder del Pozo de la Ascensión no estará reunido y listo hasta dentro de más de un año.

—¿Cómo? —dijo Kelsier—. ¿El Pozo de la Ascensión?

Se estrujó los sesos tratando de recordar las cosas que le había explicado Sazed sobre la religión y la fe. Era un tema demasiado amplio, casi abrumador. Kelsier había estado jugando a la rebelión y los tronos, centrándose en la religión solo cuando consideraba que podía convenir para sus planes y durante todo ese tiempo, *aquello* había estado de fondo, ignorado e inadvertido.

Se sintió como un niño.

Borrón siguió hablando, ajeno al momento de iluminación de Kelsier.

—Pero no, tu no podrías usar el Pozo. He fracasado en mi intento de encerrarlo. Ya sabía que lo haría, porque él es más fuerte. Su esencia se filtra en las formas naturales. Sólido, líquido, gas. Por la forma en que creamos el mundo. Tiene planes. Pero ¿son más profundos que los míos o por fin he podido aventajarlo?

Borrón volvió a distorsionarse. Su diatriba apenas tenía sentido para Kelsier. Le daba la sensación de que era importante, pero sencillamente no era urgente.

—El poder está regresando al Pozo de la Ascensión —dijo Kelsier.

Borrón vaciló.

—Hum. Sí. Esto... pero está muy, muy lejos. Sí, demasiado lejos para que puedas llegar. Lástima.

Dios, al parecer, era muy mal mentiroso.

Kelsier lo asió y el hombrecillo se encogió.

—Dime dónde —le pidió—. Por favor. Ya me noto estirado, deshaciéndome, siendo arrastrado. Por favor.

Borrón se soltó de sus manos. Los dedos de Kelsier, o más bien los dedos de su alma, ya no funcionaban tan bien.

—No —zanjó Borrón—. No, no está bien. Si lo tocaras, quizá solo incrementaras el poder de él. Te marcharás, como todos los demás.

«Como quieras —pensó Kelsier—. Tendré que estafarte, pues».

Se dejó caer contra la pared de un edificio fantasmal. Suspiró y descendió hasta sentarse con la espalda contra la pared.

—De acuerdo.

—¡Muy bien, eso es! —exclamó Borrón—. Mejor. Mucho mejor, ¿a que sí?

—Sí —respondió Kelsier.

Dios pareció relajarse. Con cierto malestar, Kelsier se fijó en que Dios seguía teniendo fugas. La bruma escapaba de su cuerpo por unos pocos puntitos minúsculos. Aquella criatura era como una bestia herida que seguía cumpliendo con calma su rutina diaria sin hacer caso de las mordeduras.

Quedarse quieto era difícil. Más difícil de lo que había sido enfrentarse al lord Legislador. Kelsier anhelaba correr, chillar, retorcerse, moverse. La sensación de estar siendo absorbido era espantosa de verdad.

Se las ingenió para aparentar relajación.

—¿Me habías hecho una pregunta? —dijo, como si estuviera muy cansado y le costara hablar—. Cuando has aparecido a mi lado.

—¡Ah! —recordó Borrón—. Sí. Has dejado que te mate. Eso no me lo esperaba.

—Eres Dios. ¿No puedes ver el futuro?

—Hasta cierto punto —dijo Borrón en tono animado—. Pero está confuso, muy confuso. Demasiadas posibilidades. Esta no la vi entre

ellas, aunque supongo que allí estaría. Tienes que decírmelo. ¿Por qué has dejado que te mate? Al final, te has quedado quieto sin más.

—No podría haber huido —dijo Kelsier—. En el momento en que ha llegado el lord Legislador, ha dejado de haber escapatoria. Tenía que enfrentarme a él.

—Ni siquiera has luchado.

—He usado el undécimo metal.

—Ha sido una idiotez —dijo Dios. Empezó a pasear en torno a Kelsier—. Eso ha sido por la influencia de Ruina en ti. Pero ¿con qué objeto? No entiendo por qué quería que tuvieras ese metal inútil. —Se animó—. Y menuda pelea, la tuya contra el inquisidor. Sí, he visto muchas cosas, pero esa no se parecía a ninguna. Impresionante, aunque desearía que no hubieras provocado tanta destrucción, Kelsier.

Siguió caminando, pero en su paso parecía haber algo más de brío. Kelsier no había esperado que Dios fuese tan humano. Emocionable, incluso energético.

—He visto una cosa —dijo Kelsier—, mientras el lord Legislador me mataba. La persona que pudo ser una vez. ¿Su pasado? ¿Una versión de su pasado? Estaba en el Pozo de la Ascensión.

—¿Ah, sí? Hum. Sí, habrá sido el metal, avivado justo en el momento de la transición. ¿Has echado un vistazo al Reino Espiritual, pues? ¿Su Conexión y su pasado? Estabas empleando la esencia de Ati, por desgracia. No es de fiar, ni siquiera en forma diluida. Solo que... — Frunció el ceño e inclinó la cabeza a un lado, como si intentara recordar algo que había olvidado.

—Otro dios —susurró Kelsier, cerrando los ojos—. Dices que... ¿lo atrapaste?

—Se liberará en algún momento. Es inevitable. Pero retenerlo no es mi última jugada. No puede serlo.

«Quizá debería dejarme llevar y punto», pensó Kelsier, cayendo en la inconsciencia.

—Ahí estamos —dijo Dios—. Adiós, Kelsier. Lo serviste a él más a menudo que a mí, pero respeto tus intenciones, como también tu notable capacidad para Conservarte a ti mismo.

—La vi —susurró Kelsier—. Una caverna en lo alto de las montañas. El Pozo de la Ascensión...

—Sí —dijo Borrón—. Es donde lo situé.

—Pero... —dijo Kelsier, estirándose—. Él lo trasladó.

—Naturalmente.

¿Qué haría el lord Legislador con una fuente de tanto poder? ¿La escondería muy lejos?

¿O la guardaría muy, muy cerca, al alcance de sus dedos? ¿Kelsier no había visto pieles, como las que llevaba el lord Legislador en su visión? Las había visto en una cámara protegida por un inquisidor. En un edificio dentro de un edificio, oculto en las profundidades del palacio.

Kelsier abrió los ojos.

Borrón se volvió hacia él.

—¿Qué?

Kelsier se puso en pie de un salto y echó a correr. No quedaba mucho de su yo, solo una imagen vaga y emborronada. Los pies sobre los que corría eran manchas distorsionadas, su figura una tela vaciada y desenmarañada. Apenas lograba encontrar apoyo en el terreno brumoso y, cuando topó contra un edificio, se impulsó a través de él, como si la pared no fuese más que una brisa intensa.

—Conque al final sí que eres de los que corren —dijo Borrón, apareciendo junto a él—. Kelsier, hijo mío, con esto no lograrás nada. Pero supongo que no podía esperar menos de ti. Tenías que darte cabezazos contra tu destino a lo loco hasta el último momento.

Kelsier apenas oía las palabras. Se concentró en correr, en resistir aquella fuerza que tiraba de él hacia atrás, hacia la nada. Corría contra la misma muerte, que ya cerraba sus fríos dedos en torno a él.

Corre.

Concéntrate.

Esfuérzate en ser .

La huida le recordó otro momento, en el que trepaba por un pozo con los brazos ensangrentados. ¡No lo atraparían!

Se guio por el latido, por la oleada que recorría el mundo sombrío a intervalos regulares. Buscó su origen. Pasó a la carrera atravesando edificios, cruzando avenidas, sin hacer caso ni al metal ni a las almas de los hombres hasta que llegó a la gris y neblinosa silueta de Kredik Shaw, la Colina de las Mil Torres.

Fue allí donde Borrón pareció darse cuenta de lo que ocurría.

—¡Cuervo con lengua de zinc! —exclamó el dios, moviéndose a su lado sin esfuerzo mientras Kelsier corría con todas sus fuerzas—. No llegarás a él a tiempo.

Kelsier corría de nuevo a través de la bruma. Las paredes, las personas y los edificios se diluyeron. No había nada más que oscura y arremolinada bruma.

Pero la bruma nunca había sido su enemiga.

Con el atronar de aquellos latidos como guía, Kelsier se abrió paso entre la turbulenta nada hasta que de repente apareció ante él una columna de luz refulgente. ¡Allí estaba! Podía verla, ardiendo entre la bruma. Casi alcanzaba a tocarla, casi alcanzaba a...

Lo estaba perdiendo. Se estaba perdiendo a sí mismo. Ya no podía moverse.

Algo lo asíó.

—Por favor —susurró Kelsier, cayendo, resbalando.

Esto no está bien. La voz de Borrón.

—¿Quieres ver una cosa espectacular? —susurró Kelsier—. Ayúdame a vivir. Yo te mostraré algo espectacular de verdad.

Borrón titiló y Kelsier notó que la divinidad vacilaba. Al momento, captó una sensación de propósito, como si se encendiera una lámpara, y oyó una risa.

Muy bien. Sé Preservado, Kelsier. Superviviente.

Algo lo empujó hacia delante y Kelsier se hizo uno con la luz.

A los pocos instantes despertó con un parpadeo. Estaba tumbado en el mundo brumoso, pero su cuerpo, o más bien su espíritu, se había recompuesto. Yacía en un estanque de luz que era como metal líquido. Notó su calor rodeándolo por todas partes, insuflándole vigor.

Distinguió una caverna neblinosa en torno al estanque. Parecía de roca natural, aunque no podía estar seguro porque en aquel lado todo era bruma.

El latido le recorrió todo el cuerpo.

—El poder —dijo Borrón, de pie al borde de la luz—. Ahora formas parte de él, Kelsier.

—Sí —respondió Kelsier, poniéndose de pie y goteando luz radiante—. Puedo sentirlo, vibrando dentro de mí.

—Estás atrapado con él —dijo Borrón. Parecía hueco, lánguido, en comparación con la poderosa luz en la que se alzaba Kelsier—. Te lo advertí. Esto es una cárcel.

Kelsier se sentó y siguió respirando.

—Estoy vivo.

—Según una definición muy laxa de la palabra.

Kelsier sonrió.

—Me basta.



La inmortalidad resultó ser mucho más frustrante de lo que había esperado Kelsier.

Por supuesto, no sabía si de verdad era inmortal o no. No tenía pulso, hecho que solo lo inquietaba cuando se fijaba en él, y no necesitaba respirar. Pero ¿cómo podía saber si su alma envejecería o no en aquel lugar?

En las horas que siguieron a su supervivencia, Kelsier inspeccionó su nuevo hogar. Dios había estado en lo cierto: era una cárcel. El estanque en el que estaba ganaba profundidad hacia el centro, y estaba lleno de una luz líquida que parecía el reflejo de algo más potente al otro lado.

Por suerte, aunque el Pozo no era ancho, solo dejaba de hacer pie en su mismo centro. Podía quedarse por el borde y estar solo sumergido en la luz hasta la cintura. Era poco densa, menos que el agua, y apenas planteaba resistencia al movimiento.

También podía salir del estanque y su columna de luz asociada para sentarse en la roca. En aquella caverna todo estaba hecho de bruma, pero los bordes del Pozo... Allí parecía poder ver mejor la piedra, captarla con más detalle. Hasta daba la sensación de tener algún color. Como si aquel lugar fuese en parte espiritual, como él.

Podía sentarse en el borde del Pozo y dejar las piernas colgando en la luz. Pero si intentaba alejarse demasiado, unos zarcillos neblinosos de aquel mismo poder lo perseguían y lo retenían como cadenas. Apenas le dejaban apartarse un par de metros del estanque. Probó a hacer fuerza, empujar, correr y lanzarse hacia fuera, pero nada surtió efecto. Siempre notaba un fuerte tirón cuando se alejaba demasiado.

Después de pasar unas horas intentando liberarse, Kelsier se dejó caer junto al Pozo, sintiéndose... ¿agotado? ¿Era esa la forma de describirlo? No tenía cuerpo y no sentía ninguno de los síntomas habituales del cansancio. No le dolía la cabeza ni notaba los músculos tirantes. Pero sí

que estaba fatigado. Raído, como una vieja bandera dejada ondear a la intemperie durante demasiadas tormentas.

Se obligó a relajarse y hacer inventario de lo poco que podía distinguir de su entorno. Borrón ya no estaba: algo había llamado la atención del dios al poco tiempo de la Conservación de Kelsier y se había esfumado. Su ausencia dejaba a Kelsier con una caverna hecha de sombras, el propio estanque reluciente y unas columnas aquí y allá en la cámara. Al fondo, vio el brillo de unos trozos de metal, aunque no pudo discernir qué eran.

Aquello componía la suma de su existencia. ¿Acaba de encerrarse a sí mismo en aquella celda tan pequeña para toda la eternidad? Sería la ironía definitiva habérselas ingeniado para engañar a la muerte y encontrarse sufriendo un destino mucho peor.

¿Qué le ocurriría a su mente si pasaba allí dentro unas cuantas décadas? ¿Unos cuantos *siglos*?

Se sentó al borde del Pozo y trató de distraerse pensando en sus amigos. En el momento de su muerte había confiado en sus planes, pero empezaba a ver demasiados agujeros en su complot para inspirar una revolución. ¿Y los skaa no se revelaban? ¿Y si los suministros que había preparado no bastaban?

Incluso si todo eso saliera bien, demasiadas cosas iban a depender de unos hombres muy poco preparados. Y de una joven excepcional.

Unas luces le llamaron la atención y se levantó de un salto, ansioso por cualquier distracción. Un grupo de siluetas, de almas brillantes, habían entrado en aquella sala en el mundo de los vivos. Tenían algo raro. Sus ojos...

Inquisidores.

Kelsier se negó a encogerse, aunque todos sus instintos lo empujaban a asustarse de aquellas criaturas. Había derrotado a uno de sus campeones. Ya no iba a temerlos. Echó a pasear por sus confines, intentando averiguar qué era lo que los tres inquisidores cargaban en su dirección. Era algo grande y pesado, pero que no brillaba en absoluto.

«Un cadáver —comprendió Kelsier—. Decapitado».

¿Era el que había matado él? Sí, tenía que serlo. Otro inquisidor llevaba con actitud reverente los clavos del muerto, que eran un buen montón, juntos dentro de un gran frasco de líquido. Kelsier escrutó en su interior, dando un paso fuera de su prisión, tratando de determinar qué estaba viendo.

—Sangre —dijo Borrón, apareciendo de repente a su lado—. Guardan los clavos en sangre hasta que puedan volver a utilizarlos. Así se evita que pierdan su efectividad.

—Vaya —dijo Kelsier, apartándose mientras los inquisidores arrojaban el cadáver al Pozo, seguido de la cabeza. Ambos se evaporaron—. ¿Esto lo hacen mucho?

—Siempre que muere uno de los suyos —respondió Borrón—. Dudo que sepan siquiera lo que hacen. Echar un cuerpo muerto a ese estanque es el colmo del sinsentido.

Los inquisidores se marcharon con los clavos del caído. A juzgar por sus figuras encorvadas, las cuatro criaturas estaban exhaustas.

—Mi plan —dijo Kelsier mirando a Borrón—, ¿cómo marcha? A estas alturas, mi banda ya debería haber encontrado el almacén. La gente de la ciudad... ¿ha funcionado? ¿Los skaa están furiosos?

—¿Eh? —dijo Borrón.

—La revolución, el plan —insistió Kelsier, acercándose a él. Dio retrocedió hasta quedar justo fuera del alcance de Kelsier, bajando la mano hacia el cuchillo que llevaba al cinto. Quizá aquel puñetazo de antes no fue tan buena idea—. Borrón, escúchame. Tienes que ir a azuzarlos un poco. Nunca tendremos una oportunidad mejor de derrocarlo.

—El plan... —farfulló Borrón. Se desmadejó por un instante antes de regresar—. Sí, había un plan. Yo recuerdo que tenía un plan. Cuando era más listo.

—El plan —dijo Kelsier— es hacer que los skaa se rebelen. Dará igual lo poderoso que sea el lord Legislador, y dará igual que sea inmortal, cuando lo tengamos encadenado y encerrado.

Borrón asintió con la cabeza, distraído.

—¿Borrón?

El dios se sacudió, lanzó una mirada a Kelsier y, poco a poco, los lados de su cabeza empezaron a descomponerse, como una alfombra deshilachándose en hebras que se escurrían y desaparecían.

—Me está matando, ¿sabes? Quiere acabar conmigo antes del próximo ciclo, aunque quizás pueda resistir. ¿Me oyes, Ruina? ¡Aún no estoy muerto! Sigo... sigo aquí...

«Vaya, vaya —pensó Kelsier con frialdad—. Dios está perdiendo la chaveta».

Borrón empezó a caminar adelante y atrás.

—Sé que estás escuchando, cambiando lo que escribo, lo que he escrito. Estás centrando solo en ti nuestra religión. Ya apenas recuerdan la verdad. Sutil como siempre, gusano.

—Borrón —dijo Kelsier—, ¿podrías ir un momento y...?

—Necesitaba una señal —susurró Borrón, deteniéndose cerca de Kelsier—. Algo que él no pudiera cambiar. Un símbolo del alma que enterré. El punto de ebullición del agua, diría yo. ¿O quizás su punto de congelación? Pero ¿y si las unidades cambian con los años? Necesitaba algo que fuese a recordarse siempre. Algo que puedan reconocer de inmediato. —Se inclinó hacia él—. Dieciséis.

—¿Dieciséis? —repitió Kelsier.

—Dieciséis —dijo Borrón—. Muy hábil, ¿no te parece?

—Porque significa...

—El número de metales —dijo Borrón—. En la alomancia.

—Son diez. Once, si cuentas el que descubrí yo.

—¡Qué va! No, no, menuda chorrada. Dieciséis. Es el número perfecto. Lo verán. Tienen que verlo. —Borrón empezó a caminar de nuevo y su cabeza regresó, o casi, a su estado anterior.

Kelsier se sentó en el límite de su prisión. Los actos de Dios eran mucho más erráticos que antes. ¿Había cambiado algo o, como sucedía a los humanos con enfermedades mentales, Dios sencillamente tenía unos momentos mejores que otros?

Borrón levantó la mirada de sopetón. Crispó el gesto y volvió los ojos hacia el techo, como si fuera a caerle encima. Abrió la boca y movió la mandíbula, pero no emitió sonido alguno.

—¿Qué...? —dijo al cabo—. ¿Qué has hecho?

Kelsier se levantó en su celda.

—¿Qué has hecho? —chilló Borrón.

Kelsier sonrió.

—Tener esperanza —respondió con suavidad—. He tenido esperanza.

—Él era perfecto —dijo Borrón—. Era el único de entre vosotros que...

Se giró de repente y miró hacia la estancia ensombrecida que había más allá de la cárcel de Kelsier.

Había alguien al fondo. Una figura alta e imponente que no estaba hecha de luz. Ropa que le sonaba, en blanco y negro, contrastando consigo misma.

El lord Legislador. Su espíritu, al menos.

Kelsier salió al círculo de piedra que rodeaba el estanque y esperó mientras el lord Legislador andaba con paso firme hacia la luz del Pozo. Se detuvo de golpe al reparar en la presencia de Kelsier.

—Te maté —dijo el lord Legislador—. Dos veces. Y aun así, vives.

—Sí. Todos sabemos lo muy incompetente que puedes llegar a ser. Me alegro de que tú mismo empieces a darte cuenta. Reconocerlo es el primer paso.

El lord Legislador soltó un bufido y miró a su alrededor hacia las diáfanas paredes de la cámara. Su mirada pasó sobre Borrón, pero no prestó demasiada atención al dios.

Kelsier estaba exultante. Ella lo había logrado. Lo había logrado de verdad. ¿Cómo? ¿Había algún secreto que él hubiera pasado por alto?

—Esa sonrisa es insufrible —dijo el lord Legislador a Kelsier—. Te maté de verdad.

—Y yo te he devuelto el favor.

—Tú no me has matado, Superviviente.

—Forjé la hoja que lo ha hecho.

Borrón carraspeó.

—Es mi deber acompañarte durante la transición. Tranquilízate y no...

—Silencio —interrumpió el lord Legislador, mientras inspeccionaba la cárcel de Kelsier—. ¿Sabes lo que has hecho, Superviviente?

—He ganado.

—Has liberado a Ruina sobre el mundo. Eres un peón. Te enorgulleces como un soldado en el campo de batalla, que confía en controlar su propio destino sin pensar en sus miles y miles de compañeros. —Negó

con la cabeza—. Solo falta un año. Qué cerca ha estado. Podría haber rescatado de nuevo este planeta que tan poco lo merece.

—Esto es solo... —Borrón tragó saliva—. Esto es solo un paso intermedio. Posterior a la muerte y anterior al Más Allá. Donde deben ir las almas. Donde debe ir la tuya, Rashek.

¿Rashek? Kelsier volvió a mirar al lord Legislador. A los terrisanos no se los podía distinguir por el tono de piel, aunque mucha gente creyera que sí. Había terrisanos de piel oscura y otros de piel más clara. Aun así, cualquiera habría dicho...

«La sala llena de pieles. Este hombre, en el frío».

Qué tonto había sido. Aquello era lo que significaba, por supuesto.

—Era todo mentira —dijo Kelsier—. Un truco. ¿Tu legendaria inmortalidad? ¿Tu capacidad de curación? Feruquimia. Pero ¿cómo te hiciste alomante?

El lord Legislador anduvo hasta el mismo límite de la columna de luz que se alzaba desde la prisión, y los dos hombres se miraron entre ellos. Igual que habían hecho en aquella plaza de arriba, estando vivos.

Entonces el lord Legislador metió la mano en la luz.

Kelsier tensó la mandíbula y tuvo una repentina y espeluznante visión de sí mismo pasando la eternidad con el hombre que había asesinado a Mare. Pero el lord Legislador sacó la mano, dejando una estela como si la luz fuese melaza. Giró la mano e inspeccionó el brillo, que terminó apagándose.

—Y ahora, ¿qué? —preguntó Kelsier—. ¿Vas a quedarte aquí?

—¿Aquí? —El lord Legislador soltó una carcajada—. ¿Con un ratón impotente y una rata mestiza? Por favor.

Cerró los ojos y, al instante, se estiró hacia aquel punto que desafiaba la geometría. Fue perdiendo forma hasta desaparecer del todo.

Kelsier se quedó boquiabierto.

—¿Se ha marchado?

—Al Otro Lugar —respondió Borrón, sentándose—. No tendría que haber sido tan confiado. Todo pasa, nada es eterno. Es lo que Ati afirmaba siempre...

—No tenía por qué irse —dijo Kelsier—. Podría haberse quedado. ¡Podría haber sobrevivido!

—Ya te he dicho que, llegado este punto, las personas racionales quieren seguir adelante —dijo Borrón, y desapareció.

Kelsier se quedó allí de pie, en el límite de su celda, mientras el reluciente estanque proyectaba su sombra por el suelo. Miró la estancia brumosa y sus columnas, esperando algo, aunque no supiera muy bien qué. Confirmación, celebraciones, un cambio de algún tipo.

Nada. No acudió nadie, ni siquiera los inquisidores. ¿Cómo había ido la revolución? ¿La sociedad había pasado a estar gobernada por los skaa? Le habría gustado ver las muertes de la nobleza, tratada a su vez como ella había tratado a sus esclavos.

No recibió ninguna confirmación, ninguna señal de lo que estaba sucediendo arriba. Era evidente que no sabían nada del Pozo. Lo único que podía hacer Kelsier era ponerse cómodo.

Y esperar.



Segunda parte: Pozo



Qué no habría dado Kelsier a cambio de papel y lápiz.

Algo con lo que escribir, alguna forma de pasar el tiempo. Un método para recolectar sus pensamientos e idear un plan de huida.

Los días pasaron y Kelsier trató de tomar notas rascando los lados del Pozo, pero le resultó imposible. Probó a arrancar hilos de su ropa y hacer nudos que representaran palabras. Por desgracia, los hilos desaparecían al poco de soltarlos y su camisa y sus pantalones recobraban de inmediato el aspecto que habían tenido. Borrón, en una de sus infrecuentes visitas, le explicó que la ropa no era real o, mejor dicho, que era una extensión del espíritu de Kelsier.

Por algún motivo, no podía usar su pelo ni su sangre para escribir. En términos estrictos, no tenía ni una cosa ni la otra. Le suponía una frustración enorme, pero en algún momento de su segundo mes de reclusión reconoció la verdad para sí mismo. Escribir no era tan importante. No había podido escribir mientras estaba encerrado en los Pozos, y aun así había hecho planes. De acuerdo, habían sido planes febriles, sueños imposibles, pero la carencia de papel no había sido un impedimento.

Sus intentos de escribir no tenían tanto que ver con tramar planes como con encontrar algo que hacer. Una misión que ocupara su tiempo. Le había funcionado durante unas semanas, pero al admitir la verdad perdió la voluntad de seguir buscando una forma de escribir.

Por suerte, más o menos cuando se confesó consigo mismo, descubrió algo nuevo sobre su cárcel.

Susurros.

No, no podía oírlos. Pero ¿acaso podía oír algo, oírlo de verdad? No tenía oídos. Era... ¿cómo lo había llamado Borrón? ¿Una sombra cognitiva? Una fuerza mental que contenía su espíritu e impedía que se

diluyera. Saze se lo pasaría pipa con aquello. Le encantaban esos temas místicos.

En cualquier caso, Kelsier podía sentir algo. El Pozo seguía palpitando como antes, enviando oleadas de serpenteante conmoción que atravesaban los muros de su prisión y salían al mundo. Las pulsaciones parecían ser fortalecedoras, unas vibraciones continuas, como el sentido adicional que otorgaba el bronce al permitir que se «oyera» a alguien cuando usaba la alomancia.

Dentro de cada pulsación había algo. Susurros, los llamaba él, aunque contenían más que palabras. Estaban saturados de sonidos, olores e imágenes.

Vio un libro, con tinta manchando sus páginas. Un grupo de personas compartiendo una historia. ¿Terrisanos con túnicas? ¿Sazed?

Los latidos susurraban palabras gélidas. *Héroe de las Eras*. *Anunciador*. *Forjador de mundos*. Reconoció esas palabras de las antiguas profecías Terris que se mencionaban en el diario de Alendi.

Kelsier ya era consciente de la incómoda realidad. Había conocido a un auténtico dios, de modo que la fe tenía una profundidad y una realidad verdaderas. ¿Significaba eso que había algo de cierto en la colección de religiones que Saze llevaba guardadas en el bolsillo, como naipes para componer una baraja?

«Has liberado a Ruina sobre el mundo».

Kelsier se acomodó dentro de la poderosa luz que era el Pozo y descubrió, con la práctica, que si se sumergía en el centro justo antes de una pulsación, podía cabalgarla a lo largo de una distancia corta. Enviaba su conciencia fuera del Pozo y captaba atisbos del destino de cada latido.

Le pareció ver bibliotecas, alejadas cámaras silenciosas donde los terrisanos hablaban, intercambiando historias y memorizándolas. Vio a dementes hechos un ovillo en las calles, susurrando las palabras que transportaban las pulsaciones. Vio a un hombre nacido de la bruma, noble, saltando de edificio en edificio.

Había algo más, aparte de Kelsier, cabalgando en aquellos latidos. Algo que dirigía un proyecto invisible, algo interesado en la sabiduría terrisana. A Kelsier le costó una cantidad de tiempo vergonzosa caer en la cuenta de que debería probar otro enfoque. Se sumergió en el centro del estanque, rodeado por aquella luz líquida demasiado tenue, y cuando llegó el siguiente latido se impulsó en sentido opuesto, no a favor de la pulsación, sino hacia su origen.

La luz flaqueó y Kelsier vio un lugar nuevo, una extensión oscura que no era ni el mundo de los muertos ni el de los vivos.

En ese otro lugar, encontró la destrucción.

Decadencia. No negrura, pues la negrura era demasiado completa, demasiado íntegra para representar aquella cosa que intuía en el más allá. Era una fuerza inmensa que con mucho gusto cogería algo tan sencillo como la oscuridad y la haría trizas.

Esa fuerza era tiempo infinito. Era el viento que erosionaba, la tormenta que rompía, las oleadas atemporales que fluían lentas, lentas, lentas hasta detenerse mientras el sol y el planeta se enfriaban y desaparecían.

Era el final definitivo y el destino de todas las cosas. Y estaba furioso.

Kelsier se retiró, se envió a sí mismo hacia arriba, fuera de la luz, dando grandes bocanadas de aire, temblando.

Había conocido a Dios. Pero a cada empujón le correspondía un tirón. ¿Qué era lo opuesto a Dios?

Lo que había visto lo atribuló tanto que estuvo a punto de no regresar. Casi se convenció a sí mismo de ignorar aquello tan terrible que había en la oscuridad. Estuvo a punto de bloquear los susurros e intentar fingir que nunca había visto a aquel destructor increíble y descomunal.

Pero por supuesto, no podía hacerlo. Kelsier nunca había sido capaz de resistirse a un secreto. Esa cosa demostraba, incluso más que haber conocido a Borrón, que Kelsier llevaba todo el tiempo jugando a un juego cuyas reglas escapaban a su entendimiento.

Y ese hecho lo aterrorizaba y lo emocionaba al mismo tiempo.

De modo que regresó para echar otro vistazo a aquella cosa. Fue una y otra vez, esforzándose en comprender, aunque se sentía como una hormiga tratando de entender una sinfonía.

Siguió haciéndolo durante semanas, hasta que llegó un momento en que la cosa lo miró a él.

En todas las ocasiones anteriores no había dado signos de reparar en su presencia, igual que podría no repararse en la presencia de una araña oculta en una cerradura. Pero esa vez, de algún modo, Kelsier alertó a la criatura. La cosa se revolvió con un abrupto cambio de movimiento y luego *fluyó* hacia Kelsier y rodeó con su esencia el lugar desde el que este observaba. Rotó despacio sobre sí misma en remolino, como un océano entero empezando a girar sobre un punto concreto. Kelsier no pudo evitar la sensación de que un ojo gigantesco, infinito, de pronto se entrecerraba para escrutarlo.

Huyó, salpicando, levantando a patadas la luz líquida mientras regresaba a su prisión. Estaba tan alarmado que incluso notó rápidos latidos fantasmales de corazón en su interior, cuando su esencia identificó la reacción correcta al pánico y trató de imitarla. Los latidos remitieron cuando se sentó en su sitio de siempre junto al estanque.

Haber visto a aquella cosa centrando su atención en él, la sensación de ser minúsculo ante algo tan incommensurable, atormentó a Kelsier. Por mucha confianza que tuviera y muchos planes que hiciera, podía decirse que no era nada. Su vida entera había sido un ejercicio de bravuconería involuntaria.

Pasaron los meses. No volvió para estudiar la cosa que había más allá. En vez de eso, Kelsier esperó a que Borrón pasara a ver cómo estaba, cosa que hacía de vez en cuando.

Cuando Borrón llegó por fin, parecía incluso más deshilachado que la vez anterior, con bruma escapando de los hombros, un agujero en su mejilla izquierda que dejaba ver el interior de la boca y la ropa cada vez más raída.

—¿Borrón? —dijo Kelsier—. He visto una cosa. Al tal Ruina, ese del que hablas. Creo que puedo vigilarlo.

Borrón se limitó a pasear adelante y atrás, sin hablar siquiera.

—¿Borrón? Oye, ¿me escuchas?

Nada.

—Idiota —probó a decir Kelsier—. Mira, eres una vergüenza como deidad. ¿Me prestas atención?

Ni los insultos funcionaban. Borrón solo siguió caminando.

«Es inútil», pensó Kelsier mientras una pulsación de poder emanaba del Pozo. Dio la casualidad de que Kelsier miró los ojos de Borrón mientras pasaba la oleada.

Y en ese instante, Kelsier recordó por qué había considerado un dios a aquel ser desde un principio. Tras aquellos ojos había una infinidad, un complemento del que estaba atrapado en el Pozo. Borrón era la infinidad de una nota sostenida a la perfección, sin titubeos. Era la majestad de un cuadro, congelado e inmóvil, que capturaba un fragmento de la vida de una época pasada. Era el poder de muchos, muchos momentos comprimidos de algún modo en uno solo.

Borrón se detuvo frente a él y se le desmadejaron del todo las mejillas, revelando un esqueleto debajo que también se desmadejaba, unos ojos

que brillaban de eternidad. Aquel ser era sin duda una divinidad; lo que pasaba era que estaba destrozado.

Borrón se marchó y Kelsier pasó varios meses sin verlo. La quietud y el silencio de su cárcel parecían tan eternos como los seres que había estudiado. Llegó hasta a sorprenderse planeando la forma de llamar la atención del ser destructivo, aunque fuese solo para suplicarle que acabara con él.

Cuando empezó a hablar solo fue cuando empezó a preocuparse de verdad.

—¿Qué has hecho?

»He salvado el mundo. He liberado a la humanidad.

»Te has vengado.

»Los objetivos pueden alinearse.

»Eres un cobarde.

»¡He cambiado el mundo!

»¿Y si solo eres un peón de esa cosa del más allá, como decía el lord Legislador? Kelsier, ¿qué pasa si no tienes más destino que hacer lo que se te dice?

Contuvo el arrebato y se recompuso, pero la fragilidad de su propia cordura lo inquietaba. Tampoco había estado cuerdo del todo en los Pozos. En un momento de calma, mientras contemplaba la bruma cambiante que componía las paredes de la estancia cavernosa, reconoció para sí mismo un secreto más profundo.

No había estado cuerdo del todo *desde* los Pozos.

Fue uno de los motivos por los que, al principio, desconfió de sus sentidos cuando alguien le dirigió la palabra.

—Esto sí que no me lo esperaba.

Kelsier salió de su ensimismamiento y se volvió con gesto de sospecha, temiendo estar alucinando. Era posible ver todo tipo de cosas en aquella bruma en movimiento de la que estaba hecha la caverna, si se miraba el tiempo suficiente.

Lo que tenía delante, sin embargo, no era una forma hecha de bruma. Era un hombre de pelo completamente blanco, de rasgos angulosos y nariz aguileña. A Kelsier le sonaba de algo, pero no habría sabido decir de qué.

El hombre estaba sentado en el suelo, con una rodilla alzada y el brazo apoyado en ella. En la mano sostenía una especie de palo.

Un momento... No, no estaba sentado en el suelo, sino en un objeto que parecía flotar sobre la bruma. Era blanco, se parecía a un tronco y estaba medio hundido en la bruma del suelo, cabeceando como un barco en el agua, subiendo y bajando sin desplazarse. El palo de la mano del hombre era un remo corto, y su otra pierna, la que no tenía levantada, descansaba sobre el lado del tronco y se hundía en el suelo brumoso, visible solo como una silueta oscurecida.

—Se te da fatal hacer lo que se supone que debes —dijo el hombre.

—¿Quién eres? —preguntó Kelsier, saliendo al borde de su prisión con los ojos entornados. Aquello no era una alucinación. Se negó a creer que hubiera perdido hasta tal punto la cordura—. ¿Un espíritu?

—Por desgracia —respondió el hombre—, la muerte nunca me ha sentado bien del todo. Es mala para la salud, ¿sabes?

Observó a Kelsier componiendo una sonrisa astuta. Kelsier lo odió de inmediato.

—Te has quedado atrapado aquí, ¿verdad? —prosiguió el hombre—. En la cárcel de Ati. —Chasqueó la lengua—. Es una recompensa adecuada para lo que hiciste. Poética, incluso.

—¿Qué es lo que hice?

—Destruir los Pozos, oh, portador de cicatrices. Era la única perpendicularidad de este planeta con una facilidad de acceso razonable. Esta de aquí es muy, muy peligrosa, y lo es más a cada minuto que pasa. Y para colmo, es difícil de encontrar. Al hacer lo que hiciste, en esencia detuviste el tráfico a través de Scadrial. Pusiste patas arriba todo un ecosistema mercantil, lo que reconozco que fue divertido de ver.

—Pero ¿quién eres tú? —preguntó Kelsier.

—¿Yo? —repuso el hombre—. Soy un vagabundo. Un maleante. El último aliento de la llama, hecho de humo en su defunción.

—Eso ha sido innecesariamente hermético.

—Bueno, también lo soy yo. —El hombre inclinó la cabeza a un lado—. Más que ninguna otra cosa, para serte sincero.

—¿Y afirmas no estar muerto?

—Si lo estuviera, ¿me haría falta esto? —dijo el vagabundo, dando un golpe con el remo en la parte delantera de su embarcación con forma de tronco. Cabeceó con el movimiento y, por primera vez, Kelsier pudo identificar lo que era. Unos brazos que no había visto antes pendían en la bruma, oscurecidos. Había una cabeza colgando del cuello. Una túnica blanca, que disimulaba su forma.

—Un cadáver —susurró.

—Ah, Azotitos es solo un espíritu. No sabes lo difícil que es moverse en este subastral. Cualquiera que sea físico se arriesga a resbalar en estas brumas y caer, tal vez para siempre. Se acumulan demasiados pensamientos aquí, convertidos en lo que ves a tu alrededor, y hace falta algo de buena calidad para viajar por todo ello.

—Qué espantoso.

—Dijo el hombre que cimentó su revolución en las espaldas de los muertos. Por lo menos, a mí me hace falta solo un cadáver.

Kelsier se cruzó de brazos. El hombre estaba siendo precavido. Aunque hablaba con ligereza, no dejaba de observar a Kelsier, y se mantenía apartado como si considerara un método de ataque.

«Quiere algo —supuso Kelsier—. ¿Algo que tengo yo, quizá?». No, porque había parecido sorprendido de verdad al encontrar allí a Kelsier. Había llegado con la intención de visitar el Pozo. Tal vez quisiera entrar en él, acceder al poder. ¿O quizás solo quería echar un vistazo a la cosa de más allá?

—Bueno, es evidente que tienes recursos —dijo Kelsier—. A lo mejor, puedes ayudarme en este aprieto.

—Por desgracia —replicó el vagabundo—, lo tuyo es un caso perdido.

A Kelsier se le cayó el alma a los pies.

—Sí, no puede hacerse nada —siguió diciendo el vagabundo—. Sin duda, te tocará llevar esa cara para siempre. Al manifestar esas mismas facciones en ese lado, demuestras que incluso tu alma se resigna a que siempre tengas ese mismo aspecto de horrible hijo de...

—Bastardo —lo interrumpió Kelsier—. Por un momento, me tenías.

—Puede demostrarse que lo que me has llamado es falso —dijo el vagabundo, señalándolo—. Creo que solo uno de los dos que estamos aquí es ilegítimo, y no soy yo. A menos... —Dio un golpecito con el remo en la cabeza del cadáver flotante—. ¿Qué me dices de ti, Azotitos?

El cadáver murmuró algo. De verdad murmuró.

—¿Padres felizmente casados? ¿Y siguen vivos? ¿De verdad? Pues los acompañó en el sentimiento. —El vagabundo miró a Kelsier con una sonrisa inocente—. Por este lado, no hay bastardos. ¿Y por el tuyo?

—El bastardo por nacimiento —replicó Kelsier— siempre es mejor que quien lo es por elección, vagabundo. Yo reconoceré mi naturaleza si tú reconoces la tuya.

El vagabundo soltó una risita, con los ojos iluminados.

—Muy bien, muy bien. Dime, ya que hablamos del tema, ¿qué eres tú? ¿Un skaa que se comporta como un noble o un noble con intereses de skaa? ¿Qué mitad es más tú, Superviviente?

—Bueno —dijo Kelsier con aspereza—, teniendo en cuenta que los parientes de mi mitad noble dedicaron casi cuatro décadas a intentar exterminarme, diría que me inclino más por la parte skaa.

—Aaah —dijo el vagabundo, inclinándose hacia delante—. Pero no te preguntaba cuál te gusta más. Te preguntaba cuál eres.

—¿Es relevante?

—Es interesante —respondió el vagabundo—. A mí con eso me basta.

Bajó la mano hacia el cadáver que usaba a modo de barca y le sacó algo del bolsillo. Algo brillante, aunque Kelsier no distinguió si era algo que refulgía por naturaleza o simplemente algo hecho de metal.

El brillo se apagó a medida que el vagabundo fue administrándolo a su embarcación, y luego, encubriendo el gesto con una tos como si quisiera ocultar a Kelsier lo que hacía, aplicó algo del brillo a su remo con disimulo. Cuando volvió a bajar el remo a la bruma, hizo que la barca se aproximara más al Pozo.

—¿Existe alguna forma de que escape de esta cárcel? —preguntó Kelsier.

—A ver qué te parece esto —dijo el vagabundo—. Te propongo un duelo de insultos. El vencedor podrá hacer una pregunta, que el otro deberá responder con sinceridad. Empiezo yo. ¿Qué está mojado, es feo hasta decir basta y tiene cicatrices en los brazos?

Kelsier enarcó una ceja. Toda la cháchara era una distracción, conclusión que se vio reforzada cuando el vagabundo volvió a remar hacia la prisión. «Intentará saltar al Pozo —pensó Kelsier—. Dará un salto, confiando en ser lo bastante rápido para sorprenderme».

—¿No lo adivinas? —preguntó el vagabundo—. La respuesta viene a ser cualquiera que pase un tiempo contigo, Kelsier, ya que terminan

rajándose las muñecas, dándose golpes en la cara y luego ahogándose para olvidar la experiencia. ¡Ja! Vale, te toca.

—Voy a asesinarte —dijo Kelsier con suavidad.

—Es... Espera, ¿qué has dicho?

—Si te metes aquí dentro —dijo Kelsier—, voy a asesinarte. Te cortaré los tendones de las muñecas para que no puedas hacer nada más que darmelos manotazos inútiles mientras te clavo una rodilla en la garganta y poco a poco te estrujo la vida, y al mismo tiempo te arrancaré los dedos uno a uno. Por último, te dejaré dar una sola bocanada frenética, pero cuando la des te meteré el dedo corazón entre los labios para que te veas obligado a tragarlo mientras buscas aire. Morirás sabiendo que te asfixiaste con tu propia carne podrida.

El vagabundo lo miró boquiabierto y luego movió los labios sin emitir sonidos.

—Me... —dijo por fin—. Me parece que no sabes jugar a este juego.

Kelsier se encogió de hombros.

—En serio —dijo el vagabundo—, necesitas ayuda, amigo mío. Conozco a un tipo. Alto, calvo, con muchos pendientes. Charla un rato con él la próxima...

El vagabundo dejó la frase inacabada y saltó hacia la prisión, impulsándose en el cadáver flotante y arrojándose hacia la luz.

Kelsier estaba preparado. Mientras el vagabundo entraba en la luz, Kelsier lo aferró por un brazo y lo lanzó hacia el borde del estanque. La maniobra le salió bien, y el vagabundo parecía capaz de tocar las paredes y el suelo en el interior del Pozo. Se estrelló contra la pared, levantando olas de luz que salpicaron.

Kelsier intentó aprovechar que el vagabundo estaba desequilibrado para darle un puñetazo en la cabeza, pero el hombre se apoyó en el borde del estanque y soltó una patada hacia atrás que barrió las piernas de Kelsier.

Kelsier cayó salpicando en la luz e intentó quemar metales por acto reflejo. No ocurrió nada, aunque aquella luz tenía algo. Algo familiar...

Logró ponerse de pie y vio que el vagabundo se arrojaba hacia el centro, la parte más profunda. Kelsier lo agarró por el brazo y lo apartó. Fuera lo que fuera que quería aquel hombre, los instintos de Kelsier le decían que no debería permitírselo obtenerlo. Aparte de eso, el Pozo era el único recurso de Kelsier. Si podía apartar al hombre de lo que buscaba, si conseguía reducirlo, quizás consiguiera respuestas.

El vagabundo trastabilló y luego saltó, intentando asir a Kelsier.

Kelsier, mientras tanto, pivotó y hundió el puño en la tripa del hombre. El movimiento lo entusiasmó: después de estar tanto tiempo sentado, inactivo, era agradable poder hacer algo, lo que fuera.

El vagabundo gruñó al encajar el puñetazo.

—Muy bien, como quieras —murmuró.

Kelsier alzó los puños, se concentró en su juego de pies y descargó una serie de golpes rápidos en la cara del vagabundo que deberían haberlo aturdido.

Cuando Kelsier retrocedió, preocupado por excederse y herir de gravedad al hombre, descubrió que el vagabundo le estaba sonriendo.

No parecía buena señal.

Por algún motivo, al vagabundo no le afectaban los golpes que había recibido. Saltó hacia adelante, esquivó un puñetazo de Kelsier, se agachó y estampó el puño en los riñones de Kelsier.

Dolió. Kelsier no tenía cuerpo, pero al parecer su espíritu podía sentir dolor. Dejó escapar un gruñido y levantó los brazos para protegerse la cara mientras retrocedía en la luz líquida. El vagabundo atacó, implacable, hundiéndo los puños en Kelsier sin preocuparse del daño que pudiera estar haciéndose a sí mismo.

«Baja al suelo», dijeron a Kelsier sus instintos. Echó mano hacia abajo e intentó agarrar al vagabundo por el brazo, con la idea de caer los dos al interior de la luz para forcejear.

Por desgracia, el vagabundo fue un poco más rápido. Esquivó y volvió a barrer las piernas de Kelsier, para luego agarrarlo por el cuello y golpearle la cabeza repetidas veces, con saña, contra el fondo de la parte menos profunda de la cárcel, hundiéndola en una luz que era demasiado etérea para ser agua pero que ahogaba de todos modos.

Por fin el vagabundo lo levantó, flácido. Los ojos del hombre brillaban.

—Ha sido desagradable —dijo el vagabundo—, aunque también un poco satisfactorio. Parece ser que el hecho de que ya estés muerto me permite hacerte daño.

Kelsier intentó agarrarle el brazo y el hombre volvió a golpear la cabeza de Kelsier y a sacarla aturdida de la luz.

—Lamento este trato tan brusco, Superviviente —continuó el vagabundo—, pero no

deberías estar aquí. Hiciste lo que necesitaba que hicieras, pero eres un factor imprevisible con el que preferiría no lidiar ahora mismo. —Hizo una pausa—. Si te sirve de consuelo, puedes estar orgulloso. Eres la primera persona que se me anticipa desde hace siglos.

Soltó a Kelsier, dejando que rodara y se apoyara en el lado de la prisión, medio sumergido en la luz. Kelsier gruñó e intentó levantarse para atacar de nuevo al vagabundo.

El hombre suspiró y empezó a dar patadas y más patadas en la pierna de Kelsier, que se sorprendió del dolor que sentía. Chilló y se agarró la pierna. Debería haberse partido por la fuerza de los puntapiés, pero aunque no lo hizo, el dolor fue abrumador.

—Esto es una lección —dijo el vagabundo, aunque costaba distinguir las palabras por el dolor—. Pero no la que podrías creer. No tienes cuerpo, y yo no me siento inclinado a dañarte el alma de verdad. Ese dolor lo provoca tu mente, que piensa en lo que debería estar pasándote y reacciona en consecuencia. —Vaciló—. Me abstendré de hacer que te ahogues con un cacho de tu propia carne.

Anduvo hacia el centro del estanque. Kelsier vio con ojos temblorosos de dolor que el vagabundo sacaba las manos a ambos lados y cerraba los ojos. Se metió en el centro del estanque, en la parte profunda, y desapareció en la luz.

Un instante más tarde, una silueta salió del estanque. Pero en esa ocasión, la persona estaba ensombrecida y brillaba con una luz interior como...

Como alguien en el mundo de los vivos. El estanque había permitido al vagabundo hacer la transición del mundo de los muertos al mundo real. Kelsier miró boquiabierto cómo el vagabundo dejaba atrás las columnas de la estancia y se detenía al otro lado. Allí, dos diminutas fuentes de metal seguían reluciendo con intensidad a ojos de Kelsier.

El vagabundo eligió una. Era pequeña, ya que pudo lanzarla al aire y atraparla de nuevo. Kelsier pudo sentir el triunfo que transmitía el acto.

Cerró los ojos y se concentró. No había dolor. Su lengua no le dolía de verdad. «Concéntrate».

Logró que desapareciera parte del dolor. Se incorporó en el estanque, con la luz agitada llegándose al pecho. Respiró una y otra vez, aunque no necesitara el aire.

Maldición. La primera persona que veía en meses le había dado una paliza y luego había robado algo de la cámara de fuera. No sabía qué, ni por qué, ni siquiera cómo el vagabundo había logrado pasar de un mundo a otro.

Kelsier se arrastró hacia el centro del estanque y llegó a la parte profunda. Se puso de pie, notando un dolor residual en las piernas, y se llevó las manos a los costados. Se concentró, intentando...

—Intentando qué? —Hacer la transición? —Sabía siquiera en qué podía afectarlo?

Daba igual. Estaba frustrado y humillado. Necesitaba demostrarse a sí mismo que no era incapaz.

Fracasó. Por mucho que se concentró, que lo visualizó y que tensó los músculos, no pudo hacer lo que había logrado el vagabundo. Salió del estanque, agotado y avergonzado, y se sentó a un lado.

No fue consciente de que Borrón estaba allí hasta que el dios habló.

—¿Qué estabas haciendo?

Kelsier se volvió. Las visitas de Borrón se habían hecho poco frecuentes, pero cuando aparecía era siempre sin previo aviso. Si se dignaba a hablar, a menudo eran solo los desvaríos de un demente.

—Acaba de venir alguien —explicó Kelsier—. Un hombre de pelo blanco. No sé cómo, pero ha usado este Pozo para pasar del mundo de los muertos al de los vivos.

—Ya veo —dijo Borrón en voz baja—. Se ha atrevido a hacerlo, ¿eh? Es peligroso, con Ruina tirando de sus ataduras. Pero si alguien iba a intentar algo tan imprudente, tenía que ser Cephandrius.

—Me parece que ha robado algo —dijo Kelsier—. Del otro lado de la estancia. Un trocito de metal.

—Ah —dijo Borrón con suavidad—. Había creído que, cuando nos rechazó a los demás, dejaría de interferir. Debería haber aprendido a no fiarme de las cosas que deja implícitas. La mitad de las veces no puedes confiar ni en sus promesas directas.

—¿Quién es? —preguntó Kelsier.

—Un viejo amigo. Y no, antes de que lo preguntes, no puedes hacer lo mismo que él y transitar entre reinos. Tus lazos con el Reino Físico están cortados. Eres una cometa sin cordel que la conecte al suelo. No puedes cruzar la perpendicularidad.

Kelsier suspiró.

—Entonces, ¿cómo es que él ha podido venir al mundo de los muertos?

—No es el mundo de los muertos. Es el mundo de la mente. Las personas, y todo, en realidad, son como rayos de luz. El suelo es el Reino Físico, donde esa luz se acumula. El sol es el Reino Espiritual, donde se inicia. Este reino, el Reino Cognitivo, es el espacio por el que se extiende ese rayo.

La metáfora apenas tenía sentido para Kelsier. «Todos saben muchísimo —pensó—, y yo casi no sé nada».

Aun así, por lo menos Borrón sonaba mejor aquel día. Kelsier sonrió al dios y se quedó petrificado cuando Borrón volvió la cabeza.

Le faltaba media cara. La parte izquierda entera simplemente había desaparecido. No era una herida, y no había esqueleto. La parte completa humeaba, soltando volutas de bruma. Le quedaba la mitad de los labios, con la que devolvió la sonrisa a Kelsier como si no pasara nada.

—Ha robado parte de mi esencia, destilada y pura —explicó Borrón—. Puede Investir a un humano, proporcionarle alomancia.

—Tu... tu cara, Borrón.

—Ati planea acabar conmigo —dijo Borrón—. Y lo cierto es que me clavó su puñal hace tiempo. Ya estoy muerto.

Volvió a sonreír, con una expresión aterradora, y luego desapareció.

Sintiéndose exprimido, Kelsier se dejó caer junto al estanque, en la piedra. Piedra que en realidad daba un poco la sensación de ser piedra de verdad, y no la bruma suave y acolchada de la que estaba hecho todo lo demás.

Odiaba aquel sentimiento de ignorancia. Todos los demás participaban de un chiste grandioso, y era a su costa. Kelsier se quedó mirando al techo, bañado por el brillo del titilante Pozo y su columna de luz. Al cabo de un tiempo, tomó una silenciosa decisión.

Encontraría las respuestas.

En los Pozos de Hathsin había despertado a un propósito y se había decidido a destruir al lord Legislador. Pues bien, despertaría de nuevo. Se levantó y se metió en la luz con fuerza renovada. La batalla entre esos dioses era importante, y la cosa que había en el Pozo era peligrosa. Aquello era más profundo de lo que había sabido jamás, y le daba motivos para vivir.

Y quizá lo más importante, le daba motivos para mantenerse cuerdo.



Kelsier dejó de preocuparse por la locura y el aburrimiento. Cada vez que se cansaba de su reclusión, recordaba la humillación que había sentido a manos del vagabundo. Sí, estaba atrapado en un espacio de solo metro y medio de diámetro, pero había mucho que hacer.

En primer lugar, retomó su estudio de la cosa de más allá. Se obligó a hundirse en la luz para plantarle cara y sostenerle aquella mirada inescrutable, y lo hizo hasta que dejó de encogerse cuando el ser centraba en él su atención.

Ruina. Un nombre adecuado para la apabullante sensación de merma, deterioro y destrucción que evocaba.

Continuó siguiendo las pulsaciones del Pozo. Sus viajes le proporcionaban pistas crípticas sobre los motivos y los planes de Ruina. Intuyó un patrón familiar en las cosas que cambiaba, pues Ruina estaba haciendo lo que el propio Kelsier había hecho: apropiarse de una religión. Ruina estaba manipulando los corazones de las personas haciendo cambios en su sabiduría y sus libros.

La idea aterrorizaba a Kelsier. Su propósito se expandió a medida que observaba el mundo en aquellas pulsaciones. No solo necesitaba comprender a aquella cosa: necesitaba combatirla. Combatir a aquella fuerza terrible que pondría fin a todo, si pudiera.

En consecuencia, se esforzó con desesperación en comprender lo que veía. ¿Por qué transformaba Ruina las antiguas profecías terrisanas? ¿Qué estaba haciendo el vagabundo, a quien Kelsier veía muy de vez en cuando, allá arriba en el Dominio de Terris? ¿Quién era aquel nacido de la bruma misterioso al que Ruina prestaba tanta atención? ¿Sería una amenaza para Vin?

Cuando se dejaba llevar por las pulsaciones, Kelsier buscaba, anhelaba, señales de sus seres conocidos y amados. Ruina estaba muy interesado en Vin, y muchos de sus latidos se centraban en observarlos a ella y al hombre a quien amaba, el dichoso Elend Venture.

La acumulación de señales preocupaba a Kelsier. Ejércitos rodeando Luthadel. Una ciudad que seguía sumida en el caos. Y, aunque esa última odiaba afrontarla, por lo visto el chaval Venture era el rey. Cuando Kelsier lo supo, se enfadó tanto que pasó días enteros apartado de las oleadas.

No se les había ocurrido otra cosa que poner al mando a un noble.

Sí, Kelsier había salvado la vida de ese hombre. Contra su buen criterio, había rescatado al hombre que amaba Vin. Lo hizo por amor a ella, quizá por un retorcido sentido del deber paternal. El chaval Venture no era demasiado horrible, comparado con el resto de los suyos. Pero ¿concederle el trono? Parecía que hasta Dox hacía caso a Venture. Kelsier había esperado que Brisa navevara con cualquier viento que llegase, pero ¿Dockson?

Kelsier echaba chispas, pero no pudo seguir apartado mucho tiempo. Ansiaba captar aquellos atisbos de sus amigos. Aunque eran solo visiones fugaces, como imágenes al salir de un parpadeo, se aferraba a ellas. Eran recordatorios de que, fuera de su prisión, la vida continuaba.

A veces se le concedían atisbos de otra persona. Su hermano, Marsh.

Marsh estaba vivo. Descubrirlo alegró a Kelsier. Por desgracia, el descubrimiento estaba mancillado por el hecho de que Marsh era un inquisidor.

No podía decirse que los dos hermanos hubieran estado muy unidos nunca. Habían tomado caminos distintos en la vida, pero no era eso lo que en realidad los había distanciado. Como tampoco lo era que la tozudez de Marsh chocara contra el desparpajo de Kelsier, ni los celos tácitos de Marsh por lo que tenía Kelsier.

No, lo cierto era que los dos se habían criado sabiendo que en cualquier momento podían llevarlos a rastras ante los inquisidores y asesinarlos por su naturaleza mestiza. Cada uno había reaccionado a su manera a una vida que, en esencia, era una condena a muerte, Marsh con tensión y silenciosa cautela, Kelsier con una agresiva desenvoltura que ocultara sus secretos.

Los dos habían conocido una verdad simple e ineludible. Si capturaban a un hermano, el otro quedaría revelado como mestizo y probablemente moriría también. Quizá una situación como esa hubiera servido para unir a otros hermanos. Kelsier se avergonzaba de reconocer que, para Marsh y él, había sido una cuña entre ellos. Todos los comentarios del estilo de «cuídate» o «ve con ojo» se teñían de un matiz de: «No la cagues o harás que me maten». Había sido un alivio cuando, tras la muerte de sus padres, los dos habían acordado renunciar a la farsa y entrar en la clandestinidad de Luthadel.

A veces Kelsier jugueteaba con fantasías de lo que podría haber sido. ¿Marsh y él podrían haberse integrado del todo, formar parte de la sociedad noble? ¿Podría Kelsier haber superado su desprecio por ellos y su cultura?

En cualquier caso, no tenía cariño a Marsh. La palabra «cariño» sonaba demasiado a paseos por el parque y meriendas de pastelitos. La gente tenía cariño a su libro favorito. No, Kelsier no tenía cariño a Marsh. Pero lo raro era que, aun así, le quería. Al principio se alegró de encontrarlo con vida, pero luego pensó que tal vez la muerte habría sido mejor que lo que le habían hecho.

Kelsier tardó semanas en descubrir la razón de que Ruina se interesara tanto por Marsh. Ruina podía hablar con Marsh. Con Marsh y con otros inquisidores, a juzgar por los atisbos y la sensación que tenía de palabras que se enviaban.

¿Cómo podía ser? ¿Por qué los inquisidores? Kelsier no halló respuestas en sus visiones, aunque sí que presenció un acontecimiento importante.

El ser llamado Ruina estaba ganando fuerza, y acechaba a Vin y a Elend. Kelsier lo vio claro en un viaje a bordo de las pulsaciones. Fue una visión del chico, Elend Venture, durmiendo en su tienda. El poder de Ruina cobró forma y compuso una figura malévola y peligrosa. Esperó hasta que Vin entró en la tienda e intentó apuñalar a Elend.

Cuando Kelsier perdió la oleada, se quedó con la imagen de Vin desviando el golpe y salvando a Elend. Pero estaba confundido. Ruina había esperado allí a propósito hasta que volviera Vin.

En realidad, no había pretendido hacer daño a Elend. Solo había querido que Vin lo viera intentándolo.

¿Por qué?



Es un tapón —dijo Kelsier.

Borrón, o Conservación, como el dios había dicho que podía llamársele, estaba sentado fuera de la prisión. Seguía faltándole media cara, y el resto de su cuerpo se deshilachaba en agujeros más grandes.

Últimamente pasaba más tiempo cerca del Pozo, cosa que Kelsier agradecía. Estaba ganando práctica en extraer información de aquel ser.

—¿Eh? —dijo Conservación.

—Este Pozo —explicó Kelsier, abarcándolo con un gesto— es como un tapón, una cerradura. Creaste una prisión para contener a Ruina, pero hasta el agujero más profundo tiene que tener una entrada. Esto es esa entrada, sellada con tu propio poder para apartarlo, ya que los dos sois opuestos.

—Eso... —dijo Conservación, pero dejó la frase en el aire.

—¿Eso? —lo animó Kelsier.

—Eso es incorrecto del todo.

«Mierda», pensó Kelsier. Había dedicado semanas a pulir esa teoría.

Empezaba a sentir una urgencia. Las pulsaciones del Pozo se volvían cada vez más exigentes, y Ruina parecía más ansioso en sus contactos con el mundo. Y la luz del Pozo había empezado a comportarse de forma distinta, condensándose de algún modo, acumulándose. Estaba sucediendo algo.

—Somos dioses, Kelsier —dijo Conservación con una voz que se atenuaba, ganaba volumen y volvía a atenuarse—. Lo impregnamos todo. Las piedras son yo. Las personas son yo. Y él. Todo persiste pero decae. Ruina y Conservación.

—Me dijiste que este era tu poder —insistió Kelsier, volviendo a hacer un gesto hacia el pozo e intentando que el dios volviera al tema—. Que se acumula aquí.

—Sí, y en más lugares —dijo Conservación—. Pero sí, aquí. Igual que el rocío se condensa, mi poder se reúne en ese sitio. Es natural. Un ciclo: nubes, lluvia, río, humedad. No se puede meter tanta esencia en un sistema sin que cristalice aquí y allá.

Estupendo. Aquello no le decía nada. Insistió sobre el asunto, pero Borrón se quedó callado, de modo que cambió de enfoque. Tenía que hacer que Conservación siguiera hablando, impedir que cayera en uno de sus silenciosos estupores.

—¿Estás asustado? —preguntó Kelsier—. Si Ruina se libera, ¿tienes miedo de que te mate?

—Ja —dijo Conservación—. Ya te lo dije. Me mató hace mucho, mucho tiempo.

—Eso me cuesta creerlo.

—¿Por qué?

—Porque estoy aquí sentado hablando contigo.

—Y yo estoy hablando contigo. ¿Cómo de vivo estás tú?

«Buen argumento».

—Para alguien como yo, la muerte no es como para alguien como tú — afirmó Conservación, apartando la mirada de nuevo—. Morí hace tiempo, cuando tomé la decisión de romper nuestra promesa. Pero este poder que ostento persiste, y recuerda. Él mismo quiere estar vivo. Yo he muerto, pero permanece una parte de mí. La suficiente para saber que... que había planes...

No serviría de nada intentar sonsacarle en qué consistían esos planes. El dios no recordaba lo que fuese aquel «plan» que había urdido.

—De acuerdo, no es un tapón —dijo Kelsier—. Entonces, ¿qué es?

Conservación no respondió. Ni siquiera pareció haber oído la pregunta.

—Una vez me dijiste —continuó Kelsier, subiendo la voz— que el poder existe para utilizarlo. Que necesita ser utilizado. ¿Por qué?

De nuevo, sin respuesta. Iba a necesitar una táctica distinta.

—He vuelto a mirarlo. A tu oponente.

Conservación irguió la espalda y volvió su aterradora mirada a medio terminar hacia Kelsier. Mencionar a Ruina a menudo lograba sacarlo de su estupor.

—Es peligroso —dijo Conservación—. No te acerques a él. Mi poder te protege. No lo tientes.

—¿Por qué, si está encerrado?

—Nada es eterno, ni siquiera el tiempo mismo —respondió Conservación—. Más que encarcelarlo, lo que hice fue retrasarlo.

—¿Y el poder?

—Sí —dijo Conservación, asintiendo con su media cabeza.

—¿Sí, qué?

—Sí, aprovechará eso. Comprendo —empezó a decir Conservación, como si reparara en algo importante, o quizás solo lo recordara—. Mi poder creó esta prisión. Mi poder puede abrirla. Pero ¿cómo va a encontrar a alguien dispuesto a hacerlo? ¿Quién ostentaría los poderes de la creación y luego renunciaría a ellos?

—Cosa que no queremos que haga —aventuró Kelsier.

—No. ¡Eso lo liberaría!

—¿Y la última vez? —preguntó Kelsier.

—La última vez... —Conservación parpadeó y pareció volver en sí algo más—. Sí, la última vez. El lord Legislador. La última vez hice que funcionara. La he llevado al punto en el que puede hacerlo, pero puedo oír sus pensamientos... Él ha estado trabajando en ella... Tan mezclado...

—Borrón? —dijo Kelsier, dubitativo.

—Debo detenerla. Alguien... —Se le desenfocó la mirada.

—¿Qué estás haciendo?

—Calla —dijo Borrón, con una voz repentinamente más imperiosa—. Intento impedir esto.

Kelsier miró a su alrededor, pero no vio a nadie más.

—¿A quién?

—No supongas que el yo que ves aquí es el único yo —dijo Borrón—. Estoy en todas partes.

—Pero...

—¡Calla!

Kelsier calló, en parte porque se alegraba de ver tanta fuerza en el dios después de tanto tiempo inmóvil. Al cabo de un rato, sin embargo, Borrón dejó caer los hombros.

—No sirve de nada —farfulló—. Sus herramientas son más fuertes.

—A ver —dijo Kelsier, probando para ver si lo hacían callar de nuevo—. La última vez, Rashek usó el poder, en vez de ¿qué? ¿De renunciar a él?

Borrón asintió.

—Alendi habría hecho lo correcto, tal y como él lo percibía. Habría renunciado al poder, pero así habría liberado a Ruina. «Renunciar al poder» es un eufemismo de entregárselo a él. Los poderes lo interpretarían como si yo estuviera liberándolo. Se trataría de mi poder aceptando de nuevo su influencia directa sobre el mundo.

—Maravilloso —dijo Kelsier—. Necesitamos un sacrificio, pues. Alguien que tome los poderes de la eternidad y los use para lo que le dé la gana en vez de renunciar a ellos. Bueno, para ese sacrificio yo soy la persona perfecta. ¿Cómo lo hago?

Conservación lo observó. La fuerza que había mostrado el ser ya no estaba. Se desvanecía, perdía sus atributos humanos. Había dejado de parpadear, por ejemplo, y ya no fingía tomar aliento antes de hablar. Podía quedarse inmóvil del todo, inerte como una vara de hierro.

—Tú —dijo Conservación al cabo de un rato—. Usando mi poder. Tú.

—Dejaste que lo hiciera el lord Legislador.

—Él intentaba salvar el mundo.

—Igual que yo.

—Tú intentabas rescatar a la gente de una barca hundiendo a la barca y luego declarando: «Por lo menos no murieron quemados». —Dios titubeó—. Vas a darme otro puñetazo, ¿verdad?

—No llego hasta donde estás, Borrón —respondió Kelsier—. El poder. ¿Cómo lo uso?

—No puedes —dijo Conservación—. Ese poder forma parte de la prisión. Eso es lo que hiciste al fundir tu alma con el Pozo, Kelsier. Aunque te cediera mi poder, no podrías ostentarlo. No tienes la suficiente Conexión conmigo.

Kelsier se sentó a pensar en aquello, pero antes de que pudiera hacer gran cosa, notó algo raro. ¿Había siluetas en la cámara exterior? Sí, allí estaban. Personas vivas, reveladas por sus almas relucientes. ¿Más inquisidores que llegaban para tirar un cadáver? Hacía una eternidad que no veía a ninguno de ellos.

Dos personas cruzaron sigilosas el pasadizo y se acercaron al Pozo, dejando atrás las hileras de columnas que Kelsier veía como bruma ilusoria.

—Han llegado —dijo Conservación.

—¿Quiénes? —dijo Kelsier, entrecerrando los ojos. Le costaba distinguir los detalles de los rostros, con aquel brillo de las almas—. ¿Esa es...?

Era Vin.

—¿Qué? —dijo Conservación, mirando a Kelsier y reparando en su sorpresa—. ¿Creías que estaba esperando aquí para nada? Hoy es el día. El Pozo de la Ascensión está lleno. Ha llegado el momento.

La otra figura era el chico, Elend Venture. Kelsier se sorprendió al descubrir que verlo no lo enfurecía. Sí, la banda debería habérselo pensado dos veces antes de poner a un noble al mando, pero en realidad Elend no tenía la culpa de eso. Siempre había sido demasiado distraído para suponer un peligro.

Además, por defectuoso que fuese su linaje, el chaval Venture se había quedado al lado de Vin.

Kelsier se cruzó de brazos, observando cómo Venture se arrodillaba junto al estanque.

—Si lo toca, le soltaré un bofetón.

—No lo tocará —dijo Conservación—. Es para ella. Y él lo sabe. La he estado preparando. O lo intenté, al menos.

Vin se volvió y pareció mirar a Dios. Sí, podía verlo. ¿Había alguna forma de que Kelsier lo aprovechara?

—¿Lo intentaste? —dijo Kelsier—. ¿Le explicaste lo que tiene que hacer? Tu oponente la ha estado vigilando, se ha relacionado con ella. Lo he visto haciéndolo. Intentó matar a Elend.

—No —replicó Borrón, apesadumbrado—. Estaba imitándome a mí. Tomó el aspecto que tengo yo para ellos e intentó matar al chico. No porque le preocupe mucho una muerte, sino porque quería que ella desconfiara de mí, que creyera que soy su enemigo. Pero ¿es que acaso no nota la diferencia entre su odio y destrucción y mi paz? Yo no puedo matar. Nunca he sido capaz de matar...

—¡Habla con ella! —lo apremió Kelsier—. ¡Dile lo que tiene que hacer, Borrón!

—Yo... —Conservación negó con la cabeza—. No llego a ella, no puedo hablar con ella. Pero sí oigo su mente, Kelsier. Oigo en ella las mentiras que le ha inculcado él. No confía en mí. Cree que tiene que renunciar al poder. He intentado impedirlo. Le dejé pistas, y luego intenté hacer que la detuviera otra persona. Pero he... he fracasado.

«Demonios —pensó Kelsier—. Necesitamos un plan. Y deprisa».

Vin iba a renunciar al poder. Liberaría a aquella cosa. Aun sin las afirmaciones de Conservación, Kelsier habría sabido lo que pretendía hacer Vin. Era mejor persona de lo que él había sido jamás, y nunca había creído merecer las recompensas que obtenía. Tomaría aquel poder y luego supondría que tenía que renunciar a él por un bien mayor.

Pero ¿cómo podía impedirlo? Si Conservación no podía hablar con ella, ¿qué le quedaba?

Elend se levantó y se acercó a Conservación. Sí, el chico también podía ver al dios.

—Necesita una motivación —dijo Kelsier, mientras una idea encajaba en su mente. Ruina había intentado apuñalar a Elend para asustar a Vin.

Era buena idea. Solo que Ruina no la había llevado hasta el final.

—Apuñálalo —dijo Kelsier.

—¿Qué? —dijo Conservación, horrorizado.

Kelsier hizo fuerza contra los límites de su prisión para dar unos pasos y acercarse a Borrón, que estaba justo más allá del límite. Se esforzó hasta tensar al límite sus grilletes.

—Apuñálalo —repitió Kelsier—. Usa ese cuchillo del cinturón, Borrón. Ellos te ven, y tú puedes afectar su mundo. Apuñala a Elend Venture. Dale un motivo para usar el poder. Querrá salvarlo.

—Soy Conservación —dijo él—. El cuchillo en realidad llevo milenios sin blandirlo. ¡Me estás pidiendo que actúe como él, del modo en que él fingió que actuaría! ¡Es horrible!

—¡Tienes que hacerlo! —gritó Kelsier.

—No puedo... yo... —Borrón bajó el brazo hacia el cuchillo y su mano titiló. El cuchillo apareció en ella. Contempló el brillo de su hoja—. Viejo amigo —le susurró.

Miró hacia Elend, que asintió con la cabeza. Conservación alzó el brazo, con el arma en la mano.

Y entonces se detuvo.

Su media cara era una máscara de dolor.

—No... —susurró—. Yo Preservo...

«No va a hacerlo —pensó Kelsier, mirando cómo Elend hablaba con Vin, su postura tranquilizadora—. No puede hacerlo».

Solo quedaba una opción.

—Lo siento, chaval —dijo Kelsier.

Aferró el brazo resplandeciente de Conservación y le hizo descargar un tajo que cruzó el abdomen del chico Venture.

Sintió como si apuñalara su propia carne. No por Venture, sino porque sabía el daño que haría a Vin. El corazón le dio un tumbo cuando Vin corrió al lado de Venture, sollozando.

En fin, una vez había salvado la vida al chico, así que con aquello estaban en paz. Además, Vin lo rescataría. Tendría que salvar a Elend. Lo amaba.

Kelsier retrocedió, de vuelta a su prisión en sí, dejando a un horrorizado Conservación mirándose la mano mientras se apartaba a trompicones del hombre caído.

—Le he abierto la tripa —susurró Kelsier—. Tardará en morir, Vin. Toma el poder. Lo tienes aquí mismo. Úsallo.

Vin acunó a Venture en sus brazos. Kelsier esperó, ansioso. Si Vin entraba en el estanque, podría ver a Kelsier, ¿verdad? Se volvería trascendente, como Conservación. ¿O quizá tendría que usar el poder antes?

¿Liberaría eso a Kelsier? No tenía las respuestas, solo la seguridad de que, ocurriera lo que ocurriese, no podía dejar escapar a aquella cosa de más allá. Se volvió.

Y dio un respingo al encontrarla allí mismo. Podía sentirla, haciendo presión contra la realidad de ese mundo, como una oscuridad infinita. No era solo el endeble plagio de Conservación que había hecho la vez anterior, sino el inmenso poder al completo. No estaba en ningún lugar concreto, pero al mismo tiempo empujaba contra la realidad y observaba con gran interés.

Para su horror, Kelsier vio cambiar a la criatura, enviando espinas hacia delante como larguiruchas patas de araña. De sus puntas colgaba como una marioneta una figura humanoide.

Vin, susurró. *Vin* ...

La joven miró hacia el estanque, con postura pesarosa. Luego dejó a Venture en el suelo y entró en el Pozo, pasó junto a Kelsier sin verlo y llegó a la parte más profunda. Se sumergió poco a poco en la luz. En el último momento, se arrancó algo brillante de la oreja y lo soltó. Un trocito de metal. ¿Su pendiente?

Cuando estuvo hundida del todo, no apareció en el lado de Kelsier. En vez de eso, estalló una tormenta. Una columna de luz creció y envolvió a Kelsier, que dejó de distinguir nada que no fuese la energía pura y concentrada. Fue como una marea repentina, como una explosión, como un amanecer instantáneo. El poder lo rodeaba por todas partes, activo, emocionado.

No debes hacerlo, niña, dijo Ruina a través de su pelele con forma humana. ¿Cómo podía hablar con una voz tan reconfortante? Kelsier veía la fuerza que había tras él, la destrucción, pero el rostro que estaba poniendo era todo amabilidad. *Sabes lo que debes hacer*, añadió.

—¡No le hagas caso, Vin! —chilló Kelsier, pero su voz se perdió entre el rugido del poder.

Vociferó y se desgañitó mientras la voz engañaba a Vin, advirtiéndole que destruiría el mundo si aceptaba el poder. Kelsier intentó abrirse paso por la luz, trató de encontrarla, de agarrarla por los brazos y explicárselo todo.

Fracasó. Fracasó miserablemente. No fue capaz de hacerse oír, no pudo tocar a Vin. No pudo hacer nada. Hasta su plan improvisado de apuñalar a Elend se reveló estúpido, pues Vin liberó el poder. Llorando, herida, destrozada, llevó a cabo el acto más desinteresado que Kelsier había visto en la vida.

Y al hacerlo, los condenó a todos.

El poder se convirtió en un arma cuando Vin lo liberó. Se transformó en una lanza en el aire que abrió un agujero en la realidad, hacia el lugar donde Ruina aguardaba.

Ruina se escabulló por ese agujero, liberado.



Kelsier se quedó sentado al borde del Pozo de la Ascensión, ya vacío. La luz había desaparecido, y con ella su prisión. Podía marcharse.

No parecía estar estirándose y difuminándose. Por lo visto, formar parte del poder de Conservación durante un tiempo había expandido el alma de Kelsier y le permitía perdurar. Aunque a decir verdad, deseaba poder desaparecer en ese mismo instante.

Vin, iluminada y radiante a sus ojos, yacía junto a Elend Venture, abrazada a él y sollozando mientras el alma del chico palpitaba cada vez con menos fuerza. Kelsier se levantó y dio la espalda a la visión. Con lo listo que era y no se le había ocurrido otra cosa que romper el corazón a la pobre chica.

«Debo de ser el imbécil más listo de por aquí», pensó Kelsier.

—Iba a suceder —dijo Conservación—. Pensaba que quizá...

Por el rabillo del ojo, Kelsier vio que Borrón se acercaba a Vin y miraba a Venture, tendido en el suelo.

—Puedo Conservarlo —susurró Conservación.

Kelsier dio media vuelta. Conservación empezó a hacer gestos a Vin, que se puso en pie. Siguió al dios unos cuantos pasos hacia algo que había soltado Elend, una pepita de metal caída. ¿De dónde había salido?

«El chico Venture la llevaría al entrar», pensó Kelsier. Era el último trocito de metal del otro lado de la estancia, el hermano del que había robado el vagabundo. Kelsier se aproximó mientras Vin recogía la diminuta perla de metal y volvía hacia Elend para metérsela en la boca. Le ayudó a tragarla con un frasquito de metal.

El alma y el metal se hicieron uno. La luz de Elend cobró fuerza y emitió un brillo vibrante. Kelsier cerró los ojos, con una palpable sensación de paz.

—Muy bien hecho, Borrón —dijo Kelsier, abriendo los ojos y sonriendo a Conservación mientras el dios iba hacia él. La postura de Vin revelaba un júbilo grandioso—. Casi estoy dispuesto a aceptar que seas un dios benévolos.

—Apuñalarlo ha sido un peligro, y doloroso —dijo Conservación—. No puedo aprobar un acto tan temerario. Pero quizás era el correcto, sienta yo lo que sienta.

—Ruina es libre —dijo Kelsier, mirando hacia arriba—. Esa cosa ha escapado.

—Sí. Por suerte, antes de morir, puse en marcha un plan. No me acuerdo de él, pero estoy seguro de que era espléndido.

—¿Sabes? Yo he dicho lo mismo alguna vez, después de una noche de borrachera. —Kelsier se frotó la mandíbula—. Yo también soy libre.

—Sí.

—Ahora es cuando afirmas en broma no estar seguro de quién es más peligroso que ande suelto, el otro o yo.

—No —repuso Borrón—. Sé cuál de los dos es más peligroso.

—Punto negativo para ti en esfuerzo, me temo.

—Pero tal vez... —dijo Conservación—. Tal vez no esté seguro de cuál de los dos es más irritante.

Sonrió. Con la cara medio fundida y el cuello empezando a desaparecer, era un gesto desconcertante. Como un ladrido feliz de un cachorro tullido.

Kelsier le dio una palmada en el hombro.

—Aún haremos de ti un miembro decente de la banda, Borrón. Pero por el momento, quiero largarme de aquí de una vez.



Tercera parte: Espíritu



Kelsier se moría de ganas de tomar una copa. ¿No era lo que se hacía siempre al salir de la cárcel? ¿Ir por ahí a beber y disfrutar de la libertad entregándola a un poco de alcohol y un terrible dolor de cabeza?

Cuando estaba vivo, había tendido a evitar tales frivolidades. Le gustaba controlar la situación, no permitir que ella lo controlara a él. Pero no podía negar que anhelaba una copa, para que embotara la experiencia que acababa de sufrir.

Le parecía de una injusticia terrible. ¿Cómo podía ser que, aun sin cuerpo, estuviera sediento?

Salió de las cavernas que rodeaban el Pozo de la Ascensión, recorriendo cámaras y túneles brumosos. Igual que antes, cuando tocaba algo podía ver el aspecto que tenía en el mundo real.

Dio pasos firmes en el terreno inconstante. Aunque era un poco mullido, como hecho de tela, soportaba su peso a menos que diera pisotones, en cuyo caso se le hundía el pie como si lo metiera en fango denso. Incluso podía atravesar paredes si se lo proponía, pero le costaba más que en su primera carrera, recién muerto.

Salió de las cavernas al sótano de Kredik Shaw, el palacio del lord Legislador. Era incluso más fácil de lo normal perderse en aquel lugar, ya que lo veía todo neblinoso. Fue tocando objetos de bruma al pasar, para hacerse una idea más clara de su entorno. Un jarrón, una alfombra, una puerta.

Kelsier acabó saliendo a las calles de Luthadel como hombre libre, aunque muerto. Pasó un tiempo paseando sin más por la ciudad, tan aliviado de escapar de aquel agujero que hasta pudo pasar por alto el pavor que sentía por la huida de Ruina.

Debió de vagar así durante un día entero, sentándose en los tejados, pasando junto a fuentes. Contemplando la ciudad salpicada de brillantes

objetos de metal, como luces que flotaban en la bruma por la noche. Acabó encima de la muralla de la ciudad, observando a los koloss que habían levantado campamento fuera pero, por algún motivo, no parecían estar matando a nadie.

Tenía que comprobar si había algún modo de contactar con sus amigos. Por desgracia, sin las pulsaciones —que se habían detenido al escapar Ruina— para guiarlo, no sabía ni dónde empezar a buscar. Había perdido el rastro de Vin y Elend en su entusiasmo por abandonar las cavernas, pero recordaba cosas que había visto a través de las pulsaciones. Le proporcionaron algunos lugares en los que buscar.

Terminó localizando a su banda en el Torreón de Venture. Era el día siguiente al desastre del Pozo de la Ascensión, y parecían estar celebrando un funeral. Kelsier cruzó el patio, pasando entre brillantes almas de personas que ardían como candilejas. Rozó a algunos para percibir su apariencia. Reconoció a bastantes de ellos, a skaa con los que se había relacionado, a los que había animado y estimulado en sus últimos meses de vida. A otros no los conocía. Había una perturbadora cantidad de soldados que habían estado al servicio del lord Legislador.

Encontró a Vin en la fachada principal, sentada en los escalones del Torreón de Venture, acurrucada y alicaída. Elend no estaba a la vista, pero Ham estaba cerca de pie, cruzado de brazos. En el patio, alguien hacía aspavientos frente al grupo, dando un discurso. ¿Era Demoux? ¿Demoux oficiando un funeral? Sin duda lo que había tendido en el patio eran cadáveres, ya que sus almas no brillaban. No podía oír las palabras de Demoux, pero el tipo de escena estaba claro.

Kelsier se sentó en los peldaños junto a Vin. Se cogió las manos entre las rodillas.

—Bueno, ha salido bien.

Por supuesto, Vin no respondió.

—O sea —siguió diciendo Kelsier—, sí, hemos acabado liberando una fuerza de destrucción y caos capaz de arrasar el mundo, pero al menos el lord Legislador está muerto. Misión cumplida. Y además, sigues teniendo a tu novio noble, que también cuenta. No te preocupes por la cicatriz que le quedará en la tripa. Lo hará quedar más duro. La bruma sabe que a esa rata de biblioteca le vendría bien curtirse un poco.

Vin mantuvo su postura encorvada sin moverse. Kelsier le pasó el brazo por los hombros y captó un atisbo del aspecto que tenía en el mundo real. Estaba llena de color y de vida, pero en cierto sentido se la veía envejecida. Parecía mucho más mayor, muy distinta a la niña que había encontrado estafando a obligadores en la calle.

Se inclinó junto a ella.

—Voy a derrotar a esa cosa, Vin. Voy a encargarme de esto.

—¿Y cómo piensas lograrlo? —preguntó Conservación desde el patio, bajo la escalera.

Kelsier alzó la mirada. Aunque estaba preparado para el aspecto de Conservación, no pudo evitar una mueca al verlo como estaba, apenas ya con forma humana, más bien un puñado disuelto de ondeantes volutas de humo raído que daban la vaga impresión de ser una cabeza, unos brazos, unas piernas.

—Está libre —dijo Conservación—. Y punto. Se acabó el tiempo. Venció el contrato. Tomará lo que fue prometido.

—Lo detendremos.

—¿Detenerlo? Es la fuerza de la entropía, una constante universal. No podrías detenerlo, igual que no puedes detener el tiempo.

Kelsier se levantó, dejó a Vin y bajó los peldaños hacia Conservación. Deseó poder oír lo que estaba diciendo Demoux a aquel grupo de almas.

—Si no se lo puede detener —dijo Kelsier—, tendremos que ralentizarlo. Ya lo hiciste una vez, ¿verdad? ¿Tu grandioso plan?

—Esto... —farfulló Conservación—, sí, había un plan...

—Ahora soy libre. Puedo ayudarte a ponerlo en práctica.

—¿Libre? —Conservación rio—. No, solo has pasado a una celda más grande. Estás atado a este reino, constreñido a él. No hay nada que puedas hacer. No hay nada que yo pueda hacer.

—Eso...

—Nos está observando, ¿sabes? —lo interrumpió Conservación, mirando hacia el cielo.

Kelsier siguió su mirada a regañadientes. El cielo, brumoso y cambiante, parecía muy alejado. Daba la impresión de haberse alejado del planeta, como una multitud que se aparta de un cadáver. En aquella inmensidad, Kelsier vio algo oscuro que se retorcía y culebreaba sobre sí mismo. Era más sólido que la bruma, como un océano de serpientes que tapara el diminuto sol.

Conocía esa inmensidad. Era cierto que Ruina estaba observando.

—Te considera insignificante —dijo Conservación—. Creo que te encuentra entretenido. El alma de Ati, que sigue en algún lugar ahí dentro, se reiría de esto.

—¿Tiene alma?

Conservación no respondió. Kelsier se puso a su lado, pasando entre los cadáveres hechos de bruma que había en el suelo.

—Si está vivo —dijo Kelsier—, se lo puede matar. Da igual lo poderoso que sea.

«La prueba de eso eres tú, Borrón. A ti te está matando».

Conservación estalló en unas ásperas carcajadas, que sonaban como ladridos.

—Olvidas una y otra vez quién de nosotros es un dios y quién una pobre sombra muerta que espera a fenercer del todo. —Meneó un brazo que estaba casi deshilachado del todo, unos dedos que eran espirales de cordel brumoso desenrollado—. Escúchalos. ¿No te dan vergüenza las cosas que dicen? ¿El Superviviente? ¡Ja! Yo los Conservé durante milenios. ¿Qué has hecho tú por ellos?

Kelsier se volvió hacia Demoux. Conservación parecía haber olvidado que Kelsier no oía el discurso. Kelsier estaba yendo hacia Demoux para tocarlo y ver qué aspecto tenía cuando rozó un cadáver del suelo.

Era joven. Un soldado, parecía. No conocía al chico, pero empezó a preocuparse. Volvió la mirada hacia donde estaba Ham y supuso que la figura que tenía cerca sería Brisa.

¿Y los demás?

Se quedó helado un momento y empezó a tocar cadáveres, buscando alguno que reconociera. Sus gestos se hicieron más desasosegados.

—¿Qué buscas? —preguntó Conservación.

—¿Cuántos? —Kelsier tragó saliva—. ¿Cuántos de estos eran amigos míos?

—Algunos —respondió Conservación.

—¿Algún miembro de la banda?

—No —dijo Conservación, y Kelsier dio un suspiro—. No, ellos murieron durante el ataque inicial, hace días. Dockson y Clubs.

Una lanza de hielo atravesó a Kelsier. Intentó levantarse de al lado del último cadáver que había inspeccionado, pero dio un traspié. Trató de obligarse a hablar.

—No, no, Dox no.

Conservación asintió.

—¿Cuándo... cuándo ocurrió? ¿Cómo?

Conservación rio. El sonido de la locura. Mostraba ya bien poco del hombre amable e inseguro que había saludado a Kelsier cuando entró en aquel lugar.

—A los dos los mataron los koloss cuando se rompió el asedio. Quemaron sus cuerpos hace días, Kelsier, mientras estabas atrapado.

Kelsier tembló, sintiéndose perdido.

—Yo... —dijo.

«Dox. No estuve allí con él. Podría haberlo visto otra vez, cuando murió. Hablar con él. ¿Salvarlo, quizá?».

—Te maldijo justo antes de morir, Kelsier —dijo Conservación con aspereza—. Te culpaba a ti de todo esto.

Kelsier agachó la cabeza. Otro amigo perdido. Y Clubs también. Dos hombres buenos. Había perdido a demasiados de esos en su vida, maldición. A demasiados con mucho.

«Lo siento, Dox, Clubs. Siento haberos fallado».

Kelsier cogió esa furia, esa amargura y esa vergüenza y las canalizó. Había encontrado de nuevo su propósito durante su tiempo en la cárcel. No pensaba perderlo.

Se levantó y se giró hacia Conservación. El dios lo sorprendió al encogerse, como si le tuviera miedo. Kelsier asió la forma del dios y, durante un instante, se le concedió una visión de la grandeza que había más allá, de la penetrante luz de Conservación, que impregnaba todas las cosas. El mundo, la bruma, los metales, hasta las mismas almas de la humanidad. Aquel ser estaba muriendo en cierto modo, pero su poder estaba muy lejos de desaparecer.

También sintió el dolor de Conservación. Era la misma pérdida que Kelsier había sentido al conocer la muerte de Dox, solo que multiplicada millares de veces. Conservación sentía hasta la última luz que se apagaba, las sentía y las reconocía como personas a las que había amado.

Por todo el mundo la gente estaba muriendo a un ritmo acelerado. Caía demasiada ceniza, y Conservación preveía que solo iba a incrementarse.

Los ejércitos de koloss arrasaban con todo sin control. Muerte, destrucción, un mundo en las últimas.

Y hacia el sur... ¿Qué era aquello? ¿Personas?

Kelsier sostuvo a Conservación, sobrecogido por su divina agonía. Entonces lo atrajo hacia sí en un abrazo.

—Lo siento mucho —dijo Kelsier con voz queda.

—Oh, Senna —susurró Conservación—. Estoy perdiendo este lugar. Los estoy perdiendo a todos...

—Vamos a detenerlo —le aseguró Kelsier, apartándose.

—No puede detenerse. El acuerdo...

—Los acuerdos pueden incumplirse.

—Esta clase de acuerdos no, Kelsier. Pude engañar a Ruina una vez, encerrarlo, haciendo trampas con nuestro acuerdo. Pero no fue un incumplimiento de contrato, sino más bien que dejé un hueco en el acuerdo para poder explotarlo. Esta vez, no hay huecos.

—Pues entonces moriremos con las botas puestas —dijo Kelsier—. Tú y yo somos un equipo.

Conservación pareció condensarse, recuperar la consistencia, enhebrarse de nuevo.

—Un equipo. Sí. Una banda.

—Para lograr lo imposible.

—Desafiar a la realidad —susurró Conservación—. Todos decían siempre que estabas loco.

—Y yo siempre reconocí que no andaban muy errados —replicó Kelsier—. El caso es que, aunque hacían bien en cuestionar mi cordura, nunca terminaron de razonarlo bien. No es mi ambición lo que debería preocuparlos.

—¿Qué es, entonces?

Kelsier se limitó a sonreír.

Conservación, por su parte, estalló en unas carcajadas que habían perdido la tensión, la aspereza.

—No puedo ayudarte a hacer lo que sea que crees que estás haciendo.
No directamente. Ya no pienso lo bastante bien. Pero...

—¿Pero?

Conservación se solidificó un poco más.

—Pero sé dónde encontrar a alguien que sí puede.



Kelsier siguió a una hebra de Conservación, que veía como un brillante zarcillo de bruma, por la ciudad. Se preocupó de mirar hacia arriba de vez en cuando, encarándose a aquella fuerza del cielo que había evaporado la bruma y llegaba para ponerse al mando en todas las direcciones.

Kelsier se negaba a recular. No iba a permitir que aquella cosa lo intimidara de nuevo. Ya había matado a un dios. El segundo asesinato siempre era más fácil que el primero.

El zarcillo de Conservación lo llevó por edificios ensombrecidos, por un suburbio que desde ese lado parecía incluso más deprimente, con las masificadas almas de sus habitantes apiñadas en grupos temerosos. Su banda había salvado aquella ciudad, pero la mayoría de las personas con quienes se cruzaba Kelsier aún no parecían saberlo.

El zarcillo terminó sacándolo por los portones destruidos de la ciudad y llevándolo hacia el norte, dejando atrás escombros y cadáveres que poco a poco se iban recogiendo. Dejando atrás milicias de vivos y aquel temible ejército de koloss, alejándose de la ciudad y dando el corto paseo a lo largo del río hacia ¿el lago?

Luthadel no se alzaba muy lejos del lago que llevaba su nombre, aunque casi toda la población de la ciudad lo ignoraba con determinación. El lago Luthadel no era de los que servían para nadar o pescar, a no ser que uno quisiera bañarse en una sopa fangosa que era más ceniza que agua y no digamos ya capturar los pocos peces que pudieran quedar, después de haber pasado siglos cerca de una ciudad llena de skaa medio muertos de hambre. Tan cerca de los montes de ceniza, mantener navegables el río y el lago había requerido la atención a tiempo completo de toda una clase de personas, los obreros del canal, una extraña variedad de skaa que rara vez se mezclaba con los de la ciudad en sí.

Esos obreros del canal habrían encontrado horripilante que, desde aquel lado, el lago (y en realidad, el río también) estaban como

invertidos. Si la bruma bajo los pies de Kelsier daba una sensación líquida, el lago se elevaba como una protuberancia sólida, de solo unos centímetros de altura pero más dura y, en cierto modo, con más sustancia que el terreno que se había acostumbrado a recorrer.

De hecho, el lago era como una isla baja que se elevaba de un mar de bruma. Lo sólido y lo fluido parecían invertir sus papeles en aquel lugar. Kelsier llegó al borde de la isla y esperó a que el zarcillo de Conservación lo adelantara internándose en ella, como un cordel mítico que le mostrara el camino a casa desde el gran laberinto de Ishathon.

Kelsier se metió las manos en los bolsillos del pantalón y dio un puntapié al terreno de la isla. Era alguna clase de piedra oscura y humosa.

—¿Qué pasa? —preguntó Conservación.

Kelsier dio un respingo y miró hacia la línea de luz.

—Eh... ¿Estás ahí, Borrón?

—Estoy en todas partes —respondió Conservación, con voz tenue y frágil. Sonaba agotado—. ¿Por qué te paras?

—Esto es distinto.

—Sí, aquí se solidifica —dijo Conservación—. Tiene que ver con la forma de pensar de las personas y con los lugares por donde es probable que pasen. O algo parecido, por lo menos.

—Pero ¿qué es? —preguntó Kelsier, subiendo a la isla.

Conservación no dijo nada más, de modo que Kelsier siguió camino hacia el centro de la isla. Lo que fuese que se había «solidificado» allí se parecía muchísimo a la piedra. Y sobre ella crecían cosas. Kelsier pasó junto a arbustos que brotaban del terreno por lo demás duro; no eran rudimentarias plantas brumosas, sino auténticas y llenas de color. Tenían anchas hojas marrones de las que, curiosamente, emanaba algo parecido a la bruma. Ningún arbusto le pasaba de las rodillas, pero eran muchos más de los que había esperado encontrar allí.

Mientras cruzaba un grupo de aquellas plantas, le pareció ver algo escabulléndose entre ellas, moviendo las hojas al pasar.

«¿El mundo de los muertos tiene plantas y animales?», pensó. Pero no era así como lo había llamado Conservación. El Reino Cognitivo. ¿Cómo podían crecer allí esas plantas? ¿Qué las regaba?

Cuanto más se internaba en la isla, más oscura se volvía. Ruina estaba tapando casi del todo aquel minúsculo sol, y Kelsier empezó a echar de menos incluso el leve brillo que había impregnado la bruma fantasmal

en la ciudad. Al poco tiempo, caminaba en lo que le recordó a un anochecer.

Poco a poco, el zarcillo de Conservación fue estrechándose hasta que desapareció. Kelsier se detuvo cerca de su punta y susurró:

—Borrón, ¿estás ahí?

No hubo respuesta, y el silencio refutó la afirmación de Conservación de que estaba en todas partes. Kelsier negó con la cabeza. Quizá Conservación lo oyera, pero no estuviera lo bastante presente para responderle. Kelsier siguió adelante y cruzó una zona donde los arbustos habían crecido hasta su cintura y la niebla que salía de sus amplias hojas se parecía al vapor de un plato caliente.

Por fin, más adelante entrevió una luz. Kelsier irguió la espalda. Había caído por inercia en una postura acechante, empujado por los instintos de la vida delictiva que había llevado literalmente desde que nació. No tenía armas. Se arrodilló y buscó una piedra o un palo en el suelo, pero aquellas plantas no eran lo bastante grandes para proporcionarle nada consistente y el terreno era liso, sin grietas.

Conservación le había prometido ayuda, pero Kelsier no estaba seguro de cuánto confiaba en nada que dijera. Era raro que sobrevivir a su propia muerte lo volviera más reacio, no menos, a confiar en la palabra de Dios. Se quitó el cinturón para usarlo a modo de arma, pero se le evaporó en las manos y apareció de nuevo en su cintura. Meneando la cabeza, se aproximó con cautela un poco más y distinguió dos personas junto a un fuego. Estaban en su mismo reino y vivían, no eran almas brillantes ni espíritus brumosos.

El hombre llevaba vestiduras de skaa, tirantes y una camisa arremangada, y estaba ocupándose de la pequeña hoguera para preparar la cena. Llevaba el pelo corto y tenía una cara estrecha, casi enjuta. El cuchillo que llevaba al cinto, casi tan largo como para considerarse espada, le vendría muy bien.

La otra persona, sentada en una sillita plegable, podría ser terrisana. Entre los terrisanos había individuos con un tono de piel casi tan oscuro como el de la mujer, aunque Kelsier también había conocido a gente de los distintos dominios del sur con la piel casi negra. Desde luego, la mujer no llevaba ropa terrisana, sino un grueso vestido marrón con un gran ceñidor de cuero en la cintura, y el pelo recogido en trencitas.

Dos. Kelsier podía ocuparse de dos, ¿verdad? Incluso sin alomancia ni armas. Pero aun así, mejor ir con cuidado. No había olvidado su humillación a manos del vagabundo. Kelsier tomó una decisión meditada, se levantó, se alisó el abrigo y entró a zancadas en el campamento.

—Bueno —proclamó—, estos últimos días han sido bastante raros, eso os lo aseguro.

El hombre de la hoguera se arrastró hacia atrás, boquiabierto y echando mano a su cuchillo. La mujer se quedó sentada, aunque cogió algo que tenía al lado, un tubo pequeño con una manecilla en la parte de abajo. Lo apuntó hacia él, como si se tratara de algún tipo de arma.

—Decidme —prosiguió Kelsier, lanzando una mirada al cielo y su arremolinada masa de serpientes retorcidas, demasiado sólidas—, ¿a nadie más le molesta la voraz fuerza de destrucción que flota en el aire encima de nosotros?

—¡Sombras! —exclamó el hombre—. Eres tú. ¡Estás muerto!

—Según cómo definas la palabra «muerto» —contestó Kelsier, acercándose tranquilo al fuego. La mujer lo siguió con la punta de aquella extraña arma suya—. ¿Se puede saber qué habéis quemado para encender esa hoguera? —Los miró—. ¿Qué, qué pasa?

—¿Cómo? —farfulló el hombre—. ¿Qué? ¿Cuándo?

—¿Cómo? —propuso Kelsier, solícito.

—¡Eso, cómo!

—El caso es que tengo el estómago un poco delicado —dijo Kelsier—, y pensé que la muerte iba a darmel bastante mala digestión. Así que decidí no apuntarme.

—¡No se puede *decidir* convertirse en sombra sin más! —exclamó el hombre. Tenía un leve acento extranjero, que Kelsier no lograba situar—. ¡Es un rito muy importante, con sus requisitos y sus tradiciones! Esto... esto es... —Echó las manos al aire—. Esto es un incordio.

Kelsier sonrió y miró a los ojos a la mujer, que recogió una taza de algo caliente del suelo a su lado. Con la otra mano guardó el arma, como si nunca hubiera existido. Tendría treinta y tantos años.

—El Superviviente de Hathsin —dijo, pensativa.

—Sabes más de mí que yo de ti —dijo Kelsier—. La fama tiene estos problemas, por desgracia.

—Yo diría que, para un ladrón, la fama tiene muchas desventajas. A nadie le interesa mucho que lo reconozcan mientras intenta afanar monederos.

—A juzgar por la consideración que se le tiene en este dominio —terció el hombre, sin dejar de mirar con recelo a Kelsier—, seguro que a muchos les encantaría sorprenderlo robándoles el monedero.

—Sí —respondió Kelsier con sequedad—, casi hasta hacen cola para disfrutar del privilegio. ¿Hace falta que insista?

La mujer se lo pensó.

—Me llamo Khriss de Taldain. —Hizo un gesto con la cabeza al otro hombre, que enfundó el cuchillo de mala gana—. Él es Nazh, un empleado mío.

—Excelente —dijo Kelsier—. ¿Se os ocurre por qué puede haberme dicho Conservación que venga a hablar con vosotros?

—¿Conservación? —se sorprendió Nazh. Se levantó y agarró a Kelsier por el brazo. Podían tocarlo, igual que el vagabundo—. ¿Has hablado en persona con una de las *Esquirlas*?

—Claro —dijo Kelsier—. Borrón y yo somos viejos amigos.

Se zafó de la mano de Nazh y cogió el otro taburete que había junto al fuego. Consistía en dos sencillas piezas de madera que se plegaban juntas, con una tela entre ellas para sentarse. Lo colocó enfrente de Khriss y se acomodó en él.

—Esto no me gusta nada, Khriss —dijo Nazh—. Es un hombre peligroso.

—Por suerte —replicó ella—, nosotros también. La Esquirla Conservación, Superviviente. ¿Qué aspecto tiene?

—¿Es una prueba para comprobar si es cierto que he hablado con él o de verdad te interesa cómo está? —preguntó Kelsier.

—Las dos cosas.

—Se muere —dijo Kelsier, dando vueltas al cuchillo de Nazh entre los dedos. Se lo había birlado durante la breve escaramuza que habían tenido, y le sorprendió descubrir que no brillaba pese a ser metálico—. Es un hombre bajito y moreno, o al menos lo era. Está... bueno, deshilachándose.

—Eh —dijo Nazh, mirando el cuchillo con ojos entrecerrados. Luego se miró el cinturón y encontró vacía la vaina—. ¡Eh!

—Deshilachándose —repitió Khriss—. Por tanto, es una muerte lenta. ¿Ati no sabe cómo Astillar otra Esquirla? ¿O es que no le llega la fuerza? Hum...

—¿Ati? —dijo Kelsier—. Conservación también mencionó ese nombre.

Khriss señaló el cielo con un dedo mientras daba un sorbo a su bebida.

—Es eso de ahí. O al menos, eso es en lo que se ha convertido.

—¿Y qué es una Esquirla? —preguntó Kelsier.

—¿Es usted un erudito, don Superviviente?

—No —respondió él—, pero he matado a unos pocos.

—Qué encanto. Bueno, pues has topado con algo mucho, mucho más grande que tú mismo, tu política y tu pequeño planeta.

—Has mordido más de lo que puedes tragar, Superviviente —añadió Nazh, y recuperó su cuchillo de un manotazo cuando Kelsier lo equilibró sobre un dedo—. Deberías dejarlo estar.

—Nazh no habla por hablar —dijo Khriss—. Las preguntas que haces son peligrosas. Cuando uno pasa tras el telón y ve a los actores como las personas que son, le cuesta más fingir que la obra es real.

—Eh... —Kelsier se inclinó hacia delante y juntó las manos. Diablos, ese fuego daba calor pero no parecía estar quemando nada. Se quedó un momento mirando las llamas y tragó saliva—. Desperté de la muerte después de esperar, en el fondo, que no hubiera una ultratumba. Descubrí que Dios existía, pero estaba muriendo. Necesito respuestas. Por favor.

—Qué curioso —dijo ella. Kelsier alzó la mirada con el ceño fruncido—. He oído muchas historias sobre ti, Superviviente. A menudo en ellas se alaban tus admirables cualidades, pero la sinceridad nunca figura entre ellas.

—Puedo robarle algo más a tu criado —sugirió Kelsier—, si así te convences un poco más de que soy lo que esperabas.

—Inténtalo —dijo Nazh, rodeando la hoguera con los brazos cruzados y a todas luces tratando de intimidarlo.

—Las Esquirlas no son Dios —dijo Khriss, atrayendo la atención de Kelsier—, sino *fragmentos* de Dios. Ruina, Conservación, Autonomía, Cultivación, Devoción... Hay dieciséis.

—Dieciséis —dijo Kelsier con un hilo de voz—. ¿Hay catorce cosas de esas más corriendo por ahí?

—Las demás están en otros planetas.

—Otros... —Kelsier parpadeó—. Otros planetas.

—Vaya, hombre —dijo Nazh—. Me parece que lo has roto, Khriss.

—Otros planetas —repitió Khriss con tono amable—. Sí, los hay a docenas. Muchos están habitados por personas muy parecidas a ti o a mí. Hay un mundo original, ofuscado y oculto en algún lugar del Cosmere. Todavía no sé dónde, pero he encontrado historias sobre él.

»En todo caso, había un Dios. Adonalsium. No sé si era una fuerza o un ser, aunque me inclino por lo segundo. Dieciséis personas, todas juntas, mataron a Adonalsium, lo descuartizaron y se repartieron su esencia entre ellos, convirtiéndose en los primeros en Ascender.

—¿Quiénes eran? —preguntó Kelsier, intentando encontrar sentido a todo aquello.

—Un grupo diverso —dijo ella—, con motivos igualmente diversos. Algunos ansiaban el poder, otros veían la muerte de Adonalsium como la única buena opción que les quedaba. Juntos asesinaron a una deidad y se volvieron divinos ellos mismos. —Sonrió con calidez, como si quisiera preparar a Kelsier para lo que venía—. Dos de ellos crearon este planeta, Superviviente, incluidos sus habitantes.

—Entonces —dijo Kelsier—, ¿mi mundo y toda la gente que conozco son creación de un par de medios dioses?

—Más bien dioses fraccionarios —lo corrigió Nazh—. Y sin demasiada cualificación para hacer de dioses, aparte de ser lo bastante conspiradores como para asesinar a su antecesor en el puesto.

—Diablos —susurró Kelsier—. No me extraña que estemos tan desquiciados, joder.

—En realidad —apuntó Khriss—, la gente suele ser así, los creara quien los creara. Si te sirve de consuelo, Adonalsium fue quien creó la humanidad en un principio, así que tus dioses tenían un patrón en el que basarse.

—Por tanto, somos copias de un original defectuoso —dijo Kelsier—. No es que me tranquilice mucho. —Miró hacia arriba—. ¿Y esa cosa? ¿Antes era un ser humano?

—El poder distorsiona —dijo Khriss—. Ahí dentro hay una persona, en alguna parte, que lo dirige. O tal vez, a estas alturas, que se deja llevar por él.

Kelsier recordó la marioneta que había mostrado Ruina, con forma de hombre. Era poco más que un cascarón repleto de un poder terrible.

—¿Y qué pasa si una de esas cosas muere?

—Tengo curiosidad por verlo —dijo Khriss—. Nunca lo he presenciado en persona, y además en el pasado las muertes fueron distintas. Todas ellas fueron acontecimientos puntuales e impresionantes, en los que el poder del dios se quebró y se dispersó. Esta vez es más como un estrangulamiento, mientras las otras fueron decapitaciones. Debería de resultar muy instructivo.

—A menos que lo impida —dijo Kelsier. Khriss le sonrió—. Y no seas condescendiente —le espetó él, levantándose y derribando el taburete hacia atrás—. Voy a impedirlo.

—A este mundo se le acaba la cuerda, Superviviente —afirmó Khriss—. Es una verdadera pena, pero no conozco ninguna forma de salvarlo. Vine con la esperanza de poder ayudar, pero aquí ya no puedo ni alcanzar el Reino Físico siquiera.

—Alguien destruyó el acceso —añadió Nazh—. Alguien increíblemente insensato. Descarado. Estúpido. No se paró a...

—¿No exageras un poco? —lo cortó Kelsier—. El vagabundo ya me dijo lo que hice.

—El... ¿quién? —preguntó Khriss.

—Un tipo con el pelo blanco —respondió Kelsier—. Larguirucho, con la nariz aguileña y...

—Maldición —dijo Khriss—. ¿Llegó al Pozo de la Ascensión?

—Y robó algo de allí —dijo Kelsier—. Un trozo de metal.

—¡Maldición! —exclamó Khriss, mirando a su sirviente—. Tenemos que irnos. Lo siento, Superviviente.

—Pero...

—No es por lo que acabas de decirnos —explicó, levantándose y haciendo gestos a Nazh para que recogiera sus cosas—. Íbamos a marcharnos de todos modos. Este planeta se muere y, por mucho que desee presenciar la muerte de una Esquirla, no me atrevo a hacerlo de cerca. Observaremos desde la distancia.

—Conservación pensaba que podríais ayudar —dijo Kelsier—. Seguro que hay alguna cosa que podáis hacer. Algo que podáis decirme. No puede haberse acabado.

—De verdad que lo siento, Superviviente —dijo Khriss con suavidad—. Quizá si supiera más, quizás si pudiera convencer a los Airí de que

respondan a mis preguntas... —Negó con la cabeza—. Sucederá despacio, Superviviente, a lo largo de meses. Pero se aproxima. Ruina consumirá este mundo y el hombre al que una vez se conoció como Ati no logrará impedirlo. Si es que le importa siquiera.

—Todo —susurró Kelsier—, todo cuanto he conocido. ¿Todas las personas de... de mi planeta?

Cerca de él, Nazh se agachó y recogió el fuego, que se apagó. La llama demasiado grande se plegó sobre sí misma en la palma de su mano, y a Kelsier le pareció ver que lo hacía con un soplo de bruma. Kelsier recogió su taburete con un dedo, le sacó el tornillo de debajo y se lo guardó en la mano a hurtadillas antes de pasar el taburete a Nazh, que se echó al hombro un morral con rollos de pergaminos atados encima y miró a Khriss.

—Quedaos —pidió Kelsier, volviéndose de nuevo hacia la mujer—. Ayudadme.

—¿Ayudarte? No puedo ni ayudarme a mí misma, Superviviente. Estoy en el exilio y, aunque no lo estuviera, tampoco dispondría de los recursos para detener a una Esquirla. En realidad, supongo que jamás debí venir. —Vaciló—. Y lo lamento, pero no puedo invitarte a acompañarnos. Tendrás encima los ojos de tu dios, Kelsier. Sabrá dónde estás, porque tienes partes de él en tu interior. Ya ha sido bastante peligroso estar aquí hablando contigo.

Nazh le pasó un morral y Khriss se lo puso a la espalda.

—De verdad que voy a impedirlo —les aseguró Kelsier.

Khriss alzó una mano y cerró los dedos en un gesto desacostumbrado, al parecer de despedida. Dio la espalda al claro y se internó entre los arbustos, seguida de Nazh.

Kelsier se derrumbó. Se habían llevado los taburetes, así que se sentó en el suelo con la cabeza gacha. «Es lo que te mereces, Kelsier —pensó una parte de él—. Querías bailar con lo divino y robar a los mismos dioses. ¿Puede saberse por qué te sorprendes de que la situación te supere?».

El siseo de las hojas al moverse hizo que Kelsier volviera a levantarse a toda prisa. Nazh salió de entre las sombras. El hombre, más bajo que él, se quedó al borde del campamento abandonado y renegó en voz baja antes de acercarse, quitarse el cuchillo que llevaba a un lado y ofrecérselo a Kelsier.

Reticente, Kelsier aceptó el arma envainada en cuero.

—Tú y los tuyos estáis en graves apuros —dijo Nazh sin levantar la voz —, pero este sitio me gusta bastante. Con su condenada bruma y todo. — Señaló hacia el oeste—. Están establecidos allí.

—¿Quiénes?

—Los Airí —respondió el hombre—. Llevan en esto mucho más tiempo que nosotros, Superviviente. Si alguien puede saber cómo ayudarte, serán los Airí. Búscalos donde la tierra se hace sólida otra vez.

—Sólida otra vez —dijo Kelsier—. ¿El lago Tyrian?

—Más allá. Mucho más allá, Superviviente.

—¿El océano? Pero está a kilómetros y kilómetros de distancia. ¡Más allá del Dominio Lejano!

Nazh le dio una palmadita en el hombro y luego se volvió para seguir a Khriss.

—¿Hay esperanza? —preguntó Kelsier a su espalda.

—¿Y si te dijera que no? —repuso Nazh, girando la cabeza—. ¿Y si te dijera que creo que estás en la verdadera ruina, por así decirlo? ¿Cambiaría lo que ibas a hacer?

—No.

Nazh se llevó los dedos a la frente en una especie de saludo.

—Adiós, Superviviente. Cuida de mi cuchillo. Le tengo cariño.

Se internó en la oscuridad. Kelsier lo miró hasta perderlo de vista y entonces hizo lo más juicioso del mundo.

Se comió el tornillo que había sacado del taburete.



El tornillo no hizo nada. Kelsier había confiado en poder utilizar la alomancia, pero el tornillo se limitó a caer en su estómago con un peso extraño e incómodo. No podía quemarlo, por mucho que lo intentó. Mientras caminaba, acabó expulsándolo por la boca y lo tiró por ahí.

Llegó a la transición entre la isla y el terreno brumoso que rodeaba Luthadel y sintió una nueva carga sobre sus hombros. Un mundo condenado, dioses muriendo y un universo que nunca había sabido que existiera. Y su única esperanza era... ¿viajar hasta el océano?

Nunca había llegado tan lejos, ni siquiera en sus viajes con Gemmel. Le costaría meses llegar hasta allí andando. ¿A su mundo le quedaban meses?

Salió de la isla y pasó el terreno blando de la orilla hecha de bruma. Luthadel se alzaba cerca, como una muralla sombría de bruma arremolinada.

—¿Borrón? —llamó—. ¿Estás por aquí?

—Estoy en todas partes —dijo Conservación, apareciendo junto a él.

—Entonces, ¿lo has escuchado? —preguntó Kelsier.

Borrón asintió distraído, su silueta raída, su rostro desdibujado.

—Creo que... Supongo que sí

—Han mencionado a una gente llamada los Ay Rí.

—Sí, los Ire —dijo Conservación, pronunciándolo de forma distinta—. Tres letras: I, R, E. Significa algo en su idioma; vienen de otra tierra. Los que murieron pero no murieron. Los he sentido agruparse al límite de mi visión, como espíritus en la noche.

—Muertos pero vivos —dijo Kelsier—. ¿Como yo?

—No.

—¿Cómo, entonces?

—Murieron pero no murieron.

«Estupendo», pensó Kelsier. Se encaró hacia el oeste.

—En teoría, están en el océano.

—Los Ire construyeron una ciudad —dijo Conservación suavemente—. En un lugar entre mundos.

—Bueno —dijo Kelsier, y respiró hondo—. Pues allí es donde voy.

—¿Te vas? —preguntó Conservación—. ¿Me abandonas?

La premura que oyó en sus palabras sorprendió a Kelsier.

—Si esa gente puede ayudarnos, tengo que hablar con ellos.

—No pueden ayudarnos —replicó Conservación—. Son... son despiadados. Ya están haciendo planes sobre mi cadáver, como insectos carroñeros que esperan el último latido del corazón. No te vayas. No me abandones.

—Estás en todas partes. No puedo abandonarte.

—No. Hasta ellos no puedo llegar. Yo no puedo salir de esta tierra. Estoy demasiado Investido en ella, en cada piedra y cada hoja. —Palpitó y su forma, ya poco definida, se hizo más tenue—. Cogemos apego con facilidad, y hay que tener una dedicación muy particular para poder marcharnos.

—¿Y Ruina? —preguntó Kelsier, volviéndose hacia el oeste—. Si lo destruyera todo, ¿podría escapar?

—Sí —respondió Conservación, en voz muy baja—. Entonces podría irse. Pero Kelsier, no puedes abandonarme. Somos un equipo, ¿verdad?

Kelsier apoyó la mano en el hombro de la criatura. Con la confianza que había tenido y ya no era mucho más que una mancha en el aire.

—Volveré nada más pueda. Si tengo que detener a esa cosa, necesitaré algún tipo de ayuda.

—Te doy pena.

—Me da pena cualquiera que no sea yo, Borrón. Es lo que tiene ser el hombre que soy. Pero tú puedes hacerlo. Tenle un ojo echado a Ruina e intenta avisar a Vin y a ese noble suyo.

—Pena —repitió Conservación—. ¿En eso... en eso me he convertido? Sí. Sí, así es.

Alzó una mano apenas delimitada y asíó el brazo de Kelsier desde debajo. Kelsier ahogó un grito, pero se quedó petrificado cuando Conservación lo cogió por la nuca con la otra mano y trabó la mirada con la suya. Aquellos ojos se enfocaron de sopetón, el emborronamiento transformado en repentina nitidez. Refulgieron con una intensa luz entre blanca y plateada que envolvió a Kelsier y lo cegó.

Todo lo demás quedó vaporizado, incapaz de resistir a aquella terrible y maravillosa luz. Kelsier perdió la forma, el pensamiento, su mismo ser. Trascendió su yo y accedió a un lugar de luz fluida. Salieron cintas de esa luz explotando desde su interior y, aunque intentó gritar, no tenía voz.

El tiempo no pasó, porque el tiempo no tenía relevancia allí. No era un lugar. La posición tampoco tenía relevancia. Solo la Conexión, de persona a persona, de hombre a mundo, de Kelsier a dios.

Y ese dios lo era *todo*. El ente del que Kelsier había tenido pena era el mismo suelo sobre el que caminaba, el aire, los metales, su propia alma. Conservación de verdad estaba en todas partes. A su lado, Kelsier era insignificante. Un mero detalle apenas recordado.

La visión remitió. Kelsier se apartó dando tumbos de Conservación, que siguió allí de pie, plácido, una mancha en el aire pero representando muchísimo más. Kelsier se palpó el pecho y se alegró, por motivos que no podría explicar, de que su corazón latiera. Su alma estaba aprendiendo a imitar un cuerpo, y de algún modo tener el corazón acelerado lo reconfortaba.

—Supongo que me lo merecía —dijo Kelsier—. Ve con ojo usando esas visiones, Borrón. La realidad no es demasiado sana para el ego.

—Yo diría que es de lo más sana —replicó Conservación.

—Lo he visto todo —musitó Kelsier—. A todo el mundo, todas las cosas. Mi Conexión con ellos, y también... también...

«Cómo se extendían hacia el futuro —pensó, buscándole sin éxito una explicación—. Posibilidades, tantas posibilidades como el atium».

—Sí —dijo Conservación. Parecía exhausto—. Puede ser un suplicio admitir el rol que se tiene en el todo. Pocos pueden soportar la...

—Envíame allí otra vez —pidió Kelsier, echándose sobre Conservación y cogiéndolo por los brazos.

—¿Qué?

—Envíame de vuelta. Necesito verlo otra vez.

—Tu mente es demasiado frágil. Se quebrará.

—Ya quebré ese condenado trasto hace años, Borrón. Hazlo. Por favor.

Conservación lo agarró con reparo, y en esa ocasión sus ojos tardaron más en empezar a brillar. Refulgieron, su forma titiló y por un momento Kelsier temió que el dios fuese a disiparse del todo.

Pero entonces el brillo chispeó con vida, y al instante Kelsier quedó consumido. Esa vez se obligó a apartar la mirada de Conservación, aunque no era tanto cuestión de «mirar» como de asimilar la espantosa sobrecarga de información y sensaciones que lo inundaron.

Por desgracia, al dejar de fijarse en Conservación, se arriesgó a entregar su atención a otra cosa, otra igualmente exigente. Allí había un segundo dios, negro y terrible, aquella cosa con pinchos y patas de araña que brotaban de oscuras nieblas y alcanzaban todo a lo largo y ancho del territorio.

Incluido Kelsier.

De hecho, sus lazos con Conservación eran triviales comparados con los centenares de dedos negros que lo unían a aquella cosa de más allá. Sintió una poderosa satisfacción al respecto, además de una idea. No eran palabras, sino solo un hecho innegable.

Eres mío, Superviviente.

Kelsier se rebeló contra ello, pero en aquel lugar de perfecta luz, la verdad debía reconocerse sin remedio.

Forcejeando, con su alma desmoronándose ante esa terrible realidad, Kelsier se volvió hacia los zarcillos de luz que se extendían en la distancia. Posibilidades sobre posibilidades, compuestas unas con otras. Infinitas, abrumadoras. El futuro.

Salió expulsado de la visión otra vez, y en esa ocasión cayó de rodillas, jadeando. El brillo se disipó y volvió a encontrarse en la orilla del lago Luthadel. Conservación se sentó a su lado y apoyó la mano en la espalda de Kelsier.

—No puedo detenerlo —susurró Kelsier.

—Lo sé —dijo Conservación.

—He visto miles y miles de posibilidades. En ninguna de ellas derrotaba a esa cosa.

—Las tiras del futuro nunca son tan útiles como... como deberían ser —dijo Conservación—. Las recorrió mucho, hace tiempo, pero cuesta demasiado distinguir lo que de verdad es probable de lo que solo es una frágil... frágil, lejana tal vez...

—No puedo detenerlo —susurró Kelsier de nuevo—. Soy demasiado parecido. Todo lo que hago es en su beneficio. —Kelsier alzó la mirada, sonriendo.

—Te ha quebrado —dijo Conservación.

—No, Borrón. —Kelsier rio y se puso de pie—. No. Yo no puedo derrotarlo. Haga lo que haga, no puedo detenerlo. —Miró a Conservación—. Pero ella puede.

—Y él es muy consciente de eso. Tenías razón. Se ha dedicado a prepararla, a imbuirla.

—Ella puede imponerse.

—Es una posibilidad muy frágil —dijo Conservación—. Una promesa falsa.

—No —dijo Kelsier con suavidad—. Es una esperanza.

Extendió la mano. Conservación la asió y dejó que Kelsier tirara de él para levantarla. Dios asintió con la cabeza.

—Una esperanza. ¿Cuál es nuestro plan?

—Yo seguiré hacia el oeste —dijo Kelsier—. En las posibilidades he visto...

—No confíes en lo que has visto —advirtió Conservación, sonando mucho más firme que antes—. Hace falta una mente infinita para empezar a captar siquiera una pizca de información a partir de esos zarcillos del futuro. E incluso entonces, es muy fácil equivocarse.

—El camino que vi empezaba conmigo yendo hacia el oeste —insistió Kelsier—. Es lo único que se me ocurre hacer. A no ser que tengas una sugerencia mejor.

Conservación negó con la cabeza.

—Tú tienes que quedarte aquí, plantarle cara, resistir e intentar llegar a Vin. Si no a ella, a Sazed.

—Él no está bien.

Kelsier inclinó la cabeza a un lado.

—¿Salió herido en la lucha?

—Peor. Ruina intenta derrumbarlo.

«Maldición». Pero ¿qué podía hacer, aparte de seguir adelante con su plan?

—Haz lo que puedas —dijo Kelsier—. Yo buscaré a esa gente en el oeste.

—No te van a ayudar.

—No voy a pedirles ayuda —replicó Kelsier con una sonrisa—. Voy a robarles.



Cuarta parte: Viaje

1



Kelsier corrió. Necesitaba la urgencia, la fuerza de estar en movimiento. Un hombre que corría hacia algún sitio tenía un propósito.

Salió de la región de Luthadel, trotando junto a un canal para no desviarse. Al igual que el lago, el canal estaba invertido en aquel lugar: era un montículo largo y estrecho en vez de una zanja.

Mientras avanzaba, Kelsier intentó una vez más comprender el conflictivo conjunto de imágenes, impresiones e ideas que había experimentado en ese sitio donde podía percibirlo todo. Vin de verdad podía vencer a aquella cosa. De eso Kelsier estaba seguro, tanto como de que él no podía derrotar a Ruina por sí mismo.

Sin embargo, a partir de esa certeza sus pensamientos se iban haciendo menos concretos. Aquella gente, los Ire, trabajaban en algo peligroso. Algo que podría emplear en contra de Ruina tal vez.

Era todo lo que tenía. Conservación estaba en lo cierto: el tejido de aquel lugar entre instantes era demasiado enrevesado, demasiado efímero, para proporcionarle algo más que una vaga impresión. Pero al menos, era algo que podía hacer.

De modo que corrió. No tenía tiempo para ir andando. Volvió a desear la alomancia, el peltre que podría darle fuerza y resistencia. Había ostentado ese poder muy poco tiempo, comparado con el resto de su vida, pero había tardado aún menos en convertirse en su segunda naturaleza.

Ya no podía apoyarse en esas capacidades. Por suerte, al no tener cuerpo, no parecía cansarse a menos que se parara a pensar en que debería estar cansándose. No era un problema. Si algo se le daba bien, a Kelsier, era engañarse a sí mismo.

Con un poco de suerte, Vin podría resistir lo suficiente para salvarlos a todos. Era un peso terrible para depositarlo en los hombros de una persona. Kelsier levantaría tanto de él como pudiera.



Conozco este sitio», pensó Kelsier, aflojando el paso al cruzar un pueblo pequeño que había junto al canal. Había una fonda donde los encargados del canal podían abrevar a sus skaa, tomar una copa y disfrutar de un baño caliente por la noche. Era una de las muchas localidades casi idénticas que salpicaban los dominios. Aquella se distinguía por las dos torres semiderruidas que había al otro lado del canal.

«Sí», pensó Kelsier deteniéndose en la calle. Las torres eran inconfundibles incluso en el terreno onírico, brumoso, de aquel reino. Siguelargo. ¿Cómo era posible que hubiera llegado ya hasta allí? La aldea estaba a buena distancia del Dominio Central. ¿Cuánto tiempo llevaba corriendo?

El tiempo se había vuelto raro para él desde su muerte. No necesitaba comer y no sentía ningún cansancio que no proyectara su propia mente. Con Ruina tapando el sol, la única luz procedía del terreno brumoso y costaba mucho discernir el paso de los días.

Llevaba corriendo un tiempo. ¿Mucho tiempo?

De pronto se notó agotado y con la mente embotada, como si sufriera el efecto de arrastrar el peltre. Gimió y se sentó junto al montículo del canal, que estaba cubierto de plantas menudas. Esas plantas parecían crecer en cualquier lugar donde hubiera agua presente en el mundo real. Las había encontrado hasta brotando de copas brumosas.

De vez en cuando encontraba otras plantas más extrañas en el campo, entre pueblo y pueblo, en los sitios donde el terreno mullido se hacía más firme. En los lugares sin gente, en los vacíos extensos y cenicientos que había entre los puntitos de civilización.

Se puso de pie, combatiendo el agotamiento. Estaba todo en su cabeza, casi literalmente. Reticente a obligarse a correr de nuevo por el momento, cruzó Siguelargo paseando. La aldea había crecido en torno a la fonda del canal. Bueno, el pueblo. Los nobles propietarios de

plantaciones más alejadas del canal acudirían allí para comerciar y enviar mercancías hacia Luthadel. Se había convertido en un eje comercial, un ajetreado centro cívico.

Kelsier había matado allí a siete hombres.

¿O eran ocho? Los enumeró mientras caminaba. El lord, sus dos hijos, su esposa... Sí, siete, contando a los dos guardias y el primo aquél. Exacto. Había perdonado la vida a la esposa del primo, que encontró embarazada.

Mare y él tenían una habitación alquilada encima de la tienda, allá al fondo, y fingían ser mercaderes de una casa noble menor. Subió los peldaños del edificio y se detuvo ante la puerta. Apoyó los dedos en ella y la sintió en el Reino Físico, familiar incluso después de tanto tiempo.

«¡Teníamos planes! —le había dicho Mare mientras recogían a toda prisa—. ¿Cómo has podido hacerlo?».

—Asesinaron a una niña, Mare —susurró Kelsier—. La hundieron en el canal con piedras atadas a los pies. Porque les derramó el té. ¡Porque les derramó el condenado té!

«Venga, Kell —había dicho ella—. Matan a gente a diario. Es terrible, pero así es la vida. ¿Vas a llevar la venganza a todos los nobles de aquí fuera?».

—Sí —susurró Kelsier. Cerró el puño y lo llevó contra la puerta—. Eso he hecho. He hecho que pagara hasta el mismísimo lord Legislador, Mare.

Y aquella masa bullente de serpientes que se retorcía en el cielo había sido el resultado. Kelsier había comprendido la verdad en su momento fuera del tiempo con Conservación. El lord Legislador habría impedido aquella fatalidad durante otros mil años.

Matar a un hombre, obtener la venganza, pero provocar ¿cuántas muertes más? Mare y él habían huido de aquel pueblo. Luego había sabido que llegaron los inquisidores y torturaron a muchos de sus conocidos de allí, mataron a bastantes de ellos en su búsqueda de respuestas.

Kelsier mató, y ellos mataron a su vez. Kelsier se vengó, y la venganza de ellos fue diez veces mayor.

Eres mío, Superviviente.

Asió la manecilla de la puerta, pero no pudo hacer más que obtener una impresión de su aspecto. No podía moverla. Por suerte, sí fue capaz de empujar contra la puerta y atravesarla a la fuerza. Se detuvo trastabillando y se sorprendió al ver que la sala estaba ocupada. Había

un alma solitaria —brillaba, por lo que era una persona en el mundo real, no en aquel— tumbada sobre un catre en el rincón.

Mare y él habían abandonado el lugar a toda prisa, y se habían visto obligados a guardar parte de sus posesiones en un agujero detrás de una piedra del hogar. Ya no estaban: Kelsier se los había llevado con Mare ya muerta, después de huir de los Pozos y entrenar con el extraño y viejo alomante llamado Gemmel.

Evitó a la persona tumbada y fue hasta el pequeño hogar. Cuando había regresado a buscar aquellas monedas ocultas, iba de camino a Luthadel con la mente a rebosar de planes grandiosos e ideas peligrosas. Había recuperado el dinero, pero había hallado más de lo que esperaba. El saquito de monedas y, junto a él, un diario de Mare.

—Si hubiera muerto —dijo Kelsier en voz alta—, si hubiera permitido que ese otro lugar tirase de mí ahora estaría con Mare, ¿verdad?

No hubo respuesta.

—¡Conservación! —gritó Kelsier—. ¿Sabes dónde está? ¿La viste pasar a esa oscuridad de la que hablabas, al sitio ese donde va la gente después de esto? Estaría con ella, ¿verdad?, si me hubiera dejado morir.

Conservación siguió sin responder. Desde luego, su mente no estaba en todas partes, aunque su esencia lo estuviera. Considerando lo errático que había estado en los últimos tiempos, era hasta posible que su mente no estuviera del todo ni siquiera en un solo sitio. Kelsier suspiró, mirando a su alrededor en la pequeña estancia.

Entonces retrocedió un paso al darse cuenta de que la persona del catre se había levantado y miraba como buscando algo.

—¿Qué quieres tú? —restalló Kelsier.

La figura se sobresaltó. ¿Lo había oído?

Kelsier se acercó al hombre y lo tocó, obteniendo la visión de un viejo mendigo, con barba rala y ojos enloquecidos. El hombre murmuraba para sí mismo, y Kelsier podía entreoír parte de lo que decía mientras lo tocaba.

—En mi cabeza —musitó el hombre—. Fuera de mi cabeza.

—Puedes oírme —dijo Kelsier.

El hombre saltó de nuevo.

—Malditos susurros —dijo—. ¡Fuera de mi cabeza!

Kelsier bajó la mano. Había visto algo parecido, en las pulsaciones. A veces los dementes susurraban las cosas que habían oído a Ruina. Pero parecía que también podían oír a Kelsier.

¿Podía utilizar a aquel hombre? «Gummel murmuraba igual a veces —comprendió Kelsier con un escalofrío—. Siempre creí que estaba loco».

Kelsier intentó hablar más con el hombre, pero fue en vano. El mendigo no dejaba de sobresaltarse y murmurar, pero se negaba a responderle.

Al final, Kelsier terminó marchándose de la sala. Se alegraba de que el loco lo hubiera distraído de sus recuerdos de aquel lugar. Hurgó en su bolsillo, pero entonces recordó que ya no tenía el dibujo de la flor de Mare. Se lo había dejado a Vin.

Conocía la respuesta a las preguntas que acaba de hacer a Conservación. Al negarse a aceptar la muerte, Kelsier también había renunciado a volver con Mare. A menos que no existiera nada al otro lado de la discontinuidad. A menos que esa muerte sí que fuese real y definitiva.

Seguro que Mare no esperaría que Kelsier se rindiera sin más, que permitiera que se lo llevara la oscuridad tirante, ¿verdad? «Todos los demás que he visto pasaban por voluntad propia —pensó Kelsier—. Hasta el lord Legislador. ¿Por qué me empeño yo en quedarme?».

Preguntas necias. Inútiles. No podía irse mientras el mundo corriera tanto peligro. Y no iba a permitirse morir sin más, ni siquiera para estar con ella.

Salió del pueblo, encaminó de nuevo sus pasos al oeste y siguió corriendo.



Kelsier se arrodilló junto a una vieja hoguera, ya apagada, representada por un grupo de sombríos y fríos troncos en aquel reino. Había descubierto que era importante parar cada pocas semanas para recobrar el aliento. Llevaba corriendo... bueno, mucho tiempo ya.

Ese día tenía intención de resolver por fin un acertijo. Agarró los restos brumosos de la vieja hoguera. Al instante pudo verla en el mundo real, pero empujó más allá y sintió algo al otro lado.

No eran solo imágenes, sino sensaciones. Casi emociones. Una madera fría que de algún modo recordaba el calor. El fuego estaba extinguido en el mundo real, pero deseaba poder arder de nuevo.

Era extraño descubrir que los troncos podían tener deseos. Aquel fuego había ardido muchos años, alimentando a las familias de muchos skaa. Incontables generaciones se habían sentado en torno a aquel agujero en el suelo. Habían tenido el fuego encendido casi continuamente. Riendo, saboreando sus breves momentos de gozo.

El fuego les había concedido aquello, y anhelaba hacerlo de nuevo. Por desgracia, la gente se había marchado. Kelsier iba encontrando cada vez más y más aldeas abandonadas. Las lluvias de ceniza duraban más de lo normal, y Kelsier había notado algún temblor en el suelo, incluso en el reino en el que se hallaba. Terremotos.

Podía dar algo a aquel fuego. *Arde otra vez*, le dijo. *Vuelve a calentarte*.

No podía suceder en el Reino Físico, pero todo lo de allí podía manifestarse donde estaba él. El fuego no estaba vivo de verdad, pero para la gente que había habitado aquella tierra una vez, casi lo había estado. Era un amigo cálido, de confianza.

Arde...

Salió luz de sus dedos, fluyó de sus manos y apareció una llama. Kelsier la soltó enseguida, dio un paso atrás y sonrió al crepitante fulgor. Se parecía mucho al fuego que llevaban consigo Nazh y Khriss: los troncos habían aparecido en su lado, con llamas que danzaban.

Fuego. Había creado fuego, nada menos, en el mundo de los muertos. «No está mal, Kell», pensó, arrodillándose. Después de respirar hondo, metió la mano en el fuego, así el centro de los troncos y cerró el puño, capturando el pedacito de bruma que componía la esencia de aquella hoguera. Se plegó sobre sí misma y desapareció.

Kelsier sostuvo el puñadito de niebla en la mano ahuecada. Podía sentirlo, igual que podía sentir el suelo bajo sus pies. Mullido, pero lo bastante real siempre que no apretase demasiado. Se guardó el alma de la hoguera en el bolsillo, bastante seguro de que no estallaría en llamas a menos que él se lo ordenara.

Salió de la choza skaa a una plantación. No había estado allí nunca; había avanzado ya más al oeste que en sus viajes con Gemmel. Allí las plantaciones estaban compuestas de extraños edificios rectangulares, bajos pero con grandes patios. Kelsier salió del suyo y llegó a una calle jalonada por docenas de chozas como aquella.

Considerándolo todo, a los skaa de allí les iban mejor las cosas que a los de los dominios interiores. Era como decir que a un hombre ahogándose en cerveza le iban mejor las cosas que a uno que se ahogaba en ácido.

Caía ceniza del cielo. Aunque había podido verla durante sus primeros días en aquel reino, había aprendido a distinguirla. Se reflejaba como diminutas y retorcidas volutas de niebla, casi invisibles. Kelsier se puso al trote y dejó atrás una estela de ceniza. Parte de ella lo atravesaba, dejándole la sensación de que *él* era ceniza. Un cascarón calcinado, un cadáver reducido a ascuas que flotaban en el viento.

Dejó atrás demasiada ceniza amontonada en el suelo. Allí no debería estar cayendo tanta. Los montes de ceniza estaban lejos y, por lo que había averiguado en sus viajes, allí fuera la ceniza caía solo una o dos veces al mes. O, al menos, así había sido antes del despertar de Ruina. Seguían creciendo algunos árboles, sombríos, cuyas almas se manifestaban como siluetas brumosas que brillaban como las de los seres humanos.

Se acercó a gente en el camino que viajaban hacia el oeste, hacia las ciudades de la costa. Era probable que sus nobles ya hubieran huido en esa dirección, aterrorizados por la repentina crecida de la ceniza y otras señales de destrucción. A medida que los adelantaba, Kelsier iba extendiendo el brazo, dejando que su mano los rozara y le transmitiera impresiones de ellos.

Una joven madre que renqueaba con un pie roto, llevando a su recién nacido cerca del pecho.

Una anciana, fuerte como debían serlo los skaa viejos. A los débiles se los solía abandonar a su suerte.

Un hombre joven y pecoso vestido con una camisa de calidad. La habría robado de la mansión de su noble, seguramente.

Kelsier buscó señales de locura o desvaríos. Había confirmado que esa gente a menudo podía oírlo, aunque la capacidad no siempre requería una demencia obvia. Muchos parecían incapaces de distinguir las palabras concretas y oían solo susurros fantasmales. Impresiones.

Ganó velocidad y dejó atrás a los lugareños. Sabía que aquella zona estaba bastante frecuentada por la levedad de la bruma que tenía debajo. Durante sus meses corriendo, había llegado a comprender —y hasta cierto punto incluso aceptar— el Reino Cognitivo. Poder atravesar paredes sin trabas daba una sensación de libertad, igual que poder echar breves vistazos a las personas y sus vidas.

Pero se sentía muy solo.

Trataba de no pensar en ello. Se concentraba en correr y en el desafío que lo aguardaba. Por la forma en que se fundía el tiempo allí, no se le antojaba que hubieran transcurrido meses. Y sin duda, aquella experiencia era muy preferible al año que había pasado atrapado en el Pozo, erosionando su cordura.

Pero echaba de menos a la gente. Kelsier necesitaba personas, conversación, amigos. Sin ellos, se notaba desecado. Habría dado cualquier cosa para que Conservación, por volátil que fuese, apareciera y hablara con él. Incluso aquel vagabundo de pelo blanco habría sido un cambio bien recibido respecto a aquel erial de brumas.

Intentó encontrar a dementes para al menos tener alguna relación con otros seres vivos, por trivial que resultara.

«Por lo menos, algo he ganado», se dijo Kelsier. Un fuego de campamento en el bolsillo. Cuando saliera de aquel aprieto, y sin duda terminaría saliendo, desde luego tendría historias que contar.



Kelsier, el Superviviente a la Muerte, coronó por fin una última colina y contempló una vista increíble ante él. Tierra.

Se alzaba del límite de la bruma como una extensión oscura y premonitoria. La sentía menos viva que la cambiante bruma entre blanca y gris que tenía bajo los pies, pero recibió su visión con los brazos abiertos.

Dejó escapar un largo y aliviado suspiro. Las últimas semanas se le habían hecho cada vez más difíciles. Pensar en seguir corriendo había empezado a resultarle nauseabundo, y la soledad le hacía ver fantasmas en la bruma arremolinada, oír voces en la nada desprovista de vida que lo rodeaba.

Se lo veía muy distinto al hombre que había partido de Luthadel. Apoyó su vara en el suelo a su lado. La había recuperado del cuerpo de un refugiado muerto en el mundo real, lo había devuelto a la vida y le había dado un nuevo hogar y un nuevo amo al que servir. Igual que la amplia capa que llevaba, raída por los bordes, casi como un manto de bruma.

El morral que llevaba era distinto. Se lo había llevado de una tienda abandonada. Ningún dueño lo había cargado jamás. Consideraba que su propósito era estar en un estante y ser admirado. Hasta el momento, de todos modos había sido un buen compañero de viaje.

Kelsier se sentó, dejó a un lado su vara y metió la mano en el morral. Hizo recuento de sus bolas de bruma, que llevaba envueltas todas juntas en él. Lo alegró ver que en esa ocasión no había desaparecido ninguna. Cuando un objeto se recuperaba —o peor, se destruía— en el Reino Físico, su Identidad cambiaba y el espíritu regresaba a la posición física de su cuerpo.

Los objetos abandonados eran los mejores. A ser posible, que hubieran tenido dueño durante mucho tiempo, lo que les otorgaba una Identidad fuerte, pero que ya no tuvieran a nadie en el Reino Físico que se preocupara por ellos. Sacó la bola de bruma que era su fogata de

campamento, la desplegó y dejó que su calor lo bañara. Empezaba a deshebrarse y en los troncos habían aparecido unos agujeritos brumosos. Kelsier supuso que la había alejado demasiado de su origen y la distancia la afligía.

Sacó otra bola de bruma, que se desplegó en su mano y se convirtió en un odre de cuero. Dio un largo sorbo. En realidad, no le servía de nada, porque el agua desaparecía al poco de verterse y Kelsier no parecía necesitar beber.

Pero bebía de todos modos. Le gustaba la sensación en los labios y el gaznate, lo refrescaba. Le permitía fingir que estaba vivo.

Se acurrucó en la ladera de la colina, contemplando la nueva frontera a sus pies, bebiendo agua fantasmal junto al alma de un fuego. Su experiencia en el reino de los dioses, aquel momento entre instantes, ya era un recuerdo lejano aunque, a decir verdad, ya le había parecido lejano al segundo de salir de él. Las brillantes Conexiones y las revelaciones que abarcaban eternidades se habían marchitado de inmediato, como la bruma ante el sol matutino.

Había sabido que debía llegar a aquel lugar. Después de eso... no tenía ni idea. Por allí fuera había gente, pero ¿cómo encontrarlos? ¿Y qué haría cuando los localizara?

«Necesito lo que tienen —pensó, dando otro sorbo de su odre—. Pero no querrán dármelo». De eso estaba seguro. Pero ¿qué era lo que tenían? ¿Conocimiento? ¿Cómo podía estafar a alguien sin saber siquiera si hablaba su mismo idioma?

—¿Borrón? —dijo Kelsier, a modo de prueba—. Conservación, ¿estás ahí?

No hubo respuesta. Kelsier suspiró y guardó el odre. Echó un vistazo hacia atrás, hacia el lugar del que procedía.

Luego se puso en pie, arrancó su cuchillo de la vaina que llevaba al costado y se volvió, dejando el fuego entre él y lo que estaba allí. La figura llevaba túnica y tenía el cabello brillante y rojo como una llama. Lucía una sonrisa amistosa, pero Kelsier veía pinchos bajo la superficie de su piel, punzantes patas de araña a millares, que empujaban contra la piel y la hacían abombarse en movimientos irregulares.

La marioneta de Ruina. La cosa que había visto construir a aquella fuerza para tentar a Vin.

—Hola, Kelsier —dijo Ruina a través de los labios de su marioneta—. Mi colega no está disponible, pero yo satisfaré tus peticiones, si así lo deseas.

—Apártate —replicó Kelsier, blandiendo su cuchillo y recurriendo por instinto a metales que ya no podía quemar. Maldición, cómo lo echaba de menos.

—Oh, Kelsier —dijo Ruina—. ¿Que me aparte? Pero si estoy en todo tu alrededor, en el aire que finges respirar, en el suelo bajo tus pies. Estoy en ese cuchillo y en tu propia alma. ¿Cómo, exactamente, quieres que me aparte?

—Di lo que te dé la gana —repuso Kelsier—, pero no me posees. Yo no te pertenezco.

—¿Por qué te resistes así? —preguntó Ruina, caminando en torno a la hoguera. Kelsier avanzó en la otra dirección, manteniendo la distancia entre sí mismo y aquella criatura.

—Ah, no sé —dijo Kelsier—. Tal vez sea porque eres una fuerza malvada de destrucción y dolor.

Ruina se detuvo, como ofendido.

—¿Por qué me dices eso? —Extendió las manos—. La muerte no es malvada, Kelsier. La muerte es necesaria. Todo reloj debe pararse, todo día debe terminar. Sin mí, no hay vida, y nunca podría haberla habido. La vida es cambio y yo represento ese cambio.

—Y ahora quieres terminar con ella.

—Fue un regalo que yo concedí —dijo Ruina, tendiendo una mano hacia Kelsier—. Vida. Bella, maravillosa vida. El júbilo de un bebé recién nacido, el orgullo de una madre, la satisfacción de un trabajo bien hecho. Todo eso procede de mí.

»Pero ahora se acabó, Kelsier. Este planeta es un hombre anciano, que ya ha tenido una vida plena y resuella con sus últimos alientos. No es malvado concederle el descanso que anhela. Es piadoso.

Kelsier miró aquella mano, que ondeaba con la punzante presión de las arañas de su interior.

—Pero ¿con quién hablo? —prosiguió Ruina con un suspiro, retirando la mano—. Con el hombre que no acepta su propio fin, aun cuando su alma lo ansiaba, aun cuando su esposa deseaba que se uniera a ella en el Más Allá. No, Kelsier, no confío en que acabes viendo la necesidad de un final. De modo que puedes continuar considerándome malvado, si así lo deseas.

—¿Tanto daño haría darnos un poco más de tiempo? —preguntó Kelsier.

Ruina se echó a reír.

—Ladrón hasta el final, siempre tanteando para ver hasta dónde puedes salirte con la tuya. No, ya se os ha concedido una prórroga tras otra. Supongo que no tienes ningún mensaje que quieras que transmita, ¿verdad?

—No, sí, sí —dijo Kelsier—. Dile a Borrón que busque algo largo, duro y afilado y te lo meta por el trasero de mi parte.

—Como si pudiera hacer daño a alguien, aunque sea yo. ¿Comprendes que, si él estuviera al mando, nadie envejecería? Nadie pensaría ni viviría. Si él se saliera con la suya, estaríais todos congelados en el tiempo, incapaces de actuar por miedo a dañaros unos a otros.

—Y por eso lo estás matando.

—Como te decía —contestó Ruina con una sonrisa—, es un acto piadoso. Para un viejo cuyos mejores tiempos ya quedan muy lejos. Pero si lo único que pretendes es insultarme, mejor me marcho. Es una pena que vayas a estar en esa isla cuando llegue el final. Supongo que te gustaría saludar a los demás cuando mueran.

—No puede faltar tan poco.

—Así es, por desgracia. Pero incluso si pudieras hacer algo para impedirlo, aquí fuera no sirves de nada. Qué pena.

«Claro —pensó Kelsier—. Y has venido aquí a decírmelo, en vez de quedarte calladito y satisfecho de que esté distraído con mi absurda misión».

Kelsier reconocía los anzuelos a simple vista. Ruina quería hacerle creer que el final estaba muy cerca, que salir hasta allí fuera no había tenido ningún sentido.

Por tanto, sí que lo tenía.

«Conservación dijo que no podía ir al sitio al que voy yo —pensó Kelsier—. Y Ruina comparte esa misma restricción, al menos hasta que el mundo esté destruido».

Quizá por primera vez en meses, podría escapar de aquel cielo que se retorcía y de los ojos del destructor. Saludó a Ruina con la mano, se guardó su hoguera y empezó a descender a grandes pasos colina abajo.

—¿Huyes, Kelsier? —dijo Ruina, apareciendo en la ladera con las manos a su espalda mientras Kelsier lo adelantaba—. No puedes escapar de tu destino. Estás atado a este mundo, y a mí.

Kelsier siguió andando y Ruina apareció al pie de la colina, en la misma postura.

—Esos necios de la fortaleza no podrán ayudarte —señaló Ruina—. Creo que, cuando este mundo haya llegado a su fin, les haré una visita. Llevan existiendo demasiado tiempo más del que deberían.

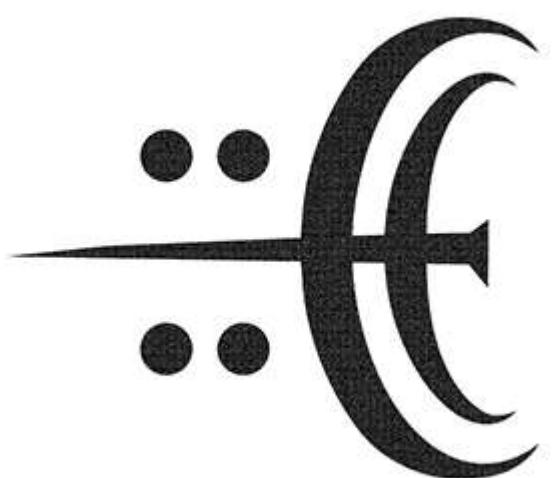
Kelsier se detuvo al borde de la nueva tierra de piedra oscura, como el lago que se había convertido en isla. El que tenía delante era incluso más grande. El océano se había convertido en un continente.

—Mataré a Vin mientras no estás —susurró Ruina—. Los mataré a todos. Piensa en eso, Kelsier, mientras viajas. Cuando regreses, si aún queda algo, quizá tenga trabajo para ti. En agradecimiento por todo lo que has hecho en mi nombre.

Kelsier subió al continente oceánico, dejando atrás a Ruina en la costa. Casi pudo ver las alargadas hebras de poder que animaban aquel pelele, que daban voz a una fuerza terrible.

Maldición. Sus palabras eran mentiras. Kelsier lo *sabía*.

Dolían de todos modos.



Quinta parte: Ire



Había esperado que el sol regresara cuando Ruina desapareciera del cielo, pero después de recorrer un buen trecho, Kelsier tuvo la sensación de que dejaba atrás su mundo, y el sol con él. El cielo no era más que una vacía negrura. Al cabo de un tiempo, Kelsier se las ingenió para atar su hoguera en decadencia al final de su vara con unas enredaderas, creando una antorcha improvisada.

Era una experiencia rara caminar por aquel territorio oscurecido, sosteniendo una vara con una hoguera de campamento completa en la punta. Pero los troncos no se separaron y el conjunto no pesaba ni por asomo tanto como debería. Tampoco daba tanto calor como debería, sobre todo si al sacar la hoguera Kelsier no hacía que se manifestara por completo.

Crecía vida vegetal por todas partes, auténtica al tacto y a la vista, aunque compuesta de variedades extrañas, algunas con frondas marrones rojizas y otras con amplias palmas. Los abundantes árboles formaban una selva de plantas exóticas.

Había algo de bruma por allí. Si se arrodillaba y los buscaba, Kelsier podía encontrar pequeños espíritus brillantes: peces y plantas marinas. Se manifestaban sobre el suelo, aunque lo más seguro era que en el océano del otro lado estuvieran a gran profundidad. Kelsier se levantó con el alma de alguna criatura gigantesca de las profundidades —se parecía a un pez, solo que grande como un edificio— en la mano, sintiendo su peso y su fuerza.

Le resultó surrealista, pero así había pasado a ser su vida. Soltó el alma del pez y siguió adelante, caminando entre plantas que le llegaban a la cintura con su vara ardiente para iluminar sus pasos.

A medida que se alejaba de la costa, notó que algo tiraba de su alma. Una manifestación de sus lazos con el mundo que había dejado atrás. Sabía, sin necesidad de experimentar, que aquel tirón terminaría haciéndose tan intenso que le impediría seguir avanzando.

Podía aprovecharlo. El tirón era una herramienta que le permitía discernir si seguía alejándose de su mundo o si había perdido el rumbo en la oscuridad. Por lo demás, la navegación era casi imposible, ya sin canales ni caminos que lo guiaran.

Evaluando la fuerza ejercida sobre su alma, se mantuvo encarado justo hacia fuera, alejándose de su tierra natal. No estaba seguro del todo de que fuese en esa dirección donde se hallaba su objetivo, pero parecía la mejor opción.

Pasó días recorriendo la selva hasta que empezó a menguar. Acabó llegando a un lugar donde las plantas crecían solo en escasas porciones del terreno. Las reemplazaron unas extrañas formaciones de roca, como esculturas cristalinas. Eran dentadas y muchas de ellas medían más de tres metros de altura. Kelsier no sabía qué pensar de ellas. Había dejado de encontrar almas de peces, y allí no parecía haber nada vivo en ninguno de los reinos.

Se estaba volviendo trabajoso avanzar contra el tirón sobre su alma. Empezaba a preocuparse por si tenía que dar media vuelta cuando, por fin, vislumbró algo nuevo.

Una luz en el horizonte.



El sigilo era muchísimo más fácil cuando no se poseía un cuerpo físico.

Kelsier se movió en silencio, después de guardar su capa y su vara. Había dejado atrás el morral y, aunque allí había algunas plantas, podía atravesarlas sin perturbar siquiera sus hojas.

Las luces que había visto palpitaban desde una fortaleza de piedra blanca. No era una ciudad, pero a sus ojos se le acercaba bastante. La luz tenía una cualidad extraña: no ardía ni titilaba como una llama. ¿Sería algún tipo de candileja? Se aproximó hasta detenerse tras una de las extrañas formaciones de roca que tan comunes eran en aquel lugar. Tenía pinchos ganchudos que sobresalían, casi como ramas.

Las mismas murallas de la fortaleza emitían un tenue brillo. ¿Sería bruma? No parecía tener el mismo tono, se veía demasiado azul. Sin salir de la sombra de las formaciones de roca, Kelsier rodeó el edificio en dirección a una fuente de luz más intensa en la parte trasera.

Resultó ser una enorme y brillante soga, gruesa como el tronco de un árbol gigantesco. Palpitaba con una energía lenta y rítmica, y la luz que emitía era del mismo tono que la de los muros, solo que mucho más intensa. Parecía ser algún tipo de conducto de energía y se perdía en la distancia, visible durante kilómetros y más kilómetros en la oscuridad.

La soga se introducía en la fortaleza por un inmenso portón en la parte trasera. Al acercarse poco a poco, Kelsier descubrió que por la piedra de la pared corrían pequeñas líneas de energía. Se ramificaban y se hacían cada vez más pequeñas, como una reluciente red de venas.

La fortaleza era alta, imponente, como un torreón pero sin los adornos. No tenía una fortificación separada a su alrededor, pero sus murallas eran altas y escarpadas. Había guardias recorriendo el techo y, cuando pasó uno, Kelsier se hundió en el suelo. Era capaz de sumergirse del todo, volviéndose casi invisible, aunque para ello tenía que aferrar el suelo y empujarse hacia abajo hasta que solo quedara a la vista su coronilla.

Los guardias no repararon en su presencia. Salió del suelo y se acercó despacio a la base del muro de la fortaleza. Apretó la palma de la mano contra la brillante piedra y obtuvo la impresión de una muralla muy lejos de allí, en otro lugar. En una tierra desconocida con unas sorprendentes plantas que eran verdes, nada menos. Dio un respingo y apartó la mano.

Aquello no eran piedras, sino los espíritus de piedras, igual que su espíritu de fuego. Las habían llevado hasta allí y las habían utilizado para levantar un edificio. De pronto, Kelsier ya no se sintió tan listo por haberse procurado una vara y un morral.

Tocó de nuevo la piedra y contempló aquel paisaje verde. Aquello era de lo que le había hablado Mare, una tierra con un cielo azul abierto. «Otro planeta —decidió—, otro que no sufrió nuestro mismo destino».

Por el momento, dejó a un lado la imagen de aquel lugar y presionó con los dedos a través del espíritu de la piedra. Se sorprendió al notar resistencia. Kelsier apretó los dientes e hizo más fuerza. Logró hundir los dedos unos cinco centímetros, pero no más.

«Es esa luz —pensó. Le ofrecía resistencia—. Se parece un poco a la luz de las almas».

De acuerdo, no podría atravesar el muro. ¿Qué le quedaba? Se retiró a las sombras para pensar. ¿Debería intentar colarse por alguna de las puertas? Rodeó el edificio, dando vueltas a la idea durante un rato, hasta que de pronto se sintió tonto. Volvió corriendo al muro y apretó la mano contra las piedras hasta hundirla unos pocos centímetros. Entonces alzó el otro brazo e hizo lo mismo con la otra mano.

Empezó a escalar la muralla.

Aunque echaba de menos empujar con acero, el método se demostró bastante efectivo. Podía aferrarse a la pared más o menos por donde quisiera, y su forma no pesaba mucho. Escalar era fácil, siempre que mantuviera la concentración. Aquellas imágenes de una tierra con plantas verdes lo distraían mucho. En ellas no se veía ni una mota de ceniza.

Una parte de él siempre había considerado la flor de Mare una historia fantasiosa. Y aunque aquel lugar parecía extraño, también lo atraía con su belleza ajena. Había algo en él que resultaba increíblemente atractivo. Por desgracia, la muralla no dejaba de intentar escupir sus dedos, y no caer exigía muchísima atención. Siguió escalando; ya podría recrearse en la suntuosa escena de verde hierba y plácidas colinas en otro momento.

En los niveles superiores había una ventana lo bastante grande para atravesarla, y menos mal. Los guardias que había arriba del todo habrían sido difíciles de esquivar. Kelsier se coló por la ventana y llegó a

un largo pasillo de piedra iluminado por las telarañas de energía que fluían por las paredes, el suelo y el techo.

«Esa energía debe de ser lo que impide que las piedras se evaporen», pensó Kelsier. Todas las almas que llevaba consigo habían empezado a deteriorarse, pero las piedras estaban sólidas e íntegras. De algún modo, las diminutas líneas de energía sostenían los espíritus de la piedra, y quizás como efecto secundario impedían que gente como Kelsier atravesara las paredes.

Recorrió el pasillo con cautela. No sabía muy bien qué buscaba, pero no habría averiguado nada nuevo quedándose fuera sentado a esperar.

La energía que recorría aquel lugar seguía otorgándole visiones de otro mundo, y Kelsier descubrió consternado que la energía parecía estar impregnándolo, mezclándose con su propia energía, que ya estaba alterada por el poder que había en el Pozo. En unos breves instantes, había empezado a pensar que el lugar de las plantas verdes tenía un aspecto *normal*.

Oyó ecos de voces en el pasillo, hablando en un idioma extraño con un tono nasal. Como había planeado hacer si ocurría, Kelsier salió por una ventana y se quedó colgado en el exterior.

Dos guardias pasaron apresurados por el pasillo cerca de él, y cuando se hubieron alejado Kelsier echó un vistazo al interior y vio que llevaban largos tabardos blanquiazules y picas a los hombros. Tenían la piel clara y parecía que podían proceder de algún dominio, de no ser por su extraño idioma. Hablaban con brío, y mientras las palabras inundaban a Kelsier, pensó... pensó que podía entender algunas de ellas.

«Sí. Hablan el idioma de los campos abiertos, de las plantas verdes. Del lugar del que proceden estas piedras, de la fuente de su poder...».

—... está bastante seguro de que ha visto algo, señor —estaba diciendo un guardia.

Las palabras llegaron extrañas a los oídos de Kelsier. Por una parte, tenía la sensación de que deberían resultarle indescifrables. Por otra, entendía su significado al instante.

—¿Cómo iba a llegar hasta aquí alguien de Treno? —preguntó con brusquedad el otro guardia—. No tiene ningún sentido, hombre.

Salieron por la puerta que había al otro extremo del pasillo. Kelsier volvió al interior, curioso. ¿Lo habría visto algún guardia mientras estaba fuera? La conversación no había sonado a alarma general, por lo que, si lo habían visto, había sido solo de refilón.

Se planteó huir, pero en vez de eso decidió seguir a los guardias. Aunque la mayoría de los ladrones novatos intentaban evitar a los vigilantes

durante una infiltración, la experiencia de Kelsier le enseñaba que en general convenía seguirlos, pues no solían alejarse mucho de las cosas que más merecían la pena.

No estaba seguro de que pudieran hacerle algún daño, pero supuso que sería mejor no averiguarlo, así que mantuvo la distancia con los guardias. Tras cruzar unos cuantos pasillos de piedra, los hombres llegaron a una puerta y entraron por ella. Kelsier se acercó a hurtadillas, la abrió una rendija y vislumbró una cámara más grande donde un grupo de guardias estaban preparando un extraño dispositivo. En su centro había una gema del tamaño del puño de Kelsier, que brillaba incluso más que las paredes. La gema estaba rodeada por un entramado de metal dorado que la sostenía en su sitio. En su conjunto, el dispositivo tenía el tamaño de un reloj de escritorio.

Kelsier se inclinó hacia delante, oculto fuera de la puerta. Esa gema tenía que valer una fortuna.

Otra puerta que daba a la cámara, la del fondo, se abrió de golpe, haciendo que varios guardias se sobresaltaran e hicieran un saludo militar. La criatura que entró parecía buena, humana a grandes rasgos. Marchita y reseca, la mujer tenía los labios fruncidos, la cabeza calva y una extraña piel de un tono plateado oscuro. Emitía el mismo tenue fulgor blanquiazulado que las paredes.

—¿Qué es esto? —exigió saber la criatura en el idioma de las plantas verdes.

El capitán de la guardia saludó.

—Probablemente solo una falsa alarma, anciana. Maod dice que ha visto algo fuera.

—Parecía una forma humana, anciana —añadió otro guardia—. La he visto yo. Ha probado la muralla, hundiéndo los dedos en la piedra, pero el muro lo ha rechazado. Entonces se ha retirado y lo he perdido de vista en la oscuridad.

De modo que sí que lo habían visto. Maldición. Pero al menos, no parecían saber que se había infiltrado en el edificio.

—Vaya, vaya —dijo la anciana criatura—. Mi premonición ya no parece tan ridícula, ¿verdad, capitán? Los poderes de Treno desean asumir un papel protagonista. Activa el dispositivo.

Kelsier tuvo un mal presentimiento inmediato. Hiciera lo que hiciera aquel artillugio, sospechó que no le convendría nada. Dio media vuelta y corrió pasillo abajo, en dirección a una ventana. Detrás de él, la poderosa luz dorada de la gema se apagó.

Kelsier no sintió nada.

—Bueno —dijo el eco de la voz del capitán—, no hay nadie de Treno a un día de marcha desde aquí. Parece que al final sí que era una falsa alarma.

Kelsier vaciló en el pasillo desierto. Luego, con gran cuidado, regresó para echar un vistazo en la cámara. Los guardias y la criatura marchita estaban de pie en torno al dispositivo, con aspecto disgustado.

—No dudo de vuestra premonición, anciana —siguió diciendo el capitán de la guardia—, pero también confío en las fuerzas que tengo destinadas en la frontera con Treno. Aquí no hay sombras.

—Quizá —dijo la criatura, apoyando los dedos en la gema—. O quizá había alguien pero tu hombre ha errado al considerarlo una sombra cognitiva. Pon a la guardia en alerta y deja el dispositivo funcionando por si acaso. El momento me parece demasiado oportuno para tratarse de una coincidencia. Debo hablar con los demás Ire.

Al oír la palabra, Kelsier captó parte de su significado en el idioma de las plantas verdes. Significaba «edad», y tuvo la repentina visión de un extraño símbolo compuesto por cuatro puntos y unas líneas que se curvaban, como ondulaciones en un río.

Kelsier sacudió la cabeza y disipó la visión. Aquella criatura avanzaba en su dirección. Se alejó y, por los pelos, llegó a la ventana y salió al exterior mientras la criatura abría la puerta y emprendía el pasillo a zancadas.

«Nuevo plan —decidió Kelsier, colgado fuera en la pared y sintiéndose visible por completo—. Seguir a la mujer rara que da las órdenes».

Dejó que la criatura le cogiera ventaja y regresó al pasillo para seguirla con sigilo. La mujer recorrió el corredor externo de la fortaleza hasta llegar a su final y se detuvo ante una puerta con guardias. Pasó al interior, y Kelsier pensó un momento y salió por otra ventana.

Tenía que ir con cuidado. Si los guardias de arriba no estaban vigilando las murallas con atención, no tardarían en hacerlo. Por desgracia, dudaba que pudiera pasar por aquella puerta sin atraer sobre sí a todos los guardias del lugar, de modo que se desplazó por fuera de la fortaleza hasta llegar a la siguiente ventana, más allá de la puerta que vigilaban. La ventana era más pequeña que las otras que había cruzado, más una tronera que una ventana propiamente dicha. Por suerte, le permitía mirar la sala en la que había entrado la extraña mujer.

En el interior había un grupo entero de criaturas como ella conversando. Kelsier se apretó contra la tronera para ver bien, colgando precario de la muralla a unos quince metros de altura. Todos

ellos tenían la misma piel plateada, aunque dos eran un poco más oscuros que el resto. Era difícil distinguirlos entre ellos, pues todos eran muy ancianos: los hombres, calvos del todo, y las mujeres casi. Todos llevaban túnicas idénticas, blancas, con capucha y bordados de plata en los puños.

A Kelsier le resultó curioso que la luz de las paredes fuese más tenue en aquella estancia. El efecto se notaba sobre todo cerca de donde se sentaba o permanecía de pie cualquiera de las criaturas. Era como si... como si estuvieran absorbiendo la luz.

Por lo menos, pudo reconocer a la mujer de antes, la de los labios fruncidos y los dedos largos. Su túnica tenía más ancha la franja plateada.

—Debemos acelerar nuestros planes —estaba diciendo a los demás—. No creo que ese avistamiento sea casual.

—Bah —dijo un hombre sentado que sostenía una copa de líquido brillante—. Siempre das demasiada importancia a las historias, Alonoe. No todas las coincidencias son señales de que alguien está recurriendo a Fortuna.

—¿Y no estás de acuerdo en que más vale prevenir? —preguntó Alonoe, cortante—. Hemos llegado muy lejos y hemos trabajado mucho para permitir que ahora se nos escurra el premio.

—El Recipiente de Conservación ya casi ha expirado —dijo otra mujer—. Nuestra oportunidad de atacar se aproxima.

—Una Esquirla completa —dijo Alonoe—. Nuestra.

—¿Y si lo que han visto los guardias era un agente de Ruina? —preguntó el hombre sentado—. ¿Y si se han descubierto nuestros planes? El Recipiente de Ruina podría estar viéndonos en este mismo instante.

Alonoe pareció inquietarse al oírlo, y miró hacia arriba como si quisiera escrutar el cielo buscando los ojos vigilantes de la Esquirla. Recobró la compostura y habló con voz firme.

—Me arriesgaré.

—Provocaremos su ira de todos modos —señaló otro de los seres—. Si uno de nosotros Asciende a Conservación, estaremos a salvo, pero no antes.

Kelsier rumió sobre aquello mientras las criaturas quedaban en silencio. «Así que otro ser puede tomar la Esquirla. Borrón está casi muerto, pero si alguien asumiera su poder mientras muere...».

Pero ¿Conservación no había dicho a Kelsier que eso era imposible? «Aunque te cediera mi poder, no podrías ostentarlo. No tienes la suficiente Conexión conmigo».

Lo había confirmado por sí mismo, en el espacio entre instantes. ¿Aquellas criaturas estarían de algún modo lo bastante Conectadas con Conservación para asumir el poder? Kelsier lo dudaba. Pero entonces, ¿qué plan tenían?

—Seguiremos adelante —dijo el hombre sentado, mirando a los demás. Uno por uno, asintieron—. Devoción nos protege. Seguiremos adelante.

—No necesitarás a Devoción, Elrao —dijo Alonoe—. Me tendrás a mí.

«Sobre mi cadáver», pensó Kelsier. O... bueno, o algo parecido.

—Aceleramos el proyecto, pues —dijo Elrao, el hombre de la copa. Se bebió el líquido brillante y se levantó—. ¿A la cámara acorazada?

Los demás asintieron. Salieron juntos de la estancia.

Kelsier esperó a que se hubieran marchado e intentó empujarse a través de la ventana. Era demasiado pequeña para una persona, pero él ya no era del todo una persona. Logró fundirse unos centímetros con la piedra, y esforzándose pudo contraer su forma y estrujarse por la rendija.

Por fin cayó dentro de la sala, y sus hombros recobraron la forma que tenían. El proceso le dio un terrible dolor de cabeza. Se incorporó, apoyó la espalda en la pared y esperó a que remitiera el dolor antes de levantarse y registrar la habitación a conciencia.

No encontró gran cosa. Unas botellas de vino y un puñado de gemas sueltas en un cajón, dejadas como si no tuvieran mucha importancia. Todo ello era real, no almas llevadas a aquel reino.

La sala tenía una puerta que daba al interior de la fortaleza, de modo que, después de echar un vistazo rápido, Kelsier la cruzó. La siguiente sala parecía más prometedora. Era un dormitorio. Kelsier abrió los cajones y encontró varias túnicas como las que llevaban los vejestorios. Y luego, en la mesita que había junto al hogar, dio con el premio gordo. Era un cuaderno de bocetos lleno de símbolos extraños como el que había visualizado. Símbolos que sintió, vagamente, que era capaz de comprender.

Sí... Era escritura, aunque la mayoría de las páginas estaban repletas de vocablos que ni siquiera podía empezar a asimilar, incluso cuando empezó a ser capaz de leer los símbolos en sí. Conceptos como «Adonalsium», «Conexión» o «Teoría realmática».

Sin embargo, las últimas páginas describían la culminación de todo cuanto planteaban las notas y los bocetos. Una especie de dispositivo arcano con forma de esfera. Se podía romper y absorber el poder de su interior, con lo que se obtendría una fugaz Conexión con Conservación, parecida a las líneas que había visto en el espacio entre momentos.

Ese era su plan. Viajar al lugar de la muerte de Conservación, equipados con aquel artefacto, y absorber su poder; Ascender para ocupar su puesto.

Atrevido. Justo el tipo de plan que Kelsier admiraba. Y por fin acababa de descubrir qué era lo que iba a robar a aquella gente.



El robo era el halago más auténtico que existía.

¿Qué podía ser más satisfactorio que saber que las posesiones propias eran lo bastante intrigantes, cautivadoras o valiosas para que alguien lo arriesgara todo con tal de obtenerlas? Ese era el propósito de Kelsier en la vida, recordar a la gente el valor de las cosas que amaban. Quitándoselas.

Hacía tiempo ya que le traían sin cuidado los hurtos menores. Sí, se había guardado las gemas que había encontrado arriba, pero fue más por pragmatismo que por ninguna otra cosa. Desde los Pozos de Hathsin, había dejado de interesarle robar posesiones comunes.

No, en tiempos recientes había pasado a robar cosas mucho más grandiosas. Kelsier robaba sueños.

Estaba agachado fuera de la fortaleza, oculto entre dos agujas de oscura y retorcida roca. Por fin comprendía el motivo de construir un edificio tan imponente, allí en el límite del dominio de Conservación y Ruina. La fortaleza protegía una cámara acorazada, y esa cámara protegía una oportunidad increíble. La semilla que podía convertir a una persona, con las circunstancias adecuadas, en un dios.

Llegar a ella sería casi imposible. Habría guardias, cerraduras, trampas y artilugios arcanos que no podía prever ni anticipar. Colarse y robar en aquella cámara pondría a prueba todas sus habilidades, e incluso superando esas pruebas era probable que fracasara.

Así que había decidido no intentarlo.

Era lo que tenían las cámaras acorazadas grandes y bien defendidas. No podía esperarse que las posesiones se guardaran allí para siempre. En algún momento tenía que usarse lo que se protegía, y ese momento proporcionaba una oportunidad a las personas como Kelsier. De modo que esperó, se preparó y planeó.

Tardó más o menos una semana, contando los días a base de estimar los cambios de guardia, pero por fin partió una expedición desde la fortaleza. Era una gran procesión de veinte personas a caballo, con faroles sostenidos en alto.

«Caballos —pensó Kelsier, cruzando la oscuridad para mantener el ritmo con la comitiva—. Eso no me lo esperaba».

Pero en fin, tampoco era que se movieran a velocidad de vértigo, incluso montados. Kelsier pudo seguirles el paso sin dificultades, sobre todo porque no se cansaba como cuando estaba vivo.

Contó cinco de aquellos ancianos marchitos y una fuerza de quince soldados. Kelsier reparó sorprendido en que todos los ancianos vestían casi igual, con túnicas muy parecidas, las capuchas echadas, carteras de cuero en los hombros y alforjas del mismo estilo en los caballos.

«Señuelos —decidió Kelsier—. Si los atacan, podrán separarse. Quizá el enemigo no sepa a cuál seguir».

Kelsier podía aprovecharlo, y más teniendo en cuenta que estaba bastante seguro de quién llevaba el artefacto de la Conexión. Alonoe, la mujer arrogante que parecía estar al mando, no era de las que dejaban que el poder se les escurriera de entre sus dedos larguiruchos. Pretendía transformarse en Conservación, por lo que permitir que algún compañero llevara el dispositivo sería demasiado arriesgado. ¿Y si les entraban ideas raras? ¿Y si lo usaban ellos mismos?

No, llevaría consigo el arma, en alguna parte. La única cuestión era cómo arrebatarársela.

Kelsier se concedió tiempo para pensar. Viajó durante días por el paisaje oscurecido, manteniendo el ritmo con la caravana mientras planeaba.

Había tres tipos básicos de robo. El primero consistía en un cuchillo al cuello y una amenaza susurrada. El segundo consistía en colarse de noche y llevarse lo que fuese. Y el tercero... bueno, el tercero era el preferido de Kelsier. Consistía en una lengua bañada en zinc. En vez de un cuchillo, se valía de la confusión, y en vez del sigilo funcionaba la vista.

La mejor clase de robo era la que dejaba al objetivo dudando si había ocurrido algo en absoluto. Llevarse el premio estaba muy bien, pero servía de poco si la guardia de la ciudad llegaba a aporrear tu puerta el día siguiente. Kelsier prefería escapar con la mitad de arquillas pero la seguridad de que su engaño tardaría semanas en descubrirse.

Y el auténtico trofeo era dar un golpe tan hábil que el objetivo ni siquiera descubriese jamás que le faltaba alguna cosa.

Cada «noche» la caravana acampaba en un ansioso grupito de colchonetas desenrolladas en torno a una hoguera muy parecida a la que llevaba Kelsier en el morral. Los ancianos sacaban frascos de luz, bebían y restauraban la luminosidad de su piel. No charlaban mucho: esa gente se parecía menos a un grupo de amigos que a uno de nobles que se consideraban aliados mutuos por necesidad.

Poco después de la cena, los ancianos se retiraban a sus colchonetas. Establecían turnos de guardia, pero no dormían dentro de tiendas. ¿Para qué iban a necesitar tiendas allí fuera? No había lluvia de la que protegerse, y prácticamente ningún viento que bloquear. Solo la oscuridad, las plantas susurrantes y un hombre muerto.

Por desgracia, a Kelsier no se le ocurría ninguna forma de hacerse con el arma. Alonoe dormía con su cartera en las manos, vigilada por dos guardias. Cada mañana se cercioraba de seguir en posesión del arma. Kelsier pudo atisbar el artefacto una mañana y vio la luz que brillaba en su interior, lo que terminó de convencerlo de que la cartera de Alonoe no era un sueño.

Bueno, todo llegaría. Su primer paso era desviar un poco la atención. Esperó a la noche adecuada y se empujó al interior del suelo, hundiendo su esencia bajo la superficie. Luego avanzó a través de la roca. Era como bucear por un polvo líquido muy denso.

Se detuvo cerca de donde Alonoe acababa de acostarse para dormir y sacó solo los labios del suelo. «A Dox le daría un ataque de risa si me vieras», pensó Kelsier. Pero en fin, Kelsier era demasiado arrogante para preocuparse de su orgullo.

—Así que pretendes blandir el poder de Conservación —susurró a Alonoe en su propio idioma—. ¿Crees que se te dará mejor que a él resistirte a mí?

De inmediato, volvió a hundirse en el suelo. Allí abajo estaba negro como la noche, pero oyó pisadas y gritos de sorpresa ante lo que había dicho. Buceó para alejarse un poco y sacó una oreja del suelo.

—¡Era Ruina! —estaba diciendo Alonoe—. Lo juro, debía de ser su Recipiente. Me ha hablado.

—Por tanto, es cierto que lo sabe —dijo otro anciano. A Kelsier le pareció que era Elrao, el hombre que la había desafiado en la fortaleza.

—¡Se suponía que tus salvaguardas debían evitarlo! —gritó Alonoe—. ¡Me dijiste que impedirían que sintiera el artefacto!

—Tiene formas de saber de nosotros sin haber sentido el orbe, Alonoe —dijo otra mujer—. Mi arte es muy preciso.

—El problema no es cómo nos ha encontrado —dijo Elrao—. La cuestión es por qué no nos ha destruido.

—El Recipiente de Conservación aún vive —repuso otra mujer, en tono pensativo—. Quizá eso impida la intervención directa de Ruina.

—No me gusta —dijo Elrao—. Creo que deberíamos dar media vuelta.

—Ya estamos comprometidos —replicó Alonoe—. Seguiremos adelante. No más discusiones.

El revuelo del campamento terminó amainando y los ancianos regresaron a sus catres, aunque esa noche se quedaron despiertos más guardias de lo habitual. Kelsier sonrió y se impulsó de nuevo junto a la cabeza de Alonoe.

—¿Cómo te gustaría morir, Alonoe? —le susurró, antes de hundirse de nuevo en la tierra.

En esa ocasión, ya no volvieron a intentar dormir. El que partió a la mañana siguiente por el terreno oscuro era un grupo legañoso. Esa noche, Kelsier volvió a pincharlos. Y la siguiente. Convirtió la semana entera en un infierno para la caravana, susurrando a distintos de sus miembros y prometiéndoles cosas terribles. Estaba bastante orgulloso de las distintas formas que se le ocurrieron de distraerlos, asustarlos y ponerlos de los nervios. No tuvo ninguna oportunidad de coger la cartera de Alonoe: si acaso, la vigilaban más que antes. Pero sí logró llevarse otra mientras levantaban campamento una mañana. Estaba vacía salvo por un orbe falso de cristal.

Kelsier mantuvo su campaña de discordia y, cuando el grupo llegó a la selva de extraños árboles, estaban que se subían por las paredes. Se gritaban unos a otros y pasaban menos tiempo descansando de noche. Medio grupo estaba convencido de que deberían volver, aunque Alonoe insistía en que el hecho de que «Ruina» solo estuviera hablándoles demostraba que no podía detenerlos. Azuzó la caravana cada vez más dividida hacia delante, entre los árboles.

Que era justo donde Kelsier los quería. Adelantarse a los caballos sería fácil en aquella jungla poblada, donde Kelsier podía atravesar el follaje como si no existiera. Les ganó un poco de terreno, preparó una sorpresita para el grupo y regresó para encontrarlos riñendo de nuevo. Perfecto.

Se empujó al centro de un árbol, manteniendo solo una mano fuera, a su espalda, y sosteniendo el cuchillo que le había regalado Nazh. Mientras pasaba la fila de caballos, extendió el brazo y dio un tajo en el flanco a uno de los animales.

La criatura soltó un chillido de dolor y en la hilera reinó la confusión. La gente que iba en cabeza, crispada después de una semana de tormentosos susurros de Kelsier, puso sus monturas al galope. Los soldados gritaron, advirtiendo que estaban bajo ataque. Los ancianos azuzaron sus bestias en distintas direcciones, y algunos cayeron cuando sus animales tropezaron con los matorrales.

Kelsier corrió a través de la selva y alcanzó a los que iban por delante. Alonoe había mantenido a su caballo bastante controlado, pero estaba incluso más oscuro entre los árboles que fuera y los faroles se zarandeaban con el movimiento de los animales. Kelsier adelantó a Alonoe a la carrera y llegó al lugar donde había colgado su capa entre dos árboles, atándola con unas enredaderas.

Trepó a un árbol y metió la mano en la capa mientras llegaba la cabeza de la comitiva, macilenta y reducida en número. Había atado su fuego dentro de la capa y lo avivó mientras se aproximaban. El resultado fue una figura encapuchada, ardiente, que apareció de pronto en el aire sobre el grupo, ya exhausto.

Estallaron en chillidos, gritaron que Ruina los había encontrado y se separaron, haciendo galopar sus caballos en un embrollo caótico, unos en una dirección, otros en otra.

Kelsier se dejó caer el suelo y corrió en la penumbra, manteniéndose en paralelo a Alonoe y al guardia que había logrado permanecer con ella. El caballo de la mujer no tardó en tropezar con un arbusto. Perfecto. Kelsier se alejó, recuperó las cosas que tenía escondidas y se puso una túnica que había encontrado en la fortaleza. Recorrió la arboleda, enganchándose la túnica varias veces, hasta que entró en el campo visual de Alonoe.

Entonces salió a la vista y la llamó, meneando la mano. Creyendo que habían encontrado a otro grupo de los suyos, Alonoe y su único guardia pusieron sus monturas al trote hacia él. Sin embargo, lo único que consiguieron fue alejarse más del resto de la comitiva. Kelsier los guio más lejos todavía y luego se agachó y se perdió en la oscuridad, dejándolos aislados a ella y a su guardia.

Kelsier corrió a través de los oscuros matorrales hacia el resto del grupo, con su corazón fantasmal atronando.

¡Sí! ¡Cómo lo había echado de menos!

La estafa. La emoción de manejar a la gente como peleles, de retorcerlos sobre sí mismos, de hacerles nudos en la mente. Se apresuró a cruzar el bosque, oyendo los sonidos del terror, las llamadas mutuas de los soldados, los relinchos y gritos de los caballos. Aquella densa arboleda se había convertido en una confusión infernal.

Cerca de él, un hombre anciano estaba reuniendo soldados y a sus colegas, exhortándolos a mantener la calma, y empezó a guiarlos en la dirección de la que procedían, quizá para reagruparse con los que habían perdido cuando se deshizo la fila por primera vez.

Kelsier, aún vestido con la túnica y sosteniendo su cartera robada por encima de hombro, se tumbó en el suelo en su camino y esperó a que alguien lo viera.

—¡Ahí! —exclamó un guardia—. Es...

Kelsier se hundió en el suelo, dejando atrás la túnica y la cartera. El guardia dio un chillido al ver que un anciano en apariencia se derretía hasta desaparecer.

Kelsier emergió silencioso del suelo a poca distancia, mientras el grupo se congregaba alrededor de la túnica y la cartera.

—¡Se ha desintegrado, anciano! —dijo el guardia—. Lo he visto con mis propios ojos.

—Esa túnica es de Alonoe —susurró una mujer, llevándose una mano horrorizada al pecho.

Otro anciano miró dentro de la cartera.

—Vacía —dijo—. Domi misericordioso, ¿en qué estábamos pensando?

—Volvemos —ordenó Elrao—. ¡Regresamos! ¡Todos a los caballos! Nos marchamos de aquí. ¡Malditas sean Alonoe y esta idea suya!

Tardaron bien poco en partir. Kelsier cruzó el bosque a paso relajado, llegó a la túnica abandonada (que se habían dejado) y escuchó el escándalo que montaba el grupo principal a través de la selva en su prisa por huir de él.

Negó con la cabeza y dio un corto paseo entre los matorrales hasta encontrar a Alonoe y su único guardia, que intentaban seguir los sonidos del resto de la expedición. No se les daba demasiado mal, teniéndolo todo en cuenta.

Cuando la anciana apartó la mirada, Kelsier asió al guardia por el cuello y lo arrastró a la oscuridad. El hombre se revolvió, pero Kelsier le hizo una presa rápida y lo dejó inconsciente sin demasiadas dificultades. Alejó el cuerpo sin hacer ruido y regresó para encontrar a la anciana de pie con el farol en la mano junto a su caballo, girándose frenética en todas las direcciones.

En la selva había pasado a reinar un silencio inquietante.

—¿Hola? —llamó Alonoe—. ¿Elrao? ¿Liina?

Kelsier esperó en la sombra mientras su tono se volvía más y más angustiado. Al final a la mujer le falló la voz. Se dejó caer al suelo del bosque, agotada.

—Suéltalo —susurró Kelsier.

Alonoe levantó la mirada, con los ojos enrojecidos, temerosa. Anciana o no, era evidente que aún podía sentir miedo. Sus ojos volaron a uno y otro lado, pero Kelsier estaba demasiado bien escondido para que lo viera.

— *Suéltalo* —repitió Kelsier.

No tuvo que volver a decirlo. La mujer asintió, temblorosa, y luego se quitó la cartera y la abrió para dejar caer un gran orbe de cristal. De él emanaba una luz fulgurante, y Kelsier tuvo que retroceder un paso para que no revelara su posición. Sí, en aquel orbe había poder, un gran poder. Estaba lleno de un líquido resplandeciente que era mucho más puro y mucho más brillante que el que habían estado bebiendo los ancianos.

Con el agotamiento patente en todos sus movimientos, la mujer hizo ademán de volver a montar en su caballo.

—Camina —ordenó Kelsier.

Alonoe miró hacia la oscuridad, buscando, pero no lo vio.

—Yo —empezó a decir, y se lamió los labios arrugados—. Yo podría serviros, Recipiente. Podría...

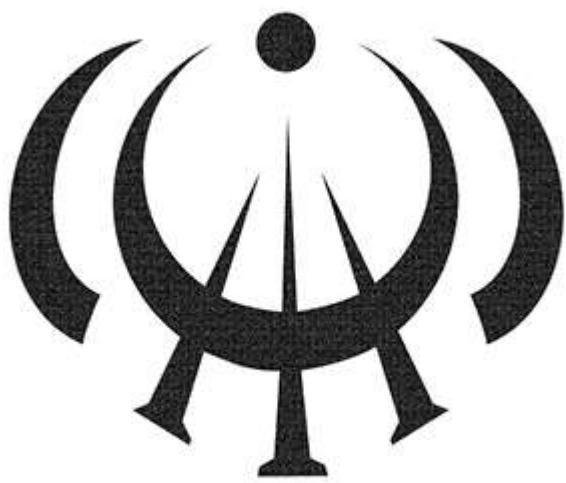
— Vete —ordenó Kelsier.

La mujer se encogió al oírlo, desenganchó las alforjas y, con gesto aletargado, se las echó al hombro. Kelsier no se lo impidió. Era probable que necesitase aquellos frascos de líquido brillante para sobrevivir, y no la quería muerta. Solo quería que avanzara más despacio que sus compañeros. Cuando se encontraran, podrían comparar historias y deducir que los habían estafado.

O tal vez no. Alonoe se internó en la jungla. Con un poco de suerte, llegarían a la conclusión de que Ruina en verdad se había impuesto a ellos. Kelsier esperó a que se hubiera marchado antes de acercarse con paso tranquilo y recoger el gran orbe de cristal. No ofrecía ninguna forma discernible de abrirlo, aparte de estrellarlo.

Sostuvo el orbe ante sus ojos, lo sacudió y contempló el increíble e hipnótico líquido que contenía.

Hacía siglos que no se lo pasaba tan bien.



Sexta parte: Héroe



Kelsier corría por un mundo roto. Había reparado en el problema en el instante en que dejó el océano, en que volvió al terreno brumoso del que estaba hecho el Imperio Final. Allí había encontrado los escombros de una ciudad costera. Edificios derruidos, calles quebradas. La ciudad parecía haber resbalado por completo al océano, aunque no terminó de darse cuenta del todo hasta que se plantó sobre la ciudad y se fijó en los sombríos restos de edificios que asomaban de la isla oceánica a cierta distancia costa arriba.

A partir de aquello, la cosa empeoró. Pueblos vacíos. Gigantescos montones de ceniza que se manifestaban a su lado como ondulantes colinas sobre las que Kelsier corría antes de darse cuenta de lo que eran.

A los pocos días de estar corriendo hacia casa, cruzó una aldea en la que había unas pocas almas brillantes acurrucadas dentro de una construcción. Mientras Kelsier miraba horrorizado, el tejado cedió y les descargó ceniza encima. Tres brillos se apagaron al instante, y las almas de los tres skaa sepultados aparecieron en el Reino Cognitivo con sus lazos hacia el mundo físico cercenados.

Conservación no apareció para recibirlos.

Kelsier agarró a una de ellas, una mujer mayor que dio un respingo cuando Kelsier le cogió la mano y lo miró con los ojos como platos.

—¡Lord Legislador!

—No —dijo Kelsier—, pero casi. ¿Qué está pasando?

La mujer empezó a expandirse y alejarse. Sus compañeros ya habían desaparecido.

—Se termina... —susurró ella—. Todo termina...

Y se esfumó. Kelsier se quedó sosteniendo el aire vacío, perturbado.

Echó a correr de nuevo. Tenía remordimientos por haber dejado atrás al caballo en el bosque, pero sin duda al animal le iría mejor allí que donde estaba Kelsier.

Apretó el paso, con el peso del orbe lastrándole el morral. Quizá fuese la premura, pero su rumbo se hizo incluso más decidido que cuando se alejaba de Luthadel. No quería ver aquel mundo fracasado, ni la muerte que lo rodeaba por todas partes. Comparado con ello, prefería el agotamiento de la carrera, y lo buscaba, corriendo hasta deslomarse.

Viajó durante días y más días. Semanas y más semanas. Sin parar jamás, sin mirar alrededor jamás, hasta...

Kelsier.

Paró en seco en un campo de ceniza barrida por el viento. Le daba la clara impresión de bruma en el mundo físico. Bruma brillante. Poder. No alcanzaba a verlo donde estaba, pero lo sentía por todas partes.

—¿Borrón? —dijo, llevándose una mano a la frente. ¿Habría imaginado la voz?

Por ahí no, Kelsier, dijo la voz, que sonaba lejana. Pero sí, era Conservación. *No estamos... no estamos... allí...*

El devastador peso de la fatiga cayó sobre Kelsier. ¿Dónde estaba? Giró sobre sí mismo, buscando alguna referencia, pero allí fuera costaban de encontrar. La ceniza había enterrado los canales. Recordaba haber buceado por el suelo unas semanas antes para encontrarlos. Desde entonces... había corrido sin más...

—¿Dónde? —preguntó, ansioso—. ¿Borrón?

Muy... cansado...

—Lo sé —susurró Kelsier—. Lo sé, Borrón.

Fadrex. Ven a Fadrex. Estás muy cerca...

¿Ciudad Fadrex? Kelsier había estado allí, de joven. Estaba al sur de...

Allí. Apenas visible en el Reino Cognitivo, alcanzó a ver la cima sombría del monte Morag en la distancia. Señalaba el norte.

Dio la espalda al monte de ceniza y corrió con todas sus fuerzas. Le pareció que apenas había transcurrido un parpadeo cuando llegó a la ciudad y le dio la bienvenida una visión reconfortante. Almas.

La ciudad estaba viva. Había guardias en las torres y en las altas formaciones rocosas que rodeaban la ciudad. Gente en las calles,

durmiente en sus camas, atestando los edificios de una hermosa y radiante luz. Kelsier cruzó las puertas de la ciudad y entró en una maravillosa y resplandeciente ciudad cuya gente seguía luchando.

En el calor de aquel brillo, supo que no llegaba demasiado tarde.

Por desgracia, la suya no era la única atención centrada sobre aquel lugar. Durante su carrera se había resistido a mirar hacia arriba, pero no pudo evitar hacerlo al llegar y se enfrentó a la masa retorcida y bullente. Formas parecidas a negras serpientes reptaban unas sobre otras, extendiéndose hasta el horizonte en todas las direcciones. Estaba vigilando. Estaba allí.

Pero ¿dónde estaba Conservación? Kelsier caminó por la ciudad, regocijándose con la presencia de otras almas, recuperándose de su prolongada carrera. Se detuvo en una esquina entre dos calles y vio algo. Una minúscula línea de luz, como un cabello larguísimo, cerca de sus pies. Se arrodilló, la recogió y descubrió que se extendía a lo largo de toda la calle, imposiblemente fina, con un brillo tenue, pero aun así demasiado fuerte para que pudiera partirla.

—¿Borrón? —dijo Kelsier, siguiendo la hebra hasta encontrar su punto de unión con otra. Parecía que había todo un entramado recubriendo la ciudad entera.

Sí. Lo... lo intento...

—Así me gusta.

No puedo hablar con ellos, dijo Borrón. *Me muero, Kelsier...*

—Aguanta —dijo él—. He encontrado una cosa, la llevo en el morral. Se la quité a esas criaturas que mencionaste, los Airí.

No siento nada, dijo Borrón.

Kelsier vaciló. No quería revelar el artefacto a Ruina, de modo que cogió el hilo, que cedía lo suficiente para poder meterlo en el morral y apretarlo contra el orbe.

—¿Así, bien?

Ah... sí...

—¿Puede ayudarte en algo?

No, por desgracia.

A Kelsier se le cayó el alma a los pies un poco más.

El poder... el poder es de ella... pero Ruina la posee, Kelsier. No puedo... no puedo entregarlo...

—¿De ella? —preguntó Kelsier—. ¿De Vin? ¿Está aquí?

El hilo vibró en los dedos de Kelsier como la cuerda de un instrumento. Llegaron ondulaciones a lo largo de ella desde una dirección.

Kelsier las siguió, observando de nuevo cómo Conservación había cubierto aquella ciudad con su esencia. Quizá había pensado que, si de todos modos iba a estar tensado y estirado, bien podía tenderse como una manta protectora.

Conservación lo llevó a una pequeña plaza de la ciudad, repleta de almas brillantes y metal en las paredes. Brillaban con una gran intensidad, sobre todo en contraste con la oscuridad de los meses que Kelsier había pasado allí fuera, solo. ¿Alguna de esas almas sería Vin?

No, eran mendigos. Kelsier se movió entre ellos, tanteando sus almas con las yemas de los dedos y captando atisbos de ellos en el otro reino. Se acurrucaban en la ceniza, tosiendo y tiritando. Los hombres y mujeres caídos del Imperio Final, la gente a la que incluso los skaa más comunes solían despreciar. Ni siquiera con sus grandiosos planes había logrado mejorar la vida de aquellas personas, ¿verdad?

Se detuvo de sopetón.

Aquel último mendigo, sentado contra una vieja pared de ladrillo, tenía algo. Kelsier retrocedió hasta ponerse a su altura y tocó de nuevo el alma del mendigo, con lo que obtuvo de nuevo la visión de un hombre con las manos y la cara envueltas en vendas, de las que sobresalía su cabello blanco. Un pelo completamente blanco, que no lograba ocultar del todo la ceniza que se había frotado.

Kelsier sintió una repentina conmoción, una dolorosa punzada que le recorrió los dedos y se le clavó en el alma. Saltó hacia atrás cuando el mendigo miró en su dirección.

—¡Tú! —exclamó Kelsier—. ¡El vagabundo!

El mendigo se removió, pero entonces miró en otra dirección, buscando por la plaza.

—¿Qué estás haciendo aquí? —exigió saber Kelsier.

La silueta brillante no le respondió.

Kelsier sacudió la mano, intentando quitarse de encima el dolor. Se le habían entumecido los dedos. ¿Qué había sido eso? ¿Y cómo había

logrado el vagabundo de pelo blanco afectarlo en el reino donde se hallaba?

Una figura pequeña y brillante aterrizó en un tejado cercano.

—¡Maldición! —dijo Kelsier, mirando primero a Vin y luego al vagabundo.

Reaccionó al instante, abalanzándose hacia la pared del edificio y trepando a la desesperada hasta llegar junto a Vin.

—¡Vin! ¡Vin, apártate de ese hombre!

Por supuesto, gritar era inútil. Vin no podía oírlo.

Aun así, Kelsier la aferró por los hombros y la vio en el Reino Físico. ¿Cuándo se había vuelto tan segura de sí misma, tan sabia? Aquellos hombros que una vez se habían encogido revelaban la postura de una mujer con un control absoluto. Aquellos ojos que una vez se ensancharon maravillados estaban entrecerrados con una aguda percepción. Llevaba el pelo más largo, pero su complexión ligera parecía en cierto modo mucho más poderosa que cuando Kelsier la había conocido.

—Vin —dijo Kelsier—. ¡Vin! Escucha, por favor. Ese hombre es mal asunto. No te acerques a él. No...

Vin echó la cabeza a un lado y luego saltó del edificio, alejándose del vagabundo.

—¡Anda! —dijo Kelsier—. ¿Ha podido oírme?

¿O habría sido una coincidencia? Kelsier saltó detrás de Vin, arrojándose sin miedo desde el tejado. No tenía alomancia, pero era ligero y podía caer sin hacerse daño. Aterrizó con suavidad y corrió por el terreno mullido, siguiendo los pasos de Vin como mejor pudo, atravesando edificios a la carrera, sin preocuparse de las paredes, intentando no perderla. Aun así, Vin le sacó ventaja.

Kelsier, le susurró la voz de Conservación.

Algo vibró a través de él, una familiar oleada de poder, un calor interno. Le recordó a cuando quemaba metales. Era la esencia del propio Conservación, confiriéndole poder.

Corrió más deprisa, saltó más lejos. No era auténtica alomancia, sino algo más crudo y primordial. Fluía a través de Kelsier, calentándole el alma y permitiéndole alcanzar a Vin, que se había parado en la calle ante un gran edificio. Al poco de llegar junto a ella, Vin despegó de

nuevo calle abajo, pero en esa ocasión Kelsier pudo seguirle el paso, aunque fuese a duras penas.

Y Vin sabía que él estaba allí. Kelsier lo notaba en su forma de saltar, como intentando desembarazarse de un perseguidor, o como mínimo tratando de descubrirlo. Era buena, pero Kelsier ya jugaba a aquel juego décadas antes de que ella naciera.

Vin podía sentirlo. ¿Por qué? ¿Cómo?

La joven aceleró y él la siguió con dificultades. Sus movimientos eran torpes: tenía a Conservación empujándolo, pero no contaba con la finura de la auténtica alomancia. No podía empujar ni tirar, sino solo saltar, agarrándose a las sombrías paredes de los edificios para lanzarse en burdos brincos.

Aun así, sonrió de oreja a oreja. No se había dado cuenta de lo mucho que añoraba entrenar con Vin entre las brumas, enfrentar su habilidad contra la de otro nacido de la bruma, ver cómo su protegida avanzaba centímetro a centímetro hacia la excelencia. Se había vuelto muy hábil. Fantástica, incluso. Extraordinaria juzgando la fuerza de cada empujón de acero, equilibrando su propio peso contra sus anclajes.

Aquello era energía, aquello era emoción. Kelsier casi olvidó los problemas que afrontaba. Aquello casi era suficiente. Si pudiera danzar en la bruma con Vin por la noche, encontrar la forma de recobrar su vida en el Reino Físico quizá no importara tanto.

Llegaron a una intersección y se dirigieron a las afueras de la ciudad. Vin saltaba por delante sobre líneas de acero mientras Kelsier bajaba al suelo, vibrando con el poder de Conservación, y se preparaba para propulsarse.

Algo descendió en torno a él. Una oscuridad de afilados pinchos, de raspones de pata de araña en el aire, de neblina negra como el azabache.

—Vaya —dijo Ruina desde todas partes—. Vaya, vaya. ¿Kelsier? ¿Cómo es que no te he visto antes?

El poder lo asfixió y lo empujó hacia el suelo. Por delante, una silueta menuda saltó persiguiendo a Vin, hecha de bruma negra y palpitando con un ritmo similar al que había mostrado Kelsier. Alguna clase de sueño.

«Lo mismo que ya hizo antes —pensó Kelsier—. Imita a Borrón para engañar a Vin». Se retorció, frustrado, contra sus ataduras.

Conservación, por su parte, gimió como un niño pequeño en la mente de Kelsier y luego se retiró de ella. El cálido poder desapareció del interior de Kelsier. Lo curioso fue que, a medida que el poder menguaba, lo

misma hacía la capacidad de Ruina para retener a Kelsier. La fuerza de Ruina se volvió menos opresiva y Kelsier pudo ponerse de pie con esfuerzo y atravesar el velo de afilada bruma, trastabillando por la calle.

—¿Dónde te habías metido? —preguntó Ruina.

El poder que había detrás de Kelsier se condensó, concentrándose en la silueta del hombre que ya había visto antes, el pelirrojo. Los movimientos por debajo de la piel del hombre estaban más controlados en esa ocasión.

—Aquí y allá —dijo Kelsier, echando un vistazo hacia Vin. Ya no podría alcanzarla—. Me apetecía ver el paisaje, averiguar qué puede ofrecerme la muerte.

—Ah, cuántas evasivas. ¿Has visitado a los Ire? Y supongo que te han echado sin miramientos. Sí, no me cabe duda. Lo que quiero saber es por qué has vuelto. Daba por sentado que huirías. Tu papel en esta obra ya está representado. Ya has hecho lo que quería que hicieras.

Kelsier dejó su morral, confiando en mantener oculto el orbe de luz de su interior. Anduvo hacia delante y rodeó la manifestación de Ruina.

—¿Mi papel?

—El undécimo metal —dijo Ruina, divertido—. ¿Creías que era una coincidencia? ¿Una historia que nadie más había oído, una forma secreta de matar a un emperador inmortal que te cayó sin más en el regazo?

Kelsier ni se inmutó. Ya había concluido que Gemmel estaba tocado por Ruina, que el propio Kelsier había sido un peón de aquella criatura. «Pero ¿por qué ha podido oírme Vin?». ¿Qué se le escapaba? Miró de nuevo hacia su protegida.

—Ah —dijo Ruina—. La niña. Todavía crees que va a derrotarme, ¿verdad? ¿Incluso después de que me liberara?

Kelsier se volvió hacia Ruina. Mierda. ¿Cuánto sabía aquella criatura? Ruina sonrió y se acercó a Kelsier.

—Deja en paz a Vin —siseó Kelsier.

—¿Que la deje en paz? Es mía, Kelsier. Igual que lo eres tú. Conozco a esa niña desde el día en que nació, y llevo preparándola incluso desde antes.

Los dientes de Kelsier rechinaron.

—Qué adorable —dijo Ruina—. De verdad creías que esto era todo idea tuya, ¿a que sí? La caída del Imperio Final, la muerte del lord Legislador... ¿Incluso reclutar a Vin desde un principio?

—Las ideas nunca son originales —replicó Kelsier—. Solo una cosa lo es.

—¿Y cuál es esa cosa?

—El estilo —dijo Kelsier.

Y dio un puñetazo a Ruina en toda la cara.

O más bien lo intentó. Ruina se evaporó mientras el puño de Kelsier se acercaba y una copia suya se materializó a su lado al instante.

—Ah, Kelsier —dijo—. ¿Crees que eso ha sido sabio?

—No —repuso Kelsier—. Solo ha sido temático. Déjala en paz, Ruina.

Ruina le sonrió como con lástima, y entonces mil pinchos alargados, como agujas negras, salieron disparados del cuerpo de la criatura, atravesando la túnica con la que iba vestida. Perforaron a Kelsier como lanzas, descomponiéndole el alma y provocándole una cegadora oleada de dolor.

Kelsier chilló y cayó de rodillas. Era como el estiramiento que había sentido al llegar a aquel lugar, pero forzado, invasivo.

Cayó al suelo entre espasmos mientras su alma perdía volutas de bruma. Los pinchos habían desaparecido, igual que Ruina. Pero, por supuesto, aquella criatura nunca se marchaba del todo. Observaba desde el cielo ondulante, cubriendolo todo.

Nada puede destruirse, Kelsier , susurró la voz de Ruina, metiéndose directa en su mente. Es algo que los seres humanos no pueden entender. Todas las cosas cambian, se rompen, se transforman en algo nuevo, algo perfecto. Conservación y yo en realidad somos dos caras de la misma moneda, pues cuando yo haya terminado, él por fin tendrá su deseada quietud, su ausencia de cambio. Y no habrá nada, ni un cuerpo ni un alma, que perturbe esa quietud .

Kelsier respiró, recurriendo a los movimientos acostumbrados de cuando estaba vivo para calmarse. Por fin rodó y se puso de rodillas, con un gemido.

—Te lo has ganado tú solo —dijo Conservación con una voz que parecía proceder de muy lejos.

—Ya lo creo que sí —respondió Kelsier, poniéndose en pie como pudo—. Pero merecía la pena intentarlo.



Kelsier pasó los días siguientes intentando repetir su éxito en lograr que Vin lo escuchara. Por desgracia, desde su encuentro Ruina lo tenía vigilado. Cada vez que Kelsier se acercaba, Ruina interfería, lo rodeaba, lo retenía. Lo asfixiaba con humo negro y lo apartaba.

Parecía que Ruina se divertía teniendo a Kelsier por la periferia del campamento de Vin, fuera de Fadrex, y no lo expulsaba de allí. Pero siempre que Kelsier intentaba hablar directamente con ella, Ruina lo castigaba, como un padre apartando de golpe la mano de un niño que se acercaba demasiado al fuego.

Era exasperante, y más por cómo lo afectaban las palabras de Ruina. Todo lo que Kelsier había logrado solo formaba parte del plan maestro de aquella cosa para liberarse. Y era cierto que la criatura tenía cierta influencia en Vin. Podía aparecerse a ella, como demostraba la forma en que se la llevó del campamento un día, en una jugada repentina que confundió a Kelsier.

Intentó seguirlos, corriendo tras el fantasma que había creado Ruina. Saltaba como un nacido de la bruma y Vin fue tras él, a todas luces convencida de haber descubierto un espía. Dejaron atrás del todo el campamento.

Kelsier aflojó el paso, sintiéndose inútil, hasta quedarse parado en el terreno brumoso fuera de la ciudad y viéndolos desaparecer en la lejanía. Podía sentir aquella cosa y, mientras estuviera presente, eclipsaba a Kelsier. Nunca podría hablar con Vin.

El motivo de Ruina para llevarse a Vin tardó poco en hacerse evidente. Algo lanzó un asalto sobre el ejército de koloss de Vin y Elend. Kelsier se dio cuenta por el ajetreo en el campamento, y pudo llegar al lugar más deprisa que la gente del Reino Físico. Parecía que habían desplegado maquinaria de asedio en una cresta que se alzaba sobre el campamento koloss.

Hizo llover la muerte sobre las bestias. Kelsier solo pudo mirar mientras el ataque por sorpresa acababa con miles de ellos. No pudo lamentar de verdad la destrucción de los koloss, pero sí le pareció un desperdicio.

Los koloss bramaron, frustrados, incapaces de llegar a su enemigo. Curiosamente, sus almas empezaron a aparecer en el Reino Cognitivo.

Y eran almas humanas.

No eran koloss en absoluto, sino personas, vestidas con ropa diversa. Muchos eran skaa, pero también había soldados, mercaderes y hasta algunos nobles entre ellos. Eran tanto hombres como mujeres.

Kelsier se quedó boquiabierto. Nunca había sabido del todo qué eran los koloss, pero aquello no se lo esperaba. ¿Gente normal, convertida de alguna manera en bestias? Corrió entre las almas agonizantes mientras se iban desvaneciendo.

—¿Qué te pasó? —preguntó apremiante a una mujer—. ¿Cómo te ocurrió esto?

La mujer lo miró con expresión perpleja.

—¿Dónde? —dijo—. ¿Dónde estoy?

Al instante había desaparecido. Por lo visto, la transición impresionaba demasiado. Los demás parecían igual de confundidos, mirándose las manos como sorprendidos de encontrarse humanos de nuevo, aunque bastantes de ellos ponían cara de alivio. Kelsier miró mientras aparecían y se esfumaban millares de aquellas siluetas. Al otro lado había una auténtica carnicería, con rocas cayendo y estrellándose por todas partes. Una atravesó la forma de Kelsier antes de alejarse rodando, rompiendo cuerpos a su paso.

Podía salirse con la suya, pero iba a necesitar algo específico. No le valdría un campesino skaa, ni tampoco un taimado noble. Necesitaba a alguien que...

Allí.

Se lanzó a la carrera entre los espíritus que desaparecían, pasó entre las almas brillantes de dos criaturas que aún no habían muerto y corrió hacia un espíritu concreto que acababa de aparecer. Calvo, con tatuajes rodeándole los ojos. Un obligador. El hombre parecía menos sorprendido que resignado por los acontecimientos. Cuando Kelsier llegó junto a él, la forma del desgarbado obligador ya empezaba a extenderse.

—¿Cómo? —exigió saber Kelsier, contando que el obligador sabría más sobre los koloss—. ¿Cómo te ocurrió esto?

—No lo sé —dijo el hombre.

Kelsier se desesperó.

—Esas bestias —continuó el hombre—. ¡Tendrían que haber sabido que no tenían que coger a un obligador! ¡Yo me encargaba de ellos y me hicieron esto! Este mundo está en la ruina.

¿«Tendrían que haber sabido»? Kelsier aferró el hombro del obligador mientras el hombre se extendía hacia la nada.

—¿Cómo? Por favor, ¿cómo se hace? ¿Cómo se transforma a un hombre en koloss?

El obligador lo miró y, mientras desaparecía, pronunció una palabra:

—Clavos.

Kelsier se quedó boquiabierto de nuevo. A su alrededor, en el llano brumoso, las almas daban fogonazos, desaparecían y se volcaban en su reino, antes de disolverse en la nada. Como hogueras humanas que se apagaban.

Clavos. ¿Como los clavos de los inquisidores?

Fue hacia los cadáveres derribados y se arrodilló para inspeccionarlos. Sí, lo veía. En su mundo había un brillo metálico, y entre aquellos cadáveres había clavos pequeños, como brasas pequeñas pero muy brillantes.

Eran mucho más difíciles de distinguir en los koloss vivos, por cómo resplandecían las almas, pero a Kelsier le daba la impresión de que los clavos perforaban el alma. ¿Era ese el secreto? Gritó a un par de koloss y se volvieron hacia él antes de mirar a su alrededor, confundidos.

«Los clavos los transforman —pensó Kelsier—, igual que a los inquisidores. ¿Son la forma de controlarlos? ¿Las perforaciones en el alma?».

¿Y qué pasaba con los locos? ¿Sus almas estarían cascadas, abiertas, y permitirían que ocurriera algo similar? Turbado, abandonó el llano y sus moribundos, aunque la batalla (o mejor dicho, la matanza) parecía estar terminando.

Kelsier cruzó el campo brumoso que rodeaba Fadrex y se quedó allí solo un tiempo, alejado de toda alma, hasta que regresó Vin, seguida por una sombra en cuya presencia no parecía haber reparado en esa ocasión. Vin pasó a su lado y se internó en el campamento.

Kelsier se sentó cerca de un pequeño zarcillo de Conservación y lo tocó.

—Mete mano en todo, ¿verdad, Borrón?

—Sí —respondió Conservación con una voz frágil, minúscula—. Mira.

En la mente de Kelsier apareció algo, una secuencia de imágenes: inquisidores escuchando con las cabezas alzadas hacia la voz de Ruina, Vin en la sombra de la criatura. Un hombre al que no conocía, sentado en un trono ardiente y contemplando Luthadel con una sonrisa torva en los labios.

Y luego, al pequeño Lestibournes. Fantasma llevaba una capa quemada que le quedaba grande, y Ruina estaba acuclillado junto a él, susurrando con la voz del propio Kelsier al oído del pobre chico.

Después de él, Kelsier vio a Marsh de pie, rodeado de ceniza que caía, mirando el paisaje sin verlo con los clavos de sus ojos. Parecía que llevaba tiempo sin moverse, porque la ceniza se le amontonaba en los hombros y sobre la cabeza.

Marsh. Ver a su hermano así ponía enfermo a Kelsier. Su plan había requerido que Marsh se hiciera obligador. Kelsier había deducido lo que debió suceder después. Alguien debía de haber descubierto la alomancia de Marsh y el fervor con el que vivía.

Pasión y cariño. Marsh nunca había sido tan capaz como Kelsier, pero siempre, siempre, había sido mejor persona.

Conservación le mostró decenas y decenas de otras personas, sobre todo poderosos que llevaban a sus seguidores a la muerte, riendo y danzando mientras la ceniza se acumulaba y los cultivos se marchitaban en la bruma. Todos ellos eran personas que o bien tenían clavado algo metálico o bien estaban bajo la influencia de alguien que lo tenía. Tendría que haberse percatado antes, en el Pozo de la Ascensión, al ver en las pulsaciones que Ruina podía hablar con Marsh y los demás inquisidores.

Metal. Era la clave de todo.

—Cuánta destrucción —susurró Kelsier tras las visiones—. No podremos sobrevivir a esto, ¿verdad? Aunque detengamos a Ruina, estamos condenados.

—No —dijo Conservación—. No condenados. Recuerda... esperanza, Kelsier. Dijiste: «Yo... yo soy...».

—Soy la esperanza —susurró Kelsier.

—No puedo salvarte. Pero debemos confiar.

—¿En qué?

—En el hombre que fui. En el... el plan... La señal y el Héroe...

—Vin. Está en poder de él, Borrón.

—No sabe tanto como se cree —susurró Conservación—. Esa es su debilidad. La debilidad de todo hombre listo.

—Salvo yo, por supuesto.

A Conservación aún le quedaba la suficiente chispa para reír un poco al oírlo, cosa que alegró a Kelsier. Se levantó y se quitó el polvo de la ropa. Gesto algo absurdo, ya que en aquel lugar no había polvo, por no mencionar la ropa en sí.

—Venga, Borrón, ¿cuándo me has visto equivocarme?

—Bueno, estuvo la vez...

—Esas no cuentan. Entonces aún no era yo del todo.

—¿Y cuándo has empezado a ser tú del todo?

—Ahora mismo —dijo Kelsier.

—Esa... esa excusa te vale... para cualquier momento...

—Empiezas a pillarlo, Borrón. —Kelsier puso los brazos en jarras—. Usaremos el plan que pusiste en marcha cuando estabas cuerdo, ¿eh? Bien, dime, ¿en qué puedo ayudar?

—¿Ayudar? No... yo no...

—No, no, no, tienes que ser decidido. ¡Audaz! Un buen jefe de banda nunca duda de sí mismo, ni siquiera cuando duda. ¡Cuando duda, menos que nunca!

—Eso no tiene... sentido...

—Estoy muerto. Ya no estoy obligado a decir cosas con sentido. ¿Ideas? Ahora eres jefe de banda.

—¿Yo?

—Claro. El plan es tuyo. Estás al mando. Hombre, y además eres un dios. Digo yo que eso tendrá que contar para algo.

—Gracias por... reconocerlo por fin...

Kelsier reflexionó un momento y dejó su morral en el suelo.

—¿Estás seguro de que esto no puede servir de algo? Establece enlaces entre personas y dioses. A lo mejor podría curarte o algo.

—Oh, Kelsier —dijo Conservación—. Te dije que ya estoy muerto. No puedes salvarme. Salva a mi sucesora.

—Pues entonces, se lo daré a Vin. ¿Eso serviría de algo?

—No. Debes decírselo. Tú llegas a través de los huecos en almas donde yo no puedo. Dile que no confíe en quien lleve metal clavado. Debes liberarla para que tome mi poder. Por completo.

—Muy bien —dijo Kelsier, guardando el orbe de cristal—. Liberar a Vin. Fácil.

Solo tenía que encontrar la forma de evitar a Ruina.



A ver, Mosquito —susurró Kelsier al hombre que dormitaba—. ¿Lo has entendido?

—Misión... —murmuró el desaliñado soldado—. Superviviente...

—«No te fíes de nadie perforado por metal» —repitió Kelsier—. Dile eso. Esas palabras exactas. Es una misión que te encomienda el Superviviente.

El hombre despertó, sobresaltado por su propio ronquido. Se suponía que estaba de guardia, y se puso de pie como pudo mientras llegaba su relevo. Kelsier observó al ser reluciente, ansioso. Le había costado unos días preciosos, en los que Ruina lo había tenido apartado de Vin, buscar a alguien del ejército que tuviera la cabeza tocada, alguien con aquella reveladora alma de locura.

No era que estuvieran rotos, como había supuesto. Era solo que estaban abiertos. Aquel hombre, Mosquito, parecía perfecto. Respondía a las palabras de Kelsier, pero no estaba tan desquiciado como para que los demás no le hicieran caso.

Kelsier siguió con aprensión a Mosquito por el campamento, hasta una hoguera con una cazuela encima donde el soldado se sentó a charlar animoso con quienes ya estaban allí.

«Díselo —pensó Kelsier—. Que corra la voz por el campamento. Que Vin se entere».

Mosquito siguió hablando. Otros soldados se pusieron de pie en torno al fuego. ¡Estaban escuchando! Kelsier tocó a Mosquito, intentando oír lo que decía. No logró entenderlo hasta que un filamento de Conservación lo tocó, y entonces las palabras empezaron a vibrar en su alma, tenues pero audibles.

—Exacto —dijo Mosquito—. Ha hablado conmigo. Dice que soy especial. Dice que no me fíe de ninguno de vosotros. Yo soy sagrado y vosotros no, y punto.

—¿Qué? —restalló Kelsier—. ¡Mosquito, serás imbécil!

La situación empeoró a partir de ahí. Kelsier se apartó mientras los hombres que rodeaban la hoguera empezaban a armar follón y empujarse unos a otros, preludio de una pelea propiamente dicha. Con un suspiro, Kelsier se sentó en la sombra brumosa de una roca y vio cómo se evaporaban varios días de trabajo.

Alguien le puso una mano en el hombro y alzó la mirada hacia Ruina, que acababa de aparecer junto a él.

—Cuidado —dijo Kelsier—, o me dejarás la camisa hecha una *tú*.

Ruina soltó una risita.

—Me preocupaba dejarte solo, Kelsier, pero veo que me has servido bien en mi ausencia.

Un soldado dio un puñetazo en la cara a Demoux y Ruina hizo una mueca.

—Ha sido bueno.

—Tendría que seguirlo más —murmuró Kelsier—. Con los puñetazos hay que comprometerse de verdad.

Ruina compuso una sonrisa profunda, astuta, insufrible. «Diablos —pensó Kelsier—, espero no tener yo el mismo aspecto».

—A estas alturas te habrás dado cuenta ya, Kelsier —dijo Ruina—, de que todo lo que hagas voy a contrarrestarlo. El conflicto sirve solo a Ruina.

Elend Venture llegó a la hoguera, planeando en un empujón de acero que Kelsier le envidió, con un porte verdaderamente regio. El chico se había vuelto más hombre de lo que Kelsier habría esperado. A pesar de aquella barba estúpida.

Kelsier frunció el ceño.

—¿Dónde está Vin?

—¿Eh? —dijo Ruina—. Ah, la tengo yo.

—¿Dónde? —preguntó Kelsier, imperioso.

—Lejos. Bien a mano. —Se inclinó hacia Kelsier—. Gracias por perder el tiempo con el loco este.

Desapareció.

«Odio a ese hombre con toda mi alma —pensó Kelsier. En el fondo, Ruina no era más impresionante que Conservación—. Qué narices, a mí se me daría mejor hacer de dios que a ellos». Por lo menos, él había inspirado a los demás.

Entre ellos, a Mosquito y los demás soldados que se peleaban, por desgracia. Kelsier se levantó de la piedra y reconoció por fin el hecho que había intentado esquivar. Allí no podía hacer nada, no mientras Ruina estuviera tan concentrado en Vin y Elend como estaba. Kelsier tenía que marcharse a otro lugar. ¿Sazed, tal vez? O quizá Marsh. Si pudiera comunicarse con su hermano mientras Ruina estaba distraído...

Confiaría en que las salvaguardas del orbe lo ocultaran a los oscuros ojos del dios, como habían hecho cuando Kelsier llegó a Fadrex. Tenía que marcharse de aquel lugar, perderse, librarse del interés de Ruina y luego intentar hablar con Marsh o Fantasma para pedirles que dieran un mensaje a Vin.

Le dolía dejarla atrás en las garras de Ruina, pero no había nada más que pudiera hacer.

Antes de que hubiera transcurrido una hora, Kelsier se había marchado.



Kelsier no estaba en ningún sitio concreto cuando Dios murió finalmente.

No lograba situar su posición. No tenía pueblos cerca, o al menos ninguno que no estuviera enterrado en ceniza. Su intención era dirigirse a Luthadel, pero con todas las señales cubiertas y sin sol que lo guiara, no estaba seguro de llevar la dirección correcta.

La tierra tembló, y el suelo brumoso se estremeció. Kelsier paró en seco y miró hacia el cielo, esperando que fuese Ruina quien provocaba aquel temblor.

Entonces lo sintió. Quizá fuese por la pequeña Conexión que tenía con Conservación desde sus tiempos en el Pozo de la Ascensión. O quizás fuese por la piececita que el dios había colocado en su interior, como en los de todos los demás. La luz del alma.

Fuese cual fuese la razón, Kelsier notó el final como un suspiro largo y extendido. Le dio un escalofrío y se puso a buscar como loco alguna hebra de Conservación. Al principio de su viaje habían estado por todo el suelo, pero en ese momento no encontró nada.

—¡Borrón! —chilló—. ¡Conservación!

Kelsier, dijo una voz que vibraba a través de él, *adiós*.

—Mierda, Borrón —dijo Kelsier, buscando en el cielo—. Lo siento. Yo...
—Tragó saliva.

Qué raro, dijo la voz. *Después de tantos años apareciéndome a otros cuando morían, nunca esperé que mi propia defunción sería tan fría y solitaria*.

—Estoy yo aquí —dijo Kelsier.

No, no estuviste. Kelsier, está partiendo mi poder. Lo está disgregando. Desaparecerá... Astillado... Lo destruirá .

—De eso ni hablar —contestó Kelsier, soltando su morral. Metió la mano dentro y asíó el brillante orbe lleno de líquido.

No es para ti, Kelsier , dijo Conservación. No te pertenece. Pertenece a otra persona .

—Se lo llevaré a ella —dijo Kelsier, dando un golpecito en la esfera.

Respiró hondo y usó el cuchillo de Nazh para partir el orbe, que le salpicó el brazo y el torso de aquel líquido brillante.

Surgieron de su cuerpo unas líneas que eran como filamentos. Brillantes, refulgentes. Eran como las líneas de cuando se quemaba acero o hierro, solo que apuntaban hacia todo.

¡Kelsier! , exclamó Conservación en voz más fuerte—. ¡Hazlo mejor que hasta ahora! ¡Te nombraron su dios y tú te tomaste a broma su fe! ¡Los corazones de los hombres no son tus juguetes!

—Lo... —Kelsier se lamió los labios—. Lo comprendo, mi señor.

Hazlo mejor, Kelsier , le ordenó Conservación, su voz cada vez más tenue. Si llega el final, llévalos bajo tierra. Podría funcionar. Y recuerda... recuerda lo que te dije hace mucho tiempo... Haz lo que yo no puedo hacer, Kelsier...

¡Sobrevive!

El mundo vibró a través de Kelsier, que dio un respingo. Conocía esa sensación, recordaba aquella orden exacta. Había oído esa voz en los Pozos. Despertándolo, impulsándolo a seguir.

Salvándolo.

Kelsier inclinó la cabeza mientras sentía a Conservación desapareciendo del todo, extendiéndose hacia la oscuridad.

Y entonces, lleno de luz prestada, Kelsier asíó los filamentos que se extendían a su alrededor y tiró . El poder le ofreció resistencia. No sabía por qué; a fin de cuentas, solo tenía un conocimiento rudimentario sobre lo que estaba haciendo. ¿Por qué el poder sintonizaba con algunas personas y no con otras?

Bueno, Kelsier se había enfrentado otras veces a anclajes tozudos. Tiró con todas sus fuerzas, atrayendo el poder hacia él. Se resistió, lo desafió casi como si estuviera vivo hasta que...

Se rindió y fluyó a su interior.

Y Kelsier, el Superviviente a la Muerte, Ascendió.

Con un grito de júbilo, se sintió inundado por el poder, como la alomancia pero multiplicada por cien. Era una energía febril, fundida, ardiente, que le empapaba el alma. Kelsier rio, alzándose en el aire, expandiéndose, convirtiéndose en todos los lugares y en todo.

—¿Qué es esto? , exigió saber la voz de Ruina.

Kelsier se vio frente a frente con el dios adversario, sus formas extendiéndose en la eternidad, una la gélida frescura de la vida congelada, estática, la otra la violenta, rasposa y quebrada negrura de la decadencia. Kelsier sonrió al sentir en Ruina una commoción absoluta y completa.

—¿Qué me decías, qué? —preguntó Kelsier—. ¿Que todo lo que hiciera ibas a contrarrestarlo? Bueno, ¿qué te parece esto?

Ruina montó en cólera, avivando su poder en un torbellino furioso. El personaje se descompuso y reveló a la cosa , la energía cruda que tanto tiempo llevaba tramando y planeando, solo para que la detuvieran al final. La sonrisa de Kelsier se ensanchó mientras se deleitaba imaginando la sensación de abrir en canal a aquel monstruo que había matado a Conservación. A aquel inútil y anticuado desperdicio de energía. Aplastarlo sería de lo más satisfactorio. Lanzó su poder ilimitado al ataque.

Y no ocurrió nada.

El poder de Conservación se le seguía resistiendo. Se apartó de su voluntad mortífera y, por mucho que Kelsier lo empujó, no pudo hacer que hiriese a Ruina.

Su enemigo vibraba, temblaba, y las sacudidas fueron convirtiéndose en un sonido parecido a una risotada. El torbellino de bruma oscura se recompuso y cobró de nuevo la forma de un hombre deificado que se extendía por todo el cielo.

—¡Oh, Kelsier! —exclamó Ruina—. ¿Crees que me preocupa lo que has hecho? ¡Pero si yo mismo te habría escogido a ti para tomar el poder! ¡Es perfecto! No eres más que un aspecto de mí, al fin y al cabo.

Kelsier apretó los dientes y extendió unos dedos hechos de rugiente viento, como para agarrar a Ruina y estrangularlo.

La criatura se limitó a reír más fuerte.

—Apenas puedes controlarlo —dijo Ruina—. Incluso aunque pudieras hacerme daño, no serías capaz de completar la tarea. ¡Mírate, Kelsier! No tienes forma ni figura. No estás vivo, eres solo una idea. El recuerdo de un hombre nunca ostentará el poder con tanta potencia como uno de verdad, con lazos a los tres reinos.

Ruina lo apartó con facilidad, aunque Kelsier sintió un crepitante al entrar en contacto con la criatura. Aquellos poderes reaccionaban uno al otro como la llama y el agua. Darse cuenta convenció a Kelsier de que había alguna forma de usar el poder que empuñaba para destruir a Ruina. Ojalá pudiera averiguarla.

Ruina desvió su atención de Kelsier, que aprovechó para familiarizarse con el poder. Por desgracia, todo lo que probaba de hacer encontraba resistencia, tanto de la energía de Ruina como del poder del propio Conservación. Podía verse a sí mismo en el Reino Espiritual, y aquellas líneas negras seguían presentes, enlazándolo a Ruina.

Al poder que ostentaba no le hacían ninguna gracia las líneas negras. Se revolvía en su interior, agitado, intentando liberarse. Kelsier podía contenerlo, pero sabía que si aflojaba, el poder escaparía de él y nunca podría volver a capturarlo.

Aun así, era grandioso ser más que solo un espíritu. De nuevo podía ver en el Reino Físico, aunque el metal seguía brillando con fuerza a sus ojos. Era un alivio ver algo que no fuesen sombras brumosas y almas relucientes.

Deseó tener una vista más halagüeña. Interminables mares de ceniza. Muy pocas ciudades, excavadas como cráteres. Montañas ardientes que escupían no solo ceniza, sino también lava y azufre. La tierra se había quebrado, creando simas.

Trató de no pensar en ello y se concentró en la gente. Podía sentirla, como sentía la misma corteza y el núcleo del planeta. Le costó poco encontrar a los que tenían el alma abierta a él, y fue hacia ellos con entusiasmo. Seguro que entre ellos podría encontrar a alguien que transmitiera un mensaje a Vin.

Sin embargo, no parecían capaces de oírlo, por mucho que les susurrara. Era frustrante e incomprensible. Poseía los poderes de la eternidad. ¿Cómo podía haber perdido una capacidad que tenía antes, la de comunicarse con su gente?

A su alrededor, Ruina rio.

—¿Crees que tu antecesor no lo intentó? —preguntó Ruina—. Tu poder no puede entrar por esas grietas, Conservación. Se esfuerza demasiado en apuntalarlos, en protegerlos. Solo yo puedo ensanchar las grietas.

Kelsier no sabía si aquel razonamiento era correcto o no, pero sí que confirmó una y otra vez que los locos ya no podían oír sus palabras.

Pero él sí podía oír a la gente.

A todos, no solo a los locos. Le llegaban sus pensamientos como voces; sus esperanzas, sus inquietudes, sus terrores. Si se concentraba en ellos demasiado tiempo, si dirigía su atención a una ciudad, la multitud de pensamientos amenazaba con abrumarlo. Era un estrépito, una inundación, y encontraba difícil separar a individuos concretos del batiburrillo.

Por encima de todo ello, de la tierra, las ciudades y la ceniza, pendía la bruma. Lo cubría todo, incluso de día. Mientras estaba atrapado por completo en el Reino Cognitivo, no se había dado cuenta de lo ubicua que era.

«Eso es poder —pensó, mirándola—. Mi poder. Debería poder utilizarlo, manipularla».

No podía. Y en consecuencia, Ruina era mucho más fuerte que él. ¿Por qué Conservación había descuidado la bruma de aquel modo? Seguía formando parte de él, por supuesto, pero era como... como un ejército difuso, extendido para explorar un reino entero en vez de congregado para la guerra.

Ruina no tenía tales inhibiciones. Kelsier veía su poder en funcionamiento, revelado en formas que eran demasiado grandiosas para que las identificara antes de Ascender. Ruina rasgaba las cimas de los montes de ceniza y los mantenía abiertos para que arrojaran la muerte. Tocaba a koloss por todo el imperio, llevándolos a un frenesí homicida. Cuando se les terminaba la gente que matar, Ruina los lanzaba gozoso unos contra otros.

Tenía en el bolsillo a mucha gente de todas las ciudades que quedaban. Sus maquinaciones eran increíbles, complejas y sutiles. Kelsier ni siquiera podía seguir todos los hilos, pero el resultado era evidente: caos.

Kelsier no podía hacer nada al respecto. Ostentaba un poder inimaginable, y aun así seguía impotente. Pero había cambiado algo importante, y era que Ruina tenía que *actuar* para contrarrestarlo.

Aquella era una revelación crucial. Tanto él como Ruina estaban en todas partes, pues sus almas eran los mismos huesos del planeta. Pero su atención solo podía repartirse hasta cierto punto.

Si Kelsier intentaba cambiar algo en un lugar en el que se concentraba Ruina, perdía siempre. Cuando Kelsier intentaba cerrar los montes de ceniza, los brazos de Ruina que los desgarraban tenían más fuerza que

los suyos en su intento de sellarlos. Cuando intentaba infundir ánimo a los ejércitos de Vin, Ruina hacía las veces de barricada, manteniéndolo apartado.

En un intento desesperado, Kelsier intentó llegar a la propia Vin. No estaba seguro de lo que podría hacer, pero quería tratar de apartar a Ruina a la fuerza, de intentar imponerse, a ver de qué era capaz.

Se lanzó con todas sus fuerzas, empujando contra Ruina y sintiendo la fricción de sus esencias a medida que se acercaba a Vin, encerrada en una sala del palacio de Fadrex. El choque de su esencia con la de Ruina sacudió la tierra, la hizo temblar. Un terremoto.

Pudo acercarse bastante. Alcanzó a sentir la mente de Vin, a oír sus pensamientos. ¡Qué poco sabía! Igual de poco que él al principio de todo aquello. No sabía de Conservación.

El choque apartó la esencia de Kelsier, le arrancó a Conservación y dejó su núcleo al descubierto, como una calavera sonriente después de quitarle la carne. Un alma envuelta en oscuridad, pero que estaba Conectada a Vin de algún modo. Enlazada a ella por las líneas inescrutables que formaban el Reino Espiritual.

—¡Vin! —gritó, agonizando por el esfuerzo. La lucha entre Ruina y él hizo que el terremoto se intensificara y Ruina se recreó en la destrucción. Debilitó su atención por un instante—. ¡Vin! ¡Hay otro dios, Vin! —dijo, aproximándose—. ¡Hay otra fuerza!

Confusión. Vin no lo veía. Algo escapó de Kelsier, atraído por ella. Y sorprendido, Kelsier reparó en algo terrible, algo que jamás habría sospechado. Un brillante punto de metal en la oreja de Vin, tan parecido al color de su alma brillante que lo había pasado por alto desde más lejos.

Vin llevaba metal clavado.

—¿Cuál es la primera norma de la alomancia, Vin? —gritó Kelsier—. ¡Es lo primero que te enseñé!

Vin alzó la mirada. ¿Lo había oído?

—¡Los clavos, Vin! —empezó a decir Kelsier—. ¡No te fíes de...!

Ruina volvió y apartó a Kelsier con un feroz estallido de poder, interrumpiéndolo. Aguantar más tiempo habría supuesto dejar que Ruina le arrancara del todo el poder de Conservación, de modo que cedió.

Ruina lo empujó fuera del edificio, fuera de la ciudad. El choque produjo a Kelsier una oleada de dolor atroz, y no pudo evitar la sensación de que, por muy divino que fuese, cojeaba al abandonar la ciudad.

Ruina estaba demasiado centrado en aquel lugar. Era demasiado fuerte allí. Tenía casi toda su atención centrada en Vin y la ciudad de Fadrex. Incluso estaba atrayendo a Marsh hacia allí.

Quizá...

Kelsier intentó acercarse a Marsh, enfocar la atención en su hermano. Existían las mismas líneas de Conexión que había tenido con Vin, enlazando el alma de Kelsier con su hermano. Quizá también pudiera hacerse oír por Marsh.

Por desgracia, Ruina descubrió lo que planeaba sin despeinarse, y Kelsier estaba demasiado débil, demasiado magullado por su enfrentamiento anterior. Ruina lo rechazó con facilidad, pero no antes de que Kelsier oyera algo que emanaba de Marsh.

«Recuérdate a ti mismo —susurraron los pensamientos de Marsh—. Lucha, Marsh, ¡lucha! Recuerda quién eres».

Kelsier se sintió orgulloso mientras huía de Ruina. Algo dentro de Marsh, algo de su hermano, había sobrevivido. Pero no había nada que Kelsier pudiera hacer para ayudarlo. Quisiera lo que quisiera Ruina en Fadrex, Kelsier tendría que concedérselo. Enfrentarse allí a Ruina era imposible, pues Ruina podía derrotar a Kelsier en cualquier confrontación directa.

Ruina dedicaba tanta atención a Fadrex que tendría que flaquear en otros lugares.



Hazlo mejor, Kelsier».

Esperó y observó. Sabía ser cuidadoso.

«Los corazones de los hombres no son tus juguetes».

Flotó, convirtiéndose en la bruma, observando cómo Ruina movía sus piezas. Los inquisidores eran sus peones principales. Ruina los colocaba meditadamente.

«La debilidad de todo hombre listo».

Una abertura. Kelsier necesitaba una abertura.

«Sobrevive».

Ruina creía que tenía bajo su poder todo el Imperio Final. Estaba seguro de sí mismo. Pero había huecos. Cada vez dedicaba menos atención a la ciudad destruida de Urteau, con sus canales vacíos y sus habitantes famélicos. Un filamento de Kelsier rodeaba a un joven que llevaba los ojos vendados y una capa chamuscada a la espalda.

Sí, Ruina creía tener dominada aquella ciudad.

Pero Kelsier... Kelsier conocía bien a ese chico.

Centró su atención en Fantasma mientras el joven, abrumado y al borde de la locura, subía a un estrado frente a una multitud. Ruina lo había guiado hasta allí disfrazándose con la forma de Kelsier. Intentaba hacer un inquisidor del chico, y al mismo tiempo conseguir que la ciudad estallara en revueltas y disturbios.

Pero sus actos en la ciudad eran los mismos que estaba llevando a cabo en muchos otros lugares. Tenía la atención demasiado dividida, enfocada solo de verdad en Fadrex. Trabajaba en Urteau, pero no le daba prioridad. Ya había puesto en marcha sus planes, arruinar la

esperanza de esa gente y arrasar su ciudad. Lo único que faltaba era que un chico confundido cometiera un asesinato.

Fantasma estaba sobre el estrado, dispuesto a matar ante la muchedumbre. Kelsier envió su atención hacia él en una voluta de bruma, cuidadosa, sigilosa. Era el temblor de los tablones bajo los pies de Fantasma, era el aire que se respiraba, era la llama y el fuego.

Ruina estaba allí, rabioso, exigiendo que Fantasma asesinara. No mostraba su personalidad contenida y sonriente, sino una forma más pura, más basta, de su poder. Aquel fragmento de él gozaba de escasa atención por parte de Ruina, y no contaba con su poder completo.

No reparó en Kelsier mientras este se apartaba del poder, revelaba su propia alma y la acercaba a Fantasma. Allí estaban las líneas, los lazos de la confianza, la familiaridad y la Conexión. Lo raro era que las veía incluso más fuertes con Fantasma de lo que habían sido con Marsh y con Vin. ¿Por qué sería?

Ahora debes matarla , dijo Ruina a Fantasma.

Por debajo de esa Rabia, Kelsier susurró al alma rota de Fantasma: *Ten esperanza* .

¿Quieres el poder, Fantasma? , atronó Ruina. ¿Quieres ser mejor alomante? Bien, el poder debe venir de alguna parte. Nunca es gratis. Esta mujer es una lanzamonedas. Mátala, y podrás tener su capacidad. Yo mismo te la daré.

Ten esperanza , dijo Kelsier.

Se alternaron. *Mata* . Ruina enviaba impresiones, palabras. *Asesina, destruye. Arruina* .

Ten esperanza .

Fantasma se llevó la mano al metal que tenía en el pecho.

¡No! , gritó Ruina, sonando sorprendido. Fantasma, ¿quieres volver a ser normal? ¿Quieres volver a ser inútil? ¡Perderás tu peltre y volverás a ser débil, como cuando dejaste morir a tu tío!

Fantasma miró a Ruina, crispó el gesto, cortó la carne de su pecho y liberó el trozo de metal.

Ten esperanza .

Ruina chilló, incrédulo, mientras su forma se desdibujaba y las patas de araña rasgaban como lanzas su disfraz roto. La destrucción emanó de la figura y se convirtió en una neblina negra.

Fantasma se desplomó sobre la plataforma, primero de rodillas y luego cayendo hacia delante. Kelsier se arrodilló a su lado y lo sostuvo, atrayendo de nuevo hacia sí el poder de Conservación.

—Ay, Fantasma —susurró—. Pobrecito mío.

Podía sentir el espíritu del joven chisporroteando. Roto. Agrietado hasta su mismo núcleo. Los pensamientos del chico flotaron hacia Kelsier. Pensamientos sobre la mujer que amaba, Beldre. Pensamientos sobre sus propios fracasos. Pensamientos confusos.

En el fondo, el chico había seguido a Ruina porque anhelaba con desespero que Kelsier lo guiara. Se había esforzado mucho para ser él mismo como Kelsier.

A Kelsier le retorció las entrañas ver la fe que tenía aquel joven. Fe en él. En Kelsier, el Superviviente.

Un dios falso.

—Fantasma —susurró Kelsier, tocando de nuevo el alma de Fantasma con la propia. Se atragantó con las palabras, pero las obligó a salir—. Fantasma, la ciudad de Beldre está ardiendo.

Fantasma estaba temblando.

—Miles de personas morirán en los incendios —susurró Kelsier. Tocó la mejilla del chico—. Fantasma, ¿quieres ser como yo? ¿Como yo de verdad? ¡Entonces lucha cuando estés derrotado!

Kelsier alzó la mirada a la retorcida forma espiral de Ruina, furiosa. Estaba desviando más de su atención en aquella dirección. No tardaría en expulsar a Kelsier.

Derrotarlo allí era solo una pequeña victoria, pero también una demostración. Era posible resistirse a esa cosa. Fantasma lo había hecho.

Y volvería a hacerlo.

Kelsier miró al niño que tenía entre sus brazos. No, ya no era un niño. Se abrió a Fantasma y pronunció una sola y todopoderosa orden:

—¡Sobrevive!

Fantasma chilló, quemando su metal, despertándose a sí mismo a la lucidez. Kelsier se levantó, triunfante. Fantasma se obligó a ponerse de rodillas, a reforzar su espíritu.

—Todo lo que hagas —dijo Ruina a Kelsier, como si lo viera por primera vez— voy a contrarrestarlo.

La fuerza de destrucción estalló, enviando zarcillos de oscuridad por toda la ciudad. No expulsó a Kelsier, que no estuvo seguro de si era porque aún tenía la atención demasiado puesta en otro lugar o porque le daba igual que Kelsier se quedara a presenciar el final de aquella ciudad.

Fuego. Muerte. Kelsier tuvo una fugaz visión de lo que planeaba la cosa: arrasar la ciudad, destruir toda señal del fracaso de Ruina. Acabar con todos sus habitantes.

Fantasma ya estaba moviéndose, dirigiéndose a la gente que lo rodeaba, dando órdenes como si fuese el lord Legislador en persona. ¿Y ese de ahí no sería...?

¡Sazed!

Kelsier sintió una reconfortante calidez al ver al callado terrisano acercándose a Fantasma. Sazed siempre tenía respuestas. Pero Kelsier lo encontró macilento, perdido, exhausto.

—Oh, amigo mío —susurró Kelsier—. ¿Qué te ha hecho?

El grupo corrió a obedecer las órdenes de Fantasma, que los siguió más despacio calle abajo. Kelsier veía los filamentos del futuro, en el Reino Espiritual. Impregnados de oscuridad, representando una ciudad destruida. Cada vez menos posibilidades.

Pero seguían quedando unas pocas líneas de luz. Sí, todavía era posible. Primero, el chico tenía que salvar su ciudad.

—Fantasma —dijo Kelsier, mientras se creaba un cuerpo de poder que habitar.

No podía verlo nadie, pero daba igual. Ajustó su paso al de Fantasma, que prácticamente avanzaba a sacudidas, moviendo un pie tras otro sin desplazarse apenas.

—Sigue moviéndote —lo animó Kelsier.

Podía sentir el dolor del hombre, su angustia, su confusión. Su fe apaleada. Y sin saber por qué, a través de la Conexión, Kelsier podía hablar con él como no había sido capaz de hacer con los demás.

Kelsier fue partícipe del agotamiento de Fantasma en cada paso tembloroso, agónico. Le susurró las palabras una y otra vez. «Sigue moviéndote». Se convirtió en un mantra. La joven amiga de Fantasma

llegó para ayudarlo. Kelsier siguió caminando a su otro lado. «Sigue moviéndote».

Por suerte, lo hizo. El agotado joven se las ingenió para llegar renqueando a un edificio en llamas. Se detuvo fuera, en el lugar al que Sazed se había visto obligado a retirarse. Kelsier les leyó el estado de ánimo en los hombros decaídos y el miedo de sus ojos, que reflejaban las llamas. Oyó sus pensamientos, que surgían de ellos en latidos, quedos y asustados.

La ciudad estaba condenada y lo sabían.

Fantasma permitió que se lo llevaran más lejos del fuego. Del chico salieron emociones, recuerdos, ideas.

«A Kelsier no le importaba —pensó Fantasma—. No pensaba en mí. Se acordó de los demás, pero no de mí. Les dio trabajos que hacer. Yo no le importaba en absoluto».

—Te di nombre, Fantasma —susurró Kelsier—. Fuiste mi amigo. ¿No es eso suficiente?

Fantasma se detuvo en seco, tirando de los brazos que lo agarraban.

—Lo siento —dijo Kelsier, sollozando—. Lamento lo que tienes que hacer. Superviviente.

Fantasma se zafó de los brazos de los demás. Y mientras Ruina rabiaba en el cielo, chisporroteando y dando chillidos, dedicando por fin más de su atención para empezar a apartar a Kelsier, aquel joven se internó en las llamas.

Y salvó la ciudad.



Kelsier estaba sentado en un extraño campo verde. Había hierba verde por todas partes. Qué rara. Qué hermosa.

Fantasma se acercó y tomó asiento a su lado. El chico se quitó la venda de los ojos, negó con la cabeza y se pasó las manos por el cabello.

—¿Qué es esto?

—Medio sueño —respondió Kelsier, cortando una brizna de hierba para masticarla.

—¿Medio sueño? —dijo Fantasma.

—Estás casi muerto, chaval —dijo Kelsier—. Te has destrozado el espíritu a base de bien. Tiene un montón de grietas. —Sonrió—. Por eso pude entrar.

Pero no era solo eso. Aquel joven era especial. O como mínimo, la relación que tenían era especial. Fantasma creía en él como nadie más había creído.

Kelsier meditó sobre aquello mientras arrancaba otra brizna de hierba y se la metía en la boca.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Fantasma.

—Tiene una pinta rarísima —comentó Kelsier—. La que Mare siempre dijo que tendría.

—¿Así que te la estás comiendo?

—La mastico, más que otra cosa —dijo Kelsier, y escupió la hierba a un lado—. Tenía curiosidad.

Fantasma tomó una bocanada de aire y la expulsó con fuerza.

—No importa. Nada de esto tiene importancia. No eres real.

—Bueno, eso es correcto en parte —repuso Kelsier—. No soy real del todo. No lo he sido desde que morí. Pero en fin, ahora también soy un dios, creo. Es complicado.

Fantasma lo miró, frunciendo el ceño.

—Necesitaba a alguien con quien charlar —dijo Kelsier—. Te necesitaba a ti. A alguien que estuviera agrietado, pero que se hubiera resistido a él.

—Al otro tú.

Kelsier asintió con la cabeza.

—Siempre fuiste muy brusco, Kelsier —dijo Fantasma, con la mirada perdida en la extensión de campos verdes—. Te notaba que, en el fondo, odiabas de verdad a la nobleza. Creía que ese odio era lo que te volvía tan fuerte.

—Fuerte como el tejido cicatrizal —susurró Kelsier—. Funcional, pero rígido. Es una fuerza que habría preferido que tú nunca necesitaras.

Fantasma asintió, al parecer comprendiendo.

—Estoy orgulloso de ti, chico —dijo Kelsier, dándole un puñetazo cariñoso en el brazo.

—Casi lo eché todo a perder —respondió él, con la mirada gacha.

—Fantasma, si supieras la de veces que yo he estado a punto de destruir una ciudad, te daría vergüenza hablar así. ¡Pero si casi no rompiste nada de ese sitio! Han extinguido los incendios y rescatado a casi toda la población. Eres un héroe.

Fantasma alzó la mirada, sonriendo.

—El asunto es este, chaval —dijo Kelsier—. Vin no lo sabe.

—¿No sabe qué?

—Los clavos, Fantasma. Yo no puedo hacerle llegar el mensaje, pero debe saberlo. Y Fantasma, ella... ella también tiene la carne atravesada.

—¡Lord Legislador! —susurró Fantasma—. ¿Vin?

Kelsier asintió.

—Escúchame. Vas a despertar pronto. Necesito que recuerdes esta parte, aunque olvides todo lo demás del sueño. Cuando llegue el final, lleva a la gente bajo tierra. Envía un mensaje a Vin. Raya el mensaje en metal, porque no se puede confiar en nada que no sea de metal.

»Vin tiene que saber de Ruina y sus falsos rostros. Tiene que saber de los clavos, que el metal enterrado en una persona permite a Ruina susurrarles. Recuérdalo, Fantasma. ¡No confíes en nadie perforado por metal! Incluso el trozo más pequeño puede manchar a un hombre.

Fantasma empezó a ponerse borroso, a despertar.

—Recuérdalo —dijo Kelsier—. Vin está escuchando a Ruina. No sabe en quién confiar, y por eso debes enviar ese mensaje, Fantasma. Las piezas de todo este asunto están girando en el aire, arrojadas al viento. Tienes una pista que nadie más tiene. Hazla volar por mí.

Fantasma asintió mientras despertaba.

—Buen chico —susurró Kelsier, sonriendo—. Hiciste bien, Fantasma. Estoy orgulloso de ti.



Un hombre partió de Urteau, desafiando la bruma y la ceniza, emprendiendo el largo trayecto hacia Luthadel.

Kelsier no conocía en persona a aquel hombre, Goradel. Sin embargo, el poder lo conocía. Sabía que se había alistado en la guardia del lord Emperador de joven, para procurar una vida mejor a sí mismo y a su familia. Era un hombre al que Kelsier, de haber tenido ocasión, habría matado sin piedad.

Y ahora quizá Goradel salvara el mundo. Kelsier se elevó por los aires tras él, sintiendo crecer la anticipación de la bruma. Goradel transportaba una lámina de metal que contenía el secreto.

Ruina se extendía por el territorio como una sombra, dominando a Kelsier. Rio al ver cómo Goradel se abría paso con esfuerzo entre la ceniza, amontonada hasta la altura de la nieve en las montañas.

—Oh, Kelsier —dijo Ruina—. ¿Es lo mejor que puedes hacer? ¿Todo ese trabajo con el chico de Urteau, para esto?

Kelsier gruñó mientras unos zarcillos del poder de Ruina buscaban un par de manos y lo llamaban. En el mundo real transcurrieron horas, pero a ojos de los dioses el tiempo era mutable. Fluía como deseaban que fluyera.

—¿Alguna vez hiciste trucos de cartas, Ruina? —preguntó Kelsier—. Cuando eras un hombre normal, digo.

—Nunca fui un hombre normal —dijo Ruina—. No era sino un Recipiente esperando mi poder.

—¿Y qué hacía ese Recipiente para pasar el rato? —preguntó Kelsier—. ¿Trucos de cartas?

—Por supuesto que no —respondió Ruina—. Era mucho mejor hombre.

Kelsier gimió mientras llegaba por fin el par de manos de Ruina, volando alto a través de la lluvia de ceniza. Era un hombre con clavos en los ojos y los ojos retraídos en una sonrisa despectiva.

—A mí de niño se me daban bastante bien los trucos de cartas —dijo Kelsier en voz baja—. Mis primeras estafas fueron con cartas. No hacía triles, ojo, porque eran demasiado sencillos. Me gustaban más los trucos en los que solo estabais tú, una baraja de cartas y un objetivo que vigilaba todos tus movimientos.

Por debajo, Marsh forcejeó con el desdichado Goradel y terminó dándole muerte. Kelsier hizo una mueca de dolor al ver que su hermano no solo asesinaba al capitán, sino que se deleitaba con la matanza, presa de la locura con que lo había mancillado Ruina. Kelsier se sorprendió al ver que Ruina actuaba para contenerlo, como si por un momento hubiera perdido el control sobre Marsh.

Ruina se preocupó de no dejar que Kelsier se acercara demasiado. Ni siquiera pudo aproximarse lo suficiente para oír los pensamientos de su hermano. Ruina rio mientras, empapado de sangre, Marsh por fin recuperó la carta que había enviado Fantasma.

—Te crees muy listo, Kelsier —dijo Ruina—. Palabras en metal. Yo no puedo leerlas, pero mi peón sí.

Kelsier descendió mientras Marsh palpaba la lámina que Fantasma había ordenado tallar y leía las palabras en voz alta a Ruina. Kelsier creó un cuerpo para sí mismo y se arrodilló en la ceniza, encorvado, derrotado.

Ruina cobró forma a su lado.

—No pasa nada, Kelsier. Así es como tenían que resultar las cosas. ¡Para eso se crearon! No llores las muertes que se avecinan. Celebra las vidas que han tenido.

Dio una palmadita a Kelsier y se evaporó. Marsh se puso de pie sin mucha gracia, con ceniza pegada en la sangre todavía húmeda que tenía en la ropa y la cara. Luego saltó en pos de Ruina, siguiendo la llamada de su amo. El final ya se acercaba deprisa.

Kelsier se arrodilló junto al cadáver del hombre caído, que poco a poco quedaba cubierto de ceniza. Vin le había perdonado la vida y Kelsier había hecho que lo mataran de todos modos. Pasó su atención al Reino Cognitivo, donde el espíritu del hombre había topado con aquel lugar de bruma y sombras y estaba mirando hacia el cielo.

Kelsier se acercó y cogió la mano del hombre entre las suyas.

—Gracias —le dijo—. Y lo siento.

—He fracasado —dijo Goradel mientras empezaba a extenderse.

A Kelsier le dolió en el alma, pero no se atrevió a contradecir al hombre. «Perdóname».

Y ahora, a no hacer ruido. Kelsier se permitió expandirse de nuevo, dispersarse. Dejó de intentar detener la influencia de Ruina. Al retirarse, constató que sí que había ayudado un poquito. Había contenido algunos terremotos y ralentizado el flujo de la lava. Eran cambios insignificantes, pero al menos había hecho algo.

Paró de hacerlo y dejó vía libre a Ruina. El final se aceleró, retorciéndose en torno a los movimientos de una joven que regresaba a Luthadel con el advenimiento de una tempestad.

Kelsier cerró los ojos y sintió que el mundo guardaba silencio, como si la misma tierra contuviese la respiración. Vin luchó, danzó y se obligó a alcanzar el límite de sus capacidades y a superarlo. Resistió contra la fuerza de inquisidores que había reunido Ruina y luchó con tanta majestad que dejó patidifuso a Kelsier. Era mejor que el inquisidor contra el que había combatido él, era mejor que cualquier persona que hubiera conocido. Era mejor que el propio Kelsier.

Por desgracia, contra un destacamento entero de inquisidores, no bastó ni por asomo.

Kelsier se obligó a no actuar. Y demonios, cuánto costaba. Permitió que Ruina reinara, permitió que sus inquisidores redujeran a Vin. La lucha terminó demasiado pronto, con Vin herida y derrotada, a merced de Marsh.

Ruina se acercó y le susurró: *¿Dónde está el atium, Vin? ¿Qué sabes de él?*

¿Atium? Kelsier se aproximó mientras Marsh se arrodillaba junto a Vin y se preparaba para hacerle daño. Atium. ¿Por qué?

Y entonces todo encajó. Ruina tampoco estaba completo. Allí, en la ciudad rota de Luthadel, bañada por la lluvia, atascada de ceniza, con inquisidores que la vigilaban con los inexpresivos clavos de sus ojos, Kelsier lo comprendió.

El plan de Conservación. ¡Podía funcionar!

Marsh partió el brazo de Vin y sonrió.

«Ahora».

Kelsier golpeó a Ruina con toda la fuerza de su poder. No era mucho, y su control sobre él era deficiente. Pero era inesperado y atrajo la

atención de Ruina. Los poderes chocaron y la fricción, la oposición, hizo que rechinaran.

El dolor inundó a Kelsier. El suelo tembló por toda la ciudad.

—Kelsier, Kelsier —dijo Ruina.

Por debajo, Marsh rio.

—¿Sabes por qué siempre me salían bien los trucos de cartas, Ruina? —preguntó Kelsier.

—Va, por favor —replicó su adversario—. ¿Tiene importancia?

—Es porque siempre podía —dijo Kelsier con un gruñido de dolor, tensando su poder—. Obligar. A la gente a escoger. La carta que yo quisiera.

Ruina vaciló y miró hacia abajo. La carta, entregada por Goradel no a Vin sino a Marsh, cumplió su función.

Marsh arrancó el pendiente de la oreja de Vin.

El mundo se congeló. Ruina, inmenso e inmortal, miró con total y absoluto horror.

—Elegiste a quien no debías de entre nosotros para convertirlo en tu inquisidor, Ruina —siseó Kelsier—. No debiste escoger al hermano bondadoso. Marsh siempre tuvo la fea costumbre de hacer lo correcto en vez de lo conveniente.

Ruina dedicó su plena e increíble atención a Kelsier, que sonrió. Al parecer, los dioses también podían caer en la típica estafa del despiste.

Vin recurrió a las brumas y Kelsier sintió como tiritaba de ansia el poder en su interior. Para eso se habían creado, ese era su propósito. Percibió el anhelo de Vin y oyó su pregunta. ¿Dónde había sentido aquel poder antes?

Kelsier se estrelló contra Ruina, haciendo impactar los poderes y exponiendo su alma. Su oscura y vapuleada alma.

—El poder procedía del Pozo de la Ascensión, por supuesto —dijo Kelsier a Vin—. Después de todo, es el mismo poder. Sólido en el metal que le diste a Elend. Líquido en la charca que quemaste. Y vapor en el aire confinado a la noche. Ocultándote. Protegiéndote...

Kelsier respiró hondo. Sintió que le arrancaban la energía de Conservación. Sintió la furia de Ruina aporreándolo, fustigándolo, voraz en su ansia de destruirlo. Durante un último momento, sintió el mundo. La lluvia de ceniza más lejana, los habitantes del lejano sur, los rizos del

viento y la vida esforzándose, forcejeando, por continuar sobre el planeta.

Entonces Kelsier hizo lo más difícil que había hecho jamás.

—¡Dándote poder! —rugió a Vin, liberando la esencia de Conservación para que pudiera tomarla ella.

Vin absorbió la bruma.

Y Ruina descargó toda su furia contra Kelsier, lo aplastó, le rasgó el alma. Lo destrozó.



Kelsier se hizo pedazos con un dolor desgarrador y penetrante, como el de un hueso al dislocarse. Cayó, incapaz de ver y de pensar, incapaz de hacer nada aparte de chillar a su atacante.

Terminó en algún lugar rodeado de bruma, ciego a todo lo que no fuera su movimiento. ¿Muerto de verdad, en esa ocasión? No, pero tampoco le faltaba mucho. Sentía que volvía a acosarlo aquel estiramiento tan persuasivo que intentaba arrastrarlo a aquel punto lejano donde había ido todo lo demás.

Quería ir. Le dolía muchísimo. Quería que aquello terminara, que desapareciera. Todo. Solo quería que parara.

Había sentido antes la misma desesperación, en los Pozos de Hathsin. Ya no tenía la voz de Conservación para guiarlo como entonces, pero, llorando y temblando, hundió las manos en el terreno brumoso y se agarró. Se aferró a la bruma, negándose a partir. Negando la fuerza que lo llamaba, que le prometía la paz y un final.

Al cabo de un tiempo, la presión remitió y la sensación de estiramiento fue perdiendo fuelle. Había ostentado el poder de la divinidad. La muerte definitiva no podía reclamarlo a menos que él quisiera.

O a menos que lo destruyeran por completo. Se estremeció entre la bruma, agradecido por su abrazo pero dudando todavía de dónde estaba y de por qué Ruina no había terminado el trabajo. Pretendía acabar con él, eso lo había sentido. Por suerte, la destrucción de Kelsier había pasado a ser secundaria ante la aparición de una nueva amenaza.

Vin. ¡Lo había logrado! ¡Había Ascendido!

Con un gemido, Kelsier se levantó y descubrió que el ataque de Ruina lo había golpeado con tanta fuerza que lo había hundido mucho en el terreno mullido y brumoso del Reino Cognitivo. Pudo izarse a la superficie, con dificultades, y allí se derrumbó. Su alma estaba

deformada, aplastada, como un cuerpo sobre el que hubiera caído un peñasco. Perdía humo negro por un millar de agujeros.

Mientras estaba allí tendido, su alma se recompuso poco a poco, y el dolor por fin desapareció. Había pasado tiempo. No sabía cuánto, pero habían sido horas y más horas. Ya no estaba en Luthadel. Descender, y que luego lo machacara el poder de Ruina, había arrojado su alma lejos de la ciudad.

Parpadeó sobre unos ojos fantasmales. Por encima de su cabeza, el cielo era una tempestad de zarcillos blancos y negros, como nubes atacándose entre sí. En la lejanía oyó algo que hizo temblar todo el reino. Se obligó a ponerse en pie y caminó hasta coronar una colina desde la que vio, por debajo, a siluetas de luz enzarzadas en combate. Una batalla de hombres contra koloss.

El plan de Conservación. Kelsier lo había visto, lo había comprendido en esos últimos instantes. El cuerpo de Ruina era atium. El plan consistía en crear algo especial y novedoso, personas que pudieran quemar el cuerpo de Ruina en un intento de librarse de él.

Por debajo, los hombres luchaban por sus vidas, y Kelsier vio cómo trascendían el Reino Físico por el cuerpo del dios que estaban quemando. Por encima, Ruina y Conservación se enfrentaban uno al otro. Vin lo hacía mucho mejor de lo que Kelsier había sido capaz: contaba con el poder pleno de la bruma, y además había algo *natural* en su forma de blandir aquel poder.

Kelsier se sacudió el polvo y se ajustó la ropa. Volvía a llevar la misma camisa y los pantalones de cuando había luchado contra el inquisidor, hacía mucho tiempo. ¿Qué había pasado con su morral y el cuchillo que le había regalado Nazh? Los había perdido en algún lugar de los interminables campos de ceniza entre donde estaba y Fadrex.

Cruzó el campo de batalla, apartándose de los enfurecidos koloss y de los hombres trascendentales que podían ver en el Reino Espiritual, aunque fuese con muchas limitaciones.

Kelsier llegó a la cima de una colina y se detuvo. Sobre otra colina más allá, lejano pero no tanto como para no poder distinguirlo, Elend Venture se alzaba sobre una pila de cadáveres, combatiendo contra Marsh. Vin flotaba por encima, extendida e increíble, una figura de refulgente luz e impresionante poder, como una inspiración para el sol y las nubes.

Elend Venture alzó una mano y entonces la luz explotó desde su cuerpo. Surgieron de él líneas blancas en todas las direcciones, líneas que lo perforaron todo. Líneas que lo conectaron con Kelsier, con el futuro y con el pasado.

«Lo está viendo por completo —pensó Kelsier—. Ese lugar entre momentos».

Elend terminó con una espada en el cuello de Marsh y miró directamente a Kelsier, trascendiendo los tres reinos.

Marsh clavó un hacha en el pecho de Elend.

—¡No! —gritó Kelsier—. ¡No!

Descendió trastabillando por la ladera y corrió hacia Elend. Trepó sobre cadáveres, sombríos en aquel lado, y se afanó en llegar al lugar donde había muerto Venture.

Aún no había llegado cuando Marsh decapitó a Elend.

«Oh, Vin, lo siento».

La atención plena de Vin cayó sobre el hombre derribado. Kelsier se detuvo, entumecido. Vin estallaría en rabia. Vin perdería el control. Vin...

¿Se alzaría gloriosa?

Contempló asombrado cómo Vin reunía su fuerza. No había odio en la vibración que emitía su cuerpo, calmándolo todo. Por encima de ella, Ruina reía, de nuevo dando por sentado que lo sabía todo. La risa se interrumpió cuando Vin se alzó contra él como una arrebatadora y radiante lanza de energía, controlada, amorosa, compasiva pero absolutamente inexorable.

Kelsier supo entonces por qué había tenido que ser ella, y no él, quien hiciera aquello.

Vin estrelló su poder contra el de Ruina, asfixiéndolo. Kelsier alcanzó la cima de la colina y los observó, sintiendo una familiaridad con ese poder, una cercanía que lo reconfortó por dentro mientras Vin llevaba a cabo el acto definitivo de heroísmo.

Llevó la destrucción al destructor.

Terminó con una erupción de luz. Del cielo cayeron volutas de bruma, tanto oscura como blanca. Kelsier sonrió, sabiendo que por fin había terminado todo. De pronto, las brumas se arremolinaron formando dos columnas gemelas, de una altura imposible. Los poderes habían sido liberados. Se estremecieron, inseguros, como una tormenta en ciernes.

«Nadie los ha tomado...».

Kelsier extendió un brazo, tímido, tembloroso. Podía...

El espíritu de Elend Venture llegó de sopetón al Reino Cognitivo junto a él, tropezó y cayó al suelo. El chico gimió, y Kelsier le dedicó una amplia sonrisa.

Elend parpadeó mientras Kelsier le tendía una mano.

—Siempre imaginé que al morir me recibirían todas las personas a las que amé en vida —dijo Elend, dejando que Kelsier lo ayudara a levantarse—. Nunca creí que entre ellas estarías tú.

—Tienes que prestar más atención, chaval —repuso Kelsier, mirándolo de arriba abajo—. Bonito uniforme. ¿Pediste a los sastres que te hicieran parecer una imitación barata del lord Legislador o es por casualidad?

Elend parpadeó de nuevo.

—Vaya. No ha pasado ni un minuto y ya te odio.

—Déjale tiempo —dijo Kelsier, dándole una palmada en la espalda—. Para la mayoría, termina reduciéndose a leve irritación.

Miró el poder que seguía fluyendo en torno a ellos y luego frunció el ceño cuando una figura hecha de refulgente luz cruzó el campo a la carrera. Su silueta le era conocida. Llegó hasta el cadáver de Vin, que había caído al suelo.

—Sazed —susurró Kelsier, y lo tocó.

No estaba preparado para la oleada de emociones que le provocó ver a su amigo en el estado en que se hallaba. Sazed estaba asustado. Incrédulo. Destrozado. Ruina había muerto, pero aun así el mundo tocaba a su fin. Sazed había creído que Vin los salvaría a todos. A decir verdad, lo mismo había creído Kelsier.

Pero parecía que aún quedaba otro secreto.

—Es él —susurró Kelsier—. Él es el Héroe.

Elend Venture apoyó una mano en el hombro de Kelsier.

—Tienes que prestar más atención —le dijo—, chaval.

Apartó a Kelsier mientras Sazed alcanzaba los dos poderes, uno con cada mano.

Kelsier se quedó maravillado al ver cómo se combinaban. Siempre había considerado aquellos poderes como opuestos, pero mientras se

arremolinaban en torno a Sazed, parecía que en realidad se pertenecían uno al otro.

—¿Cómo puede ser? —susurró—. ¿Cómo puede estar Conectado con los dos tan equitativamente? ¿Por qué no solo Conservación?

—Sazed ha cambiado este último año —dijo Elend—. Ruina es más que muerte y destrucción. Es la paz con ambas cosas.

La transformación siguió su curso, pero por impresionante que resultara, otra cosa llamó la atención de Kelsier. Una concentración de energía cerca de él, en la cima de la colina. Compuso la forma de una mujer joven que llegó con elegancia al Reino Cognitivo. No dio ni un leve traspies, lo que era al mismo tiempo adecuado e injusto hasta decir basta.

Vin miró a Kelsier y sonrió. Fue una sonrisa cálida y acogedora. Una sonrisa de gozo y aceptación que lo llenó de orgullo. Cómo deseó haberla encontrado antes, cuando Mare aún vivía. Cuando Vin había necesitado unos padres.

Vin fue primero hacia Elend y lo envolvió en un largo abrazo. Kelsier echó un vistazo a Sazed, que estaba expandiéndose para transformarse en todo. En fin, se alegraba por él. Era un trabajo difícil, que dejaría a Sazed con mucho gusto.

Elend señaló a Kelsier con la cabeza y Vin fue hacia él.

—Kelsier —le dijo—. Oh, Kelsier. Siempre escribiste tus propias normas.

Vacilante, Kelsier no la abrazó. Extendió la mano, sintiendo una extraña reverencia. Vin la cogió y plegó las puntas de los dedos sobre su palma.

Cerca de ellos se había condensado otra figura a partir del poder, pero Kelsier no hizo caso al hombre. Dio otro paso hacia Vin.

—Yo...

¿Qué iba a decirle? Diablos, no lo sabía.

Por una vez, no lo sabía.

Vin lo abrazó y Kelsier se descubrió sollozando. La niña que nunca tuvo, la pequeña chica de la calle. Aunque seguía siendo menuda, había crecido más que él. Y la amaba de todas formas. Apretó con fuerza a su hija contra su propia alma rota.

—Lo has logrado —susurró por fin—. Has conseguido lo que nadie más podría haber hecho. Has renunciado a ti misma.

—Bueno —dijo ella—, tuve un buen ejemplo, ¿sabes?

Kelsier la apretó de nuevo contra él y la sostuvo un momento más. Por desgracia, al final tuvo que soltarla.

Ruina estaba allí cerca, parpadeando. O más bien... No, ya no era Ruina. Era solo el Recipiente, Ati. El hombre que había tenido el poder. Ati se pasó la mano por el pelo rojizo y miró a su alrededor.

—¿Vax? —se preguntó, con tono confuso.

—Discúlpame —dijo Kelsier a Vin, antes de soltarla y llegar al trote hasta el pelirrojo.

Momento en el cual atizó al hombre un puñetazo en la cara que lo tumbó cuan largo era.

—Excelente —dijo Kelsier, sacudiendo la mano.

A sus pies, el hombre lo miró y luego cerró los ojos, suspiró y se extendió hacia la eternidad.

Kelsier regresó con los otros, pasando junto a una figura con túnica terrisana que tenía las manos entrelazadas por delante, cubiertas por amplias mangas.

—Oye —dijo Kelsier, y miró al cielo y a la figura que brillaba allí—. ¿Tú no eres...?

—Parte de mí lo es —respondió Sazed. Miró a Vin y Elend y extendió las manos, una hacia cada uno de ellos—. Gracias a los dos por este nuevo principio. He sanado vuestros cuerpos. Podéis regresar a ellos, si queréis.

Vin miró a Elend. Para horror de Kelsier, el chico había empezado a estirarse. Se volvió hacia algo que Kelsier no logró ver, algo en el Más Allá, y con una sonrisa dio un paso en esa dirección.

—No
creo que funcione así, Saze —dijo Vin, y le dio un beso en la mejilla—.
Gracias.

Se volvió, cogió la mano de Elend y empezó a extenderse hacia aquel punto lejano e invisible.

—¡Vin! —gritó Kelsier, agarrándole la otra mano y apretando—. No, Vin. Has poseído el poder. No tienes por qué irte.

—Lo sé —dijo ella, girando la cabeza para mirarlo.

—Por favor —insistió Kelsier—, no te vayas. Quédate. Conmigo.

—Ah, Kelsier —dijo Vin—. Tienes mucho que aprender sobre el amor, ¿no es así?

—Conozco el amor, Vin. Todo lo que he hecho, la caída del imperio, el poder al que renuncié, era todo por amor.

Ella sonrió.

—Kelsier, eres un gran hombre y deberías estar orgulloso de lo que has hecho. Y es cierto que amas. Sé que lo haces. Pero al mismo tiempo, no creo que lo comprendas.

Pasó su mirada a Elend, que ya se desvanecía. Solo quedaba visible su mano, en la de ella.

—Gracias, Kelsier —susurró Vin, volviendo a mirarlo—, por todo lo que has hecho. Tu sacrificio fue asombroso. Pero para hacer las cosas que has tenido que hacer, para defender el mundo, tuviste que transformarte en algo que me preocupa.

»Una vez, me diste una lección sobre la amistad. Tengo que devolverte esa lección, como un último regalo. Tienes que saberlo, tienes que preguntártelo. ¿Cuánto de lo que has hecho era por amor y cuánto por demostrar algo? ¿Que no te habían traicionado, superado, derrotado? ¿Puedes dar una respuesta sincera, Kelsier?

Kelsier la miró a los ojos y vio la pregunta implícita en sus palabras: «¿Cuánto de todo ello fue por nosotros —estaba diciendo—, y cuánto fue por ti?».

—No lo sé —le dijo Kelsier.

Vin le apretó la mano y le dedicó una sonrisa, la sonrisa que nunca había sido capaz de componer cuando la encontró al principio de todo.

Eso, más que nada, hizo que se sintiera orgulloso de ella.

—Gracias —susurró Vin de nuevo.

Entonces le soltó la mano y siguió a Elend al Más Allá.



La tierra tembló y crujío al morir y renacer.

Kelsier la recorrió con las manos metidas en los bolsillos. Se dio un paseo por el fin del mundo mientras el poder salpicaba en todas las direcciones y le otorgaba visiones de los tres reinos.

Ardían fuegos en los cielos. Las rocas se estrellaban entre ellas y volvían a separarse. Los océanos bullían, y su vapor se convirtió en una nueva bruma en el aire.

Y Kelsier siguió andando. Caminó como si sus pies pudieran llevarlo de un mundo al siguiente, de una vida a la siguiente. No se sentía abandonado, pero sí solo. Como si fuese el único hombre que quedaba en todo el mundo, el último testigo de las eras.

La ceniza se consumió por una tierra de piedras hechas líquido. Las montañas se alzaron del suelo detrás de Kelsier, al ritmo de sus pisadas. Los ríos fluyeron desde las alturas y los océanos se llenaron. La vida surgió, los árboles brotaron y se alzaron hacia el cielo, componiendo un bosque a su alrededor. Luego el bosque pasó y Kelsier llegó a un desierto que se secaba deprisa, a una arena que hervía desde las profundidades de la tierra a medida que Sazed la creaba.

Cruzó una docena de paisajes distintos en un parpadeo. La tierra creció en su estela, en su sombra. Kelsier por fin se detuvo en una espaciosa meseta alta que dominaba un nuevo mundo, con los vientos de tres reinos haciendo ondular su ropa. La hierba creció bajo sus pies y entonces se abrieron los capullos. Las flores de Mare.

Kelsier se arrodilló e inclinó la cabeza, tocando una de ellas con las yemas de los dedos.

Sazed apareció a su lado. Poco a poco, la visión que tenía Kelsier del mundo real se desdibujó y lo dejó atrapado de nuevo en el Reino Cognitivo. Todo se convirtió en bruma a su alrededor.

Sazed se sentó junto a él.

—Te seré sincero, Kelsier. Este no era el final que tenía en mente cuando me uní a tu banda.

—El terrisano rebelde —dijo Kelsier. Aunque estaba en el mundo de la bruma, distinguió vagamente unas nubes en el mundo real. Pasaron bajo sus pies y se acumularon en torno al pie de la montaña—. Ya entonces eras una contradicción viviente, Saze. Tendría que haberme dado cuenta.

—No puedo traerlos de vuelta —confesó Sazed con suavidad—. Todavía no, y quizá nunca pueda. El Más Allá es un sitio que no puedo alcanzar.

—No pasa nada —dijo Kelsier—. Hazme un favor. ¿Podrías ver qué puedes hacer por Fantasma? Tiene el cuerpo hecho polvo. Lo forzó demasiado. ¿Qué tal si lo arreglas un poco? Y quizás podrías hacerlo nacido de la bruma, ya puestos. Van a necesitar alomantes en el mundo que llega.

—Me lo pensaré —respondió Sazed.

Se quedaron sentados juntos. Dos amigos al borde del mundo, en el final y el principio de los tiempos. Al cabo de un rato, Sazed se levantó e hizo una inclinación ante Kelsier, un gesto muy reverente para alguien que era una divinidad.

—¿Qué opinas tú, Saze? —preguntó Kelsier, contemplando el mundo—. ¿Hay alguna forma de sacarme de esto, de que vuelva a vivir en el Reino Físico?

Sazed titubeó.

—No, me parece que no.

Dio una palmadita a Kelsier en el hombro y se esfumó.

«Vaya —pensó Kelsier—. Domina los dos poderes de la creación. Es un dios entre dioses. Y aun así, miente fatal».

Epílogo



Fantasma se sentía incómodo viviendo en una mansión mientras todos los demás tenían que contentarse con apenas nada. Pero los demás habían insistido, y además tampoco era mansión muy impresionante. Sí, era una casa de madera de dos plantas, cuando la mayoría vivía en chabolas. Y sí, tenía su propia habitación. Pero era una habitación pequeña y por la noche había humedad. No tenían cristales para las ventanas y, si dejaba abiertos los postigos, entraban insectos.

Aquel mundo nuevo y perfecto tenía una decepcionante abundancia de normalidad.

Bostezó y cerró la puerta. En la habitación había un catre y un escritorio. Nada de velas ni lámparas, porque aún no disponían de los recursos suficientes para poder permitírselas. Tenía la cabeza saturada con las instrucciones de Brisa sobre cómo ser rey, y le dolían los brazos de entrenar con Ham. Beldre esperaría que bajara a cenar pronto.

En la planta de abajo sonó un portazo, y Fantasma se sobresaltó. Seguía esperando que los ruidos fuertes le hicieran más daño en los oídos, e incluso después de tantas semanas, aún no se había acostumbrado a andar por ahí con los ojos descubiertos. En su escritorio, un ayudante había dejado una tablilla —no tenían papel— escrita con carbón, un listado parcial de sus citas del día siguiente. Y al final había una nota rápida.

«Por fin he conseguido que el herrero forje esto según tus instrucciones, aunque era muy reacio a manejar clavos de inquisidor. No sé para qué lo quieras, majestad, pero aquí tienes».

En la base de la tablilla había un pequeño punzón con forma de pendiente. Sin tenerlas todas consigo, Fantasma lo cogió y lo sostuvo en alto. A ver, ¿para qué lo quería? Recordaba algo, susurros en sus sueños. *Haz forjar un clavo, un pendiente. Bastará con un clavo viejo de inquisidor. Puedes encontrar uno en las cavernas que había debajo de Kredik Shaw...*

¿Había sido un sueño? Se lo pensó un poco y luego, quizá sin hacer caso a su buen juicio, se atravesó la oreja con aquella cosa.

Kelsier apareció en la habitación a su lado.

—¡Ah! —gritó Fantasma, retrocediendo de un salto—. ¡Tú! Estás muerto. Vin te mató. El libro de Saze dice que...

—Tranquilo, chico —dijo Kelsier—. Soy el de verdad.

—Yo... —tartamudeó Fantasma—. Es... ¡Ah!

Kelsier se acercó y pasó un brazo por los hombros de Fantasma.

—Ya sabía yo que esto funcionaría. Ahora tienes las dos cosas, una mente quebrada y un punzón hemalúrgico clavado. Puedes ver lo suficiente en el Reino Cognitivo. Eso significa que podemos trabajar juntos tú y yo.

—Demonios —espetó Fantasma.

—Venga, hombre, no seas así —dijo Kelsier—. El trabajo que tenemos es importante. Crucial. Vamos a desentrañar los misterios del universo. Del Cosmere, como lo llaman.

—¿Qué... qué quieres decir?

Kelsier sonrió.

—Creo que voy a vomitar —dijo Fantasma.

—Eso de ahí fuera es muy, muy grande, chaval —afirmó Kelsier—. Más grande de lo que creí jamás. La ignorancia casi nos costó perderlo todo. No permitiré que eso vuelva a suceder. —Dio un golpecito en la oreja de Fantasma—. Estando muerto, tuve una oportunidad. Mi mente se expandió y aprendí algunas cosas. No estaba concentrado en estos clavos, o creo que podría haberlo deducido todo. Aun así, aprendí lo suficiente para que resultara peligroso, y entre los dos vamos a averiguar el resto.

Fantasma se apartó. ¡Ahora era un hombre independiente! No tenía por qué limitarse a hacer todo lo que dijera Kelsier. Qué narices, ni siquiera sabía si de verdad tenía delante a Kelsier. Ya lo habían engañado antes.

—¿Por qué? —exigió saber—. ¿Por qué debería importarme?

Kelsier se encogió de hombros.

—El lord Legislador era inmortal, ya lo sabes. Combinando los poderes, se las ingenió para volverse incapaz de envejecer, incapaz de morir, en

casi cualquier circunstancia. Tú eres nacido de la bruma, Fantasma. Ya tienes la mitad hecha. ¿No sientes curiosidad por saber qué más es posible? O sea, tenemos un pequeño montón de clavos de inquisidor y nada que hacer con ellos...

«Inmortal».

—¿Y tú? —preguntó Fantasma—. ¿Qué sacas tú de esto?

—Nada importante —dijo Kelsier—. Solo una cosilla. Una vez, alguien me explicó cuál es mi problema. Tengo cortado el lazo, lo que me une al mundo físico. —Su sonrisa se ensanchó—. Pues bien, vamos a tener que encontrarme un lazo nuevo.

Nota final

Empecé a planear esta historia mientras escribía la trilogía original. Para entonces, ya había planteado la idea de una «trilogía de trilogías» a mi editor. (Me refiero a la idea de que «Nacidos de la bruma», como serie, cambiaría de época y de nivel tecnológico a medida que el Cosmere maduraba). También sabía que Kelsier tendría un papel importante en futuros libros de la serie.

No me opongo a dejar morir a personajes. De hecho, creo que en todas las series que he escrito ha habido bajas importantes y permanentes entre los personajes principales. Pero al mismo tiempo, era muy consciente de que la historia de Kelsier no había concluido. La persona que era al final del primer volumen había aprendido algunas cosas, pero no había completado su viaje.

Así que, casi desde el principio, empecé a planear la forma de traerlo de vuelta. Salpicué *El Héroe de las Eras* de insinuaciones sobre lo que estaba haciendo entre bambalinas, y hasta me las ingenié para colar alguna que otra pista previa aquí y allá. Cuando los lectores me preguntaban, siempre les dejaba muy claro que a Kelsier nunca se le dio muy bien hacer lo que debía.

Sé muy bien que resucitar a personajes es un tropo muy peligroso, cuyo equilibrio todavía estoy aprendiendo. No creo que esta resurrección sea muy controvertida, en parte por todos los presagios que había ido dejando caer. Pero también quiero que la muerte sea un peligro muy real, o una consecuencia muy real, en mis historias.

Dicho esto, Kelsier iba a regresar desde un principio, aunque a veces me debatía entre escribir esta historia o no. Me preocupaba que, si la ponía sobre papel, quedaría muy inconexa, al pasar tanto tiempo y requerir tantas fases en su narración. Empecé a escribirla varios años antes de publicarla por fin, metiendo y quitando escenas aquí y allá.

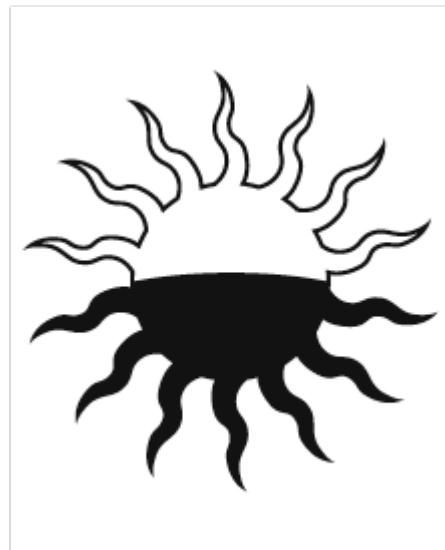
Después de escribir *Brazales de Duelo*, me quedó claro que tendría que proporcionar a los lectores una explicación, y cuanto antes, mejor. De modo que me puse a trabajar en esta historia con más ahínco. Al final, estoy muy satisfecho con cómo ha quedado. Es un poco inconexa, como me temía. Sin embargo, la posibilidad de narrar por fin algunas de las historias que transcurren entre bastidores en el Cosmere fue muy satisfactoria, tanto para mí como para mis lectores.

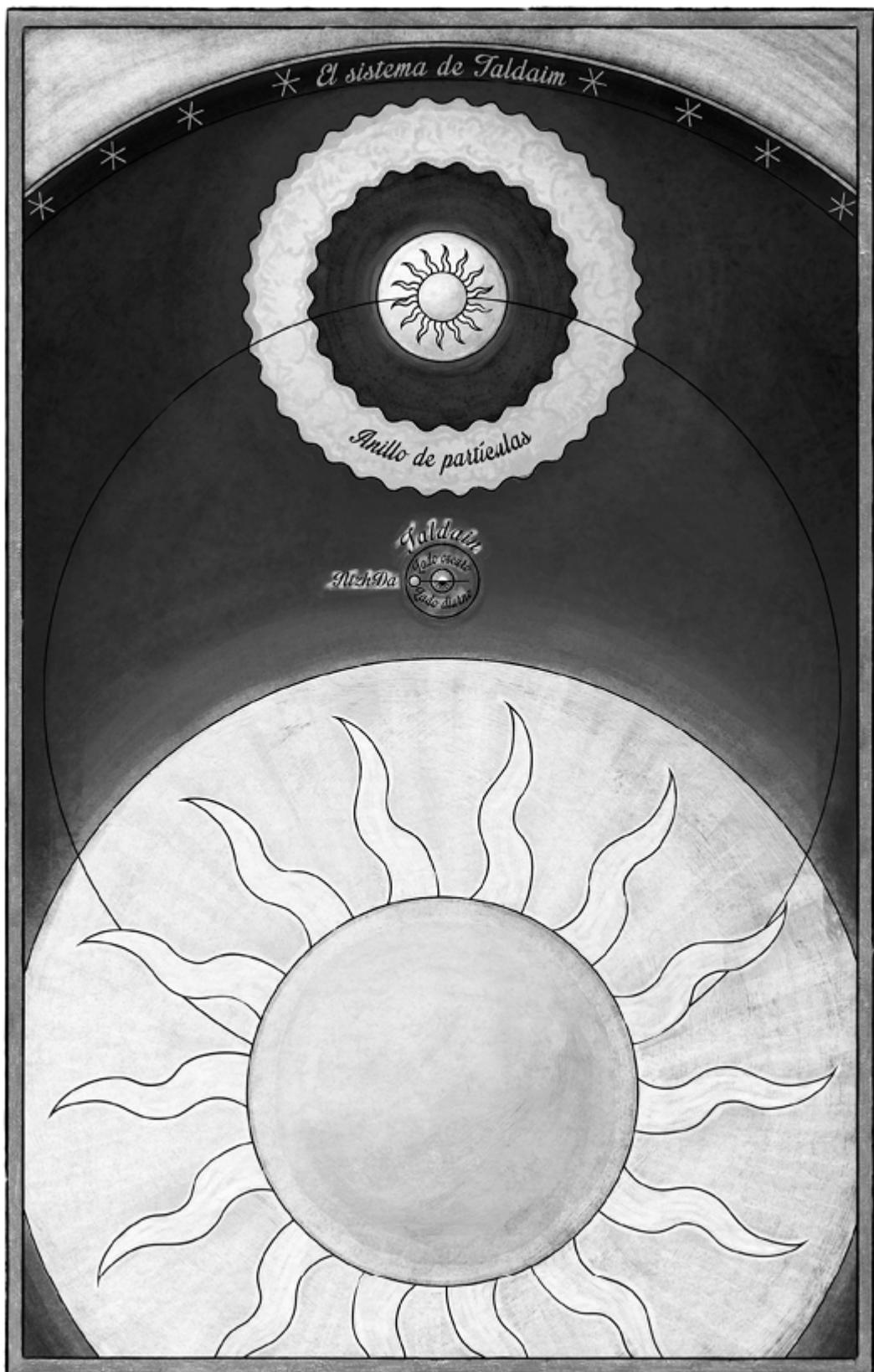
Anticipándome a las preguntas, sí, sé lo que tramará Kelsier y Fantasma inmediatamente después de esta historia. Y también sé lo que está haciendo Kelsier durante la era de los libros de Wax y Wayne. (Hay

algunas insinuaciones en esos libros, igual que en la trilogía original las había sobre esta historia).

No puedo prometer que termine escribiendo *Historia secreta II o III*. Ya tengo mucho trabajo pendiente. Pero la posibilidad sigue residiendo en el fondo de mi mente.

El sistema de Taldain





Taldain es uno de los planetas más extravagantes del Cosmere, hecho que, a su vez, me resulta extravagante a mí. Al haberme criado en el Lado Oscuro de Taldain, hay una parte de mí que —incluso después de tantos años— siente por instinto que las características de este planeta son las normales, las naturales.

Taldain es un planeta con acoplamiento de marea, atrapado entre las fuerzas gravitatorias de dos estrellas en un sistema binario. La estrella más pequeña es una débil enana blanca que, envuelta por un anillo de partículas, apenas es visible desde la cara oscura del planeta. Los oriundos de esa cara del planeta consideramos que una oscuridad uniforme (lo que muchos otros hallarían similar al cielo justo después de la puesta de un sol) es el estado natural de las cosas.

Nuestro planeta no es lúgubre, y aceptar lo contrario es simple y llanamente una muestra de ignorancia. La luz ultravioleta que atraviesa el anillo confiere una cierta luminiscencia reflectante a buena parte de la vida vegetal y animal. Ciertamente, los pocos visitantes del planeta que he conocido suelen encontrarlo entre sorprendente y llamativo.

La otra cara del planeta es el Lado Diurno, orientado hacia la mayor de las dos estrellas, una supergigante blanquiazul en torno a la que orbita la enana. El sol es un elemento dominante del Lado Diurno, que es a grandes rasgos un extenso desierto arenoso, con la mayoría de su flora y su fauna viviendo bajo la superficie.

Durante años dimos por hecho que nuestra Esquirla, Autonomía, había Investido solo el Lado Diurno, por medio de la propia luz solar. Ahora sabemos que no es algo tan sencillo, aunque el mecanismo se explica con más facilidad dando por ciertas esas suposiciones. La Investidura cae desde el cielo, y es absorbida por una microflora que crece como el liquen en la superficie de la arena, otorgándole su brillante color blanco (cuando está Investida por completo) o una profunda negrura (cuando esa Investidura se agota).

Proporcionar agua a esa planta diminuta provoca una reacción en cadena de repentino crecimiento, energía y transición realmática. Algunas personas pueden controlar esa reacción, usando el agua de sus propios cuerpos para forjar un breve nexo cognitivo. Pueden extraer Investidura (en cantidades muy pequeñas) directamente del Reino Espiritual y utilizarla para controlar la arena.

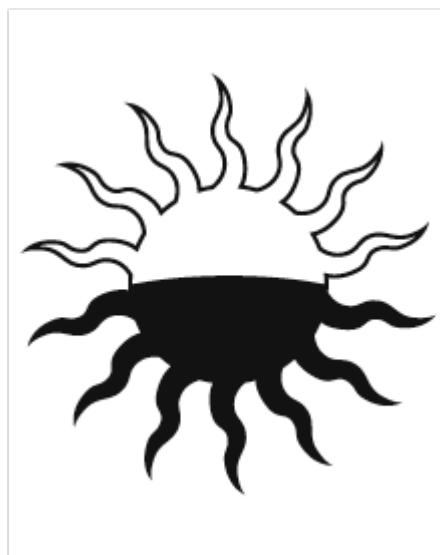
Aunque el efecto es espectacular, en realidad la cantidad de poder empleada es bastante escasa. Se trata de una magia más orientada a la sutileza que a la fuerza bruta.

Lado Diurno alberga dos culturas principales, mientras que Lado Oscuro es más acogedor y variado. La flora y la fauna de ambas caras son notables, aunque en la actualidad los visitantes potenciales, por desgracia, no pueden experimentarlas en primera persona. La política

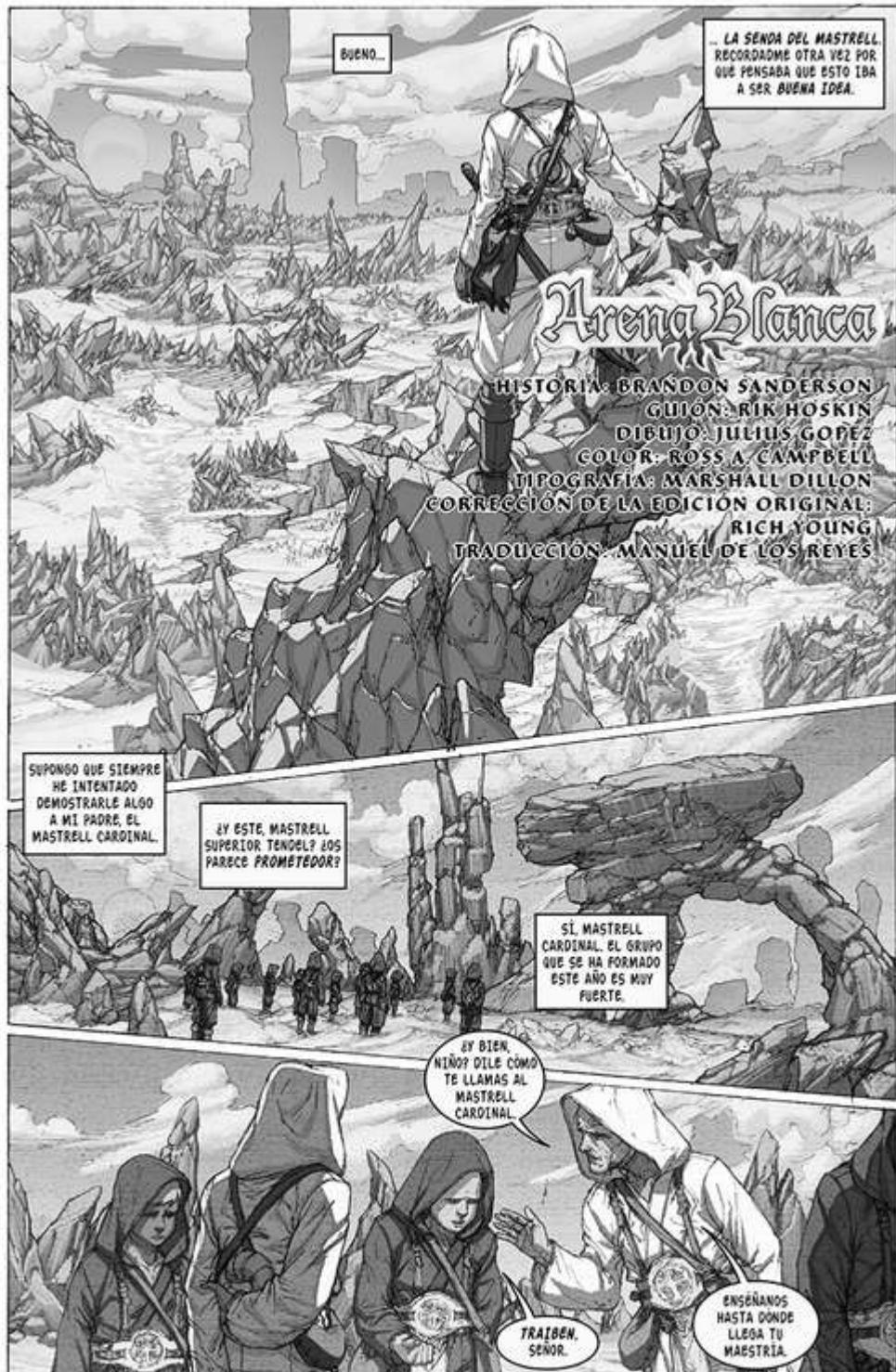
de aislacionismo que ejerce Autonomía en los últimos tiempos (en claro contraste con su injerencia en otros planetas, debo añadir) impide el viaje hacia y desde Taldain desde hace muchos, muchos años.

Hecho del que soy bien consciente.

Arena blanca



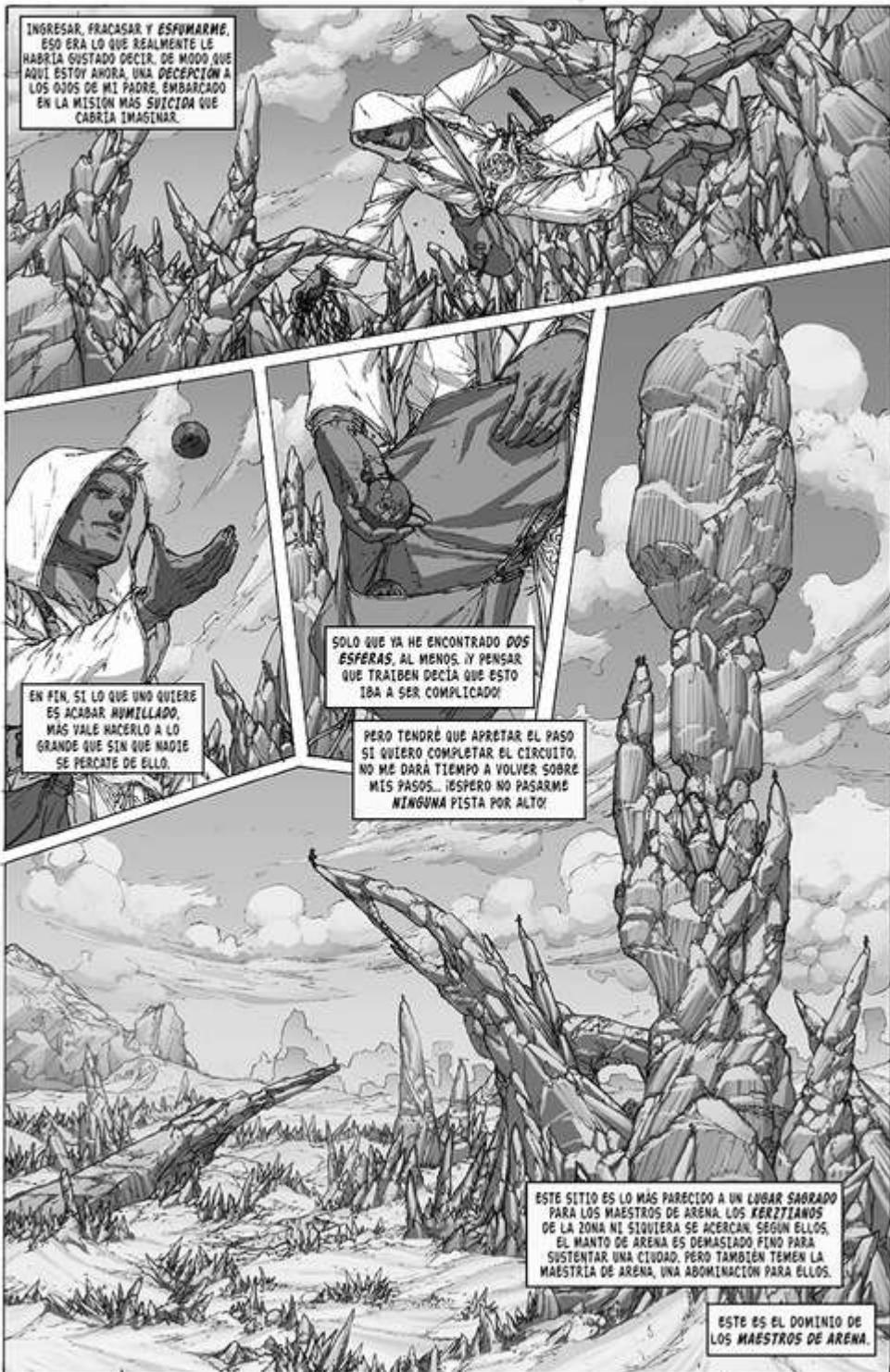
Este extracto de la novela gráfica publicada en 2016
se presenta seguido del principio del borrador,
escrito en 1999, en el que se basó la adaptación gráfica.

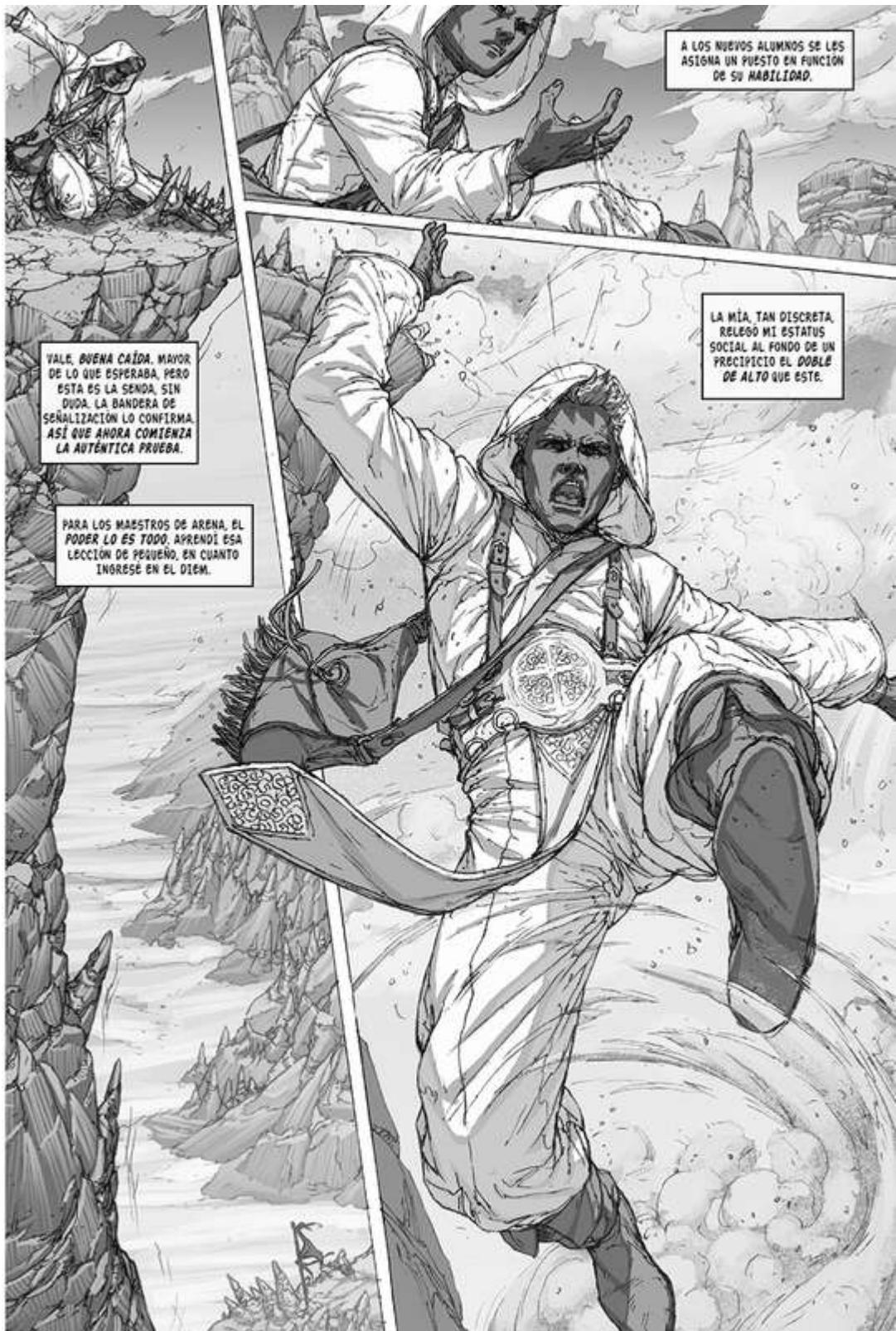


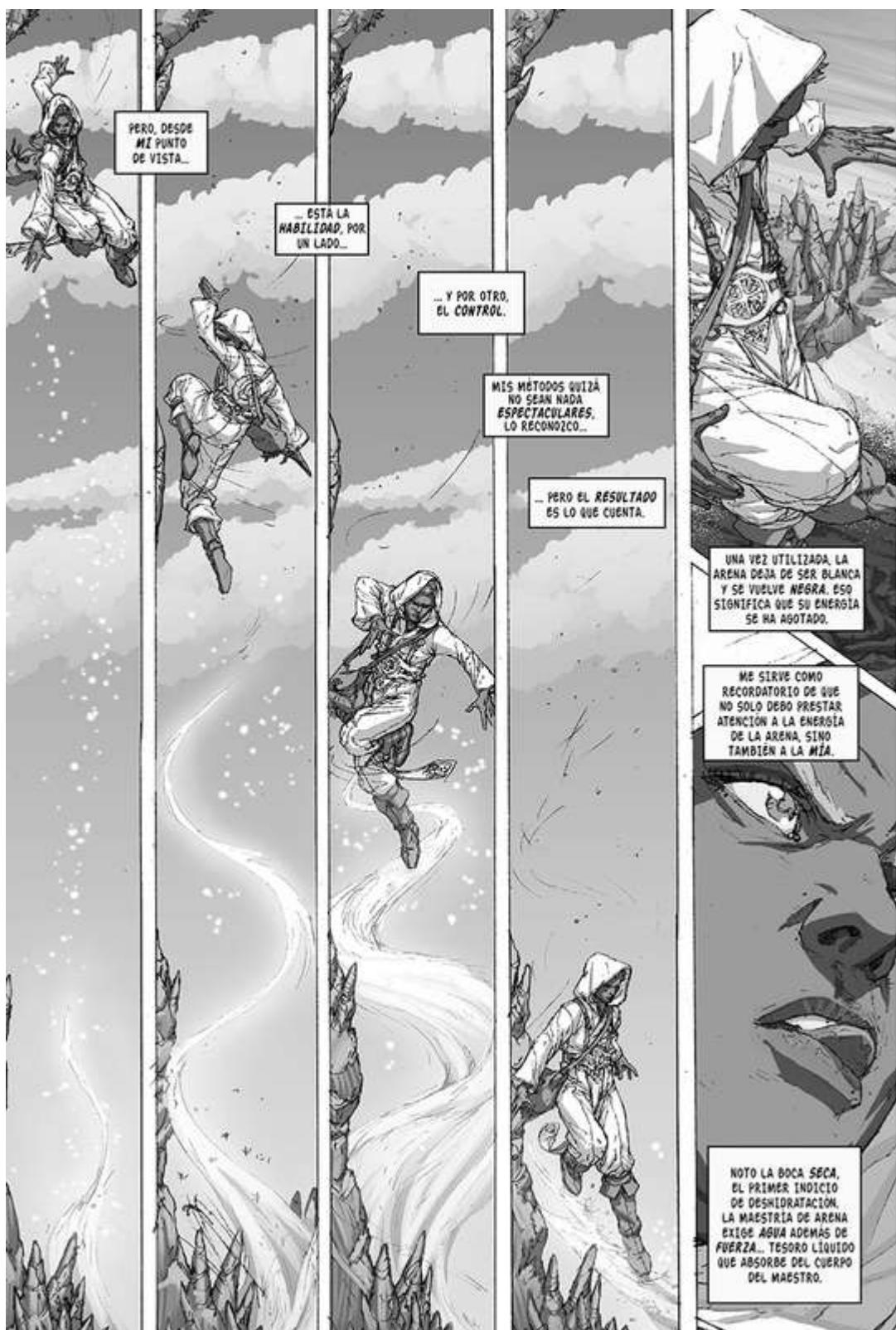






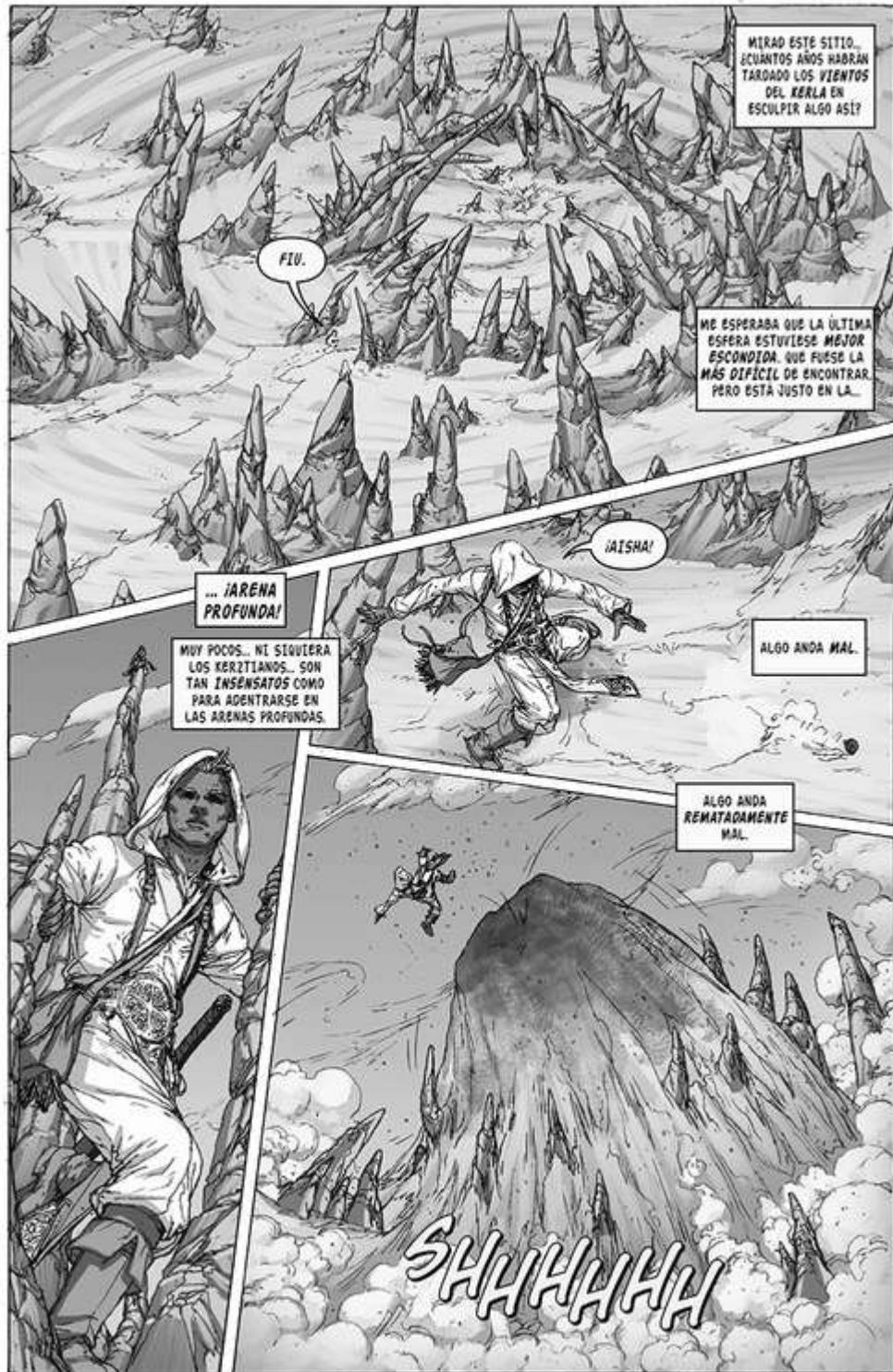














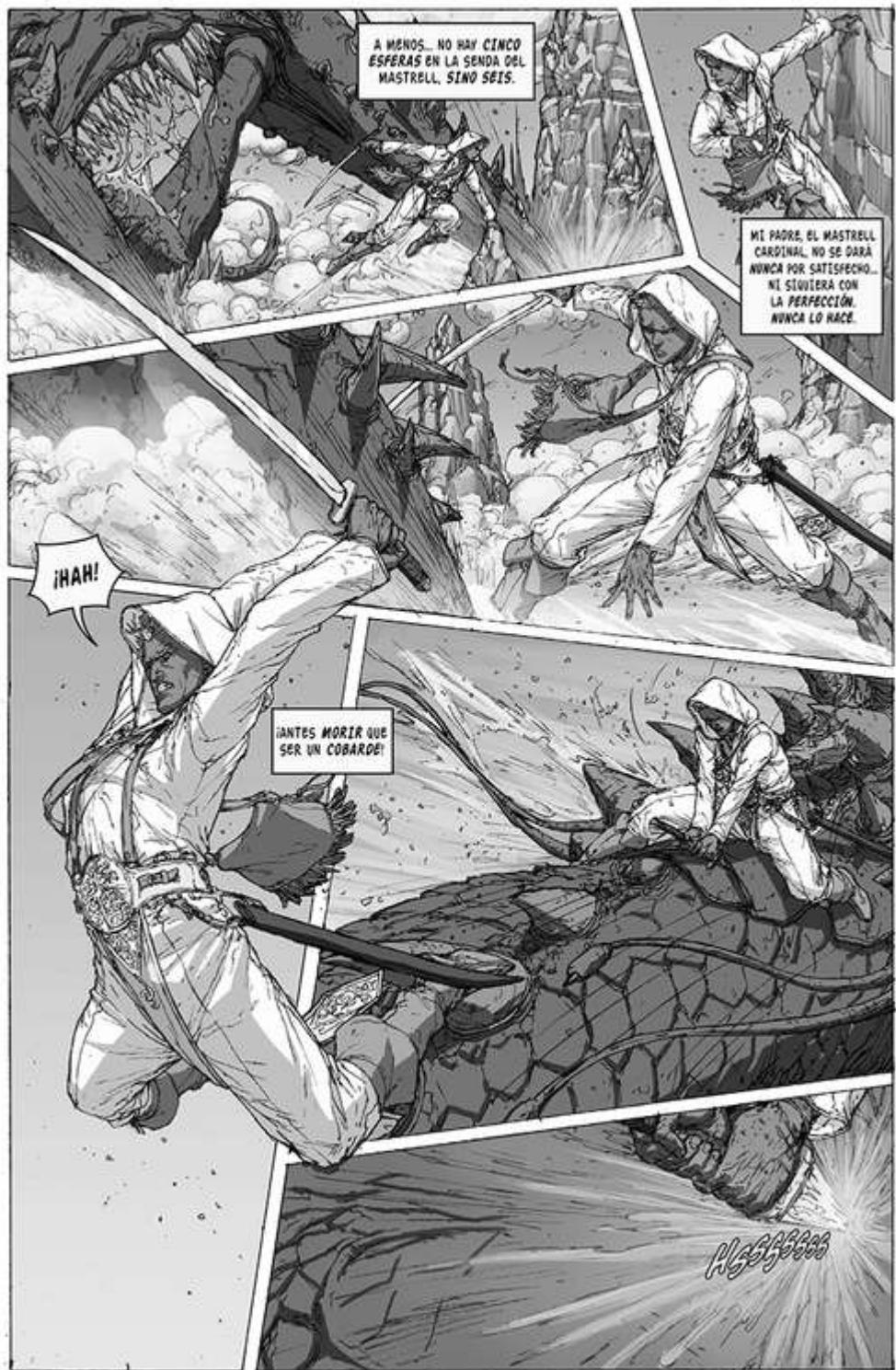


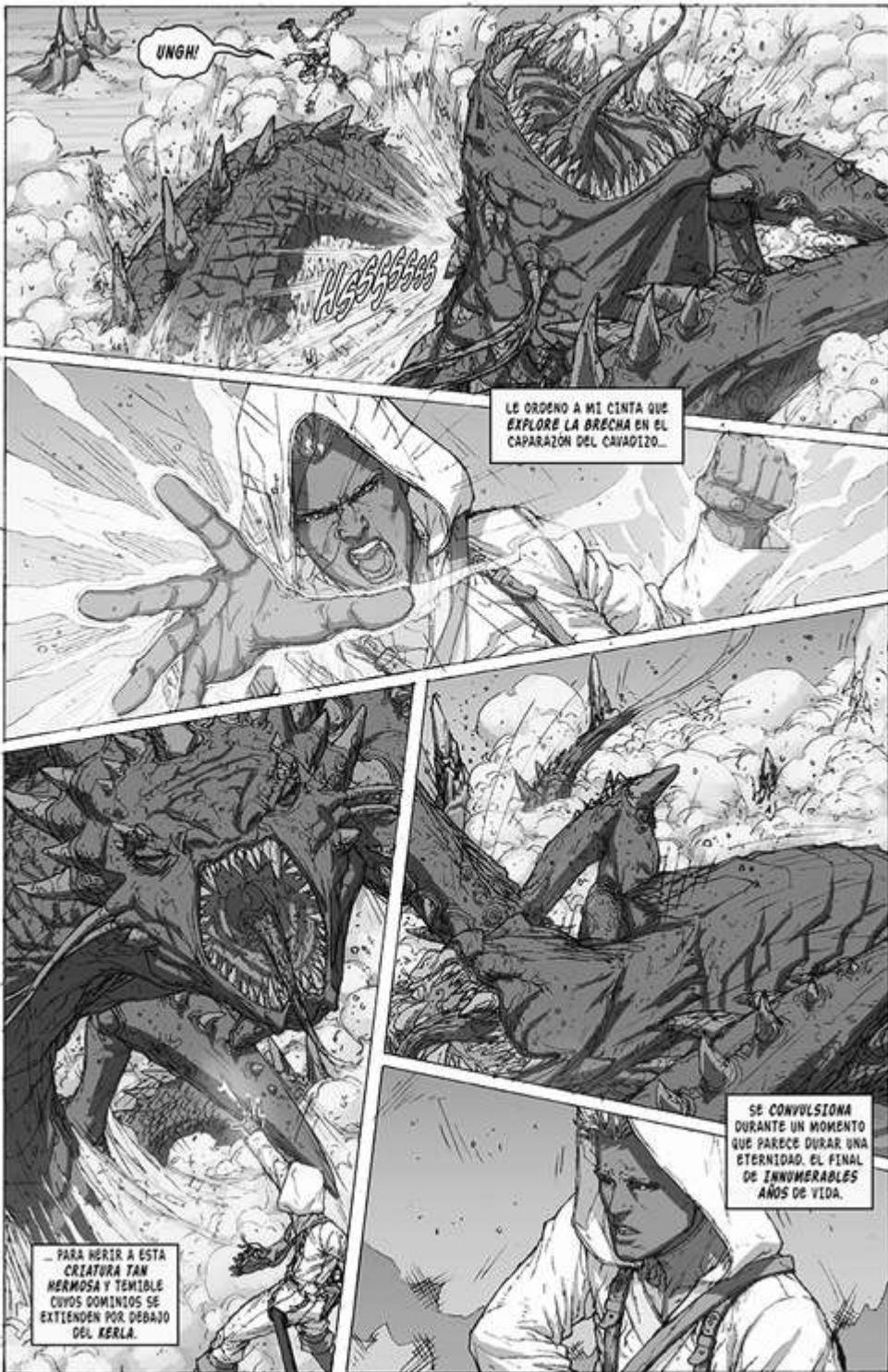
EN REALIDAD, CARECEN DE VISTA. SE
GUÍAN MÁS BIEN POR EL TACTO. LOS
KERZTIANOS CREEN QUE SON CAPACES
INCLUSO DE HABLAR CON LA ARENA.





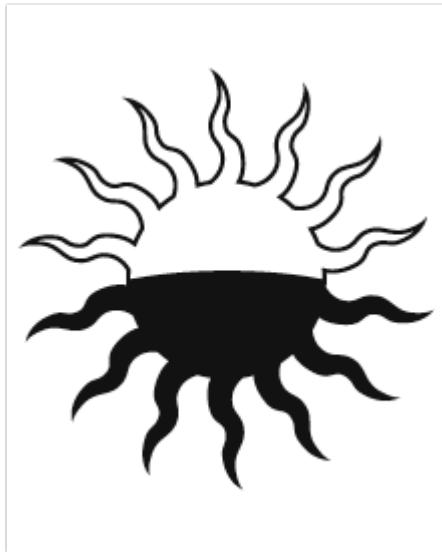








Prólogo



El murmullo del viento acariciaba las dunas inhóspitas, capturando los finos granos de arena entre sus dedos para, a continuación, propulsarlos como millares de diminutos carros de combate a la carga. La arena, al igual que las dunas que esculpía, era blanca como el hueso. La había decolorado la mirada implacable del sol, una mirada que jamás cesaba, pues allí, en el imperio de la arena blanca, el sol jamás se ponía. Pendía inmóvil del cielo, ni ascendiendo ni cayendo, vigilando las dunas como un monarca celoso.

Praxton sentía la mordedura de los granos llevados por el viento en la mejilla. Se puso la capucha de su túnica, pero no pareció servir de mucho. Seguía notando las partículas que atacaban el lado de su rostro como insectos furiosos. Los maestros de arena tendrían que darse prisa: el viento podía azuzar las arenas del Kerla de la inactividad a un huracán en cuestión de minutos.

Había doce personas a poca distancia, ataviadas con túnicas marrones. Tenían las capuchas echadas para protegerse del viento, pero era fácil adivinar por sus figuras menudas que eran niños, apenas en su segunda década de vida. Los niños estaban inquietos, moviendo nerviosos los pies mientras el viento azotaba sus túnicas. Sabían lo importante que era aquel día. No alcanzaban a entenderlo igual que Praxton, no podían saber cuántas veces iban a recordar aquel acontecimiento, en qué medida los resultados de la prueba marcarían el rumbo de sus vidas. Aun así, eran capaces de intuir la trascendencia de lo que estaba a punto de suceder.

Obedeciendo a un mastrell de túnica blanca, los chicos sacaron unos saquitos de tela de sus túnicas. Praxton los observó con rostro adusto, el que solía poner, presidiendo la ceremonia como mastrell cardinal, líder de los maestros de arena. Vio con ojos inexpresivos cómo cada niño sacaba un puñado de arena blanca de su saquito. Tuvieron que aferrarla con fuerza para que el viento, cada vez más poderoso, no se la arrancara de las manos y la esparciera por todo el Kerla.

Praxton frunció el ceño, como si su disgusto bastara para obligar al viento a remitir. La prueba se celebraba cerca del monte KraeDa, uno de los pocos lugares del Kerla en los que la piedra asomaba de la arena. La región solía estar resguardada del viento por la montaña y los acantilados que la rodeaban.

Meneó la cabeza, dejando de pensar en el viento mientras el primer chico empezaba la prueba. Ante él había dos mastrells dándole instrucciones en voces quedas que se llevaba el aire. Praxton presenció los resultados, aunque no pudiera oír las voces. El chico se quedó un momento mirando la arena que tenía en la mano, y una breve ráfaga de viento dejó a la vista su cara de concentración. La arena, protegida en su mano ahuecada, emitió un tenue brillo y enseguida se volvió de un color negro apagado, como los restos chamuscados de una hoguera.

—Buen comienzo —murmuró un mastrell superior, Tendel, desde detrás de él.

Praxton asintió en silencio. Tendel tenía razón: era buena señal. El chico, al que Praxton creyó reconocer como Traiben, hijo de un maestro de arena de bajo rango, había hecho brillar la arena lo suficiente para que se viera desde una distancia corta, lo que significaba que poseía al menos un poder moderado.

La prueba continuó y algunos chicos lograron despertar en la arena brillos parecidos al de Traiben, aunque otros apenas lograron ennegrecerla. En general, de todos modos, resultó ser un grupo inusualmente poderoso. Aportaría mucha fuerza al Diem.

Hubo un repentino fogonazo, tan intenso que produjo un explosivo chasquido, audible incluso a pesar del viento. Praxton parpadeó, sorprendido, intentando conjurar la brillante imagen persistente de sus ojos. Los dos mastrells que se encargaban de la prueba estaban boquiabiertos ante un niño pequeño al que le temblaba la mano.

Tendel dio un silbido, al lado de Praxton.

—Hacía años que no veía a nadie tan poderoso —dijo el anciano mastrell—. ¿Quién es?

—Drile —respondió Praxton a regañadientes—. El hijo de Reenst Rile.

—Lucrativa incorporación, en tal caso. En más de un sentido —comentó Tendel.

Los mastrells encargados de la prueba recuperaron la compostura y pasaron al siguiente chico, el último que quedaba. A pesar de su edad, su resuelta calma y su naturaleza severa, Praxton notó que se le aceleraba un poco el corazón mientras el último niño escuchaba las instrucciones de los mastrells.

—Por favor... —se oyó a sí mismo musitar en una plegaria semiconsciente. No era un hombre religioso, pero aquella era su última oportunidad. Había fracasado demasiadas veces.

El chico miró su arena. El viento le había quitado la capucha y su cara, redonda y coronada por un cabello rubio y corto, adoptó un gesto de concentración absoluta. Praxton contuvo el aliento, esperando, emocionado a su pesar.

El chico miraba la arena con los dientes apretados. Praxton sintió que la emoción lo abandonaba al no suceder nada. Por fin, la arena emitió un destello muy débil, tan poco intenso que Praxton no estuvo seguro de no haberlo imaginado, antes de apagarse a un tono negro parduzco.

Aunque sabía que la decepción no se reflejaba en su rostro, Praxton reparó en que los mastrells superiores que lo rodeaban se tensaban, expectantes.

—Lo... lo siento, mastrell cardinal —dijo Tendel a su lado.

—No te preocupes —replicó Praxton, quitando importancia al asunto con un gesto—. No todos los niños pueden ser maestros de arena.

—Pero este era tu último hijo —señaló Tendel, sin mucha necesidad a juicio de Praxton.

—Lleváoslos —ordenó Praxton a viva voz.

«De modo que este será mi legado —pensó para sus adentros—. Un mastrell cardinal incapaz de engendrar ni un solo maestro de arena. Se me recordará como el hombre que se casó con una mujer oriunda de Lado Oscuro, corrompiendo su linaje».

Suspiró antes de seguir hablando.

—Los que posean habilidad pueden entrar en el Diem. Los demás deberán elegir otra profesión.

Los maestros de arena se movieron con celeridad, hundiendo los pies en las revueltas dunas de grano fino. Estaban impacientes por refugiarse de los furiosos elementos. Alguien, sin embargo, no siguió a los

mastrells de túnica blanca. Pequeño y liviano, el chico se quedó de pie en el aire cada vez más violento. Su túnica se agitaba a su alrededor, retorciéndose como una bestia en los estertores de una muerte espantosa.

—Kenton —susurró Praxton.

—¡Me convertiré en maestro de arena! —exclamó el chico, aunque su voz apenas logró imponerse al viento. A escasa distancia, la hilera de mastrells y niños en retirada se detuvo y varias cabezas se volvieron, sorprendidas.

—¡No tienes talento para la maestría de arena, muchacho! —escupió Praxton.

Hizo una seña al grupo para que siguiera moviéndose. Los mastrells solo hicieron ademán de obedecer la orden. Pocas personas se atrevían a desafiar al mastrell cardinal, y mucho menos si se trataba de chicos jóvenes. El espectáculo bien merecía quedarse a mirar en plena tormenta de arena.

—¡La ley dice que mi talento es suficiente! —replicó Kenton, su vocecilla casi convertida en chillido.

Praxton torció el gesto.

—Conque has estudiado la ley, ¿verdad, muchacho?

—Sí.

—En tal caso sabrás que el acceso al Diem depende exclusivamente de mí —dijo Praxton, enfureciéndose cada vez más por aquel desafío a su autoridad. Quedaba mal que le plantara cara un niño, sobre todo si era su propio hijo—. El mastrell cardinal debe conceder su beneplácito antes de que se le asigne un rango a cualquier maestro de arena.

—¡Para todos los rangos salvo el primero! —contestó Kenton a voz en grito.

Praxton se quedó callado, sintiendo crecer su ira. Todo golpeaba contra él: aquel viento insufrible, la insolencia del chico, los ojos de los demás maestros de arena y lo peor de todo, su propio conocimiento. El conocimiento de que el chico tenía razón. Cualquiera que pudiese hacer brillar la arena tenía derecho a ingresar en el Diem, según las normas. Había chicos con menos poder que Kenton que se habían convertido en maestros de la arena. Solo que, por supuesto, ninguno había sido hijo del mastrell cardinal. Si Kenton entraba en el Diem, su incapacidad debilitaría por asociación la autoridad de Praxton.

El chico se mantuvo firme, con decisión en la postura. La arena arrastrada por el viento se acumulaba contra sus piernas, enterrándolo hasta las rodillas en un túmulo mutable.

—No lo tendrás nada fácil en el Diem, muchacho —siseó Praxton—. ¡Por las arenas, entra en razón!

Kenton no se movió.

Praxton suspiró.

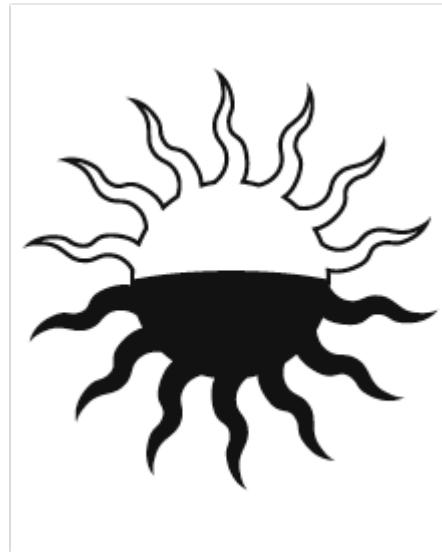
—¡Como quieras! —declaró—. Puedes ingresar.

Kenton sonrió victorioso, sacó las piernas de la duna y fue a unirse a la hilera de discípulos. Praxton observó inmóvil los pasos del chico.

El aire turbulento le tiraba de la túnica y la rasposa arena se le metía en los ojos y entre los labios. Esas incomodidades no serían nada en comparación con el dolor que esperaba a Kenton. En el Diem imperaba una política despiadada, y a menudo el poder crudo era el baremo por el que se juzgaba a un maestro de arena. No, la vida no iba a ser fácil para alguien tan débil, y mucho menos teniendo un padre tan poderoso. Hiciera lo que hiciera Praxton, los demás discípulos estarían resentidos con Kenton por un supuesto trato de favor.

Ajeno a las dificultades que le depararía el futuro, el chico llegó a las cuevas que había a poca distancia. Parecía que el último hijo de Praxton iba a ser también su mayor vergüenza.

Capítulo uno



A Kenton casi le dio la sensación de que la arena respiraba. El calor del sol inmóvil se reflejaba en los granos, distorsionaba el aire y daba a las dunas aspecto de estar compuestas por diminutas brasas al rojo blanco, repletas de energía. En la lejanía, Kenton alcanzaba a oír el viento que ululaba al pasar por las grietas de la roca. Solo había un lugar en toda la extensión cubierta de dunas del Kerla donde pudieran encontrarse tales protuberancias de piedra: allí, junto a KraeDa, el monte sagrado de los maestros de arena. En cualquier otro sitio, la arena era demasiado profunda.

Kenton, ya un hombre, de nuevo estaba ante un grupo de mastrells. En muchos aspectos era muy parecido al chico que había ocupado aquel lugar exacto ocho años antes. Llevaba corto el mismo pelo rubio, tenía la misma cara redondeada y mostraba la misma expresión decidida y, lo más importante, la misma mirada de convicción rebelde en los ojos. Había pasado a vestir la túnica blanca de un maestro de arena pero, al contrario que la mayoría de ellos, no llevaba un fajín coloreado. El suyo era blanco, como correspondía a un alumno a quien aún no se había asignado un rango en el Diem. Atada a su cintura había otra rareza, una espada. Era el único del grupo de maestros de arena que iba armado.

—¿Insinúas que pretendes seguir adelante con esta majadería? — preguntó imperioso el hombre que había delante de Kenton.

Praxton, que parecía más viejo que la misma arena, se alzaba al frente de los veinte mastrells con fajines dorados del Diem. Aunque apenas había visto pasar sesenta años, Praxton tenía la piel seca, arrugada

como una fruta dejada al sol. Al igual que la mayoría de los maestros de arena, no llevaba barba.

Kenton lo miró desafiante, expresión que había practicado mucho durante los anteriores ocho años. Praxton contemplaba a su hijo con una mezcla de repulsión y vergüenza. Suspiró e hizo algo inesperado. Se apartó de los demás mastrells, que permanecían de pie en silencio sobre el altiplano de roca. Kenton vio confundido cómo Praxton le hacía un gesto para que se acercara, lo bastante alejado de los demás para poder mantener una conversación privada. Por una vez, Praxton cumplió su orden y se aproximó para oír lo que el mastrell cardinal tuviera que decirle.

Praxton giró la cabeza hacia los mastrells y luego la volvió de nuevo hacia Kenton. Sus ojos solo se desviaron un instante hacia la espada que Kenton llevaba al cinto antes de volver a mirarlo a los ojos.

—Mira, muchacho —dijo Praxton, con la voz algo cascada—. Llevo ocho años soportando tus jueguecitos y tu insolencia. Solo el Señor de la Arena sabe cuántos problemas has causado. ¿Por qué insistes en desafiarlo constantemente?

Kenton se encogió de hombros.

—¿Porque se me da bien?

Praxton dio un bufido.

—Mastrell cardinal —siguió diciendo Kenton, más serio pero no menos desafiante—, cuando un maestro de arena acepta un rango, se queda paralizado para siempre en esa posición.

—¿Y qué? —preguntó Praxton.

Kenton no respondió. Se había negado a avanzar ya cuatro veces, decisión que lo había convertido tanto en un necio como en una novedad a ojos del resto del Diem. A veces se obligaba a los alumnos ineptos a pasar cinco años como acolentos, pero nunca en la historia de la maestría de arena había habido nadie que siguiera siendo un alumno transcurridos ocho.

Praxton volvió a suspirar y echó mano a su qido para dar un sorbo de agua.

—De acuerdo, muchacho —dijo Praxton por fin—. A pesar del dolor, a pesar de la vergüenza, debo reconocer que te has esforzado. El Señor de la Arena sabe que no posees ningún talento digno de mención, pero al menos has hecho algo con lo poco que tienes. Renuncia a tu estúpido sueño de recorrer la Senda y mañana te ofreceré el rango de fen.

Fen. Casi el más bajo de los nueve rangos de los maestros de la arena. Solo el infrafen, el rango que se había ofrecido a Kenton los cuatro años anteriores, era inferior.

—No —dijo Kenton—. Creo que quiero ser mastrell.

—¡Aisha! —renegó Praxton.

—No maldigas, padre —dijo Kenton—. Espera a que recorra la Senda con éxito. ¿Qué harás entonces?

Sin embargo, en las desafiantes palabras de Kenton había más optimismo que en su corazón. Mientras su padre montaba en cólera, Kenton sintió que volvían a aflorar las preguntas.

«¿Qué estoy haciendo, en nombre de las arenas? Hace ocho años nadie pensaba que pudiera llegar siquiera a maestro de arena, y ahora se me ofrece un rango respetable en el Diem. No es el que quería, pero...».

—Muchacho, eres tan inútil que a tu lado los Cien Idiotas parecen listos. Recorriendo la Senda del Mastrell no demostrarás nada. Está reservada a los mastrells, no a los simples acolentos.

—La ley no estipula que no la puedan recorrer los alumnos —refutó Kenton, con la mente aún llena de pensamientos sobre su insuficiencia.

—No pienso nombrarte mastrell —le advirtió Praxton—. No lo haría ni aunque encontraras las cinco esferas. La Senda no es ninguna prueba ni demuestra nada. Los mastrells pueden recorrerla si así lo desean, pero solo después de haber sido avanzados. Tu éxito no significará nada. Nunca serás mastrell. ¡Ni siquiera eres digno de ser un maestro de arena!

Las palabras de Praxton evaporaron las dudas de Kenton como el agua al sol. Si había alguien que pudiera dar alas a la insubordinación de Kenton, esa persona era Praxton.

—En tal caso, seguiré siendo un acolento hasta el día de mi muerte, mastrell cardinal —replicó Kenton, cruzando los brazos.

—No puedes convertirte en mastrell —insistió Praxton—. Careces del poder necesario.

—No creo en el poder, padre. Creo en la capacidad. Puedo hacer lo mismo que cualquier mastrell, solo que mis métodos son diferentes. —Era un argumento antiguo, el mismo que llevaba defendiendo ocho años.

—¿Puedes desaridecer?

Kenton calló. No, eso era una cosa que no podía hacer. Desaridecer, la acción de convertir la arena en agua, era el arte definitivo de la maestría de arena. Era diferente por completo de las demás capacidades de la maestría de arena, e imposible de replicar por mucha creatividad o ingenio con que contara Kenton.

—Ha habido más mastrells que no podían desaridecer —repuso Kenton con voz débil.

—Solo dos —matizó Praxton—. Y ambos eran capaces de controlar más de dos docenas de cintas a la vez. ¿Cuántas puedes controlar tú, muchacho?

Los dientes de Kenton rechinaron. Pero se trataba de una pregunta directa y no podía negarse a responderla.

—Una —reconoció por fin.

—Una —repitió Praxton—. Una cinta. No he conocido nunca a ningún mastrell que no pudiera controlar por lo menos quince. ¿Insinúas que eres capaz de hacer con una sola lo mismo que ellos con quince? ¿No te das cuenta de lo ridículo que suena eso?

Kenton compuso una tenue sonrisa. «Gracias por los ánimos, padre».

—Bueno, pues tendré que desmostrároslo, mastrell cardinal —dijo con una burlona reverencia, y se apartó de su padre.

—La Senda está reservada a los mastrells, muchacho —repitió la voz rasposa de Praxton a su espalda—. Muchos deciden no recorrerla nunca. Es demasiado peligroso.

Kenton hizo caso omiso al anciano y fue hacia otro maestro de arena que estaba cerca de allí. Era bajito y no proyectaba sombra, pues el sol caía justo en vertical en aquella región rocosa y escarpada al sur del monte KraeDa. El maestro de arena era calvo y tenía una cara ovalada y algo gruesa. Llevaba en la cintura el fajín amarillo de un inframastrell, el rango inmediatamente inferior al de mastrell. El hombre sonrió al ver aproximarse a Kenton.

—¿Estás seguro de que esto es lo que quieres, Kenton?

Kenton asintió con la cabeza.

—Sí, Elorin, lo estoy.

—Los reparos de tu padre están bien fundados —le advirtió Elorin—. La Senda del Mastrell es la invención de un grupo de ególatras desesperados por demostrar que eran mejores que sus compañeros. Se

diseño para quienes ostentan un poder descomunal. Han muerto mastrells recorriendola.

—Lo entiendo —dijo Kenton, pero en realidad sentía curiosidad.

Nadie que hubiera recorrido la Senda tenía permitido revelar sus secretos, y Kenton, por mucho que había investigado, no había podido determinar qué tenía de peligrosa una simple carrera a través del Kerla. ¿Sería la escasez de agua? ¿Los precipicios escarpados? Nada de ello debería plantear un gran desafío a un maestro de arena bien adiestrado.

—De acuerdo, pues —dijo Elorin—. El mastrell cardinal me ha pedido que arbitre tu carrera. Un grupo de nosotros te vigilará mientras recorres la Senda, evaluará tus avances y controlará que no hagas trampas. No podremos ayudarte a menos que nos lo pidas, y si lo hacemos, nuestra intervención supondrá el fin de la carrera. —El hombre bajito metió la mano en su túnica blanca de maestro de arena y sacó una pequeña esfera roja—. Hay cinco de estas esferas ocultas en el camino. Tu objetivo consiste en encontrarlas todas. Podrás empezar cuando yo lo diga —explicó—. Tienes hasta que la luna pase por detrás de la montaña y reaparezca por el otro lado. La prueba terminará en el momento en que se te acabe el tiempo o encuentres la quinta esfera.

Kenton alzó la mirada. La luna daba una vuelta completa al cielo cada día, flotando cerca del horizonte en todo momento. No tardaría en ocultarse tras el monte KraeDa. Probablemente dispondría de más o menos una hora, cien minutos, para completar la carrera.

—Entonces, ¿no tengo que regresar al punto de inicio? —preguntó Kenton, para asegurarse.

Elorin negó con la cabeza.

—En el momento en que la luna reaparezca, tu carrera habrá terminado. Contaremos las esferas que hayas encontrado y esa será tu puntuación.

Kenton asintió.

—No podrás llevar la qido contigo —le informó Elorin, extendiendo el brazo para retirar la cantimplora de Kenton de su costado.

—La espada también —dijo Praxton desde detrás, con los labios curvados hacia abajo en su habitual mohín de desaprobación.

—Las reglas no dicen nada de eso, anciano —objetó Kenton, llevando la mano a la empuñadura.

—Un verdadero maestro de arena no necesita armas que lo entorpezcan —argumentó Praxton.

—Las reglas no dicen nada —repitió Kenton.

—Kenton tiene razón, mastrell cardinal —dijo Elorin.

El inframastrell también tenía el ceño fruncido. Por amable que fuese, ni siquiera él aprobaba la insistencia de Kenton en portar espada. Desde el punto de vista de la mayoría de los maestros de arena, las armas eran instrumentos bestiales, apropiados solo para profesiones vulgares como la de soldado.

Praxton puso los ojos en blanco, frustrado, pero no planteó más objeciones. A los pocos minutos, la esfera de la luna terminó de desaparecer tras la montaña.

—Que el Señor de la Arena vele por ti, joven Kenton —dijo Elorin.

El principio de la Senda fue bastante sencillo y Kenton tardó poco en hallar las primeras dos esferas. De hecho, los orbes de arenisca roja habían sido tan fáciles de localizar que Kenton empezó a preocuparse por si había pasado algo por alto. Por desgracia, sabía que no le daría tiempo a volver sobre sus pasos. O las encontraba todas al primer intento o fracasaría.

Esa determinación impulsó a Kenton mientras corría por una cornisa rocosa. A su alrededor salían de la arena extrañas formaciones de piedra, algunas alzándose decenas de metros en el aire y otras quebrando apenas la superficie. El paisaje le resultaba familiar, ya que los maestros de arena iban allí cada año a escoger nuevos miembros para sus filas y conceder honores a los antiguos. Era casi un lugar sagrado, aunque los maestros de arena tendían a ser poco religiosos. Los kerztianos de la Kerla ni siquiera se acercaban, porque el manto de arena era demasiado fino para sustentar una ciudad. En realidad, pocos de ellos sabían de su existencia. Era un lugar destinado a los maestros de arena.

Y durante cuatro años, había sido un lugar destinado a la vergüenza, al menos para Kenton. Cuatro años presentándose allí ante las filas del Diem al completo, optando a un ascenso que jamás se le concedía. Sabía que casi todos los demás lo consideraban un necio, un necio arrogante. A veces se preguntaba si tendrían razón. ¿Por qué seguía pretendiendo un rango que no merecía? ¿Por qué no se conformaba con lo que Praxton estaba dispuesto a ofrecerle?

La vida en el Diem no había sido fácil para Kenton. La sociedad de los maestros de arena era vetusta y estratificada. A los alumnos nuevos se les asignaban de inmediato los puestos de liderazgo y favor en función de su poder. Los menos capaces se convertían de facto en los siervos y los asistentes de quienes tenían más talento, situación que se replicaba hacia arriba por toda la jerarquía de los maestros de arena.

Para ellos, el poder lo era todo. Kenton había observado a los otros acolentos de su grupo y había visto la facilidad con que dominaban la maestría de arena. No tenían que esforzarse, ni que aprender a controlar la arena. Su respuesta para cualquier problema era lanzarle una decena de cintas y confiar en que desapareciera. Ese día, Kenton planeaba demostrar que había una forma mejor de hacer las cosas.

Kenton se detuvo de sopetón. Se le había terminado el terreno; justo delante de él, la tierra cubierta de arena terminaba en un profundo cañón, de unos quince metros de anchura. Le costó distinguir la bandera que ondeaba al otro lado del precipicio, un indicador de la dirección que debía tomar.

«Ahora comienza la auténtica prueba», pensó Kenton, agachándose para recoger un puñado de arena del suelo. Otro maestro de arena, uno más poderoso que él, podría haber saltado el abismo, impulsándose por los aires sobre un flujo de arena. Kenton no disponía de esa opción.

De modo que se arrojó por el precipicio.

Cayó a plomo hacia el suelo, con su túnica blanca ondeando en el repentino viento. No miró hacia abajo, sino que se concentró en la arena que llevaba en el puño.

La arena cobró vida con un estallido.

Hubo una explosión de luz y la arena cambió del blanco hueso a un resplandeciente nácar. Kenton abrió la mano mientras caía y ordenó a la arena que se moviera. Salió despedida hacia abajo, creando una cinta de luz que se extendió desde su mano hacia las dunas, que se acercaban cada vez más deprisa.

Cuando la arena llegó al suelo, le ordenó acumular masa de las dunas y volver hacia arriba. Un segundo más tarde, había una brillante línea de arena amaestrada extendiéndose desde Kenton hasta el suelo. Siguió cayendo pero, al ordenar a la arena que empujara, perdió velocidad. La arena se comportaba como un muelle reluciente, ralentizándolo más y más a medida que se aproximaba al suelo. Cuando estuvo a una distancia segura, liberó la cinta de su control y al instante la arena resplandeciente se oscureció y cayó inerte. Ya no era blanca, sino de un negro apagado, su energía consumida.

Kenton trotó por el fondo del desfiladero, obligándose a mantener el ritmo pese a la fatiga de la maestría de arena. Empezaba a lamentar haber insistido en llevar su espada: el arma parecía pesar cada vez más mientras corría, lastrándole un costado.

Recorrer el fondo del precipicio en vez de saltar estaba costándole un tiempo precioso. Ya había consumido unos sesenta minutos de su hora. Se lamió los labios, que empezaban a secarse. La maestría de arena exigía agua además de fuerza, tesoro líquido que absorbía del cuerpo

del maestro. Debía ser precavido para no practicar la maestría hasta el punto en que la deshidratación provocara daños permanentes en su organismo.

Kenton llegó al segundo acantilado y miró hacia arriba, haciendo acopio de fuerza. Vio un grupo de figuras con túnicas blancas en la lejanía. Los mastrells que evaluaban sus progresos. Incluso desde tan lejos, Kenton percibía la rotundidad de sus posturas. Creían que estaba atrapado, pues era bien sabido que Kenton apenas era capaz de levantarse unos palmos del suelo haciendo uso de la arena. Por supuesto, se trataba de toda una gesta, ya que ningún otro maestro de arena podía hacer tanto con una sola cinta. Pero fuese o no una gesta, no bastaría para llevarlo a la cima del acantilado, que tenía al menos treinta metros de altura.

Los mastrells tenían las cabezas giradas y hablaban entre ellos con voces demasiado distantes para oírlas. Kenton no les hizo caso, se agachó y recogió otro puñado de arena. La llamó a la vida y sintió cómo empezaba a removese y brillar en su mano. La arena se iluminó con fuerza, con más fuerza incluso que la de un mastrell. Kenton solo podía controlar una cinta, pero era con mucho la cinta más poderosa que hubiera creado jamás ningún maestro de arena.

«Espero que esto dé resultado», se dijo Kenton.

Dejó que la arena resbalara hacia delante y cayera al suelo como un chorro de agua. Allí, reunió más arena, insufló vida a tanta como pudo y creó una fina cinta de unos seis metros de largo. Pero en esa ocasión, no hizo desfilar la arena por la cinta. Lo que hizo fue crear un peldaño.

Era cierto que no podía elevarse a mucha altura. Cuanto más se alzara un maestro de arena en el aire, más arena necesitaba, y Kenton solo podía controlar una cantidad relativamente pequeña. Lo que sí podía hacer era mantenerse donde estaba.

Respiró hondo, subió a su pequeña plataforma de arena y apretó el cuerpo contra la basta cara pétreas del acantilado. Allí, agarrándose con tanta fuerza como pudo y sin mirar abajo, empezó a avanzar poco a poco de lado, dejando caer la arena de un lado de la plataforma y reemplazándola en el otro extremo. Se concentró en hacer que su arena se aferrara a la pared del precipicio, metiéndose en grietas y sujetándose en las imperfecciones, en lugar de empujar contra el suelo. Poco a poco, Kenton siguió desplazándose de lado, confiriendo a su plataforma de arena la suficiente inclinación para avanzar en diagonal por la pared hacia arriba.

Debía de tener una pinta de lo más ridícula. Los maestros de arena deberían fluir y danzar, surcando el aire en nubes de arena radiante, no trepar por las paredes como un cavadizo mareado. Aun así, el proceso dio resultado y unos minutos más tarde ya se aproximaba a la cima del acantilado. Fue entonces cuando reparó en un estrecho saliente que

había unos tres metros por debajo de la cima, sobre el que reposaba una pequeña esfera roja.

Kenton puso una sonrisa triunfal y se izó con torpeza al saliente. Entonces convirtió su rectángulo en una cinta y la envió a recoger la esfera. Guiada por sus órdenes, la cuerda de arena envolvió la esfera y la llevó a la mano de su amo. Solo le quedaban dos esferas por encontrar. Por desgracia, no contaba con mucho más de treinta minutos para hacerlo.

El grupo de mastrells lo miró con ceños embobados mientras Kenton rebasaba la bandera al trote y localizaba la siguiente en la lejanía. Las rocas se iban volviendo cada vez más frecuentes, formando cavernas y muros de piedra. Kenton recorrió el terreno arenoso buscando cualquier atisbo de rojo. La siguiente esfera no podía estar muy lejos: si estaba en lo cierto, la Senda era un circuito circular y se dirigía hacia el punto de partida. Por un instante, regresó el horror. ¿Habría pasado por alto dos esferas?

Cerca de él, varias líneas de arena brillante señalaban la posición de sus silenciosos seguidores. Fieles a la costumbre mastrell, todos estaban haciendo grandes exhibiciones de poder, reuniendo tantas cintas de arena a su alrededor como podían. Aunque no era posible volar de verdad con la maestría de arena, los mastrells más poderosos podían lanzarse en saltos prolongados que llegaban a abarcar muchas decenas de metros. Cada mastrell que saltaba dejaba atrás una estela de arena, la que empujaba contra el suelo para generar la propulsión.

Los mastrells se detuvieron sobre una columna de roca a poca distancia. Kenton redujo el paso y los observó con ojos cautelosos. El lugar donde habían caído parecía demasiado predeterminado para ser aleatorio, por lo que la esfera debía de andar cerca. Kenton buscó a su alrededor, escrutando las sombras y los lugares donde pudiera ocultarse uno de aquellos orbes diminutos. Por desgracia, no había escasez de opciones.

No muy lejos, se alzaba de la arena una formación rocosa con forma de pared. Tenía agujeros del tamaño de puños por todas partes, todos ellos profundos y oscuros. Con el corazón en un puño, Kenton cayó en la cuenta de que era su siguiente prueba.

«¡La esfera podría estar en cualquiera!», pensó con un gemido interno. Si fuese capaz de controlar dos docenas de cintas, registrar los agujeros le llevaría un momento de nada. Sin embargo, seguramente usar su única cinta con el mismo objetivo le costaría más tiempo del que tenía.

Y aun así, parecía ser su única opción. Con un suspiro, Kenton llamó a la vida un puñado de arena. Quizá tuviera suerte y eligiera el agujero bueno. Pero cuando ya casi estaba preparado para enviar la cinta, se detuvo. Tenía que haber una manera mejor.

Recorrió la pared de roca con la mirada. Lo irónico del asunto era que lo único que había aprendido de su falta de capacidad era que a veces la maestría de arena no era la respuesta. Sus ojos casi pasaron la solución de largo antes de que su cerebro la registrara. Un montoncito de arena negra. Había solo dos cosas capaces de ennegrecer la arena blanca, el agua y la maestría de arena.

Kenton sonrió mientras se dirigía a la arena decolorada. No era de un negro puro, sino más bien de un gris apagado. Llevaría unas dos horas recargándose al sol; un poco más y se habría confundido del todo con la arena blanca de alrededor. Kenton alzó la mirada de la arena hacia la pared que tenía justo encima. Algo más arriba de su cabeza encontró un reguero de granos negros al borde de un agujero.

Kenton metió la mano en ese agujero y sacó la esfera de arenisca roja que estaba oculta al fondo. Aunque tenía una sonrisa en los labios cuando se volvió para mirar a los mastrells, Kenton estaba preocupado. Si el maestro de arena que había ocultado las esferas no hubiera sido un descuidado, si hubiera empleado las manos en vez de la maestría de arena, Kenton jamás habría encontrado esa esfera.

Aun así, no pudo evitar sentirse satisfecho mientras los mastrells se alejaban saltando, impulsados al aire por arremolinadas cintas de arena. Ya solo le faltaba una esfera. Si Kenton la encontraba, triunfaría en una prueba que superaba a muchos mastrells.

Mientras echaba a correr de nuevo, Kenton se fijó en que un mastrell se había quedado atrás. Aunque tenía muy lejos la columna de roca, de algún modo Kenton supo que la figura encorvada pertenecía a su padre. El viento ululó entre los huecos de las rocas que rodeaban a Kenton mientras él alzaba la mirada hacia el rostro de Praxton.

El mastrell cardinal no estaba satisfecho. Kenton se lo quedó mirando un largo momento, intentando proyectar su rebeldía. Al final, Praxton alzó los brazos e invocó una docena de cintas de arena del suelo bajo su columna. Se enroscaron en torno a él como criaturas vivas y su brillante fulgor translúcido fue cambiando de tono a la manera de la arena amaestrada. Cuando Praxton saltó, las cintas lo enviaron por los aires y Kenton se quedó solo junto a la pared de roca.

«Una más». Kenton respiró hondo y empezó a moverse de nuevo. Se le terminaba el tiempo, no solo porque la luna tardaría poco en reaparecer, sino también porque empezaba a acusar los efectos de su maestría de arena. Tenía la boca reseca, incapaz de salivar, y los ojos le escocían un poco. En su frente, empapada de sudor al principio de la carrera, quedaba solo una costra de residuo salado. El precio que debía pagar un maestro de arena, el combustible que su arte quemaba, era el agua de su propio cuerpo.

La boca y los ojos secos eran las primeras señales de que se acercaba a provocarse daños permanentes. Lo primero que aprendía un maestro de

arena era a llevar la cuenta de su agua, a moderarse para no sobrepasar su maestría. Los alumnos que se aproximaban siquiera a sobrepasara recibían severos castigos.

«Si al menos pudiera desaridecer...», pensó, no por primera vez. Había un motivo por el que la capacidad de convertir arena en agua era la más valiosa para un maestro de arena.

Kenton ahogó esos pensamientos y siguió corriendo. Volvía a tener alrededor altas paredes de roca. Mientras lo asaltaba la idea de que la zona le sonaba un poco, dobló un recodo y se detuvo. Muy por delante, alcanzaba a distinguir a duras penas el altiplano rocoso donde había iniciado la Senda. Los mastrells habían regresado allí y lo esperaban.

Kenton dio un gemido y se apoyó contra la lisa pared de piedra. Empezaba a costarle más y más respirar. Tanto correr como la maestría de arena drenaban fuerza, y su garganta seca hacía que le doliera cada inhalación. Los mastrells tenían su qido y su agua, y Kenton deseó el primer sorbo, que daría con tanta ferocidad que casi le dio igual haber fracasado.

Porque había fracasado. En algún lugar, por detrás en la Senda, se había saltado una esfera. Lo había hecho bien, porque cuatro de cinco era una cantidad respetable. Había mastrells que solo habían hallado tres. Pero Kenton no podía permitirse nada que no fuese la perfección. Praxton no iba a ver las cuatro esferas que había encontrado su hijo, sino la que se había dejado.

Kenton apoyó la nuca contra la roca un momento. Llegó a plantearse volver atrás para buscar la esfera, pero no debía de quedarle mucho más de diez minutos. Apenas el tiempo suficiente para regresar a la pared de roca donde había encontrado su última esfera. Abrió los ojos y se enderezó. Sabía que lo había hecho mejor de lo que nadie habría podido esperar.

Apartó a puntapiés la arena que el viento le había acumulado en los pies y salió dando zancadas al centro de la cuenca. Siendo realista, sabía que ni siquiera un recorrido perfecto de la Senda habría hecho cambiar de opinión a Praxton. El mastrell cardinal era tan implacable como las mismas arenas. Pocas cosas lo impresionaban.

Kenton recogió un puñado de arena. Tendría que usar su método del peldaño para escalar al final de la depresión de roca y volver con los mastrells. Se detuvo solo un momento a contemplar la extraña formación rocosa que tenía alrededor. Los lados, suaves y escarpados, componían casi un pozo con el fondo lleno de arena, de unos quince metros de diámetro. ¿Cuántos años habría costado a los secos vientos del Kerla tallar una formación con aquella extraña forma de cuenco?

Kenton se quedó inmóvil, y el brusco parón envió al aire una nube de arena. Mientras registraba la cuenca con la mirada, sus ojos se posaron

en algo tan desconcertante que estuvo a punto de tropezar. Allí, en el centro del suelo circular de arena, había una manchita roja. Parecía una gota de sangre, destacada sobre el fondo blanco. Las ondulaciones de la arena se la habían tapado hasta entonces, pero sin duda aquello era la esfera roja.

Kenton miró a los mastrells, confundido. Estaban plantados a lo largo del borde del cuenco, con las túnicas blancas ondeando como al unísono por el viento.

«Algo anda mal». Tenía que haber alguna cosa más, alguna prueba. Era la última esfera. Debería haber sido la más difícil de localizar.

Al momento siguiente, sintió que la arena empezaba a moverse bajo sus pies.

—¡Aisha! —gritó Kenton, sorprendido, retrocediendo de un salto. No podía ser...

La arena cerca de la esfera empezó a revolverse como agua hirviendo. Había algo debajo de ella, algo que se alzaba.

«¡Arena profunda!», pensó Kenton, commocionado. El pozo lleno de arena debía de ser más profundo de lo que había pensado.

Algo grande y negro surgió del suelo, enterrando la esfera en una ola de arena. Kenton ahogó un grito maravillado mientras veía la criatura que estaba saliendo del suelo. La arena cayó a chorro como el agua de su caparazón mientras aquella monstruosidad de seis metros de altura se elevaba en el aire. Su cuerpo estaba compuesto de segmentos bulbosos y quitinosos superpuestos. De cada «cintura» en la que se unían los segmentos salía un par de brazos terminados en gruesas y serradas garras. Su cabeza, si podía llamársela así, era poco más que una caja con puntos de un negro intenso en vez de ojos y sin boca visible. Lo peor era que Kenton sabía que la mayor parte del cuerpo de la criatura debía de seguir oculta bajo las arenas.

Estaba tan distraído mirando que casi lo aplastó un zarpazo que el monstruo descargó en su dirección. Kenton dio un gañido, esquivó a un lado y corrió hacia el muro de la cuenca. El cuerpo del cavadizo era enorme, quizás de unos tres metros de grosor. Kenton lo iba a tener complicado para apartarse de él.

El cuerpo de Kenton, vigorizado por la adrenalina y la emoción, dejó de responder con torpeza. Se le empezó a acelerar el corazón, pero su mente funcionó incluso más deprisa. Kenton había leído sobre los cavadizos profundos, y hasta había visto ilustraciones de ellos, pero nunca había visitado la arena profunda en persona. Poca gente, ni siquiera los kerztianos, era tan idiota como para aventurarse en las arenas profundas. Repasó en su mente el catálogo de cavadizos profundos que había estudiado, pero aquel no parecía encajar en

ninguna descripción. Kenton esquivó de nuevo cuando el cavadizo lanzó otro ataque. La criatura daba la impresión de surcar la arena como si fuese agua. Kenton apenas distinguió los miles de diminutos tentáculos, finos como pelos, que recubrían el caparazón de la bestia y le permitían moverse.

Abandonó toda observación cuando una zarpa de la criatura se hundió en la arena delante de él. Kenton se echó al suelo y rodó para apartarse en el preciso momento en que una segunda garra cortaba el aire por encima de él. Aquel animal tenía una velocidad increíble, que justificaba por qué la arena profunda inspiraba terror. Se decía que las criaturas que albergaba en sus profundidades eran casi indestructibles.

Kenton se irguió, agradecido por todas las horas que había compartido con los soldados de la torre, entrenando. Con movimientos veloces y diestros, desenvainó la espada con la mano izquierda y recogió un puñado de arena con la derecha.

—¡No podemos intervenir a menos que nos lo pidas! —exclamó una voz desde arriba.

Kenton no cometió el error de alzar la mirada y la mantuvo fija en su enemigo. La criatura tenía aquellos puntos como ojos a ambos lados de la cabeza, por lo que no sería fácil de sorprender. Aunque, en realidad, se decía que los cavadizos tenían la vista muy poco desarrollada. Su sentido principal era la misma arena, y no se trataba solo de la capacidad de sentir el movimiento: por algún motivo, los cavadizos podían sentir la posición de un cuerpo aunque estuviese inmóvil por completo. Los kerztianos decían que los cavadizos profundos eran capaces incluso de hablar con la arena, aunque pocos habitantes de Lossand dieran crédito a sus misticismos.

—¿No me has oído? —insistió la voz mientras Kenton esquivaba de nuevo—. ¡Pídenos que te saquemos de ahí!

Era la voz de Elorin. Kenton no le hizo caso y llamó a la vida a su arena mientras giraba para evitar una garra. Alzó la espada y paró un segundo ataque. La criatura tenía tanta fuerza que el bloqueo no sirvió de casi nada, pero sí permitió a Kenton apartarse lo suficiente del ataque para golpear.

Mientras se giraba, Kenton alzó el puño y envió su arena hacia delante. Los granos salieron despedidos de su mano abierta en dirección a la cabeza del cavadizo. Se extendió como una lanza a partir de la palma de su mano, dejando atrás un rastro reluciente. La arena se movió tan deprisa que pareció chillar en el aire. Quizá Kenton no fuese capaz de controlar docenas de líneas a la vez, pero cuando se trataba de una sola cinta, no tenía rival. Ningún maestro de arena podía moverla con la mitad de su velocidad y su precisión.

La arena impactó contra el caparazón de la cabeza de la bestia y perdió su lustre al instante, salpicando a los lados como un chorro de agua al chocar contra una pared. Kenton se quedó perplejo, tan aturdido que el siguiente ataque de la criatura lo alcanzó en un costado, lo envió de vuelta contra la pared de piedra y le hizo una profunda herida en el hombro. La espada de Kenton cayó a la arena tras resbalar de unos dedos entumecidos.

El cavadizo era terken. Inmune a la maestría de arena.

Kenton volvió a maldecir, notando cómo empezaba a fluir la sangre de su hombro. Por supuesto, había leído sobre las criaturas terken, pero en teoría eran extremadamente poco frecuentes. Solo los más antiguos y temibles cavadizos profundos, criaturas que se suponían protegidas por el Señor de la Arena en persona, tenían caparazones terken. ¿Cómo podía ser que viviera uno allí, rodeado de arena poco profunda y formaciones rocosas?

Fuera como fuese, lo que Kenton debía hacer estaba claro. Todos los cavadizos, oriundos de las arenas profundas o no, tenían un gran punto débil: el agua. El líquido les disolvía el caparazón, les fundía la protección y la piel y los reducía a simple fango.

Tenía sentido. El desafío final de la Senda del Mastrell ponía a prueba la habilidad más poderosa de la maestría de arena, la capacidad de convertir la arena en agua. Con la desarización, un maestro de arena podía derretir el caparazón del cavadizo con solo pensarlo. Pero Kenton no podía desaridecer. De pronto, la sugerencia de Elorin de que huyera cobró bastante sentido.

Kenton dejó a un lado sus especulaciones y se concentró en seguir con vida. Se movía cada vez más lento y se sentía más débil. Tratando de hacer caso omiso al dolor del hombro, se agachó a la carrera y asíó otro puñado de arena. Cuando llegó el siguiente golpe, utilizó la arena amaestrada para impulsarse, saltar por los aires y rebasar las garras por arriba.

Kenton cayó a plomo al suelo y corrió hacia la posición original del cavadizo. En algún lugar de aquella arena estaba la esfera. En realidad, no tenía por qué matar al cavadizo: le bastaba con encontrar la esfera y escapar de él.

Liberó su arena, que cayó al suelo gastada y negra, y apoyó la mano en el suelo cerca de donde había visto la esfera por última vez. Llamó a la vida a cinta tras cinta para ordenarles que saltaran en todas las direcciones y luego liberarlas. La arena saltó del suelo en torno a sus rodillas. Estaba dirigiendo y liberando cintas en una sucesión tan rápida que casi parecía que pudiera controlar más de una a la vez.

Por desgracia, el cavadizo no le permitió excavar a gusto. El salto de Kenton lo había confundido, pero no tardó en recuperarse. Se abalanzó

sobre él, con un movimiento que delató solo el sonido de la arena frotando contra arena. Kenton siguió cavando hasta el último momento y luego se apartó de un salto y corrió a la desesperada. Notaba la sequedad en la piel, y cada vez que cerraba los ojos parecía que los globos se le pegaban a los párpados. Empezaban a arderle los pulmones y le dolía respirar. Estaba ya casi en sus últimas reservas de agua, y seguramente ya se había ganado un castigo por llegar tan lejos. «Por el bien del Diem, uno no debe acercarse siquiera a sobrepasar su maestría», afirmaba la popular enseñanza. Era el momento de rendirse.

Pero justo cuando Kenton tomaba la decisión de huir sin más, la vio. Reposando junto a la lejana pared de la cuenca había una mancha roja, más brillante que las oscuras gotas de su propia sangre que iba dejando atrás. Con un grito, Kenton cambió de dirección, se agachó bajo los brazos del cavadizo y corrió tan cerca de su cuerpo que olió la acritud sulfúrea de su caparazón.

Y mientras cruzaba la arena junto a la criatura, notándola resbalar bajo sus pies por los movimientos del cavadizo, reparó en algo increíble. Allí, atrapada entre dos placas del caparazón del cavadizo, había otra esfera roja.

Kenton no ralentizó la marcha, pero estaba confuso. Paró junto a la pared y hurgó en la arena hasta que sus dedos toparon con algo redondo y duro. Sacó la esfera, la miró ceñudo y volvió de nuevo sus ojos hacia el cavadizo. Desde aquel ángulo la veía sin problemas. Era una esfera roja, igual a las cinco que ya había encontrado. No había cinco esferas en la Senda, sino seis.

Kenton guardó la esfera en la faltriquera que llevaba a un lado y miró la cima del acantilado. Justo encima de él estaban los rostros de veinte mastrells que lo miraban. Podía huir ya, y en todo caso seguro que estaba a punto de agotársele el tiempo. Había triunfado, había encontrado las cinco esferas. ¿A qué estaba esperando?

Sin saber muy bien por qué, miró de nuevo al cavadizo. Su caparazón y su piel eran terken, pero sus entrañas...

Kenton sabía que su padre no se daría por satisfecho ni con la perfección. Nunca lo hacía. Praxton exigiría más. Pues muy bien, Kenton iba a darle más.

Los mastrells gritaron sorprendidos mientras Kenton se alejaba de la pared a la carrera, con gesto resuelto.

—¡Serás idiota! —exclamó la voz de Praxton a su espalda.

Kenton llevó arena a la vida, la envió más allá de la criatura y la usó para recoger la espada, que se le había caído. La hoja relució en el aire, transportada por dedos de arena. Kenton la asió mientras se agachaba

para evitar el primer ataque del cavadizo y cogió un segundo puñado de arena mientras se levantaba a escasos centímetros del pecho del animal.

Con un grito resuelto, Kenton lanzó un tajo al costado del cavadizo. La hoja resbaló por un segmento de caparazón y se hundió profundamente en una línea de piel desprotegida, desgarrando la parte blanda entre placas. Kenton hincó más el filo de la espada con toda la fuerza que le quedaba.

De pronto el arma se sacudió y salió volando de entre sus manos, expulsada por una fuerza poderosa. Del corte salió un fuerte siseo. Había perforado la piel. Kenton se llevó en la cara una bocanada de gas acre, lo que los cavadizos tenían en vez de sangre, justo antes de que una garra del monstruo impactara directa en su pecho y lo enviara volando por los aires.

En pleno vuelo, alejándose de la criatura, Kenton llamó a la vida a la arena que tenía en el puño. La envió hacia delante y la guio con toda su habilidad. Kenton se estrelló contra la roca en el mismo instante en que su arena golpeaba en el pecho del cavadizo, pero no renunció al control de su cinta. Aunque sintió que su cuerpo caía al suelo, ignoró el dolor y ordenó a su arena que buscara el corte y se internara en el caparazón terken hacia el cavernoso interior de la bestia. Tuvo que enfrentarse a la presión del gas que emanaba de la herida y a su propia e inminente inconsciencia, pero se negó a liberar la arena.

Sintió adentrarse la arena y la resistencia de la presión de aire cedió de sopetón. Con un último esfuerzo, Kenton ordenó a la cinta que diera latigazos a lo loco y cortara órganos en el interior del pecho del monstruo. El cavadizo empezó a sacudirse con espasmos mientras Kenton ordenaba a la arena que avanzase más o menos hacia arriba. Un segundo más tarde, Kenton encontró la cabeza y el cavadizo se quedó rígido de repente, lanzando arena hacia todas partes. Luego, silencioso en la muerte como lo había sido en vida, la criatura se derrumbó de lado y su cadáver se hundió un poco en la arena antes de reposar.

Kenton no sabía de dónde había sacado la fuerza para levantarse con torpeza y cruzar la arena. Solo tenía recuerdos vagos de recuperar su espada y usarla para arrancar la sexta esfera del caparazón del cavadizo.

Una imagen permaneció clara en su mente, sin embargo: la de alzar la mirada hacia la cima y ver el rostro duro e iracundo de su padre. Por detrás del mastrell cardinal, el colossal monte KraeDa se alzaba en la distancia. Bajo la mirada de Kenton, el plateado borde de la luna empezó a asomar de detrás de la montaña.

Nota final

Estaba pensando que *Nacidos de la bruma: Historia secreta* era el relato de esta antología que más había tardado en publicarse después de su concepción, pero entonces recordé que también estaba aquí *Arena blanca*.

¿Qué decir de *Arena blanca*? Estoy encantado de publicar por fin esta novela gráfica. (Y también muy agradecido a la editorial Dynamite por permitirnos incluir un fragmento en la recopilación). *Arena blanca* nació hace mucho tiempo como una sencilla imagen, la de encontrar un cuerpo enterrado en la arena. Fue la primera novela que escribí en la vida y también la octava, ya que la empecé otra vez de cero cuando hube aprendido a escribir un poco mejor. El extracto que tenéis aquí es de la versión de 1999, no de la de 1995.

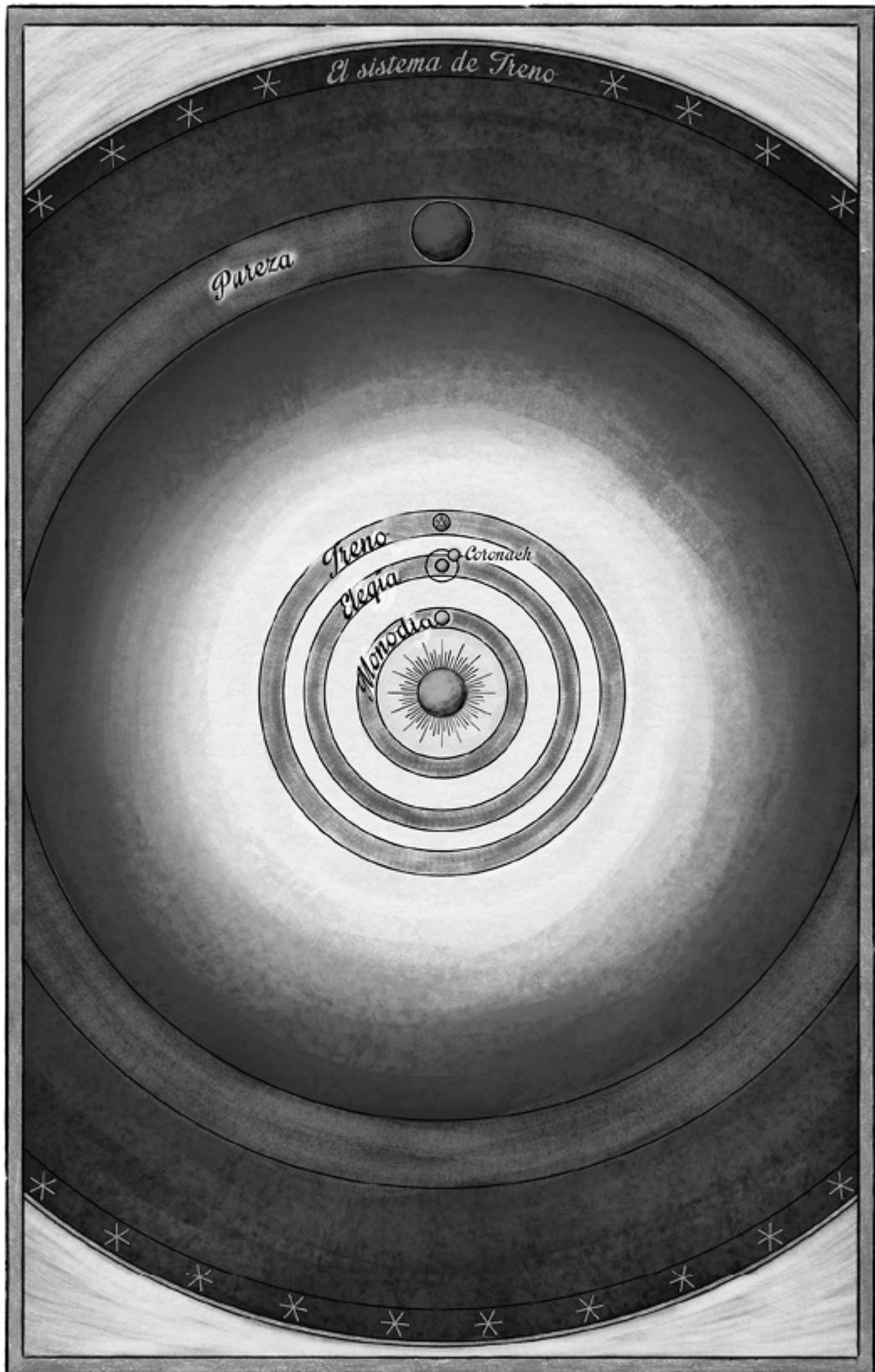
Esta historia tardó mucho, mucho tiempo en publicarse. Sigo muy entusiasmado con el mundo en que transcurre y lo considero una parte importante del Cosmere. (Que Khriss tenga un papel importante en cómo se desarrolla todo esto debería ser un buen indicador). Sin embargo, estaba empezando a pasar las canutas para encontrar un hueco en el que poder preparar la novela. Todavía tengo muchos libros que terminar, de modo que no sabía para cuándo podría programar esta trilogía. Entonces Dynamite nos propuso publicarla como novelas gráficas. Me subí al carro desde el principio, ya que era una forma de llevar una versión canónica de la historia a las estanterías antes de lo que, de otro modo, me habría permitido mi agenda.

Y en cuanto a la escena en cuestión... bueno, al leerla os habréis dado cuenta de que, ya desde el primer libro, mi estilo de escritura se centraba en los sistemas de magia. En aquella época leía mucho «La Rueda del Tiempo» y otros libros parecidos. Me encantaba lo poderoso que eran sus personajes, pero yo quería escribir un relato protagonizado por alguien que no tuviese un poder mágico desmedido. Kenton fue el resultado de intentar elaborar una magia para la que la destreza fuese tan valiosa como la fuerza bruta, y la maestría de arena se desarrolló en su totalidad a partir de ese concepto.

La idea de una prueba en la que debiera competir (y que muchos creyeran que no podría superar) utilizando la magia parecía la forma perfecta de ilustrar la idea. Y lo cierto es que funcionó de maravilla. ¡Y hay que ver cómo salta de la página en forma de novela gráfica! De todos mis sistemas de magia, este parece el más adecuado a ese medio, por lo visual que resulta.

El sistema de Treno





El sistema de Treno es un lugar marcado por un antiquísimo conflicto. Hace mucho tiempo, poco después de la Fragmentación, Odium se enfrentó aquí (e hirió de muerte) a la Esquirla Ambición. Más adelante Ambición sería Astillada, aunque ese acontecimiento final sucedió en otro lugar distinto.

El choque directo entre dos Esquirlas de Adonalsium tuvo un profundo efecto sobre los planetas de este sistema. Aunque la batalla en sí se desarrolló en el inmenso espacio entre planetas —y aunque el verdadero conflicto se resolvió sobre todo en otros reinos—, las ondas de destrucción y cambio recorrieron el sistema entero. Las investigaciones sobre las consecuencias que tuvo el enfrentamiento en los demás planetas del sistema han resultado infructuosas, ya que ninguno tiene perpendiculares que permitan una visita física.

Por suerte, dispongo de acceso personal a una persona de Treno, el tercer planeta del sistema. A partir de los informes proporcionados por Nazh, concluyo que en este planeta debió existir cierta cantidad de Investidura antes de la batalla entre Esquirlas. Sin embargo, las oleadas de destrucción (que transportaban trozos arrancados del poder de Ambición) retorcieron a los habitantes de Treno y el propio planeta.

Treno alberga dos continentes separados. El mayor de los dos fue abandonado a algo conocido como «la Maldad», una fuerza que incluso Nazh puede describir solo con vaguedades. Se trata de una oscuridad acechante, una potencia terrible que consumió la totalidad del continente, alimentándose de las almas de los seres humanos. No sé en qué medida esa descripción es metafórica y en qué medida literal. Las expediciones enviadas a explorar el continente más pequeño han desaparecido, y el lugar es peligroso de visitar incluso en el Reino Cognitivo.

El continente pequeño es fronterizo, casi inexplorado y sin nombre, aunque cuenta con algunos bastiones civilizados. He visitado uno de los más grandes e incluso este da una sensación inacabada, de estar construido sobre la marcha por refugiados que huyeron cruzando el océano. Carece de algunas necesidades básicas, pues los refugiados se concentraron primero en levantar una fortaleza y solo después en fundar un hogar. Tiene sentido que así fuera, ya que la gente de allí vive con el temor constante de que la Maldad encuentre la forma de cruzar el océano.

O quizá teman a los espíritus de los muertos. La gente de Treno sufre una dolencia muy particular que, a su muerte, los transforma a veces en lo que llamamos sombras cognitivas. No entrará en el debate de si una sombra cognitiva es o no en realidad el alma de una persona; esa discusión corresponde a los teólogos y los filósofos.

Sin embargo, sí puedo explicar lo que sucede en términos mágicos. Un espíritu imbuido con Investidura adicional a menudo deja su impronta

en ese mismo poder. Casi al igual que los spren de Roshar se vuelven conscientes con el tiempo porque la gente considera vivas a las Potencias, este exceso de Investidura puede conceder a alguien la capacidad de permanecer consciente de uno mismo después de separarse de su forma física.

Los lugareños piensan en esos entes como en fantasmas, aunque en realidad son instancias de Investidura consciente de sí misma (bueno, en este caso, muy poco consciente). Es un campo que requiere de más investigación. Por desgracia, visitar el planeta es tarea ardua, ya que no alberga perpendicularidades estables, solo algunas muy inestables que no pueden predecirse con facilidad y cuyos orígenes son algo macabros.

Sombras por Silencio en los bosques del infierno







Con el que hay que ir con cuidado es con el Zorro Blanco —dijo Daggon, dando un sorbo a su cerveza—. Dicen que estrechó la mano a la mismísima Maldad, que exploró el Mundo Caído y regresó con extraños poderes. Puede prender fuego hasta en la noche más profunda sin que ninguna umbra se atreva a amenazar su alma. Sí, el Zorro Blanco. Es el cabronazo más duro de por aquí, eso seguro. Reza para que no se fije en ti, amigo mío. Si lo hace, estás muerto.

El compañero de cervezas de Daggon tenía el cuello como una fina botella de vino y una cabeza que parecía una patata clavada de lado encima. Hacía gallos al hablar, tenía acento de Último Puerto y su voz resonaba en el techo de la sala común de la posada.

—¿Por qué... por qué tendría que fijarse en mí?

—Eso depende, amigo mío —dijo Daggon, mirando a su alrededor mientras entraban en la sala unos mercaderes demasiado bien vestidos. Llevaban abrigos negros con volantes de encaje sobresaliendo por delante y los sombreros altos y de ala ancha que gustaban a los forteños. No durarían ni dos semanas allí fuera, en los bosques.

—¿Depende? —preguntó el hombre que estaba cenando con Daggon—. ¿De qué depende?

—De muchas cosas, amigo mío. El Zorro Blanco es un cazarrecompensas, ya sabes. ¿Qué delitos has cometido? ¿Qué has hecho?

—Nada. —Su voz chirrió como una rueda oxidada.

—¿Nada? La gente no sale a los bosques para hacer «nada», amigo mío.

Su acompañante miró a ambos lados. Le había dicho que se llamaba Sinceridad. Pero claro, Daggon se había presentado a él como Concordia. Los nombres no significaban mucho en los bosques. O tal vez lo significaran todo. Los nombres correctos, al menos.

Sinceridad se reclinó en la silla y apretujó aquel cuello de caña de pescar como si pretendiera desaparecer en su cerveza. Picaría. A la gente le gustaba oír hablar del Zorro Blanco, y Daggon se consideraba un experto. Como mínimo, era experto en contar historias para que los hombrecillos como Sinceridad le pagaran la bebida.

«Dejaré que se lo rumie un rato —pensó Daggon, sonriendo para sus adentros—. Que se preocupe». Sinceridad tardaría poco en intentar sonsacarle más información.

Mientras esperaba, Daggon se relajó y observó la sala. Los mercaderes estaban montando mucho alboroto, pidiendo comida y diciendo que debían partir en una hora. Aquello demostraba sin duda que eran tontos. ¿Viajar de noche por los bosques? Podrían hacerlo unos recios hacenderos. Pero los hombres como aquellos seguro que tardaban menos de una hora en incumplir alguna de las Sencillas Reglas y atraer las umbras sobre ellos. Daggon se olvidó de los muy idiotas.

Pero el tipo del rincón... toda su ropa era de color pardo, y seguía con el sombrero puesto a pesar de hallarse bajo techo. Aquel tipo sí que parecía peligroso de verdad. «¿Será él?», se preguntó Daggon. Que él supiera, nadie había visto jamás al Zorro Blanco y seguía con vida. Diez años y más de cien recompensas reclamadas. Sin duda, alguien debía de saber su nombre. Las autoridades de los fuertes le pagaban las recompensas, al fin y al cabo.

La propietaria de la posada, la señora Silencio, llegó a la mesa y dejó caer el plato con la cena de Daggon en ella. Ceñuda, le llenó la cerveza, derramándole un chorrito espumoso en la mano, antes de irse cojeando. Era una mujer robusta. Dura. En los bosques todo el mundo era duro. Los que sobrevivían, al menos.

Daggon sabía que un ceño fruncido de Silencio era solo su forma de saludar. Le había puesto una cortada más de venado, como solía hacer. A Daggon le gustaba pensar que Silencio le tenía cariño. Quizá algún día...

«No seas tonto», se dijo mientras atacaba su plato, inundado de salsa, y daba unos sorbos a la cerveza. Sería mejor casarse con una piedra que con Silencio Montane. La piedra sería más afectuosa. Lo más seguro era que le pusiera una cortada de más porque comprendía el valor de un cliente habitual. Cada vez pasaba menos gente por allí. Había

demasiadas umbras. Y luego estaba Chesterton. Mal asunto, muy mal asunto.

—Entonces, ¿el Zorro ese es un cazarrecompensas? —El hombre que se hacía llamar Sinceridad parecía estar sudando.

Daggon sonrió. «Se ha tragado el anzuelo entero, ya lo creo que sí».

—No solo un cazarrecompensas. Es *el* cazarrecompensas. Pero el Zorro Blanco no va a por los delincuentes de poca monta y sin ánimo de ofender, amigo mío, tú pareces de bastante poca monta.

El hombre se puso más nervioso. ¿Qué habría hecho?

—Pero —dijo, tartamudeando— no vendría a por mí, ¿verdad? Esto suponiendo que hubiera hecho algo, por supuesto. Digo que no vendría a por mí aquí, ¿verdad? O sea, la posada de la señora Silencio está protegida, lo sabe todo el mundo. Aquí mora la umbra de su difunto marido. Yo tenía un primo que la vio.

—El Zorro Blanco no teme a las umbras —dijo Daggon, inclinándose hacia el hombre—. Ojo, yo tampoco creo que se arriesgara a entrar aquí, pero no por una umbra de nada. Todo el mundo sabe que esto es terreno neutral. Tienen que existir lugares seguros, hasta en los bosques. Pero...

Daggon sonrió a Silencio al verla pasar, de vuelta hacia la cocina. En esa ocasión la mujer no le frunció el ceño. Se la estaba ganando, estaba claro.

—¿Pero? —graznó Sinceridad.

—En fin —dijo Daggon—, podría contarte cuatro cosas de cómo apresa a los hombres el Zorro Blanco, pero verás, tengo la cerveza casi vacía. Qué pena. Creo que te interesaría mucho saber cómo el Zorro Blanco atrapó a Concilio Hapshire. Es una historia buenísima.

Sinceridad pidió a Silencio otra cerveza con su voz de gallo, pero la posadera estaba entrando atareada en la cocina y no lo oyó. Daggon torció el gesto, pero Sinceridad dejó una moneda a un lado de la mesa, indicando que quería que Silencio o su hija le rellenaran la jarra cuando pasaran. Bastaba con eso. Daggon sonrió de nuevo para sí mismo y se lanzó a contar la historia.

Silencio Montane cerró la puerta que daba a la sala común, se dio la vuelta y apoyó la espalda contra ella. Intentó calmar el aporreo de su corazón respirando hondo y despacio. ¿Había dado alguna señal visible? ¿Sabrían los hombres que los había reconocido?

William Ann pasó delante de ella, secándose las manos con un trapo.

—¿Madre? —preguntó la joven, deteniéndose—. Madre, ¿estás...?

—Trae el libro. ¡Deprisa, niña!

William Ann perdió todo el color de la cara y corrió hacia la despensa de detrás. Silencio se agarró el dobladillo del delantal para calmar los nervios y fue hacia William Ann mientras la chica salía de la despensa con una gruesa cartera de cuero. Estaba cubierta de harina blanca del escondrijo.

Silencio cogió la cartera, la abrió sobre la alta encimera y sacó un fajo de papeles sueltos. La mayoría tenían caras dibujadas. Mientras Silencio buscaba entre los papeles, William Ann anduvo hasta la mirilla para echar un vistazo a la sala común.

Durante unos momentos, el único sonido que acompañó al atronador corazón de Silencio fue el de las hojas pasadas a toda prisa.

—Es el hombre del cuello largo, ¿verdad? —dijo William Ann—. Recuerdo su cara de un cartel.

—Ese es solo Lamento Winebare, un cuatrero de nada. No pagan por él ni dos medidas de plata.

—¿Quién, pues? ¿El hombre del fondo, el del sombrero?

Silencio negó con la cabeza mientras localizaba un grupo de papeles al fondo del fajo. Inspeccionó las ilustraciones. «Dios del Más Allá —pensó—. No estoy segura de si quiero que sean ellos o no». Por lo menos, habían dejado de temblarle las manos.

William Ann volvió corriendo y estiró el cuello para mirar por encima del hombro de Silencio. A sus catorce años, la chica ya era más alta que su madre. Era una derrota dulce, tener una hija más alta que tú. Aunque William Ann se quejaba de ser torpe y larguirucha, su complexión esbelta presagiaba toda una belleza. Había salido a su padre.

—¡Por el Dios del Más Allá! —exclamó William Ann, tapándose la boca con la mano—. Te refieres a...

—Chesterton Divide —dijo Silencio. La forma de la barbilla, la mirada en los ojos... eran las mismas—. Nos ha llovido del cielo, con cuatro hombres tuyos.

La recompensa que se pagaba por aquellos cinco la mantendría durante un año. Quizá dos.

Sus ojos pasaron a las palabras que había bajo los retratos, impresas en letras crudas y gruesas: Extremadamente peligroso. Se busca por

asesinato, violación, chantaje... Y, por supuesto, la gorda al final: Y asesinato.

Silencio siempre se había preguntado si Chesterton y sus hombres habían tenido intención de matar al gobernador de la más poderosa ciudad-fuerte del continente o si había sido por accidente. Un robo que se había desmadrado. En cualquier caso, Chesterton comprendía lo que había hecho. Antes del incidente había sido un vulgar, aunque diestro, bandolero.

Luego se convirtió en algo más, en algo mucho más peligroso. Chesterton sabía que si le daban caza no habría cuartel ni piedad. Último Puerto había hecho correr la voz de que Chesterton era un anarquista, una amenaza y un psicópata.

Chesterton no tenía motivos para reprimirse. De modo que no lo hacía.

«Oh, Dios del Más Allá», pensó Silencio, viendo que su lista de crímenes continuaba en la siguiente página. A su lado, William Ann leyó la lista susurrando, como para sí misma.

—¿Y está ahí fuera? —preguntó—. ¿Dónde?

—Los mercaderes —dijo Silencio.

—¿Cómo?

William Ann corrió de vuelta a la mirilla. La madera que la rodeaba, como la de toda la cocina, estaba frotada tan a conciencia que se había blanqueado. Sebruksi había limpiado otra vez.

—No lo veo —dijo William Ann.

—Fíjate mejor. —Silencio tampoco lo había visto al principio, y eso que todas las noches memorizaba los rostros del libro.

Al poco, William Ann dio un respingo y se llevó la mano a la boca.

—Me parece una estupidez por su parte. ¿Por qué se pasea por ahí a simple vista, aunque vaya disfrazado?

—Porque nadie recordará más que otro puñado de ineptos mercaderes del fuerte que se creían capaces de afrontar los bosques. Es una jugada hábil. Cuando desaparezcan de los caminos dentro de unos días, la gente, si es que hay alguien que se preocupe, pensará que las umbras se los han cargado. Además, así Chesterton puede viajar deprisa y salir al mundo, visitar posadas e informarse a partir de lo que oye.

¿Era así como Chesterton encontraba los objetivos más jugosos para atacarlos? ¿Habrían pasado alguna otra vez por su posada? La idea le revolvió el estómago. Había dado de comer a criminales muchas veces.

De hecho, algunos eran clientes habituales. Allí fuera, en los bosques, posiblemente todo el mundo fuese un delincuente, aunque solo fuera por no pagar los impuestos que imponían los forteños.

Chesterton y sus hombres eran otra cosa. Silencio no necesitaba la lista de delitos para saber de qué eran capaces.

—¿Dónde está Sebruksi? —preguntó Silencio.

William Ann se sacudió, como saliendo de un estupor.

—Dando de comer a los cerdos. ¡Sombras! No creerás que pueden haberla reconocido, ¿verdad?

—No —respondió Silencio—. Me preocupa que ella los reconozca a ellos.

Sebruksi tendría solo ocho años, pero podía ser increíble, inquietantemente observadora. Silencio cerró su libro de carteles. Posó los dedos en el cuero de la cartera.

—¿Vamos a matarlos, entonces? —preguntó William Ann.

—Sí.

—¿Cuánto dinero valen?

—A veces, mi niña, lo importante no es cuánto vale un hombre.

Silencio percibió la leve mentira en su propia voz. La cosa estaba cada vez más difícil, con los precios de la plata al alza tanto en Colina Bastión como en Último Puerto. A veces lo importante no era cuánto valía un hombre, pero no era una de esas veces.

—Traeré el veneno. —William Ann dejó la mirilla y cruzó la cocina.

—Algo suave, niña —le advirtió Silencio—. Son hombres peligrosos. Se darán cuenta si empiezan a pasar cosas raras.

—No soy tonta, madre —replicó William Ann con aspereza—. Usaré pantanoja. No notarán el sabor en la cerveza.

—Media dosis. No quiero que se queden inconscientes en la mesa.

William Ann asintió, fue al viejo almacén, cerró la puerta y empezó a levantar los tablones del suelo para sacar los venenos. La pantanoja dejaría a los hombres confundidos y mareados, pero no los mataría.

Silencio no se atrevía a arriesgarse con algo más mortífero. Si alguna vez llegaba a sospecharse de aquella posada, sería el fin de su carrera,

y seguramente también de su vida. En las mentes de los viajeros, debía seguir siendo la horaña pero justa posadera que no hacía muchas preguntas. Su posada se percibía como un lugar seguro, incluso para los delincuentes más duros. Se acostaba cada noche con el corazón temeroso de que alguien reparara en que una proporción sospechosamente alta de las recompensas del Zorro Blanco se había alojado en la posada de Silencio unos días antes de su defunción.

Fue a la despensa para guardar el libro de carteles. Sus paredes también estaban bien frotadas, y los estantes recién lijados y sin polvo. Ay, esa niña. ¿Dónde se había oído hablar de una niña que prefiriera limpiar que jugar? Claro que, teniendo en cuenta lo que había vivido Sebruksi...

No pudo evitar alzar la mano hacia el estante de arriba y palpar la ballesta que guardaba allí. Puntas de plata. La tenía para las umbras, y nunca la había apuntado a ningún ser humano. Derramar sangre era demasiado peligroso en los bosques. Pero aun así la reconfortaba saber que, si había alguna emergencia de verdad, tenía el arma a mano.

Guardó el libro de carteles y fue a ver qué hacía Sebruksi. La niña estaba atendiendo a los cerdos, en efecto. A Silencio le gustaba tener una pocilga bien surtida, aunque por supuesto no fuese para comer. Se decía que los cerdos espantaban a las umbras. Silencio se valía de cualquier recurso para que la posada diese más sensación de seguridad.

Sebruksi estaba arrodillada dentro del redil. La niña era bajita, de piel oscura y tenía el cabello largo y negro. Nadie la habría tomado por hija de Silencio, aunque no supieran de la desgraciada historia de Sebruksi. La chica estaba murmurando en voz baja mientras frotaba la pared del cercado.

—¿Niña? —dijo Silencio.

Sebruksi se volvió hacia ella y sonrió. Cuánto podían cambiar las cosas en un año. Al principio, Silencio habría jurado que esa niña no volvería a sonreír nunca. Sebruksi se había pasado sus primeros tres meses en la posada mirando a la pared. Daba igual dónde la dejara Silencio: la chica iba hasta la pared más cercana, se sentaba y la miraba durante todo el día. Sin pronunciar una sola palabra. Con ojos tan muertos como los de una umbra...

—¿Tía Silencio? —dijo Sebruksi—. ¿Estás bien?

—Estoy bien, niña. Un poco perdida en los recuerdos. ¿Estás... estás limpiando la porqueriza?

—Las paredes ya había que frotarlas —respondió Sebruksi—. A los cerdos les gusta mucho que estén limpias. Bueno, Jarom y Ezequiel las prefieren así. Creo que a los otros les da igual.

—No hace falta que limpies tanto, niña.

—Me gusta —dijo Sebruksi—. Me sienta bien. Es una cosa que puedo hacer. Para ayudar.

Bueno, mejor limpiar las paredes que quedarse mirándolas inexpresiva todo el día. En aquel momento, Silencio habría agradecido cualquier cosa que tuviera entretenida a la niña. Cualquier cosa que le impidiera entrar en la sala común.

—Creo que a los cerdos les gustará —dijo Silencio—. ¿Sigues aquí otro ratito?

Sebruksi la miró fijamente.

—¿Qué pasa?

¡Sombras, qué perspicaz era!

—Hay unos hombres muy malhablados en la sala común —dijo Silencio—. No quiero que se te peguen sus palabrotas.

—No soy una niña, tía Silencio.

—Sí que lo eres —contestó Silencio con firmeza—. Y vas a obedecerme. No creas que no puedes llevarte un buen azote en el culo.

Sebruksi puso los ojos en blanco, pero volvió al trabajo y a canturrear para sí misma. Silencio dejaba salir un poco de las formas de su abuela cuando hablaba con Sebruksi. La niña respondía bien al rigor. Parecía anhelarlo, quizás como señal de que alguien controlaba la situación.

Silencio deseó poder controlarla de verdad. Pero era una Pionero, el apellido que habían adoptado sus abuelos y los demás que habían abandonado Patria antes que nadie para explorar aquel continente. Sí, era una Pionero, y por sus muertos que nadie iba a saber lo absolutamente impotente que se sentía la mayor parte del tiempo.

Silencio, cruzó el patio trasero de la extensa posada y vio que William Ann estaba en la cocina mezclando la pasta para disolverla en la cerveza. Silencio pasó a su lado y se dirigió a la cuadra. No la sorprendió que Chesterton hubiera dicho que partirían después de cenar. Aunque mucha gente buscaba la relativa seguridad de una posada por las noches, Chesterton y sus hombres estarían acostumbrados a dormir en los bosques. Aun con las umbras vagando, estarían más cómodos en un campamento organizado por ellos que en la cama de una posada.

Dob, el anciano mozo de cuadra, acababa de terminar de cepillar a los caballos. Aún no los habría abrevado. Silencio le tenía dicho que eso lo dejara para el final.

—Así me gusta, Dob —dijo Silencio—. ¿Qué tal si te tomas ahora el descanso?

El anciano asintió y farfulló:

—Gracias, señora.

Iría al porche delantero a fumarse una pipa, como de costumbre. Dob no tenía dos dedos de frente, ni tampoco la menor idea de lo que hacía ella en realidad en la posada, pero llevaba allí desde antes de la muerte de William. Era el hombre más leal que había conocido nunca.

Silencio cerró la puerta cuando el mozo hubo salido y luego sacó unas faltriqueras del armario cerrado con llave que había al fondo de la cuadra. Las comprobó todas a la tenue luz antes de dejarlas en la repisa y colocar la primera silla sobre el lomo de su propietario.

Casi había terminado de ensillar los caballos cuando la puerta se abrió. Silencio se quedó petrificado, pensando al instante en las faltriqueras de la repisa. ¿Por qué no se las había guardado en el delantal? ¡Menudo descuido!

—Silencio, Pionero —dijo una voz melosa desde el umbral.

Silencio ahogó un gemido y se volvió hacia el visitante.

—Theopolis —dijo—, es de mala educación colarse en la propiedad de una mujer. Tendría que hacerte echar por allanamiento.

—Venga, venga, eso sería como que un caballo coceara a quien le da de comer, ¿hum?

Theopolis apoyó su cuerpo desgarbado contra el marco de la puerta y se cruzó de brazos. Iba vestido con ropa sencilla, sin nada que denotara su posición. A los recaudadores de impuestos del fuerte no solía interesarles que conociera su oficio la gente con quien se cruzaban por casualidad. Iba bien afeitado y sus labios siempre componían la misma sonrisa condescendiente. Su ropa estaba demasiado limpia, era demasiado nueva para pertenecer a un habitante de los bosques. Pero ni era coqueto ni era un necio. Theopolis era peligroso, solo que de una forma distinta a la mayoría.

—¿Qué haces aquí, Theopolis? —preguntó ella, colocando la última silla al lomo de un capón roano que no dejaba de relinchar.

—¿Para qué vengo siempre a verte, Silencio? No es por tu alegre semblante, ¿hum?

—Estoy al día con los impuestos.

—Eso es porque estás exenta de casi todos ellos —repuso Theopolis—. Pero aún no me has pagado a mí el envío de plata del mes pasado.

—La cosa anda un poco floja últimamente. Te pagaré.

—¿Y los pivotes para tu ballesta? —preguntó Theopolis—. Casi parece que estés intentando olvidarte del precio de esas puntas de plata, ¿hum? Y de aquel envío de secciones de repuesto para tus anillos de protección.

Aquel acento quejumbroso hizo que Silencio se encogiera mientras pasaba la hebilla de la silla de montar. Justo lo que le faltaba, Theopolis. ¡Sombras, qué día estaba teniendo!

—Vaya, vaya —dijo Theopolis, acercándose a la repisa. Cogió una faltriquera—. A ver, ¿qué habrá aquí dentro? Yo diría que savia de puerromojado. Dicen que brilla por la noche si la iluminas con la luz adecuada. ¿Es uno de los misteriosos secretos del Zorro Blanco?

Silencio le arrebató la faltriquera.

—No digas ese nombre —siseó.

El hombre sonrió de oreja a oreja.

—¡Tienes una recompensa que cobrar! Estupendo. Siempre me he preguntado cómo los rastreabas. Haces un agujerito en eso, lo atas por debajo de los arreos y sigues las gotitas que va dejando, ¿hum? Seguro que puedes seguirlos mucho tiempo y matarlos lejos de aquí, para alejar las sospechas de tu pequeña posada, ¿hum?

Sí, Theopolis era peligroso, pero Silencio necesitaba que alguien entregara sus capturas en su nombre. Theopolis era una rata, y como todas las ratas conocía los mejores agujeros, recovecos y escondrijos. Tenía contactos en Último Puerto y se las había ingeniado para conseguirle el dinero en nombre del Zorro Blanco sin revelar su identidad.

—Últimamente he estado tentado de denunciarte, ¿sabes? —dijo Theopolis—. Hay muchas apuestas a la identidad del infame Zorro. Podría hacerme rico, sabiendo lo que sé, ¿hum?

—Ya eres rico —le espetó ella—. Y serás muchas cosas, pero no eres idiota. Esto funciona bien desde hace una década. ¿En serio cambiarías los ingresos por un poco de fama?

El hombre sonrió, pero no la contradijo. Se quedaba la mitad de lo que Silencio ganaba con cada captura. Para Theopolis era buen negocio. No corría ningún peligro, que era como Silencio sabía que le gustaba trabajar. Era funcionario, no cazarrecompensas. La única vez que lo había visto matar fue a un hombre que no podía defenderse.

—Me conoces demasiado bien, Silencio —dijo Theopolis, y rio—. Demasiado bien, ya lo creo. Vaya, vaya. ¡Una recompensa! ¿Quién será? Tendré que ir a mirar en la sala común.

—No vas a hacer nada parecido. ¡Sombras! ¿Crees que ver a un recaudador no los asustará? Ni se te ocurra entrar y echármelo todo a perder.

—Paz, Silencio —dijo él, sin dejar de sonreír—. Sabes que cumple tus reglas. Me cuido de no pasarme por aquí muy a menudo, y no atraigo las sospechas sobre ti. De todas formas, hoy no puedo quedarme. Solo venía a ofrecerte ayuda, ¡aunque ahora seguro que ya no la necesitarás! En fin, qué pena. Después de los líos en los que me meto por ti, ¿hum?

El frío embargó a Silencio.

—¿Qué ayuda podrías ofrecerme tú?

Theopolis sacó un papel de su cartera y lo desdobló con unos dedos demasiado largos. Hizo ademán de sostenerlo en alto, pero Silencio se lo quitó de las manos.

—¿Qué es esto?

—¡La forma de librarte de tu deuda, Silencio! La forma de evitar que tengas que preocuparte nunca más.

El documento era una orden de incautación, una autorización para que los acreedores de Silencio, es decir, Theopolis, reclamaran sus propiedades como pago. Los fuertes afirmaban tener jurisdicción sobre los caminos y las tierras colindantes, y hasta enviaban soldados a patrullarlos. De vez en cuando.

—Lo retiro, Theopolis —escupió ella—. Sí que eres idiota. ¿Renunciarías a esto que nos traemos a medias para quedarte con unos terrenos?

—Pues claro que no, Silencio. ¡Con esto, no tendrías que renunciar a nada en absoluto! Mira, me siento fatal porque siempre estés endeudada conmigo. ¿No sería más efectivo si me ocupara yo de las finanzas de la posada? Tú seguirías trabajando aquí y cazando recompensas, como has hecho siempre. Solo que ya no tendrías que preocuparte de las deudas, ¿hum?

Silencio arrugó el papel.

—Capaz serías de esclavizarnos a mí y a los míos, Theopolis.

—Venga, no te pongas dramática. En Último Puerto empieza a preocuparles que una posada tan importante sea propiedad de un elemento desconocido. Estás llamando la atención, Silencio. Yo diría que es lo último que te interesa.

Silencio apretó el puño para arrugar más el papel. Los caballos se removieron en sus compartimentos. Theopolis sonrió.

—En fin —dijo el hombre—, puede que no haga falta. A lo mejor, esta recompensa tuya es de las gordas, ¿hum? ¿Me das alguna pista, para que no esté dándole vueltas todo el día?

—Fuera de aquí —susurró ella.

—Mi querida Silencio —dijo él—. Sangre Pionero, tozuda hasta el final. Dicen que tus abuelos fueron los primeros de los primeros. Los primeros que vinieron a explorar este continente, los primeros que fundaron haciendas en los bosques. Los primeros que reclamaron para sí el mismo infierno.

—No llames eso a los bosques. Este es mi hogar.

—Pero es como la gente veía esta tierra, antes de la Maldad. ¿No te despierta curiosidad? El infierno, la tierra de los condenados, donde moran las sombras de los muertos. Siempre lo he dudado: ¿de verdad protege este lugar la umbra de tu marido o es solo otra historia que cuentas a la gente? Para que se sientan seguros, ¿hum? Te gastas una fortuna en plata, que es lo único que protege de verdad. Y nunca he podido encontrar ningún registro de tu matrimonio. Por supuesto, si no lo hubiera, ¿no significaría que nuestra querida William Ann es una...?

— Vete .

Theopolis sonrió, pero saludó levantándose el ala del sombrero y salió de la cuadra. Silencio lo oyó montar y marcharse. La noche caería pronto, pero seguro que era mucho esperar que las umbras mataran a Theopolis. Llevaba tiempo sospechando que tenía algún escondrijo cerca, probablemente una caverna que mantenía protegida con plata.

Respiró hondo, intentando tranquilizarse. Theopolis era un incordio, pero no lo sabía todo. Se obligó a concentrarse en los caballos y sacó un cubo lleno de agua. Vació en él las faltriqueras y suministró una buena dosis a los caballos, que bebieron con ganas.

Unas bolsas que gotearan como había sugerido Theopolis serían demasiado fáciles de descubrir. ¿Qué pasaría cuando sus objetivos desensillaran los caballos por la noche y encontraran las bolsas? Que

sabrían que alguien iba a por ellos. No, Silencio necesitaba algo menos evidente.

—¿Cómo voy a ocuparme de esto? —susurró, mientras un caballo bebía del cubo—. Sombras, me atacan por todos los frentes.

«Mata a Theopolis». Con toda probabilidad, era lo que habría hecho su abuela. Se lo planteó.

«No —se dijo—. No quiero ser así. No quiero ser ella». Theopolis era un matón y un canalla, pero no había quebrantado ninguna ley ni había hecho daño directamente a nadie, que ella supiera. Tenía que haber normas, incluso allí fuera. Tenía que haber líneas que no se cruzaran. Quizá en ese aspecto Silencio no era tan distinta de los forteños.

Buscaría otra manera. Theopolis solo tenía una orden de incautación, que había estado obligado a mostrarle. Por tanto, tenía un día o dos para reunir el dinero. Estaba todo sobre el papel. Las ciudades-fuerte afirmaban ser civilizadas. Las normas que imponían le daban una oportunidad.

Salió de la cuadra. Un vistazo por la ventana de la sala común le mostró a William Ann llevando bebidas a los «mercaderes» de la banda de Chesterton. Silencio se detuvo a mirar.

A su espalda, los bosques tiritaron por el viento.

Silencio escuchó y luego dio media vuelta para encararse hacia ellos. Se notaba cuando alguien era forteño por cómo se negaba a mirar los bosques. Siempre apartaban la mirada de las profundidades. Aquellos árboles solemnes cubrían casi hasta el último centímetro cuadrado del continente, sumiendo el terreno en la sombra con sus hojas. Calmos. Silenciosos. Vivían animales allí fuera, pero los agrimensores de los fuertes afirmaban que no había ningún depredador. Las umbras los habían eliminado hacía tiempo, atraídas por el derramamiento de sangre.

Mirar los bosques parecía hacer que se retiraran. La oscuridad de sus profundidades se retraía y la quietud dejaba paso al sonido de los roedores mordisqueando las hojas caídas. Todo Pionero sabía que debía mirar al bosque a la cara. Todo Pionero sabía que los agrimensores se equivocaban. Allí fuera sí que había un depredador. El propio bosque lo era.

Silencio se volvió y caminó hacia la puerta de la cocina. Conservar la posada debía ser su primer objetivo, por lo que no tenía más remedio que cobrar la recompensa por Chesterton. Si no podía pagar a Theopolis, tenía poca fe en que las cosas siguieran como hasta entonces. El hombre la tendría aferrada por el cuello, y Silencio no podía marcharse de la posada. No era ciudadana de los fuertes y eran tiempos demasiado difíciles para que los hacenderos de la zona pudieran

acogerla. No, se vería obligada a quedarse y trabajar en la posada para Theopolis, que la exprimiría hasta dejarla seca, quedándose cada vez con porcentajes mayores de las recompensas.

Abrió la puerta de la cocina. Tendría que...

Sebruksi estaba sentada junto a la encimera, con la ballesta en el regazo.

—¡Dios del Más Allá! —exclamó Silencio, entrando y cerrando la puerta
—. Niña, ¿qué estás...?

Sebruksi levantó la mirada hacia ella. Volvía a tener los ojos atribulados, vacíos de vida y de emociones. Volvía a tener los ojos de una umbra.

—Tenemos visita, tía Silencio —dijo Sebruksi en voz fría y monótona. Tenía el cranequín de la ballesta a su lado. Había conseguido tensar y cargar el arma ella sola—. He empapado la punta del virote con sangrenegra. He hecho bien, ¿verdad? Así, el veneno lo matará seguro.

—Niña... —Silencio dio un paso adelante.

Sebruksi giró la ballesta en su regazo, sosteniéndola en ángulo para poder levantarla, con una manita en el gatillo. La punta rodó hacia Silencio.

Sebruksi miraba hacia delante, con ojos vacíos.

—No saldrá bien, Sebruksi —dijo Silencio con severidad—. Aunque pudieras cargar con ese trasto hasta la sala común, no le darías. Y aunque le dieras, ¡sus hombres nos matarían a todas para vengarse!

—No me importaría —casi susurró Sebruksi—. Siempre que pueda matarlo. Siempre que apriete yo el gatillo.

—¿Es que te damos igual? —restalló Silencio—. Te acogí, te di un hogar, ¿y así me lo pagas? ¿Robando un arma? ¿Amenazándome?

Sebruksi parpadeó.

—¿Se puede saber qué te pasa? —continuó Silencio—. ¿Derramarías sangre en este refugio? ¿Atraerías las umbras sobre nosotras, para que aporreen nuestras protecciones? ¡Si las superaran, matarían a todo el que estuviera bajo mi techo! A gente a la que he prometido seguridad. ¿Cómo te atreves?

Sebruksi se sacudió, como si despertara. Su máscara se vino abajo y dejó caer la ballesta. Silencio oyó un chasquito y la nuez se liberó. Notó que la saeta pasaba a menos de un centímetro de su mejilla y luego rompía la ventana de detrás.

¡Sombras! ¿Habría hecho un rasguño a Silencio? ¿Sebruksi habría derramado sangre? Silencio alzó una mano temblorosa y suspiró aliviada al no tener sangre. La saeta no la había alcanzado.

Al momento siguiente, Sebruksi estaba entre sus brazos, sollozando. Silencio se arrodilló y abrazó con fuerza a la niña.

—Tranquila, cariño. No pasa nada. No pasa nada.

—Lo oí todo —susurró Sebruksi—. Mamá no gritó. Sabía que yo estaba allí. Era fuerte, tía Silencio. Por eso yo pude ser fuerte, hasta cuando cayó la sangre. Me mojó el pelo. Lo oí. *Lo oí todo*.

Silencio cerró los ojos, sin dejar de abrazar a Sebruksi. Ella misma había sido la única persona dispuesta a investigar la hacienda humeante. El padre de Sebruksi se había quedado en la posada de vez en cuando. Era un buen hombre. Tan bueno como podía ser entre los que quedaron después de que la Maldad conquistara Patria, claro.

En los ardientes restos de la hacienda, Silencio había encontrado una docena de cadáveres. Todos los miembros de la familia habían caído masacrados por Chesterton y sus hombres, hasta los niños. La única superviviente había sido Sebruksi, la más pequeña, a la que habían metido en el hueco de debajo de los tablones del dormitorio.

Se había quedado allí tendida, empapada con la sangre de su madre, silenciosa incluso cuando la encontró Silencio. Solo había descubierto a la chica porque Chesterton había sido cuidadoso y había rodeado la habitación con polvo de plata para protegerse contra las umbras mientras se disponía a matar. Silencio había intentado recuperar parte del polvo que se había colado entre los tablones y había topado con unos ojos que la miraban por las rendijas.

Chesterton había quemado trece haciendas en el último año. Asesinado a más de cincuenta personas. Sebruksi era la única que había logrado escapar de él.

La chica temblaba, sollozando descontroladamente.

—¿Por qué? ¿Por qué?

—No hay un porqué. Lo siento.

¿Qué otra cosa podía decirle? ¿Acaso iba a soltarle algún tópico, a tranquilizarla hablándole del Dios del Más Allá? Estaban en los bosques. No se sobrevivía a base de tópicos.

Silencio abrazó a la niña hasta que los llantos empezaron a remitir. William Ann entró y se quedó quieta al lado de la encimera, sosteniendo

una bandeja de jarras vacías. Su mirada se desvió a la ballesta caída y luego a la ventana rota.

—¿Lo matarás? —susurró Sebruksi—. ¿Harás justicia?

—La justicia murió en Patria —dijo Silencio—. Pero sí, lo mataré. Te lo prometo, niña.

William Ann se acercó con pasos tímidos, recogió la ballesta y la giró, mostrando la pala, que se había roto. Silencio dejó escapar el aire de los pulmones. No debió dejar la ballesta en un lugar donde Sebruksi pudiera cogerla.

—Ocúpate de los clientes, William Ann —ordenó Silencio—. Yo llevaré a Sebruksi arriba.

William Ann asintió, con otro vistazo fugaz a la ventana rota.

—No se ha derramado sangre —dijo Silencio—. Estaremos bien. Aunque si tienes un momento, mira a ver si encuentras la saeta. Tiene la punta de plata.

No era momento de permitirse desperdiciar ningún dinero.

William Ann guardó la ballesta en la despensa mientras Silencio dejaba con cuidado a Sebruksi en un taburete de la cocina. La chica se aferró a ella, sin querer soltarla, de modo que Silencio cedió y la tuvo abrazada un rato más.

William Ann respiró hondo varias veces, como para tranquilizarse, y luego regresó a la sala común a servir bebidas.

Al cabo de un tiempo, Sebruksi soltó a Silencio el tiempo suficiente para que esta pudiera mezclar un bebedizo. Llevó a la chica escaleras arriba hasta el altillo que había sobre la sala común, donde tenían sus camas las tres. Dob dormía en la cuadra y los huéspedes en las habitaciones más cómodas de la segunda planta.

—Vas a hacer que duerma —dijo Sebruksi, observando la taza con ojos enrojecidos.

—El mundo parecerá un lugar mejor por la mañana —respondió Silencio. «Y no puedo arriesgarme a que esta noche me sigas a hurtadillas».

La chica cogió la taza con reparo y se la bebió.

—Lo siento. Por la ballesta.

—Te encontraremos trabajo para que costees la reparación.

Aquello pareció reconfortar a Sebruksi. Era una hacendera, nacida en los bosques.

—Antes me cantabas por la noche —dijo Sebruksi en voz baja, cerrando los ojos y reclinándose—. Cuando me trajiste aquí. Después de... de... —Tragó saliva.

—No estaba segura de que te dieras cuenta. —Silencio no había estado segura de que se diera cuenta de nada, en aquella época.

—Pues sí.

Silencio se sentó en el taburete que había al lado del catre de Sebruksi. No le apetecía cantar, de modo que tarareó. Era la misma nana que había cantado a William Ann en los tiempos difíciles justo después de su nacimiento.

Al poco tiempo, las palabras salieron por sí mismas.

Calla ahora, querida, no tengas miedo

La noche cae, pero el sol volverá al cielo

Duerme ahora, querida, no pases duelo

Estamos a oscuras, pero un día despertaremos

Cogió la mano de Sebruksi hasta que la niña se quedó dormida. La ventana que había junto a la cama daba al patio, así que Silencio vio a Dob sacando los caballos de Chesterton. Los cinco hombres con sus lujosas vestimentas de mercaderes bajaron del porche dando pisotones y subieron a las sillas de montar.

Salieron desfilando al camino y los bosques los envolvieron.

Una hora después del anochecer, Silencio estaba preparando su morral a la luz del hogar.

Su abuela había prendido el fuego de aquella chimenea, y desde entonces no había dejado de arder. La mujer casi había perdido la vida prendiendo el fuego, pero no había querido pagar a ningún mercader del fuego por un encendido. Silencio negó con la cabeza. Su abuela siempre se había rebelado contra los convencionalismos. Pero ¿era Silencio muy distinta?

«No prendas llamas, no derrames la sangre de otros y no corras de noche. Esas cosas atraen a las umbras». Las Sencillas Reglas que guiaban la vida de todo hacendero. Silencio las había incumplido todas en más de una ocasión. Era un milagro que a esas alturas no se hubiera marchitado ya y convertido en umbra.

El calor del hogar le resultó distante mientras se preparaba para matar. Silencio echó un vistazo al viejo sagrario, en realidad solo un armario, que mantenía siempre cerrado con llave. Las llamas le recordaban a su abuela. A veces hasta pensaba en el fuego como si fuese su abuela, desafiando tanto a las umbras como a los fuertes hasta el mismo final. Silencio había retirado de la posada todo lo demás que le recordara a su abuela, salvo el sagrario al Dios del Más Allá. Estaba dispuesto tras una puerta cerrada con llave al lado de la despensa, y a su lado había estado colgada la daga de plata de su abuela, un símbolo de la antigua religión.

La daga tenía grabados los símbolos de la divinidad a modo de salvaguardas. Silencio la llevaba en una vaina al costado, no como amuleto, sino porque era de plata. En los bosques nunca se podía llevar encima demasiada plata.

Llenó el morral con meticulosidad, metiendo primero el botiquín y luego una bolsa de polvo de plata de buen tamaño para curar el marchitamiento. A continuación introdujo diez sacos vacíos de gruesa arpilla, embreados por dentro para impermeabilizarlos. Por último, añadió una lámpara de aceite. No iba a querer usarla, ya que no confiaba en el fuego. El fuego podía atraer a las umbras. Sin embargo, le había resultado útil llevarla en salidas anteriores, de modo que la cogió. Solo la encendería si topaba con alguien que ya tuviera un fuego prendido.

Al terminar, vaciló un momento y luego fue al viejo almacén. Quitó los tablones del suelo y sacó el tonelete que había junto a los venenos.

Pólvora.

—¿Madre? —dijo William Ann, dando un susto a Silencio. No la había oído entrar en la cocina.

A Silencio casi se le cayó el tonelete por la sorpresa, y eso casi hizo que le saltara el corazón del pecho. Se recriminó haberse asustado tanto mientras sostenía el tonelete bajo el brazo. No podía explotar sin fuego, eso lo sabía a ciencia cierta.

—¡Madre! —exclamó William Ann, mirando el tonelete.

—No creo que vaya a necesitarlo.

—Pero...

—Lo sé. Calla.

Fue hasta el morral y guardó la pólvora. Sujeto a un lado del tonelete, con tela embutida entre los brazos de metal, estaba el encendedor de su abuela. Encender pólvora contaba como prender llamas, por lo menos a

ojos de las umbras. Las atraía casi tan deprisa como la sangre, de día o de noche. Los primeros refugiados venidos de Patria habían tardado poco en descubrirlo.

En cierta manera, la sangre era más fácil de evitar. Una nariz sangrando o una simple hemorragia no atraían a las umbras. Ni siquiera repararían en ellas. Tenía que derramarse la sangre de otra persona, en cuyo caso irían primero a por quien la hubiera derramado. Claro que, si esa persona estaba muerta, no solía preocuparlas a quién mataran después. Cuando se enfurecían, las umbras eran un peligro para todo el que estuviera cerca.

Solo después de haber guardado la pólvora Silencio se fijó en que William Ann iba vestida para viajar, con pantalones y botas. Llevaba un morral como el de Silencio.

—¿Qué crees que estás haciendo, William Ann? —preguntó Silencio.

—¿Pretendes matar tú sola a cinco hombres que solo han tomado media dosis de pantanoja, madre?

—Ya lo he hecho otras veces. He aprendido a trabajar sola.

—Porque no tenías a nadie que te ayudara. —William Ann se echó el morral al hombro—. Pero ese ya no es el caso.

—Eres demasiado joven. Vuelve a la cama y cuida de la posada hasta que vuelva.

William Ann no dio señales de ir a ceder.

—Niña, te he dicho...

—Madre —la interrumpió William Ann, cogiéndole el brazo con firmeza—. ¡Ya no eres tan joven! ¿Crees que no me doy cuenta de que cojeas cada vez más? ¡No puedes hacerlo todo tú sola! ¡Tendrás que empezar a dejar que te ayude en algún momento, me cago en la leche!

Silencio contempló a su hija. ¿De dónde salía aquella ferocidad? A veces costaba recordar que también William Ann era una Pionero. Su abuela se habría disgustado si viera a la chica, lo cual era motivo de orgullo para Silencio. William Ann había tenido una auténtica infancia. No era débil, solo era normal. Una mujer podía ser fuerte sin tener las emociones de un ladrillo.

—No digas palabrotas a tu madre —dijo por fin Silencio a la chica.

William Ann enarcó una ceja.

—Puedes venir —aceptó Silencio, arrancando el brazo de la mano de su hija—. Pero tendrás que hacer todo lo que yo diga.

William Ann dejó escapar una profunda bocanada y luego asintió, entusiasmada.

—Avisaré a Dob de que nos vamos.

Salió fuera y adoptó con naturalidad el paso lento de una hacendera al internarse en la oscuridad. Aunque estaba dentro de la protección que ofrecían los anillos de plata de la posada, sabía que debía obedecer las Sencillas Reglas. Pasarlas por alto cuando se estaba a salvo llevaba a descuidos cuando no.

Silencio sacó dos cuencos y mezcló dos tipos distintos de pasta brillante. Al terminar, los vertió en frascos distintos que también guardó en el morral.

Salió a la noche. El aire era vigorizante, frío. Los bosques habían quedado en silencio.

Las umbras rondaban, por supuesto.

Había unas pocas moviéndose por la hierba, visibles a la suave luz de su propio brillo. Las más próximas eran etéreas, translúcidas, umbras viejas que apenas conservaban un atisbo de forma humana. Sus cabezas titilaban, sus rostros mutaban como anillos de humo. Dejaban atrás oleadas de blancura de un brazo de longitud, más o menos. Silencio siempre había imaginado esas estelas como los restos raídos de su ropa.

Ninguna mujer, ni siquiera una Pionero, miraba las umbras sin sentir un gélido estremecimiento. Las umbras salían también durante el día, claro, solo que no se las veía. Si se prendía fuego o se derramaba sangre, atacarían incluso entonces. De noche, sin embargo, eran distintas. Respondían más rápido a las infracciones. De noche también respondían a los movimientos bruscos, cosa que nunca hacían de día.

Silencio sacó uno de sus frascos de pasta brillante y bañó su alrededor de una luz de color verde claro. La luz era tenue, pero uniforme y continua, no como la de una antorcha. Las antorchas eran poco fiables, ya que no podían volver a prenderse si se apagaban.

William Ann la estaba esperando delante, con las pértigas para las lámparas.

—Tendremos que movernos sin hacer ruido —le dijo Silencio mientras fijaba los frascos a las pértigas—. Puedes hablar, pero que sea susurrando. Te he dicho que tienes que obedecerme. Lo harás, en todo lo que te diga, y de inmediato. Estos hombres que buscamos te matarían, o te harían cosas peores, sin pensárselo dos veces.

William Ann asintió con la cabeza.

—No estás lo bastante asustada —afirmó Silencio, poniendo una cubierta negra en torno al frasco que contenía la pasta más brillante de las dos.

Se quedaron a oscuras, pero el Cinturón de Estrellas estaba alto en el cielo aquella noche. Parte de su luz se colaría entre las hojas, sobre todo si se quedaban cerca del camino.

—Pero... —empezó a decir William Ann.

—¿Recuerdas cuando el perro de Harold se volvió loco la primavera pasada? —preguntó Silencio—. ¿Recuerdas la mirada que tenía el animal en los ojos? ¿Que no reconocía a nadie? ¿Que solo quería matar? Pues esos hombres son iguales, William Ann. Están rabiosos. Hay que sacrificarlos, igual que a aquel perro. No te verán como a una persona, sino como carne. ¿Lo has entendido?

William Ann asintió. Silencio le notaba que seguía más emocionada que temerosa, pero qué le iba a hacer. Pasó a William Ann la pértiga con la pasta brillante menos intensa. Daba un tenue resplandor azul, pero no iluminaba mucho. Silencio se apoyó la otra pértiga en el hombro derecho, se echó el morral al izquierdo y señaló el camino con el mentón.

Cerca de ellas, una umbra flotó hacia el contorno de la posada. Cuanto tocó la fina barrera de plata que había en el suelo, el polvo chisporroteó y lanzó a la umbra hacia atrás con una repentina sacudida. La umbra se alejó flotando.

Cada contacto como aquel costaba dinero a Silencio. El toque de una umbra arruinaba la plata. Era por lo que pagaban sus parroquianos, por una posada cuyo contorno no se había rebasado en más de cien años, con una prolongada tradición de que no hubiera indeseadas umbras no bienvenidas atrapadas en su interior. Paz, o al menos paz de algún tipo. La mejor que podían ofrecer los bosques.

William Ann cruzó el contorno, marcado por la curva de los grandes aros de plata que sobresalían del suelo. Por debajo tenían anclajes de hormigón para impedir que pudieran arrancarse de la tierra. Reemplazar una sección superpuesta de un contorno —Silencio tenía tres anillos concéntricos rodeando su posada— exigía excavar y desanclar la sección. Era mucho trabajo, como bien sabía ella. No pasaba una semana sin que tuviera que voltear o reemplazar alguna sección.

La umbra se perdió de vista flotando. No pareció advertir su presencia. Silencio no sabía si la gente normal era invisible para ellas a menos que

incumpliera las reglas o si, sencillamente, no eran dignas de su atención hasta entonces.

William Ann y ella salieron al oscuro camino, que estaba algo plagado de malas hierbas. No había camino en los bosques que estuviera bien mantenido. Quizá si los fuertes cumplían algún día sus promesas, esa situación cambiaría. Pero seguía habiendo desplazamientos.

Hacenderos que viajaban a uno u otro fuerte para vender comida. El cereal cultivado en los claros del bosque era más rico y más sabroso que el producido en las montañas. Los conejos y los pavos capturados en trampas o criados en cobertizos podían venderse por bastante plata.

Pero no los cerdos. Solo un forteño sería tan asqueroso como para comerse un cerdo.

En cualquier caso, había comercio, y eso mantenía el camino en su sitio aunque los árboles cercanos tuvieran cierta tendencia a extender sus ramas hacia abajo, como brazos avariciosos, para intentar cubrirlo. Para reclamar el camino. A los bosques no les gustaba la gente que los infestaba.

Las dos mujeres caminaron con paso cauteloso y deliberado. Sin movimientos rápidos. A ese ritmo, les pareció que había transcurrido una eternidad cuando por fin apareció algo en el camino por delante de ellas.

—¡Allí! —susurró William Ann.

Silencio suspiró para descargar la tensión. Algo emitía un centelleo azul en el camino a la luz de la pasta brillante. La suposición de Theopolis sobre cómo rastreaba a sus presas era acertada, pero incompleta. Sí, la luz de la pasta conocida como Fuego de Abraham hacía que las gotas de salvia de puerromojado brillaran. Por pura coincidencia, la salvia de puerromojado también aflojaba las vejigas de los caballos.

Silencio inspeccionó la línea de savia brillante y orina que había en el suelo. Había temido que Chesterton y sus hombres se adentraran en el bosque al poco de salir de la posada. No era muy probable, pero aun así se había preocupado.

Pero con la savia delante, seguro que estaba sobre su pista. Si Chesterton se metía en el bosque, lo haría tras unas horas de camino, para dar más credibilidad a su tapadera. Silencio cerró los ojos, dio otro suspiro de alivio y entonces se descubrió ofreciendo una plegaria de agradecimiento por acto reflejo. La interrumpió. ¿De dónde habría salido? Ya hacía mucho tiempo.

Sacudió la cabeza, se levantó y siguieron por el camino. Al haber drogado a los cinco caballos, no les faltaron marcas que ir siguiendo.

Los bosques estaban oscuros esa noche. La luz del Cinturón de Estrellas no parecía filtrarse por las ramas tanto como debería. Y le daba la sensación de haber más umbras de lo normal, merodeando entre los troncos de los árboles y brillando suavemente.

William Ann agarró con fuerza su pértiga. La niña ya había salido antes de noche, por supuesto. Ningún hacendero lo hacía de mil amores, pero tampoco ninguno ponía muchos reparos. No se podía estar toda la vida atrapado en el interior, petrificado por el miedo a la oscuridad. Quien viviera así... en fin, no vivía mejor que la gente de los fuertes. En el bosque, la vida era dura y a menudo mortífera. Pero también era libre.

—Madre —susurró William Ann mientras andaban—. ¿Por qué ya no crees en Dios?

—¿De verdad te parece buen momento, chica?

William Ann miró al suelo cuando pasaron junto a otra línea de orina, que resplandecía azul en el camino.

—Siempre dices cosas como esa.

—Y normalmente es porque intento evitar la pregunta cuando la haces —repuso Silencio—. Pero normalmente no estoy caminando por los bosques de noche.

—Es que ahora me parece importante. Te equivocas cuando dices que no estoy lo bastante asustada. Me cuesta respirar y todo, pero también sé los apuros que está pasando la posada. Siempre te enfadas mucho cuando viene maese Theopolis. Y ya no cambias la plata del contorno tan a menudo como antes. Y día sí, día no, comes solo pan.

—¿Y qué tiene que ver todo eso con Dios?

William Ann siguió mirando el suelo.

«Oh, sombras —pensó Silencio—. Cree que nos está castigando. Será tonta. Tonta como su padre».

Cruzaron el Puente Viejo, pisando sus desvencijadas tablas de madera. Con más luz, aún se veían los maderos del Puente Nuevo al fondo del precipicio, representando las promesas y los regalos de los fuertes, que siempre tenían un aspecto estupendo pero tardaban poco en caerse. El padre de Sebruki estuvo entre quienes habían vuelto a levantar el Puente Viejo.

—Creo en el Dios del Más Allá —dijo Silencio, cuando llegaron al otro lado.

—Pero...

—No soy devota —dijo Silencio—, pero eso no significa que no crea. En los libros viejos llamaban a esta tierra el hogar de los condenados. Es solo que me extrañaría que la devoción sirva de algo si ya estamos condenados, nada más.

William Ann no respondió.

Caminaron otras dos horas largas. Silencio se planteó atajar por el bosque, pero el riesgo de perder la pista y tener que volver atrás le parecía demasiado. Además, aquellas marcas, brillando en azul blanquecino a la luz casi invisible de la pasta... aquellas marcas eran algo real. Un salvavidas de luz entre las sombras que las rodeaban. Esas líneas representaban la seguridad para sus niñas y ella.

Como las dos contaban los pasos entre marcas de orina, no rebasaron por mucho el lugar donde se había desviado Chesterton. A los pocos minutos de andar sin ver ninguna marca, dieron media vuelta sin mediar palabra y fueron buscando a los lados del camino. A Silencio la había preocupado que esa fuese la parte más difícil de la cacería, pero le costó poco encontrar por dónde se habían internado en el bosque los hombres. Se lo señaló una brillante huella de casco. Un caballo había pisado la orina de otro en el camino y la había llevado al bosque.

Silencio dejó su morral en el suelo y lo abrió para sacar su cordel de estrangular, antes de llevarse un dedo a los labios y decir por gestos a William Ann que la esperase en el camino. La chica asintió. Silencio no le distinguía bien los rasgos en la penumbra, pero sí oyó que la chica respiraba más deprisa. Ser una hacendera y estar acostumbrada a salir de noche era una cosa, pero quedarse sola en los bosques...

Silencio cogió el frasco de pasta brillante azul y lo cubrió con su pañuelo. Luego se quitó los zapatos y las medias y se internó poco a poco en la noche. Cada vez que lo hacía volvía a sentirse como una niña, saliendo a los bosques con su abuelo. Dedos de los pies en la tierra, buscando ramitas u hojas que pudieran partirse y revelar su posición.

Casi podía oír su voz dándole instrucciones, explicándole cómo juzgar el viento y aprovechar el sonido de las hojas al moverse para cubrir el suyo al cruzar terreno ruidoso. Su abuelo había adorado los bosques, hasta el día en que se lo llevaron. «Nunca llames infierno a esta tierra —le había dicho—. Respeta la tierra como harías con un animal peligroso, pero no la odies».

Había umbras cruzando entre los árboles cercanos, casi invisibles al no estar iluminadas por nada. Silencio se mantuvo apartada pero, aun así, de vez en cuando se volvía y encontraba a alguna pasando cerca de ella. Tropezar contra una umbra podía significar la muerte, pero los accidentes de ese tipo eran poco frecuentes. A menos que estuvieran enfurecidas, las umbras se apartaban de la gente que se les acercaba

mucho, como si se las llevara un viento suave. Mientras una se moviera despacio —como debería hacer siempre—, no había problema.

Tenía el frasco cubierto por el pañuelo en todo momento menos cuando buscaba alguna marca en particular. La pasta brillante iluminaba a las umbras, y las umbras que brillaban demasiado podían advertir a alguien de que se acercaba.

Sonó un gemido cerca de ella. Silencio se quedó muy quieta, con el corazón a punto de saltarle del pecho. Las umbras no hacían ruido, así que era un hombre. Tensa y sigilosa, buscó hasta verlo, bien escondido en el hueco de un árbol. Estaba moviéndose, frotándose las sienes. Tenía dolor de cabeza por el veneno de William Ann.

Silencio pensó un momento y luego dio un rodeo por detrás del árbol. Se agachó y esperó a que se moviera cinco dolorosos minutos, tras los que el hombre volvió a levantar los brazos y perturbó las hojas.

Silencio se abalanzó sobre él, rodeó su cuello con el cordel y tiró con fuerza para darle garrote. El estrangulamiento no era la mejor forma de matar a alguien en los bosques. Era demasiado lento.

El hombre de guardia empezó a revolverse y arañarse el cuello. Las umbras cercanas se detuvieron.

Silencio tiró con más fuerza. El guardia, debilitado por el veneno, intentó darle patadas. Silencio se apartó un poco, sin dejar de apretar, vigilando las umbras. Miraban a su alrededor como animales olisqueando. Unas pocas empezaron a perder su tenue luminosidad natural y ennegrecerse.

No era buena señal. Silencio sintió los latidos de su corazón como si tuviera una tormenta en el pecho. «¡Maldito seas, muere ya!».

El hombre por fin dejó de retorcerse y sus gestos se hicieron más letárgicos. Tras un último temblor, se quedó inmóvil y Silencio se quedó esperando una eternidad sin cambiar de postura, conteniendo el aliento. Al cabo de un tiempo, las umbras cercanas empezaron a teñirse otra vez de blanco y se alejaron flotando por aquí y por allá.

Silencio liberó el cordel, aliviada. Después de un momento para recuperarse, dejó el cadáver donde estaba y volvió con William Ann.

Se enorgullecíó de su hija. William Ann se había escondido tan bien que Silencio no la vio hasta que la oyó susurrar:

—¿Madre?

—Sí —dijo Silencio.

—Gracias al Dios del Más Allá —dijo William Ann, saliendo del hueco donde se había cubierto de hojas. Cogió a Silencio por el brazo, temblando—. ¿Los has encontrado?

—He matado al que estaba de guardia —dijo Silencio, asintiendo—. Los otros cuatro deberían estar dormidos. Aquí es donde voy a necesitarte.

—Estoy preparada.

—Sígueme.

Recorrieron de nuevo el trayecto que había hecho Silencio. Pasaron al lado del cadáver del guardia y William Ann lo inspeccionó sin mostrar ninguna pena.

—Es uno de ellos —susurró—. Lo reconozco.

—Pues claro que es uno de ellos.

—Solo quería asegurarme. Ya que vamos a... ya sabes.

No mucho más allá del puesto de guardia, encontraron el campamento. Cuatro hombres dormían sobre esterillas entre las umbras, como solo se atreverían a hacer unos auténticos bosqueños. Habían colocado un frasquito de pasta brillante en el centro del campamento, en un hoyo para que no diera demasiada luz y los delatará, pero bastaba para distinguir los caballos, atados poca distancia más allá de los hombres. La luz verde también reveló el rostro de William Ann, y Silencio se sorprendió al percibir no miedo, sino una ira intensa en los rasgos de la chica. Le había costado poco acostumbrarse a ser la protectora hermana mayor de Sebruksi. Al final, sí que estaba preparada para matar.

Silencio le señaló el hombre de más a la derecha y William Ann asintió. Esa era la parte peligrosa. Con solo media dosis, cualquiera de los hombres podría despertar con los sonidos de sus compañeros al morir.

Silencio sacó un saco embreado del morral y se lo pasó a William Ann antes de empuñar su martillo. No era un arma de batalla como las que describía su abuelo, sino una simple herramienta para golpear clavos. Y también otras cosas.

Silencio se agachó sobre el primer hombre. Ver su cara dormida le provocó un escalofrío. Una parte primordial de su ser esperó crispada a que los ojos se abrieran de repente.

Sostuvo tres dedos en alto mirando a William Ann y los fue bajando uno a uno. Cuando descendió el tercer dedo, William Ann cubrió la cabeza del hombre con el saco. El hombre se revolvió y Silencio le asestó un

fuerte martillazo en la sien. El cráneo se resquebrajó y la cabeza descendió un poco. El hombre dio un último espasmo y se quedó flácido.

Silencio levantó la mirada, tensa, vigilando a los otros hombres mientras William Ann ajustaba bien el saco. Las umbras cercanas hicieron un alto, pero aquello no les llamó tanto la atención como lo había hecho el estrangulamiento. Mientras la brea que recubría el saco evitara que saliera la sangre, estarían a salvo. Silencio descargó dos golpes más en la cabeza del hombre y le buscó el pulso. No lo había.

Con cuidado, se ocuparon del siguiente hombre. Era un trabajo brutal, como sacrificar animales. Ayudaba considerar rabiosos a aquellos hombres, como había dicho antes a William Ann. Lo que no ayudaba era pensar en lo que habían hecho a Sebruksi. Eso la pondría furiosa, y no podía permitirse la furia. Necesitaba mantenerse fría, silenciosa y eficaz.

Al segundo hombre hubo que darle más golpes en la cabeza para matarlo, pero había despertado con menos brío que su amigo. La pantanoja dejaba atontado. Era una droga excelente para su objetivo. Solo necesitaba que estuvieran somnolientos, algo desorientados, y...

El siguiente hombre se incorporó en su esterilla.

—¿Qué...? —preguntó, farfullando.

Silencio se abalanzó sobre él, lo aferró por los hombros y lo estrelló contra el suelo. Las umbras se volvieron como si hubieran oído un sonido fuerte. Silencio sacó su cordel mientras el hombre le daba manotazos, intentando apartarla, y William Ann ahogó un grito.

Silencio rodó y envolvió el cuello del hombre. Hizo fuerza, tensando los músculos mientras el hombre se sacudía, poniendo nerviosas a las umbras. Casi lo tenía muerto cuando el último hombre se levantó de un salto. Alarmado y aturdido, eligió huir.

¡Sombras! Ese último era el propio Chesterton. Como atrajera a las umbras...

Silencio dejó al tercer hombre resollando, se olvidó de la cautela y corrió tras Chesterton. Si las sombras lo marchitaban y lo convertían en polvo, se quedaría sin nada. Sin cadáver que entregar, no había recompensa.

Silencio perdió de vista las umbras que rondaban mientras daba alcance a Chesterton al borde del campamento, junto a los caballos. A la desesperada, se arrojó contra las piernas del atontado bandido y lo derribó.

—¡Serás zorra! —balbució él, dándole una patada—. Eres la posadera. ¡Me has envenenado, zorra!

En el bosque, las umbras se habían vuelto negras del todo. Se iluminaron unos ojos verdes cuando las criaturas abrieron su vista de tierra. Los ojos dejaban un rastro de luz neblinosa.

Silencio apartó las manos de Chesterton, que forcejeaba.

—Te pagaré —dijo, dando manotazos a Silencio—. Te pagaré...

Silencio descargó el martillo contra su brazo y Chesterton gritó de dolor. Luego le dio en la cara, con un crujido. Se quitó la chaqueta mientras el hombre gimoteaba y se revolvía, y sin saber muy bien cómo se las ingenió para envolver con él la cabeza de Chesterton y el martillo.

—¡William Ann! —chilló—. Necesito una bolsa. ¡Una bolsa, chica! Trae...

William Ann se arrodilló a su lado y cubrió con un saco la cabeza de Chesterton mientras la sangre empapaba la chaqueta. Silencio buscó a un lado con una mano frenética, agarró una piedra y la estrelló contra la cabeza tapada por el saco. La chaqueta amortiguaba los chillidos de Chesterton, pero también amortiguaba los impactos de la piedra. Tuvo que golpearlo una y otra vez.

Por fin se quedó quieto. William Ann sostuvo el saco cerrado en torno a su cuello para evitar que se saliera la sangre, jadeando deprisa.

—Oh, Dios del Más Allá. Oh, Dios...

Silencio se atrevió a levantar la cabeza. Había docenas de ojos verdes flotando en el bosque, refugiados como pequeñas hogueras en la negrura. William Ann cerró los ojos con fuerza y susurró una plegaria, con lágrimas cayéndole por las mejillas.

Silencio movió despacio la mano a su costado y desenfundó la daga de plata. Recordó otra noche, otro mar de brillantes ojos verdes. La última noche de su abuela. «¡Corre, chica! ¡Corre! ».

Esa otra noche había tenido la opción de correr. Estaban cerca de un lugar seguro. Y aun así, su abuela no sobrevivió. Quizá hubiera podido, pero no lo hizo.

Aquella noche horripilaba a Silencio. Lo que había hecho su abuela. Lo que había hecho ella misma. Pero a William Ann y a Silencio solo les quedaba una esperanza. Correr no las salvaría. El lugar seguro estaba demasiado lejos.

Poco a poco, por suerte, los ojos empezaron a apagarse. Silencio se sentó en el suelo y dejó que la daga de plata le resbalara de entre los dedos.

William Ann abrió los ojos.

—¡Oh, Dios del Más Allá! —exclamó mientras las umbras volvían a hacerse visibles—. ¡Es un milagro!

—No es un milagro —dijo Silencio—. Solo suerte. Lo hemos matado a tiempo. Un segundo más y se habrían enfurecido.

William Ann se abrazó a sí misma.

—Oh, sombras, oh, sombras. Creía que estábamos muertas. Oh, sombras.

De pronto, Silencio recordó algo. El tercer hombre. No había terminado de estrangularlo cuando Chesterton había salido corriendo. Se puso de pie y se volvió.

Estaba allí tumbado, inmóvil.

—Me he ocupado yo —dijo William Ann—. He tenido que estrangularlo con las manos. Mis manos...

Silencio miró hacia ella.

—Lo has hecho bien, chica. Diría que nos has salvado la vida. Si no hubieras estado, no habría podido matar a Chesterton sin enfurecer a las umbras.

La chica seguía mirando hacia los árboles, contemplando las plácidas umbras.

—¿Qué haría falta para que vieras un milagro en vez de una coincidencia? —preguntó.

—Haría falta un milagro, evidentemente —dijo Silencio, recogiendo su daga—. En vez de una coincidencia. Venga, vamos a poner un segundo saco a estos tipos.

William Ann, atontada, ayudó a cubrir con más sacos las cabezas de los bandidos. Dos sacos cada uno, por si acaso. La sangre era lo más peligroso. Correr atraía a las umbras, pero poco a poco. El fuego las enfurecía al instante, pero también las cegaba y las confundía.

La sangre, sin embargo... la sangre derramada con ira, expuesta al aire abierto... una gota bastaría para que las umbras te descuartizaran y luego siguieran con todo lo que tuvieran a la vista.

Silencio buscó el pulso a todos los hombres, también por si acaso, y no se lo encontró a ninguno. Ensillaron los caballos, cargaron los cadáveres, incluido el del vigilante, y los ataron. Cogieron las esterillas y todo el material. Con un poco de suerte, los hombres llevarían algo de plata encima. La ley autorizaba a Silencio a quedarse lo que encontrara, a menos que en la orden de búsqueda se especificara algún objeto robado. En aquel caso, los fuertes solo querían a Chesterton muerto. Como casi todo el mundo.

Silencio tensó una cuerda y de pronto se quedó muy quieta.

—¡Madre! —dijo William Ann, reparando en lo mismo.

Hojas agitadas en los bosques. Habían quitado la funda a su frasco de pasta brillante verde para añadir su luz a la de los bandidos, por lo que el pequeño campamento estaba bien iluminado. Y un grupo de ocho hombres y mujeres cabalgaba a través del bosque.

Procedían de los fuertes. La ropa buena, la forma en la que no dejaban de mirar a las umbras... eran forteños, seguro. Silencio se adelantó, deseando tener su martillo para parecer al menos un poco amenazadora. Pero el martillo seguía dentro del saco que cubría la cabeza de Chesterton. Tendría sangre, por lo que no podría sacarlo hasta que se secara o hasta estar en un lugar muy, muy seguro.

—Vaya, mirad qué tenemos aquí —dijo el hombre que encabezaba a los recién llegados—. No podía creerme lo que ha dicho Tobias al volver de explorar, pero por lo visto es cierto. ¿Los cinco hombres de la banda de Chesterton, víctimas de un par de hacenderas del bosque?

—¿Quién eres? —preguntó Silencio.

—Joven Rojo —dijo el hombre, levantándose el sombrero—. Llevaba cuatro meses buscando a estos tipos. Te agradezco muchísimo que te hayas ocupado de ellos por mí.

Hizo una seña a sus acompañantes, algunos de los cuales desmontaron.

—¡Madre! —susurró William Ann.

Silencio estudió los ojos de Rojo. Iba armado con una porra, y una mujer detrás de él llevaba una ballesta de aquellas nuevas, con las puntas romas. Se cargaban rápido y pegaban fuerte, pero no hacían sangre.

—Apártate de los caballos, niña —dijo Silencio.

—Pero...

—Apártate.

Silencio soltó las riendas del caballo que estaba guiando. Entre tres forteños se hicieron con todas las riendas, uno de los hombres mirando a William Ann con lascivia.

—Eres lista —dijo Rojo, inclinándose hacia Silencio para estudiar su rostro.

Una mujer pasó junto a ellos, tirando del caballo de Chesterton con el cadáver de su dueño colgando a ambos lados de la silla. Silencio fue hacia ella y apoyó una mano en la silla de Chesterton. La mujer se detuvo y miró a su jefe. Silencio desenfundó su cuchillo con disimulo.

—Nos daréis algo —dijo Silencio a Rojo, con la mano de la daga oculta—. Por lo que hemos hecho. La cuarta parte, y no diré ni una palabra a nadie.

—Hecho —dijo él, levantándose de nuevo el sombrero. Tenía una sonrisa de las falsas, como salida de un cuadro—. La cuarta parte es para ti.

Silencio asintió. Acercó el cuchillo hasta apoyarlo contra una de las finas cuerdas que amarraban a Chesterton a la silla. Así, cuando la mujer apartó el caballo de ella, la rasgó sin llegar a cortarla del todo. Silencio retrocedió un paso y apoyó la mano en el hombro de William Ann mientras volvía a enfundar la daga a hurtadillas.

Rojo la saludó una última vez con el sombrero. A los pocos segundos, los cazarrecompensas se habían retirado entre los árboles en dirección al camino.

—¿La cuarta parte? —susurró William Ann—. ¿Crees que te la pagará?

—Lo dudo muchísimo —respondió Silencio, recogiendo su morral—. Tenemos suerte de que no nos haya matado y punto. Vamos. —Se internó de nuevo en los bosques, acompañada de William Ann, ambas caminando con los cuidadosos pasos que exigía su entorno—. Va siendo hora de que vuelvas a la posada, William Ann.

—¿Y qué vas a hacer tú?

—Recuperar nuestra recompensa. —Era una Pionero, maldición. Ningún forteño estirado iba a robarle.

—Pretendes interceptarlo en la tierra blanca, supongo. Pero ¿qué harás? No podemos contra tantos, madre.

—Me las ingeniaré.

Ese cadáver significaba la libertad, la vida, para sus hijas. No iba a dejar que se le escapara como humo entre los dedos. Cruzaron la oscuridad, pasando junto a umbras que, poco tiempo antes, habían

estado a punto de marchitarlas a las dos. Pero las umbras se apartaron flotando, indiferentes por completo ante su carne.

«Piensa, Silencio. Aquí hay algo que no encaja nada». ¿Cómo habían encontrado el campamento, aquellos hombres? ¿Por la luz? ¿La habían oído hablar con William Ann? Afirmaban llevar meses buscando a Chesterton. ¿No debería haber oído hablar de ellos, a esas alturas? Aquellos hombres y mujeres iban demasiado arreglados para llevar meses en los bosques rastreando a asesinos.

El razonamiento la llevó a una conclusión que no quería admitir. Solo un hombre sabía que iría tras una recompensa aquella noche, y solo un hombre había visto cómo planeaba rastrear a sus presas. Solo un hombre tenía motivo para hacer que le robaran la recompensa.

«Theopolis, espero equivocarme —pensó—, porque como esto sea cosa tuya...».

Silencio y William Ann recorrieron las entrañas del bosque, un lugar donde el codicioso follaje se bebía toda la luz y dejaba árido el suelo de debajo. Las umbras patrullaban aquellos salones de madera como centinelas ciegos. Rojo y sus cazarrecompensas eran forteños, de modo que irían por los caminos, y eso daba ventaja a Silencio. Los bosques no eran amigos de los hacenderos, igual que un precipicio conocido no hacía menos peligrosa la caída.

Pero Silencio sabía navegar aquel abismo. Podía aprovechar sus vientos mejor que cualquier forteño. Quizá había llegado el momento de provocar una tempestad.

Lo que los hacenderos llamaban la tierra blanca era una parte del camino jalonada por campos de hongos. Costaba más o menos una hora cruzar los bosques hasta allí, y Silencio acusaba ya su noche sin dormir cuando llegó. Hizo caso omiso a la fatiga y cruzó a zancadas el campo de hongos, sosteniendo su frasco de luz verde y dando un aire enfermizo a los árboles y los surcos del terreno.

El camino daba un rodeo por los bosques y luego regresaba por allí. Si los hombres se dirigían a Último Puerto o algún otro fuerte cercano, irían en esa dirección.

—Tú sigue adelante —dijo Silencio a William Ann—. Te costará solo otra hora volver a la posada. Comprueba que todo esté bien allí.

—No voy a dejarte, madre.

—Me has prometido obedecer. ¿Vas a romper tu palabra?

—Y tú has prometido que me dejarías ayudarte. ¿Romperás tú la tuya?

—Para esto no me haces falta —dijo Silencio—. Y será peligroso.

—¿Qué vas a hacer?

Silencio se arrodilló junto al camino y buscó en su morral. Sacó el tonelete de pólvora. La cara de William Ann se puso tan blanca como los hongos.

—¡Madre!

Silencio desató el encendedor de su abuela. No estaba segura de que todavía funcionara. Nunca se había atrevido a apretar los dos brazos de metal, que parecían unas pinzas. Frotarlos entre sí hacía que las puntas se frotaran entre ellas y saltaran chispas, y tenía un muelle en la juntura para volver a separarlos.

Levantó la mirada hacia su hija y luego sostuvo el encendedor junto a su cabeza. William Ann dio un paso atrás y miró hacia los dos lados, a las umbras que había cerca.

—¿Tan mal están las cosas? —susurró la chica—. Para nosotras, digo.

Silencio asintió.

—De acuerdo, pues.

Niña tonta. Silencio no iba a enviarla a casa. Lo cierto era que seguramente necesitaría ayuda. Pretendía recuperar ese cadáver. Los cuerpos pesaban, y no tenía ninguna forma factible de llevarse solo la cabeza. No allí fuera en los bosques, rodeada de umbras.

Metió la mano en el morral y sacó el botiquín. Todo el material estaba atado entre dos planchas pequeñas de madera, que podían servir para entabillar huesos rotos. No fue difícil atar las dos tablillas a ambos lados del encendedor. Usó su paleta para excavar un pequeño agujero en la tierra blanda del camino, más o menos del tamaño del tonelete.

Entonces quitó el tapón al tonelete y lo metió en el agujero. Empapó su pañuelo con el aceite de la lámpara, metió un lado en el tonelete y colocó las tablas del encendedor en el camino con el otro extremo del pañuelo junto a las cabezas que provocaban las chispas. Después de cubrirlo todo con hojas, Silencio tenía una trampa rudimentaria. Si alguien pisaba la tabla de encima, haría presión hacia abajo y saltarían chispas que encenderían el pañuelo. O eso esperaba.

No podía permitirse encender el fuego ella misma. Las umbras irían primero a por quien prendiera el fuego.

—¿Y si no lo pisan? —preguntó William Ann.

—Lo colocaremos más adelante en el camino y volveremos a probar — dijo Silencio.

—Sabes que podría derramarse sangre, ¿verdad?

Silencio no respondió. Si la trampa se disparaba por una pisada, las umbras no considerarían a Silencio la responsable. Irían primero a por quien la hubiera disparado. Pero si se derramaba sangre, se enfurecerían. Poco después de eso, daría igual quién lo hubiera provocado. Todos correrían peligro.

—Aún nos quedan horas de oscuridad por delante —dijo Silencio—. Cubre la pasta brillante.

William Ann asintió con la cabeza y se apresuró a embozar su frasco. Silencio inspeccionó de nuevo la trampa y luego cogió a William Ann del hombro y se la llevó a un lado del camino. Allí los matorrales eran más densos, ya que el camino tendía a serpentear por huecos en las copas de los árboles. La gente prefería los lugares del bosque en los que se veía el cielo.

Los cazarrecompensas terminaron llegando. Cabalgaban en silencio e iluminados por un frasco de pasta brillante cada uno. Los forteños nunca hablaban de noche. Pasaron por la trampa, que Silencio había montado en la parte más angosta del camino. Contuvo el aliento, viendo pasar a los caballos, viendo cómo una pisada tras otra dejaba atrás el montoncito de tierra que señalaba la tabla. William Ann tenía las orejas tapadas y estaba en cuclillas.

Un casco pisó la trampa. No ocurrió nada. Silencio dejó escapar un bufido irritado. ¿Qué iba a hacer si el encendedor estaba roto? ¿Había alguna otra manera de...?

La explosión envió una oleada de fuerza que le sacudió el cuerpo. Las umbras se desvanecieron en un santiamén y los ojos verdes se abrieron de golpe. Los caballos se encabritaron y relincharon mientras hombres y mujeres gritaban.

Silencio se sobrepuso al estupor, agarró a William Ann por el hombro y la sacó de su escondrijo. La trampa había funcionado mejor de lo que esperaba, porque el pañuelo había dejado tiempo al caballo que lo había encendido para dar unos pasos antes de que estallara el tonelete. No había sangre, solo un montón de caballos sorprendidos y gente confusa. El tonelete de pólvora no había hecho tanto daño como había anticipado. Las historias sobre lo que podía hacer la pólvora a menudo eran tan fantasiosas como las que hablaban de Patria, pero el sonido había sido increíble.

Los oídos de Silencio le pitaban mientras se abría paso entre los perplejos forteños y encontraba lo que había esperado ver. El cadáver de Chesterton estaba en el suelo, caído de la silla por culpa de los

corcovos de un caballo y una cuerda deshilachada. Cogió el cadáver por las axilas y William Ann le levantó las piernas. Regresaron caminando de lado a los bosques.

—¡Idiotas! —bramó Rojo entre la confusión—. ¡Detenedla! Es...

Dejó la frase en el aire al ver que las umbras inundaban el camino, cayendo sobre los hombres. Rojo había logrado mantener el control de su montura, pero tuvo que apartarla de las umbras. Enfurecidas, se habían vuelto de un negro puro, aunque saltaba a la vista que el estallido de luz y fuego las había dejado aturdidas. Revoloteaban como polillas alrededor de una llama. Ojos verdes. Menos mal. Si se ponían rojos...

Un cazarrecompensas que estaba en el camino dando vueltas sobre sí mismo fue el primero en sufrir un ataque. Arqueó la espalda y unos pliegues como venas negras le surcaron la piel, entrecruzándose. Cayó de rodillas, chillando mientras la carne de su cara se le encogía contra el cráneo.

Silencio se volvió. William Ann contempló al hombre con una expresión horrorizada.

—Despacio, niña —dijo Silencio con lo que confiaba en que fuese un tono tranquilizador. No se veía muy capaz de tranquilizar a nadie—. Con cuidado. Podemos alejarnos de ellos. William Ann. Mírame.

La chica giró la cabeza hacia ella.

—Sostenme la mirada. Muévete. Eso es. Recuerda, las umbras van siempre primero hacia la fuente del fuego. Están confundidas, aturdidas. Pueden oler el fuego igual que huelen la sangre, y de él pasarán al movimiento rápido más cercano. Despacio, con calma. Deja que las distraiga el barullo de los forteños.

Las dos se internaron en los bosques con una agónica cautela. Ante tanto caos, ante tanto peligro, su paso se les hacía lentísimo. Rojo organizó una resistencia. Las umbras enfurecidas por el fuego podían combatirse y destruirse con plata. Seguirían llegando más y más, pero si los cazarrecompensas eran listos y tenían suerte, podrían eliminar a las que tuvieran cerca y luego apartarse despacio de la fuente del fuego. Podían esconderse, sobrevivir. Quizá.

A menos que alguno derramara sangre por accidente.

Silencio y William Ann cruzaron un campo de hongos que brillaban como cráneos de ratas y se partían sin hacer ruido bajo sus pies. Les falló la suerte y, cuando las umbras se recuperaron de la explosión, las dos más apartadas se volvieron y persiguieron a las mujeres que huían.

William Ann dio un respingo. Silencio dejó los hombros de Chesterton en el suelo con cuidado y sacó el cuchillo.

—Sigue adelante —susurró—. Llévatelo. Despacio, chica, despacio.

—¡No te abandonaré!

—Ahora te alcanzo —dijo Silencio—. No estás preparada para esto.

No miró para comprobar si William Ann la obedecía porque ya tenía encima a las umbras, unas siluetas de negro absoluto que cruzaban a gran velocidad el suelo salpicado de blanco. La fuerza no servía de nada contra las umbras, que no tenían auténtica sustancia. Solo importaban dos cosas: la velocidad y no caer presa del pánico.

Las umbras eran peligrosas, muy cierto, pero mientras se tuviera plata era posible plantarles cara. Muchos habían muerto por correr, atrayendo así a más umbras, en lugar de mantener la posición.

Silencio dio un tajo hacia las umbras cuando la alcanzaron. «¿Queréis a mi hija, engendros del infierno? —pensó con ferocidad—. Tendríais que haber probado con los forteños».

Atravesó la primera umbra con el filo de su daga, como le había enseñado su abuela. «Nunca te escabullas y te encojas ante las umbras. Tienes sangre Pionero. Reclama los bosques. Eres tan criatura suya como cualquier otra. Como yo».

El cuchillo pasó a través de la umbra con una leve sensación de resistencia, haciendo saltar de ella una lluvia de brillantes chispas blancas. La umbra retrocedió, sus negros zarcillos revolviéndose unos sobre otros.

Silencio se volvió hacia la otra. El cielo negro solo le permitió ver los ojos de aquella cosa, de un espantoso verde, mientras intentaba asirla. Silencio le dio una puñalada.

Tenía las manos espirituales de la umbra encima, el frío glacial de sus dedos aferrándole el brazo por debajo del codo. Podía sentirlos. Los dedos de umbra tenían sustancia: podían agarrar y retener. Solo la plata los espantaba. Solo con plata se podía luchar.

Hincó aún más el brazo. Saltaron chispas de la espalda de la umbra, esparciéndose como un cubo de agua de fregar. Silencio reprimió un grito al sentir el gélido y horrible dolor. Se le cayó la daga de unos dedos que ya no sentía. Se derrumbó hacia delante y cayó de rodillas mientras la segunda umbra salía despedida y empezaba a dar vueltas en una enloquecida espiral. La primera se debatía en el suelo como un pez moribundo y, cuando intentó alzarse, la mitad superior se le separó y cayó de nuevo.

¡Qué frío tenía el brazo! Se lo miró y vio cómo la carne de la mano se marchitaba sobre sí misma, retrayéndose hacia el hueso.

Oyó sollozos.

«Quédate ahí, Silencio. —La voz de su abuela. Recuerdos de la primera vez que había matado una umbra—. Haz lo que yo te diga. ¡Nada de lágrimas! Un Pionero no llora. Un Pionero *no llora* ».

Había aprendido a odiarla aquel día. Con diez años y su cuchillito, tiritando y sollozando en la noche mientras su abuela la encerraba con una umbra que pasaba por allí en un anillo de polvo de plata.

La abuela había corrido alrededor del círculo, enfureciendo a la umbra con el movimiento. Mientras Silencio estaba atrapada allí dentro. Con la muerte.

«No se aprende más que haciendo, Silencio. ¡Y tú aprenderás, de una manera o de otra!».

—¡Madre! —susurró William Ann.

Silencio parpadeó, saliendo del recuerdo mientras su hija le echaba polvo de plata en el brazo herido. El marchitamiento cesó cuando William Ann, atragantándose con densas lágrimas, vació el saquito entero de plata de emergencia en la mano. El metal invirtió el marchitamiento y la piel recobró su tono rosado a medida que la negrura se fundía con chispazos blancos.

«Demasiada», pensó Silencio. Con las prisas, William Ann había usado todo el polvo de plata, mucho más del que hacía falta para una herida. Pero se le hizo difícil enfadarse cuando volvió a sentir la mano y aquel frío extremo empezó a remitir.

—¿Madre? —dijo William Ann—. Me he ido, como decías, pero pesaba tanto que no he llegado muy lejos. He vuelto a por ti. Lo siento. ¡He vuelto a por ti!

—Gracias —dijo Silencio, respirando de nuevo—. Lo has hecho bien.

Alzó el brazo, cogió a su hija por el hombro y usó la mano que había tenido marchitada para palpar la hierba en busca de la daga de su abuela. Cuando la levantó, tenía la hoja ennegrecida en varios sitios, pero seguía valiendo.

En el camino, los forteños habían formado un círculo y estaban manteniendo a raya a las umbras con lanzas con puntas de plata. Los caballos habían huido o habían sido consumidos. Silencio recogió del suelo un puñadito de polvo de plata. Lo demás se había agotado en su sanación. Demasiado.

«Ya no tiene sentido preocuparse por eso», pensó, guardándose el polvo en el bolsillo.

—Vamos —dijo, levantándose con esfuerzo—. Siento no haberte enseñado a combatirlas.

—Sí que me enseñaste —contestó William Ann, secándose las lágrimas—. Me lo dijiste todo al respecto.

«Te lo dije, no te lo mostré. Sombras, abuela, ya sé que te estoy decepcionando, pero no pienso hacerle eso a ella. No puedo. Pero aun así, soy buena madre. Voy a protegerlas, eso te lo garantizo».

Salieron del campo de hongos cargando de nuevo con su macabro premio y volvieron a caminar por los bosques. Se cruzaron con más umbras oscurecidas que flotaban en dirección a la pelea. Todas aquellas chispas las atraerían. Los forteños estaban muertos. Demasiada atención, demasiado forcejeo. Tendrían a mil umbras encima antes de que diera la hora.

Silencio y William Ann avanzaron despacio. Aunque el frío había desaparecido casi del todo de la mano de Silencio, quedaba un... un algo. Como un escalofrío, profundo y continuo. Cualquier extremidad que hubieran tocado las umbras tardaba meses en volver a notarse normal.

Pero podría haber pasado algo mucho peor. Sin la reacción rápida de William Ann, Silencio podría haber quedado tullida. El marchitamiento tardaba un poco en asentarse, más o menos según la persona, pero una vez asentado era irreversible.

Algo crujió entre los árboles. Cuando Silencio se detuvo de golpe, William Ann dejó también de andar y miró alrededor.

—¿Madre? —susurró la chica.

Silencio frunció el ceño. Era noche cerrada y habían tenido que abandonar sus luces. «Hay algo ahí fuera —pensó, intentando escrutar en la oscuridad—. ¿Qué eres?». Que el Dios del Más Allá las protegiera si la pelea había atraído a una de las Profundas.

El sonido no se repitió. Con muchos reparos, Silencio siguió adelante. Caminaron durante una hora larga, y en la oscuridad Silencio no se dio cuenta de que estaban acercándose al camino hasta que lo pisaron.

Silencio dejó escapar un suspiro, soltó la carga y movió los brazos para destensarlos. Se filtraba un poco de luz del Cinturón de Estrellas, que les reveló algo con forma de enorme mandíbula a su izquierda. El Puente Viejo. Ya casi estaban en casa. Las umbras de allí no estaban ni siquiera inquietas: se movían flotando perezosas, casi como mariposas.

Tenía los brazos doloridos. Le daba la impresión de que el cadáver pesaba cada vez más. La gente no solía darse cuenta de lo mucho que pesaba un cuerpo muerto. Silencio se sentó. Descansarían un poco antes de continuar.

—William Ann, ¿te queda agua en la cantimplora?

William Ann gimió.

Silencio se sobresaltó y se puso en pie. Su hija estaba junto al puente, y tenía algo oscuro detrás. Un brillo verde iluminó de pronto la noche cuando la figura sacó una pequeña ampolla de pasta brillante. Aquella luz enfermiza permitió a Silencio reconocer a Rojo.

Tenía una daga en el cuello de William Ann. El forteño no había salido bien parado de la lucha. Tenía un ojo de un color blanco lechoso, media cara ennegrecida, los labios retraídos de los dientes. Una umbra le había dado en la cara. Tenía suerte de estar vivo.

—Ya me imaginaba que volverías por aquí —farfulló con sus labios consumidos. Le caía saliva por la barbilla—. Plata. Dame tu plata.

El cuchillo del hombre era de acero común.

—¡Ya! —vociferó Rojo, acercando más el cuchillo al cuello de William Ann. Si le hacía el más mínimo corte, las umbras se les echarían encima en cuestión de segundos.

—Solo tengo la daga —mintió William Ann. La sacó y la tiró al suelo delante de él—. Para tu cara ya es demasiado tarde, Rojo. El marchitamiento se ha asentado.

—Me da igual —siseó él—. Y ahora, el cuerpo. Apártate de él, mujer. ¡Apara!

Silencio se hizo a un lado. ¿Podía llegar a él antes de que matara a William Ann? Tendría que agarrar ese cuchillo. Si saltaba en el momento justo...

—Has matado a mis hombres —gruñó Rojo—. Están todos muertos. Dios, si no hubiera rodado hasta ese hueco Y he tenido que oírlo. ¡He oído cómo los masacraban!

—Has sido el único listo —dijo ella—. No podrías haberlos salvado, Rojo.

—¡Zorra! Los has matado tú.

—Se han matado ellos solos —susurró Silencio—. ¿Cómo os atrevéis a venir a mis bosques y quitarme lo que es mío? Eran tus hombres o mis niñas, Rojo.

—Pues si quieres que tu hija sobreviva, vas a quedarte muy quieta. Chica, recoge ese cuchillo.

Entre gemidos, William Ann se arrodilló. Rojo imitó sus movimientos, sin apartarse de su espalda ni dejar de mirar a Silencio, sosteniendo firme su cuchillo. William Ann recogió la daga de Silencio con manos temblorosas.

Rojo cogió el cuchillo de plata a William Ann con una mano y mantuvo el otro, el normal, en su cuello con la otra.

—La chica va a cargar el cadáver y tú vas a esperarla aquí mismo. No quiero ni que te nos acerques.

—Tú mandas —dijo Silencio.

Pero ya estaba haciendo planes. No podía permitirse atacar en aquel momento. Rojo prestaba demasiada atención. Lo seguiría por los bosques, en paralelo al camino, y esperaría un momento de debilidad. Entonces atacaría.

Rojo escupió a un lado.

Entonces un pivote romo de ballesta salió disparado de la noche y le dio en el hombro, zarandeándolo. Su hoja resbaló por el cuello de William Ann y cayó un reguero de sangre. Los ojos de la chica se ensancharon de terror, aunque había sido un cortecito de nada. El peligro que corriera su cuello no era importante.

La sangre, sí.

Rojo retrocedió dando tumbos, jadeando con una mano en el hombro. En su cuchillo brillaban unas gotas de sangre. Las umbras que los rodeaban se volvieron negras. Cobraron vida unos fulgurantes ojos verdes, que enseguida cambiaron a un tono carmesí.

Ojos rojos en la noche. Sangre en el aire.

—¡Diablos! —chilló Rojo—. ¡Diablos!

Los ojos rojos se arremolinaron a su alrededor. En ellos no había vacilación, no había confusión alguna. Fueron directos hacia el que había derramado sangre.

Silencio extendió el brazo hacia William Ann mientras las umbras descendían. Rojo agarró a la chica y la arrojó contra una umbra, intentando detenerla. Dio media vuelta y salió corriendo en sentido opuesto.

William Ann pasó a través de la umbra y se le marchitó la cara. La piel le tiró de la barbilla y alrededor de los ojos. Trastabilló después de atravesar la umbra y cayó en brazos de Silencio.

Silencio sintió un pánico inmediato y abrumador.

—¡No! Niña, no. No. No...

William Ann intentó mover la boca y emitió un sonido ahogado mientras los labios se le retraían hacia los dientes, con los ojos muy abiertos mientras se le tensaba la piel y se le marchitaban los párpados.

«Plata, necesito plata. Puedo salvarla». Silencio estiró el cuello y asíó a William Ann. Rojo corría camino abajo, dando tajos a diestro y siniestro con la daga de plata, salpicando luz y chispas. Estaba rodeado de umbras. Centenares, como cuervos buscando posadero.

No en esa dirección. Las umbras tardarían poco en terminar con él y buscarían más carne. Cualquier carne. William Ann aún tenía sangre en el cuello. La próxima sería ella. Y aunque no fuese así, la chica estaba marchitándose deprisa.

La daga no bastaría para salvar a William Ann. William Ann necesitaba polvo, polvo de plata, que hacer tragarse a su hija. Hurgó en el bolsillo y sacó el poco polvo de plata que tenía.

Demasiado poco. Sabía que iba a ser demasiado poco. El entrenamiento de su abuela le calmó la mente y todo se aclaró en un instante.

La posada estaba cerca. Allí tenía más plata.

—Ma... madre...

Silencio cogió en brazos a William Ann. Pesaba demasiado poco, se le secaba la carne. Dio media vuelta y cruzó el puente corriendo con todas sus fuerzas.

Le dolían los brazos, debilitados por haber cargado el cadáver hasta tan lejos. El cadáver... ¡No podía perderlo!

No. No podía pensar en eso. Las umbras acabarían con su carne, aún lo bastante caliente, al poco de que muriera Rojo. No cobraría la recompensa. Tenía que concentrarse en William Ann.

El viento enfrió las lágrimas del rostro de Silencio mientras corría. Su hija tiritaba y se sacudía en sus brazos, con los estertores de la muerte. Si moría así, se convertiría en umbra.

—¡No voy a perderte! —dijo Silencio a la noche—. Por favor. No voy a perderte...

A su espalda, Rojo soltó un largo y ululante chillido de agonía que se interrumpió mientras las umbras se daban un banquete. Cerca de ella se detuvieron otras umbras, con ojos que cambiaron a rojo.

Sangre en el aire. Ojos carmesíes.

—Te odio —susurró Silencio al aire mientras corría. Cada zancada era un suplicio. Sí que se estaba haciendo vieja, sí—. ¡Te odio! Por lo que me hiciste. Por lo que nos hiciste.

No sabía si hablaba con su abuela o con el Dios del Más Allá. A menudo eran lo mismo, en su mente. ¿Se había dado cuenta de eso alguna vez?

Las ramas la azotaron mientras seguía corriendo. ¿Eso que veía al fondo era luz? ¿La posada?

Cientos y cientos de ojos rojos se abrieron delante de ella. Tropezó y cayó al suelo, exhausta, con William Ann como un pesado fardo de ramas en sus brazos. La chica temblaba y tenía los ojos en blanco.

Silencio extendió la mano con el poquito de polvo de plata que había sacado del bolsillo. Ansiaba ponérselo a William Ann, ahorrarle un poco de dolor, pero sabía sin duda que sería desperdiciarlo. Bajó la mirada, llorando, e hizo con el polvo un pequeño círculo alrededor de las dos. ¿Qué otra cosa podía hacer?

William Ann tenía convulsiones y la respiración rasposa mientras arañaba los brazos de Silencio. Las umbras llegaron a docenas, apiñándose alrededor de ellas, oliendo la sangre. La carne.

Silencio se abrazó a su hija. Tendría que haber ido a por la daga, en realidad. No habría curado a William Ann, pero al menos podría haberla usado para luchar.

Sin la daga, sin nada, había fracasado. Su abuela había tenido razón desde el principio.

—Calla ahora, querida —susurró Silencio, cerrando los ojos con fuerza —, no tengas miedo.

Las umbras atacaron su frágil barrera, haciendo saltar chispas y obligando a Silencio a abrir los ojos. Retrocedieron y otras ocuparon su lugar, acosando la plata, iluminando con sus ojos rojos unas siluetas negras que se retorcían.

—La noche cae —susurró ella, con la voz estrangulada—, pero el sol volverá al cielo.

William Ann arqueó la espalda y se quedó muy quieta.

—Duerme ahora, que... que... querida, no pases duelo. Estamos a oscuras, pero un día... despertaremos...

Qué cansada estaba. «No tendría que haberla dejado venir».

Pero si no lo hubiera hecho, Chesterton se le habría escapado y probablemente habría caído presa de las umbras. William Ann y Sebruksi serían esclavas de Theopolis, o algo peor.

Sin opciones. Sin salida.

—¿Por qué nos enviaste aquí? —chilló, mirando hacia el cielo más allá de centenares de brillantes ojos rojos—. ¿Qué sentido tiene?

No hubo respuesta. Nunca había respuesta.

Sí, aquello de delante era luz. La veía a través de las ramas bajas de los árboles. Estaba solo a escasos metros de la posada. Moriría a pocos pasos del hogar, igual que su abuela.

Parpadeó, acunando a William Ann mientras su diminuta barrera fallaba.

Esa... esa rama que tenía delante. Tenía una forma muy rara. Larga, fina, sin hojas. No se parecía en nada a una rama. Se parecía más bien...

Se parecía a un pivote de ballesta.

Se había clavado en el árbol después de salir disparado de la posada. Recordó que ese mismo día se había enfrentado al mismo pivote, había mirado su punta reluciente.

Plata.

Silencio Montane irrumpió por la puerta trasera de la posada, tirando de un cuerpo desecado. Llegó dando tumbos a la cocina, a duras penas capaz de andar, y dejó caer la saeta con punta de plata de una mano marchita.

La piel seguía tirándole, el cuerpo arrugándose. No había podido evitar el marchitamiento, no luchando contra tantas umbras. El pivote de ballesta había servido solo para abrirle paso, permitiéndole embestir en una última y desesperada carga.

Casi no podía ver. Caían lágrimas de sus ojos empañados. Aun con las lágrimas, notaba los ojos tan secos como si llevara una hora al viento sin cerrarlos. Sus párpados se negaban a cerrarse y no podía mover los labios.

Tenía polvo, ¿verdad?

Pensamiento. Mente. ¿Qué?

Actuó sin pensar. Frasco en la repisa de la ventana. Por si se rompía el círculo. Desenroscó la tapa con unos dedos que eran como palos. Verlos dejó horrorizada a una parte lejana de su mente.

«Muero. Estoy muriendo».

Hundió el frasco de polvo de plata en el aljibe, lo sacó y fue renqueando hacia William Ann. Cayó de rodillas junto a la chica, derramando buena parte del agua. Lo demás lo vertió en la cara de su hija con un brazo tembloroso.

«Por favor. Por favor».

Oscuridad.

—Se nos envió aquí para ser fuertes —dijo su abuela, de pie al borde del acantilado, contemplando las aguas. Su cabello canoso ondeaba al viento, serpenteando como las volutas de una umbra. Se volvió hacia Silencio, que vio su rostro correoso cubierto de gotitas de agua por las olas que rompían abajo—. El Dios de Más Allá nos envió. Forma parte de su plan.

—Para ti es muy fácil decirlo, ¿verdad? —espetó Silencio—. Encajas cualquier cosa en ese «plan» tan nebuloso. Hasta la misma destrucción del mundo.

—No te toleraré las blasfemias, niña. —Su voz sonaba como botas arrastrando gravilla. Anduvo hacia Silencio—. Puedes despotricar contra el Dios de Más Allá, pero no cambiará nada. William era un necio y un imbécil. Estás mejor sin él. ¡Somos los Pionero! Nosotros sobrevivimos. Seremos quienes derrotemos a la Maldad, algún día.

Pasó junto a su nieta.

Silencio nunca había visto una sonrisa a su abuela, al menos desde que muriera su marido. Sonreír era desperdiciar energía. Y el amor... el amor era para la gente de Patria. Los que no habían perecido a manos de la Maldad.

—Estoy embarazada —dijo Silencio.

Su abuela se detuvo.

—¿De William?

—¿De quién si no?

Su abuela siguió andando.

—¿No hay reproches? —preguntó Silencio, mientras se volvía y se cruzaba de brazos.

—Lo hecho, hecho está —dijo la anciana—. Somos Pionero. Si así es como debe continuar nuestro linaje, que así sea. Estoy más preocupada por la posada, y por cumplir los pagos a esos condenados fuertes.

«Para eso tengo una idea —pensó Silencio, visualizando las ofertas de recompensa que había empezado a reunir—. Algo a lo que ni siquiera tú te atreverías. Algo peligroso. Algo impensable».

Su abuela llegó a los bosques y miró a Silencio, ceñuda, antes de ajustarse el sombrero e internarse entre los árboles.

—No dejaré que interfieras con mi criatura —dijo Silencio en voz alta—. ¡La criará como yo quiera!

Su abuela desapareció en las sombras.

Por favor. Por favor.

—¡Lo haré!

No voy a perderte. No voy a...

Silencio despertó con un respiro, arañando los tablones del suelo, mirando hacia arriba.

Viva. ¡Estaba viva!

Dob, el mozo de cuadra, estaba arrodillado a su lado, sosteniendo el frasco de polvo de plata. Silencio tosió y se llevó los dedos —gordezuelos, con la carne restaurada— al cuello. Estaba sana, aunque le raspaba la garganta por los copos de plata que le habían hecho tragarse. Tenía la piel salpicada de partículas negras de plata consumida.

—¡William Ann! —exclamó, girándose.

La niña estaba tendida en el suelo junto a la puerta. La parte izquierda de William Ann, la que había tocado primero a la umbra, estaba ennegrecida. No tenía la cara tan mal, pero su mano era un esqueleto marchito. Tendrían que amputársela. La pierna tampoco tenía buen aspecto. Silencio no podría saber lo grave que era hasta examinar las heridas.

—Ay, mi niña...

Silencio se arrodilló a su lado.

Pero la chica respiraba. Era suficiente, considerándolo todo.

—Lo he intentado —explicó Dob—, pero tú ya habías hecho lo que debía hacerse.

—Gracias —dijo Silencio. Se volvió hacia el hombre mayor, con su frente despejada y sus ojos mates.

—¿Lo has atrapado? —preguntó Dob.

—¿A quién?

—Al criminal de la recompensa.

—Eh... Sí, lo he atrapado. Pero luego he tenido que dejarlo.

—Ya encontrarás otro —dijo Dob con su tono invariable, poniéndose de pie—. El Zorro siempre los encuentra.

—¿Cuánto hace que lo sabes?

—Soy idiota, señora mía, pero no tonto —respondió él. Le hizo una inclinación de cabeza y se marchó, encorvado como siempre.

Silencio se puso de pie y gimió al levantar del suelo a William Ann. Llevó a su hija a la habitación de arriba y la atendió.

La pierna no estaba tan mal como se había temido. Perdería unos cuantos dedos del pie, pero la extremidad en sí estaba bastante sana. Todo el lado izquierdo del cuerpo de William Ann estaba ennegrecido, como quemado. Con el tiempo, se iría aclarando a gris.

Todo el que la viera sabría exactamente lo que había ocurrido. Muchos hombres se negarían a tocarla siquiera, temiendo el contagio. Quizá estuviera condenada a una vida de soledad.

«Esa clase de vida me la conozco un poco», pensó Silencio, mojando un trapo en la pileta y lavando la cara a William Ann. La joven pasaría el día entero durmiendo. Había estado muy cerca de morir, de convertirse en umbra. El cuerpo tardaba en recuperarse de algo así.

Por supuesto, Silencio también había estado cerca. Pero para ella no era la primera vez. Otra práctica con su abuela. ¡Cómo odiaba a aquella mujer! Silencio debía lo que era a lo dura que la había vuelto aquel entrenamiento. ¿Podía estar agradecida a su abuela y odiarla al mismo tiempo?

Terminó de lavar a William Ann, le puso un camisón suave y la dejó en su cama. Sebruksi todavía dormía por el bebedizo que le había dado Silencio.

De modo que bajó a la cocina a sentarse y meditar pensamientos difíciles. Había perdido la recompensa. Las umbras se habrían dado un banquete con el cuerpo. La piel sería polvo, el cráneo estaría negro y echado a perder. No tenía forma de demostrar que había capturado a Chesterton.

Apoyó los brazos en la mesa de la cocina y entrelazó las manos por delante. Quería darle al whiskey en vez de pensar, para embotar los horrores de la noche.

Pero pasó horas pensando. ¿Tenía alguna forma de pagar a Theopolis? ¿Pedir dinero prestado a otra persona? ¿A quién? Tal vez buscar otra recompensa. Pero últimamente pasaba muy poca gente por la posada. Theopolis ya le había dado el aviso al que obligaba el documento. No esperaría el pago más de un día o dos antes de reclamar la posada como propiedad suya.

¿De verdad había superado tantas contrariedades, solo para perder de todos modos?

El sol le cayó en la cara y un viento suave de la ventana rota le hizo cosquillas en la mejilla, despertándola de un sueño ligero sobre la mesa. Silencio parpadeó y se desperezó, con protestas de sus extremidades. Luego suspiró y fue a la encimera. Había dejado fuera todos los materiales para sus preparados la noche anterior, y la pasta brillante de sus cuencos de arcilla aún no se había apagado del todo. La saeta de ballesta con la punta de plata estaba junto a la puerta trasera, donde la había soltado. Tenía que recoger y preparar el desayuno para sus escasos huéspedes. Y luego, tenía que pensar en alguna forma de...

La puerta se abrió y alguien entró en la cocina.

... de lidiar con Theopolis. Dio un suave suspiro y miró al hombre, con su ropa limpia y su sonrisa condescendiente. Le puso el suelo perdido de barro al entrar.

—Silencio Montane. Qué buen día hace, ¿hum?

«Sombras —pensó ella—. Ahora mismo no tengo la fuerza mental para tratar con él».

Theopolis empezó a cerrar los postigos de las ventanas.

—¿Qué haces? —preguntó Silencio con brusquedad.

—¿Hum? ¿No me tienes dicho que no quieres que se nos vea juntos? ¿Que no quieres dar pistas de que te cobro yo las recompensas? Solo intento protegerte. ¿Ha pasado algo? Tienes un aspecto horrible, ¿hum?

—Sé lo que hiciste.

—¿Ah, sí? Pero es que verás, yo hago muchas cosas. ¿A cuál te refieres?

Qué ganas tenía de borrarle aquella sonrisa de los labios, arrancarle la garganta y exprimirle aquel acento de Último Puerto tan irritante. Pero no podía. Qué bien se le daba actuar, al condenado. Silencio tenía suposiciones, a buen seguro acertadas. Pero no tenía pruebas.

Su abuela lo habría matado en ese mismo instante. ¿Tan desesperada estaba Silencio por demostrar sus sospechas que se arriesgaría a perderlo todo?

—Estuviste en los bosques —dijo Silencio—. Cuando Rojo me sorprendió en el puente, supuse que el sonido que había oído, de hojas moviéndose en la oscuridad, habría sido él. Pero no lo era. Insinuó que nos estaba esperando en el puente. Esa cosa de la oscuridad eras tú. Y también fuiste tú quien le disparó con la ballesta para sacudirlo y que derramara sangre. ¿Por qué, Theopolis?

—¿Sangre? —preguntó Theopolis—. ¿De noche? ¿Y has sobrevivido? Puedes darte con un canto en los dientes, diría yo. Extraordinario. ¿Qué pasó luego?

Silencio no dijo nada.

—Vengo a cancelar la deuda —añadió Theopolis—. Entonces no tienes recompensa que cobrar, ¿hum? A lo mejor al final sí que necesitamos mi escrito. Menos mal que he tenido la amabilidad de traer otra copia. De verdad que esto será estupendo para los dos. ¿No estás de acuerdo?

—Te brillan los pies.

Theopolis vaciló y miró abajo. Allí, el barro que había traído emitía un tenue resplandor a la luz de los restos de pasta brillante.

—Me seguiste —dijo ella—. Sí que estabas allí anoche.

El hombre alzó la mirada hacia ella con una expresión lenta y despreocupada.

—¿Y qué?

Dio un paso adelante.

Silencio retrocedió y su talón topó con la pared que tenía detrás. Palpó a su alrededor, cogió la llave y corrió el cerrojo de la puerta que había en esa pared. Theopolis la agarró del brazo y tiró de ella mientras Silencio abría la puerta hacia fuera.

—¿Buscabas alguna arma oculta de las tuyas? —preguntó el hombre con una mueca burlona—. ¿La ballesta que guardas en el estante de la despensa? Sí, sé que está ahí. Me decepcionas, Silencio. ¿No podemos ser personas civilizadas?

—Jamás firmaré tu documento, Theopolis —dijo ella, y escupió a sus pies—. Antes muerta. Antes expulsada de mi casa y mi hogar. Puedes quedarte la posada por la fuerza, pero yo no voy a servirte. Por mí puedes irte al infierno, hijo de puta. Eres un...

Theopolis le dio un bofetón. Fue un gesto rápido pero sin emoción alguna.

—Anda, cállate.

Silencio trastabilló hacia atrás.

—Qué dramática eres, Silencio. Seguro que no soy el único que desearía que hicieras honor a tu nombre, ¿hum?

Ella se lamió el labio, sintiendo el dolor del tortazo. Levantó una mano hacia su cara. Una sola gota de sangre le coloreó el dedo al retirarlo.

—¿Qué esperas, que me asuste? —preguntó Theopolis—. Sé que aquí dentro estamos a salvo.

—Necio forteño —susurró Silencio, y le lanzó la gota de sangre encima. Le dio en la mejilla—. Hay que cumplir siempre las Sencillas Reglas. Hasta cuando crees que no hace falta. Y no estaba abriendo la despensa, como creías.

Theopolis frunció el ceño y miró la puerta que acababa de abrir Silencio. Era la que daba al pequeño y viejo sagrario. El santuario de su abuela, dedicado al Dios del Más Allá.

La parte de abajo de la puerta estaba cubierta de plata.

Unos ojos rojos se abrieron en el aire detrás de Theopolis, y una negrura absoluta cobró forma en la estancia ensombrecida. Theopolis vaciló y dio media vuelta.

No llegó ni a chillar. La umbra cogió su cabeza entre las manos y le empezó a arrebatar la vida. Era una umbra reciente, de rasgos aún marcados a pesar de la ondulante oscuridad de su ropa. Una mujer alta,

de facciones duras, con el pelo rizado. Theopolis abrió la boca, pero su cara se marchitó, sus ojos se le hundieron en la cabeza.

—Tendrías que haber corrido, Theopolis —dijo Silencio.

La cabeza del hombre empezó a desmoronarse. Su cuerpo se derrumbó al suelo.

—Escóndete de los ojos verdes, huye de los rojos —dijo Silencio, recogiendo la saeta de ballesta con punta de plata de al lado de la puerta trasera—. Tus normas, abuela.

La umbra se volvió hacia ella. Silencio se estremeció al mirar aquellos ojos muertos, vidriosos, de la matriarca a la que había aborrecido y amado.

—Te odio —dijo Silencio—. Gracias por hacer que te odiara.

Sostuvo ante ella el pivote, pero la umbra no atacó. Silencio la rodeó poco a poco, obligándola a retroceder. La umbra se apartó de ella flotando y regresó al sagrario rodeado por plata al pie de sus tres paredes, donde Silencio la había atrapado años antes.

Con el corazón aporreándole el pecho, Silencio cerró la puerta, completando el contorno, y volvió a echar la llave. Pasara lo que pasara, la umbra siempre dejaba en paz a Silencio. Casi le daba la impresión de que la recordaba. Y casi le daban remordimientos por haber tenido encerrada aquella alma en el pequeño armario tantos años.

Silencio encontró la cueva escondida de Theopolis después de seis horas buscándola.

Estaba más o menos donde esperaba encontrarla, en las colinas que había cerca del Puente Viejo. Tenía un contorno de plata, que más tarde recogería. Era un buen dinero.

Dentro de la cueva encontró el cadáver de Chesterton, que Theopolis había arrastrado hasta allí mientras las umbras mataban a Rojo y luego perseguían a Silencio. «Por una vez, me alegro de que fuieras un avaricioso, Theopolis».

Tendría que buscar a alguien para que empezara a cobrar las recompensas en su nombre. Sería complicado, y más a corto plazo. Sacó el cadáver a rastras y lo echó a lomos del caballo de Theopolis. Un breve paseo la llevó de vuelta al camino, donde se detuvo un momento antes de remontar un poco hasta localizar el cadáver de Rojo, marchitado hasta quedar solo huesos y ropa.

Recuperó la daga de su abuela, mellada y ennegrecida por la pelea. La guardó de nuevo en la vaina que llevaba al costado. Regresó con paso

pesado, agotada, a la posada para esconder el cadáver de Chesterton en el viejo sótano tras la cuadra, junto a los restos de Theopolis. Luego volvió a la cocina. Al lado de la puerta del sagrario, donde una vez había estado colgada la daga de su abuela, había puesto el virote de ballesta de plata que Sebruksi le había enviado sin saberlo.

¿Qué dirían las autoridades cuando tuviera que explicarles la muerte de Theopolis? Quizá podía afirmar que lo había encontrado como estaba...

Se quedó quieta un momento y sonrió.

—Parece que estás de suerte, amigo mío —dijo Daggon, dando un sorbo a su cerveza—. Ya no vas a tener que preocuparte de que el Zorro Blanco vaya a por ti.

El hombre larguirucho, que insistía en hacerse llamar Sinceridad, se encorvó un poco más en su asiento. Daggon le preguntó:

—¿Cómo es que aún estás aquí? Yo he viajado hasta Último Puerto. No me esperaba encontrarte por estos andurriales en el camino de vuelta.

—Me han contratado en una hacienda cercana —dijo el hombre de cuello estrecho—. Un buen trabajo, ojo. Todo legal.

—¿Y pagas para dormir aquí todas las noches?

—Me gusta. Es un sitio tranquilo. Las haciendas no están bien protegidas con plata. Dejan que las umbras se paseen por ahí. Hasta dentro de la casa. —El hombre se estremeció.

Daggon se encogió de hombros y alzó su jarra mientras Silencio Montane se acercaba cojeando. Sí, era una mujer con bastante buena pinta. De verdad tendría que ponerse a cortejarla un día de aquellos. La mujer frunció el ceño a su sonrisa y le soltó el plato delante.

—Creo que me la estoy ganando —dijo Daggon, sobre todo para sí mismo, cuando Silencio se marchó.

—Pues tendrás que esforzarte más —repuso Sinceridad—. Este último mes le han pedido matrimonio siete hombres.

—¿Cómo?

—¡La recompensa! —exclamó el hombre larguirucho—. Por entregar a Chesterton. Menuda suerte tuvo Silencio Montane de encontrar la madriguera del Zorro Blanco.

Daggon atacó el plato. No le hacía mucha gracia cómo habían resultado las cosas. ¿Aquel presumido de Theopolis era el Zorro Blanco desde el

principio? Pobre Silencio. Lo que tenía que haber sido para ella tropezar con su cueva y encontrarlo dentro, todo marchitado...

—Dicen que el tal Theopolis agotó sus últimas fuerzas matando a Chesterton —dijo Sinceridad— y llevándoselo a su agujero. Theopolis se marchitó antes de poder llegar a su polvo de plata. Muy propio del Zorro Blanco, siempre decidido a obtener su recompensa, pase lo que pase. Tardaremos en ver a otro cazarrecompensas como él.

—Eso parece —dijo Daggon, aunque habría preferido con mucho que el hombre hubiera conservado su piel. ¿Ahora sobre quién contaría historias Daggon? No le apetecía tener que pagarse las cervezas.

Cerca de ellos, un individuo grasiento se levantó después de comer y salió tambaleándose por la puerta principal, con pinta de ir ya medio borracho, y eso que no pasaba del mediodía. Cómo era la gente. Daggon negó con la cabeza.

—Por el Zorro Blanco —dijo, alzando su jarra.

Sinceridad entrechocó la suya con la de Daggon.

—Por el Zorro Blanco, el cabronazo más duro que han conocido nunca los bosques.

—Que su alma conozca la paz —añadió Daggon—, y agradezcamos al Dios de Más Allá que nunca decidiera que merecíamos su tiempo.

—Amén —convino Sinceridad.

—Claro que también está Kent el Sangriento —dijo Daggon—. A ese sí que no conviene tocarle las narices. Más te vale que no se fije en ti, amigo mío. Y no vengas con esa carita de inocente. Esto son los bosques. Aquí todo el mundo ha hecho algo alguna vez de lo que no quiere que se entere nadie...

Nota final

Este relato tuvo su origen cuando George R. R. Martin se inclinó hacia mí en una firma de libros que estábamos haciendo los dos y me dijo: «Oye, ¿tú escribes ficción breve?».

Le respondí que yo escribía ficción breve *larga*. Entonces me invitó a participar en una de sus antologías, lo cual fue un auténtico honor. Las antologías que publican él y Gardner Dozois son una especie de «quién es quién» entre los escritores de ficción especulativa, y aunque ahora George es famoso por sus novelas, en el ramo siempre ha sido conocido por sus dotes editoriales. (Gardner, por cierto, es igual de conocido por lo mismo, de modo que fue un verdadero privilegio que me invitaran).

Pensé mucho tiempo en qué naturaleza iba a tener una antología titulada *Dangerous Women*, «mujeres peligrosas». Me preocupaba que los relatos que incluyera fuesen a caer en el tópico de hacer a todas las mujeres peligrosas de un mismo modo. (Lo cual resultó no ser el caso, por suerte). No me apetecía escribir otro cliché sobre una *femme fatale* o sobre una mujer soldado que en esencia sería un hombre con pechos.

¿De qué otras maneras podía alguien ser peligrosa? Supe casi desde el principio que quería que mi protagonista fuera una madre de mediana edad. Treno ya era un mundo construido del todo, puesto que sabía de su importancia en el Cosmere. Me estaba planteando ambientar la historia allí, y la última pieza encajó mientras hacía un estudio genealógico con propósitos religiosos y di con una mujer llamada Silence, Silencio.

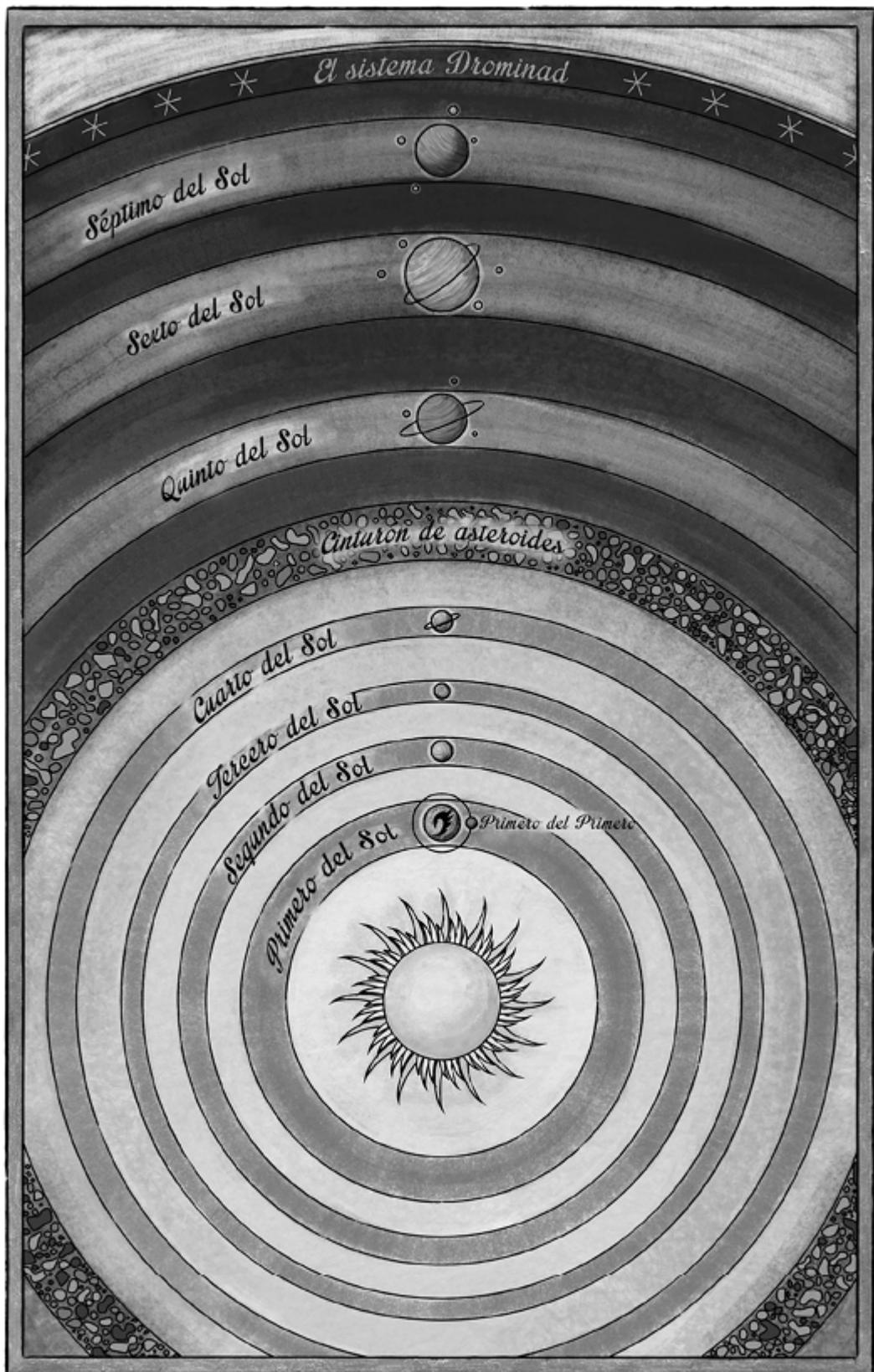
¿Quién llamaría Silencio a su hija? Parecía uno de esos nombres hermosamente puritanos que no funcionarían en la mayoría de las ambientaciones, pero para Treno era perfecto. (Algún día alguien logrará sonsacarnos cuál es el nombre real de Nazh). La historia surgió a partir de ahí.

Unas cuantas anotaciones molonas sobre este relato. En primer lugar, las reglas para lidiar con los fantasmas se basan (vagamente) en las leyes judías que dictan lo que se puede hacer y lo que no durante el *sabbat*. Isaac, nuestro incansable cartógrafo, puso el nombre de Treno al planeta (y también bautizó a Nazh). La historia marco, la de los hombres en la posada de Silencio, estuvo a punto de sufrir tijeretazo dos o tres veces; hasta Gardner se mostró escéptico sobre ella cuando empezó a leer el relato. Al final, demostró que merecía su espacio por la mordida que tiene la transición al punto de vista de Silencio y por lo bien que cierra la trama al final. Creo que esa parte es necesaria, pero también creo que con ella la historia empieza con lo que considero una sección más floja.

Veréis más de este mundo en el futuro, con toda probabilidad.

El sistema Drominad





Hay muchos planetas en el Cosmere que están habitados pero en los que actualmente no reside ninguna Esquirla. Aunque las vidas, las pasiones y las creencias de las personas son, por supuesto, importantes residan en el planeta donde residan, solo unos pocos de esos planetas tienen una relevancia notable para el Cosmere como un todo.

Esto se debe en gran medida al hecho de que viajar hacia y desde los planetas, por lo menos en el Reino Físico, depende de las perpendicularidades, los lugares en los que una persona puede hacer la transición desde Shadessmar hasta el planeta en sí. Los mundos que no cuentan con ninguna perpendicularidad pueden estudiarse desde el Reino Cognitivo, pero no explorarse de verdad.

En general, las perpendicularidades las crea la presencia de una Esquirla en el planeta. La concentración de tanta Investidura en el Reino Cognitivo y en el Físico genera puntos de fricción, donde se produce una especie de transferencia. En esos puntos, la materia física, el pensamiento cognitivo y la esencia espiritual se hacen uno, y una entidad puede trasladarse entre reinos.

La existencia en un planeta de una perpendicularidad (que en el Reino Físico suele adoptar la forma de un estanque de poder concentrado) es indicativa de la presencia de una Esquirla. Eso es lo que hace tan interesante a Primero del Sol.

El sistema, apodado Drominad, tiene la notable cifra de tres planetas habitados por sociedades humanas desarrolladas del todo. (Hay otro cuarto planeta en la zona habitable). Se trata de un caso único en el Cosmere: solo el sistema de Roshar podría rivalizar con Drominad, y allí uno de los planetas está habitado únicamente por Astillas.

Estos cuatro planetas tienen el agua como característica dominante. Y uno de ellos, el primero, tiene una perpendicularidad.

No he podido descubrir por qué, ni cómo, existe esa perpendicularidad. Ciertamente no hay ninguna Esquirla residiendo en el sistema. No sabría decir lo que está ocurriendo, solo sugerir que esa característica debe de ser consecuencia de algo sucedido en el pasado del planeta. Con toda probabilidad, también existe Investidura en algún lugar, aunque aún no he tenido ocasión de investigar Primero del Sol en persona. El terreno que rodea la perpendicularidad es extremadamente peligroso, y las pocas expediciones enviadas allí desde Luzdeplata no han regresado.

Sexto del Ocaso







La muerte cazaba bajo las olas. Ocaso la vio acercarse, una inmensa oscuridad en el profundo azul, una forma sombría tan ancha como seis canoas canaleras atadas una al lado de la otra. Las manos de Ocaso se tensaron sobre el remo, y su corazón se encabritó mientras buscaba de inmediato a Kokerlii.

Por suerte, la colorida ave estaba en su lugar habitual de la proa de la barca, picándose distraído una pata que tenía levantada. Kokerlii bajó la pata y se atusó las plumas, como si le trajera sin cuidado el peligro que llegaba desde abajo.

Ocaso contuvo el aliento. Siempre lo hacía, cuando tenía la mala fortuna de encontrarse con uno de esos seres en el océano abierto. No sabía qué aspecto tenían bajo las olas. Esperaba no averiguarlo nunca.

La sombra se aproximó, ya casi a punto de tocar la canoa. Un banco de pezfinos que pasaba por allí saltó al aire en una ola plateada, asustados por la cercanía de la sombra. Los peces, aterrorizados, cayeron de vuelta al agua con un sonido parecido a la lluvia. La sombra no se desvió. Los pezfinos eran una comida demasiado frugal para interesarse en ella.

Los ocupantes de una embarcación, en cambio...

Pasó justo por debajo. Sak pio bajito desde el hombro de Ocaso. La segunda ave parecía percibirse del peligro. Las criaturas como la sombra no cazaban siguiendo el olfato o la vista, sino sintiendo las mentes de sus presas. Ocaso volvió a mirar a Kokerlii, su única protección contra una amenaza capaz de tragarse su canoa entera. Nunca había recortado las alas de Kokerlii, pero en momentos como aquel comprendía por qué muchos marinos preferían que sus aviales no pudieran salir volando.

La barca cabeceó con suavidad y los saltarines pezfinos se calmaron. Las olas lamieron el casco de la embarcación. ¿La sombra se habría detenido? ¿Se lo habría pensado mejor? ¿Los habría sentido? El aura protectora de Kokerlii siempre había sido suficiente en el pasado, pero...

La sombra desapareció poco a poco. Se había girado para sumergirse, comprendió Ocaso. Al poco tiempo, dejó de distinguir nada en las aguas. Después de vacilar un momento, se obligó a sacar su máscara nueva. Era un aparato moderno que había adquirido hacía solo dos viajes de aprovisionamiento, una celada de cristal con cuero a los lados. La bajó a la superficie del agua y se inclinó para escrutar las profundidades. Las vio con tanta claridad como si estuviera en una laguna calmada.

Nada. Solo aquella profundidad inacabable. «Eres tonto —pensó, guardando la máscara y sacando su pala—. ¿No acabas de decidir que no querías ver nunca un bicho de esos?».

Aun así, mientras empezaba a remar de nuevo, supo que iba a pasar el resto de la travesía con la sensación de que la sombra estaba allí abajo, siguiéndolo. Tal era la naturaleza de las aguas. Nunca se sabía lo que acechaba por debajo.

Siguió adelante, remando en su canoa con batangas y leyendo las olas para estimar su posición. Aquellas olas eran tan reveladoras para él como una brújula, y hubo un tiempo en que lo habían sido para todos los Eelakin, su pueblo. Pero ya solo los tramperos aprendían las artes antiguas. También era cierto que incluso él llevaba una brújula de las más recientes, envuelta en el petate junto a su nuevo conjunto de cartas marinas, los mapas dejados como regalo por los Venidos de Arriba en su visita de principios de año. Se decía que eran más exactos incluso que las últimas mediciones, de modo que Ocaso los había comprado por si acaso. No podía evitarse que los tiempos cambiaran, decía su madre, más de lo que podía evitarse que las olas rompieran.

No pudo pasar mucho tiempo, medido por las mareas, antes de que avistara la primera isla. Sori era una isla pequeña del Panteón, y la más visitada de todas. Su nombre significaba «niño». Ocaso recordaba como si fuera ayer entrenar en sus costas con su tío.

Hacía mucho tiempo que no quemaba ninguna ofrenda a Sori, pese a lo bien que lo había tratado en su juventud. Quizá no estaría de más hacerle una pequeña ofrenda. Patji no se pondría celosa. No se podía tener celos de Sori, la menor de las islas. Al igual que todo trampero era bienvenido en Sori, se decía que todas las demás islas del Panteón le tenían afecto.

Sea como fuere, en Sori no había mucha caza valiosa. Ocaso siguió remando, a lo largo de un tramo del archipiélago que su pueblo conocía como el Panteón. Desde lejos, el archipiélago no era tan distinto de las

islas natales de los Eelakin, de las que lo separaba una travesía de tres semanas.

Eso, desde lejos. Al acercarse, resultaban muy, muy distintas. Durante las siguientes cinco horas, Ocaso remó dejando atrás Sori y tres de sus primas. Nunca había puesto el pie en ninguna de esas tres. De hecho, nunca había amarrado en muchas de las cuarenta y tantas islas del Panteón. Al final de su aprendizaje, cada trampero elegía una isla y trabajaba allí toda su vida. Él había escogido Patji, unos diez años antes. Cómo volaba el tiempo.

Ocaso no vio más sombras bajo las olas, pero siguió vigilante. Tampoco era que pudiera hacer gran cosa para protegerse. De ese trabajo se ocupaba Kokerlii, felizmente posado en la proa de la embarcación, con los ojos entrecerrados. Ocaso le había dado semillas para comer, que le gustaban mucho más que los frutos secos.

Nadie sabía por qué las sombras y otras bestias parecidas vivían solo en aquel lugar, en las aguas cercanas al Panteón. ¿Por qué no cruzaban el mar hasta las islas Eelakin o el continente, donde había alimento de sobra y los aviares como Kokerlii eran mucho más escasos? En otras épocas, nadie se habría hecho esas preguntas. Los mares eran como eran. Pero de un tiempo a esa parte, la gente indagaba y metía las narices en todo. Preguntaban: «¿Por qué?» Decían: «A esto deberíamos buscarle explicación».

Ocaso negó con la cabeza, hincando el remo en el agua. Ese sonido, el de la madera en el agua, había sido su compañero en la mayoría de sus días. Lo entendía mucho mejor que entendía el habla del hombre.

Aunque a veces las preguntas del hombre se le metieran en la cabeza y se negaran a salir.

Después de las primas, la mayoría de los tramperos habrían virado al norte o al sur, siguiendo otras ramas del archipiélago hasta llegar a su isla elegida. Ocaso siguió adelante, hacia el corazón de las islas, hasta que se alzó una silueta ante él. Patji, la isla más grande del Panteón. Se elevaba como una cuña en el mar. Era un lugar de picos inhóspitos, mortales acantilados y profunda selva.

«Hola, viejo destructor —pensó—. Hola, padre».

Ocaso alzó su pala y la dejó en la canoa. Se quedó sentado un tiempo, masticando peces capturados la noche anterior y dando migajas a Sak. El ave de plumas negras se los comió con un aire solemne. Kokerlii seguía sentado a proa, piando a veces. Tendría ganas de desembarcar. Sak nunca aparentaba tener ganas de nada.

Aproximarse a Patji no era tarea sencilla, ni para aquellos que cazaban en sus costas. La barca siguió danzando con las olas mientras Ocaso pensaba cómo tomar tierra. Al cabo de un tiempo, dejó el pescado y

volvió a remar en unas aguas que seguían profundas y azules, pese a su proximidad a la isla. Había miembros del Panteón que tenían bahías protegidas y playas en pendiente. Patji no tenía paciencia para esas bobadas. Sus playas eran de piedra y tenían taludes escarpados.

En sus costas nunca se estaba a salvo. De hecho, las playas eran la parte más peligrosa, porque no solo se estaba al alcance de los horrores de la tierra, sino también de los monstruos de las profundidades. El tío de Ocaso se lo había advertido una y otra vez. Solo un necio dormía en las costas de Patji.

La marea le era favorable y evitó que lo atraparan las corrientes que estrellarían su canoa contra aquellas taciturnas paredes de roca. Ocaso remó hacia una extensión de peñascos y salientes de piedra, lo que pasaba por una playa en Patji. Kokerlii salió volando hacia los árboles, piando y graznando.

Ocaso miró las olas de inmediato. No había sombras. Aun así, se sintió desnudo mientras saltaba de la canoa y la arrastraba para izarla a las rocas, con el agua cálida lamiéndole las piernas. Sak se quedó en su sitio, al hombro de Ocaso.

Cerca, entre las olas, Ocaso vio un cadáver meciéndose en el agua.

«Sí que empezamos pronto con las visiones, amigo mío», pensó, mirando a Sak. El aviar solía esperar a que hubieran amarrado del todo antes de conceder su bendición.

El pájaro de plumas negras se limitó a contemplar las olas.

Ocaso siguió trabajando. El cuerpo que veía entre las olas era el suyo propio. Le decía que evitara esa zona del agua. Quizá hubiera una anémona espinosa que pudiera picarle, o quizás esperara allí una corriente traicionera. Las visiones de Sak no mostraban tantos detalles; servían solo como aviso.

Ocaso sacó la barca del agua, desmontó las batangas y las ató al cuerpo principal de la canoa para mayor seguridad. A continuación, arrastró la embarcación costa arriba con cuidado, preocupándose de no rascar el casco contra piedras puntiagudas. Tendría que esconder la canoa en la selva. Si la encontraba algún otro trampero, Ocaso se quedaría atrapado en la isla varias semanas más, armando otra. Eso sería...

Se detuvo cuando dio con el talón contra algo blando. Miró hacia abajo, esperando encontrar un montón de algas. Pero en vez de eso, vio una tela mojada. ¿Una camisa? Ocaso la levantó para estudiarla y entonces reparó en otras señales, más sutiles, por toda la costa. Trozos rotos de madera lijada. Papelitos que flotaban en un remolino.

«Serán idiotas», pensó.

Volvió a la tarea de trasladar su canoa. Ir con prisas nunca era buena idea en una isla del Panteón. Pero sí que aceleró un poco el paso.

Al llegar a la linde de la selva, vio su propio cadáver colgando de un árbol cercano. Aquello que se entreveía entre las hojas como de helecho de la copa eran enredaderas cortadoras. Sak dio un suave graznido en su hombro mientras Ocaso cogía una piedra grande de la playa, que arrojó contra el árbol. La piedra dio en la madera y, en efecto, las enredaderas cayeron como una red, llenas de pinchos.

Les costaría unas horas retraerse. Ocaso acercó su canoa y la ocultó entre los arbustos cercanos al árbol. Con un poco de suerte, otros tramperos serían lo bastante sensatos como para apartarse de las enredaderas cortadoras, y en consecuencia no darian con su embarcación.

Antes de camuflar la barca con las últimas frondas, Ocaso sacó su petate. Aunque los siglos habían cambiado poco los deberes de un trampero, el mundo moderno tenía sus ventajas. En vez del simple taparrabos que le dejaba expuestas las piernas y el pecho, se puso unos gruesos pantalones con bolsillos en las perneras y una camisa con botones para protegerse la piel de las ramas y las hojas afiladas. En vez de sandalias, Ocaso se anudó unas recias botas. Y en vez de un garrote con dientes clavados, se procuró un machete del mejor acero. En su petate había lujos como una cuerda con garfio de acero, una lámpara y un encendedor que creaba chispas solo con juntar sus dos manecillas. Se parecía bien poco a los tramperos de las pinturas que había en casa, pero le daba igual. Prefería seguir con vida.

Ocaso dejó la canoa, echándose al hombro el petate y enfundando el machete a un lado. Sak pasó a su otro hombro. Antes de abandonar la playa hizo una pausa y miró la imagen de su translúcido cadáver, que aún colgaba de unas enredaderas invisibles junto al árbol.

¿De verdad podía haber sido tan tonto como para dejarse atrapar por enredaderas cortadoras? Que él supiera, Sak solo le mostraba muertes plausibles. Ocaso prefería pensar que casi todas eran bastante improbables, visiones de lo que podía haber sucedido si fuese un imprudente, o si su tío no lo hubiera entrenado tan a fondo.

Antes, Ocaso se apartaba de cualquier lugar en el que viera su cadáver. No era valentía lo que había pasado a impulsarlo a hacer lo contrario. Era que necesitaba afrontar las posibilidades. Necesitaba ser capaz de dejar aquella playa sabiendo que aún podía lidiar con las enredaderas cortadoras. Si evitaba los peligros, no tardaría en perder sus habilidades. No podía confiar demasiado en Sak.

Porque Patji intentaría matarlo a cada ocasión que tuviera.

Ocaso se volvió y recorrió las piedras de la costa. Hacerlo iba contra todos sus instintos: en general, prefería dirigirse al interior nada más

pudiera. Pero no podía marcharse sin investigar el origen de los restos que había visto. Sospechaba dónde podría hallar su fuente.

Silbó y Kokerlii respondió desde lo alto con un gorjeo, alzó el vuelo de un árbol cercano y planeó sobre la playa. No le ofrecería tanta protección como estando cerca, pero las bestias que cazaban mentes en la isla no eran tan grandes ni tenían una psique tan fuerte como las sombras del océano. Ocaso y Sak serían invisibles para ellas.

Al cabo de una media hora costa arriba, Ocaso encontró los restos de un extenso campamento. Cajas rotas, cuerdas deshilachadas medio sumergidas en charcos dejados por la marea, lona desgarrada, tablones hechos añicos que una vez pudieron ser paredes. Kokerlii se posó en una vara rota.

No vio su propio cadáver por allí cerca, lo cual podía significar que no había peligros inmediatos en la zona. También podía significar que lo que pudiese matarlo allí era capaz de tragarse su cuerpo entero.

Ocaso pisó con ligereza las piedras húmedas al borde del campamento destruido. No. Era más grande que un campamento. Ocaso pasó los dedos por un madero roto, en el que estaban pintadas con plantilla las palabras «Compañía Comercial Intereses Norteños». Era una poderosa fuerza mercantil de su tierra natal.

Se lo había dicho. Se lo había dicho una y mil veces. «No vengáis a Patji». Idiotas. ¡Y habían acampado en la costa, nada menos! ¿Es que nadie en esa compañía escuchaba nunca? Llegó a un grupo de surcos en las rocas, anchos como su brazo y de unos diez pasos de largo. Llevaban al océano.

«Sombra —pensó—. Una bestia de las profundidades». Su tío le había contado que una vez vio una. Era un enorme *algo* que había saltado desde el agua. Había matado a una docena de krells que pastaban en las plantas costeras antes de regresar a las aguas con su festín.

Ocaso se estremeció, imaginando aquel campamento sobre la piedra, atestado de hombres que desempacaban, preparándose para construir el fuerte que le habían descrito. Pero ¿dónde estaba su barco? ¿Dónde estaba la embarcación a vapor con el casco de hierro que, según afirmaban, podía rechazar los ataques de hasta las sombras más profundas? ¿Estaría defendiendo el fondo del océano, convertido en hogar de pezfinos y pulpos?

No había supervivientes, ni tampoco ningún cadáver a la vista. La sombra debía de haberlos devorado. Se retiró a la posición relativamente más segura del borde de la selva y estudió el follaje, buscando señales de que alguien hubiera pasado por allí. El ataque era reciente, quizás de hacía menos de un día.

Distraído, dio a Sak una semilla de su bolsillo mientras localizaba una sucesión de frondas rotas que llevaba al interior de la selva. Había supervivientes, pues. Quizá fuesen media docena. Cada uno había tomado una dirección distinta, y deprisa. Huían del ataque.

Correr por la selva era una buena forma de buscarse la muerte. Los de la compañía se creían muy duros y preparados. Se equivocaban. Ocaso había hablado con varios de ellos, intentando persuadir a tantos de sus «tramperos» como pudiese de no embarcarse en la travesía.

No había servido de nada. Quería echar la culpa a las visitas de los Venidos de Arriba por aquella imprudente ansia de progreso, pero lo cierto era que las compañías llevaban años hablando de expandirse al Panteón. Ocaso suspiró. Bueno, seguramente los supervivientes ya habrían muerto. Debería dejarlos con sus destinos.

Solo que la misma idea de que hubiera forasteros en Patji hacía que se estremeciera con algo que combinaba repugnancia y ansiedad. Estaban allí. No estaba bien. Aquellas islas eran sagradas y los tramperos, sus sacerdotes.

Cerca, las plantas se removieron. Ocaso desenfundó el machete con un gesto fluido, lo niveló y metió la mano en el bolsillo para sacar su honda. Pero no fue un refugiado lo que salió de los arbustos, ni tampoco un depredador. Fue un grupito de pequeños animales parecidos a ratones que asomaron cautelosos, husmeando el aire. Sak graznó. Nunca le habían gustado los manseros.

¿Comida?, enviaron a Ocaso los tres manseros. *¿Comida?*

Era el más rudimentario de los pensamientos, proyectado sin mediación a su mente. Aunque no quería entretenerte, no dejó pasar la oportunidad de sacar un poco de carne seca para los manseros.

Mientras se amontonaban sobre ella, enviándole gratitud, Ocaso vio sus dientes afilados y el único colmillo afilado que sobresalía de delante de sus bocas. Su tío le había dicho que antes los manseros eran peligrosos. Un mordisco bastaba para matar. Con el paso de los siglos, las criaturas se habían acostumbrado a los tramperos. Sus mentes eran menos planas que las de otros animales. Su tío los encontraba casi tan inteligentes como los aviares.

¿Recordáis?, les envió por medio del pensamiento. *¿Recordáis vuestra tarea?*

Otros, enviaron ellos de vuelta, jubilosos. *Morder a otros!*

Los tramperos no se fijaban en aquellos animales tan pequeños. Pero Ocaso pensaba que quizás, con un poco de entrenamiento, los manseros podían suponer una sorpresa inesperada para algún rival. Buscó en su bolsillo y rozó con los dedos un viejo y tieso fragmento de pluma. Decidió aprovechar la ocasión y sacó unas cuantas plumas largas, de

brillantes colores verde y rojo, del petate. Eran plumas de apareamiento que había recogido de Kokerlii durante su muda más reciente.

Siguió hacia el interior de la jungla, seguido por unos emocionados manseros. Cuando estuvo cerca de su madriguera, clavó las plumas de apareamiento entre unas ramas, como si hubieran caído allí por casualidad. Si pasaba algún trampero y veía las plumas, podía suponer que los aviares tenían un nido cerca, con huevos recién puestos que saquear. Las plumas los atraerían.

Morder a otros, ordenó Ocaso de nuevo.

¡Morder a otros!, respondieron ellos.

Se quedó pensando un momento. ¿Habrían visto algo del naufragio de la compañía? A lo mejor podían señalarle la dirección correcta.

¿Habéis visto a otros?, les envió Ocaso. *¿Hace poco? En la selva?*

¡Morder a otros!, respondieron.

Eran inteligentes, pero no tanto. Ocaso se despidió de los animales y se volvió hacia el bosque. Tras debatirse un momento, se dirigió hacia el interior, cruzando y luego siguiendo el rastro de un refugiado. Escogió el que tenía visos de ir a pasar demasiado cerca de uno de sus propios campamentos seguros, en las profundidades de la selva.

Hacía más calor bajo el follaje, a pesar de la sombra. Sofocante pero cómodo. Kokerlii lo alcanzó y lo rebasó para posarse en una rama donde había varios aviares menores piando. Kokerlii era mucho más grande que ellos, pero les cantó con entusiasmo. Un aviar criado entre humanos nunca volvía a encajar del todo entre los suyos. Podía decirse lo mismo de un hombre criado entre aviares.

Ocaso siguió el rastro que había dejado el refugiado, esperando encontrar su cadáver en cualquier momento. No lo vio, aunque su propio cuerpo muerto sí que apareció de vez en cuando por el camino. Lo halló tendido a medio devorar en el fango, o escondido tras un tronco derribado con solo un pie a la vista. Nunca podía dormirse en los laureles, llevando a Sak al hombro. Daba igual si las visiones de Sak eran realidad o ficción: en cualquier caso, necesitaba el recordatorio constante de cómo trataba Patji a los desprevenidos.

Adoptó el acostumbrado, aunque incómodo, paso largo de un trampero del Panteón. Alerta, precavido, evitando rozarse con hojas en las que pudiera haber insectos picadores. Cortando con el machete solo cuando era imprescindible, para no dejar un rastro que pudiera seguirse. Escuchando, atendiendo a su aviar en todo momento, sin adelantarse a Kokerlii ni permitir que el pájaro se alejara demasiado.

El refugiado no había caído en los peligros más comunes de la isla. Cruzaba las veredas en vez de seguir las. La mejor manera de encontrar depredadores era seguir a su comida. El refugiado no sabía cubrir sus pasos, pero tampoco se metía en los nidos de lagartos chascafuego, ni se rozaba con corteza de la hierbaletal, ni pisaba el fango hambriento.

¿Sería otro trámero? ¿Uno joven, todavía no adiestrado del todo? Sonaba a algo que podría intentar la compañía. Los trámeros expertos eran imposibles de reclutar, porque ninguno sería tan estúpido como para guiar a un grupo de oficinistas y mercaderes por las islas. Pero ¿un joven, que aún no hubiera escogido su isla? ¿Un joven que quizás estuviera resentido por poder practicar solo en Sori hasta que su mentor decidiera que había completado su aprendizaje? Ocaso se había sentido así diez años antes.

De modo que por fin la compañía había contratado a un trámero. Explicaría que por fin se hubieran atrevido a organizar su expedición. «Pero ¿a Patji, nada menos? —pensó, arrodillándose a la orilla de un pequeño arroyo. No tenía nombre, pero Ocaso lo conocía—. ¿Por qué venir aquí?».

La respuesta era evidente. Eran mercaderes. Para ellos, cuanto más grande, mejor. ¿Para qué perder el tiempo con las islas menores? ¿Por qué no acudir al propio padre?

Por encima de él, Kokerlii se posó en una rama y empezó a picar un fruto. El refugiado se había detenido junto a aquel arroyo. Ocaso estaba ganando terreno al joven. A juzgar por la profundidad de las huellas del chico en el barro, Ocaso podía estimar su peso y su altura. Tendría diecisésis años, quizás algo menos. Los trámeros empezaban su aprendizaje a los diez, pero Ocaso no se imaginaba ni siquiera a la compañía intentando reclutar a alguien tan poco formado.

«Pasó hace dos horas», pensó Ocaso después de girar un tallo roto y oler la savia. El camino del chico seguía derecho hacia el campamento franco de Ocaso. ¿Cómo? Ocaso nunca había hablado de él a nadie. Quizás aquel joven fuese aprendiz de otro trámero que visitaba Patji. Alguno de ellos podía haber encontrado su campamento y mencionárselo.

Ocaso frunció el ceño, pensativo. En sus diez años recorriendo Patji, solo había visto en persona a otros trámeros un puñado contado de veces. Siempre se habían dado la vuelta y seguido direcciones distintas sin mediar palabra. Era como funcionaban esas cosas. Intentarían matarse uno al otro, pero no lo harían en persona. Era mejor dejar que Patji se encargara de los rivales en vez de ensuciarse las manos directamente. O, al menos, eso le había enseñado su tío.

A veces, Ocaso se frustraba al pensar lo. Patji acabaría con todos en algún momento, así que ¿por qué ayudar al padre? Pero las cosas eran así, de modo que Ocaso se dejaba llevar. En todo caso, el refugiado iba

casi en línea recta hacia el campamento franco de Ocaso. Quizá el joven no conociera la forma de hacer las cosas. Quizá llegara buscando ayuda, asustado de acudir a un campamento franco de su maestro por miedo al castigo. Quizá...

No, mejor no darle más vueltas. Ocaso ya tenía la cabeza llena de conjeturas espurias. Encontraría lo que encontrara. Tenía que concentrarse en la selva y sus peligros. Empezó a alejarse del arroyo y de pronto vio aparecer su cadáver ante él.

Saltó hacia delante, dio media vuelta y oyó un tenue siseo. El revelador sonido lo hacía el aire al escapar de una pequeña grieta del suelo, seguido de un enjambre de diminutos insectos amarillos, pequeños como cabezas de alfiler. ¿Un nuevo hormiguero de hormigas asesinas? Si se hubiera quedado allí plantado un poco más, perturbando su hormiguero oculto, le habrían subido por la bota. Una sola picadura bastaría para matarlo.

Se quedó mirando el tumulto de los insectos más tiempo del que habría debido. Al no encontrar ninguna presa, regresaron al hormiguero. A veces, un bulto en el terreno señalaba su posición, pero Ocaso no había visto nada. Solo se había salvado gracias a la visión de Sak.

Así era la vida en Patji. Hasta el trampero más cuidadoso podía cometer un error. Y aunque no lo cometiera, la muerte podía reclamarlo de todos modos. Patji era un padre autoritario y vengativo que ansiaba la sangre de todo aquel que pisaba sus costas.

Sak pio en su hombro. Ocaso le rascó el cuello a modo de agradecimiento, aunque el trino del ave había sonado a disculpa. La advertencia casi había llegado demasiado tarde. Sin ella, Patji se lo habría llevado ese mismo día. Ocaso reprimió las apremiantes preguntas que no debería estar haciéndose y siguió adelante.

Llegó a las inmediaciones de su campamento franco mientras la tarde se preparaba para abandonar la isla. Encontró dos de sus cables trampa cortados, desarmados. No se sorprendió: los había colocado para que fuesen fáciles de ver. Ocaso rodeó con cuidado otro hormiguero del suelo, más grande que el anterior y con una grieta permanente por la que pudieran salir a borbotones las hormigas asesinas. Pero la abertura estaba sellada con una ramita humeante. Un poco más adelante, los hongos viento nocturno que Ocaso había dedicado años a cultivar estaban mojados para impedir que las esporas escaparan. Los siguientes dos cables trampa, los que no debían ser fáciles de ver, también estaban cortados.

«Bien hecho, chaval», pensó Ocaso. No solo había esquivado las trampas, sino que también las había desarmado por si tenía que huir deprisa en esa dirección. Pero alguien tenía que enseñar al chico a ocultar su rastro. Por supuesto, el rastro en sí podía ser una trampa, un intento de hacer que Ocaso se descuidara. En consecuencia, redobló la

cautela mientras avanzaba centímetro a centímetro. Sí, el chico había dejado allí más huellas, tallos rotos y otras señales.

Algo se movió entre las copas de los árboles. Ocaso se detuvo y escrutó en las alturas. Había una mujer colgando de las ramas, atrapada en una red de enredadera gelatinosa, que dejaba a sus víctimas insensibles e incapaces de moverse. Por fin una de sus trampas había funcionado.

—Esto... ¿hola? —dijo ella.

«Una mujer —pensó Ocaso, sintiéndose muy estúpido—. La huella pequeña, la pisada ligera».

—Quiero dejar meridianamente claro —dijo la mujer— que no tengo intención de robarte tus aves ni allanar tu territorio.

Ocaso se acercó en la menguante luz. Reconocía a aquella mujer. Estaba entre los oficinistas que habían acudido a sus reuniones con la compañía.

—Has cortado mis cables trampa —dijo Ocaso. Las palabras se le hicieron raras en la boca y salieron bruscas, como si se hubiera tragado un puñado de arena. Llevaba semanas sin hablar.

—Esto sí, así es. Suponía que podrías reemplazarlos. —Vaciló—. Lo siento.

Ocaso se tranquilizó. La mujer rodó despacio en su red, y Ocaso reparó en un aviar que se había posado fuera. Al igual que sus propios pájaros, tenía unos tres puños de altura, aunque aquel tenía el plumaje de color verde y blanco apagado. Era un arroyal, una raza que no se criaba en Patji. Ocaso no sabía mucho de ellos, aparte de que, como Kokerlii, protegían la mente de los depredadores.

Las sombras se alargaron y el cielo se oscureció con el sol poniente. Pronto tendría que refugiarse para pasar la noche, porque los depredadores más peligrosos de la isla salían con la oscuridad.

—Te prometo que no quiero robarte —dijo la mujer desde sus ataduras. ¿Cómo se llamaba? Ocaso creía que se lo habían dicho, pero no se acordaba. Algo fuera de la tradición—. Me recuerdas, ¿verdad? Nos conocimos en las oficinas de la compañía.

Ocaso no respondió.

—Por favor —dijo ella—. Preferiría con mucho que no me colgaras de un árbol por los tobillos, empapada de sangre para atraer a los depredadores. Si no te importa.

—No eres un trampero.

—Bueno, no —respondió ella—. Quizá te hayas fijado en mi género.

—Ha habido tramperas.

—Sí. Una trampera, Yaalani la Valerosa. Me han contado su historia cien veces. Te resultará curioso saber que casi todas las sociedades tienen su mito de la inversión de papeles femenina. La mujer que va a la guerra disfrazada de hombre, o que dirige las tropas de su padre en la batalla, o que trampea en una isla. Estoy convencida de que esas historias están para que los padres puedan decir a sus hijas: «No eres Yaalani».

Esa mujer hablaba. Hablaba mucho. Era lo que hacía la gente en las islas Eelakin. Tenía la piel oscura, como la de él, y el habla de su pueblo. Pero aquel leve acento lo había oído cada vez más cuando volvía a las islas natales. Era el acento de alguien que había recibido educación.

—¿Puedes bajarme? —pidió ella, con un ligero temblor en la voz—. No me siento las manos. Es perturbador.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Ocaso—. Se me ha olvidado.

Estaban hablando demasiado. Le dolían los oídos. Aquel lugar debía ser silencioso.

—Vathi.

«¡Eso!» Era un nombre inadecuado. No hacía referencia a su orden de nacimiento y el momento del día, sino que se parecía a los nombres del continente. Entre su gente ya no era tan poco frecuente.

Fue a un árbol cercano, cogió la cuerda y bajó la red. El aviar de la mujer descendió aleteando, dando graznidos indignados y doliéndose de un ala, obviamente herida. Vathi cayó al suelo hecha un revoltijo de rizos oscuros y faldas de lino verde. Se puso en pie trastabillando pero volvió a caer. Tendría la piel insensible unos quince minutos más, por el contacto con las enredaderas.

Se quedó sentada y sacudió las manos para quitarse el entumecimiento.

—Entonces... esto... ¿no habrá tobillos y sangre? —preguntó esperanzada.

—Eso se dice para asustar a los niños —dijo Ocaso—. No lo hacemos de verdad.

—Ah.

—Si hubieras sido otro trampero, te habría matado para que no pudieras vengarte de mí.

Anduvo hacia el aviar de la mujer, que abrió el pico, amenazante, y extendió las alas para parecer más grande. Sak pio desde su hombro, pero al otro pájaro no pareció importarle.

Sí, tenía sangre en un ala. Ocaso se alegró de comprobar que Vathi se había preocupado del pájaro, por lo menos. Algunos nataleños no daban ninguna importancia a las necesidades de sus aviares y los trataban más como accesorios que como criaturas inteligentes. Vathi había arrancado las plumas cercanas a la herida, entre ellas un astil joven que podía sangrar si se partía. Había cubierto la herida con gasa, pero el ala seguía sin tener buen aspecto. Podía estar fracturada. Habría que atarle las alas al cuerpo para evitar que volara.

—Oh, Mirris —dijo Vathi, poniéndose por fin de pie—. He intentado ayudarla. Es que nos hemos caído cuando el monstruo...

—Recógela —la interrumpió Ocaso, comprobando el cielo—. Sígueme. Pisa solo donde yo.

Vathi asintió sin protestar, aunque no podía habérsele pasado ya el adormecimiento. Cogió un pequeño morral de entre las enredaderas y se alisó las faldas. Llevaba un chaleco ajustado y de su morral asomaba una especie de tubo metálico. ¿Una funda de mapa? Vathi recogió su aviar, que se le aposentó feliz en el hombro.

Ocaso abrió el camino y Vathi lo siguió, sin intentar nada cuando le dio la espalda. Bien. La oscuridad caía sobre ellos, pero su campamento franco estaba justo delante y Ocaso se sabía de memoria los pasos que tenía que dar para llegar desde allí. Mientras caminaban, Kokerlii bajó aleteando, se posó en el otro hombro de la mujer y empezó a trinar con aire amistoso.

Ocaso se detuvo y se volvió. El aviar de la mujer bajó por su ropa para alejarse de Kokerlii y se aposentó cerca de su corpiño. Dio un leve siseo, pero Kokerlii, que nunca se preocupaba por nada, siguió piando con alegría. Era una suerte que su especie fuese tan invisible a las mentes que hasta las hormigas asesinas lo veían tan incomestible como un cacho de corteza.

—¿Este es tuyo? —preguntó Vathi, mirando a Ocaso—. Ah, claro que sí. El que llevas al hombro no es un aviar.

Sak se acomodó y se atusó las plumas. No, su especie no era aviar. Ocaso siguió adelante.

—Nunca había visto a un trampero con un ave que no fuese de las islas —dijo Vathi desde detrás.

No era una pregunta. Por tanto, Ocaso no vio necesidad de contestar.

Aquel campamento franco —Ocaso tenía otros dos en la isla— estaba en la cima de una colina baja, al final de una senda serpenteante. Allí, un robusto árbol gurra sostenía lejos del suelo una estructura de una sola habitación. Los árboles se contaban entre los lugares más seguros para dormir en Patji. Sus copas eran el dominio de los aviares, y la mayoría de los grandes depredadores eran terrestres.

Ocaso encendió su lámpara y la alzó para que la luz naranja bañara su hogar.

—Arriba —dijo a la mujer.

Ella giró la cabeza hacia la selva que iba oscureciéndose. A la luz de la lámpara, Ocaso vio que tenía los ojos rojos por la falta de sueño, a pesar de la sonrisa despreocupada que le dedicó antes de trepar por las estacas que tenía clavadas el árbol. El entumecimiento ya se le debía de haber pasado.

—¿Cómo lo sabías?

Vathi vaciló, cerca de la trampilla que abría el paso al hogar de Ocaso.

—¿Cómo sabía qué?

—Dónde estaba mi campamento franco. ¿Quién te lo dijo?

—He seguido el sonido del agua —dijo ella, señalando con la cabeza el pequeño arroyo que nacía en la ladera—. Al encontrar trampas, he sabido que llevaba la dirección correcta.

Ocaso frunció el ceño. No se podía oír aquella agua, porque el arroyo desaparecía bajo tierra a solo unos centenares de metros y volvía aemerger en un lugar inesperado. Seguirlo hasta allí sería casi imposible.

¿Estaba mintiendo o tenía mucha suerte?

—Querías encontrarme —dijo él.

—Quería encontrar a alguien —contestó ella, abriendo la puerta. Su voz se amortiguó al entrar en la construcción—. He supuesto que un trampero sería mi única oportunidad de sobrevivir. —Fue a una de las ventanas con mosquitera, con Kokerlii aún al hombro—. Me gusta el sitio. Es muy espacioso, para ser una choza en una colina en plena jungla mortal en una isla aislada rodeada de monstruos.

Ocaso subió, sosteniendo la lámpara en los dientes. La estancia tenía unos cuatro pasos de largo y era lo bastante alta para estar de pie, aunque poco más.

—Sacude esas mantas —dijo él, señalando el montón con la cabeza y dejando la lámpara—. Luego levanta todos los vasos y cuencos del estante y mira dentro.

Los ojos de ella se ensancharon.

—¿Qué estoy buscando?

—Hormigas asesinas, escorpiones, arañas, rascasangres... —Se encogió de hombros y dejó a Sak en su posadero, junto a la ventana—. El campamento está construido para ser estanco, pero esto es Patji. Al padre le gustan las sorpresas.

Mientras Vathi dejaba la mochila con reparos y empezaba a trabajar, Ocaso subió por otra escalera para comprobar el techo. Allí había un grupo de cajas que podían albergar a una pareja de aves, con nidos dentro y agujeros que permitían a los pájaros entrar y salir a su antojo, dispuestas en dos hileras. Los animales nunca se alejaban mucho, salvo en ocasiones especiales, al haber sido criados por él.

Kokerlii aterrizó sobre uno de los nidos y pio, aunque flojito, porque ya era de noche. Llegaron más arrullos y trinos de las otras cajas. Ocaso se acercó para comprobar que las aves no tuvieran las alas o las patas heridas. Aquellas parejas de aviares eran su modo de vida, y los polluelos que incubaban, su principal recurso. Sí, trampeaba en la isla e intentaba encontrar nidos y aves salvajes, pero no era tan efectivo como criarlas él mismo.

—Te llamabas Sexto, ¿verdad? —dijo Vathi desde abajo, acompañada del sonido de una manta al sacudirse.

—Así es.

—Familia numerosa —comentó Vathi.

Una familia de lo más normal. O por lo menos, lo había sido en otros tiempos. Su padre se llamaba Duodécimo y su madre Undécima.

—¿Sexto de qué? —preguntó Vathi.

—Del Ocaso.

—Así que naciste casi de noche —dijo Vathi—. Los nombres tradicionales siempre me han parecido muy... esto... descriptivos.

«Qué poca sustancia ha tenido ese comentario —pensó Ocaso—. ¿Por qué los nataleños siempre tienen que hablar, aunque no haya nada que decir?».

Pasó al siguiente nido e inspeccionó a los dos adormilados pájaros que contenía antes de observar sus heces. Las aves respondieron a su presencia con alegría. Un aviar criado entre seres humanos, sobre todo si había prestado su talento a una persona siendo joven, siempre vería a la gente como parte de su bandada. Aquellos pájaros no eran sus compañeros, como Sak y Kokerlii, pero seguían siendo especiales para él.

—No hay insectos en las mantas —dijo Vathi, sacando la cabeza por la trampilla, detrás de él, con su propio aviar al hombro.

—¿Y en los vasos?

—Ahora me pongo con ellos. ¿Estas son tus parejas de cría, entonces?

Estaba claro que lo eran, así que no hacía falta responder.

Vathi miró cómo pasaba revista a las aves. Ocaso sintió sus ojos sobre él. Al final, habló.

—¿Por qué no hizo caso tu compañía al consejo que le dimos? Venir aquí ha sido un desastre.

—Sí.

Ocaso se volvió hacia ella.

—Sí —repitió Vathi—, supongo que esta expedición será un desastre absoluto, pero un desastre que nos acerca un paso a nuestro objetivo.

Ocaso fue a ver cómo estaba Sisisru, trabajando a la luz de la luna que ya se alzaba en el cielo.

—Menuda idiotez.

Vathi se cruzó de brazos en el techo de la construcción, con el torso medio metido aún en el cuadrado iluminado de la trampilla.

—¿Crees que nuestros antepasados aprendieron a orientarse en los océanos sin sufrir unos cuantos desastres? ¿Y qué me dices de los primeros tráperos? Tú tienes un conocimiento que se ha transmitido de generación en generación, aprendido por prueba y error. Si los primeros tráperos hubieran considerado una «idiotez» explorar, ¿dónde estarías tú?

—Eran hombres que viajaban solos y estaban bien entrenados, no barcos llenos de oficinistas y estibadores.

—El mundo está cambiando, Sexto del Ocaso —dijo ella en voz baja—. La gente del continente busca compañeros aviares cada vez más, y las

cosas que una vez eran dominio exclusivo de los muy ricos están ahora al alcance de cualquiera. Hemos aprendido mucho, pero los aviares siguen siendo un enigma. ¿Por qué los polluelos criados en las islas natales no conceden talentos? ¿Por qué...?

—Son argumentos necios —la interrumpió Ocaso, dejando a Sisisru en su nido—. No quiero volver a oírlos.

—¿Y los Venidos de Arriba? —preguntó ella—. ¿Qué hay de su tecnología, de las maravillas que producen?

Ocaso vaciló y luego sacó unos gruesos guantes y señaló al aviar de la mujer. Vathi miró a su ave blanca y verde, hizo un chasquido tranquilizador con la lengua y lo cogió con las dos manos. El aviar sufrió la manipulación con solo unos picotazos desganados a los dedos de Vathi.

Ocaso cogió con cuidado al ave en sus manos enguantadas —los picotazos no serían tan tímidos en su caso— y le quitó el vendaje. Limpió la herida, entre energicas protestas del aviar, y le puso una venda nueva con pericia. Luego usó otra venda para fijar las alas del pájaro a su cuerpo, sin apretar demasiado para no impedirle respirar.

Al animal no le hizo gracia, claro. Pero volar agravaría la fractura del ala. Con el tiempo se arrancaría el vendaje a picotazos, pero de momento podría sanar. Cuando terminó, dejó a la nerviosa ave con sus otros aviares, que dieron suaves y amistosos trinos para calmarla.

Vathi no puso objeciones a dejar allí a su pájaro por el momento, aunque observó todo el proceso con interés.

—Puedes dormir en mi campamento franco esta noche —dijo Ocaso, volviéndose hacia ella.

—Y luego, ¿qué? —preguntó ella—. ¿Me echarás a la selva para que muera?

—Lo has hecho bien de camino hacia aquí —reconoció él a regañadientes. La mujer no era trampera. Un erudito no debería haber sido capaz de llegar hasta su campamento—. Supongo que sobrevivirás.

—He tenido suerte. No lograría cruzar la isla entera.

Ocaso se quedó callado un momento.

—¿Cruzar la isla?

—Hasta el campamento principal de la compañía.

—¿Habéis venido más?

—Eh... Pues claro. No pensarías...

—¿Qué ha pasado?

«¿Quién es el idiota, ahora? —se dijo—. Es lo primero que tendrías que haberle preguntado». Hablar nunca se le había dado nada bien.

Vathi se encogió, ensanchando los ojos. ¿Veía peligroso a Ocaso? Quizá la pregunta le había salido un poco demasiado como un ladrido. Daba igual. Vathi habló, así que tenía lo que quería.

—Levantamos nuestro campamento en la playa del norte —dijo—. Tenemos dos barcos con casco de hierro y cañones vigilando las aguas. Pueden encargarse hasta de un recorrefondo, si hace falta. Doscientos soldados y otra vez la mitad entre científicos y mercaderes. Estamos decididos a averiguar de una vez por todas por qué los aviares tienen que nacer en las islas del Panteón para poder conceder talentos.

»Un equipo se desplazó en esta dirección para buscar un lugar en el que levantar otra fortaleza. La compañía está decidida a defender Patji de otros intereses. A mí me parecía mala idea enviar la expedición, pero tenía mis propios motivos para querer rodear la isla, así que me apunté. Y entonces, el recorrefondo... —Puso cara de ir a vomitar.

Ocaso casi había dejado de escuchar a la mitad. ¿*Doscientos* soldados, correteando por Patji como hormigas sobre una fruta caída? ¡Qué atrocidad! Imaginó la calma de la selva rota por los sonidos de sus voces estridentes. El sonido de los humanos gritándose entre sí, el tañido del metal, los pisotones. Como en una ciudad.

Un ajetreo de plumas negras anunció la llegada de Sak, que subió y se posó en el borde de la trampilla, junto a Vathi. El ave de pluma negra cojeó por el techo hacia Ocaso, extendiendo las alas y mostrando las cicatrices que tenía en la izquierda. Para ella, hasta volar cuatro metros era todo un esfuerzo.

Ocaso bajó la mano y le rascó el cuello. Estaba sucediendo. Una invasión. Tenía que encontrar la manera de impedirla. De algún modo, tenía que...

—Lo siento, Ocaso —dijo Vathi—. Los tráperos me fascináis. He leído sobre vosotros y respeto vuestras costumbres. Pero esto tenía que pasar algún día, era inevitable. Las islas terminarán domesticadas. Los aviares son demasiado valiosos para dejarlos en manos de un par de centenares de montaraces excéntricos.

—Los jefes...

—Los veinte jefes del consejo estuvieron a favor de este plan —dijo Vathi—. Yo

estaba presente. Si los Eelakin no aseguramos estas islas y los aviares, lo harán otros.

Ocaso contempló la noche.

—Ve a asegurarte de que no hay insectos en los vasos de abajo.

—Pero...

—Ve —insistió él—. ¡Y asegúrate de que no hay insectos en los vasos de abajo!

La mujer dio un suave suspiro pero regresó a la estancia, dejándolo con su aviar. Ocaso siguió rascando a Sak en el cuello, buscando consuelo en el movimiento familiar y en su presencia. ¿Se atrevía a esperar que las sombras resultaran ser demasiado letales para la compañía y sus barcos con casco de hierro? Vathi parecía bastante tranquila al respecto.

«No me ha dicho por qué se unió a la avanzadilla». Había visto una sombra, había sido testigo de cómo aniquilaba a su equipo, pero aun así había tenido la entereza suficiente para encontrar su campamento. Era fuerte. Ocaso tendría que recordarlo.

También era una mujer de la compañía, tan apartada de la experiencia real como podía estar. A los soldados, los artesanos, incluso a los jefes, podía entenderlos. Pero aquellos escribas de palabras suaves que habían conquistado el mundo sin aspavientos, con una espada de comercio, lo desconcertaban.

—Padre —susurró—, ¿qué hago?

Patji le dio los sonidos normales de la noche como única respuesta. Criaturas moviéndose, cazando, revolviéndose. Los aviares dormían de noche, lo que suponía una oportunidad para los depredadores más peligrosos de la isla. En la distancia, una quijanoche aulló con un sonido horrible que despertó ecos en los árboles.

Sak extendió las alas y se inclinó, moviendo la cabeza adelante y atrás. El sonido siempre la hacía tiritar. A Ocaso le pasaba lo mismo.

Suspiró, se levantó y subió a Sak a su hombro. Se volvió y estuvo a punto de tropezar cuando vio su propio cadáver a sus pies. Se puso en alerta al instante. ¿Qué sería? ¿Enredaderas en las ramas del árbol? ¿Una araña descendiendo sigilosa desde las alturas? En su campamento franco no debía haber nada que pudiera matarlo.

Sak chilló, como si sufriera un dolor intenso.

Cerca, su otro aviar gritó también, en una cacofonía de graznidos, chillidos y gorjeos. ¡No, no eran solo ellos! Por todas partes, resonando

en la distancia, desde cerca y lejos, los aviares salvajes estaban alborotados. Se revolvían en sus ramas, con un sonido como el de una ventolera soplando entre los árboles.

Ocaso dio una vuelta entera, tapándose las orejas con las manos, viendo boquiabierto cómo aparecían cadáveres a su alrededor. Se amontonaron unos sobre otros, algunos hinchados, otros ensangrentados, otros meros esqueletos. Todos en torno a él. Docenas y más docenas.

Cayó de rodillas, gritando, y quedó a la altura de uno de sus cadáveres. Solo que ese... ese no estaba muerto del todo. Le cayó sangre de los labios al intentar hablar, vocalizando palabras que Ocaso no entendía.

Desapareció.

Lo hicieron todos, del primero al último. Ocaso giró sobre sí mismo, frenético, pero no vio más cuerpos. Los aviares salvajes dejaron de hacer tanto ruido en los árboles y los de Ocaso se posaron de nuevo en sus nidos. Ocaso respiró hondo, con el corazón aporreando contra su pecho. Se notó tenso, como si en cualquier momento pudiera salir una sombra de la negrura que rodeaba su campamento y devorarlo. Lo anticipó, sintió que se aproximaba. Quería correr, correr hacia cualquier parte.

¿Qué había sido eso? En todos sus años con Sak, nunca había visto nada igual. ¿Qué podría haber alterado a todos los aviares al mismo tiempo? ¿Sería la quijanoche que había oído?

«No seas tonto —pensó—. Esto era otra cosa, distinta a todo lo que hayas visto antes. Distinto a cualquier cosa que se haya visto en Patji». Pero ¿qué era? ¿Qué había cambiado?

Sak no se había tranquilizado como los demás. Miraba hacia el norte, hacia donde Vathi había dicho que estaban instalando el campamento principal de los invasores.

Ocaso se levantó y bajó a la estancia de abajo con Sak al hombro.

—¿Qué está haciendo tu gente?

Vathi se volvió de sopetón al oír el tono brusco. Había estado mirando por la ventana, hacia el norte.

—No sé de...

La agarró por el chaleco con las dos manos, tiró hacia él y la miró a los ojos desde escasos centímetros de distancia.

— ¿Qué está haciendo tu gente?

Vathi abrió mucho los ojos y Ocaso notó que temblaba en sus manos, pero cuadró la mandíbula y le sostuvo la mirada. Se suponía que los escribas no tenían tantas agallas. Los había visto haciendo sus garabatos en sus habitaciones sin ventanas. Ocaso aferró con más fuerza el chaleco, tirando de la tela hasta que se hundió en la piel de Vathi, y se descubrió emitiendo un grave gruñido.

—Suéltame y hablaremos —dijo ella.

—Bah —repuso él, y la soltó. La mujer cayó unos centímetros hasta dar en el suelo con un golpe seco. Ocaso no se había dado cuenta de que la había levantado en vilo.

Vathi retrocedió, dejando tanto espacio entre ellos como permitía la estancia. Ocaso fue a la ventana y miró a través de la mosquitera. Su cadáver cayó desde el techo hasta el suelo de abajo. Saltó hacia atrás, temiendo que estuviera pasando otra vez.

Pero no fue así, o al menos no como antes. Sin embargo, cuando se volvió de nuevo hacia dentro, su cadáver yacía en un rincón, con los sangrientos labios abiertos y los ojos mirando sin ver. El peligro, fuera cual fuese, no había remitido.

Vathi se había sentado en el suelo, con la cabeza entre las manos, temblando. ¿Tanto la había asustado? Parecía cansada, agotada. Se abrazó las rodillas y, cuando lo miró, había algo en sus ojos que Ocaso no había visto antes, como si observara a un animal salvaje recién desencadenado.

Parecía adecuado.

—¿Qué sabes de los Venidos de Arriba? —le preguntó la mujer.

—Que viven en las estrellas —dijo Ocaso.

—En la compañía hemos estado reuniéndonos con ellos. No comprendemos sus costumbres. Tienen el mismo aspecto que nosotros, y a veces también hablan igual. Pero tienen normas, leyes que no quieren explicarnos. Se niegan a vendernos sus maravillas, pero a la vez parece que tienen prohibido llevarse cosas nuestras, aunque sea comerciando. Prometen que un día, cuando estemos más avanzados, lo harán. Es como si creyeran que somos niños.

—¿Y qué más nos da? —dijo Ocaso—. Si nos dejan en paz, mejor para nosotros.

—No has visto las cosas que pueden hacer —insistió ella en voz baja, con una mirada distante en los ojos—. Nosotros apenas hemos descubierto cómo construir barcos que naveguen solos, contra el viento. Pero los Venidos de Arriba pueden navegar por el cielo, hasta por las

mismas estrellas. Saben muchísimas cosas, y no quieren contarnos ninguna de ellas.

Negó con la cabeza y metió la mano en el bolsillo de su falda.

—Buscan algo, Ocaso. ¿Qué interés podemos tener para ellos? Por lo que les he oído decir, hay otros mundos como el nuestro, con culturas incapaces de navegar por las estrellas. No somos únicos, pero los Venidos de Arriba siguen volviendo una y otra vez. Estoy segura de que quieren algo, se lo noto en los ojos...

—¿Qué es eso? —preguntó Ocaso, señalando con el mentón lo que Vathi había sacado del bolsillo. Lo tenía en la palma de la mano y parecía una concha de almeja pero con una lámina parecida a un espejo encima.

—Es una máquina —explicó ella—. Como un reloj, pero al que no hay que dar cuerda, y que muestra... muestra cosas.

—¿Qué cosas?

—Bueno, traduce idiomas. Del nuestro al de los Venidos de Arriba. Y también muestra la posición de los aviares.

— ¿Qué?

—Es como un mapa —dijo ella—. Indica cómo llegar a los aviares.

—Así has encontrado mi campamento —dijo Ocaso, caminando hacia ella.

—Sí. —Vathi frotó el pulgar sobre la superficie de la máquina—. Se supone que no deberíamos tenerlo. Era de un emisario al que enviaron a trabajar con nosotros. Se atragantó comiendo y murió hace unos meses. Por lo visto, pueden morir, hasta por causas terrenales. Saberlo cambió mi forma de verlos.

»Los suyos han preguntado por las máquinas del muerto, y tendremos que devolverlas pronto. Pero esta que tengo nos revela lo que persiguen: los aviares. Los Venidos de Arriba siempre se quedan fascinados con ellos. Creo que buscan la forma de comerciar con los pájaros, de alguna manera que permitan sus leyes. Dan a entender que quizá no estemos a salvo, que no todo el mundo allá arriba cumple sus leyes.

—Pero ¿por qué acaban de reaccionar los aviares como lo han hecho? —preguntó Ocaso, mirando de nuevo la ventana—. ¿Por qué?

«¿Por qué he visto lo que he visto? Lo que sigo viendo, hasta cierto punto». Su cadáver seguía apareciendo, mirara donde mirara. Tirado junto a un árbol fuera, en un rincón de la sala, colgado de la trampilla del techo. Menudo descuido. Tendría que haberla cerrado.

Sak se había hundido en su pelo como solía hacer cuando andaba cerca un depredador.

—Hay una segunda máquina —dijo Vathi.

—¿Dónde? —exigió saber él.

—En nuestro barco. —La dirección en la que había mirado el aviar—. La segunda máquina es mucho más grande. Esta que tengo aquí tiene el alcance limitado. La grande puede generar un mapa enorme, de una isla entera, y luego trazar en papel una copia de ese mapa. En el papel habrá un punto señalando dónde está cada aviar.

—¿Y?

—Y vamos a poner en funcionamiento la máquina esta noche —dijo ella—. Cuesta horas prepararla, como un horno que hay que calentar, antes de que esté lista. El plan era empezar con ella esta noche, justo después de la puesta de sol, para poder usarla por la mañana.

—Esos otros, ¿la usarían sin estar tú? —preguntó Ocaso.

Vathi hizo una mueca.

—Sin dudarlo. El capitán Eusto seguro que ha dado brincos de alegría cuando no he regresado de explorar. Llevaba tiempo temiendo que acabara tomando el control de la expedición. Pero la máquina no es dañina, solo localiza a los aviares.

—¿Hizo eso antes? —preguntó él con brusquedad, señalando la noche—. La última vez que la usasteis, ¿llamó la atención de todos los aviares? ¿Los molestó?

—Pues no —dijo ella—. Pero la molestia se ha pasado, ¿verdad? Seguro que no es nada.

Ya. Nada. Sak aún tiritaba en su hombro. Ocaso veía la muerte allá donde mirara. En el momento en que habían activado aquella máquina, los cadáveres se habían amontonado. Si volvían a usarla, las consecuencias serían terribles. Ocaso lo sabía. Podía sentirlo.

—Vamos a detenerlos —afirmó.

—¿Qué? —dijo Vathi—. ¿Esta noche?

—Sí —dijo Ocaso, y fue hacia un pequeño armario oculto en la pared. Lo abrió y empezó a sacar parte del material que contenía. Una segunda lámpara. Aceite de reserva.

—Es una locura —objetó Vathi—. Nadie recorre las islas de noche.

—Yo lo hice una vez. Con mi tío.

Su tío había muerto en esa travesía.

—No puedes decirlo en serio, Ocaso. Las quijanoches campan por la isla. Las he oído.

—Las quijanoches rastrean las mentes —dijo Ocaso, metiendo material en su petate—. Son sordas del todo y casi ciegas. Si vamos deprisa y acortamos por el centro de la isla, podemos llegar a tu campamento por la mañana. Podemos impedir que vuelvan a usar la máquina.

—Pero ¿por qué querríamos hacerlo?

Ocaso se echó el petate al hombro.

—Porque si no, destruirán la isla.

Vathi le frunció el ceño e inclinó la cabeza a un lado.

—Eso no lo sabes. ¿Por qué crees saberlo?

—Tu aviar tendrá que quedarse aquí, con esa herida —dijo él, saltándose la pregunta—. No puede salir volando si nos pasa algo. —Podría decirse lo mismo de Sak, pero Ocaso no pensaba salir sin el pájaro—. Te la devolveré después de que hayamos detenido la máquina. Vamos.

Se dirigió hacia la trampilla del suelo y la abrió. Vathi se levantó, pero apretó la espalda contra la pared.

—Yo me quedo aquí.

—La gente de tu compañía no me creerá a mí —repuso él—. Tendrás que decirles tú que paren. Tienes que venir.

Vathi se lamió los labios, en lo que parecía ser un reflejo nervioso. Miró a ambos lados, buscando una escapatoria, y luego de nuevo hacia él. Justo en ese momento, Ocaso vio su cadáver colgado de las estacas clavadas en el árbol, por debajo. Se sobresaltó.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó ella, imperiosa.

—Nada.

—No dejas de mirar a los lados —dijo Vathi—. ¿Qué crees ver, Ocaso?

—Nos vamos. Ya.

—Llevas mucho tiempo solo en la isla —dijo ella, a todas luces intentando sonar reconfortante—. Te ha molestado nuestra llegada. No piensas con claridad, lo entiendo.

Ocaso respiró hondo.

—Sak, enséñaselo.

El ave despegó de su hombro, aleteó por la estancia y se posó en Vathi, que giró la cabeza hacia ella con la frente arrugada.

Entonces dio un respingo y cayó de rodillas. Vathi se acurrucó contra la pared, moviendo los ojos de lado a lado y vocalizando sin pronunciar palabras. Ocaso la dejó así un momento más y luego levantó el brazo. Sak volvió a él sobre alas negras, dejando caer una sola pluma oscura al suelo. Volvió a posarse en su hombro. Volar tanto le costaba.

—¿Qué era eso? —preguntó Vathi.

—Ven —dijo Ocaso.

Recogió su petate y salió de la construcción por la trampilla inferior. Vathi se arrastró hacia ella.

—No, dime, ¿qué era eso?

—Has visto tu propio cadáver.

—Por todas partes. Estaba allá donde mirara.

—Es el talento que otorga Sak.

—Ese talento no existe.

Ocaso alzó la mirada hacia ella, a medio bajar por las estacas.

—Has visto tu muerte. Eso es lo que ocurrirá si tus amigos usan su máquina. Muerte. La de todos nosotros. Los aviares y todo lo que vive aquí. No sé por qué, pero si sé que eso es lo que vendrá.

—Has descubierto un aviar nuevo —dijo Vathi—. ¿Cómo? ¿Cuándo?

—Pásame la lámpara —pidió Ocaso.

Algo atontada, Vathi se la entregó. Ocaso la sostuvo entre sus dientes y terminó de bajar por las estacas hasta el suelo. Luego alzó la lámpara y miró cuesta abajo.

La selva nocturna, negra como la tinta. Como el fondo del océano.

Tuvo un escalofrío y silbó. Kokerlii bajó aleteando desde el cielo y se posó en su hombro. Ocultaría sus mentes, y gracias a eso tenían una oportunidad. No sería fácil. Todo lo que acechaba en la jungla confiaba en su sentido mental, pero buena parte de ello podía cazar también guiándose por el olfato u otros sentidos.

Vathi descendió a toda prisa por las estacas tras él, con el morral al hombro y el extraño tubo asomando.

—Tienes dos aviares —dijo—. ¿Usas los dos a la vez?

—Mi tío tenía tres.

—¿Cómo es posible?

—Los tramperos les gustamos. —Cuántas preguntas. ¿No podía pensar cuáles podían ser las respuestas antes de preguntar?

—De verdad vamos a hacerlo —dijo, susurrando como para sí misma—. De noche, por la selva. Debería quedarme. Debería negarme...

—Ya has visto tu muerte si lo haces.

—He visto lo que tú afirmas que es mi muerte. Un nuevo aviar... Hacía siglos.

Aunque su voz sonaba reticente, Vathi lo siguió pendiente abajo hasta más allá de sus trampas y se internó tras él en la selva.

El cadáver de Ocaso estaba al pie de un árbol. Por acto reflejo, buscó al instante cualquier cosa que pudiera matarlo allí, pero los sentidos de Sak parecían desconcertados. La inminente muerte de la isla era tan abrumadora que parecía sofocar los peligros menos acuciantes. Quizá no pudiera confiar en las visiones del ave hasta que hubieran destruido la máquina.

Las densas copas de los árboles se los tragaron, en una selva cálida incluso en plena noche. La brisa del océano no llegaba hasta tan dentro de la isla, y el aire estancado se saturaba de olores forestales. Hongos, hojas podridas, perfume de flores. Acompañando a esos aromas llegaban los sonidos de una isla cobrando vida. Un frufrú constante entre los matorrales, como de gusanos retorciéndose en un montón de hojas secas. La luz de la lámpara no parecía llegar tan lejos como habría debido.

Vathi se le acercó por detrás.

—¿Por qué hiciste esto esa otra vez? —preguntó—. La otra vez que saliste de noche.

Más preguntas. Pero el sonido, por suerte, no era demasiado peligroso.

—Estaba herido —susurró Ocaso—. Teníamos que ir de un campamento franco a otro para usar el antídoto que guardaba mi tío. —Porque a Ocaso le temblaban las manos y se le había caído el otro frasco.

—¿Y sobreviviste? Bueno, está claro que sí. Es solo que me sorprende.

Vathi parecía estar hablando para llenar el aire.

—Podían estar acechándonos —añadió, mirando la oscuridad—. Las quijanoches.

—No nos acechan.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó ella en voz baja—. Ahí fuera, en esa oscuridad, podría haber cualquier cosa.

—Si las quijanoches nos hubieran visto, estaríamos muertos. Así es como lo sé.

Ocaso negó con la cabeza, sacó el machete y cortó unas ramas que tenían por delante. En cualquiera de ellas podría haber hormigas asesinas correteando por sus hojas. A oscuras, sería difícil distinguirlas, de modo que rozarse contra el follaje era mala idea.

«No podremos evitarlo —pensó, abriendo el paso por una zanja enfangada. Tuvo que pisar en las piedras para no hundirse. Vathi lo siguió con notable destreza—. Tenemos que avanzar rápido. No puedo cortar todas las ramas que encontraremos en el camino».

Saltó de una piedra al borde de la zanja, rebasando a su propio cadáver, que se hundía en el barro. Vio cerca un segundo cadáver, tan translúcido que era casi invisible. Alzó la lámpara, confiando en que no estuviera volviendo a ocurrir lo mismo de antes.

No aparecieron más. Solo estaban aquellos dos. Y la imagen tenue... sí, allí había un sumidero. Sak dio un suave trino y Ocaso buscó en su bolsillo una semilla para dársela. El animal había descubierto la forma de enviarle ayuda. Las imágenes más difusas eran peligros inmediatos de los que debía cuidarse.

—Gracias —le susurró.

—Ese pájaro tuyo —dijo Vathi, sin levantar la voz en la penumbra de la noche—. ¿Hay otros?

Salieron de la zanja y siguieron adelante, cruzando una trocha de krells en la noche. Ocaso impidió en el último momento que pisaran una

colonia de hormigas asesinas. Vathi miró la hilera de diminutos insectos amarillos, que se movía en línea recta.

—¿Ocaso? —dijo mientras rodeaban las arañas—. ¿Hay otros? ¿Por qué no has sacado los polluelos al mercado?

—No tengo ningún polluelo.

—¿Encontraste solo ese, entonces? —dijo ella.

Preguntas y más preguntas. Zumbando alrededor de Ocaso como moscas.

«No seas tonto —se dijo, reprimiendo la irritación—. Tú preguntarías lo mismo, si vieses a alguien con un aviar nuevo». Había intentado mantener a Sak en secreto y, durante años, ni siquiera la había llevado con él cuando salía de la isla. Pero con su ala herida, no había querido dejarla sola.

En el fondo, había sabido desde el principio que no podría mantener su secreto para siempre.

—Hay muchos como ella —dijo—, pero solo Sak tiene un talento que conceder.

Vathi frenó en seco mientras Ocaso seguía abriendo el camino. Él se volvió, mirándola allí sola y parada. Le había dado la lámpara para que la sostuviera ella.

—Esa ave es del continente —dijo Vathi. Alzó la luz—. Lo supe nada más verla y había supuesto que no sería un aviar, porque los pájaros continentales no pueden conceder talentos.

Ocaso volvió a girarse y siguió cortando vegetación.

—Trajiste un ave del continente al Panteón —susurró Vathi desde detrás —, y obtuvo un talento.

Ocaso cortó una rama de un tajo y siguió adelante. De nuevo, como Vathi no había hecho ninguna pregunta, no tenía por qué responder.

Vathi se apresuró para alcanzarlo y el brillo de la lámpara proyectó la sombra de Ocaso por delante cuando la mujer se acercó.

—Seguro que alguien más lo ha intentado antes. Seguro que...

Ocaso no lo sabía.

—Pero ¿por qué iba a hacerlo nadie? —prosiguió ella en voz baja, como hablando sola—. Los aviares son especiales. Todo el mundo conoce las distintas razas y de qué son capaces. ¿Por qué dar por hecho que un pez

aprenderá a respirar aire si lo crías en tierra firme? ¿Por qué dar por hecho que un ave no aviar obtendrá un talento si se cría en Patjí?

Siguieron caminando en la penumbra. Ocaso los apartó de muchos peligros, aunque descubrió que tenía que depender muchísimo de la ayuda de Sak. «No sigas ese arroyo, que tiene tu cadáver flotando en el agua. No toques ese árbol, que su corteza podrida es venenosa. Apártate de ese sendero, que en tu cadáver hay una picadura de hormiga asesina».

Sak no le hablaba, pero el mensaje llegaba claro. Cuando paró un momento para dar de beber a Vathi de su cantimplora, Ocaso vio que Sak estaba temblando. No le dio sus habituales picotazos cuando cerró sus manos en torno a ella.

Estaban en un claro pequeño, rodeados de pura oscuridad y con el cielo encapotado. Oyó la lluvia cayendo sobre los árboles a lo lejos. No era raro, en la isla.

Las quijanoches chillaron, una tras otra. Solo lo hacían cuando acababan de cobrarse una presa o cuando querían asustarla. Los krells a menudo dormían cerca de donde se posaban los aviales. Si espantaban a las aves, podían sentir las mentes de los krells.

Vathi había sacado su tubo. No era una funda para documentos... ni nada académico, a juzgar por cómo lo sostenía para verter algo en su interior. Cuando terminó, lo sostuvo como si fuese un arma. A sus pies estaba el cadáver destrozado de Ocaso.

No preguntó a Vathi por su arma, ni siquiera cuando ella sacó una especie de lanza corta y fina y la insertó por un extremo. No había arma que pudiera penetrar la gruesa piel de un quijanoche. Las únicas opciones eran evitarlos o morir.

Kokerlii bajó a su hombro aleteando y trinando. Parecía confundido por la oscuridad. ¿Qué hacían fuera de noche, cuando las aves no solían hacer ruido?

—Tenemos que seguir —dijo Ocaso, poniéndose a Sak en el otro hombro y sacando su machete.

—Comprenderás que tu pájaro lo cambia todo —dijo Vathi en voz baja, poniéndose a su lado con el morral al hombro y su tubo en la otra mano.

—Existirá un nuevo tipo de aviar —susurró Ocaso, pasando sobre su cadáver.

—Eso es lo de menos. Ocaso, dábamos por sentado que los polluelos criados fuera de estas islas no manifestaban sus capacidades porque no tenían otros alrededor que los entrenaran. Suponíamos que sus

capacidades eran innatas, como la nuestra de hablar: nacemos con ella, pero necesitamos la ayuda de otros para desarrollarla.

—Eso aún puede ser cierto —objetó Ocaso—. A otras especies, como la de Sak, se las puede entrenar para que hablen.

—¿Y tu pájaro? ¿Lo entrenaron otros?

—Tal vez.

No dijo lo que pensaba de verdad. Era una reacción común en los tramperos. Vio un cadáver en el suelo delante de ellos.

No era el suyo.

Alzó una mano al instante, impidiendo que Vathi le hiciera otra pregunta. ¿Qué era aquello? Le habían devorado buena parte de la carne del esqueleto, y la ropa estaba esparcida por todas partes, rasgada por los animales que se hubieran dado el festín. Unas plantas pequeñas y parecidas a hongos habían brotado del suelo cerca del cadáver, y unos minúsculos pimpollos rojos ascendían para envolver partes del esqueleto.

Ocaso alzó la mirada hacia el gran árbol a cuyo pie reposaba el cadáver. No estaba florecido. Ocaso dejó de contener el aliento.

—¿Qué es? —preguntó Vathi—. ¿Hormigas asesinas?

—No. Dedo de Patji.

Ella frunció el ceño.

—¿Qué es eso, algún tipo de gesto grosero?

—Es un nombre —dijo Ocaso, dando un cauteloso paso adelante para inspeccionar el cadáver.

Machete. Botas. Equipamiento resistente. Un colega de Ocaso había caído. Le pareció reconocer al hombre por su ropa. Era un trampero más mayor, llamado Primero del Cielo.

—¿El nombre de una persona? —preguntó Vathi, mirando por encima de su hombro.

—El nombre de un árbol —dijo Ocaso, dando unos golpecitos a la ropa del cadáver por si había insectos acechando dentro—. Levanta la lámpara.

—No había oído hablar de ese árbol —repuso ella, escéptica.

—Solo crecen en Patji.

—He leído mucho sobre la flora de estas islas y...

—Aquí no eres más que una niña. Luz.

Vathi suspiró y alzó la lámpara. Ocaso usó un palo para tantear los bolsillos de la ropa destrozada. Al hombre lo había matado una manada de tuskruns, unos depredadores del tamaño de un ser humano que merodeaban sobre todo de día. Sus patrones de movimiento eran predecibles a menos que hubiera de por medio un dedo de Patji en flor.

Ahí estaba. Encontró un cuaderno pequeño en el bolsillo del hombre. Ocaso lo recogió y se apartó. Vathi miró de nuevo por encima de su hombro. Los nataleños se ponían demasiado cerca unos de otros. ¿Hacía falta tenerla justo al lado?

Comprobó las primeras páginas y encontró una lista de fechas. Sí, según la última fecha anotada, el trámero solo llevaba muerto unos pocos días. Las páginas posteriores detallaban la posición de los campamentos fracos de Cielo y explicaban las trampas que protegían cada uno de ellos. La última página contenía la despedida: «Me llamo Primero del Cielo y Patji por fin me ha reclamado. Tengo un hermano en Suluko. Cuidad de ellos, mi rival».

Pocas palabras. Eso era bueno. Ocaso llevaba también un cuadernillo parecido a ese y decía incluso menos en su última página.

—¿Quiere que cudes de su familia? —preguntó Vathi.

—No digas bobadas —replicó Ocaso, guardándose el cuaderno—. De sus pájaros.

—Qué tierno —dijo Vathi—. Siempre había pensado que los trámeros erais de lo más territoriales.

—Y lo somos —dijo él, reparando en cómo había hablado ella. Una vez más, su tono había sugerido que consideraba a los trámeros como poco más que animales—. Pero nuestras aves podrían morir si no se las cuida, porque están acostumbradas a los humanos. Mejor entregárselas a un rival que dejarlas morir.

—¿Aunque ese rival sea quien te ha matado? —preguntó Vathi—. Las trampas que tenías puestas, las formas en que intentáis interferiros unos a otros...

—Es nuestra manera de hacer las cosas.

—Es una excusa penosa —dijo ella, alzando la mirada al árbol.

Tenía razón.

Era un árbol inmenso y de anchas hojas caídas. Al final de cada una había un gran capullo cerrado, de dos palmos de largo.

—No pareces preocupado —comentó ella—, aunque la planta parezca haber matado a ese hombre.

—Solo son peligrosas cuando florecen.

—¿Esporas? —aventuró ella.

—No.

Recogió el machete caído, pero dejó allí las demás posesiones de Cielo. Que Patji se las quedara. Al padre le encantaba asesinar a sus hijos. Ocaso siguió adelante, guiando a Vathi y no haciendo caso de su propio cadáver, tendido sobre un tronco.

—¿Ocaso? —dijo Vathi, levantando la lámpara y corriendo hacia él—. Si no es con esporas, ¿cómo mata el árbol?

—Demasiadas preguntas.

—Mi vida son las preguntas —dijo ella—. Y las respuestas. Si mi gente tiene que trabajar en esta isla...

Ocaso se lió a machetazos con unas plantas.

—Va a ocurrir —siguió diciendo ella con voz más suave—. Lo siento, Ocaso, pero no puedes impedir que el mundo cambie. Puede que mi expedición salga derrotada, pero llegarán otras.

—Por culpa de los Venidos de Arriba —restalló él.

—Es posible que ellos lo estimulen —dijo Vathi—. Es verdad que, cuando por fin los convenzamos de que estamos lo bastante desarrollados para que quieran comerciar, recorreremos las estrellas como hacen ellos. Pero el cambio tendría lugar incluso sin su intervención. El mundo progresá. Un solo hombre no puede retrasar ese cambio, por muy decidido que esté a hacerlo.

Ocaso se detuvo.

«No puedes impedir que las mareas cambien, Ocaso, por muy decidido que estés». Eran palabras de su madre. De las últimas que recordaba de ella.

Ocaso siguió adelante, seguido de Vathi. Iba a necesitarla, aunque una parte traicionera de su mente le susurraba que sería fácil acabar con

ella. Sin ella se acabarían sus preguntas, y sobre todos sus respuestas. Las que Ocaso sospechaba que Vathi estaba a punto de descubrir por sí misma.

«No puedes impedir que el mundo cambie».

No podía. Y odiaba no poder. Quería con toda su alma proteger aquella isla, como habían hecho los suyos durante siglos. Trabajaba en la selva, adoraba sus aves y tenía cariño a sus olores y sus sonidos, a pesar de todo lo demás. Deseaba poder demostrar a Patji que él y los demás eran dignos de pisar aquellas costas.

Quizá, quizá entonces...

Bah. En fin, matar a la mujer no serviría de nada para proteger la isla. Además, ¿tan bajo había caído que estaba dispuesto a asesinar a una escriba indefensa a sangre fría? Eso no se lo haría ni a otro trampero, a menos que se acercara a su campamento y se negara a marcharse.

—Los capullos pueden pensar —se descubrió diciendo mientras se apartaban de un montículo que revelaba que la manada de tuskruns habían estado excavando allí—. Los dedos de Patji. Los árboles en sí no son peligrosos, ni siquiera cuando florecen. Pero atraen a los depredadores imitando los pensamientos de un animal herido, preocupado y dolorido.

Vathi dio un respingo.

—¿Una planta? —dijo—. ¿Una planta que emite una rúbrica mental? ¿Estás seguro?

—Sí.

—Necesito un capullo de esos. —La luz bailó cuando Vathi dio media vuelta para regresar.

Ocaso se volvió y la cogió por el brazo.

—Tenemos que seguir avanzando.

—Pero...

—Ya tendrás otra oportunidad —respondió hongo—. Tu gente no tardará en infestar esta isla como gusanos en la carroña. Verás más árboles. Pero ahora, tenemos que seguir. Falta poco para que amanezca.

La soltó y regresó al trabajo. La tenía por una persona lista, para ser nataleña. Quizá le hiciera caso.

Se lo hizo. Caminó tras él.

Los dedos de Patji. Primero del Cielo, el trampero muerto, no debería haber caído en aquel lugar. Era cierto que los árboles no eran tan peligrosos. Se alimentaban abriendo muchos capullos y atrayendo a los depredadores a un supuesto banquete. Entonces los depredadores luchaban entre ellos y el árbol se alimentaba de los cadáveres. Cielo debía de haber topado con un árbol cuando empezaba a florecer y se había visto atrapado en las consecuencias.

Su Aviar no había bastado para escudar tantos capullos abiertos. ¿Quién habría esperado morir así? Después de pasar años y años en la isla, sobreviviendo a peligros mucho más pavorosos, ¿que acabaran contigo unas simples flores? Casi parecía que Patji se hubiera burlado del pobre hombre.

El camino de Ocaso y Vathi empezó a ganar pendiente. Tendrían que subir colina arriba un poco antes de pasar a la cuesta descendente que los llevaría al otro lado de la isla. Por suerte, evitarían la cima principal de Patji, la punta de la cuña que se alzaba en el extremo oriental de la isla. El campamento de Ocaso estaba cerca del sur, y el de Vathi estaría al noreste, por lo que podrían rodear la base de la cuña antes de llegar a la otra playa.

Adoptaron un ritmo y Vathi estuvo callada un rato. Al cabo de un tiempo, tras remontar una pendiente particularmente escarpada, Ocaso hizo un gesto con la cabeza para indicar que descansaran y se acuclilló para beber de su cantimplora. En Patji la gente no se sentaba sin más en un tocón o un tronco caído para descansar.

Carcomido por el desasosiego y por no poca frustración, no se dio cuenta de lo que estaba haciendo Vathi hasta que fue demasiado tarde. Había encontrado algo encajado en una rama, una pluma larga y colorida. Una pluma de apareamiento.

Ocaso se levantó de un salto.

Vathi extendió el brazo hacia las ramas inferiores del árbol.

Cuando Vathi tiró de la rama, unas cuerdas con pinchos cayeron de un árbol cercano. La alcanzaron al mismo tiempo que Ocaso, que llegó a meter un brazo. Lo alcanzó una estaca, y el largo y fino clavo se le hundió en la piel, salió ensangrentado por el otro lado y se quedó a un pelo de la mejilla de Vathi.

Ella chilló.

Muchos depredadores de Patji eran duros de oído, pero aun así no era sensato hacer mucho ruido. A Ocaso le dio igual. Se arrancó el clavo del brazo, sin preocuparse por la sangre de momento, y comprobó las otras estacas de la trampa de cuerda.

No había veneno. Por suerte, no los habían envenenado.

—¡Tu brazo! —exclamó Vathi.

Ocaso gruñó. No le dolía. Aún. Vathi empezó a buscar vendas en su morral, y Ocaso aceptó sus cuidados sin quejas ni gemidos, ni siquiera cuando llegó el dolor.

—¡Lo siento mucho! —farfulló Vathi—. ¡Había encontrado una pluma de apareamiento! Significa que hay cerca un nido de aviares, así que he pensado en mirar en el árbol. ¿Hemos tropezado con el campamento franco de otro trampero?

Parloteaba sin parar mientras trabajaba. Tenía sentido. Cuando Ocaso se ponía nervioso, se volvía incluso más callado. Era normal que a ella le pasara lo contrario.

Vathi lo sorprendió de nuevo por su habilidad con los vendajes. El clavo no había alcanzado ninguna arteria importante. Se pondría bien, aunque le costaría usar la mano izquierda una temporada. Iba a ser un incordio. Cuando Vathi hubo terminado y se quedó quieta, con cara de vergüenza y arrepentimiento, Ocaso se agachó y recogió la pluma de apareamiento que ella había soltado.

—Esto es el símbolo de tu ignorancia —dijo con un brusco susurro, sosteniéndola ante la cara de Vathi—. En las islas del Panteón nada es fácil, nada es simple. Esa pluma la colocó otro trampero para atrapar a alguien que no merece estar aquí, alguien que creía haber encontrado un premio sin esfuerzo. No puedes ser esa persona. Nunca actúes sin antes preguntarte: «¿Esto es demasiado fácil?».

Vathi palideció. Luego cogió la pluma con los dedos.

—Vamos.

Ocaso dio media vuelta y continuó. Se dio cuenta de que le había soltado el discurso que se daba a los aprendices cuando cometían su primer error grave. Era un ritual de los tramperos. ¿Qué se le había metido en el cuerpo para dárselo a ella?

Vathi siguió sus pasos, con la cabeza gacha, avergonzada como debía estar. No se daba cuenta del honor que acababa de hacerle Ocaso, aunque fuese sin pretenderlo. Siguieron andando durante más de una hora.

Cuando Vathi habló, por algún motivo Ocaso casi se alegró de que las palabras se impusieran a los sonidos de la jungla.

—Lo lamento.

—No tienes que lamentarlo —dijo él—. Solo tener cuidado.

—Lo comprendo. —Vathi respiró hondo, sin dejar de seguirlo—. Y de verdad que lo lamento. No solo por tu brazo. Por esta isla. Por lo que viene. Creo que es inevitable, pero también desearía que no supusiera el fin de una tradición tan grandiosa.

—Eh... —Palabras. Odiaba tener que buscar las palabras. Al cabo de poco, dijo—: No nací al ocaso.

Cortó una vid de ciénaga y contuvo el aliento para no inhalar los gases tóxicos que liberó en su dirección. Solo eran peligrosos unos momentos al principio.

—¿Disculpa? —dijo Vathi, manteniéndose apartada de la vid de ciénaga—. Naciste...

—Mi madre no me puso el nombre por el momento del día, sino porque vio el ocaso de nuestro pueblo. «El sol no tardará en ponerse para nosotros», me decía a menudo.

Miró a Vathi y dejó que se le adelantara hacia un pequeño claro. Lo raro fue que la mujer le sonrió al pasar. ¿Por qué había encontrado esas palabras para decirlas? La siguió al claro, preocupado. No había contado esa historia ni a su tío; solo sus padres conocían el origen de su nombre.

No estaba seguro de por qué se lo había dicho a aquella escriba de una compañía malvada. Pero sentaba bien habérselo revelado a alguien.

Una quijanoche salió de entre dos árboles detrás de Vathi.

La gigantesca bestia habría sido alta como un árbol si se irguiera sobre dos patas. Pero estaba inclinada hacia delante, en postura acechante, apoyando casi todo el peso en sus poderosas patas traseras y arañando el suelo con las zarpas de sus patas delanteras. Extendió el largo cuello y abrió el pico, puntiagudo y mortífero. Se parecía a un ave, pero solo del mismo modo en que un lobo se parece a un perro faldero.

Ocaso le lanzó su machete. Fue una reacción instintiva, porque no tenía tiempo de pensar. No tenía tiempo de temer. Aquel pico que chascaba, alto como una puerta, habría terminado con los dos en cuestión de segundos.

El machete rebotó en el pico y cortó a la criatura en un lado de la cabeza. La herida atrajo su atención e hizo que vacilara un instante. Ocaso se abalanzó sobre Vathi, pero ella se apartó y apoyó la contera de su tubo en el suelo. Ocaso tenía que apartarla, tenía que...

La explosión lo ensordecío.

Estalló una nube de humo alrededor de Vathi, que estaba de pie, boquiabierta. Se le había caído la lámpara y el aceite se estaba derramando. El repentino sonido aturdió a Ocaso, que casi chocó contra ella mientras la quijanoche se tambaleaba, resbalaba y caía. El suelo resonó por el impacto.

Ocaso se encontró a sí mismo en el suelo. Se puso de pie, apartándose al mismo tiempo de la quijanoche, que se retorcía a escasos centímetros de distancia. Iluminada por la titilante luz de la lámpara, era toda piel correosa y con bultos, como la de un pájaro que hubiera perdido las plumas.

Estaba muerta. Vathi la había matado.

La mujer dijo algo.

Vathi había *matado* una quijanoche.

—¡Ocaso! —su voz sonaba como llegada desde muy lejos.

Ocaso se llevó una mano a la frente, que se había empezado a perlar de sudor con retraso. Le palpitaba el brazo herido, pero por lo demás solo se notaba tenso. Tenía la sensación de que debería echar a correr. Nunca había querido estar tan cerca de un animal de aquellos. Jamás.

Vathi de verdad lo había matado.

Se volvió hacia ella, con los ojos muy abiertos. Vathi estaba temblando, pero lo disimulaba bien.

—Vaya, ha funcionado —dijo—. No estábamos seguros del todo, aunque los habíamos preparado para las quijanoches en concreto.

—Es como un cañón —dijo Ocaso—. Parecido a los de los barcos, pero lo llevas en la mano.

—Sí.

Se volvió de nuevo hacia la bestia. En realidad no estaba muerta, no del todo. Se retorcía y soltó un chillido lastimero que conmocionó a Ocaso, aun con la audición embotada. El arma había disparado la lanza directa al pecho de la bestia.

La quijanoche tembló y movió una pata con debilidad.

—Podríamos matarlas a todas —dijo Ocaso. Dio media vuelta, corrió hacia Vathi y la asió con la mano derecha, el brazo que no tenía herido —. Con esas armas, podríamos matarlas a todas. A todas las quijanoches. ¡Puede que también a las sombras!

—Sí, ya se había hablado. Pero forman una parte importante del ecosistema de estas islas. Eliminar a los principales depredadores tendría efectos indeseados.

—¿Efectos indeseados? —Ocaso se pasó la mano izquierda por el pelo—. Desaparecerían. ¡Desaparecerían todos! Me traen sin cuidado los otros problemas que crees que provocaría. ¡Estarían todos muertos!

Vathi dio un bufido, recogió la lámpara y apagó a pisotones las llamas que había encendido.

—Creía que los trámeros estabais conectados con la naturaleza.

—Y lo estamos. Es justo por lo que sé que todos estaríamos mejor si no quedara ni un bicho de esos.

—Me estás desengaño de muchas ideas sentimentales que tenía sobre los tuyos, Ocaso —dijo ella, rodeando la bestia moribunda.

Ocaso silbó y extendió el brazo. Kokerlii bajó aleteando de las ramas altas. Con el ajetreo y la explosión, Ocaso no había visto al ave salir volando. Sak seguía aferrada con fuerza a su hombro, clavándole las garras en la piel a través de la tela. Ni se había dado cuenta. Kokerlii se posó en su brazo y dio un trino de disculpa.

—No ha sido culpa tuya —dijo Ocaso en tono tranquilizador—. Merodean de noche. Aunque no puedan sentir nuestras mentes, nos huelean.

Se decía que las quijanoches tenían un olfato increíble. Aquella había llegado por detrás, así que debía de haber dado por casualidad con su rastro y lo había seguido.

Era peligroso. Su tío siempre decía que las quijanoches estaban haciéndose más listas, que sabían que no podían cazar a los hombres usando solo sus mentes. «Tendría que haber cruzado más arroyos — pensó Ocaso, rascando el cuello de Sak para calmarla—. Pero es que no hay tiempo».

Su cadáver estaba allá donde mirara. Tirado sobre una roca, colgado de las enredaderas de los árboles, hecho un ovillo bajo la zarpa de la quijanoche moribunda...

La bestia tembló una vez más y luego, para sorpresa de Ocaso, alzó su espantosa cabeza y chilló por última vez. No fue un aullido tan fuerte como los que solían sonar de noche, pero era horrible y helaba la sangre. Ocaso retrocedió un paso por instinto y Sak pio nerviosa.

Se alzaron los chillidos de otras quijanoches, lejanos. Ese sonido... Ocaso estaba entrenado para identificarlo como el sonido de la muerte.

—Nos vamos —dijo, cruzando el claro y apartando a Vathi del animal, que había bajado la cabeza y estaba en silencio.

—¿Ocaso? —Vathi no se resistió cuando Ocaso tiró de ella.

Sonó otra quijanoche en la penumbra. ¿El chillido llegaba de más cerca? «Oh, Patji, por favor —pensó Ocaso—. No, esto no».

Apretó el paso tirando de ella, bajando la mano hacia el machete, pero no lo llevaba al costado. Lo había lanzado. Agarró el que había recogido de su difunto rival y sacó a Vathi del claro, de vuelta a la selva, caminando deprisa. Ya no podía seguir preocupándose de rozarse contra hormigas mortíferas.

Llegaba un peligro mayor.

Sonaron de nuevo los gritos de la muerte.

—¿Están más cerca? —preguntó Vathi.

Ocaso no respondió. Era una pregunta, pero no sabía la respuesta. Por lo menos, estaba recuperando el oído. Soltó la mano de Vathi y caminó más deprisa, casi al trote. Más rápido de lo que jamás quiso desplazarse por la selva, de día o de noche.

—¡Ocaso! —susurró Vathi—. ¿Acudirán a la llamada de la moribunda? ¿Hacen esas cosas?

—¡Y yo qué sé! Nunca había oído que nadie matara a alguna. —Miró el tubo, que Vathi volvía a llevar al hombro, iluminado por la lámpara que también llevaba ella. Dejó de andar, pensativo, aunque sus instintos le gritaban que siguiera moviéndose y se sintiera un poco tonto—. ¿Puedes volver a usar tu arma?

—Sí —respondió ella—. Una vez más.

—¿Solo una?

Sonaron media docena de chillidos en la noche.

—Sí —dijo Vathi—. Solo había traído tres lanzas y pólvora para tres disparos. Intenté disparar una a la sombra. No hizo gran cosa.

Ocaso calló y, sin hacer caso de su brazo herido, al que había que cambiar el vendaje, siguió guiando a Vathi a través de la selva. Los gritos sonaron una y otra vez. Inquietos. ¿Cómo se escapaba de las quijanoches? Sus aviares se aferraban a él, un pájaro en cada hombro. Tuvo que saltar sobre su propio cadáver cuando cruzaron una quebrada.

«¿Cómo se escapa de ellas? —pensó, recordando el entrenamiento de su tío—. ¡No llamando su atención desde el principio!».

Eran rápidas. Kokerlii ocultaría su mente, pero si les seguían el rastro desde donde estaba el animal muerto...

«Agua». Se detuvo en seco y miró en todas las direcciones. ¿Dónde podía encontrar un arroyo? Patji era una isla. El agua fresca procedía sobre todo de la lluvia. El lago más grande, el único, estaba cuña arriba. Cerca de la cima. Por su lado oriental, la isla tenía superficies altas rodeadas de precipicios. La lluvia se acumulaba allí, en el Ojo de Patji. El río era las lágrimas del padre.

Era un lugar peligroso al que ir llevando a Vathi. Habían bordeado la cuesta que subía a las alturas, para cruzar la isla hacia la playa del norte. Estaban cerca...

Los chillidos que llegaron desde atrás lo azuzaron. Patji tendría que perdonarle por lo que iba a hacer. Ocaso cogió a Vathi de la mano y la desvió un poco más hacia el este. Vathi no protestó, aunque siguió mirando hacia atrás muy a menudo.

Los gritos llegaban cada vez desde más cerca.

Corrió. Corrió como nunca había esperado correr en Patji, imprudente y sin control. Saltando zanjas y rodeando troncos caídos cubiertos de musgo. Cruzando los matorrales a oscuras, espantando a manseros y asustando a los aviares que dormitaban en las ramas de arriba. Era una necesidad. Era una locura. Pero ¿acaso importaba? De alguna manera, sabía que esas otras cosas no lo matarían. Los reyes de Patji estaban dándole caza y los peligros menores no se atreverían a robarles su presa.

Vathi lo siguió con dificultades. Las faldas le daban problemas, pero lo alcanzaba cada vez que Ocaso tenía que parar para cortar arbustos que les impedían el paso. Con prisa, frenético. Confiaba en que Vathi le siguiera el ritmo, y así fue. Una parte de él, enterrada profundamente bajo el terror, se quedó impresionada. Esa mujer habría sido una trampera excelente. En vez de eso, lo más probable era que acabara destruyendo a todos los tramperos.

Se quedó petrificado cuando sonaron chillidos por detrás, muy cerca. Vathi ahogó un grito y Ocaso redobló sus esfuerzos. Ya no estaban lejos. Macheteó unos densos matojos y siguió corriendo, con sudor cayéndole por los lados de la cara. La luz de la lámpara que zarandeaba Vathi a su espalda llenaba el paisaje de aterradoras sombras que bailaban en las ramas, las hojas, las frondas y las piedras de la selva.

Ocaso salió de entre los árboles a la orilla del río. Era pequeño en comparación con los del continente, pero bastaría. Llevó a Vathi a su fría agua, chapoteando.

Se dirigió río arriba. ¿Qué otra cosa podía hacer? Seguir la corriente lo acercaría a esos sonidos, a la llamada de la muerte.

«Del Ocaso —pensó—. Del Ocaso».

El agua les llegaba solo a la pantorrilla, pero estaba helada. Era el agua más fría de la isla, aunque Ocaso no sabía por qué. Resbalaron y trastabillaron mientras corrían cuanto podían río arriba. Cruzaron algunos estrechos, con paredes cubiertas de líquenes tan altas como un hombre a ambos lados, y llegaron a la cuenca.

Un lugar al que no debía acudirse. Un lugar que Ocaso solo había visitado en una ocasión. Allí había un fresco lago de aguas esmeraldas, aislado del resto de la isla.

Ocaso tiró de Vathi a un lado, fuera del río, hacia unos arbustos. Quizá no lo vería. Se agazapó con ella, se puso un dedo sobre los labios y luego bajó la luz de la lámpara que seguía llevando ella. Las quijanoches no veían muy bien, pero de todos modos quizás fuese conveniente atenuar la luz. Por más de un motivo.

Esperaron allí, en la costa del pequeño lago, esperando que el agua se hubiera llevado su olor, esperando que las quijanoches se confundieran o se distrajeran. Porque aquella cuenca estaba rodeada de paredes escarpadas y no tenía más salida que el río. Si las quijanoches llegaban remontándolo, Ocaso y Vathi estarían atrapados.

Sonaron chillidos. Las criaturas habían llegado al río. Ocaso esperó en la oscuridad casi absoluta, con los párpados apretados. Rezó a Patji, a quien amaba, a quien odiaba.

Vathi dio un leve respingo.

—¿Qué?

Lo había visto. Por supuesto que lo había visto. Era una investigadora, una estudiosa. Una preguntona.

¿Por qué hacía tantas preguntas la gente?

—¡Ocaso! ¡Aquí hay aviares, en esas ramas! Son cientos. —Habló en un tono quedo, asustado. Incluso mientras aguardaban la misma muerte, Vathi veía y no podía evitar hablar—. ¿Los has visto? ¿Qué es este lugar? —Se quedó callada un momento—. Hay muchos ejemplares jóvenes. Algunos apenas pueden volar...

—Vienen aquí —susurró él—. Todas las aves de todas las islas. En su juventud, tienen que acudir aquí.

Abrió los ojos y miró hacia arriba. Había atenuado la luz de la lámpara, pero seguía habiendo la suficiente para verlos allí posados. Algunos se movieron por la luz y el sonido. Se movieron más cuando las quijanoches chillaron por debajo.

Sak pio en su hombro, aterrorizada. Kokerlii, por una vez, no tenía nada que decir.

—Todas las aves de todas las islas —dijo Vathi, resolviendo el acertijo—. Todas vienen aquí, a este sitio. ¿Estás seguro?

—Sí.

Todos los tráperos lo sabían. No podía capturarse a un ave antes de que hubiera visitado Patji. De lo contrario, no podría conceder ningún talento.

—Vienen aquí —dijo ella—. Sabíamos que migraban entre las islas. ¿Por qué vienen aquí?

¿Qué sentido tenía ya guardar el secreto? Terminaría por descubrirlo. Aun así, Ocaso no dijo nada. Que lo descubriera.

—Obtienen sus talentos aquí, ¿verdad? —aventuró—. ¿Cómo? ¿Es donde reciben entrenamiento? ¿Es así como los tuyos convierten un pájaro normal y corriente en aviar? Traéis un polluelo aquí y entonces... — Frunció el ceño y alzó la lámpara—. Reconozco esos árboles. Son los que has llamado dedos de Patji.

Allí crecía una docena de ellos, la mayor concentración de toda la isla. Y debajo, sus frutos cubrían el terreno. Muchos estaban consumidos del todo, y otros solo a mitad, con picadas de todo tipo de aves.

Vathi vio cómo miraba y frunció el ceño.

—¿La fruta? —preguntó.

—Los gusanos —susurró él en respuesta.

Los ojos de Vathi parecieron iluminarse.

—No son las aves. Nunca han sido ellas, sino un parásito. ¡Llevan un parásito que concede talentos! Por eso los pájaros que crecen fuera de las islas no pueden obtener la capacidad, y por eso un ave del continente que trajiste aquí sí que pudo.

—Sí.

—Esto lo cambia todo, Ocaso. Todo.

—Sí.

Del Ocaso. ¿Nacido durante ese ocaso o su portador? ¿Qué acababa de hacer?

Más abajo, los chillidos de las quijanoches se aproximaban. Habían decidido buscar río arriba. Eran listas, más de lo que les atribuía la gente de fuera de las islas. Vathi cogió aire de golpe, volviéndose hacia el pequeño cañón del río.

—¿Esto no es peligroso? —susurró—. Los árboles están floreciendo. ¡Las quijanoches vendrán! Pero no. Hay muchísimos aviares. ¿Pueden ocultar esas flores, igual que hacen con las mentes?

—No —dijo él—. Todas las mentes de este lugar son invisibles, siempre, con aviares o sin ellos.

—Pero ¿cómo? ¿Por qué? ¿Los gusanos?

Ocaso no lo sabía, y de momento tampoco le importaba. «¡Intento protegerte, Patji! —Ocaso miró hacia los dedos de Patji—. Tengo que detener a esos hombres y su artefacto. ¡Lo sé! ¿Por qué? ¿Por qué me estás dando caza?».

Quizá fuese por lo mucho que sabía. Por lo demasiado que sabía. Más que cualquier otro ser humano en la historia. Porque Ocaso había hecho preguntas.

Humanos. Y sus preguntas.

—Vienen río arriba, ¿verdad? —preguntó Vathi.

La respuesta parecía evidente. Ocaso guardó silencio.

—No —dijo ella, poniéndose de pie—. No moriré con este conocimiento, Ocaso. No pienso hacerlo. Tiene que haber una manera.

—La hay —dijo Ocaso, poniéndose de pie a su lado.

Respiró hondo. «Así que por fin pagaré por él». Cogió con cuidado a Sak y lo dejó en el hombro de Vathi. También se quitó a Kokerlii.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Vathi.

—Llegaré tan lejos como pueda —dijo Ocaso, acercando a Kokerlii a la mujer. El pájaro le picó en las manos, irritado, aunque nunca con tanta

fuerza como para hacer sangre—. Tendrás que cogerlo, porque intentará seguirme.

—No, espera. Podemos escondernos en el lago hasta que...

—¡Nos encontrarán! —exclamó Ocaso—. No es ni de lejos tan profundo como para ocultarnos.

—Pero no puedes...

—¡Están casi aquí, mujer! —gritó, poniéndole a Kokerlii en las manos por la fuerza—. Los hombres de la compañía no me harán caso a mí si les digo que apaguen el dispositivo. Tú eres lista y puedes hacer que paren. Puedes llegar hasta ellos. Con Kokerlii, puedes llegar hasta ellos. Prepárate para marcharte.

Vathi lo miró, anonadada, pero pareció comprender que no había otra manera. Sostuvo a Kokerlii con las dos manos mientras Ocaso sacaba el diario de Primero del Cielo y luego su propio cuaderno, que detallaba dónde estaban sus aviales, y los guardaba en el morral de Vathi. Por último, regresó al río. Oía un ajetreo corriente abajo. Tendría que darse prisa para cruzar el cañón antes de que llegaran. Si podía atraerlos a la selva aunque fuese un trecho corto en dirección sur, Vathi podría escabullirse.

Mientras entraba en la corriente, sus visiones de muerte por fin se desvanecieron. No hubo más cadáveres flotando en el agua ni yaciendo en las riberas. Sak había comprendido lo que ocurría.

Le dedicó un último trino.

Ocaso echó a correr.

Un dedo de Patji que crecía justo al lado de la boca del cañón estaba floreciendo.

—¡Espera!

No debería haberse detenido por el grito de Vathi. Debería haber seguido adelante, porque el tiempo apremiaba. Pero ver aquella flor, sumada al grito de Vathi, lo hizo vacilar.

«La flor...».

Se le ocurrió, igual que debía de habersele ocurrido a Vathi. Una idea. Vathi corrió hacia su morral y soltó a Kokerlii, que al instante voló hasta el hombro de Ocaso y empezó a piarle una irritada regañina. Ocaso no escuchó al animal. Arrancó la flor, que era enorme como la cabeza de un hombre y tenía un gran abultamiento en el centro.

Era invisible, en aquella cuenca, igual que todo lo demás.

—Una flor que puede pensar —dijo Vathi, respirando deprisa y hurgando en su morral—. Una flor que puede atraer la atención de los depredadores.

Ocaso sacó su cuerda mientras ella empuñaba su arma y la preparaba. Ató la flor al final de la lanza, que asomaba un poco del tubo.

Los chillidos de las quijanoches resonaron por el cañón. Ocaso ya veía sus sombras, oía sus chapoteos.

Se apartó trastabillando hacia atrás de Vathi, que se agachó, apoyó la contera del arma contra el suelo y tiró de una palanca que tenía en la base.

La explosión, de nuevo, estuvo a punto de dejarlo sordo.

Los aviares posados por todo el borde de la cuenca chillaron y graznaron despavoridos, mientras alzaban el vuelo en una tempestad de plumas y aleteos. A través de ella, la lanza de Vathi surcó el aire, coronada por una flor. Trazó un arco sobre el cañón y se perdió en la noche.

Ocaso agarró a Vathi por el hombro y tiró de ella retrocediendo por el río, hasta el lago. Entraron en el agua poco profunda, Kokerlii en el hombro de él, Sak en el de ella. Dejaron la lámpara encendida, bañando de tenue luz la cuenca repentinamente desierta.

El lago no era profundo. No llegaba al metro. Incluso agachándose, no los cubría del todo.

Las quijanoches se detuvieron en el cañón. La luz de la lámpara reveló a un par de ellas en las sombras, grandes como cabañas, volviéndose y mirando el cielo. Eran listas pero, al igual que los manseros, no tanto como los humanos.

«Patji —pensó Ocaso—. Patji, por favor».

Las quijanoches dieron media vuelta y regresaron por el cañón, siguiendo la rúbrica mental que proyectaba la planta en flor. Y bajo la mirada de Ocaso, un cadáver suyo que flotaba cerca en el agua se volvió cada vez más translúcido.

Hasta que desapareció por completo.

Ocaso contó hasta cien y luego salió del agua. Vathi, con la falda empapada, no dijo nada mientras cogía la lámpara. Dejaron el arma, que ya no tenía más disparos.

Los chillidos de las quijanoches se alejaron cada vez más mientras Ocaso los guiaba hacia fuera por el cañón y luego hacia el norte, un poco cuesta abajo. No dejaba de esperar que los chillidos dieran otra media vuelta y volvieran a seguirlos.

No lo hicieron.

La fortaleza de la compañía era una visión horrible e impresionante. Era una construcción de troncos y cañones levantada justo al borde del agua, defendida por un barco inmenso con el casco de hierro. Salía humo de ella, el humo de los fogones matutinos. A poca distancia, lo que debía de ser una sombra muerta se podía al sol, su montañoso cadáver medio en el agua, medio fuera.

Ocaso no veía su cadáver por ninguna parte, aunque en el último tramo de su travesía hacia la fortaleza lo había visto unas cuantas veces. Siempre en lugares donde acechaba un peligro inmediato. Las visiones de Sak habían vuelto a la normalidad.

Se volvió de nuevo hacia la fortaleza, en la que no pretendía entrar. Prefería quedarse en la rocosa y familiar costa, a unos cinco metros de la entrada, notando el brazo dolorido mientras la gente de la compañía salía a toda prisa por la puerta para recibir a Vathi. Los vigilantes del muro no quitaban ojo de encima a Ocaso. No se podía confiar en los tramperos.

Incluso desde donde estaba, a algo más de cinco metros de los amplios portones de madera del fuerte, alcanzaba a oler lo inadecuado que era el lugar. Exudaba el olor del hombre: cuerpos sudorosos, aceite y otros aromas más nuevos que reconoció de sus últimas excursiones a las islas natales. Olores que le hacían sentirse un forastero entre su propio pueblo.

Los hombres de la compañía llevaban ropa resistente, pantalones como los de Ocaso pero de mucho mejor factura, camisas y gruesas chaquetas. ¿Chaqueta, con el calor de Patji? Se inclinaron ante Vathi, mostrándole mucha más deferencia de la que Ocaso habría esperado. Se pasaron la mano de hombro a hombro, en señal de respeto, mientras empezaban a hablar. Paparruchas. Un gesto como ese no significaba nada, cualquiera podía hacerlo. El auténtico respeto era mucho más que menear una mano en el aire.

Pero sí que la trataban como a algo más que una simple escriba. Estaba mejor situada en la compañía de lo que él había supuesto. En todo caso, ya no era problema suyo.

Vathi lo miró y luego devolvió los ojos a su gente.

—Tenemos que llegar deprisa a la máquina —les dijo—. La de los Venidos de Arriba. Debemos desactivarla.

Bien. Vathi cumpliría. Ocaso se volvió para marcharse. ¿Debía pronunciar unas palabras de despedida? Nunca antes había sentido la necesidad. Pero aquel día, le parecía mal no decir nada.

Echó a andar. Palabras. Nunca se le habían dado bien las palabras.

—¿Desactivarla? —preguntó un hombre a su espalda—. ¿A qué os referís, lady Vathi?

—No hace falta que finjas inocencia, Vientos —replicó Vathi—. Sé que la habéis activado en mi ausencia.

—No lo hemos hecho.

Ocaso se detuvo. ¿Cómo podía ser? El hombre sonaba sincero. Pero claro, Ocaso no era ningún experto en las emociones humanas. Por lo que había visto de los nataleños, eran capaces de fingir emociones con la misma facilidad con que fingían un gesto de respeto.

—¿Qué habéis hecho, entonces? —les preguntó Vathi.

—La... la hemos abierto.

«Oh, no».

—¿Por qué habéis hecho eso? —preguntó ella.

Ocaso se volvió para observarlos, pero no necesitaba oír la respuesta. La tenía ante sí, en la visión de una isla muerta que había malinterpretado.

—Hemos pensado —dijo el hombre— que deberíamos ver si podemos descubrir cómo funciona la máquina. Vathi, su interior es más complejo de lo que habríamos imaginado. Pero hay pistas dentro. Cosas que podríamos...

—¡No! —exclamó Ocaso, echando a correr hacia ellos.

Un centinela disparó una flecha a sus pies desde el muro. Ocaso resbaló hasta detenerse, mirando alternativamente a Vathi y hacia el adarve. ¿Es que no se daban cuenta? El abultamiento del barro que señalaba una colonia de hormigas asesinas. La trocha de caza. El giro distintivo de una enredadera cortadora. ¿Para ellos no era evidente?

—Nos destruirá —dijo Ocaso—. No busquéis... ¿No os dais cuenta de...?

Por un instante, se lo quedaron todos mirando. Tenía una oportunidad. Palabras. Necesitaba palabras.

—¡Esa máquina es las hormigas asesinas! —exclamó—. ¡Una madriguera, un...! ¡Bah!

¿Cómo podía explicarlo?

No podía. La ansiedad le arrebataba las palabras, como si fuesen aviares que huían aleteando en la noche.

Los otros por fin empezaron a moverse, llevándose a Vathi a la seguridad de su traicionera fortaleza.

—Has dicho que ya no hay cadáveres —dijo Vathi mientras la hacían pasar entre los portones—. Lo hemos conseguido. ¡Me encargaré de que no se active la máquina durante esta expedición! ¡Eso te lo prometo, Ocaso!

—¡Pero su propósito nunca fue que se activara! —gritó él.

Los enormes portones de madera de la fortaleza se cerraron con un chirrido y la perdió de vista. Ocaso maldijo. ¿Por qué no había sido capaz de explicarse?

Porque no sabía hablar bien. Por una vez en su vida, parecía tener importancia.

Furioso, frustrado, se alejó de aquel lugar y sus espantosos olores. A medio camino hacia los primeros árboles, sin embargo, paró y dio media vuelta. Sak descendió volando, aterrizó en su hombro y arrulló con suavidad.

Preguntas. Las preguntas querían metérsele en el cerebro.

En vez de permitirlo, gritó a los guardias. Les exigió que trajeran a Vathi. Hasta suplicó.

No sucedió nada. Se negaron a hablar con él. Al cabo de un tiempo, empezó a sentirse tonto. Se volvió de nuevo hacia los árboles y siguió andando. Sus suposiciones tenían que andar erradas. A fin de cuentas, los cadáveres habían desaparecido. Todo podía volver a la normalidad.

Normalidad. ¿Alguna cosa podía volver a ser normal con aquella fortaleza alzándose a su espalda? Negó con la cabeza mientras se internaba entre los árboles. La densa humedad de la selva de Patji debería haberlo tranquilizado.

Lo que hizo fue irritarlo. Inició el recorrido hacia otro de sus campamentos fracos, tan distraído que podría haber sido un niño, en su primera travesía por Sori. Estuvo a punto de pisar una enorme grieta de hormigas asesinas; ni siquiera reparó en la visión que le había enviado Sak. Fue la pura suerte lo que lo salvó, porque tropezó con

algo, miró abajo y solo entonces vio tanto el cadáver como la grieta repleta de motas amarillas.

Gruñó e hizo una mueca burlona.

—¿Aún intentas matarme? —gritó, con la mirada alzada hacia las copas de los árboles—. ¡Patji!

Silencio.

—¡Los que te protegen son justo a quienes más intentas matar! —vociferó—. ¿Por qué?

Las palabras se perdieron, devoradas por la selva.

—Te mereces esto, Patji —dijo—. Mereces lo que vas a recibir. ¡Mereces que te destruyan!

Resolló, sudando, satisfecho de haber dicho aquello por fin. Quizá las palabras sí tuvieran un propósito. Una parte de él, tan traicionera como Vathi y su compañía, se alegraba de que Patji fuese a caer víctima de sus máquinas.

Por supuesto, luego caería la propia compañía. A manos de los Venidos de Arriba. Su pueblo entero. El mundo entero.

Agachó la cabeza a la sombra de los árboles, con los lados de la cara sudados. Entonces cayó de rodillas, sin importarle el hormiguero que tenía a solo tres pasos de distancia.

Sak hurgó con la cabeza en su pelo. Por encima, en las ramas, Kokerlii pio dubitativo.

—El caso es que es una trampa —susurró—. Los Venidos de Arriba tienen normas. No pueden comerciar con nosotros hasta que hayamos avanzado lo suficiente. Igual que un hombre, en conciencia, no puede llegar a un trato con un niño hasta que crezca. Y por eso nos han dejado las máquinas, para que las descubramos, para que trasteeemos con ellas. Ese hombre muerto era una treta. Pretendían que Vathi tuviera esas máquinas.

»Habrá explicaciones, dejadas ahí como por descuido, para que las estudiemos y aprendamos. Y en algún momento del futuro próximo, construiremos algo parecido a sus máquinas. Habremos crecido más deprisa de lo que deberíamos. Seguiremos siendo infantiles, ignorantes, pero las leyes de los Venidos de Arriba permitirán que esos visitantes comercien con nosotros. Y cuando eso ocurra, se quedarán con esta tierra.

Eso era lo que debía haber dicho. Proteger Patji era imposible. Proteger a los aviares era imposible. Proteger su mundo entero era imposible. ¿Por qué no se había explicado?

Quizá tampoco habría servido de nada. Como había dicho Vathi, el progreso iba a tener lugar. Si es que podía llamársele así.

El ocaso había llegado.

Sak se soltó de su hombro y salió aleteando. Ocaso la miró y maldijo de nuevo. El ave no aterrizó cerca. Aunque le costaba volar, siguió alejándose hasta perderse de vista.

—¿Sak? —llamó Ocaso.

Se levantó y fue a trompicones tras el aviar. Se abrió paso de vuelta por donde había venido, siguiendo los graznidos de Sak. A los pocos momentos, salió de la selva.

Vathi estaba de pie sobre la roca, ante su fortaleza.

Ocaso vaciló al borde de la jungla. Vathi estaba sola, y hasta los centinelas se habían retirado. ¿Quizá la habían desterrado? No. Ocaso vio que había una rendija entre los portones y gente mirando desde dentro.

Sak se había posado en el hombro de Vathi. Ocaso frunció el ceño, extendió el brazo y dejó que Kokerlii aterrizarara en él. Luego avanzó a zancadas, descendiendo con gesto tranquilo por la costa rocosa hasta llegar a Vathi.

Se había puesto otro vestido, aunque seguía teniendo el pelo enredado. Olía a flores.

Y en sus ojos se veía un terror atroz.

Ocaso había cruzado la oscuridad con ella. Se habían enfrentado a quijanoches. La había visto a punto de morir, y no tenía un aspecto tan atribulado.

—¿Qué pasa? —le preguntó, y notó que la voz le salía áspera.

—Hemos

encontrado instrucciones dentro de la máquina —susurró Vathi—. Un manual de su funcionamiento, dejado allí como por casualidad por alguien que trabajara antes en ella. El manual está en su idioma, pero la máquina más pequeña que tengo...

—Lo traduce.

—El manual detalla cómo se construyó la máquina —dijo Vathi—. Es tan complejo que apenas logro entender nada, pero también parece explicar conceptos e ideas, no solo sobre el funcionamiento del artilugio.

—¿Y no estás contenta? —preguntó él—. Pronto tendrás tus máquinas voladoras, Vathi. Antes de lo que podría haber imaginado cualquiera.

Sin decir nada, Vathi sostuvo algo en alto. Era una pluma, una pluma de apareamiento. Se la había guardado.

—Nunca actúes sin antes preguntarte: «¿Esto es demasiado fácil?» —susurró—. Has insinuado que era una trampa justo antes de que se me llevaran. Cuando hemos encontrado el manual, yo... Oh, Ocaso. Planean hacer con nosotros lo que... lo que nosotros estamos haciendo con Patji, ¿verdad?

Ocaso asintió.

—Lo perderemos todo —prosiguió ella—. No podemos luchar contra ellos. Encontrarán una excusa y se apoderarán de los aviares. Tiene todo el sentido del mundo. Los aviares usan los gusanos. Nosotros usamos los aviares. Los Venidos de arriba nos usan a nosotros. Es inevitable, ¿verdad?

«Sí», pensó él. Abrió la boca para decirlo y Sak trinó. Ocaso arrugó la frente y se volvió de nuevo hacia la isla. Asomando del océano, arrogante. Destructiva.

Patji. Padre.

Y por fin, después de mucho tiempo, Ocaso lo comprendió.

—No —susurró.

—Pero...

Desató el bolsillo de sus pantalones, metió la mano y hurgó. Al cabo de un momento, sacó algo. Eran los restos de una pluma, ya solo el astil. Una pluma de apareamiento que le había dado su tío, muchos años antes, la primera vez que había caído en una trampa allá en Sori. La sostuvo en alto, recordando el discurso que había recibido. El mismo que todos los tramperos.

«Esto es el símbolo de tu ignorancia. Nada es fácil, nada es simple».

Vathi levantó la suya. Lo viejo y lo nuevo.

—No, no se apoderarán de nosotros —dijo Ocaso—. Descubriremos sus trampas y no caeremos en sus trucos, porque nos ha entrenado el mismo padre para cuando llegara este día.

Vathi miró la pluma de Ocaso y luego su cara.

—¿De verdad lo crees? —preguntó—. Son astutos.

—Serán astutos —repuso él—, pero no han vivido en Patji. Reuniremos a los demás tramperos. No permitiremos que nos apresen.

Vathi asintió, renuente, y parte del miedo pareció evaporarse de ella. Dio media vuelta e hizo un gesto a los de dentro para que abrieran los portones de la construcción. De nuevo, los olores de la humanidad inundaron a Ocaso.

Vathi miró atrás y le tendió la mano.

—¿Ayudarás, entonces?

Su cadáver apareció a sus pies y Sak dio un trino de advertencia. Peligro. Sí, el camino que se le abría tendría muchos peligros.

Ocaso cogió la mano de Vathi y entró en la fortaleza de todos modos.

Nota final

En la versión original de este relato, Ocaso se refería a sí mismo como Sexto, lo cual confundía mucho a los lectores. A mí me gustaba porque era muy distinto a todo, pero al final cedí a todos los comentarios que estaba recibiendo porque era lo correcto. No solo porque «Ocaso» tiene más importancia temática que «Sexto», sino porque es mucho más fácil de reconocer como nombre propio en una frase.

Para quienes no lo sepáis, esta historia nació durante una lluvia de ideas en un episodio de nuestro *podcast Writing Excuses*. Hicimos cuatro episodios en los que perfilábamos una idea entre todos y luego uno de nosotros la cogía y escribía una historia a partir de ella. La sesión inicial que hicimos para mí terminó fracasando, sencillamente porque la historia no me emocionaba. De modo que lo intentamos de nuevo y este fue el resultado.

Este es el único relato de la antología cuyo mundo no estaba integrado en mi plan inicial para el Cosmere. Sin embargo, me había dejado hueco en las líneas maestras de mi universo para poder incluir unos cuantos mundos que aún no tenía definidos, ya que sabía que en algún momento querría contar historias que no encajaran en un planeta con Esquirla. La sesión de lluvia de ideas que emitimos no estaba pensada específicamente para una historia del Cosmere, pero mientras trabajaba en el argumento general, me intrigó la idea de emplear la simbiosis (de un modo nuevo) para una Investidura del Cosmere.

Me enamoré enseguida del concepto y de la historia que resultó de él. Es probable que terminéis viendo más de los habitantes de este planeta, aunque no tenga planes concretos para otro relato o novela ambientada en su mundo. Por si no lo habíais notado en los libros de Alcatraz o en la sociedad comecuernos de «El Archivo de las Tormentas», me fascina la cultura polinesia. El concepto de orientarse por las olas es una de esas cosas en las que no dejo de pensar, y poder escribir sobre un personaje que surca a solas los océanos, aislado en diversos sentidos, me intrigaba. Además, teniendo en cuenta la cantidad de personajes parlanchines que aparecen en mis libros, fue un placer probar algo nuevo con alguien como Ocaso.

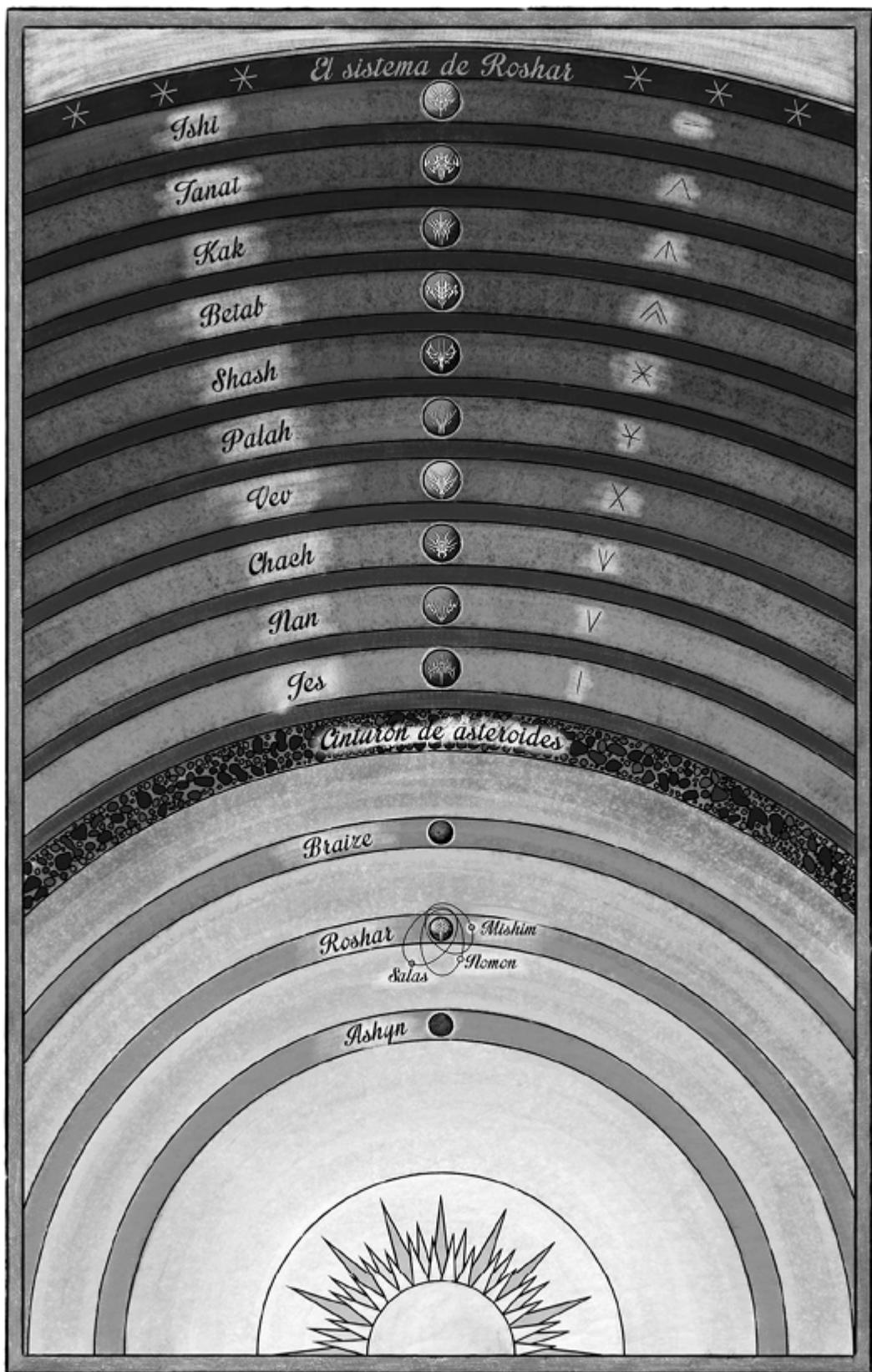
En términos de línea temporal, esta es la historia más adelantada que aparece en esta colección. Cuando Khriss escribe la presentación del sistema solar, los acontecimientos de este relato todavía no han tenido lugar.

Si queréis leer impresas las sesiones originales de lluvia de ideas y los primeros borradores de esta historia, están disponibles —junto con los tres relatos escritos por los otros miembros de *Writing Excuses*, Mary

Robinette Kowal, Dan Wells y Howard Tayler— en una antología titulada *Shadows Beneath* .

El sistema de Roshar





Roshar —que, en una muestra más de la dominante confianza de sus gentes, es el nombre de un planeta, del sistema y del principal continente del planeta— es un lugar ajetreado. Igual que el sistema de Scadrial transmite una sensación de vacío, este siempre me parece abarrotado. Una serie de enormes gigantes gaseosos atesta la parte exterior del sistema, aunque nadie ha podido hacer observaciones directas de ellos porque su manifestación en Shadesmar es muy menor.

Existe la increíble cifra de tres planetas en la zona habitable, todos ellos habitados hasta cierto punto. Está Ashyn, el planeta ardiente, que sufrió un cataclismo hace mucho tiempo. Allí la gente vive en pequeños reductos de habitabilidad, entre ellos las famosas ciudades flotantes. El más exterior de los tres es Braize, que, a pesar de ser frío e inhóspito para la humanidad, alberga un ecosistema de Astillas conscientes de sí mismas. (Los nativos las llamarían spren). Creo que es posible que en realidad algunas sean sombras cognitivas, pero investigarlo es difícil y peligroso, por lo que de momento me reservaré las hipótesis.

La joya de la corona del sistema es, por supuesto, el planeta intermedio, el propio Roshar. Con una gravedad de 0,7 y un tamaño de 0,9 veces el estándar del Cosmere, y con su alta proporción de oxígeno en la atmósfera, Roshar alberga una ecología diversa y singular, que incluye una espectacular megafauna y fascinantes relaciones simbióticas entre criaturas (humanoides o no) y Astillas de Investidura.

La más espectacular de todas ellas es la relación entre los humanos y los spren conscientes de sí mismos, que constituye la base de la magia de potenciación. Esta magia tiene sus raíces en la física natural, ya que los spren son personificaciones de sus mismas fuerzas (a las que llaman potencias). La gravitación, la fuerza axial intensa, la tensión superficial... esos conceptos cobraron vida, al igual que otros más abstractos como la transformación o el transporte.

Sin embargo, ese proceso (el vínculo entre spren y humano) es una mera expansión de lo que ya existía en la naturaleza del planeta. Hay crustáceos gigantescos que crecen hasta tamaños indecibles sin que los aplaste su propio peso no solo por las constantes físicas del planeta, sino mediante la simbiosis con los spren. Ciertos animales pueden volar por medios similares, e incluso existe una raza de equinos que, por medio del vínculo con spren, se han adaptado a la vida del planeta y han obtenido un nivel de conciencia tan alto que casi habría que considerarlos una especie inteligente.

No hablaré aquí de las relaciones entre la diversa ecología de Roshar, ya que es un tema demasiado extenso para abordarlo en un simple sondeo como este. Sin embargo, habría que advertir de las tormentas a quienes viajen al planeta. La vida en Roshar se ha conformado a lo largo de los milenios por unas tormentas masivas e Investidas, cuya peligrosidad es imposible de exagerar.

Estas tormentas, por lo que puedo deducir, son anteriores a la llegada de las Esquirlas Honor y Cultivación, al igual que buena parte de los spren. Sin embargo, la presencia de las Esquirlas ha transformado la naturaleza del planeta en tal medida que cuesta distinguir qué tiene su origen antes de la Fragmentación y qué se desarrolló con posterioridad a ella. Casi a ciencia cierta, muchos de los spren que existen en la actualidad sobre el planeta se deben a las fricciones entre Honor, Cultivación y Odium.

Odium, sí. El lector queda advertido que este sistema es la posición actual de la Esquirla de Odium en el Reino Físico y el Cognitivo. Sin duda, esta Esquirla provocó el Astillamiento de Devoción, Dominio, Honor y quizá otras a lo largo y ancho del Cosmere.

Los visitantes de Roshar deberían saber que el fuego responderá de forma poco habitual por el entorno rico en oxígeno, lo cual creo que motivó en parte que se desarrollara una fuente alternativa de luz en los primeros tiempos de la vida humanoide sobre el planeta. También es digno de mención que las longitudes y los tiempos mencionados en los ensayos y relatos sobre este mundo tienden a emplear las unidades locales. Un año roshariano dura más que el estándar del Cosmere, y un metro roshariano es más largo también que el estándar. Cuesta no sentirse muy pequeño y nimio, en ocasiones, ante esta dominante y majestuosa tempestad de planeta.

Danzante del Filo



Esta novela corta transcurre después de *Palabras radiantes* y revela acontecimientos de su trama.



1



Lift se preparó para ser maravillosa.

Corría a toda velocidad por un campo abierto al norte de Tashikk, a poco más de una semana de viaje desde Azimir. El campo estaba plagado de una hierba marrón de medio metro de altura. Los dispersos árboles eran altos y retorcidos, con troncos que parecían hechos de enredaderas entrelazadas y ramas que apuntaban más hacia arriba que hacia fuera.

Tenían algún nombre oficial, pero todos los conocidos de Lift los llamaban caemuertos por sus raíces elásticas. Cuando había tormenta, el árbol caía de plano contra el suelo y se quedaba tendido. Después volvía a levantarse, como haciendo un gesto obsceno al viento.

La carrera de Lift asustó a unos ciervohachas que pastaban cerca. Los esbeltos animales se apartaron saltando a cuatro patas, con las dos garras frontales muy pegadas al cuerpo. Se comía bien, de esos bichos. Casi no tenían nada de caparazón. Pero por una vez, Lift no tenía ganas de comer.

Estaba huyendo.

—¡Ama! —exclamó Wyndle, su Portador del Vacío mascota. Tenía la forma de una enredadera que crecía a lo largo del terreno junto a ella, a toda velocidad, manteniéndole el ritmo. En ese momento no tenía rostro, pero podía hablar de todas formas. Por desgracia—. Ama —suplicó—, ¿no podríamos volver, por favor?

De eso ni hablar.

Lift se volvió maravillosa. Recurrió a lo que llevaba dentro, a eso que la hacía brillar. Lo usó para hacer resbaladizas las plantas de los pies, dio un salto y empezó a deslizarse.

De pronto, el suelo dejó de rozar contra ella por completo. Resbaló como sobre hielo y cruzó el campo como una exhalación. La hierba de

su alrededor, asustada, se combaba mientras se hundía en madrigueras de piedra. Era como si se inclinara ante ella en oleada.

Se deslizó con el viento echándole hacia atrás el cabello largo y negro, tirándole de la chaqueta suelta que llevaba encima de una camisilla más ajustada y marrón, metida en sus pantalones bombachos.

Resbaló y se sintió libre. Estaban solos ella y el viento. Un pequeño vientospren, que parecía una cinta blanca en el aire, empezó a seguirla.

Y entonces dio contra una roca.

La condenada roca se mantuvo firme. La mantenían en su sitio unos pequeños jirones de musgo que crecían en el suelo y se adherían a cosas como las piedras, para que no se los llevara el viento. Lift notó un intenso dolor en el pie, salió volando por los aires y cayó de cara al suelo de piedra.

Por acto reflejo, volvió maravillosa su cara, de modo que siguió hacia delante, resbalando sobre la mejilla hasta chocar con un árbol. Allí por fin se detuvo.

El árbol se derrumbó despacio, haciéndose el muerto. Dio contra el suelo con un estremecedor sonido de hojas y ramas.

Lift se incorporó y se frotó la cara. Tenía un corte en el pie, pero su maravilla taponó el agujero y lo curó en un pispás. La cara ni siquiera le dolía mucho. Cuando una parte de ella era maravillosa, no frotaba contra lo que tocaba, sino que solo fluía.

No por ello dejaba de sentirse como una idiota.

—Ama —dijo Wyndle, creciendo junto a ella.

Su enredadera parecía de las que los ricachones ponían en sus casas para esconder las partes que no parecían lo bastante lujosas. Solo que a Wyndle le crecían cristalitos a lo largo de toda su longitud de enredadera. Asomaban cuando menos te lo esperabas, como uñas del pie en una cara.

Para moverse, no se arrastraba como una anguila. De verdad crecía, dejando atrás una larga estela de enredadera que al poco tiempo cristalizaba y se deshacía en polvo. Los Portadores del Vacío eran raros.

Wyndle se enrolló en círculo como una cuerda y formó una pequeña torre de enredadera. Y entonces creció algo en la cima, una cara compuesta de enredadera, hojas y gemas. Se le movió la boca al hablar.

—Oh, ama —dijo—, ¿podemos dejar de jugar aquí fuera, por favor?
¡Tenemos que volver a Azimir!

—¿Volver? —Lift se levantó—. ¡Pero si acabamos de escapar de allí!

—¿Escapar? ¿De palacio? ¡Ama, eras una invitada de honor del emperador! Lo tenías todo, tanta comida como quisieras, tanto...

—Todo mentiras —afirmó ella, con los brazos en jarras—. Para impedir que descubriera la verdad. Iban a comérseme.

Wyndle tartamudeó. No daba tanto miedo, para ser un Portador del Vacío. Seguro que era algo así como el Portador del Vacío del que se reían todos los demás porque llevaba sombreros ridículos. El que corregía siempre a todos los demás y les explicaba qué tenedor había que usar para sentarse a devorar almas humanas.

—Ama —dijo Wyndle—, los humanos no se comen a otros seres humanos. ¡Eras su invitada!

—Ya, pero... ¿por qué? Me daban demasiadas cosas.

—¡Salvaste la vida del emperador!

—Eso debería haberme valido unos días de gorroneo —dijo ella—. Una vez saqué a un tipo de la cárcel y me dio cinco días gratis en su escondrijo, además de un buen pañuelo. Eso sí que fue generosidad. Pero ¿que los azishianos me dejen quedarme todo el tiempo que quiera? —Negó con la cabeza—. Algo querían, los muy famélicos. Es la única explicación. Se me iban a comer.

—Pero...

Lift echó a correr de nuevo. La fría piedra, perforada por las madrigueras de la hierba, era agradable a sus pies descalzos. No llevaba zapatos. ¿De qué servían los zapatos? En palacio habían empezado a ofrecerle zapatos a montones. Y ropa buena: abrigos y túnicas grandes y cómodos. Ropa dentro de la que una podía perderse. Le había gustado llevar prendas suaves por una vez.

Luego habían empezado a pedir cosas. ¿Por qué no recibir unas lecciones y aprender a leer? Le agradecían lo que había hecho por Gawx, que ahora era el Aqasix Supremo, la forma rebuscada en que llamaban a su gobernante. En recompensa por sus servicios, podía disponer de tutores, le dijeron. Podía aprender cuál era el modo correcto de vestir aquella ropa, podía aprender a escribir.

Había empezado a reconcomerse. Si se quedaba, ¿cuánto tiempo tardaría en dejar de ser Lift? ¿Cuánto tiempo hasta que se la tragaran y quedara otra chica en su lugar, con la cara parecida pero toda nueva al mismo tiempo?

Probó a usar de nuevo su maravilla. En palacio habían hablado de la recuperación de los poderes antiguos. Los Caballeros Radiantes. El vínculo de potencias, las fuerzas naturales.

«Recordaré a aquellos que han sido olvidados».

Lift se resbaladizó de poder y resbaló unos metros por el suelo antes de tropezar y caer rodando a la hierba. ¿Cómo iba a quedarse en pie, si sus pies resbalaban más que si estuvieran cubiertos de aceite? Tendría que volver a remar de rodillas. Era mucho más fácil. Así podía mantener el equilibrio y dirigirse con las manos. Como un cangrejillo, correteando por aquí y por allá.

«Tenían una elegante belleza —había dicho Oscuridad—. Podían cabalgar la cuerda más fina, danzar en los tejados, moverse como un lazo al viento».

Oscuridad, aquella sombra de hombre que la había perseguido, se lo dijo en el palacio, hablando de quienes, hacía mucho tiempo, habían usado poderes como los de Lift. Quizá fuese mentira. Al fin y al cabo, en esos momentos Oscuridad se disponía a asesinarla.

Pero precisamente por eso, ¿para qué mentir? La había tratado con desprecio, como si Lift no fuese nada. Como si no valiese nada.

Tensó la mandíbula y se levantó. Wyndle seguía hablando, pero no le hizo caso y arrancó de nuevo por el campo desierto, corriendo tan deprisa como pudo y sorprendiendo a la hierba. Llegó a la cima de la pequeña colina, saltó y recubrió sus pies de poder.

Empezó a resbalar al instante. ¡El aire! El aire que empujaba al moverse era lo que la retenía. Lift siseó y entonces recubrió todo su yo de poder.

Surcó el viento, girando a un lado mientras resbalaba ladera abajo. El aire resbalaba y se apartaba de ella, como si no la encontrara. Hasta la luz del sol parecía derretirse antes de alcanzar su piel. Estaba entre lugares, allí pero no. Sin aire, sin suelo. Solo movimiento puro, tan rápido que llegaba a la hierba antes de que tuviera tiempo de retraerse. Fluía en torno a Lift, sin entrar en contacto gracias a su poder.

Empezó a brillarle la piel y salieron de ella unas volutas de luz humeante. Lift rio, llegando a la base de la pequeña colina. Entonces saltó unas piedras.

Y se estampó de cara contra otro árbol.

La burbuja de poder que la rodeaba estalló. El árbol se derrumbó y, ya puestos, los dos que tenía al lado decidieron caer también. A lo mejor se sentían excluidos de algo.

Wyndle la encontró sonriendo de oreja a oreja como una idiota, mirando hacia el sol, despatarrada sobre el tronco del árbol con los brazos metidos en las ramas, y un solitario glorispren dorado, con forma de orbe, trazando círculos sobre ella.

—¿Ama? —dijo—. Ay, ama. Eras feliz en palacio. ¡Se te notaba en la cara!

Ella no respondió.

—Por no hablar del emperador —siguió diciendo Wyndle—. ¡Te echará de menos! ¡Ni siquiera le has dicho que te marchabas!

—Le dejé una nota.

—¿Una nota? ¿Has aprendido a escribir?

—¡Tormentas, no! Me comí su cena. De debajo del cubrebandejas, mientras se preparaban para llevársela. Gawx sabrá lo que significa.

—Lo dudo bastante, ama.

Se levantó encima del árbol caído, estiró los músculos y se sopló el pelo de los ojos. A lo mejor sí que podría danzar en los tejados, cabalgar cuerdas o ¿qué era lo otro? ¿Crear viento? Sí, eso su trasero ya lo hacía sin problemas. Bajó del árbol dando un salto y siguió recorriendo el campo.

Por desgracia, su estómago tenía cuatro cosas que decirle sobre cuanta maravilla había utilizado. Lift funcionaba a base de comida, incluso más que la mayoría de la gente. Podía extraer un poco de maravilla de todo lo que comía pero, cuando se usaba, ya no podía volver a hacer nada increíble hasta que hubiera comido más.

Su estómago rugió, en rebeldía. A Lift le gustaba imaginar que estaba soltándole unos insultos horribles. Se registró los bolsillos. La comida del petate se le había terminado por la mañana, y eso que había cogido un buen montón. Pero ¿no había encontrado una salchicha al fondo antes de tirar el petate?

Ah, sí. Se la había comido mientras miraba a aquellos ríospren unas horas antes. Se hurgó en los bolsillos de todos modos, pero solo encontró un pañuelo que había usado para envolver una buena pila de pan ácimo antes de meterla en el petate. Se metió parte del pañuelo en la boca y empezó a masticar.

—¿Ama? —dijo Wyndle.

—A o ejor quedan igajas —explicó ella, con la boca llena de pañuelo.

—¡No deberías estar Potenciando tanto! —Se arqueó en el suelo junto a ella, dejando un rastro de enredaderas y cristales—. Y de verdad tendríamos que habernos quedado en palacio. ¿Cómo ha podido pasarme esto a mí? Debería estar trabajando en mi jardín ahora mismo. Tenía unas sillas magníficas.

—¿Illas? —preguntó Lift, dejando de masticar.

—Sí, sillas. —Wyndle se arremolinó en espiral a su lado y formó una cara inclinada hacia ella en ángulo en la parte de arriba—. ¡En Shadessmar había reunido la mejor colección de almas de sillas de este lado que puedes imaginar! Yo las cultivaba para que se convirtieran en unos cristales grandiosos. Tenía unas cuantas Winstel, una Shober muy buena, toda una colección de butacas... ¡y hasta un par de tronos!

—¿Udtivabas illas?

—Pues claro que cultivaba sillas —dijo Wyndle. Su cinta de enredadera saltó de la espiral y la siguió cuando Lift echó a andar de nuevo—. ¿Qué iba a cultivar si no?

—Adtas.

—¿Plantas? Bueno, tenerlas, las tenemos en Shadessmar. Pero yo no soy un jardinero del montón. ¡Soy un artista! Caramba, pero si estaba preparando una exposición entera de sofás cuando el Anillo me escogió para este deber atroz.

—Arhutío ramitch mragdufud.

—¿Quieres quitarte eso de la boca? —saltó Wyndle.

Lift lo hizo.

Wyndle dio un bufido. Lift no sabía cómo podía bufar una cosa pequeña con forma de enredadera, pero Wyndle lo hacía a todas horas.

—Muy bien, ¿qué era lo que intentabas decirme?

—Nada, era un galimatías —dijo Lift—. Solo quería ver cómo reaccionabas.

Se metió en la boca el otro extremo del pañuelo y empezó a chuparlo. Siguieron adelante con un suspiro de Wyndle, que se puso a hablar de jardinería y de lo triste que era su vida. Desde luego, era un Portador del Vacío muy raro. Ahora que lo pensaba, Lift nunca lo había visto ni mínimamente interesado en consumir el alma de nadie. ¿Sería vegetariano?

Cruzaron un bosquecillo, que en realidad casi podía llamarse un calvero. Era una palabra rara, porque Lift casi nunca encontraba calvos en ellos. Ni siquiera había caemuerdos, que crecían en extensiones pequeñas de terreno pero apartados unos de otros. Las ramas de aquellos árboles se enroscaban unas sobre otras al crecer, densas y entrelazadas para afrontar las altas tormentas.

Que venía a ser la forma buena de hacerlo, ¿no? Todos los demás juntaban las ramas. Se apuntalaban. Pero Lift era un caemuerdo. No te entrelaces, no te dejes atrapar. Haz las cosas a tu manera.

Sí, desde luego así es como era. Y por eso había tenido que irse del palacio, evidentemente. Una no podía vivir levantándose por la mañana y viendo las mismas cosas un día tras otro. Había que seguir moviéndose, o la gente empezaba a saber quién eras y entonces empezaba a esperar cosas de ti. De ahí a que te engulleran solo había un paso.

Paró entre los árboles, sobre un sendero que alguien había talado y mantenía. Miró hacia atrás, al norte, hacia Azir.

—¿Esto es por lo que te pasó? —preguntó Wyndle—. No sé mucho sobre humanos, pero me parece que es natural, por desconcertante que parezca. No estás herida.

Lift se hizo visera en los ojos. Estaba cambiando lo que no debía. Ella debía seguir siendo como era y el mundo debía cambiar a su alrededor. Era lo que había pedido, ¿o no?

¿Le habían mentido?

—¿Vamos a volver? —preguntó Wyndle, esperanzado.

—No —dijo Lift—. Solo me despedía.

Se metió las manos en los bolsillos y dio media vuelta antes de seguir su camino entre los árboles.



Yeddaw era una de las ciudades que Lift siempre había querido visitar. Estaba en Tashikk, un sitio que era raro hasta comparándolo con Azir. A Lift siempre le había parecido que sus habitantes eran demasiado educados y reservados. Además, llevaban una ropa que los hacía difíciles de calar a primera vista.

Pero todo el mundo decía que Yeddaw había que verla. Era lo más parecido que había a visitar Sesemalex Dar, y teniendo en cuenta que ese otro lugar llevaba como mil millones de años siendo una zona de guerra, no era muy probable que Lift pudiera ir alguna vez.

De pie con las manos en las caderas, contemplando la ciudad de Yeddaw, Lift tuvo que reconocer que la gente llevaba razón. Menudas vistas. A los azishianos les gustaba pensar que su arquitectura era grandiosa, pero lo único que hacían era dar baños de bronce, oro o lo que fuese a todos sus edificios y fingir que con eso bastaba. Pero ¿de qué servía? A Lift solo le reflejaban su propia cara, que tenía demasiado vista para que la impresionara.

No, Yeddaw sí que era impresionante. Una ciudad majestuosa cortada en el famélico suelo.

Había oído a los relamidos escribas de Azir hablar de ella. Decían que era una ciudad nueva, creada solo cien años antes, cuando alquilaron las hojas esquirladas imperiales de Azir. Esas hojas no veían mucha guerra. En lugar de ello, se usaban para abrir minas, cortar rocas y demás. Muy práctico. Era como usar el trono real a modo de taburete para alcanzar algo en los estantes más altos.

No tendrían que haber gritado tanto a Lift por hacerlo.

El caso era que habían usado las hojas esquirladas para construir Yeddaw. El lugar fue una vez una extensa llanura. Pero desde su lugar de observación sobre una colina, Lift distinguía centenares de zanjas talladas en la piedra. Estaban interconectadas, como en un gigantesco laberinto. Había zanjas más amplias que otras, y componían una espiral

aproximada hacia el centro, donde un gran edificio con forma de montículo era la única parte de la ciudad que asomaba de la superficie del llano.

Arriba, en los espacios entre zanjas, había gente trabajando en los campos. Apenas había estructuras propiamente dichas en la superficie: todo estaba abajo. La gente vivía en aquellos huecos, que parecían tener dos o tres pisos de profundidad. ¿Cómo evitaban que los arrastrara el agua de las altas tormentas? De acuerdo, habían tallado grandes canales que llevaban fuera de la ciudad, en los que no parecía vivir nadie, para que el agua tuviera un conducto de salida. Seguía sin dar sensación de seguridad, al menos a Lift, pero bonito sí era con ganas.

Podría esconderse muy bien allí. A fin de cuentas, para eso había ido. Para esconderse. Nada más. No había ningún otro motivo.

La ciudad no tenía murallas, pero sí bastantes atalayas dispuestas a su alrededor. El camino que seguía Lift bajaba de las colinas y desembocaba en otro más importante, que pasado un tiempo terminaba en una cola de gente que esperaba el permiso para entrar en la ciudad.

—¿Cómo habrán conseguido cortar tanta roca? —dijo Wyndle, apilando sus enredaderas junto a ella en una columna giratoria que lo llevó a la altura de su cintura, con el rostro inclinado hacia la ciudad.

—Hojas esquirladas —respondió Lift.

—¡Oh! ¡Oh! Esas cosas. —Se removió, incómodo, y sus enredaderas serpentearon y se retorcieron unas sobre otras con fuertes crujidos—. Sí, esas cosas.

Lift se cruzó de brazos.

—Tendría que hacerme con una, ¿verdad?

Wyndle dio un fuerte gemido, algo raro en él.

—He pensado que Oscuridad tenía una, ¿a que sí? —continuó diciendo Lift—. Empuñaba una cuando intentó matarnos a Gawx y a mí. Así que tendría que buscar otra para mí.

—Eso —dijo Wyndle—. ¡Justo eso es lo que tienes que hacer! Vamos a acercarnos al mercado a comprar una legendaria y todopoderosa arma salida de los mitos y los albores de la historia, con un valor superior al de muchos reinos. He oído que, cuando empieza a mejorar el tiempo, en el este las venden al peso.

—Cállate, Portador del Vacío —dijo Lift, con una mirada al revoltijo de su cara—. Tú sabes algo sobre las hojas esquirladas, ¿verdad?

Las enredaderas parecieron marchitarse.

—Algo sabes. Venga, desembucha. ¿Qué sabes?

Wyndle negó con su cabeza de enredadera.

—Dímelo —ordenó Lift, en tono de advertencia.

—Está prohibido. Debes descubrirlo por ti misma.

—Y eso hago. Estoy descubriendolo. Sacándotelo a ti. Dímelo o te muerdo.

—¿Qué?

—Te morderé —dijo Lift—. Te roeré, Portador del Vacío. Eres una enredadera, ¿no? Pues yo como plantas. A veces.

—Incluso suponiendo que mis cristales no te partieran los dientes —replicó Wyndle—, mi masa no te nutriría. Se descompondría en polvo.

—No es por nutrición. Es por tortura.

Wyndle la sorprendió aguantándole la mirada con sus extraños ojos hechos de cristales.

—Si te soy sincero, ama, no creo que fueses capaz.

Lift le gruñó y Wyndle se marchitó más, pero no le reveló el secreto. ¡Tormentas! Daba gusto ver que demostraba agallas. Bueno, o lo que fuese que tuvieran las plantas en vez de agallas. ¿Estambres?

—Se supone que tienes que obedecerme —dijo Lift, metiéndose las manos en los bolsillos y siguiendo camino hacia la ciudad—. No cumples las normas.

—Las cumplo a rajatabla —repuso él con un bufido—. Lo que pasa es que tú no las conoces. Y debes saber que soy jardinero, no soldado, así que nada de golpear a la gente conmigo.

Lift se detuvo.

—¿Por qué iba a golpear a nadie contigo?

Wyndle se marchitó tanto que estuvo a punto de secarse del todo.

Lift suspiró y siguió adelante, seguida de Wyndle. Llegaron al camino más ancho, girando hacia la atalaya de entrada a la ciudad.

—Entonces —dijo Wyndle mientras adelantaban a un carro tirado por un chull—, ¿aquí es donde veníamos desde un principio? ¿A esta ciudad excavada en el suelo?

Lift asintió con la cabeza.

—Podrías habérmelo dicho —le reprochó Wyndle—. ¡Me preocupaba que nos sorprendiera una tormenta aquí fuera!

—¿Por qué? Si ya no llueve.

El Llanto, sorprendentemente, se había detenido. Luego había vuelto a empezar. Y luego había parado otra vez. Estaba haciendo cosas rarísimas, pareciéndose más al clima normal que a la prolongada y suave alta tormenta que debía ser.

—No lo sé —dijo Wyndle—. Algo va mal, ama. Algo en el mundo. Puedo sentirlo. ¿Oíste lo que escribió el rey de los alezi al emperador?

—¿Eso de que llegaba una nueva tormenta? —preguntó Lift—. ¿Una que soplaría al revés?

—Sí.

—Los fideos decían que era una chorrada.

—¿Fideos?

—Esos que rodeaban siempre a Gawx, hablándole a todas horas, diciéndole qué debía hacer e intentando que yo me pusiera túnica.

—Los visires de Azir. ¡Son los funcionarios en jefe del imperio y los consejeros del Supremo!

—Ajá. Brazos ondeantes y rasgos fofos. Fideos. Bueno, pues pensaban que ese tipo tan furioso...

—... El alto príncipe Dalinar Kholin, a todos los efectos rey de Alezkar y el más poderoso caudillo del mundo ahora mismo...

—... se estaba inventando cosas.

—Puede. Pero ¿tú no sientes algo? ¿Allá fuera? ¿Acumulándose?

—Un trueno lejano —susurró Lift, mirando hacia las distantes montañas al oeste, más allá de la ciudad—. O... o la sensación que tienes cuando a alguien se le escurre una sartén de las manos, la ves caer y te preparas para el escándalo que montará contra el suelo.

—Entonces, sí que lo sientes.

—Quizá —dijo Lift. El carro del chull los adelantó. A Lift no le prestaba atención nadie, como de costumbre. Y la única que podía ver a Wyndle era ella, por ser tan especial—. ¿Tus amigos Portadores del Vacío no saben nada de esto?

—No somos Lift, somos spren... pero mi especie, los cultivacispren, no somos muy importantes. No tenemos reino propio, ni siquiera ciudades. Solo empezamos a vincularnos con vosotros porque los crípticos y los honorispren y todos los demás empezaban a hacerlo. Sí, saltamos al mar de cristal con los pies por delante, ¡pero apenas sabemos lo que estamos haciendo! ¡Todo aquel que tenía la menor idea de cómo lograr todo esto murió hace siglos!

Wyndle fue creciendo por el camino junto a ella mientras seguían al carro tirado por el chull, que traqueteaba y se tambaleaba.

—Todo está mal y nada tiene sentido —siguió diciendo Wyndle—. Vincularme contigo debía haber sido más difícil de lo que fue, tengo entendido. Los recuerdos me vienen borrosos de vez en cuando, pero sí que voy acordándome de más cosas. No tuve que pasar por el trauma que todos creímos que afrontaría. Quizá sea por tus circunstancias particulares. Pero ama, créeme cuando te digo que se aproxima algo grave. Es mal momento para marcharnos de Azir. Allí estábamos seguros. Vamos a necesitar seguridad.

—No hay tiempo para volver.

—No, supongo que no lo hay. Por lo menos, ahí delante podremos refugiarnos.

—Sí, suponiendo que Oscuridad no nos mate.

—¿Oscuridad? ¿El Rompedor del Cielo que te atacó en palacio y estuvo a un pelo de asesinarte?

—Sí —respondió Lift—. Está en la ciudad. ¿No me has oído quejarme porque necesito una hoja esquirlada?

—En la ciudad... ¿En Yeddaw, el lugar al que nos dirigimos ahora mismo?

—Ajá. Los fideos tienen a gente atenta por si alguien se entera de algo sobre él. Llegó una nota justo antes de que nos marcháramos, diciendo que se lo había visto en Yeddaw.

—Un momento. —Wyndle se adelantó, dejando atrás un rastro de enredadera y cristal. Creció por la parte trasera del carro hasta enroscarse sobre su madera, justo delante de ella. Creó una cara y la

miró con ella—. ¿Por eso nos marchamos tan de repente? ¿Por esto estamos aquí? ¿Hemos venido persiguiendo a ese monstruo?

—Claro que no —dijo Lift, con las manos en los bolsillos—. Habría que ser estúpido.

—Cosa que tú no eres.

—No.

—Entonces, ¿qué hacemos aquí?

—En la ciudad preparan unas tortitas con cosas dentro —dijo ella—. Dicen que son sabrosísimas, y las comen durante el Llanto. Hay diez variedades. Voy a robar una de cada.

—Has venido hasta aquí, renunciando a todos los lujos, para comerte unas tortitas.

—Unas tortitas impresionantes de verdad.

—A pesar de que aquí haya un portador de esquirlada deificado, un hombre que puso todo su empeño en intentar ejecutarte.

—Quiere impedir que use mis poderes —dijo Lift—. Se lo ha visto en otros sitios. Los fideos lo han investigado, porque los fascina. Todo el mundo está atento al tipo calvo ese que colecciona cabezas de reyes, pero este otro también se dedica a asesinar por todo Roshar. Gente poco importante. Gente que no llama la atención.

—¿Y por qué hemos venido aquí?

Lift se encogió de hombros.

—Parecía un lugar tan bueno como cualquier otro.

Wyndle se dejó resbalar del carro.

—En realidad, analizando los hechos, este *no* es un lugar tan bueno como cualquier otro. Puede demostrarse que es peor, ya que...

—¿Seguro que no puedo comerte? —preguntó ella—. Porque me vendría estupendamente. Tienes un montón de enredaderas de más. A lo mejor, podría mordisquearlas un poquito.

—Te aseguro, ama, que encontrarías la experiencia pero que muy poco atractiva.

Lift gruñó y su estómago respondió rugiendo. Aparecieron hambrespren, que eran como motitas marrones aladas, flotando a su alrededor. No era raro. Mucha gente de la cola los había atraído.

—Tengo dos poderes —dijo Lift—. Puedo resbalar por ahí, siendo maravillosa, y puedo hacer que crezcan cosas. ¿Podría hacer crecer plantas para comérmelas?

—Casi con toda seguridad, haría falta más energía en luz tormentosa para que crecieran las plantas que el sustento que proporcionarían, como determinan las leyes del universo. Y antes de que digas nada, esas son leyes que ni siquiera tú puedes saltarte. —Calló un momento—. Creo. ¿Quién sabe, tratándose de ti?

—Tengo algo especial —dijo Lift, deteniéndose cuando por fin llegaron a la cola de gente que esperaba a entrar en la ciudad—. Y también hambre. Ahora mismo, más hambre que algo especial.

Sacó la cabeza para mirar la cola. Había varios guardias en la rampa descendente que entraba en la ciudad, además de unos escribas que llevaban aquella extraña ropa tashikki. Era una tela larga, pero larga, larga, con la que se envolvían de los pies a la cabeza. Para tratarse de una sola pieza, era compleja a más no poder: rodeaba las piernas y los brazos individualmente, pero a veces también daba la vuelta por detrás de la cintura para crear una especie de falda. Tanto hombres como mujeres vestían con aquellas telas, aunque no los guardias.

Desde luego, se tomaban con calma lo de permitir el paso a la ciudad. Y había un montón de gente esperando. Todos allí eran makabaki, oscuros de ojos y piel, más que el tono marrón de Lift. Y había muchas familias, que llevaban ropa azishiana normal. Pantalones y faldas sucios, a veces estampados. Estaban rodeados de agotaspren y hambrespren, tantos que mareaban.

Lift había esperado encontrar allí sobre todo a mercaderes, no familias. ¿Quién era toda aquella gente?

Su estómago rugió.

—¿Ama? —dijo Wyndle.

—Calla —replicó ella—. Tengo demasiada hambre para hablar.

—¿Tienes?

—¿Hambre? Sí. Así que chitón.

—Pero...

—Seguro que esos guardias tienen comida. La gente siempre da de comer a los guardias. No pueden atizar a la gente en la cabeza como debe ser si se mueren de hambre. Es evidente.

—O, a modo de contrapropuesta, también podrías comprar comida con las esferas que te concedió el emperador y listos.

—No me las he traído.

—¿No te... no te has traído el dinero?

—Las tiré por ahí cuando no estabas mirando. No te pueden robar si no llevas dinero. Llevar esferas encima es llamar al mal tiempo. —Entornó los ojos, vigilando a los guardias—. Además, los únicos que llevan dinero así son los ricachones. Las personas normales nos las arreglamos de otras maneras.

—Conque ahora eres normal.

—Pues claro que sí —dijo ella—. Los raros son todos los demás.

Antes de que Wyndle pudiera responder, Lift se metió por debajo del carro y empezó a gatear hacia el principio de la cola.



Taliú, dices que traes? —preguntó Hauka, levantando la lona que cubría el sospechoso montón de grano—. ¿De Azir?

—Sí, exacto, oficial. —El hombre se revolvió incómodo en el pescante del carro—. Solo soy un humilde granjero.

«Sin callos en las manos —pensó Hauka—. Un humilde granjero que puede permitirse unas buenas botas liaforanas y un cinturón de seda». Hauka cogió su lanza y empezó a clavarla en el taliú, con la contera por delante. No encontró mercancías de contrabando ni refugiados ocultos en el grano. Era la primera vez que le pasaba.

—Tengo que validar tus documentos —dijo—. Saca el carro ahí a un lado.

El hombre refunfuñó pero obedeció, girando el carro y luego haciendo retroceder al chull hasta quedar junto al puesto de guardia. Era uno de los pocos edificios construidos por encima de la ciudad, junto con unas pocas atalayas separadas para poder coser a flechas a cualquiera que intentara llegar a las rampas o tomar posiciones para un asedio.

El granjero manejó su carro con mucho, mucho cuidado, ya que estaban cerca del borde tras el que caía la ciudad. Era el barrio de los inmigrantes. La gente rica no entraba por allí, solo quienes no tenían papeles. O quienes querían evitar el escrutinio.

Hauka enrolló las credenciales del hombre y se dirigió más allá del puesto de guardia. De él salían los aromas de la comida terminando de prepararse, por lo que la gente de la cola tendría que esperar incluso más. Había un anciano escriba en un asiento, cerca de la puerta del puesto de guardia. A Nissiqqan le gustaba estar al sol.

Hauka le hizo una inclinación. Nissiqqan era el vicescriba de inmigración que estaba de servicio aquel día. Iba envuelto de pies a cabeza en una shiqua amarilla, aunque con la parte superior bajada para mostrar un rostro arrugado con un hoyuelo en la barbilla. Estaban

en sus tierras natales y la necesidad de cubrirse ante Nun Raylisi, el enemigo de su dios, era mínima. En teoría, allí estaban bajo la protección de Tashi.

Hauka llevaba peto, capuchón, pantalones y una capa en la que estaban bordados los símbolos de su familia y sus estudios. Los lugareños no tenían demasiados problemas para aceptar a una azishiana como ella, porque Tashikk no reclutaba muchos soldados entre su población y las credenciales de los logros de Hauka estaban convalidadas por un visir en Azimir. Podría haber encontrado un trabajo parecido, como oficial de la guardia, en cualquier parte de la región makabaki, aunque sus credenciales especificaran que no tenía certificación para el mando en campo de batalla.

—¿Capitana? —dijo Nissiqliq, ajustándose los anteojos para estudiar las credenciales del granjero que le ofrecía Hauka—. ¿Se niega a pagar la tarifa?

—La tarifa está cobrada y en la caja fuerte —dijo Hauka—. Pero aun así, desconfío de él. Ese hombre no es granjero.

—¿Intenta colar refugiados?

—He comprobado el grano y debajo del carro —afirmó Hauka, mirando hacia atrás. El hombre no dejaba de sonreír—. Es grano nuevo. Un poco demasiado maduro, pero comestible.

—Pues vendrá muy bien a la ciudad.

El vicescriba tenía razón. La guerra entre Emul y Tukar estaba caldeándose. De acuerdo, la gente siempre estaba diciendo lo mismo, pero las cosas de verdad habían cambiado en los últimos años. Aquel dios-rey de los tukari... corrían todo tipo de rumores acerca de él.

—¡Eso es! —exclamó Hauka—. Excelencia, seguro que ese hombre ha estado en Emul. Se ha dedicado a saquear los campos mientras todos los hombres capaces están defendiéndose de la invasión.

Nissiqliq asintió, frotándose el mentón. Luego hurgó en su carpeta.

—Táselo como contrabandista y también como vendedor de mercancía robada. Creo que sí, sí que puede ser. Tarifa triple. Marcaré los documentos de las dos tarifas adicionales para que se destinen a alimentar a los refugiados, según dicta el referendo tres-siete-uno-sha.

—Gracias —dijo Hauka, relajándose y cogiendo los documentos. Por mucho que pudiera decirse de la ropa extraña y la religión de los tashikkis, había que reconocerles que redactaban buenas ordenanzas civiles.

—Tengo esferas para usted —comentó Nissiqliq—. Sé que lleva tiempo pidiendo esferas infusas.

—¿De verdad? —dijo Hauka.

—Mi primo tenía unas pocas fuera de la caja, olvidadas por pura casualidad, cuando llegó aquella alta tormenta inesperada.

—Excelente —repuso Hauka—. Luego las negociamos.

Tenía cierta información en la que Nissiqliq estaría muy interesado. Allí en Tashikk se utilizaba la información como moneda, tanto como las esferas.

Y tormentas, tener unas esferas iluminadas estaría muy bien. Después del Llanto, casi nadie las tenía, lo cual resultaba todo un incordio porque las llamas abiertas estaban prohibidas en la ciudad. De modo que Hauka no podía leer por la noche hasta que encontrara alguna esfera infusa.

Regresó hacia el contrabandista, hojeando los documentos.

—Vas a tener que pagar esta tarifa —dijo, entregándole un documento—. Y también esta.

—¡Permiso para la venta de mercancía robada! —exclamó el hombre—. ¡Y contrabando! ¡Esto es un robo!

—Sí, creo que lo es. O lo fue, al menos.

—No puedes demostrar esas acusaciones —replicó él, apartando los documentos de un manotazo.

—Claro que no —dijo ella—. Si pudiera demostrar que cruzaste ilegalmente la frontera con Emul, robaste en los campos de buena gente trabajadora mientras los distraía la guerra y luego trajiste el botín aquí sin los permisos pertinentes, me limitaría a confiscarte el carro lleno. —Se inclinó hacia él—. Aún te pasa poco, y los dos lo sabemos.

Él cruzó la mirada con ella, la apartó con nerviosismo y empezó a rellenar los documentos. Bien. No habría problemas. Le gustaba que no hubiera problemas, era...

Hauka vio que la lona del carro del hombre se movía. Frunció el ceño y la retiró hacia atrás para encontrar a una niña, nada menos, enterrada hasta el cuello en el grano. Tenía la piel de un tono marrón claro, por lo que debía de ser reshi o quizás herdaziana, y tendría unos once o doce años. Sonrió a Hauka.

La chica no había estado cuando Hauka clavó su lanza.

—Esto está asqueroso —dijo desde el carro en azishiano, con la boca llena de lo que parecía grano sin cocinar—. Supongo que por eso antes lo usamos para hacer cosas. —Tragó—. ¿Tienes algo de beber?

El contrabandista se puso de pie en el pescante, señalando iracundo.

—¡Me está echando a perder la mercancía! ¡Está nadando en ella! ¡Guardia, haz algo! ¡Hay una sucia refugiada en mi grano!

Qué bien. El papeleo de aquel asunto iba a ser una pesadilla.

—Fuera de ahí, niña. ¿Tienes padres?

—Pues claro que sí —dijo la chica, poniendo los ojos en blanco—. Todo el mundo tiene padres. Pero los míos están muertos. —Ladeó la cabeza—. ¿Qué es eso que huelo? No serán tortitas, ¿verdad?

—Sí —respondió Hauka, viendo una oportunidad—. Tortitas del día del sol. Puedes comerte una, si te...

—¡Gracias!

La chica saltó de entre el grano, esparciéndolo en todas las direcciones y provocando un grito del contrabandista. Hauka intentó asirla, pero de algún modo la chica se le escurrió de las manos. Subió de un salto a las manos de Hauka y saltó hacia delante.

Y aterrizó en los hombros de Hauka.

Hauka gruñó por el repentino peso de la chica, que justo entonces saltó de sus hombros y cayó detrás de ella.

Hauka rodó, desequilibrada.

—¡Por Tashi! —exclamó el contrabandista—. ¡Tormentas, te ha saltado en los hombros!

—Muchas gracias. Quédate aquí. No te muevas.

Hauka se alisó la capucha y salió corriendo tras la chica, que pasó rozando a Nissiqqan (y tirándole al suelo sus carpetas) y entró en la sala de guardia. Bien. El puesto no tenía ninguna otra salida. Hauka fue hasta el umbral, dejó a un lado su lanza y cogió la porra que llevaba al cinto. No quería hacer daño a la pequeña refugiada, pero intimidarla un poco era lo adecuado.

La chica resbaló por el suelo de madera como si estuviese cubierto de aceite, hacia la mesa donde varios escribas y dos guardias de Hauka estaban comiendo. Se agachó para meterse debajo y luego se levantó,

volcándola entera, sorprendiendo a todo el mundo y tirando la comida al suelo.

—¡Perdón! —dijo la chica desde el desastre—. No era mi intención. —Su cabeza asomó a un lado de la mesa volcada, con media tortita sobresaliendo de la boca—. No están nada mal.

Los hombres de Hauka se pusieron en pie de un salto. Hauka pasó a su lado como una exhalación, rodeando la mesa para intentar apresar a la refugiada. Rozó con los dedos el brazo de la chica, pero se le volvió a escurrir. La niña se agachó de nuevo y resbaló entre las piernas de Rez.

Hauka echó a correr de nuevo y acorraló a la chica a un lado de la sala de guardia.

La chica, por su parte, se izó y se metió culebreando por el único y estrecho ventanuco que había. Hauka se quedó boquiabierta. Por allí no podía caber una persona, por pequeña que fuese, y mucho menos con tanta facilidad. Fue contra la pared y miró por el ventanuco. Al principio no vio nada, pero entonces la cabeza de la chica descendió desde arriba. ¿Cómo había podido subir al tejado?

El pelo oscuro de la chica se agitó al viento.

—Oye —le dijo—, ¿qué tipo de tortita era esa, por cierto? Tengo que probar las diez.

—Vuelve aquí dentro —ordenó Hauka, sacando la mano para intentar asir a la chica—. No has sido procesada para la inmigración.

La cabeza de la chica desapareció hacia arriba y sus pisadas sonaron en el tejado. Hauka renegó y salió por la puerta, seguida por sus dos guardias. Registraron el tejado del pequeño puesto de vigilancia, pero no vieron nada.

—¡Ha vuelto a entrar! —gritó un escriba desde el interior.

Al cabo de un instante, la chica salió resbalando por el suelo, con una tortita en cada mano y una tercera en la boca. Rebasó a los guardias en dirección al carro del contrabandista, que había bajado del pescante y seguía despoticando por su grano echado a perder.

Hauka saltó para agarrar a la niña, y en esa ocasión logró cerrar la mano en torno a una pierna. Por desgracia, sus dos guardias también intentaron capturarla, tropezaron y cayeron enredados justo encima de Hauka.

Pero ella no soltó su presa. Bufando por el peso en su espalda, Hauka se aferró a la pierna de la chica. Miró hacia arriba, conteniendo un gemido.

La chica refugiada se había sentado en una piedra, delante de ella, con la cabeza echada a un lado. Se metió una tortita entera en la boca y echó hacia atrás la mano libre, hacia la argolla con que el carro estaba enganchado a su chull. El gancho saltó de la argolla cuando la chica le dio un golpecito por debajo. No planteó la menor resistencia.

«Oh, tormentas, no».

—¡Quitaos de encima! —bramó Hauka, soltando a la chica para apartar a los hombres. El idiota del contrabandista retrocedió, confundido.

El carro rodó hacia atrás, en dirección al borde, y Hauka dudó mucho que el antepecho de madera fuese a evitar su caída. Saltó hacia el carro con todas sus fuerzas y lo agarró por un lado. El carro la arrastró y Hauka tuvo unas visiones terribles en las que se precipitaba al interior de la ciudad, sobre los refugiados del barrio de inmigrantes.

Pero el carro, poco a poco, se detuvo. Resollando, Hauka levantó la mirada de sus pies apretados contra las piedras hacia sus manos, que sostenían el carro. No se atrevía a soltarlo.

La chica había vuelto a subir encima del grano y se estaba comiendo su última tortita.

—Sí que están buenas, sí.

—Tortitas tuk —dijo Hauka, agotada—. Se comen para asegurar la prosperidad en el año entrante.

—Pues habría que comerlas a todas horas, ¿no te parece?

—Tal vez.

La chica asintió, se volvió de lado y abrió de un puntapié la tabla trasera. De sopetón, todo el grano se deslizó y cayó del carro.

Era lo más raro que Hauka había visto en la vida. El montón de grano se volvió como líquido y fluyó fuera del carro, aunque tenía muy poca inclinación. Y además... bueno, brillaba un poco mientras caía lloviendo a la ciudad.

La chica sonrió a Hauka.

Y luego saltó tras el grano.

Hauka ahogó un grito mientras la chica caía. Los otros dos guardias por fin recobraron la suficiente compostura para acudir en su ayuda y agarraron el carro. El contrabandista chillaba, rodeado de furiaspren que bullían como charcos de sangre en el suelo.

Por debajo, el grano se expandió en el aire y levantó una nube de polvo al caer sobre el barrio de los inmigrantes. Estaba bastante por debajo, pero Hauka habría jurado que oyó gritos de júbilo y alabanzas mientras la comida llovía sobre sus habitantes.

Con el carro asegurado, Hauka se acercó al borde. La chica no se veía por ninguna parte. ¡Tormentas! ¿Sería algún tipo de spren? Hauka volvió a buscar pero tampoco vio nada, aunque a sus pies había un extraño polvo negro. Se lo llevó el viento.

—¿Capitana? —llamó Rez.

—Tienes el mando de inmigración durante una hora, Rez. Necesito un descanso.

Tormentas. ¿Cómo narices iba a explicar *aquello* en un informe?



Lift no debería haber sido capaz de tocar a Wyndle. El Portador del Vacío no dejaba de decir cosas como: «No tengo la suficiente presencia en este reino, ni siquiera con nuestro vínculo» o «Debes de estar atrapada en parte en el Cognitivo». Bobadas, a grandes rasgos.

Porque el caso era que podía tocarlo. A veces era conveniente. Veces como cuando una acababa de tirarse por un pequeño precipicio y necesitaba agarrarse a algo. Wyndle gritó por la sorpresa cuando Lift saltó, pero al instante se lanzó pared abajo, creciendo más deprisa de lo que ella caía. Por fin empezaba a prestar atención.

Lift se agarró a él como a una cuerda y fue medio soltándose mientras caía, dejando resbalar la enredadera entre los dedos. No era mucho, pero ayudó a ralentizar el descenso. Dio contra el suelo con más fuerza de la que habría sido segura para la mayoría. Por suerte, ella era maravillosa.

Extinguió el brillo de su maravilla y corrió hacia un callejón. La gente se apelotonó a su espalda, entonando alabanzas a diversos Heraldos y dioses por concederles el don del grano. En fin, que dijeran lo que quisieran, pero todos parecían saber que el grano no provenía de un dios, o al menos no directamente, porque se lo llevaron más deprisa que a una puta bavlandesa de las guapas.

A los pocos minutos, del carro entero de grano ya solo quedaban unas cascarillas flotando al viento. Lift se quedó agachada en la boca del callejón e inspeccionó su entorno. Era como si hubiera caído desde el mediodía derecha al ocaso. Había sombras largas por todas partes, y olía a mojado.

Los edificios estaban tallados en la piedra. Las puertas, ventanas y todo lo demás estaba perforado en la roca. Pintaban las paredes de colores vivos, a menudo en columnas para diferenciar un «edificio» del siguiente. La gente pululaba por todas partes, charlando y pisoteando y tosiendo.

Esa era la buena vida. A Lift le gustaba moverse, pero no estar sola. Solitaria y sola no significaban lo mismo. Se levantó y echó a andar con las manos en los bolsillos, intentando mirar en todas las direcciones a la vez. Aquel sitio era increíble.

—Ha sido muy generoso por tu parte, ama —comentó Wyndle, creciendo junto a ella a su ritmo—. Tirar ese grano, después de oír que lo tenía un ladrón.

—¿Eso? —dijo Wyndle—. Ha sido porque quería algo blando en lo que aterrizar si tú estabas dormitando.

La gente con la que se cruzaba llevaba ropajes diversos. En su mayoría eran estampados azishianos o shiquas tashikkis, pero también vio a mercenarios, seguramente de Tukar o Emul. Otros llevaban ropa rural de colores más apagados, quizá de Alm o de Desh. Le gustaban esos sitios. En Alm y en Desh había intentado matarla poca gente.

La pena era que allí no había mucho que robar, si a una no le gustaba comer masa y aquella carne tan rara que le ponían a todo. Era de un animal que vivía en las laderas de las montañas, un bicho feísimo cubierto de pelo sucio. A Lift le daba asco el sabor, y eso que una vez había intentado comerse una teja.

En cualquier caso, en la calle donde estaba parecía haber muchos menos tashikkis que extranjeros. Pero claro, ¿cómo habían dicho que se llamaba? ¿El barrio de los inmigrantes? Muy bien, allí no destacaría. Hasta se cruzó con unos pocos reshi, aunque casi todos ellos se apiñaban cerca de chabolas en callejones, vestidos con poco más que harapos.

Era otra cosa rara que tenía el barrio, desde luego. Había chabolas. No las había visto desde que se marchó de Zawfix, y allí estaban dentro de minas viejas. En la mayoría de los lugares, si alguien intentaba hacerse una casa en plan chapucero... bueno, saldría volando en la siguiente alta tormenta y lo dejaría sentado en el orinal, sintiéndose ridículo por no tener paredes.

Allí las chozas se alzaban solo en las callejuelas más estrechas, que salían como radios de aquella más ancha y la conectaban con la siguiente calle ancha de la hilera. Muchas de esas callejuelas estaban tan atestadas de mantas colgando, personas y hogares improvisados que no se divisaba su salida.

Lo raro era que todo estaba alzado sobre pilotes. Hasta las construcciones más desvencijadas estaban a más de un metro del suelo. Lift se quedó en la boca de una callejuela, con las manos en los bolsillos, y miró por debajo a través del hueco más grande. Como había visto antes, cada muralla de la ciudad era también una sucesión de tiendas y casas talladas en la roca y pintadas para distinguirlas de sus vecinas. Y

para poder entrar en todas ellas había que subir tres o cuatro peldaños tallados en la roca.

—Es igual que en Lagopuro —comentó Lift—. Lo tienen todo elevado, como si nadie quisiera tocar el suelo porque tiene una tos rara.

—Bien pensado —dijo Wyndle—. Los protege de las tormentas.

—Aun así, el agua tendría que llevarse por delante este sitio —objetó Lift.

Pero estaba claro que no era así, o no lo tendría delante. Siguió paseando calle abajo, dejando atrás hileras de casas talladas en la roca y otras embutidas entre ellas. Aquellas chabolas parecían acogedoras, cálidas, abarrotadas, llenas de vida. Incluso divisó las verdes motas flotantes de los vidaspren, que en general solo se veían allí donde había muchas plantas. Pero Lift sabía por experiencia propia que a veces, por acogedor que pareciera un sitio, no recibía con los brazos abiertos a una granujilla extranjera.

—Veamos —dijo Wyndle, trepando pared arriba hasta la altura de su cabeza, dejando una estela de enredaderas—. Nos has traído aquí y, por sorprendente que resulte, has evitado el encarcelamiento. Ahora, ¿qué?

—Comida —dijo Lift mientras su estómago protestaba.

—¡Pero si acabas de comer!

—Sí. Pero he gastado toda la energía en escapar de los famélicos guardias. ¡Tengo más hambre que al principio!

—Oh, madre bendita —dijo él, exasperado—. Entonces, ¿por qué no te has limitado a hacer cola?

—Porque así no habría conseguido comida.

—¡Y qué más da, si luego has convertido toda esa comida en luz tormentosa y has saltado por el borde!

—¡Pero tengo que comer tortitas!

Rodearon un grupo de mujeres tashikkis que cargaban con cestas y parloteaban sobre la artesanía liaforana. Dos de ellas cubrieron sus cestas y apretaron las asas con fuerza, casi sin darse cuenta, al cruzarse con Lift.

—Es que no me lo puedo creer —rezongó Wyndle—. No puedo creer que ahora esto sea mi vida. ¡Yo era jardinero! ¡Y bien respetado! Y ahora, allá donde voy, la gente nos mira como si fuésemos a vaciarles los bolsillos.

—No llevan nada en los bolsillos —dijo Lift, mirando hacia atrás—. Es más, no creo que las shiquas tengan bolsillos. Pero esas cestas...

—¿Sabías que nos planteamos vincular a un zapatero muy majo, en vez de a ti? Era un hombre muy amable que cuidaba de los niños. Podría haber llevado una vida tranquila, ayudándolo a hacer zapatos. ¡Podría haber hecho una exposición entera de zapatos!

—¿Y el peligro que viene desde el oeste? —dijo Lift—. ¿Si de verdad hay guerra?

—El calzado es importante para la guerra —respondió Wyndle, escupiendo enredaderas a su alrededor por la pared. Lift no estaba segura de lo que significaba—. ¿Crees que los Radiantes van a luchar descalzos? Podríamos haberles confeccionado botas, ese zapatero tan majo y yo. Unas botas maravillosas.

—Suena aburrido.

Wyndle gimió.

—Sé que vas a pegar a la gente conmigo, ¿verdad? Voy a acabar siendo un arma.

—¿Se puede saber qué tonterías dices, Portador del Vacío?

—Supongo que tendré que conseguir que pronuncies las Palabras, ¿verdad? Porque es mi trabajo. ¡Uf, menuda desgracia!

Decía cosas como aquella a menudo. Lift suponía que había que tener los sesos un poco girados para ser Portador del Vacío, así que no se lo tenía en cuenta. Buscó en su bolsillo y sacó un librito. Lo sostuvo en alto y pasó varias páginas.

—¿Qué es eso? —preguntó Wyndle.

—Lo he afanado del puesto de guardia —dijo ella—. He pensado que a lo mejor podría venderlo o algo.

—Déjame verlo —pidió Wyndle.

Creció pared abajo y luego ascendió por la pierna de Lift, se enroscó en su cuerpo y acabó cruzando el brazo hasta el libro. Hacía cosquillas cuando de su enredadera principal salían ramitas que se le pegaban a la piel para sostenerse. Wyndle extendió otras ramitas por la página, que rodearon el libro entero y se colaron entre hoja y hoja.

—Hum...

Lift se apoyó contra la pared de la zanja mientras Wyndle trabajaba. No le parecía estar en una ciudad, sino en... en un túnel que llevaba a una. Sí, el cielo abierto brillaba arriba, pero la calle daba sensación de mucho aislamiento. Normalmente, en las ciudades se veían capas y capas de edificios altos que se iban alejando. Se oían los gritos a varias calles de distancia.

Pero hasta repleta de gente, más de la que parecía razonable, esa calle se notaba aislada. Lift vio un extraño y pequeño cremlino trepando por la pared a su lado. Era menudo y negro, con el caparazón fino y una rizada franja marrón en el lomo que parecía esponjosa. Los cremlinos eran extraños en Tashikk, y se iban volviendo más extraños cuanto más al oeste se iba. Cerca de las montañas, algunos cremlinos hasta volaban.

—Hum, sí —dijo Wyndle—. Ama, este cuaderno no debe de valer nada. Es solo un registro de los tiempos que pasan los guardias de servicio. La capitana, por ejemplo, anota que cada día se marcha a las diez en punto y la reemplaza el capitán de la guardia nocturna. Acude cada semana al Gran Indicium para hacer un informe detallado de lo sucedido desde su anterior visita. Es meticulosa, pero dudo mucho que haya alguien interesado en comprar su registro.

—Seguro que alguien lo querrá. ¡Es un libro!

—Lift, el valor de los libros depende de lo que contengan.

—Lo sé. Páginas.

—Me refiero a lo que hay en las páginas.

—¿Tinta?

—Me refiero a lo que dice la tinta.

Lift se rascó la cabeza.

—Deberías haber hecho caso a los maestros de escritura en Azir.

—¿Así que no podré cambiarlo por comida? —Su estómago rugió de nuevo y atrajo más hambrespren.

—No lo creo.

Estúpido libro y estúpida gente. Gruñó y tiró el cuaderno por encima del hombro.

Dio a una mujer que llevaba una cesta de lana, por pura mala suerte. La mujer gritó.

—¡Tú! —exclamó una voz.

Lift hizo una mueca. Había un hombre con uniforme de guardia señalándola entre la multitud.

—¿Acabas de agredir a esa mujer? —le gritó el guardia.

—¡Pero muy poco! —gritó Lift en respuesta.

El guardia avanzó hacia ella.

—¿Corremos? —preguntó Wyndle.

—Corremos.

Se metió en un callejón, provocando más gritos del guardia, que la siguió a la carrera.



Una media hora más tarde, Lift estaba tumbada en una lona extendida por encima de una choza, jadeando tras una larga carrera. Ese guardia había sido muy insistente.

Se meció perezosa en la lona mientras el viento soplabía por el callejón abarrotado de chabolas. Debajo de ella, una familia comentaba el milagro de que el grano de un carro entero cayera de repente sobre el barrio. Una madre, tres hijos y un padre, todos juntos.

«Recordaré a aquellos que han sido olvidados». Había hecho ese juramento cuando se disponía a salvar la vida de Gawx. Eran las Palabras correctas, Palabras importantes. Pero ¿qué significaban? ¿Y qué pasaba con su madre? A ella no la recordaba nadie.

Parecía haber demasiada gente allá fuera siendo olvidada. Demasiada para que la recordara una chica.

—¿Lift? —dijo Wyndle. Había creado una pequeña torre de enredaderas y hojas que se mecía al viento—. ¿Por qué no has ido nunca a las islas Reshi? Es de donde eres, ¿verdad?

—Eso decía mi madre.

—¿Y por qué no visitarlas? Por lo que dices, has recorrido medio Roshar, pero nunca has ido a tu supuesta tierra natal.

Lift alzó los hombros, con la mirada fija en el cielo de finales de tarde, sintiendo el viento en su piel. Olía fresco, comparado con el hedor que había abajo, en las zanjas. La ciudad no olía a podrido, pero sí a rancio, como a animales encerrados.

—¿Sabes por qué teníamos que irnos de Azir? —preguntó Lift en voz baja.

—Para perseguir a ese Rompedor del Cielo, al que llamas Oscuridad.

—No. No hemos venido a hacer eso.

—Claro.

—Nos fuimos porque la gente empezaba a saber quién soy. Si te quedas demasiado tiempo en el mismo sitio, la gente empieza a reconocerte. Los tenderos se aprenden tu nombre. Te sonríen al entrar y saben qué vas a pedirles, porque recuerdan lo que necesitas.

—¿Y eso es malo?

Ella asintió, sin dejar de mirar el cielo.

—Es peor incluso cuando creen que eres su amiga. Gawx, los visires. Suponen cosas. Creen que te conocen, y luego empiezan a esperar cosas de ti. Y entonces tienes que ser la persona que todos creen que eres, no la que eres en realidad.

—¿Y quién es la persona que tú eres en realidad, Lift?

Pero ahí estaba el problema, ¿verdad? Una vez lo había sabido, ¿o no? ¿O quizás era solo que era demasiado pequeña para que la preocupara?

¿Cómo lo sabía la gente? El viento meció su hamaca de lona y Lift se acurrucó, recordando los brazos de su madre, su aroma, su voz cálida.

Las punzadas de un estómago rugiente la interrumpieron, y las necesidades del presente estrangularon las querencias del pasado. Lift suspiró y se puso de pie en la lona.

—Vamos —dijo—. Tenemos que encontrar a unos pillastres callejeros.



Tie que dar avío —dijo la niña. Estaba mugrienta, y seguramente no se había lavado las manos desde que tuvo edad para hurgarse la nariz. Le faltaban muchos dientes. Demasiados para su edad—. La aya tie que dar buen avío.

—¿Tie que dar avío a los criajos?

—Tie que dar avío a los criajos —dijo la chica a Lift, asintiendo—. Pero también tie que regañar. Menúa pieza, la ojos de espada. No le van los criajos, pero tie que darles avío. No veas la faena.

—Igual es de cara pa fuera? —aventuró Lift—. ¿En plan que los afuereños le aflojan alpiste si hace como que con los criajos?

—Igual —dijo la chica—. Igual sí que es eso. Será una faena, pero también hay furo. Te lo digo yo. Furo que no veas.

—Gracias —dijo Lift—. Ten.

Dio a la chica su pañuelo, como le había prometido a cambio de la información. La chica se envolvió la cabeza con él y dedicó a Lift una sonrisa desdentada. A la gente le gustaba comerciar con la información en Tashikk. Lo consideraban como algo propio.

La chiquilla mugrienta se quedó pensativa un momento.

—Aquellos de arriba, el avío desde el cielo. He oído rajar del tema. Eras tú, afuereña, ¿que no?

—Sí.

La chica hizo ademán de marcharse, pero se lo pensó mejor y apoyó una mano en el brazo de Lift.

—Tú —dijo la chica—. ¿Afuereña?

—Sí.

—¿Escuchas?

—Escucho.

—La gente no escucha.

Volvió a sonreír a Lift y se escabulló.

Lift se quedó acuclillada en el callejón de enfrente de unos hornos comunitarios, una enorme caverna vaciada en la pared de piedra con enormes chimeneas cortadas hacia arriba. Quemaban caparazones de rocabrotes de las granjas y cualquiera podía ir a cocinar en aquellos hornos centrales. No podían encender fuego en sus casas. Por lo que había oído Lift, al poco de fundar la ciudad había habido un incendio que arrasó diversos barrios y mató a montones de gente.

En los callejones no se veían volutas de humo, sino solo algún puntito de luz de esfera de vez en cuando. En teoría estaban en pleno Llanto y la mayoría de las esferas estaban opacas. Solo tendrían luz quienes hubieran tenido esferas sacadas al exterior, por casualidad, durante aquella inesperada alta tormenta de unos días antes.

—Ama —dijo Wyndle—, esa ha sido la conversación más extraña que he escuchado en la vida, y que conste que una vez cultivé un jardín entero para unos sagacispren.

—A mí me ha parecido normal. Solo era una chica de la calle.

—Pero ¿y esa forma de hablar? —dijo Wyndle.

—¿Qué forma?

—Con todas esas palabras y frases hechas raras. ¿Cómo has sabido qué decir?

—Lo que me sonaba bien —respondió Lift—. Las palabras son palabras y ya está. Bueno, el caso es que dice que podemos conseguir comida en el orfanato Luz de Tashi. Lo mismo que nos ha dicho el otro con el que hemos hablado.

—Entonces, ¿por qué no hemos ido? —preguntó Wyndle.

—La mujer que lo lleva no cae bien a nadie. No se fían de ella. Dicen que es mala, la muy famélica. Que solo reparte comida porque quiere quedar bien con los funcionarios que supervisan el orfanato.

—Parafraseando lo que has dicho hace un momento, ama, la comida es comida y ya está.

—Sí —convino Lift—. Pero es que ¿dónde está la gracia de comerte algo que te dan?

—Seguro que sobrevivirás a la humillación, ama.

Por desgracia, tenía razón. Lift tenía demasiada hambre para poder producir ninguna maravilla, lo que la convertía en una mendiga normal y corriente. Sin embargo, no se movió, aún no.

«La gente no escucha». ¿Lift escuchaba? Por lo general, sí, ¿verdad? Y total, ¿qué más le daba a la granujilla?

Con las manos en los bolsillos, Lift se levantó y recorrió la atestada calle excavada, esquivando de vez en cuando alguna mano que intentaba darle un bofetón o un puñetazo. Allí la gente hacía algo muy raro: llevaban las esferas como cuentas de un collar, ensartadas en largos cordeles, aunque estuvieran guardadas en bolsas. Y todo el dinero que había visto tenía agujeros al fondo de las esferas de cristal, para poder hacerlo. Pero ¿y si había que contar una cantidad exacta o dar cambio? ¿Tendrían que soltar todo el famélico montón y luego volver a pasarles el cordel?

Por lo menos, usaban esferas. Más hacia el oeste, la gente usaba lascas de gemas, a veces incrustadas en cachos de cristal y a veces no. Facilísimas de perder.

La gente se enfadaba mucho cuando perdía esferas. Eran así de raros con el dinero. Se preocupaban demasiado por algo que no se podía comer, aunque Lift supuso que justo por eso tenía sentido usar esferas en vez de algo racional, como sacos de comida. Si se usara la comida como moneda, al final la gente se comería todo su dinero, y entonces, ¿adónde iría a parar la sociedad?

El orfanato Luz de Tashi hacía esquina, tallado en la intersección entre dos calles. Su fachada principal, pintada de brillante naranja, estaba en la avenida más importante del barrio de los inmigrantes. Su parte trasera daba a una bocacalle ancha que tenía unas hileras de asientos talladas a los lados, formando un semicírculo como si fuera una especie de teatro, aunque partido en dos por el callejón. El trazado de este se perdía en la distancia y no parecía tan descuidado como algunos otros. Algunas de sus chabolas hasta tenían puertas, y los eructos que resonaban desde allí parecían casi refinados.

Los pillastres de la calle habían dicho a Lift que no llegara desde el lado de la avenida, que era para oficiales y gente de verdad. Los chicos tenían que ir por el lado del callejón, de modo que Lift pasó ante los bancos de piedra del pequeño anfiteatro, en los que estaban sentadas personas mayores con shiquas, y llamó a la puerta. Una franja de piedra por encima de ella estaba tallada y pintada en rojo y dorado, aunque ella no sabía leer las letras.

Abrió la puerta un joven. Tenía una cara plana y ancha, que Lift había aprendido a asociar con personas que no nacían del todo iguales que las demás. La miró de arriba abajo y señaló hacia los bancos.

—Siéntate ahí —dijo—. La comida viene después.

—¿Cuánto después? —preguntó Lift, con los brazos en jarras.

—¿Por qué, tienes alguna cita? —repuso el joven, y sonrió—. Siéntate ahí. La comida viene después.

Lift suspiró, pero se sentó cerca de donde charlaban los ancianos. Le dio la impresión de que eran gente que vivía más hacia el centro del barrio y salía al círculo abierto tallado en la bocacalle, donde podían sentarse y disfrutar del viento.

Con el sol aproximándose al ocaso, las zanjas que componían la ciudad tenían cada vez las sombras más profundas. No habría muchas esferas para iluminarlas de noche y seguro que la gente se iba a dormir más temprano que de costumbre, como era habitual durante el Llanto. Lift se sentó en un banco y se abrazó las piernas, mientras Wyndle se amontonaba junto a ella. Miró la estúpida puerta del estúpido orfanato, entre gruñidos de su estúpido estómago.

—¿Qué le pasaba a ese joven que ha abierto la puerta? —preguntó Wyndle.

—No sé —dijo Lift—. Hay gente que nace así y ya está.

Esperó en el asiento, escuchando a unos hombres tashikkis del barrio charlar y reír. Al cabo de un tiempo, llegó alguien con paso silencioso por el callejón. Parecía una mujer, envuelta en tela negra. No era un shiqua de verdad, por lo que quizás fuese una extranjera intentando aparentar que lo llevaba y ocultar su identidad.

La mujer se sorbió la nariz. Llevaba de la mano a un niño mayor, de unos diez u once años. La mujer fue con él hasta la puerta del orfanato y le dio un abrazo.

El chico se quedó mirando hacia delante, sin ver, babeando. Tenía una cicatriz en la cabeza, de una herida ya casi curada del todo pero aún de un rojo furioso.

La mujer encorvó el cuello, luego la espalda y se apresuró a marcharse, dejando al chico allí, sentado con la mirada perdida. No era un bebé en una cesta. No, eso eran cuentos para niños. Aquello era lo que de verdad ocurría en los orfanatos, por lo que sabía Lift. La gente dejaba a niños que eran demasiado mayores para seguir cuidándolos, pero no podían cuidarse solos ni ayudar a la familia.

—¿Acaba de dejar a ese chico sin más? —preguntó Wyndle, horrorizado.

—Supongo que tendrá más niños —dijo Lift en voz baja—, a los que apenas puede dar de comer. No puede permitirse dedicar todo el tiempo a cuidar de uno que está así, ahora ya no.

El corazón de Lift dio un vuelco y quiso apartar la mirada, pero no pudo. Se levantó y fue hacia el chico. La gente rica, como los visires de Azir, tenían una perspectiva extraña sobre los orfanatos. Se los imaginaban llenos de virtuosos niñitos, valientes y bienintencionados, con ganas de trabajar y tener una familia.

Pero Lift sabía que en los orfanatos había muchos más niños parecidos a aquel. Niños que eran difíciles de cuidar. Niños que requerían una supervisión constante, o que tenían la cabeza un poco girada. O niños que podían ponerse violentos.

Le repateaba que los ricos se hubieran inventado aquel sueño idealizado de lo que debía ser un orfanato. Perfecto, lleno de dulces sonrisas y alegres canciones. No lleno de frustración, dolor y confusión.

Se sentó al lado del chico. Era más pequeño que ella.

—Hola —le dijo.

El chico la miró con ojos vidriosos. Desde allí podía verle mejor la herida. El pelo no había crecido en el lado de la cabeza.

—Todo irá bien —dijo Lift, cogiéndole la mano.

El chico no respondió.

Un poco después, la puerta del orfanato se abrió y dejó ver a una mujer que era un palo reseco. De verdad. Parecía la hija de una escoba y una mata de moho particularmente decidida. La piel le colgaba de los huesos como algo que una se rasparía después de ponerse perdida de mugre en una pocilga, y tenía unos dedos larguiruchos que Lift supuso que serían ramitas que se había pegado con cola después de que se le cayeran los de verdad.

La mujer se puso las manos en las caderas —sin romperse ningún hueso, por increíble que pareciera— y los contempló a los dos.

—Idiota y oportunista —dijo.

—¡Oye! —exclamó Lift, poniéndose de pie—. No es idiota, solo se ha hecho daño.

—Te describía a ti, niña —dijo la mujer, antes de arrodillarse junto al chico de la cabeza herida. Hizo chasquear la lengua y murmuró—: Sin

valor, sin ningún valor. No creas que no veo tu engaño. Durarás poco aquí, ya lo verás.

Hizo un gesto hacia atrás y el joven que había visto Lift antes salió, cogió del brazo al chico herido y se lo llevó al interior del orfanato.

Lift intentó seguirlos, pero manos-ramitas se puso en medio.

—Te corresponden tres comidas —dijo la mujer—. Tú eliges cuándo las quieres, pero después de la tercera se acabó. Ya puedes considerarte afortunada de que esté dispuesta a dar cualquier cosa a alguien como tú.

—¿Qué se supone que significa eso? —preguntó Lift, imperiosa.

—Que si no quieres ratas en el barco, no deberías dedicarte a alimentarlas.

La mujer negó con la cabeza e hizo ademán de cerrar la puerta.

—¡Espera! —dijo Lift—. Necesito un sitio para dormir.

—Pues has venido al lugar indicado.

—¿Ah, sí?

—Sí. Esos bancos suelen quedarse vacíos cuando oscurece.

—¿En bancos de piedra? —dijo Lift—. ¿Quieres que duerme en bancos de piedra?

—Va, no seas llorica. Ni siquiera llueve, ya.

La mujer cerró la puerta.

Lift suspiró, mirando a Wyndle. Al momento, el joven de antes abrió la puerta y le lanzó un gran rollo horneado de pan de clem, grueso y granuloso, con una pasta especiada en el centro.

—¿Por casualidad no tendrás una tortita? —le preguntó Lift—. Me he propuesto comerme...

El joven cerró la puerta. Lift suspiró, pero se sentó en los bancos de piedra cerca de unos ancianos y empezó a dar cuenta del rollo. No estaba demasiado bueno, pero sí calentito, y llenaba.

—Tormentas, menuda bruja —murmuró.

—No seas demasiado dura con ella, niña —dijo uno de los viejos de los bancos. Llevaba una shiqua negra, pero con la parte que envolvía la

cara retirada, mostrando un bigote y cejas canosas. Tenía la piel de un tono marrón oscuro y una amplia sonrisa—. Es difícil ser quien se ocupa de los problemas de todos los demás.

—No tiene por qué ponerse tan borde.

—Si no se pone borde, los niños se apelotonan aquí para mendigar.

—¿Y qué? ¿Los orfanatos no están más o menos para eso? —Lift masticó un bocado del rollo—. ¡Mira que hacernos dormir en bancos de piedra! Tendría que ir a robarle la almohada.

—Creo que la encontrarías lista para ocuparse de cualquier pillastre ladronzuelo con ganas de guerra.

—No se ha enfrentado nunca a mí. Yo soy maravillosa.

Bajó la mirada hacia lo que le quedaba de comida. Por supuesto, si usaba su maravilla, terminaría hambrienta otra vez.

El hombre se rio.

—La llaman la Tocón, porque no hay tormenta que se la lleve. No creo que te salieras con la tuya contra ella, pequeña. —Se inclinó hacia ella—. Pero tengo información, si te interesa hacer un trato.

Los tashikkis y sus secretos. Lift puso los ojos en blanco.

—No me queda nada que ofrecer.

—Ofrécmeme tu tiempo, pues. Yo te digo cómo camelarte a la Tocón para intentar que te dé una cama. A cambio, tú me respondes a una pregunta. ¿Trato hecho?

Lift enarcó una ceja.

—Vale, por qué no.

—Allá va mi secreto. La Tocón tiene una pequeña afición. Se dedica a negociar con esferas. Las intercambia, por así decirlo. Encuentra a alguien que quiera llegar a un acuerdo con ella y será generosa recompensándote.

—¿Intercambia esferas? —preguntó Lift—. ¿Dinero por dinero? ¿Qué sentido tiene?

El hombre se encogió de hombros.

—Se esfuerza mucho para que no se sepa, así que debe de ser importante.

—Vaya secreto más soso —dijo Lift. Se metió el último mordisco del rollo en la boca y masticó el pan de clem con facilidad. Era como una especie de plasta.

—Aun así, ¿me responderás la pregunta?

—Depende de lo sosa que sea.

—¿A qué parte del cuerpo crees que te pareces más? —preguntó él—. ¿Eres la mano, siempre atareada? ¿Eres la mente, que dirige? ¿O crees que eres más como como una pierna, tal vez, sosteniendo a todos los demás sin que se te reconozca casi nunca?

—Sí, la pregunta es sosa.

—No, no. Tiene una importancia capital. Todas las personas forman parte de algo mayor, del grandioso organismo que compone esta ciudad. Es la filosofía en la que estoy trabajando, ¿sabes?

Lift lo miró. Estupendo, la ramita furiosa al mando de un orfanato y el viejo loco fuera de él. Se sacudió las manos.

—Si soy algo de eso, soy una nariz. Porque estoy llena de todo tipo de mocos raros y nunca sabes lo que va a caer.

—Ah, interesante.

—No se suponía que fuese una respuesta útil.

—No, pero ha sido sincera, que es pilar de una buena corriente filosófica.

—Ya, lo que tú digas. —Lift se levantó de los bancos de piedra—. Ha estado muy bien hablar de locuras contigo, pero tengo un sitio importante al que ir.

—¿Ah, sí? —preguntó Wyndle, desenrollándose del banco donde había estado junto a ella.

—Ajá —dijo Lift—. Tengo una cita.



Lift estaba preocupada por si llegaba tarde. Nunca se le había dado muy bien el tiempo.

Bueno, las partes importantes sí que las tenía claras. Día, noche, bla, bla, bla. Pero las divisiones más allá de eso... bueno, nunca le habían parecido importantes. Pero para los demás sí que lo eran, así que corrió por el callejón tallado en la roca.

—¿Vas a buscar esferas para la mujer del orfanato? —preguntó Wyndle, ondeando por el suelo a su lado, metiéndose entre las piernas de la gente—. ¿Para ganártela?

—De eso ni hablar —dijo Lift con un bufido—. Es una estafa.

—¿Una estafa?

—Pues claro que sí. Supongo que estará blanqueando esferas para criminales, aceptándolas como «donativos» y devolviendo otras. La gente le pagará para que les blanquee las esferas, sobre todo en sitios como este, donde hay escribas controlando lo que haces todo el famélico tiempo. O también puede que sea otra estafa distinta. A lo mejor hace sentir mal a la gente para que le done esferas infusas a cambio de opacas. Les dará lastimita hablando de sus pobres niños, y luego puede ir a los cambistas con las esferas infusas y sacarse un beneficio.

—¡Eso sería tener muy pocos escrúpulos, ama!

Lift levantó los hombros.

—¿Y qué otra cosa vas a hacer con los huérfanos? Para algo tienen que servir, ¿verdad?

—Pero ¿sacar provecho de las emociones de la gente?

—La pena puede ser una herramienta poderosa. Cada vez que haces sentir algo a alguien, tienes poder sobre él.

—Supongo ¿que sí?

—Tengo que asegurarme de que no me pase nunca —dijo Lift—. Es la forma de mantenerte fuerte, ¿sabes?

Regresó al lugar por el que había entrado en las zanjas y desde allí buscó hasta encontrar la rampa que subía a la entrada de la ciudad. Era larga y tenía poca pendiente, para poder bajar los carros si era necesario.

Subió un poco por ella, lo justo para poder echar un vistazo al puesto de vigilancia. Seguía habiendo cola arriba, más larga que cuando ella había llegado. Hasta había mucha gente acampando sobre la piedra. Algunos mercaderes con iniciativa estaban vendiéndoles comida, agua limpia y hasta tiendas.

«Buena suerte con eso», pensó Lift. La mayoría de la gente de la cola no parecía tener muchas posesiones aparte de su propia piel y quizás una enfermedad exótica o dos. Lift retrocedió. No era lo bastante maravilloso para arriesgarse a otro encuentro con los guardias. Se sentó en una pequeña grieta de la roca al fondo de la rampa, desde donde vio pasar a un mercader de mantas. Llevaba un caballo pequeño y extraño, peludo, blanco y con cuernos en la cabeza. Se parecía a aquellos bichos tan malos de comer que había al oeste.

—Ama —dijo Wyndle desde la pared de piedra, junto a su cabeza—. No sé mucho sobre seres humanos, pero sobre plantas, un poco sí. Tenéis parecidos notables. Necesitáis luz, agua y nutrición. Y las plantas tienen raíces. Para anclarlas durante las tormentas, ¿sabes? Si no, salen volando.

—A veces es bueno salir volando.

—¿Y cuando llegue la gran tormenta?

La mirada de Lift se perdió hacia el oeste. Hacia lo que fuese que estaba acumulándose allí. «Una tormenta que sopla al revés —habían dicho los visires—. No debería ser posible. ¿A qué están jugando los alezi?».

A los pocos minutos, la capitana de la guardia bajó por la rampa. A la mujer le faltaba arrastrar los pies y, nada más se perdió de vista del puesto de vigilancia, dejó que sus hombros cayeran. Por lo visto, había tenido un día duro. ¿Por qué podría ser?

Lift se encogió, pero la mujer ni siquiera le pasó la mirada por encima. Cuando la capitana hubo pasado, Lift se puso de pie y fue tras ella.

Seguir a alguien en aquella ciudad se demostró tarea fácil. No había apenas recovecos ocultos ni bifurcaciones. Como Lift había supuesto, con la oscuridad creciente las calles estaban despejándose. Quizá repuntara la actividad cuando la primera luna ascendiera un poco, pero de momento no había bastante luz.

—Ama —dijo Wyndle—, ¿qué estamos haciendo?

—Había pensado ver dónde vive esa mujer.

—Pero ¿por qué?

Como era de esperar, la capitana no vivía muy lejos de su puesto de guardia. Solo unas calles más adentro, seguramente lo bastante lejos para estar fuera del barrio de inmigrantes pero lo bastante cerca para que le saliera barato por asociación. Era un conjunto amplio de habitaciones talladas en la pared de roca, señaladas con ventanas individuales. Apartamentos, en lugar de un solo «edificio». Tenía una pinta bastante extraña, una pared vertical de roca interrumpida por un puñado de postigos.

La capitana entró, pero Lift no la siguió al interior. En vez de eso, estiró el cuello para mirar hacia arriba. Al poco, una ventana cerca del techo brilló con luz de esfera y la capitana abrió los postigos para que entrara aire fresco.

—Hum —dijo Lift, escrutando en la oscuridad—. Vamos a escalar esa pared, Portador del Vacío.

—Ama, podrías llamarme por mi nombre.

—Podría llamarte un montón de cosas —replicó Lift—. Alégrate de que no tenga mucha imaginación. Venga, vamos.

Wyndle suspiró, pero se curvó por la pared exterior de la vivienda de la capitana. Lift trepó, usando sus enredaderas como asideros para manos y pies. Mientras subía, pasó junto a varias ventanas, pero pocas de ellas estaban iluminadas. Un par de ventanas del mismo lado eran tan amables de tener una cuerda de tender colgada entre ellas, y Lift cogió una shiqua. Qué majos eran por haberla dejado allí fuera, lo bastante alta para que solo pudiera alcanzarla ella.

No se detuvo en la ventana de la capitana, para aparente sorpresa de Wyndle. Subió hasta arriba del todo y se izó a un campo de treb, un cereal que crecía arracimado dentro de vainas duras sobre enredadera. Los granjeros de la zona los cultivaban en estrechas hendiduras de la piedra, de poco menos de treinta centímetros de ancho. La enredadera se apretujaba en ellas y brotaban vainas que quedaban encajadas para que no se las llevaran las tormentas.

Los granjeros habían terminado su jornada y dejado hojarasca amontonada para que se la llevara la próxima tormenta, cuandoquiera que llegase. Lift se sentó al borde de la zanja, mirando la ciudad bajo sus pies. Estaba salpicada de esferas. No eran muchas, pero sí más de las que había esperado. La luz escapaba hacia arriba de las zanjas, como si fuesen grietas de algo brillante que hubiera en el centro. ¿Qué aspecto tendría cuando la gente tuviera más esferas infusas? Imaginó brillantes columnas de luz refulgiendo de los agujeros.

Por debajo, la capitana cerró la ventana y debió de cubrir sus esferas. Lift bostezó.

—Tú no tienes que dormir, ¿verdad, Portador del Vacío?

—No me hace falta.

—Pues ten el ojo echado al edificio. Despiértame si entra alguien o si sale la capitana.

—¿Puedes decirme al menos por qué estamos espiando a una capitana de la guardia de la ciudad?

—¿Qué vamos a hacer, si no?

—¿Cualquier otra cosa?

—Aburrido —dijo Lift, y volvió a bostezar—. Tú despiértame, ¿vale?

Wyndle dijo algo, probablemente quejándose, pero a Lift ya se le cerraban los ojos.

Pareció que solo habían transcurrido unos momentos antes de que Wyndle la zarandeara para despertarla.

—¿Ama? —dijo—. Ama, me declaro asombrado por tu ingenio y por tu estupidez, las dos cosas a la vez.

Lift bostezó, se removió en su manta de shiqua robada y espantó a unos vidaspres que flotaban a su alrededor. Por suerte, no había soñado. Odiaba los sueños. O le mostraban una vida que no podía tener o una vida que la aterrorizaba. ¿De qué servía ninguna de las dos opciones?

—¿Ama? —insistió Wyndle.

Lift se revolvió y se incorporó. No se había fijado en que había elegido un sitio rodeado y plagado de enredaderas, que se le habían enganchado en la ropa. ¿Qué estaba haciendo allí arriba, por cierto? Se pasó una mano por el pelo, que estaba enredado y salía en todas las direcciones.

La luz del sol asomaba sobre el horizonte y los granjeros ya estaban trabajando de nuevo. De hecho, al incorporarse y sobresalir de su nido de enredaderas, unos pocos se habían girado para observarla con expresiones anonadadas. No debía de ser muy habitual encontrar a una chica reshi durmiendo junto a una hendidura de tu campo. Lift sonrió y los saludó con la mano.

—Ama —dijo Wyndle—, me pediste que te avisara si alguien entraba en el edificio.

Eso era. Se sobresaltó al recordar lo que estaba haciendo y su mente se desembotó.

—¿Y? —preguntó, apremiante.

—Y el mismísimo Oscuridad, el hombre que casi te mató en el palacio real, acaba de entrar en el edificio que tenemos debajo.

El mismísimo Oscuridad. Lift sintió una punzada de alarma y se agarró al borde del precipicio, casi sin atreverse a mirar hacia abajo. No había estado segura de que se presentara allí.

—Viniste a esta ciudad persiguiéndolo —dijo Wyndle.

—Pura coincidencia —farfulló ella.

—De eso ni hablar. Enseñaste tus poderes a esa capitana de la guardia, sabiendo que escribiría un informe sobre lo que vio. Y sabías que ese informe llamaría la atención de Oscuridad.

—No puedo buscar a un hombre por toda la ciudad, así que necesitaba una forma de atraerlo a mí. Pero no esperaba que encontrara tan rápido este sitio. Debe de tener a algún escriba vigilando los informes.

—Pero ¿por qué? —preguntó Wyndle, casi con un gemoteo—. ¿Por qué lo buscas? Es peligroso.

—Evidentemente.

—Oh, ama. Qué locura. Ese hombre...

—Mata a personas —dijo ella con suavidad—. Los visires le han seguido la pista. Mata a gente que no parece relacionada entre sí. Los visires no saben qué pasa, pero yo sí. —Respiró hondo—. Está persiguiendo a alguien en esta ciudad, Wyndle. A alguien con poderes... a alguien como yo.

Wyndle se quedó pensativo un momento y luego hizo un «Aaah» de comprensión.

—Bajemos a su ventana —dijo Lift, descolgándose por el borde sin hacer caso a los granjeros. La ciudad seguía a oscuras y despertaba poco a poco. No debería llamar demasiado la atención hasta que hubiera más trajín.

Wyndle tuvo la amabilidad de crecer hacia abajo por delante de ella, proporcionándole algo a lo que agarrarse. Lift no estaba segura del todo de por qué estaba haciendo aquello. Quizá fuese la tentación de encontrar a alguien más como ella, alguien que pudiera explicarle qué era y por qué su vida había dejado de tener sentido. O quizás fuese solo que no le gustaba que Oscuridad estuviese al acecho de un inocente. De alguien que, al igual que ella, no había hecho nada malo —bueno, nada importante—, salvo tener unos poderes que él creía que no le correspondían.

Apretó la oreja contra los postigos de la habitación de la capitana. Desde el interior le llegó alta y clara la voz de él.

—Una joven —dijo Oscuridad—. Herdaziana o reshi.

—Sí, señor —dijo la capitana—. ¿Le importa enseñarme sus papeles otra vez?

—Los encontrará en orden.

—Es que... ¿operativo especial del príncipe? Nunca había oído mencionar ese título.

—Es un cargo antiguo pero muy poco usado —dijo Oscuridad—. Explíqueme exactamente lo que hizo esa chica.

—Ya lo...

—Explíquelo otra vez. A mí.

—Bueno, nos hizo correr a base de bien, señor. Se coló en nuestro puesto de guardia, tiró nuestras cosas al suelo y robó comida. El delito grave fue cuando vació ese carro de grano en la ciudad. Estoy segura de que lo hizo a propósito. El mercader ya ha denunciado a la guardia de la ciudad por negligencia deliberada en el cumplimiento del deber.

—No tiene caso —contestó Oscuridad—. Al no haber recibido el permiso para acceder a la ciudad, no se hallaba bajo la jurisdicción de usted. Si acaso, tendría que denunciar a la guardia de caminos y clasificarlo como bandidaje.

—¡Eso mismo le dije yo!

—No es culpa suya, capitana. Se enfrentaba a una fuerza que no comprende, y que no estoy autorizado a explicar. Sin embargo, necesito los detalles para confirmarlo. ¿La chica brillaba?

—Eh... Bueno...

—¿Brillaba o no, capitana?

—Sí. Le juro que tengo la mente clara. No estaba teniendo visiones, señor. La chica brillaba. Y el grano también, un poco.

—¿Y era resbaladiza al tacto?

—Más que si estuviera cubierta de aceite, señor. Nunca había tocado nada igual.

—Como esperaba. Tenga, firme esto.

Hubo algunos sonidos. Lift se quedó allí colgada, con la oreja pegada a la pared y el corazón aporreando. Oscuridad tenía una hoja esquirlada. Si sospechaba siquiera que Lift estaba allí fuera, podía dar un tajo a través de la pared y cortarla en dos.

—¿Señor? —dijo la capitana de la guardia—. ¿Puede decirme lo que está pasando? Me siento perdida, como una soldado en el campo de batalla que no recuerda cuál es su estandarte.

—No le corresponde saberlo.

—Eh... sí, señor.

—Vigile por si ve a la chica. Que sus compañeros hagan lo mismo, e informe a sus superiores si la descubren. Se me hará saber.

—Sí, señor.

Unos pasos señalaron que se dirigía hacia la puerta. Antes de marcharse, pareció reparar en algo.

—¿Esferas infusas, capitana? Tiene suerte de tenerlas, con los tiempos que corren.

—Las obtuve negociando, señor.

—Y otras opacas en la lámpara de la pared.

—Se agotaron hace semanas, señor, y no las he repuesto. ¿Esto es relevante, señor?

—No. Recuerde sus órdenes, capitana —dijo, y se despidió de ella.

La puerta se cerró. Lift volvió a trepar por la pared, seguida de un gimoteante Wyndle, se escondió en el techo y vio salir a Oscuridad a la calle de abajo. La luz matutina le calentó la nuca, pero no pudo evitar un escalofrío.

Uniforme negro y plateado. Piel oscura, como los makabaki, con una franja más clara en la mejilla, una marca de nacimiento con forma de media luna.

Ojos muertos. Ojos a los que les daba igual mirar a un hombre, un chull o una piedra. Se guardó unos papeles en el bolsillo del chaquetón y sacó sus guantes con largas bocamangas.

—Muy bien, ya lo hemos encontrado —susurró Wyndle—. ¿Ahora qué?

—¿Ahora? —Lift tragó saliva—. Ahora lo seguimos.



Seguir a Oscuridad era una experiencia muy distinta a la que había sido seguir a la capitana. Para empezar, era de día. Muy temprano todavía, pero había la suficiente luz para que Lift se preocupara de que la descubrieran. Por suerte, encontrar a Oscuridad había quemado por completo la neblina de somnolencia que había tenido al despertar.

Al principio intentó mantenerse por encima de las paredes, en los jardines que coronaban la ciudad, pero resultó difícil. Aunque había algunos puentes allí arriba que cruzaban las zanjas, no eran ni por asomo tan frecuentes como habría necesitado. Cada vez que Oscuridad llegaba a una intersección, se estremecía de miedo por si tomaba una ruta que ella no pudiera seguir sin tener que saltar un hueco enorme.

Terminó arriesgándose a bajar por una escalerilla y seguirlo por el interior de una zanja. Menos mal que la gente esperaba cierta cantidad de empujones al desplazarse por las calles. No era que estuvieran abarrotadas, y en las avenidas más anchas había mucho espacio libre, pero aquellas paredes intensificaban la sensación de confinamiento.

Lift tenía mucha práctica en aquello y le siguió el rastro sin dejarse ver. No vació ningún bolsillo, pese a las varias ocasiones buenas que tuvo. A la gente le faltaba sostener sus bolsas en alto y exigir que se las robaran. Si no hubiera estado tras la pista de Oscuridad, quizá habría afanado unas pocas por los viejos tiempos.

No usó su maravilla, que de todos modos se le estaba terminando. No había comido desde la noche anterior y, si no usaba el poder, al final desaparecía. Le costaba más o menos medio día, no sabía por qué.

Esquivó a granjeros que iban al trabajo, a mujeres que cargaban agua y a niños que correteaban hacia sus clases, para sentarse en filas y escuchar a un maestro mientras hacían algún trabajo mecánico, como coser, para pagarse la educación. Pringados.

La gente dejaba mucho espacio a Oscuridad, se apartaba de él como de alguien cuyo trasero no pudiera evitar revelar a todo el mundo lo que

había estado comiendo. Lift sonrió al pensar lo mientras subía a unas cajas donde ya había otros chicos. Sin embargo, Oscuridad no era tan normal como para eso. A Lift le costaba imaginárselo comiendo o haciendo cosas similares.

Un tendero salió a echarlos de las cajas, pero Lift ya había podido echar un buen vistazo a Oscuridad y pudo escurrirse tras él, con Wyndle a su lado.

Oscuridad no se detenía nunca a pensar el camino, ni a mirar lo que ofrecían los vendedores callejeros. Parecía moverse demasiado deprisa para los pasos que daba, como si se derritiera de sombra en sombra con cada zancada. Lift casi lo perdió de vista varias veces, lo que resultaba estrambótico. Siempre había podido seguir la pista de dónde estaba la gente.

Oscuridad acabó llegando a un mercado donde había mucha fruta exhibida. Parecía como si alguien estuviera planeando una pelea de comida a escala épica pero hubiera decidido cancelarla y estuviera vendiendo la munición a regañadientes. Lift se apropió de un fruto de color morado, del que no sabía el nombre, mientras el tendero miraba inquieto a Oscuridad. La gente solía mirarlo así. Era...

—¡Eh! —gritó el tendero—. ¡Eh, alto ahí!

Lift se volvió mientras se llevaba la mano a la espalda y soltaba el fruto, que envió de un talonazo entre los pies de la muchedumbre. Sonrió con dulzura.

Pero el tendero no la miraba a ella. Miraba a otra oportunista, una chica unos años mayor que Lift que le había afanado una cesta entera de fruta. La joven echó a correr en el instante en que la descubrieron, inclinada y sin soltar la cesta. Zigzagueó con destreza entre la multitud.

Lift se oyó gemir a sí misma.

«No, por ahí no, no hacia...».

Oscuridad atrapó a la joven de entre la gente. Fluyó hacia ella casi como si fuese líquido y la agarró por el hombro con la velocidad de un cepo para ratas al saltar. La chica se revolvió y le dio manotazos y puntapiés, pero él se quedó allí envarado y no pareció notar ni que le preocupara el ataque. Sin soltarla, se agachó, recogió la cesta de fruta y luego la llevó hacia el puesto del mercado, arrastrando a la ladrona tras de sí.

—Gracias —dijo el tendero, recuperando la cesta y fijándose en el uniforme de Oscuridad—, esto... ¿oficial?

—Soy un operativo nombrado para circunstancias especiales, con jurisdicción plena a lo largo y ancho del reino concedida por el príncipe

—respondió Oscuridad, sacando un papel del bolsillo de su chaquetón y sosteniéndolo en alto.

La chica cogió una fruta de la cesta y se la arrojó a Oscuridad. Se aplastó contra su pecho y rebotó. Oscuridad no reaccionó, como tampoco torció el gesto siquiera cuando la chica le mordió en la mano. Se limitó a guardar el documento que había mostrado al tendero y luego la miró.

Lift sabía lo que era estar ante aquellos ojos fríos y vidriosos. La chica se encogió en la presa de Oscuridad y entonces pareció montar en pánico, echó mano al cinto y blandió su navaja. Intentó apuñalar a Oscuridad a la desesperada, pero él le arrancó el arma con un revés de la mano que tenía libre.

A su alrededor, la multitud había notado que algo andaba mal. Aunque el resto del mercado seguía atareado, la zona donde estaban cesó su actividad. Lift se retiró junto a un carro roto, estrecho para poder recorrer las zanjas, donde había otros chavales de la calle apostando a cuánto tardaría Tiqqa en escapar «esta vez».

Como queriendo resolver la apuesta, Oscuridad invocó su hoja esquirlada y la clavó en el pecho de la esforzada ratera.

El largo filo se hundió hasta la empuñadura cuando Oscuridad tiró de la chica. Ella dio un respingo y abrió mucho los ojos, que entonces se oscurecieron y parecieron quemarse, liberando sendas volutas de humo que se perdieron hacia el cielo.

El tendero chilló y se dio un golpe en el pecho. Soltó la cesta de fruta.

Lift cerró los párpados con fuerza. Oyó el cadáver cayendo al suelo y la voz demasiado serena de Oscuridad, que dijo:

—Entregue este documento a la guardia del mercado, que retirará el cuerpo y le tomará declaración. Permítame dar testimonio de la fecha y la hora... eso es...

Lift se obligó a abrir los ojos. Los dos chicos que tenía al lado estaban boquiabiertos y horrorizados. Uno empezó a llorar con un gimoteo incrédulo.

Oscuridad terminó de llenar el documento y dio un golpecito con el dedo al tendero para que el hombre diera fe también por escrito y añadiera una descripción breve de lo que había ocurrido.

Al terminar, Oscuridad saludó con la cabeza y se volvió para marcharse. El tendero, con la fruta tirada a sus pies y una pila de cajas y cestas al lado, se quedó mirando el cadáver con los papeles aún en sus dedos

laxos. Los furiaspren bulleron a su alrededor, como charcos rojos en el suelo.

—¿Eso era necesario? —exigió saber—. ¡Tashi! ¡Por Tashi que está en lo alto!

—A Tashi no le preocupa mucho lo que hagan aquí —replicó Oscuridad mientras se alejaba caminando—. De hecho, yo en su lugar rezaría para que no venga a su ciudad, ya que dudo que le gustaran mucho las consecuencias. En cuanto a la ladrona, por el hurto le habría correspondido el encarcelamiento. En cambio, la pena prescrita por agredir a un agente con un arma de filo es la muerte.

—Pero... ¡pero eso ha sido una barbaridad! ¿No podría haberle cortado la mano o... o... o algo?

Oscuridad se detuvo y giró la cabeza hacia el tendero, que se encogió.

—He probado alguna vez, allí donde la ley permite aplicar algo de criterio propio en los castigos —dijo Oscuridad—. Amputar una mano lleva a una alta tasa de reincidencia, ya que el ladrón en cuestión queda incapacitado para la mayoría de los empleos legítimos y, en consecuencia, se ve abocado al robo. Por tanto, esa medida podría empeorar la criminalidad en lugar de reducirla.

Inclinó a un lado la cabeza, mirando del tendero al cadáver, como si le costara entender por qué podía molestar a alguien lo que acababa de hacer. Desentendiéndose del asunto, se volvió y siguió su camino.

Lift se quedó mirando, aturdida, pero se obligó a sobreponerse y corrió hacia la chica caída sin preocuparse por si la veían. Asíó el cuerpo por los hombros y se inclinó, exhalando su maravilla, la luz que ardía en su interior, e imbuyéndola a la joven muerta.

Por un momento, pareció funcionar. Lift vio algo, una luminiscencia con forma humana. Vibró en torno al cadáver, titilando. Pero entonces se la llevó el viento y el cuerpo se quedó en el suelo, inmóvil, con los ojos chamuscados.

—No —dijo Lift.

—Para esta ha pasado demasiado tiempo, ama —dijo Wyndle con suavidad—. Lo siento.

—Con Gawx pasó más tiempo.

—Gawx no murió atravesado por una hoja esquirlada —repuso Wyndle—. Creo... creo que los humanos no mueren instantáneamente, en general. Ay, mi memoria. Tengo demasiados huecos, ama. Pero sí sé que las hojas esquirladas son diferentes. A lo mejor, si hubieras llegado a

esta justo después... sí, en ese caso habrías podido. Pero había pasado demasiado tiempo. Y de todos modos, no tienes suficiente poder.

Lift se quedó arrodillada sobre la piedra, consumida. El cuerpo ni siquiera sangraba.

—Y es verdad que le ha sacado una navaja —añadió Wyndle con un hilo de voz.

—¡Estaba aterrorizada! Ha visto sus ojos y le ha entrado el pánico.

Lift apretó los dientes, rugió y se puso de pie. Se acercó al tendero, que se apartó de un salto mientras Lift cogía dos frutas de su puesto y lo miraba a los ojos para dar un enorme y jugoso mordisco a una de ellas, que procedió a masticar.

Luego se marchó en la misma dirección que Oscuridad.

—Ama —dijo Wyndle.

Lift no le hizo caso. Persiguió a aquella criatura sin corazón, a aquel asesino. Logró encontrarlo de nuevo, porque estaba dejando una estela de gente turbada incluso mayor que antes. Lo avistó saliendo del mercado, subiendo unos escalones y después cruzando un gran arco.

Lo siguió con cautela y asomó la cabeza por un recodo hacia una parte extraña de la ciudad. Habían extraído un pedazo enorme de piedra con forma cónica. El agujero era muy profundo y estaba lleno de agua.

Se trataba de una cisterna gigantesca. Una cisterna tan grande como varias casas juntas, pensada para recoger la lluvia de las tormentas.

—Ah —dijo Wyndle—. Sí, y está aislada del resto de la ciudad por un borde elevado. El agua que cae en las calles fluye hacia afuera y no hacia esta cisterna, con lo que la de aquí se mantiene pura. De hecho, parece que muchas calles tienen algo de cuesta para desviar el agua hacia fuera. Pero ¿adónde va después?

Qué más daba. Lift inspeccionó la enorme cisterna, que tenía un puente encima para poder cruzarla. El hueco era tan grande que hacía falta un puente, desde el que los ciudadanos bajaban cubos en cuerdas para llevarse agua.

Oscuridad no cruzó el puente. Optó por la plataforma que bordeaba la cisterna, donde había menos gente. Saltaba a la vista que prefería evitar las aglomeraciones.

Lift se quedó vacilante en el recodo anterior a la cisterna, combatiendo su frustración y su impotencia. Se ganó un par de improperios por impedir el paso.

«Se llamaba Tiqqa —pensó Lift—. Yo te recordaré, Tiqqa, porque pocos más van a hacerlo».

En el agua de la enorme cisterna había ondulaciones por los muchos cubos que perturbaban su superficie. Si Lift seguía a Oscuridad por la plataforma, quedaría al descubierto sin nadie más entre ellos.

Bueno, tampoco era que mirase hacia atrás muy a menudo. Tendría que arriesgarse. Salió y dio un paso hacia la plataforma.

—¡No! —exclamó Wyndle—. Ama, permanece oculta. Tiene ojos que tú no puedes ver.

De acuerdo, pues. Se unió al flujo de gente que descendía por los peldaños. Era la ruta más corta, pero el puente estaba abarrotado. Entre aquella masa de personas, al ser bajita, perdió de vista a Oscuridad.

Le picó el sudor frío en la nuca. Si ya no podía verlo, tenía la irracional certeza de que sería él quien estuviera vigilándola. Visualizó una y otra vez cómo se había abalanzado sobre la ladronzuela en el mercado, con una facilidad de movimiento sobrenatural. Sí, Oscuridad sabía cosas sobre la gente como Lift. Había hablado de sus poderes como si supiera lo que decía.

Lift recurrió a su maravilla. No se resbaladizó, pero dejó que la luz la bañara, que la avivara. A veces el poder le daba la sensación de estar vivo. Como si fuese la esencia del entusiasmo, como un spren. La impulsó mientras esquivaba y se colaba entre la multitud que atestaba el puente.

Llegó al otro lado y no vio ni rastro de Oscuridad en la plataforma. ¡Tormentas! Salió por el arco del fondo, volviendo a la ciudad en sí, y llegó a una gran encrucijada.

Por delante de ella pasaron tashikkis envueltos en shiquas, con algún azishiano de ropa estampada intercalado de vez en cuando. Desde luego, era una parte más pudiente de la ciudad. La luz del sol en ascenso se reflejaba en las secciones pintadas de las paredes, que allí formaban un grandioso mural de Tashi y los Nueve encuadrando el mundo. Se cruzó con gente que tenía esclavos parshmenios, con piel jaspeada en negro y rojo. Allí no había visto muchos de ellos, no tantos como en Azir. Quizá fuese porque no había estado en las partes ricas de la ciudad.

Muchos edificios de aquel barrio tenían árboles pequeños o arbustos ornamentales delante. Los cruzaban y cultivaban para ser perezosos, de forma que sus hojas no se retrajeran en presencia de multitudes cercanas.

«Lee esas multitudes —pensó Lift—. La gente. ¿Dónde hay gente actuando raro?».

Se internó en la encrucijada guiándose por el instinto, por algo en la postura de la gente, por la dirección hacia la que miraban. Allí había una ondulación. Las alteraciones en el agua de un pez al pasar, silenciosas pero no estáticas.

Dobló una esquina y captó un breve atisbo de Oscuridad subiendo unos peldaños junto a una línea de árboles pequeños. Se metió en un edificio y cerró la puerta.

Lift se acercó cautelosa al lateral del edificio en el que había entrado Oscuridad, rozando con la cara las hojas de los árboles y haciendo que las retiraran. Eran perezosos, pero no tan tontos como para no moverse si sentían un contacto.

—¿Qué son esos ojos que dices que tiene? —preguntó mientras Wyndle se enroscaba en una pila a su lado—. Esos que no puedo ver.

—Llevará consigo a un spren —explicó Wyndle—, como yo. Supongo que será invisible para ti y para todo el mundo salvo él. La mayoría lo son en este lado, me parece. No recuerdo todas las normas.

—A veces eres tonto, Portador del Vacío.

Wyndle suspiró.

—Pero no te preocupes —añadió Lift—. Yo soy tonta casi a todas horas.

Se rascó la cabeza. Los peldaños llevaban a una puerta. ¿Se atrevería a abrirla y colarse? Si quería saber más de Oscuridad y de lo que estaba haciendo en la ciudad, no podía limitarse a averiguar dónde se alojaba.

—Ama —dijo Wyndle—. Seré tonto, pero puedo afirmar con certeza que no eres rival para esa criatura. Hay muchas Palabras que no has pronunciado.

—Pues claro que no he pronunciado esa clase de palabras —replicó Lift—. ¿Es que no me escuchas nunca? Soy una chica dulce e inocente. No pienso hablar de cojones, ojetes y demás. No soy tan grosera.

Wyndle suspiró.

—No me refiero a esa clase de palabras. Ama, son...

—Venga, calla —lo interrumpió Lift, agachándose junto a los árboles que jalonaban la fachada del edificio—. Tenemos que entrar ahí y ver qué trama.

—Ama, por favor, no hagas que te maten. Sería muy traumático. ¡Creo que me costaría meses y meses recuperarme!

—Más me costaría a mí.

Lift se rascó la cabeza otra vez. No podía colgarse de la pared del edificio y escuchar lo que decía Oscuridad, como había hecho en casa de la capitana de la guardia. No en una parte adinerada de la ciudad y no en pleno día.

Además, tenía objetivos más elevados que limitarse a poner la oreja. Para lograr lo que había ido a hacer, tendría que entrar de verdad en el edificio. Pero ¿cómo? Aquellas construcciones no solían tener puertas traseras: estaban talladas en la roca. A lo mejor podía colarse por una ventana de delante, pero desde luego resultaría sospechoso.

Echó un vistazo a la gente que pasaba. En la ciudad, repararían en algo como una pilluela forzando una ventana. En cualquier cosa que pareciese un problema. Pero en cambio, otras veces pasaban por alto las cosas más evidentes que sucedían ante sus mismas narices.

«Quizá...». Le quedaba maravilla de la fruta que se había comido. Se fijó en una ventana con postigo a casi dos metros de altura. Sería la planta baja del edificio, pero estaba tan elevada porque en aquella ciudad todo se construía un poco para arriba.

Lift se puso en cuclillas y dejó salir algo de su maravilla. El arbolito que tenía al lado se desperezó con unos suaves estallidos. Las hojas brotaron, se desplegaron y dieron un buen bostezo matutino. Las ramas se alzaron hacia el cielo. Lift se tomó su tiempo y dejó que la copa del árbol se llenara, que creciera lo suficiente para tapar la ventana. Alrededor de sus pies, unas semillas de rocabrote traídas por la tormenta se inflaron como bollos al horno. Las enredaderas le rodearon los tobillos.

Ningún viandante se dio cuenta. Darían un coscorrón a una chica de la calle por rascarse el culo de forma sospechosa, pero los milagros les traían sin cuidado. Lift suspiró, sonriendo. El árbol la taparía mientras forzaba la ventana, si iba con cuidado. Dejó que su maravilla siguiera goteando, reconfortando al árbol, volviéndolo incluso más perezoso. Aparecieron vidaspren, motitas verdes y brillantes que flotaron a su alrededor.

Esperó un tiempo entre la muchedumbre que pasaba y luego saltó y se agarró a una rama para introducirse en el árbol, que seguía bebiendo de su maravilla y no retrajo las hojas. Se sintió segura allí, rodeada de unas ramas que tenían un olor rico e intenso, como las especias que se ponían en el caldo. Había enredaderas rodeando las ramas y sacando hojas, más o menos como hacía Wyndle.

Lo malo era que se le estaba terminando el poder. Un par de frutas no le proporcionaban demasiado. Apretó la oreja contra los gruesos postigos que protegían la ventana de las tormentas y no oyó nada en la habitación del otro lado. Segura en el árbol, hizo repiquetear las palmas de las manos suavemente contra los postigos, para encontrar el cerrojo por el sonido.

«Mira, sí que sé escuchar».

Pero por supuesto, aquella no era la clase correcta de escucha.

La ventana estaba asegurada con algún tipo de barra larga al otro lado, posiblemente pasando por rendijas en la parte interior de los postigos. Por suerte, aquellas piezas de madera no encajaban tan bien como en otras ciudades, seguramente porque no hacía falta protegerse tanto de las tormentas al abrigo de las zanjas. Hizo que las enredaderas ascendieran por las ramas, bebiendo su luz tormentosa, que luego le rodearan los brazos y se colaran por las rendijas de los postigos. Las enredaderas se extendieron por el interior, empujaron hacia arriba la barra que mantenía la ventana cerrada y...

Y Lift entró. Usó sus últimos resquicios de maravilla para cubrir las bisagras de los postigos y que no hicieran el menor sonido al abrirse. Se coló en una estancia de piedra con forma de caja, seguida de los vidaspren, que danzaban en el aire como brillantes semillas de quedinete.

—¡Ama! —exclamó Wyndle, creciendo sobre la pared—. Oh, ama, ¡ha sido una delicia! ¿Por qué no nos olvidamos de todo este jaleo con los Rompedores del Cielo y nos vamos a... a...? ¡A llevar una granja! Eso, una granja. Una granja encantadora. Podrías esculpir plantas todos los días y comer hasta reventar. Y... ¿Ama?

Lift cruzó sigilosa la estancia, fijándose en que junto a la pared había un soporte con espadas, enfundadas y mortíferas. Protecciones de cuero para entrenar en el suelo, cerca del rincón. Un olor a aceite y sudor. La salida no tenía puerta y Lift asomó la cabeza a un pasillo oscuro para escuchar.

Estaba en una intersección triple. A su izquierda y su derecha salían pasillos con puertas, y hacia delante se extendía otro corredor más largo que se perdía en la penumbra. De esa dirección llegaron los ecos de unas voces.

El pasillo que tenía enfrente estaba tallado hacia dentro de la piedra, alejándose de las ventanas y las rutas de escape. Lift miró a la derecha, hacia la entrada del edificio. Allí estaba sentado un anciano, cerca de la puerta, vestido con el uniforme blanco y negro que solo había visto llevar a Oscuridad y sus hombres. Estaba casi calvo, menos por unos pocos mechones de pelo, y tenía unos ojillos pequeños y brillantes y la

cara chupada, como una fruta reseca que intentara hacerse pasar por humana.

El hombre se levantó y comprobó la pequeña mirilla de la puerta, observando el gentío de fuera con gesto de sospecha. Lift aprovechó la oportunidad para escabullirse por el pasillo de la izquierda y meterse en la siguiente habitación.

Aquella parecía más prometedora. Aunque estaba casi a oscuras por los postigos cerrados, parecía una especie de taller o quizá una sala de estar. Lift abrió un poco los postigos para que entrara luz e hizo un registro rápido. No había nada interesante a la vista en los estantes llenos de mapas. Nada en el escritorio aparte de unos libros y un plumero lleno de vinculacañas. Había un cofre contra la pared, pero estaba cerrado con llave. Lift se disponía a rendirse cuando olió algo.

Asomó un poco la cabeza por el hueco de la puerta. El guardia se había marchado; le llegaban sus silbidos desde algún sitio, junto al sonido de un chorro contra un orinal.

Lift se escabulló más a la izquierda por el pasillo, alejándose del vigilante. La siguiente habitación era un dormitorio con una puerta entrecerrada. Se metió y encontró un chaquetón almidonado colgando de un perchero nada más entrar, con una mancha circular de fruta en el pecho. Sin duda, pertenecía a Oscuridad.

Deabajo de él, en el suelo, había una bandeja con una cubierta de metal, de las que los ricos ponían encima de los platos para no tener que mirar la comida mientras se enfriaba. Bajo la cubierta, como los tesoros esmeralda de los Salones Tranquilos, Lift encontró tres platos de tortitas.

El desayuno de Oscuridad. Misión cumplida.

Empezó a devorar las tortitas a dos carrillos con vengativo entusiasmo.

Wyndle hizo una mueca desde las enredaderas que había formado a su lado.

—¿Ama? ¿Todo esto...? ¿Todo esto ha sido para que puedas robarle la comida?

—Fí —dijo Lift, y tragó—. Claro que sí.

Dio otro bocado. Así aprendería, el muy famélico.

—Ah. Cómo no. —Wyndle soltó un profundo suspiro—. Supongo que... que está bien, pues. Sí. Nada de ir por ahí blandiendo a inocentes spren, clavándolos en gente y demás. Solo... solo estamos robando comida.

—La comida de Oscuridad, ojo.

Lift había robado en un palacio y al famélico emperador de Azir. Necesitaba algo interesante que intentar a continuación.

Era agradable tener por fin suficiente comida como para llenarse el estómago. Un tipo de tortita era salada, con verduras troceadas. Otra sabía dulce. La tercera era más esponjosa, casi sin sustancia, aunque había una especie de salsa para poder mojarla. Lift se bebió la salsa. Mojar las cosas era una pérdida de tiempo.

Devoró hasta la última migaja y se sentó con la espalda apoyada en la pared, sonriendo.

—De modo que hemos hecho todo este camino —dijo Wyndle— y hemos seguido al hombre más peligroso que hemos conocido jamás, solo para que tú pudieras robarle el desayuno. ¿De verdad que no hemos venido a hacer nada más?

—¿Quieres que hagamos algo más?

—¡Tormentas, no! —respondió Wyndle. Giró su carita de enredadera hacia el pasillo—. O sea... aquí corremos peligro a cada momento que pasa.

—Ajá.

—Tendríamos que huir. Hagámonos granjeros, como te decía. Alejémonos de ese hombre, aunque lo más seguro es que esté buscando a alguien en esta ciudad. A alguien como nosotros, que no puede plantarle cara. A alguien a quien asesinará antes de que empiece a comprender siquiera sus poderes...

Se quedaron sentados en el dormitorio, junto a la bandeja vacía. Lift sintió que su maravilla empezaba a removerse de nuevo en su interior.

—Entonces —dijo—, tendremos que ir a espiarlos, ¿no?

Wyndle gimió pero, para sorpresa de Lift, también asintió.



Intenta no tener una muerte demasiado violenta, ama —pidió Wyndle mientras Lift se acercaba sigilosa a los sonidos de personas hablando—. Mejor un buen trompazo en el cogote que un destripamiento.

Esa voz pertenecía sin duda a Oscuridad. Oírla daba escalofríos a Lift. Cuando se había enfrentado a él en el palacio de Azir, la voz del hombre no había revelado la menor emoción, ni siquiera cuando casi se disculpaba por lo que estaba a punto de hacer.

—He oído que la asfixia no está mal —siguió diciendo Wyndle—, pero si se da el caso, no me mires mientras expiras. No sé si podría soportarlo.

«Acuérdate de la chica del mercado. Tranquilízate».

Tormentas, cómo le temblaban las manos.

—No estoy nada seguro de cómo sería que cayeras desde las alturas —añadió Wyndle—. Supongo que lo pondrías todo perdido, pero por lo menos no habría apuñalamientos.

El pasillo daba a una amplia sala iluminada por diamantes que emitían un brillo claro y sosegado. No eran lascas, ni siquiera esferas, sino gemas grandes y sin engarzar. Lift se agachó ante la puerta entreabierta, oculta en las sombras.

Oscuridad, que llevaba una camisa blanca y lisa, caminaba adelante y atrás frente a dos subordinados con uniformes blancos y negros y espadas al cinto. Uno era un hombre makabaki con cara redonda de bobalicón. La otra, una mujer con la piel un poco más clara. Quizá fuese reshi, sobre todo por el cabello largo y oscuro que llevaba recogido en una trenza tirante. Tenía el rostro cuadrado, los hombros fuertes y una nariz demasiado pequeña, como si hubiera vendido la suya para comprarse unos zapatos nuevos y estuviera usando otra encontrada en la basura.

—Vuestras excusas no son dignas de quienes pretenden alistarse en nuestra orden —estaba diciendo Oscuridad—. Si queréis ganaros la confianza de vuestros spren y pasar de iniciados a portadores de esquirlada, debéis poner más empeño. Debéis demostrar vuestra valía. Hoy mismo he seguido una pista que se os ha escapado a los dos, y he descubierto que hay una segunda infractora en la ciudad.

—Señor —dijo la mujer reshi—, yo he impedido un atraco en un callejón. Unos matones estaban acosando a un hombre.

—Aunque lo apruebe —replicó Oscuridad, sin dejar de pasearse con pisadas tranquilas y regulares—, debemos llevar cuidado de no distraernos con delitos menores. Comprendo que puede ser difícil seguir centrados ante una ruptura en los códigos que conforman la sociedad. Pero recordad que los asuntos mayores, y los crímenes mayores, deben ser nuestra principal prioridad.

—Los potenciadores.

Potenciadores. Las personas como Lift, la gente maravillosa que podía lograr lo imposible. No había tenido miedo cuando se infiltró en un palacio, pero acurrucada contra aquella puerta, mirando al hombre al que había apodado Oscuridad, se notó atemorizada.

—Pero... ¿de verdad son...? —dijo el iniciado varón—. Quiero decir, ¿no deberíamos querer que regresaran, para no ser nosotros la única orden de Caballeros Radiantes?

—Por desgracia, no —respondió Oscuridad—. Yo antes pensaba como tú, pero Ishar me hizo ver clara la verdad. Si regresan los vínculos entre hombres y spren, el hombre acabará descubriendo sin mediación el poder superior de los juramentos. Sin Honor para regularlo, hay una pequeña posibilidad de que lo que llegue a continuación permita de nuevo a los Portadores del Vacío dar el salto entre mundos. Eso provocaría una Desolación, y hasta la posibilidad más exigua de que el mundo se destruya es un riesgo que no podemos asumir. Se requiere una fidelidad absoluta a la misión que nos encomendó Ishar, a la ley suprema de proteger Roshar.

—Te equivocas —susurró una voz desde la oscuridad—. Quizá seas un dios, pero aun así te equivocas.

Lift estuvo a punto de dejar atrás su piel de un brinco. ¡Tormentas! Había otro tipo sentado justo al otro lado de la puerta, a escasos centímetros de donde ella se ocultaba. No lo había visto porque estaba demasiado concentrada en Oscuridad.

El hombre estaba sentado en el suelo, vestido con ropa blanca hecha jirones. Llevaba el pelo corto, apenas una pelusilla castaña, como si se lo hubiera estado afeitando hasta hacia poco. Tenía la piel pálida como un fantasma, y sostenía una espada larga en su vaina plateada, con el

pomo apoyado en el hombro y la hoja extendida a lo largo del torso y las piernas. Rodeaba la vaina con los brazos, como un niño abrazando su juguete.

Se movió sin levantarse y... tormentas, dejó una leve imagen suya atrás, como las que salían cuando se miraba demasiado tiempo una gema brillante. Se disipó al momento.

—Ya han regresado —susurró, hablando con un suave y despreocupado acento shin—. Los Portadores del Vacío ya han regresado.

—Te equivocas tú —replicó Oscuridad—. Los Portadores del Vacío no han regresado. Lo que viste en las Llanuras Quebradas eran simples restos de hace milenios, Portadores del Vacío que llevaban todo ese tiempo ocultos entre nosotros.

El hombre de blanco alzó la mirada y Lift se apartó. Al moverse, dejó otra imagen que titiló brevemente antes de desaparecer. ¡Tormentas! Ropa blanca, poderes extraños, varón shin con la cabeza rapada, hoja esquirlada.

¡Era el famélico Asesino de Blanco!

—Los he visto regresar —susurró el asesino—. La nueva tormenta, los ojos rojos. Te equivocas, Nin-hijo-Dios. Te equivocas.

—Pura casualidad —replicó Oscuridad con voz firme—. Me puse en contacto con Ishar y él me aseguró que así es. Lo que viste son unos pocos oyentes que quedaban de los viejos tiempos, con libertad para emplear las formas antiguas. Convocaron un grupo de vacíospren. Hemos encontrado otras veces restos de ellos en Roshar, escondidos.

—¿Y la tormenta? ¿La tormenta nueva, de relámpago rojo?

—No significa nada —dijo Oscuridad. No parecía importarle que le llevaran la contraria. No parecía importarle nada, nada en absoluto. Tenía la voz modulada a la perfección—. Una rareza, sin duda.

—Vas errado. Muy errado.

—Los Portadores del Vacío no han vuelto —dijo Oscuridad con firmeza—. Ishar lo prometió, y él no miente. Debemos cumplir nuestro deber. Estás cuestionándolo, Szeth-hijo-Neturo, y no es bueno. Es una debilidad. Cuestionar es aceptar la caída a la inactividad. La única senda hacia la cordura y la acción consiste en escoger un código y seguirlo. Por eso acudí a ti desde el principio. —Oscuridad dio media vuelta y anduvo frente a los otros.

»Las mentes de los hombres son frágiles, sus emociones volubles y a menudo impredecibles. La única senda que lleva a Honor es mantenerse

fiel al código escogido. Así actuaban los Caballeros Radiantes, y así actuamos los Rompedores del Cielo.

El hombre y la mujer que estaban de pie hicieron sendos saludos marciales. El asesino se limitó a agachar la cabeza de nuevo y cerrar los ojos, abrazado a aquella extraña hoja esquirlada con vaina de plata.

—Ha mencionado a una segunda potenciadora en la ciudad —dijo la mujer—. Podemos encontrar...

—Ella es mía —zanjó Oscuridad sin levantar la voz—. Vosotros continuaréis con vuestra misión. Encontrad a quien se oculta aquí desde nuestra llegada. —Entrecerró los ojos—. Si no detenemos a uno, se congregarán más. Siempre se aglomeran. A lo largo de estos cinco años los he hallado a menudo estableciendo contacto unos con otros, si los dejo en paz. Deben de atraerse entre sí.

Se volvió hacia sus dos iniciados. Al parecer, hacía caso omiso al asesino salvo cuando este hablaba.

—Vuestra presa cometerá errores, incumplirá la ley. Las demás órdenes siempre se consideraron fuera del alcance de la ley. Solo los Rompedores del Cielo comprendimos jamás la importancia de establecer límites. De escoger algo externo a uno mismo y guiarse por ello. Vuestras mentes no son de fiar. Ni siquiera mi mente, la que menos mi mente, es de fiar.

»Os he proporcionado la suficiente ayuda. Contáis con mi bendición y... y tenéis vuestros contratos, que os conceden autoridad para actuar en esta ciudad. Hallaréis al potenciador, descubriréis sus pecados y le impartiréis justicia. En nombre de todo Roshar.

Los dos iniciados volvieron a saludar y la estancia se oscureció de repente. La mujer empezó a brillar con una luz fantasmagórica, se sonrojó y miró avergonzada a Oscuridad.

—¡Lo encontraré, señor! Tengo una investigación en marcha.

—Yo tengo una pista también —dijo el hombre—. Dispondré de la información para esta noche, sin falta.

—Colaborad —les ordenó Oscuridad—. Esto no es una competición, sino una prueba para evaluar vuestra competencia. Os concedo hasta la puesta de sol, pero después de eso ya no podré esperar más. Ahora que han comenzado a llegar otros, el riesgo es excesivo. Al anochecer, me ocuparé en persona del asunto.

—¡Cojones! —susurró Lift. Negó con la cabeza y retrocedió a hurtadillas por el pasillo, alejándose del grupo.

—Un momento —dijo Wyndle, siguiéndola—. ¿Cojones? ¿No decías que nunca pronuncias palabras como...?

—Todos ellos los tienen —repuso Lift—. Menos la chica, aunque con esa cara tampoco estoy segura. Pero vamos, que lo que he dicho no era una grosería, sino una observación.

Lift llegó a la intersección de pasillos y miró hacia su izquierda. El anciano guardia estaba dormitando, así que Lift pudo cruzar hacia la sala por la que había entrado. Salió por la ventana al árbol y cerró los postigos.

A los pocos segundos ya había doblado una esquina corriendo y estaba en un callejón, donde se dejó resbalar hasta el suelo con la espalda apoyada en la piedra y el corazón martilleándole en el pecho. Un poco más hacia dentro del callejón, una familia comía tortitas en una choza bastante apañada. Tenía dos paredes y todo.

—¿Ama? —dijo Wyndle.

—Tengo hambre —rezongó ella.

—¡Pero si acabas de comer!

—Eso era para compensar todo lo que he gastado para colarme en ese famélico edificio.

Cerró los ojos con fuerza para reprimir la inquietud. ¡Qué fría era la voz de Oscuridad!

«Pero son como yo. Brillan como yo. ¿Son maravillosos como yo? Condenación, ¿qué narices está pasando?».

Y luego estaba el Asesino de Blanco. ¿Pretendía ir a matar a Gawx?

—¿Ama? —Wyndle se le enroscó en la pierna—. Oh, ama. ¿Has oído cómo lo llamaban? ¡Nin! ¡Es otro nombre de Nalan, el Heraldo! No puede ser verdad. Desaparecieron, ¿verdad? Hasta nosotros tenemos leyendas al respecto. Si esa criatura es en verdad uno de ellos... Oh, Lift, ¿qué vamos a hacer?

—No lo sé —susurró ella—. No lo sé. Tormentas. ¿Para qué he venido hasta aquí?

—Creo que llevo preguntando eso desde...

—Cállate, Portador del Vacío —lo interrumpió ella, obligándose a rodar y alzarse de rodillas.

Más al fondo del atestado callejón, el padre de la familia cogió una cachiporra mientras su esposa cerraba la cortina frontal de su chabola.

Lift suspiró y echó a caminar de vuelta hacia el barrio de los inmigrantes.



Cuando llegó al orfanato, Lift por fin descubrió por qué estaba al lado de aquel espacio abierto en la boca del callejón. La responsable del orfanato —la Tocón, como la llamaban— había abierto las puertas para dejar salir a los niños. Estaban allí jugando, en el parque más aburrido de la historia. Unos escalones de anfiteatro y un suelo extenso.

Pero a los niños parecía encantarles. Corrían arriba y abajo por los escalones, entre carcajadas y risitas. Otros estaban sentados en círculo en el suelo, jugando a algo con piedrecitas pintadas. Los risaspren, pececillos plateados que surcaban el aire, danzaban a un metro de altura. Había todo un banco de los muy famélicos.

Eran muchos niños, en general más pequeños de lo que esperaba Lift. La mayoría, en eso sí había acertado, eran de los que tenían la cabeza distinta, o les faltaba un brazo o una pierna. Cosas por el estilo.

Lift se quedó holgazaneando en la amplia bocacalle, cerca de donde dos chicas ciegas jugaban a algo. Una soltaba piedras de distintas formas y tamaños y la otra intentaba adivinar cuál era cuál, según cómo sonara al caer al suelo. El grupo de ancianos y ancianas vestidos con shiquas del día anterior estaba congregado de nuevo en el semicírculo de asientos al fondo del anfiteatro, charlando y viendo jugar a los niños.

—¿No decías que los orfanatos eran deprimentes? —preguntó Wyndle, cubriendo la pared a su lado.

—Todo el mundo es feliz un ratito cuando dejas que salga a la calle — respondió Lift, observando a la Tocón.

La anciana decrepita y malcarada estaba sacando una carretilla por la puerta hacia el anfiteatro. Más rollos de pan de clem. Delicioso. Estaban solo un poquito más buenos que las gachas, que a su vez estaban solo un poquito más buenas que los calcetines fríos.

Aun así, Lift se puso a la cola para recibir su rollo. Cuando le llegó el turno, la Tocón señaló un punto al lado de la carretilla sin decirle ni una palabra. Lift se apartó, sin energías para discutir.

La Tocón se cercioró de que todos los niños tuvieran su rollo y luego escrutó a Lift antes de entregarle uno de los últimos dos que quedaban.

—Tu segunda comida de tres.

—¿Cómo que segunda? —restalló Lift—. Pero si no...

—Anoche tuviste una.

—¡No la pedí!

—Te la comiste.

La Tocón se llevó la carretilla mientras se zampaba ella misma el último rollo.

—Bruja famélica —murmuró Lift, y buscó un sitio libre en los asientos de piedra. Prefería sentarse lejos de los huérfanos normales, para que no le dirigieran la palabra.

—Ama —dijo Wyndle, subiendo los peldaños para ponerse junto a ella—. No te creo cuando dices que abandonaste Azir porque intentaban vestirte con ropa de ricachona y enseñarte a leer.

—No me digas.

—Para empezar, la ropa te gustaba. Y cuando intentaban darte lecciones, parecías disfrutar del jueguecito de no estar nunca cuando venían a buscarte. No estaban obligándote a hacer nada, sino solo ofreciéndote oportunidades. El palacio no fue la experiencia sofocante que insinúas siempre.

—Puede que no para mí —reconoció ella.

Lo era para Gawx. Del nuevo emperador sí que esperaban toda clase de cosas. Clases, exhibiciones. La gente iba a verlo comer todas las veces. Hasta podían ver cómo dormía. En Azir, el emperador era propiedad del pueblo, como un amigable sabueso-hacha callejero al que alimentaran siete casas distintas, todas ellas afirmando que era suyo.

—A lo mejor —dijo Lift— es que no quería que la gente esperara tanto de mí. Si conoces demasiado tiempo a la gente, comienzan a depender de ti.

—Ah, ¿y no puedes soportar la responsabilidad?

—Pues claro que no. Soy una famélica pillastre callejera.

—Que vino hasta aquí persiguiendo a quien parece ser uno de los Heraldos en persona, enloquecido y acompañado por un asesino que ha acabado con *varios* monarcas del mundo. Sí, sí que da la impresión de que evitas la responsabilidad.

—¿Te me estás poniendo chulo, Portador del Vacío?

—Pues diría que sí. La verdad es que no sé que significa ponerse chulo, pero a juzgar por tu tono, diría que probablemente sí que te me estoy poniendo chulo. Y probablemente te lo mereces.

Lift dio un gruñido por respuesta y siguió masticando la comida. Sabía fatal, como si la hubieran dejado fuera toda la noche.

—Mi madre siempre me dijo que viajara —dijo Lift—. Que viese sitios mientras me durara la juventud.

—Y por eso te fuiste de palacio.

—No sé. Puede.

—Paparruchas. Ama, ¿qué pasa en realidad? Lift, ¿qué es lo que *quieres*?

Lift bajó la mirada al rollo a medio comer que tenía en la mano.

—Todo está cambiando —dijo en voz baja—. Y no pasa nada. Las cosas cambian. Es solo que yo no debería hacerlo. Vamos, que pedí no hacerlo. Y se supone que ella te concede lo que pides.

—¿La Vigilante Nocturna? —preguntó Wyndle.

Lift asintió, sintiéndose pequeña y helada. Los niños jugaban y reían a su alrededor, y por algún motivo verlos solo hacía que se sintiera peor. Era evidente para ella, aunque llevara mucho tiempo intentando ignorarlo, que era más alta que cuando salió en busca de la Antigua Magia tres años antes.

Miró más allá de los niños, hacia la calle perpendicular. Pasó con prisa un grupo de mujeres con cestas de lana. Un remilgado alezi caminaba a zancadas en sentido opuesto, con el pelo negro y liso y una actitud decidida. Era al menos treinta centímetros más alto que cualquier otra persona a la vista. Había funcionarios recorriendo la calle, limpiando y recogiendo basura.

En la boca de la callejuela, la Tocón había dejado la carretilla y estaba castigando a un niño que se había puesto a pegar a los demás. Al fondo

de los asientos del anfiteatro, los ancianos y las ancianas reían juntos mientras uno servía tazas de té y las iba pasando.

Todos parecían saber lo que hacer sin más. Los cremlinos sabían que tenían que correrse, las plantas sabían que tenían que crecer. Todo tenía su lugar.

—Lo único que yo he sabido que tenía que hacer es buscar comida — susurró Lift.

—¿Cómo dices, ama?

Al principio, había sido difícil. Alimentarse ella sola. Con el tiempo, había ido descubriendo los trucos. Había ganado habilidad.

Pero si no pasabas hambre a todas horas, ¿a qué te dedicabas? ¿Cómo podías saberlo?

Alguien le dio un golpecito en el brazo, y Lift se giró hacia un chico que se había acercado a ella, un niño flaco con la cabeza afeitada. Señaló su rollo a medio comer y gruñó.

Ella suspiró y se lo dio. El chico se lo zampó con ansia.

—Te conozco —dijo Lift, ladeando la cabeza—. Eres al que dejó aquí su madre anoche.

—Madre —repitió él, y la miró—. Madre, ¿vuelve cuándo?

—Anda, pero si sabes hablar —dijo Lift—. No me lo parecía, después de que anoche te pasaras el rato mirando a todas partes como un tonto.

—Yo... —El chico parpadeó y volvió a mirarla. No babeaba. Debía de ser un buen día para él. Todo un logro—. Madre... ¿vuelve?

—No creo —dijo Lift—. Lo siento, chico. Nunca vuelven. ¿Cómo te llamas?

—Mik —dijo él. La miró, confuso, como intentando en vano acordarse de quién era ella—. ¿Somos amigos?

—No —respondió Lift—. No te interesa ser amigo mío. Mis amigos terminan de emperadores. —Se estremeció y luego se inclinó hacia él—. Tiene a gente que hasta le hurga la nariz.

Mik la miró, inexpresivo.

—Como te louento. Le hurgan la nariz. En serio, tiene a una mujer que se ocupa de peinarlo y tal, y una vez que estaba fijándose, vi cómo le metía una cosa por la nariz. Eran como unas pincitas, para sacarle los

mocos o lo que fuera. —Lift se estremeció de nuevo—. Ser emperador es una cosa muy rara.

La Tocón se llevó a rastras a uno de los chicos que se estaban peleando y lo dejó caer en la piedra. Luego, por extraño que pareciera, le dio unas orejeras, como si hiciera mucho frío. El chico se las puso y cerró los ojos.

La Tocón se quedó quieta un momento, mirando a Lift y Mik.

—¿Qué, planeando la forma de robarme?

—¿Cómo? —dijo Lift—. ¡Qué va!

—Una comida más —dijo la mujer, levantando un dedo. Luego lo usó para señalar a Mik con energía—. Y cuando te vayas, llévate a ese. Sé que finge.

—¿Finge? —Lift se volvió hacia Mik, que parpadeó, aturdido, como si intentara seguir la conversación—. No hablarás en serio.

—Lo noto enseguida cuando los chicos fingen enfermedades para conseguir comida —espetó la Tocón—. Ese de ahí no es ningún idiota. Está fingiendo.

Se marchó con paso fuerte.

Mik se vino abajo y se miró los pies.

—Echo de menos a mamá.

—Ya —dijo Lift—. Qué bien, ¿verdad?

Mik la miró con el ceño fruncido.

—Al menos nosotros podemos recordarlas —dijo Lift, levantándose—. Es más de lo que puede decir la mayoría. —Y le dio una palmadita en el hombro.

Al poco tiempo, la Tocón anunció que se había acabado el recreo. Se llevó a los niños al orfanato para echar la siesta, aunque muchos eran demasiado mayores para eso. La Tocón miró a Mik disgustada, pero dejó que entrara.

Lift se quedó en su asiento de piedra y dio un manotazo a un cremlino que se le había estado acercando poco a poco por el peldaño más alto. El famélico bicho la esquivó e hizo chasquear sus patas quitinosas como si riera. Sí que eran raros los cremlinos de allí. No se parecían en nada a los que ella conocía. Era raro lo mucho que una podía olvidar que estaba en otro país hasta que veía los cremlinos.

—Ama —dijo Wyndle—, ¿has decidido lo que vamos a hacer?

Decidir. ¿Por qué tenía que decidir? Normalmente, se limitaba a hacer cosas. Aceptaba los desafíos según iban llegando e iba a los sitios sin más motivo que no haberlos visto nunca.

Los ancianos que habían estado mirando a los niños se levantaron despacio, como árboles vetustos liberando sus ramas tras una tormenta. Fueron yéndose por turnos hasta que solo quedó uno, vestido con una shiqua negra apartada para mostrar su cara de bigote canoso.

—¡Eh! —lo llamó Lift—. ¿Sigues dando repelús, viejo?

—Soy el hombre que se me hizo ser —respondió él.

Lift gruñó, se puso de pie y fue hacia él. Los niños se habían dejado sus piedrecitas, pintadas de colores que empezaban a descascarillarse. Eran las canicas de cristal de los niños pobres. Lift les dio un puntapié.

—¿Cómo sabes qué hacer? —preguntó al hombre, con las manos en los bolsillos.

—¿Acerca de qué, pequeña?

—Acerca de todo —respondió ella—. ¿Quién te dice cómo decidir a qué dedicas el tiempo? ¿Te lo enseñaron tus padres? ¿Cuál es el secreto?

—¿El secreto de qué?

—De ser humana —dijo Lift con suavidad.

—Ese me parece que no lo conozco —repuso el hombre, con una risita—. O por lo menos, no mejor que tú.

Lift miró hacia el cielo por las ranuras que dejaban las paredes, sin el menor rastro de vegetación pero pintadas de un verde oscuro, como imitándola.

—Es extraño —afirmó el hombre—. A las personas se les concede muy poco tiempo. He conocido a muchos hombres que decían lo mismo, que en el momento en que crees que empiezas a entender las cosas, se acaba el día, cae la noche y se apaga la luz.

Lift lo miró. Sí, seguía dando repelús.

—Supongo que, cuando te haces viejo y tal, empiezas a pensar en estar muerto. Igual que cuando alguien se hace pis, empieza a pensar en buscar un callejón disimulado.

El hombre rio de nuevo.

—Tal vez tu vida acabe, pero el organismo que es la ciudad seguirá adelante, naricilla.

—No soy una nariz —protestó Lift—. Solo estaba echándole morro.

—Nariz, morro. Los dos están en la cara.

Lift puso los ojos en blanco.

—Tampoco quería decir eso.

—¿Qué eres, entonces? ¿Tal vez una oreja?

—No sé. Puede.

—No. Aún no. Pero casi.

—Aaajá —dijo Lift—. ¿Y qué eres tú?

—Yo cambio a cada instante. Un momento puedo ser los ojos que vigilan a mucha gente de esta ciudad, y al siguiente la boca que pronuncia las palabras filosóficas. Se extienden como una enfermedad, por lo que a veces soy la enfermedad. Muchas enfermedades están vivas, ¿lo sabías?

—En realidad no estás hablando de lo que estás hablando, ¿verdad que no? —preguntó Lift.

—Yo creo que sí.

—Genial.

De toda la gente que había para preguntarles cómo ser una adulta responsable, ella iba y elegía al que tenía sopa de verdura por cerebro. Se volvió para marcharse.

—¿Qué harás por esta ciudad, niña? —preguntó el hombre—. Eso forma parte de mi pregunta. ¿Eliges o te limitas a dejarte moldear por el bien mayor? ¿Y eres, como ciudad, un distrito de grandiosos palacios? ¿O eres un suburbio en ti misma?

—Si pudieras ver en mi interior —dijo Lift, volviéndose de nuevo y caminando hacia atrás, encarada al hombre en los peldaños—, no dirías cosas como esa.

—¿Por?

—Porque al menos los suburbios saben para qué los construyeron.

Dio media vuelta y se unió al río de gente en la calle.



No creo que comprendas cómo debería funcionar esto —dijo Wyndle, curvándose por la pared al lado de Lift—. Ama, no... no pareces interesada en que nuestra relación evolucione.

Ella se encogió de hombros.

—Hay Palabras —dijo Wyndle—. Las llamamos Palabras, al menos. Son más bien como ideas. Ideas vivas, ideas con poder. Tienes que dejarlas entrar en tu alma. Tienes que dejarme *a mí* entrar en tu alma. Has oído a esos Rompedores del Cielo, ¿verdad? Quieren dar el siguiente paso en su entrenamiento. Será entonces cuando... en fin, cuando obtengan una hoja esquirlada.

La sonrisa que le dedicó Wyndle fue apareciendo en sucesivas configuraciones de sus enredaderas, que crecían por la pared siguiéndola. Cada imagen de la sonrisa era un poco distinta, formada una y otra vez a su lado, como en cien pinturas. Componían una sonrisa, y aun así ninguna de ellas era la sonrisa. De algún modo, la sonrisa eran todas juntas. O quizás la sonrisa existía en los espacios entre las imágenes de la sucesión.

—Solo hay una cosa que sé cómo hacer —dijo Lift—, y es robarle el almuerzo a Oscuridad. Lo que había venido a hacer desde el principio.

—Pero, hum, ¿eso no lo hemos hecho ya?

—No su comida. Su almuerzo. —Lift entrecerró los ojos.

—Ah —dijo Wyndle—, te refieres a la persona que pretende ejecutar. Vamos a robársela.

Lift recorrió una calle y terminó llegando a un jardín, una depresión en la piedra con forma de cuenco que tenía cuatro salidas. La pared a sotavento estaba cubierta de enredaderas, pero poco a poco iban dejando paso a quebradinos por el otro lado, con forma de platos llanos

para protegerse pero con tallos que salían por los lados y se elevaban hacia la luz del sol.

Wyndle dio un bufido y bajó al suelo junto a ella.

—Apenas están cuidados. Esto no puede llamarse jardín, vaya. El encargado de su mantenimiento debería recibir una buena reprimenda.

—A mí me gusta —dijo Lift, levantando la mano hacia unos vidaspren, que flotaron arriba y abajo sobre las yemas de sus dedos.

En el jardín había mucha gente. Algunos iban y venían, pero otros estaban allí pasando el rato y otros mendigaban lascas. Lift no había visto a muchos mendigos en la ciudad. Seguro que había todo tipo de normas y regulaciones sobre cuándo y cómo podía hacerse.

Dejó de andar y apoyó las manos en las caderas.

—A la gente de aquí, en Azir y Tashikk, le encanta escribir cosas.

—Oh, en efecto —dijo Wyndle, enrollándose sobre unas enredaderas—. Hum. Sí, ama, por lo menos estas son frutales. Supongo que mejor así. No es aleatorio del todo.

—Y adoran la información —continuó Lift—. Les encanta negociar con ella, ¿verdad?

—En efecto. Es un factor distintivo de su identidad cultural, como decían tus tutores de palacio. Tú no estabas presente, así que iba yo a atender en tu lugar.

—Lo que la gente escribe puede ser importante, al menos para ellos —dijo Lift—. Pero ¿qué hacen con todo eso cuando ya no les sirve? ¿Lo tiran? ¿Lo queman?

—¿Tirarlo? ¡Por las enredaderas de la Madre! No, no, no. ¡No se puede ir por ahí tirando las cosas! Podrían ser útiles más adelante. Si fuese yo, les buscaría algún lugar seguro. ¡Y las mantendría en perfecto estado por si las necesitara!

Lift asintió, cruzándose de brazos. Allí tendrían esa misma actitud. Aquella ciudad, en la que todo el mundo apuntaba notas y reglas para luego ofrecerse a vender ideas a los demás a todas horas... Bueno, en ciertos aspectos, aquel lugar era como una ciudad entera de Wyndles.

Oscuridad había dicho a sus sicarios que buscaran a alguien que estuviera haciendo cosas raras. Cosas estupendas. Y en esa ciudad anotaban hasta lo que habían desayunado los niños. Si alguien había visto algo fuera de lo normal, lo habría escrito.

Lift corrió por el jardín, rozando enredaderas con los dedos de los pies y haciendo que se apartaran. Subió de un salto a un banco que había cerca de un objetivo razonable, una mujer mayor vestida con un shiqua marrón pero con la parte de la cabeza retirada, revelando un rostro de mediana edad, maquillado y con atisbos de pelo bien peinado.

La mujer arrugó la nariz al instante, lo que no era nada justo. Lift se había bañado hacía más o menos una semana en Azir, con jabón y todo.

—¡Fuera! —dijo la mujer, meneando los dedos delante de Lift—. No tengo dinero para darte. Fuera. Vete de aquí.

—No quiero dinero —respondió Lift—. Quiero hacer un trato. A cambio de información.

—Nada quiero de ti.

—Nada puedo dártela —dijo Lift, relajándose—. Eso se me da bien. Te daré nada y me marcharé. Solo tienes que responderme a una pregunta.

Lift se encorvó sobre el banco, sin mover los pies. Entonces se rascó el trasero. La mujer se inquietó, con pinta de estar a punto de marcharse, y Lift se inclinó hacia ella.

—Estás desobedeciendo las regulaciones de mendicidad —le espetó la mujer.

—No mendigo. Negocio.

—Bien. ¿Y quéquieres saber?

—¿Hay algún lugar en esta ciudad donde la gente meta todo lo que escribe, para tenerlo bien guardado? —preguntó Lift.

La mujer frunció el ceño y luego levantó la mano y señaló por una calle, que seguía recta un buen trecho hacia una estructura con forma de montículo que se alzaba al centro de la ciudad. Era más alta que todo lo que la rodeaba y sobresalía de las zanjas.

—¿Te refieres a algo como el Gran Indicium? —dijo la mujer.

Lift parpadeó y echó la cabeza a un lado.

La mujer aprovechó la ocasión para huir a otra zona del jardín.

—¿Eso llevaba ahí todo el tiempo? —preguntó Lift.

—Esto sí —dijo Wyndle—. Por supuesto que sí.

—¿En serio? —Lift se rascó la cabeza—. Qué cosas.



Las enredaderas de Wyndle crecieron hacia arriba por la pared de un callejón y Lift trepó, sin preocuparse por si llamaba la atención. Al llegar arriba, se izó a un campo donde había unos granjeros mirando al cielo y refunfuñando. Las estaciones se habían vuelto locas. Se suponía que debía haber una lluvia constante y era mala época para plantar, dado que el agua arrastraría la pasta simiente.

Pero llevaba días sin llover. Sin tormentas, sin agua. Lift anduvo entre granjeros que extendían una pasta de la que saldrían unos pólipos minúsculos que con el tiempo crecerían hasta el tamaño de rocas grandes y se llenarían a rebosar de grano. Machacando ese grano, ya fuese a mano o a tormenta, se generaba una nueva pasta. Lift siempre se había preguntado por qué no le salían pólipos en el estómago después de comerlo, y nadie le había dado una respuesta clara.

Los confundidos granjeros trabajaban con los shiquas bajados hasta la cintura. Lift pasó entre ellos e intentó escuchar. Oír.

Era la única época del año en la que no deberían trabajar. Sí, por aquellas fechas plantaban treb para que creciera en las grietas, ya que sobrevivía a las inundaciones. Pero no tendrían que estar plantando lavis, taliú ni clem, que requerían mucho más esfuerzo aunque luego también dieran más beneficios.

Sin embargo, allí estaban. ¿Y si llovía al día siguiente y el agua se llevaba todo su esfuerzo? ¿Y si no volvía a llover nunca? Las cisternas de la ciudad, aunque rebosaran del agua de semanas de Llanto, no durarían para siempre. Estaban tan preocupados que Lift avistó algunos miedospren, con forma de viscosos pegotes morados, acumulándose por los montículos en los que los hombres plantaban.

Como contrapunto, los vidaspres se desprendían de los pólipos en formación y flotaban hacia Lift, siguiéndola como un arremolinado polvo verde y brillante. Por delante de ella, el Gran Indicium se elevaba como la cabeza de un calvo vista desde detrás de la silla en la que estaba sentado. Era una gigantesca y redondeada masa de piedra.

Toda la ciudad giraba alrededor de ese punto central. Las calles giraban en su dirección, enroscándose hacia él, y cuando Lift se acercó al borde, vio que habían extraído una enorme franja de piedra alrededor del Indicum. El fortín redondo no era una visión espectacular, pero desde luego parecía a salvo de las tormentas.

—Sí, el terreno desciende alrededor de ese punto central —comentó Wyndle—. Debía de ser el punto más alto de la llanura en un principio, y supongo que debieron aceptarlo y convertir ese abultamiento central en una fortaleza.

Una fortaleza para libros. Qué rara era la gente. Por debajo había hordas de gente, la mayoría tashikkis, entrando y saliendo de la construcción, a la que llegaban numerosas y enrevesadas calles en cuesta.

Lift se sentó al borde de la pared de piedra, con los pies colgando.

—Se parece un poco a la punta del colgajo de alguien. Como si algún tipo tuviera la espada tan corta que daba lástima a todo el mundo y le dijeron: «Mira, vamos a hacerle una estatua enorme de verdad, y así, aunque sea pequeña, ¡parecerá enorme!».

Wyndle suspiró.

—No ha sido grosero —matizó Lift—. Estaba siendo poética. El viejo Peloblanco decía que no se puede ser ordinario mientras estés hablando de arte. Lo que estás siendo es elegante. Por eso está bien colgar cuadros de mujeres desnudas en los palacios.

—Ama, ¿ese no era el hombre que se hizo tragarse por un conchagrande marabeziano?

—Sí. Ese hombre estaba más loco que una caja de visones borrachos. Lo echo de menos.

A Lift le gustaba pensar que en realidad no había muerto devorado. Le había guiñado un ojo mientras saltaba a las fauces abiertas del conchagrande, escandalizando a todo el mundo.

Wyndle hizo una pila sobre sí mismo y compuso una cara: ojos de cristales, labios formados por una fina red de pequeñas enredaderas.

—Ama, ¿cuál es el plan?

—¿Plan?

Wyndle suspiró.

—Tenemos que entrar en ese edificio. ¿Piensas hacer lo que mejor te vaya pareciendo y punto?

—Evidentemente.

—¿Me permites unas sugerencias?

—Siempre que no tengan que ver con absorber el alma a nadie, Portador del Vacío.

—No soy... Escucha, ama, ese edificio es un archivo. Sabiendo lo que sé de esta región, sus salas estarán repletas de leyes, registros e informes. Miles y miles y miles de ellos.

—Sí —dijo ella, cerrando un puño—. ¡Y entre todo eso, seguro que habrán escrito cosas raras!

—¿Y cómo exactamente vamos a encontrar la información concreta que nos interesa?

—Fácil. Tú leerás.

—Leeré.

—Ajá. Entraremos ahí, tú leerás sus libros y demás y entonces decidiremos dónde están los sucesos extraños. Eso nos guiará hasta el almuerzo de Oscuridad.

—Quieres que me lo lea *todo*.

—Ajá.

—¿Tienes la menor idea de cuánta información puede contener ese sitio? —preguntó Wyndle—. Habrá cientos de miles de informes y libros de contabilidad. Y para que quede claro, sí, es un número superior a diez, así que no sabes contar hasta él.

—No soy idiota —espetó ella—. También tengo dedos en los pies.

—Pero sigue siendo mucho más de lo que puedo leer. No puedo filtrarte toda esa información. Es imposible. Olvídate.

Lift le lanzó una mirada.

—De acuerdo, a lo mejor puedo conseguirte un alma, pero solo una, ¿eh? Quizá un recaudador de impuestos, solo que esos no son humanos. ¿Te valdrían? ¿O serían necesarios, yo qué sé, tres recaudadores para reunir el alma de una persona normal?

—¡Ama, no estoy regateando!

—Venga ya. Todo el mundo sabe que a los Portadores del Vacío les gusta negociar. ¿Tiene que ser alguien importante o te vale algún imbécil que no le caiga bien a nadie?

—¡Que no como almas! —exclamó Wyndle—. ¡No estoy intentando sacarte nada a cambio! Estoy exponiendo los hechos. ¡Es imposible que lea toda la información de ese archivo! ¿Por qué no puedes darte cuenta de que...?

—Venga, calma los tentáculos —dijo Lift, balanceando los pies y haciendo rebotar los talones contra la pared de piedra—. Ya te he oído. Es imposible no oírte, con lo mucho que lloriqueas.

Detrás de ella, los granjeros empezaban a preguntarse de quién sería hija y por qué no estaba llevándoles agua como debían hacer los crios. Lift tensó el gesto, pensando.

—No podemos esperar a que anochezca para colarnos —musitó—. Oscuridad quiere que para entonces su pobre presa ya esté muerta. Además, seguro que esos escribas hacen turnos de noche. ¿Para qué dormir, si puedes escribir una ley nueva que diga cuántos dedos pueden usarse para levantar una cuchara?

»Pero se conocen bien su oficio. Y lo venden a diestro y siniestro. Los visires siempre estaban escribiéndoles para que les contestaran cosas. Sobre todo les pedían noticias de todo el mundo. —Lift sonrió y se levantó—. Tienes razón. Esto tenemos que hacerlo de otra forma.

—Ciertamente.

—Tenemos que ser listos. Taimados. Pensar como un Portador del Vacío.

—Yo no he dicho...

—Para ya de quejarte —dijo Lift—. Voy a ir a afanar ropa de persona importante.



A Lift le gustaba la ropa suave. Aquellos abrigos y túnicas azishianos tan blanditos eran el equivalente textil de un pudín fino. Era bueno recordar que la vida no consistía solo en cosas que picaban. A veces incluía almohadas blandas y dulces esponjosos. Palabras amables. Madres.

El mundo no podía ser malo del todo si tenía ropa suave. El traje le venía grande, pero no pasaba nada. Le gustaba suelto. Se acurrucó un poco en la túnica, sentada en la silla con las manos cruzadas sobre el regazo y un gorrito en la cabeza. El traje entero estaba surcado de colores vivos, tejidos en formas que significaban cosas muy importantes. Lift estaba bastante segura de eso, porque la gente de Azir no paraba de hablar de los símbolos que llevaba en la ropa.

La escriba era gorda. Le harían falta unas tres shiquas para cubrirla, o eso o una shiqua hecha para un caballo. Lift nunca habría pensado que dieran tanta comida a los escribas. ¿Para qué necesitaban tanta energía? Las plumas no pesaban nada.

La mujer llevaba anteojos y tenía la cara cubierta, a pesar de estar en una tierra que conocía a Tashi. Dio unos golpecitos en la mesa con la pluma.

—Dices que *tú* eres del palacio de Azir.

—Ajá —dijo Lift—. Amiga del emperador. Yo lo llamo Gawx, pero luego le cambiaron el nombre a no sé qué. Está bien, porque Gawx es un nombre bastante tontorrón y no te interesa que tu emperador suene tontorrón. —Ladeó la cabeza—. Aunque cuando se pone a hablar, ya no hay forma de evitarlo.

En el suelo, a su lado, Wyndle dio un leve gemido.

—¿Sabías que tienen a alguien que le hurga la nariz? —preguntó, inclinándose hacia la escriba.

—Jovencita, creo que me estás haciendo perder el tiempo.

—Ahí me has ofendido bastante —dijo Lift, enderezando la espalda en su asiento—. Sobre todo si tenemos en cuenta lo poco que parece que hagáis por aquí.

Era cierto. El edificio entero estaba lleno de escribas que corrienteaban de aquí para allá, llevando montones de papel de una alcoba sin ventanas a otra. Hasta tenían unos spren particulares que pasaban allí el rato, de un tipo que Lift solo había visto un par de veces. Parecían como ondulaciones en el aire, como gotas de lluvia en charcos, solo que sin lluvia y sin charco. Wyndle los llamaba concentraspren.

¡Tenían tanto famélico papel por allí que hasta necesitaban parshmenios para cargarlo! Pasó una de ellas por el pasillo de fuera, una mujer que llevaba una gran caja llena de papeles. Se los llevaría a alguno de entre los mil millones de escribas que había sentados a sus mesas, rodeados de vinculacañas destellantes. Wyndle decía que estaban respondiendo a preguntas formuladas desde todo el mundo, transmitiendo información.

La escriba que estaba con Lift era un poco más importante. Lift había logrado llegar a aquella habitación haciendo lo que le había sugerido Wyndle: no hablar. Era algo que también hacían los visires. Asentían con la cabeza sin abrir la boca. Había entregado su tarjeta, en la que había garabateado las letras que formaba para ella Wyndle con sus enredaderas.

Los de la entrada se habían quedado tan intimidados que la habían llevado por los pasillos hasta aquella habitación, que era más grande que otras que había visto pero tampoco tenía ventanas. Pero en la pared pintada de blanco había una mancha entre amarilla y marrón que podía fingirse que era luz del sol.

En la otra pared había un estante en el que reposaba una hilera larguísima de vinculacañas. Había unos tapices azishianos colgados al fondo. La escriba era una especie de enlace con el gobierno, allá en Azir.

Sin embargo, después de llegar a la sala, Lift se había visto obligada a hablar. No podía seguir evitándolo, de modo que tendría que ser convincente.

—¿A qué pobre desgraciado has robado para conseguir esa ropa? — preguntó la escriba grandota.

—Como si fuera a quitársela a alguien mientras la lleva puesta —replicó Lift, poniendo los ojos en blanco—. Mira, coge una pluma brillante de esas y escribe a palacio, y así podremos ponernos con lo importante. Mi Portador del Vacío dice que aquí tienes un montonazo de papeles que vamos a tener que repasar.

La mujer se levantó. Lift casi oyó a su silla dando un suspiro de alivio. La mujer señaló la puerta con ademán desdeñoso, pero en ese momento entró un escriba inferior, desgarbado, con una shiqua roja y un gorrito marrón y amarillo muy raro, y le susurró algo al oído.

La escriba pareció disgustarse. El recién llegado se encogió de hombros, incómodo, y se apresuró a marcharse. La mujer gorda giró la cabeza hacia Lift.

—Dime los nombres de los visires que conoces en palacio.

—Bueno, está Tonelete, que tiene la nariz graciosa, con forma de espiga. Y el Gran A, aunque no sé cómo se llama de verdad. Su nombre tiene todos esos ruidos como de ahogarse. Y Papi Culocaído, aunque ese no es visir de verdad. Lo llaman vástago, que también es importante pero de otra forma. ¡Ah, y Labios Gordos! Es la que manda de todos. En realidad no tiene gordos los labios, pero se enfada cuando la llamo así.

La mujer se quedó mirando a Lift. Luego se volvió y fue hacia la puerta.

—Espera aquí —ordenó a Lift, y salió.

Lift se agachó hacia el suelo.

—¿Cómo voy?

—Fatal —dijo Wyndle.

—Sí, ya me he dado cuenta.

—Casi hasta podría afirmarse —dijo Wyndle— que te habría venido bien aprender a hablar con educación, como te decían siempre los visires.

—Bla, bla, bla —respondió Lift, acercándose a la puerta para escuchar.

Desde fuera se entreoía a los escribas hablando entre ellos.

—... Encaja con la descripción que hizo la capitana de la guardia de inmigración, para que se la busque por la ciudad —decía uno de ellos—. ¡Y se ha presentado aquí mismo! Hemos enviado a buscar a la capitana, que por suerte había venido para su informe...

—¡Condenación! —susurró Lift mientras se apartaba—. Nos han pillado, Portador del Vacío.

—¡Nunca debí ayudarte con esta idea enloquecida!

Lift cruzó la sala hasta la hilera de vinculacañas. Todas estaban etiquetadas.

—Ven para acá y dime la que necesitamos.

Wyndle creció pared arriba y envió enredaderas sobre las plaquitas.

—Vaya, vaya, son vinculacañas importantes. Veamos... la tercera comunica con los escribas reales de palacio.

—Estupendo —dijo Lift.

La cogió y volvió a la mesa. La situó en el punto correcto de su superficie, porque había visto hacer lo mismo montones de veces, y giró el rubí del extremo de la caña. Respondieron al instante: los escribas de palacio no se alejaban muy a menudo de sus vinculacañas. Antes preferirían que les arrancaran los dedos.

Lift cogió la vinculacaña y la situó contra el papel.

—Esto...

—Oh, por el amor de Cultivación —dijo Wyndle—. No prestaste nada de atención, ¿verdad?

—Nada.

—Dime lo que quieras decir.

Lift se lo dijo y, de nuevo, Wyndle hizo crecer enredaderas sobre la mesa con las formas adecuadas. Con la pluma agarrada en el puño cerrado, Lift copió las palabras, una absurda letra tras otra. Le costó una eternidad. Escribir era ridículo. ¿La gente no podía hablar y punto? ¿Por qué inventarse una manera de hablar en la que no hubiera que ver a la gente para decirles lo que tenían que hacer?

«Aquí, Lift —escribió—. Decid a Labios Gordos que la necesito. Estoy en apuros. Y que alguien traiga a Gawx, si no es que le están hurgando la nariz ahora mis...».

La puerta se abrió y Lift dio un gañido, giró el rubí y se apartó corriendo de la mesa.

Al otro lado había una gran concentración de gente: cinco escribas, incluyendo a la gorda, y tres guardias. Una era la mujer que dirigía el puesto de vigilancia de la entrada de la ciudad.

«Tormentas —pensó Lift—, sí que se han dado prisa».

Se lanzó al suelo en dirección a ellos.

—¡Cuidado! —gritó la guardia—. ¡Es resbaladiza!

Lift se volvió maravillosa, pero la capitana empujó a los escribas dentro de la sala, entró y empezó a cerrar la puerta a su espalda. Lift pasó entre sus piernas, resbalando con facilidad, pero se estampó contra la puerta mientras se cerraba del todo.

La capitana se abalanzó sobre ella. Lift gritó y se cubrió de maravilla, por lo que cuando la asieron, su chaqueta azishiana de anchas mangas salió, dejándola en una falda parecida a una túnica con pantalones y sus camisas de siempre.

Se escabulló por el suelo, pero la estancia tampoco era muy grande. Intentó huir por la periferia, pero tenía encima a la capitana de la guardia.

—¡Ama! —gritó Wyndle—. ¡Oh, ama, que no te apuñalen! ¿Me oyes? ¡Evita que te den con nada afilado! ¡Ni romo, en realidad!

Lift gruñó al ver que los otros guardias se metían en la sala y cerraban la puerta deprisa. Cada uno de ellos fue hacia un lado de la habitación.

Esquivó a un lado, luego al otro y dio un puñetazo en el estante de las vinculacañas, haciendo que la escriba chillara cuando cayeron unas pocas.

Lift se lanzó hacia la puerta. La capitana de la guardia la embistió y otro guardia cayó encima de ella.

Lift se revolvió, se hizo maravillosa y se escurrió entre sus dedos. Solo tenía que...

—Tashi —susurró una escriba—. ¡Dios de Dioses y Encuadernador del Mundo!

Alrededor de su cabeza apareció un asombrospren, con forma de anillo de humo azul.

Lift saltó de entre las manos de los guardias y se subió de pie en una de sus espaldas, lo que le permitió ver bien el escritorio. La vinculacaña estaba escribiendo.

—Sí que han tardado —dijo, y entonces bajó de un salto de la pila de guardias y se sentó en la silla.

El guardia se levantó detrás de ella, soltando improperios.

—¡Alto, capitana! —dijo la escriba gorda. Miró al escriba desgarbado que iba de amarillo—. Ve a enviar otro mensaje al palacio de Azir. ¡Que sean dos! Necesitamos confirmación.

—¿De qué? —preguntó el escriba, caminando hacia la mesa.

La capitana de la guardia se acercó a ellos para leer lo que escribía la pluma. Luego, muy despacio, los tres alzaron la mirada hacia Lift con los ojos muy abiertos.

—«A quien corresponda —leyó Wyndle, que había extendido sus enredaderas por encima del papel—. Por el presente decreto, yo, el Aqasix Supremo Yanagawn I, emperador de todo Makabak, proclamo que la joven conocida como Lift debe ser objeto de toda cortesía y respeto. La obedeceréis como me obedeceríais a mí, y cargaréis en la cuenta imperial todo gasto en el que pueda incurrir durante su incursión en vuestra ciudad. A continuación hallaréis una descripción de la mujer y dos preguntas que solo ella puede responder, como prueba de autenticidad. Pero sabed que si resulta dañada u obstaculizada de cualquier modo, conoceréis la ira imperial».

—Gracias, Gawx —dijo Lift, y miró a los escribas y los guardias—. ¡Significa que tenéis que hacer lo que yo diga!

—Y ¿qué es lo que quieres? —preguntó la escriba gorda.

—Depende —respondió Lift—. ¿Qué tenéis hoy para comer?



Tres horas más tarde, Lift estaba sentada en el centro del escritorio de la escriba gorda, con el gorrito del escriba desgarbado en la cabeza y comiendo tortitas con las manos.

Un enjambre de escribas inferiores estaba repasando informes en el suelo delante de ella, montones de libros esparcidos por todas partes como caparazones rotos de cangrejo después de un banquete. La escriba gorda estaba de pie al lado de la mesa, leyendo a Lift lo que escribía la vinculacaña correspondiente a la parte de la conversación de Gawx. La mujer por fin se había bajado la tela de la cara y resultó que era guapa y mucho más joven de lo que Lift había creído.

—«Estoy preocupado, Lift —le leyó la escriba gorda—. Aquí todos están preocupados. Están llegando informes desde el oeste. En Steen y Alm se ha visto la nueva tormenta. Está sucediendo como el caudillo alezi dijo que sucedería. Una tormenta de relámpago rojo, soplando al revés».

La mujer miró a Lift.

—En eso tiene razón, su... hum...

—Dilo —ordenó Lift.

—Su tortitencia.

—Suena de maravilla, ¿verdad?

—Su excelencia imperial tiene razón sobre la llegada de una nueva y extraña tormenta. Hemos recibido confirmaciones independientes de nuestros contactos en Iri y Shinovar. Una enorme tormenta con relámpagos rojos que sopla desde el oeste.

—¿Y los monstruos? —preguntó Lift—. ¿Cosas con ojos rojos en la oscuridad?

—Todo es confuso —dijo la escriba, que se llamaba Ghenna—. Nos está costando recibir respuestas claras. Ya teníamos nociones sobre ello, a partir de informes procedentes de la costa este cuando la tormenta la alcanzó, antes de desplazarse al océano. Casi todo el mundo consideró exagerados esos informes y creyó que la tormenta se disiparía. Pero ahora que ha rodeado el planeta y llegado al oeste... Bueno, se dice que el príncipe está preparando un decreto de emergencia para el país entero.

Lift miró a Wyndle, que estaba enrollado en la mesa junto a ella.

—Portadores del Vacío —dijo con un hilo de voz—. Está ocurriendo. Dulce virtud, es cierto que las Desolaciones han vuelto...

Ghenna siguió leyendo la vinculacaña de Gawx.

—«Esto va a ser un desastre, Lift. Nadie está preparado para una tormenta que sopla al revés. Pero los alezi son casi igual de preocupantes. ¿Cómo es que saben tanto de ella? ¿La invocó de algún modo ese caudillo que tienen?».

Ghenna bajó el papel.

Lift masticó su tortita. Era de las densas, con una pasta machacada en el centro que era demasiado pegajosa y salada. La de al lado estaba cubierta de pequeñas semillas crujientes. Ninguna estaba tan buena como las dos otras variedades que había probado en las horas anteriores.

—¿Cuándo va a llegar? —preguntó Lift.

—¿La tormenta? Difícil de precisar, pero es más lenta que una alta tormenta, según casi todos los informes. Podría llegar a Azir y Tashikk en tres o cuatro horas.

—Escribe esto a Gawx —dijo Lift con la boca llena de tortita—. «Aquí tienen buena comida. Hay mucha variedad de tortitas. Una tiene azúcar en el centro».

La escriba vaciló.

—Escríbelo —dijo Lift—, o te haré llamar más cosas absurdas.

Ghenna suspiró, pero obedeció.

—«Lift —leyó cuando la vinculacaña escribió la respuesta de Gawx, que tendría a unos quince visires y vástagos alrededor sugiriéndole qué decir y escribiéndolo cuando él lo aceptara—, no es momento de charlar sobre comida».

—Claro que sí —replicó Lift—. Tenemos que recordarlo. Puede que venga una tormenta, pero luego la gente tendrá que comer. El mundo se acaba mañana, pero pasado mañana la gente preguntará qué hay de desayuno. Ese es tu trabajo.

—«¿Y las historias de algo peor? —escribió él—. Los alezi están avisando sobre los parshmenios y yo hago lo que puedo con tan poco tiempo. Pero ¿qué hay de los Portadores del Vacío que dicen que están en las tormentas?».

Lift miró la estancia atestada de escribas.

—Estoy con esa parte —dijo. Mientras Ghenna lo escribía, Lift se levantó y se limpió las manos en su lujosa túnica—. Eh, gente lista, ¿qué tenéis?

Los escribas alzaron la mirada hacia ella.

—Señora —dijo uno—, no tenemos ni idea de lo que estamos buscando.

—¡Cosas raras!

—¿Qué clase de «cosas raras»? —preguntó el escriba de amarillo, el tipo desgarbado que parecía ridículo y medio calvo sin su gorrito—. ¡Ocurren cosas inusuales a diario en la ciudad! ¿Quiere el informe del hombre que afirma que su cerdo nació con dos cabezas? ¿O el del hombre que dice que vio la silueta de Yaezir en el liquen de su pared? ¿O la mujer que tuvo la premonición de que su hermana caería y entonces cayó?

—No, no —dijo Lift—. Eso es raro normal.

—¿Y qué es lo raro anormal, entonces? —preguntó él, irritado.

Lift empezó a brillar. Invocó su maravilla, tanta que empezó a irradiar de su piel como si fuese una famélica esfera. A su lado, las semillas que cubrían la tortita que no se había comido brotaron, y de ellas crecieron largas y retorcidas enredaderas que se embarullaron unas en torno a otras y escupieron hojas.

—Algo como esto —dijo Lift, y entonces miró hacia el lado. Genial. Había echado a perder la tortita.

Los escribas la miraban boquiabiertos, así que dio una fuerte palmada para que volvieran al trabajo. Wyndle suspiró, y Lift supo lo que debía de estar pensando. En tres horas no habían encontrado nada relevante. Estaba en lo cierto: en aquella ciudad escribían las cosas. Y ahí estaba el problema. Lo escribían absolutamente todo.

—Hay otro mensaje del emperador para ti —dijo Ghenna—. Esto para su tortita... Tormentas, qué ridículo suena.

Lift sonrió de oreja a oreja y miró el papel. Las palabras estaban escritas con una caligrafía fluida y elegante. Tenía que ser Labios Gordos.

—«Lift —leyó Ghenna—, ¿vas a volver? Aquí te echamos de menos».

—¿Labios Gordos también? —preguntó Lift.

—«La visir Noura también te echa de menos. Lift, ahora este es tu hogar. Ya no tienes por qué vivir en la calle».

—¿Qué se supone que haré allí, si vuelvo?

—«Todo lo que quieras —escribió Gawx—. Te lo prometo».

Ese era el problema.

—Todavía no sé lo que voy a hacer —dijo, sintiendo un extraño aislamiento, a pesar de la habitación llena de gente—. Ya veremos.

Ghenna la miró al oírlo. Al parecer, pensaba que el emperador debería obtener todo lo que quería, y que las chicas reshi no deberían tomarse como costumbre negárselo.

La puerta se abrió un poco y la capitana de la guardia miró dentro. Lift saltó de la mesa, corrió hacia ella y dio un salto para ver lo que sostenía. Un informe. Estupendo. Más palabras.

—¿Qué has averiguado? —preguntó, ansiosa.

—Tenías razón —dijo la capitana—. Un colega mío de la guardia del barrio ha estado vigilando el orfanato Luz de Tashi. La mujer que lo dirige...

—La Tocón —aportó Lift—. Es mala que no veas. Come huesos de niños para merendar. Una vez hizo un duelo de miradas con un cuadro y ganó.

—... está siendo investigada. Tiene una especie de trama de blanqueo de dinero, aunque los detalles son confusos. Ha estado intercambiando esferas por otras de menor valor, una práctica que la llevaría a la bancarrota si no tuviera alguna otra forma de ingreso. Según el informe, acepta dinero de organizaciones criminales como donativos y luego los transfiere en secreto a otros grupos después de quedarse una parte, para ayudar a emborronar el rastro de las esferas. Y hay más. En todo caso, los niños son una tapadera para apartar la atención de sus prácticas.

—Ya te lo decía yo —repuso Lift, cogiéndole el papel de las manos—. Deberías detenerla y gastar todo su dinero en sopa. Dame a mí la mitad por decirte dónde buscar y no se lo contará a nadie.

La capitana levantó las cejas.

—Podemos escribir que lo hacemos, si quieras... —dijo Lift—. Así será oficial.

—Pasaré por alto los intentos de soborno, coacción, extorsión y malversación de fondos estatales —respondió la capitana—. En cuanto al orfanato, no tengo jurisdicción sobre él, pero te aseguro que mis compañeros actuarán contra esa Tocón bien pronto.

—Me basta —dijo Lift, volviendo a subir a la mesa frente a su legión de escribas—. Venga, ¿qué habéis encontrado? ¿Hay alguien que brille, como si fuese una famélica fuerza benévola de la verdad y la justicia, o algo así?

—¡Es un proyecto demasiado extenso para asignárnoslo sin previo aviso! —protestó la escriba gorda—. Señora, esta investigación es del tipo en el que normalmente trabajamos durante meses. ¡Concédanos tres semanas y podemos preparar un informe detallado!

—No tenemos tres semanas. Apenas tenemos tres horas.

Daba lo mismo. Durante las siguientes horas, intentó engatusar, amenazar, bailar, sobornar y —a modo de última opción, loca y desesperada— quedarse muy callada y dejar que leyieran. A medida que pasaba el tiempo, encontraban nada y todo al mismo tiempo. Había montones de rarezas difusas en los informes de la guardia: historias de un hombre que sobrevivió a una caída desde demasiado alto, una queja por ruidos extraños fuera de la ventana de una mujer, spren que actuaban de forma inusual por las mañanas en la puerta de otra mujer a menos que esta les dejara un cuenco de agua azucarada. Y sin embargo, ninguno de aquellos informes contaba con más de un testigo, y en ninguno de ellos la guardia había encontrado nada concreto que resultara extraño, aparte de las habladurías.

Cada vez que aparecía una rareza, a Lift le entraban unas ganas terribles de salir por la puerta, salir apretándose por una ventana y correr a buscar a la persona implicada. Y cada vez, Wyndle le aconsejaba paciencia. Si todos los informes fuesen veraces, prácticamente cualquier habitante de la ciudad podría ser un potenciador. ¿Y si se marchaba a investigar uno de los cien informes que no eran más que superstición normal y corriente? Perdería horas y no encontraría nada.

Que era justo lo que sentía que estaba haciendo. Estaba molesta, impaciente y sin tortitas.

—Lo siento, ama —dijo Wyndle mientras rechazaban un informe sobre una mujer veden que afirmaba que su bebé había sido «bendecido por el mismísimo Tashi con una piel más clara que la de su padre, para que estuviera más cómodo en sus relaciones con los extranjeros»—. No creo

que ninguno de estos sea más señal que los demás. Empiezo a pensar que deberíamos elegir uno y confiar en la suerte.

Lift odiaba la suerte, últimamente. Le estaba costando convencerse a sí misma de que no estaba en una edad desafortunada de su vida, así que había renunciado a la suerte. Hasta había intercambiado su esfera de la suerte por una cuña de queso de cerda.

Cuanto más lo pensaba, más le parecía que la suerte era lo contrario de ser maravillosa. Una era algo que hacías, la otra algo que te sucedía hicieras lo que hicieras.

Pero claro, eso no significaba que la suerte no existiera. O creías en ella o creías en lo que decían siempre aquellos sacerdotes vorin, que los pobres habían sido elegidos para la pobreza, por ser demasiado tontos como para pedir al Todopoderoso que los hiciera nacer forrados de esferas.

—¿Qué hacemos, entonces? —preguntó Lift.

—Elegir un informe de estos, supongo —dijo Wyndle—. Uno cualquiera. Aunque yo descartaría el del bebé. Sospecho que quizás la madre no esté siendo sincera.

—No me digas.

Lift echó un vistazo a los papeles extendidos ante ella, papeles que no sabía leer y que detallaban informes de curiosidades vagas. ¡Tormentas! Si elegía bien, podía salvar una vida y quizás encontrar a alguien más que podía hacer lo mismo que ella.

Si elegía mal, Oscuridad y sus siervos ejecutarían a una persona inocente. Con disimulo, sin nadie que presenciara su muerte ni lo recordara.

Oscuridad. De pronto, lo odió. Lo odió con una bullente ferocidad que la sorprendió incluso a ella por lo intensa que era. No creía que hubiera odiado de verdad a nadie nunca antes. Pero a él... con aquellos ojos fríos que parecían rechazar toda emoción... Y lo odiaba más por el hecho de que parecía hacer lo que hacía sin el menor ápice de remordimiento.

—¿Ama? —dijo Wyndle—. ¿Cuál eliges?

—No puedo elegir —susurró ella—. No sé hacerlo.

—Coge uno y ya está.

—No puedo. Yo no tomo decisiones, Wyndle.

—¡Bobadas! Las tomas a diario.

—No, yo solo...

Iba donde la llevaban los vientos. Cuando se tomaba una decisión, era también un compromiso. Se estaba diciendo que lo que se pensaba era lo correcto.

La puerta de la sala se abrió de golpe. Apareció un guardia, uno al que Lift no conocía, sudoroso y jadeante.

—Decreto de emergencia de estado cinco procedente del príncipe, para distribuirse por toda la nación de inmediato. Estado de emergencia en la ciudad. Tormenta soplando en dirección opuesta, prevista para alcanzarnos antes de dos horas.

»Toda la población debe abandonar las calles y dirigirse a los refugios para tormentas, y los parshmenios deben ser encarcelados o exiliados a la tormenta. Quiere que los callejones de Yeddaw y otras ciudades talladas se evacuen de inmediato, y ordena a los oficiales del gobierno que se presenten en sus refugios asignados para hacer conteos, esbozar informes y mediar en las disputas que puedan darse por confusiones derivadas de la evacuación. Habrá copias de esta orden en todos los puntos de reunión, que se están distribuyendo en estos momentos.

Los escribas de la sala apartaron la mirada de su trabajo y, al instante, empezaron a guardar los libros y los apuntes contables.

—¡Esperad! —gritó Lift mientras el mensajero se marchaba—. ¿Qué estáis haciendo?

—Acabas de ser desautorizada, pequeña —dijo Ghenna—. Tu investigación tendrá que esperar.

—¿Cuánto tiempo?

—Hasta que el príncipe decida derogar el estado de emergencia — respondió ella, recogiendo a toda prisa las vinculacañas de su estante y guardándolas en una caja acolchada.

—¡Pero el emperador ha dicho que me ayudéis! —exclamó Lift, cogiendo la nota de Gawx y moviéndola en el aire.

—Y te ayudaremos encantados a llegar a un refugio para tormentas — dijo la capitana de la guardia.

—¡Necesito ayuda con este problema! ¡Os ha ordenado obedecerme!

—Y nosotros, por supuesto, escuchamos al emperador —dijo Ghenna—. Lo escuchamos con gran atención.

Pero no necesariamente obedecían sus órdenes. Se lo habían explicado los visires. Azir *afirmaba* ser un imperio, y casi todos los demás países de la zona le seguían la corriente. Era como seguirle la corriente al niño que decía que era capitán de equipo en un partido de anillos. Pero cuando sus exigencias se hacían demasiado extravagantes, quizás terminara hablando con un callejón vacío.

Los escribas eran notablemente efectivos. Tardaron poco en sacar a Lift al pasillo, cargada con un puñado de informes que no sabía leer, y separarse para correr a cumplir sus distintos deberes. La dejaron con una joven subescriba, que no podía ser mucho mayor que Lift y que debía llevarla a un refugio para tormentas.

Lift se libró de la chica en el primer cruce que pudo, escabulléndose por un pasillo lateral mientras la joven explicaba la emergencia a un anciano erudito de ojos vidriosos, vestido con una shiqua marrón. Lift se quitó su ropa buena azishiana y la tiró en un rincón, quedándose en pantalones, camisa y su chaqueta fina sin abotonar. Desde allí pasó a una parte menos poblada del edificio. En los largos pasillos, los escribas se reunían y se gritaban unos a otros. Lift no habría esperado tanto alboroto de un puñado de viejos y viejas decrepitos con tinta en las venas.

Estaba oscuro, y Lift deseó no haber intercambiado su esfera de la suerte. Los pasillos estaban señalados con alfombras en las que había diseños azishianos para diferenciarlos unos de otros, pero nada más. Había lámparas de esfera a intervalos regulares en las paredes, pero solo una de cada cinco contenía una esfera infusa. Seguía escaseando la luz tormentosa. Lift pasó un minuto entero agarrada a una, intentando forzar su pestillo, pero estaban bien aseguradas.

Siguió pasillo abajo, dejando de lado una sala tras otra, todas ellas atestadas de papel, aunque no había tantas estanterías como Lift esperaba encontrar. No parecía una biblioteca. Lo que había eran paredes llenas de cajones que contenían pilas de papeles.

Cuanto más caminaba, más silencioso estaba todo, hasta que le pareció estar recorriendo un mausoleo... un mausoleo de árboles. Arrugó los papeles que llevaba en la mano y se los metió en el bolsillo. Eran tantos que no pudo meter la mano también.

—¿Ama? —la llamó Wyndle desde el suelo, a su lado—. No nos queda mucho tiempo.

—Estoy pensando —dijo Lift. Era mentira. Lo que hacía era intentar no pensar.

—Lamento que el plan no haya funcionado —dijo Wyndle.

Lift alzó los hombros.

—De todas formas, tú no querías estar aquí. Quieres hacerte jardinero.

—Sí, y tenía planeada una galería de botas encantadora —respondió Wyndle—. Pero supongo... supongo que no podemos quedarnos quietos cuidando jardines mientras el mundo termina, ¿verdad? Y si me hubieran asignado con aquella irlali tan maja, no estaría aquí, ¿a que no? Y ese Radiante al que intentas salvar, sea quien sea, puede darse por muerto.

—Posiblemente puede darse por muerto de todas formas.

—Pero aun así... merece la pena intentarlo, ¿verdad?

Estúpido y animoso Portador del Vacío. Lift le lanzó una mirada y luego sacó los papeles del bolsillo.

—No sirven para nada. Tenemos que empezar de cero con un plan nuevo.

—Y con mucho menos tiempo. Ya llega el anochecer, y también esa tormenta. ¿Qué hacemos?

Lift soltó los papeles.

—Hay alguien que sabe dónde ir. Esa mujer que hablaba con Oscuridad, su discípula, decía que tenía una investigación en marcha. Sonaba confiada.

—Je —dijo Wyndle—. Y no supondrás que su investigación implicaría un puñado de escribas buscando en los registros, ¿verdad?

Lift ladeó la cabeza.

—Sería la opción inteligente —dijo Wyndle—. Se nos ha ocurrido hasta a nosotros.

Lift sonrió y echó a correr en la dirección de la que venía.



Sí —dijo la escriba gorda, aturullada después de buscar en un libro—. Fue el equipo de Bidlel, sala dos-tres-dos. La mujer que describes los contrató hace dos semanas para un proyecto no especificado. Nos tomamos muy en serio la discreción de nuestros clientes. —Suspiró y cerró el libro—. Salvo por mandato imperial.

—Gracias —dijo Lift, dando un abrazo a la mujer—.
Gracias gracias gracias gracias.

—Ojalá hubiera sabido lo que significaba todo esto. Tormentas, cualquiera diría que a mí me lo contaría todo, pero la mitad del tiempo tengo la sensación de que hasta los reyes están confundidos por lo que les echa encima el mundo. —Negó con la cabeza y miró a Lift, que seguía abrazándola—. Yo voy a ir a mi puesto asignado. Te aconsejo que busques refugio.

—Sí esoharégenialadiós —dijo Lift.

La soltó y salió corriendo de la sala llena de registros. Corrió por el pasillo, en dirección contraria a los peldaños que bajaban al refugio para tormentas del Indicum.

Ghenna sacó la cabeza al pasillo.

—¡Bidlel ya habrá evacuado! La puerta estará cerrada. —Calló un momento—. ¡No rompas nada!

—Portador del Vacío —dijo Lift—. ¿Puedes encontrar el número ese que acaba de decir?

—Sí.

—Bien, porque no tengo tantos dedos en los pies.

Corrieron por el cavernoso Indicum, que ya empezaba a vaciarse. Solo había pasado más o menos media hora desde el decreto —Wyndle

llevaba la cuenta— y ya se estaba marchando todo el mundo. La gente cerraba sus puertas con llave cuando llegaba una tormenta y se trasladaba a lugares seguros. Para los que tenían casas normales, esas casas valdrían, pero los pobres tenían que ir a refugios.

Pobres parshmenios. No había muchos en la ciudad, no tantos como en Azimir, pero por orden del príncipe los estaban reuniendo y expulsando. Dejándolos para la tormenta, medida que a Lift le parecía enormemente injusta.

Pero nadie hacía caso a sus protestas al respecto. Y Wyndle había dejado caer... bueno, que quizás estuvieran convirtiéndose en Portadores del Vacío. ¿Y quién mejor que él para saberlo?

De todos modos, no le parecía justo. Ella no dejaría a Wyndle fuera en una tormenta. Aunque afirmara que era improbable que la tormenta pudiera hacer daño a los parshmenios.

Siguió las enredaderas de Wyndle, que la llevó dos pisos hacia arriba y se puso a contar hileras. El suelo de aquella planta era de madera pintada, y a Lift se le hacía raro pisarla. Suelos de madera. ¿No se romperían y la dejarían caer? Los edificios de madera siempre le habían parecido demasiado endebles, de modo que pisó con ligereza por si acaso. Era...

Lift frunció el ceño, se agachó y miró a un lado y luego al otro. ¿Qué había sido eso?

—Dos-dos-uno —dijo Wyndle—, dos-dos-dos...

—¡Portador del Vacío! —susurró Lift—. ¡Calla!

Wyndle dio media vuelta y creció pared arriba cerca de ella. Lift apretó la espalda contra la pared, y entonces dobló una esquina hacia un pasillo lateral y apretó la espalda contra esa pared.

En la alfombra sonaron unas fuertes pisadas de botas.

—No puedo creerte que llames pista a eso —dijo una voz de mujer, que Lift reconoció como la discípula de Oscuridad—. ¿No estuviste en la guardia?

—En Yezier se hacen las cosas de otra forma —replicó un hombre con brusquedad. El otro discípulo—. Aquí todo el mundo es demasiado remilgado. Tendrían que decir lo que piensan y punto.

—¿Esperas que un confidente tashikki te hable a las claras?

—¿Por qué no? ¿No es su trabajo?

Los dos pasaron de largo, por suerte sin mirar hacia el pasillo lateral en el que estaba Lift. Tormentas, esos uniformes que llevaban, con sus botas altas, sus chaquetas rígidas al estilo del este y sus guantes largos, eran imponentes. Parecían generales en el campo de batalla.

Lift anhelaba seguirlos para ver dónde iban. Se obligó a esperar.

Y en efecto, unos segundos más tarde pasó por el pasillo alguien más silencioso. El asesino, con la ropa hecha jirones y la cabeza gacha, llevando aquel espadón —que tenía que ser algún tipo de hoja esquirlada— apoyado en el hombro.

—No lo sé, espada-nimi —dijo en voz baja—. Ya no confío en mi propia mente. —Dejó de hablar y de andar, como si escuchara algo—. Eso no me reconforta, espada-nimi. No, nada de nada...

Siguió a los otros dos, dejando una tenue imagen tras de sí, brillando en el aire. Era casi imperceptible, menos marcada al moverse que en el cuartel general de Oscuridad.

—Oh, ama —dijo Wyndle, enroscándose hacia ella—. ¡Casi expiro del susto! Cuando se ha parado ahí, en el pasillo, ¡estaba seguro de que me había visto de algún modo!

Por lo menos los pasillos estaban oscuros, con casi todas las lámparas de esferas apagadas. Lift, nerviosa, salió al pasillo y siguió al grupo. Se detuvieron en la misma puerta a la que iba ella, y uno sacó una llave. Lift había esperado que se abrieran paso por la fuerza, pero por supuesto no les hacía ninguna falta: tenían autoridad legal.

En realidad, ella también. Qué estrafalario todo.

Los dos discípulos de Oscuridad entraron en la sala. El Asesino de Blanco se quedó fuera, en el pasillo. Se sentó en el suelo frente a la puerta, con su extraña hoja esquirlada en el regazo. Se quedó casi quieto del todo, pero las pocas veces que se movía dejaba atrás aquella imagen que luego se evaporaba.

Lift regresó al pasillo lateral y volvió a apoyar la espalda en la pared. En algún lugar lejano de la Gran Indecisión había alguien gritando para que los demás mantvieran el orden.

—Tengo que entrar en esa sala —dijo Lift—. No sé cómo.

Wyndle se acurrucó en el suelo, enrollando sus enredaderas con fuerza. Lift negó con la cabeza.

—Para entrar, hay que pasar por delante del famélico asesino en persona. Tormentas.

—Lo haré yo —susurró Wyndle.

—A lo mejor podría despistarla —dijo Lift, sin apenas prestar atención—. ¿Hacer que saliera corriendo detrás de algo? Pero eso alertaría a los de dentro.

—Lo haré yo —repitió Wyndle.

Lift echó la cabeza a un lado, consciente por fin de lo que había oído. Bajó la mirada hacia Wyndle.

—¿Despistarla?

—No. —Las enredaderas de Wyndle se enmarañaron unas en torno a otras, tensándose en nudos—. Lo haré yo, ama. Puedo colarme en la sala. No... no creo que sus spren vayan a poder verme.

—¿No lo sabes seguro?

—No.

—Suena peligroso.

Sus enredaderas crujieron al apretarse entre sí.

—¿Tú crees?

—Sí, muchísimo —repuso Lift, y echó un vistazo rápido por la esquina—. Ese tipo de blanco tiene algo que no encaja. ¿Se te puede matar, Portador del Vacío?

—Destruir —matizó Wyndle—. Sí. No es lo mismo que para un humano, pero he visto a spren que... —Dio un suave gemido—. A lo mejor sí que es demasiado peligroso para mí.

—A lo mejor.

Wyndle se aposentó y se enroscó sobre sí mismo.

—Voy a ir de todas formas —susurró.

Lift asintió.

—Escucha, memoriza lo que digan esos dos de dentro y vuelve enseguida. Si pasa algo, chillar con todas tus fuerzas.

—Bien. Escuchar y chillar. Sé escuchar y chillar. Se me dan bien las dos cosas.

Hizo un sonido parecido a respirar hondo aunque, que Lift supiera, no necesitaba respirar. Luego salió disparado hacia el pasillo, una enredadera con cristales engarzados que creció por el suelo rodeando la esquina, pegada a la pared. De sus lados crecían pequeños brotes verdes que cubrían la alfombra.

El asesino no levantó la mirada. Wyndle llegó a la puerta de la sala en la que estaban los dos aprendices de Rompedor del Cielo. Lift no oía ni una palabra de lo que se decía dentro.

Tormentas, cómo odiaba esperar. Había construido su vida en torno a no tener que esperar nada ni a nadie. Hacía lo que quería, cuando quería. Era lo mejor, ¿verdad? Todo el mundo debería poder hacer lo que quisiera.

Pero claro, en ese caso, ¿quién cultivaría la comida? Si el mundo estuviera lleno de gente como Lift, ¿no se marcharían en plena temporada de siembra para ir a cazar lurgs? Nadie protegería las calles ni se sentaría en reuniones. Nadie aprendería a escribir cosas ni a gobernar reinos. Todos corretearían por ahí robándose la comida entre ellos, hasta que no quedara nada y todos cayeran y murieran.

«Tú lo sabías —dijo una parte de ella, poniéndose de pie en su interior, con los brazos en jarras y actitud desafiante—. Conocías la verdad del mundo, hasta cuando fuiste y pediste no envejecer».

Ser joven era una excusa. Una justificación plausible.

Esperó, inquieta por no poder hacer nada. ¿Qué estarían diciendo allí dentro? ¿Habían visto a Wyndle? ¿Estarían torturándolo, amenazándolo con talar sus jardines o algo por el estilo?

«Escucha», susurró una parte de ella.

Pero, por supuesto, no podía oír nada.

Le entraron ganas de acercarse corriendo, hacerles burla a todos y arrastrarlos a una persecución por todo el famélico edificio. Sería mejor que quedarse sentada allí con sus pensamientos, preocupada y culpándose al mismo tiempo.

Cuando siempre estaba ocupada, no tenía tiempo de pensar en cosas. Cosas como que la mayoría de la gente no se largaba corriendo cuando les apetecía. Como que su madre había sido tierna, y amable, y siempre dispuesta a cuidar de todo el mundo. Resultaba inverosímil que pudiera haber alguien en Roshar tan bueno con los demás como lo había sido ella.

No debería haber muerto. O como mínimo, debería haber tenido a alguien la mitad de espléndido que ella para cuidarla mientras se iba consumiendo.

Alguien que no fuese Lift, que era egoísta, estúpida.

Y solitaria.

Se tensó y se preparó para doblar la esquina a la carrera. Pero entonces, por fin, Wyndle llegó serpenteando por el pasillo. Creció a lo largo del suelo a ritmo frenético y volvió con ella, dejando un rastro de polvo contra la pared cuando se desmoronaron sus enredaderas descartadas.

Los dos discípulos de Oscuridad salieron de la estancia al momento siguiente, y Lift se retiró al pasillo lateral con Wyndle. En la sombra, se agachó para evitar que la alcanzara la luz lejana. La mujer y el hombre de uniforme pasaron con potentes pisadas al momento, sin lanzar una sola mirada pasillo abajo. Lift se relajó, acariciando con las yemas de los dedos las enredaderas de Wyndle.

Y entonces pasó el asesino. Se detuvo y miró en la dirección de Lift, con la mano apoyada en la empuñadura de su espada.

Lift contuvo el aliento. «No te hagas maravillosa. ¡No te hagas maravillosa!». Si usaba sus poderes en aquella sombra, brillaría y seguro que entonces el asesino la veía.

Lo único que podía hacer era quedarse agachada mientras el asesino entornaba los ojos, que tenían una forma extraña, como si fuesen demasiado grandes o algo así. Metió la mano en una bolsa que llevaba al cinto y lanzó algo pequeño y brillante al pasillo lateral. Una esfera.

Lift montó en pánico, indecisa entre huir, hacerse maravillosa o quedarse muy quieta. Los miedospren bulleron a su alrededor, iluminados por la esfera que se acercaba rodando, y Lift supo, al cruzar la mirada con el asesino, que podía verla.

Sacó su espada de la vaina una fracción de centímetro. De la hoja se derramó un humo negro que cayó hacia el suelo y se acumuló a sus pies. Lift sintió una repentina y terrible náusea.

El asesino la sopesó con la mirada y entonces devolvió la espada a su vaina con un gesto brusco. Para sorpresa de Lift, se marchó tras los otros dos, dejando atrás aquella tenue imagen. No dijo ni una palabra, y sus pisadas en la alfombra apenas hacían ruido: no eran ni una leve brisa comparadas con los pisotones que daban los otros dos, que Lift seguía oyendo aunque estuvieran a más distancia.

Al poco tiempo, los tres habían llegado a la escalera y se habían perdido de vista.

—¡Tormentas! —exclamó Lift, dejándose caer de espaldas a la alfombra —. ¡Por la famélica Madre del Mundo y el Padre de Tormentas en el cielo! Casi me mata de miedo.

—¡Ya lo creo! —dijo Wyndle—. ¿Has oído mis no-gemidos?

—No.

—Tenía demasiado miedo para hacer ningún ruido!

Lift se incorporó y se secó el sudor de la frente.

—Vaya. Bueno, vale... menuda experiencia. ¿De qué estaban hablando?

—¡Ah! —dijo Wyndle, como si se hubiera olvidado por completo de su misión—. ¡Ama, tenían todo un estudio realizado! Semanas de investigación para identificar rarezas en la ciudad.

—¡Estupendo! ¿Y cuál es la conclusión?

—No lo sé.

Lift volvió a dejarse caer.

—Han hablado de muchísimas cosas que no he entendido —dijo Wyndle —. Pero ama, ¡ellos sí que saben quién es esa persona! Van para allá ahora mismo, a ejecutarla. —Le dio un golpecito con una enredadera—. Así que... ¿quizá deberíamos seguirlos?

—Sí, vale —dijo Lift—. Supongo que podemos hacer eso. No debería ser muy difícil, ¿verdad?



Resultó ser muy, muy difícil.

No podía acercarse demasiado, porque los pasillos se habían vaciado tanto que resultaban siniestros. Y había montones de caminos bifurcados, con estrechos pasillos laterales y habitaciones por todas partes. Añadiendo a eso que había pocas esferas en las paredes, seguir a aquellos tres sería toda una hazaña.

Pero Lift lo consiguió. Fue tras ellos por todo el famélico lugar hasta que llegaron a unas puertas que daban a la ciudad. Lift se las ingenió para salir por una ventana cerca de las puertas y caer entre unas plantas que había al lado de la escalera de fuera. Se quedó allí acurrucada mientras las tres personas a las que seguía cruzaban la repisa desde la que se dominaba la ciudad entera.

Tormentas, qué bien sentaba respirar aire fresco otra vez, aunque hubiera nubes tapando el sol poniente. La ciudad entera se notaba gélida. Ensombrecida.

Y vacía.

Antes había gente arremolinada, subiendo y bajando los peldaños y las rampas del Gran Indisición. Pero ya solo quedaban unos pocos rezagados, e incluso ellos estaban desapareciendo a marchas forzadas, metiéndose en portales, buscando refugio.

El asesino miró hacia el oeste.

—La tormenta se aproxima —dijo.

—Más motivo para darnos prisa —replicó la discípula.

Sacó una esfera de su bolsillo, la alzó delante de ella y absorbió la luz. Fluyó a su interior y la mujer empezó a brillar con su maravilla.

Y entonces, se elevó en el aire.

¡Se elevó en el famélico aire, nada menos!

«¿Pueden volar? —pensó Lift—. Condenación, ¿por qué yo no puedo volar?».

Su compañero se alzó junto a ella.

—¿Vienes, asesino? —La mujer miró hacia la repisa y el hombre vestido de blanco.

—Ya he bailado con esa tormenta una vez —susurró él—. El día en que morí. No.

—A este paso, no ingresarás nunca en la orden.

El asesino guardó silencio. Los dos aprendices flotantes se miraron y el hombre se encogió de hombros. Los dos se elevaron más y salieron despedidos sobre la ciudad, evitando el incordio de tener que cruzar las zanjas.

¡Tenían el famélico poder de volar!

—Tú eres la que él persigue, ¿verdad? —dijo el asesino en voz baja.

Lift hizo una mueca. Luego se levantó y miró con los ojos entrecerrados hacia el lado de la repisa donde estaba el asesino. Él se volvió hacia ella y la miró.

—No soy nadie —dijo Lift.

—Él mata a nadies.

—¿Y tú no?

—Yo mato a reyes.

—Lo cual es muchísimo mejor.

El asesino entornó la mirada y se acuclilló, con la espada enfundada apoyada sobre los hombros y las manos extendidas hacia delante.

—No, no lo es. Oigo sus chillidos, sus exigencias, allá donde veo sombras. Me acosan, intentan arrebatarme la mente, despojarme de mi cordura. Temo que ya lo hayan logrado, que el hombre con quien hablas ya no sepa distinguir lo que es la voz de un desvarío demente y lo que no.

—Vaaale —dijo Lift—. Pero no me has atacado.

—No. A la espada le gustas.

—Qué bien. A mí también me gusta la espada. —Miró hacia el cielo—. Esto... ¿sabes dónde van?

—El informe describía a un hombre a quien han visto desaparecer varias personas en la ciudad. Se metía en un callejón y, cuando alguien llegaba detrás, lo encontraba vacío. Hay gente que afirma haber visto cómo su cara se deformaba y se convertía en otra distinta. Mis compañeros creen que es lo que se llama un Tejedor de Luz, de modo que hay que detenerlo.

—¿Eso es legal?

—Nin se ha procurado un mandato del príncipe que prohíbe todo uso de la potenciación en el país, salvo autorización específica. —Observó a Lift—. Creo que fue el encuentro del Heraldo contigo lo que lo impulsó a acudir derecho a la cima, en vez de mantener su continuo tira y afloja con las autoridades locales.

Lift miró en la dirección hacia donde habían partido los otros dos. El cielo estaba oscureciéndose más, lo que era un mal presagio.

—Sí que se equivoca, ¿verdad? —dijo Lift—. El que dices que es un Heraldo. Dice que los Portadores del Vacío no han regresado, pero sí lo han hecho.

—La nueva tormenta así lo revela —repuso el asesino—. Pero ¿quién soy yo para decirlo? Estoy loco. Aunque creo que el Heraldo también lo está. Eso me obliga a aceptar que las mentes de los hombres no son de fiar. Que necesitamos algo mayor a lo que seguir, que nos guíe. Pero no mi piedra... ¿De qué sirve buscar una ley superior, cuando esa ley puede ser el capricho de un hombre que o bien es estúpido o bien es cruel?

—Vaaale —dijo Lift—. Esto... puedes estar todo lo loco que quieras. No pasa nada. Me cae bien la gente loca. Es divertido ver cómo lamen las paredes, comen piedras y demás. Pero antes de que te pongas a bailar, ¿podrías decirme dónde van esos otros dos?

—No podrás llegar antes que ellos.

—Entonces, ¿qué daño hace decírmelo?

El asesino sonrió, aunque la emoción no pareció extenderse a sus ojos.

—El hombre que puede desaparecer, nuestro supuesto Tejedor de Luz, es un viejo filósofo muy conocido en el barrio de los inmigrantes. Se sienta casi todos los días en un anfiteatro y habla con quien quiera escucharlo. Está cerca...

—... del orfanato Luz de Tashi. Tormentas, tendría que haberlo sabido. Ese tipo es casi tan raro como tú.

—¿Los combatirás, pequeña Radiante? —preguntó el asesino—. ¿Tú sola contra dos aprendices de Rompedor del Cielo? ¿Y con un Heraldo esperando entre bambalinas?

Lift miró a Wyndle.

—No lo sé. Pero tengo que ir de todas formas, ¿no?



Lift dejó fluir su maravilla. Se sumergió a conciencia en el poder, convocando fuerza, velocidad y haciéndose resbaladiza. A la gente de Oscuridad parecía darle igual que los vieran volando por ahí, de modo que Lift decidió que a ella también le daba igual que la vieran.

Dio un salto para alejarse del asesino, volvió resbaladizos sus pies y aterrizó en la rampa lisa que había junto a los peldaños que rodeaban el exterior del edificio. Pretendía salir disparada hacia la ciudad, resbalando por el lado de la escalera.

Por supuesto, duró más o menos un segundo antes de que los pies se le fueran en direcciones distintas y su entrepierna se estrellara contra la piedra. Se encogió con un dolor agudo, pero no le dio tiempo a mucho más, ya que rebotó un par de veces antes de caer por el lado de los altos escalones.

Dio contra el fondo unos instantes después y se hizo un ovillo avergonzado. Su maravilla impidió que se hiciera mucho daño, así que hizo caso omiso a los gritos preocupados de Wyndle mientras crecía pared abajo hacia ella. Se dio la vuelta, se alzó a cuatro patas como pudo y echó a correr hacia la zanja que la llevaría al orfanato.

¡No tenía tiempo para que se le diera mal aquello! Corriendo como una persona normal no llegaría a tiempo. ¡Sus enemigos volaban!
¡Literalmente!

En su mente, visualizaba cómo debía ser. La ciudad entera descendía desde aquella altura central donde estaba la Gran Indigestión. Debería poder deslizarse sobre sus pies resbaladizos y recorrer como una exhalación la calle casi vacía. Debería poder dar palmadas en las paredes que encontrara, en los salientes, en los edificios, y ganar velocidad con cada empujón.

Debería ser como una flecha en pleno vuelo, afilada, dirigida, sin trabas.

Podía verlo. Pero no podía hacerlo. Intentó resbalar de nuevo, pero de nuevo sus pies volaron debajo de ella. En esa ocasión salieron hacia atrás y ella cayó de cara contra la piedra. Vio un fogonazo blanco. Cuando alzó la mirada, la calle vacía se balanceaba delante de ella, pero su maravilla no tardó en curarla.

La calle sombría era una avenida principal, pero estaba desolada y vacía. La gente había retirado los toldos y las carretillas, pero se había dejado la basura. Aquellas paredes la agobiaban. Todo el mundo sabía que era necesario alejarse de los cañones durante una tormenta, para evitar ser arrastrados por la inundación. Y a aquella gente no se le había ocurrido otra cosa que construir toda una famélica ciudad absolutamente en contra de ese principio.

Tras ella, en la lejanía, el cielo retumbó. Pero antes de que llegara esa tormenta, un pobre viejo loco iba a recibir la visita de dos asesinos santurrones. Necesitaba impedirlo. Tenía que impedirlo. No podía explicar por qué.

«Vale, Lift, tranquila. Puedes ser maravillosa. Siempre has sido maravillosa, y ahora tienes mucha maravilla de más. Venga, puedes hacerlo».

Gruño, echó a correr, giró de lado y resbaló. Podía hacerlo, y desde luego que iba a...

Esa vez rozó la esquina de una pared en una intersección y terminó despatarrada en el suelo, con los pies hacia el cielo. Dio otro golpe con la cabeza contra el suelo, frustrada.

—¿Ama? —dijo Wyndle, serpenteando hacia ella—. No me hace ninguna gracia el sonido de esa tormenta...

Lift se levantó, sintiéndose avergonzada y de todo menos maravillosa, y decidió limitarse a correr el resto del camino. Sus poderes le permitían correr deprisa sin cansarse, pero sentía en sus entrañas que no iba a bastar con eso.

Le pareció que transcurría una eternidad antes de detenerse trastabillando fuera del orfanato, con agotaspren arremolinándose a su alrededor. Se le había terminado la maravilla un poco antes de llegar y su estómago protestó con un rugido. El anfiteatro estaba desierto, por supuesto. Tenía el orfanato a su izquierda, tallado en sólida roca, y los asientos del pequeño anfiteatro enfrente. Y más allá, el oscuro callejón, con las chabolas de madera y los edificios bloqueándole la visión.

El cielo se había oscurecido, aunque Lift no sabía si era por la puesta de sol o por la tormenta que llegaba.

Al fondo del callejón, Lift oyó un grave y crudo grito de dolor. Le dio un escalofrío.

Wyndle tenía razón. El asesino tenía razón. ¿Qué estaba haciendo? No podía derrotar a dos soldados entrenados y maravillosos. Se dejó caer, exhausta, en el centro del suelo del anfiteatro.

—¿Entramos? —preguntó Wyndle desde su lado.

—No me queda poder —susurró Lift—. Lo he gastado todo corriendo hasta aquí.

¿Ese callejón siempre había dado tanta sensación de profundidad? Con las sombras de las chabolas, las cortinas y las planchas de madera, el lugar parecía una barricada extendida, con solo el más estrecho pasadizo para cruzarla. Parecía un mundo distinto por completo al resto de la ciudad. Era un reino oscuro y oculto que solo podía existir en las sombras.

Se puso de pie con dificultad y echó a andar hacia el callejón.

—¿Qué estás haciendo? —gritó una voz.

Lift se volvió y encontró a la Tocón de pie en el umbral del orfanato.

—¡Tenías que haber ido a algún refugio! —gritó la mujer—. Niña idiota. —Fue hacia ella y cogió a Lift del brazo para llevarla hacia el orfanato—. No creas que haber entrado significa que vaya a cuidar de ti. Aquí no hay sitio para los que son como tú, y no me vengas fingiendo que estás enferma o cansada. Todo el mundo se pasa el día fingiendo para llevarse lo que tenemos.

Pero por mucho que dijera, soltó a Lift dentro del orfanato, cerró de golpe el portón de madera y lo atrancó.

—Alégrate de que haya mirado fuera para ver quién gritaba. —Observó a Lift y dio un sonoro suspiro—. Supongo que querrás comer.

—Aún me queda una comida —respondió Lift.

—Estoy por dársela a los otros niños —dijo la Tocón—. Después de una broma como esa, ya lo creo que sí. ¡Mira que quedarte fuera chillando! Tendrías que haber ido a un refugio. Si crees que puedes darme pena haciéndote la desamparada, te equivocas.

Se alejó murmurando. Lift estaba en una sala grande y abierta, con niños sentados en esterillas por todas partes, iluminados por una sola esfera de rubí. Los niños parecían asustados, y varios se abrazaban entre ellos. Uno se había tapado las orejas y gemía con el sonido de cada trueno.

Lift se sentó en una esterilla vacía, con una sensación de surrealismo, de estar fuera de lugar. Había llegado corriendo, brillando de poder, dispuesta a enfrentarse a monstruos que volaban surcando el cielo. Pero allí... allí solo era otra niña de la calle huérfana.

Cerró los ojos y escuchó a los demás.

—Tengo miedo. ¿La tormenta durará mucho?

—¿Por qué ha tenido que ir dentro todo el mundo?

—Echo de menos a mi mamá.

—¿Y qué pasa con los tipos del callejón? ¿Estarán bien?

Su incertidumbre vibró a través de Lift. Había estado allí. Tras la muerte de su madre, había estado allí. Había estado decenas de veces desde entonces, en ciudades por todo el territorio. En lugares para niños olvidados.

Había hecho juramento de recordar a la gente como ellos. No lo había pretendido. Fue como que sucedió, sin más. Igual que todo sucedía en su vida, sin más.

—Quiero control —susurró.

—¿Ama? —dijo Wyndle.

—Antes me has dicho que no creías que hubiera venido aquí por ningún motivo de los que te dije. Me has preguntado qué quería.

—Lo recuerdo.

—Quiero control —dijo Lift, abriendo los ojos—. No como un rey ni nada así. Solo quiero poder controlarla un poquito. Mi vida. No quiero que me empuje por ahí la gente, ni el destino, ni nada. Solo... solo quiero ser yo la que elija.

—Sé muy poco de cómo funciona tu mundo, ama —replicó Wyndle, enrollándose sobre la pared y componiendo una cara que sobresalía hacia ella—. Pero me parece un deseo razonable.

—Escucha lo que dicen estos niños. ¿Los oyes?

—Tienen miedo de la tormenta.

—Y de la llamada a esconderse de repente. Y de estar solos. Cuánta incertidumbre...

Desde la sala contigua le llegaba la voz de la Tocón, hablando flojito con uno de sus ayudantes más mayores.

—No sé yo. No es día de alta tormenta. Sacaré las esferas arriba, por si acaso. Ojalá alguien nos dijera lo que está pasando.

—No lo entiendo, ama —dijo Wyndle—. ¿Qué se supone que debo sacar en claro de observarlos?

—Calla, Portador del Vacío —espetó ella, todavía escuchando. Oyendo.

Entonces abrió los ojos. Arrugó la frente, se levantó y cruzó la estancia.

Un chico que tenía una cicatriz en la cara estaba hablando con otro. Miró a Lift cuando notó que se acercaba.

—Oye —le dijo—, yo a ti te conozco. Viste a mi madre, ¿verdad? ¿Dijo cuándo pensaba volver?

¿Cómo se llamaba el chico?

—¿Mik?

—Sí —dijo él—. Mira, yo no tendría que estar aquí, ¿vale? No recuerdo muy bien las últimas semanas, pero... en fin, no soy huérfano. Todavía tengo madre.

Era él, el chico al que habían dejado allí la noche anterior. «Entonces babeabas —pensó Lift—. Y hasta hoy mismo, hablabas como un idiota. Tormentas, ¿qué te he hecho?». No podía curar a quienes eran distintos en la cabeza, o eso creía. ¿Por qué era diferente Mik? ¿Sería porque lo suyo era resultado de una herida, porque no había nacido así?

Lift no recordaba haberlo curado. Tormentas, decía que quería control pero ni siquiera sabía usar lo que tenía. Su carrera hacia el orfanato era suficiente demostración.

La Tocón regresó con paso firme, cargada con una gran bandeja de la que empezó a repartir tortitas a los niños. Llegó a Lift y le dio dos.

—Es la última vez —dijo, levantando un dedo.

—Gracias —musitó Lift mientras la Tocón seguía adelante.

Las tortitas estaban frías, y por desgracia eran de una variedad que ya había probado, las que tenían algo dulce en el centro. Sus preferidas. A lo mejor la Tocón no era mala del todo.

«Es una ladrona y una matona —se recordó Lift mientras comía, restaurando su maravilla—. Está blanqueando esferas y usando el

orfanato de tapadera». Pero quizá incluso una ladrona y una matona pudiera hacer algún bien por el camino.

—Estoy muy confundido —dijo Wyndle—. Ama, ¿qué estás pensando?

Lift miró hacia la gruesa puerta principal. El anciano ya debía de estar muerto. Y a nadie le importaría. Qué narices, seguro que nadie se enteraría siquiera. Un viejo, hallado muerto en un callejón tras la tormenta.

Pero Lift... Lift lo recordaría.

—Vamos —dijo.

Fue hasta la puerta. Cuando la Tocón le dio la espalda para regañar a un niño, Lift levantó el barrote y salió fuera.



El cielo hambriento atronaba, oscuro y furioso. Lift conocía la sensación. Demasiado tiempo entre comidas, buscando cualquier cosa que llevarse a la boca, a toda costa.

La tormenta aún no había llegado del todo, pero a juzgar por los distantes relámpagos, parecía que aquella tormenta nueva no tenía muralla. Su arranque no sería un acontecimiento repentino y majestuoso, sino un lento avanzar. Acechaba como un matón en una callejuela, con la navaja lista, esperando a que pasara su presa.

Lift se acercó a la boca del callejón frente al orfanato y se internó despacio. Pasó entre chabolas que parecían demasiado endebles para resistir una alta tormenta. Aunque la ciudad estuviera construida para minimizar el viento, allí había demasiada basura. Un estornudo vigoroso podía dejar sin hogar a medio callejón.

Y sus habitantes lo sabían también, porque casi todos habían huido a los refugios. Aun así, entrevió alguna cara que otra mirando con recelo entre trapos colgados de ventanas, mientras los expectaspren crecían del suelo junto a ellas como gallardetes rojos. Eran personas demasiado tozudas, o quizás demasiado locas, para que les importara. No los culpaba del todo. ¿Un gobierno dando órdenes repentinamente porque sí y esperando que todos las obedecieran? Eran cosas a las que ella no solía hacer mucho caso.

Solo que aquella gente tendría que haber visto el cielo, oído el trueno. Un relámpago rojo iluminó el entorno. Aquel día, esa gente debería haber hecho caso.

Siguió avanzando poco a poco por el callejón y llegó a un lugar de sombras indefinidas. Entre las nubes del cielo y que todo el mundo se había llevado sus esferas, era casi imposible ver nada. El único sonido era el del cielo. Tormentas, ¿el viejo estaría allí de verdad? Quizás se hubiera puesto a salvo en algún refugio. El grito de antes podría no tener ninguna relación, ¿verdad?

«No —pensó—. Sí que la tiene». Sintió otro escalofrío. Bueno, pues si el anciano estaba allí, ¿cómo iba Lift a encontrar su cadáver?

—Ama —susurró Wyndle—. No me gusta nada este sitio, ama. Algo anda mal.

Todo andaba mal. Todo había andado mal desde el primer día en que Oscuridad la persiguió. Lift siguió adelante, pasando junto a sombras que posiblemente serían ropa tendida en cuerdas entre chabolas. En la penumbra, parecían cuerpos retorcidos y rotos. El siguiente relámpago de la tormenta que se aproximaba no ayudó mucho a paliar la sensación: su luz roja hizo que las paredes y las chozas parecieran pintadas de sangre.

Pero ¿tan largo era ese callejón? Lift sintió una oleada de alivio cuando, por fin, tropezó con algo en el suelo. Bajó el brazo y palpó un brazo cubierto de tela. Un cadáver.

«Te recordaré», pensó Lift, inclinándose y entrecerrando los ojos, intentando distinguir la forma del hombre.

—Ama —gimoteó Wyndle. Lift notó cómo le envolvía la pierna y apretaba, como un niño aferrándose a su madre.

¿Qué era eso? Escuchó mientras el silencio del callejón dejaba paso a un sonido chasqueante, rasposo. La rodeaba por todas partes. Y entonces reparó en que el cuerpo que estaba palpando no parecía envuelto en una shiqua. La tela del brazo era demasiado dura, demasiado gruesa.

«Madre —pensó Lift, aterrorizada—. ¿Qué está pasando?».

Un relámpago le permitió avistar un instante el cadáver. Un rostro de mujer miraba hacia el cielo con ojos que no veían. Un uniforme blanco y negro, teñido de carmesí por el relámpago y cubierto de una especie de sustancia sedosa.

Lift dio un respingo, saltó hacia atrás y topó con algo que había allí, otro cadáver. Dio media vuelta y el sonido de repiqueteo, los chasquidos, parecieron agitarse. El siguiente relámpago fue lo bastante brillante para permitir a Lift distinguir un cuerpo apretado contra la pared del callejón, atado a parte de una chabola, con la cabeza girada a un lado. Lo conocía, igual que conocía a la mujer del suelo.

«Los dos compinches de Oscuridad —pensó—. Están muertos».

—Una vez oí una idea interesante, viajando por una tierra que tú nunca visitarás.

Lift se quedó petrificada. Era la voz del anciano.

—Hay un grupo de gente que cree que cada día, al dormir, mueren — siguió diciendo el anciano—. Creen que la conciencia no continúa, que si se interrumpe, nace una nueva alma cuando el cuerpo despierta.

«Tormentas, tormentas, ¡tormentas!», pensó Lift, dándose la vuelta. Las paredes parecían moverse, cambiar, resbalar como si estuvieran cubiertas de aceite. Intentó apartarse de los cadáveres, pero... ya no sabía dónde estaban. ¿Había venido desde esa dirección o llevaba más al fondo de aquel callejón de pesadilla?

—Esa filosofía —dijo la voz del anciano— sin duda tiene sus inconvenientes, al menos a ojos de un observador externo. ¿Qué hay de la memoria, de la continuidad de la cultura, la familia, la sociedad? Los omnizi enseñan que todo eso se hereda por la mañana del alma anterior que habitaba el cuerpo. En ciertas estructuras cerebrales quedan grabados recuerdos, para ayudarte a vivir tu único día de vida de la mejor manera posible.

—¿Qué eres? —susurró Lift, mirando frenética a su alrededor, intentando encontrar sentido a la oscuridad.

—Lo que más interesante encuentro de esa gente es que continúen existiendo en absoluto —dijo él—. Cabría pensar que se desataría el caos si todo ser humano creyera de verdad que solo le queda un día de vida. A menudo me pregunto qué dice sobre vosotros que esa gente, con esas creencias tan radicales, lleve unas vidas que son, en esencia, iguales que las de los demás.

«Ahí estás», pensó Lift al distinguirlo entre las sombras. La silueta de un hombre, aunque cuando llegó el fagonazo de un relámpago, vio que no estaba allí del todo. Le faltaban trozos de carne. Su hombro derecho terminaba en un muñón, y ¡tormentas!, iba desnudo y tenía extraños agujeros en la tripa y los muslos. Hasta le faltaba un ojo. Pero no había sangre, y una sucesión rápida de relámpagos le reveló algo que estaba trepando por sus piernas. Cremlinos.

De ahí venían los chasquidos. Había miles y miles de cremlinos recubriendo las paredes, cada uno del tamaño de un dedo. Pequeñas bestezuelas quitinosas de patitas traqueteantes, haciendo ese espantoso zumbido.

—Lo que tiene esa filosofía es que es muy difícil de refutar —prosiguió el anciano—. ¿Cómo sabes que el tú de hoy es el mismo que el tú de ayer? Nunca lo sabrías, si llegara un alma nueva a ocupar tu cuerpo, siempre que tuviera los mismos recuerdos. Pero claro, si se comporta igual y cree que es tú, ¿qué importancia tiene? ¿Qué es ser tú, pequeña Radiante?

Durante los relámpagos, que estaban volviéndose más frecuentes, vio cómo un cremlino cruzaba su rostro, con una protuberancia bulbosa en el lomo. El bicho se le metió en la cuenca del ojo, y Lift cayó en la

cuenta de que aquel bulbo era precisamente un ojo. Otros cremlinos ascendieron por su cuerpo y empezaron a llenar huecos, a componer el brazo que faltaba. Cada uno tenía una parte del lomo parecida a la piel, que dejaba hacia fuera mientras usaba las patas para unirse a los muchos otros que ya se sostenían entre sí dentro del cuerpo.

—Para mí —dijo—, todo esto no es más que pura teoría, ya que, al contrario que tú, yo no duermo. O al menos, no todo yo a la vez.

—¿Qué eres? —preguntó Lift.

—Solo otro refugiado.

Lift retrocedió. Ya no le importaba volver en la dirección desde la que llegaba, siempre que pudiera alejarse de aquella cosa.

—No tienes por qué temerme —dijo el anciano—. Tu guerra es mi guerra, como lo ha sido desde hace milenios. Los antiguos Radiantes me llamaron amigo y aliado antes de que todo se torciera. Qué días tan maravillosos fueron aquellos, antes de la Última Desolación. Días de honor. Perdidos, perdidos desde hace mucho.

—¡Has matado a esos dos! —siseó Lift.

—En defensa propia. —El anciano rio—. Bueno, supongo que es mentira. No eran capaces de matarme, así que no puedo argumentar defensa propia más de lo que podría argumentarla un soldado que asesinara a un niño. Pero sí me han pedido, aunque no con tantas palabras, un duelo y se lo he concedido.

Dio un paso hacia ella y otro relámpago lo reveló flexionando los dedos de su mano recién formada mientras el pulgar, un solo cremlino con finas patitas en la parte de abajo, ocupaba su lugar enlazándose con los otros.

—Pero tú —dijo la cosa— no has venido por un duelo, ¿verdad que no? Vigilamos a los otros. Al asesino. Al cirujano. A la mentirosa. Al alto príncipe. Pero no a ti. Todos los demás te ignoran y eso, aventuraría yo, se revelará como un error.

Sacó una esfera, que bañó el lugar con una luz fantasmal, y sonrió a Lift. Ella vio las líneas que se entrecruzaban en su piel, los puntos de unión entre los cremlinos, pero casi no se notaban nada entre las arrugas de un cuerpo envejecido.

Pero aquello era solo la semblanza de un anciano. Una falsificación. Bajo aquella piel no había sangre ni músculo. Había centenares de cremlinos, colaborando para componer un hombre fingido.

Había muchos, muchos más cremlinos correteando por las paredes que iluminaba la esfera de aquella cosa. Lift vio que, de algún modo, había

rodeado el cuerpo del soldado caído y retrocedía hacia una pared entre dos chabolas. Miró hacia arriba. No parecía muy difícil de escalar, con la luz que había pasado a tener.

—Si huyes —dijo la cosa—, él matará a quien tú quieras salvar.

—No creo que vaya a pasarte nada.

El monstruo soltó una risita.

—Esos dos necios se equivocaron. No soy yo a quien persigue Nale. Sabe que no le conviene acercarse a mí y a los míos. No, hay alguien más. Esta noche acechará a esa persona y completará su tarea. Nale, demente, Heraldo de la Justicia, no es de los que se dejan asuntos por resolver.

Lift vaciló, con la mano ya en el alero de una choza, lista para izarse y empezar a escalar. Los cremlinos de las paredes —nunca había visto tantos a la vez— se apartaron a los lados, dejándole espacio para pasar.

Sabía que le convenía dejarla escapar, si ella quería. Monstruo listo.

Cerca de ella, bañado en una luz clara que parecía refulgente como una hoguera en comparación con la que Lift había cruzado a tropezones, la criatura desenvolvió una shiqua negra. Empezó a rodearse el brazo derecho con ella.

—Me gusta este lugar —explicó—. ¿Dónde más tendría excusa para cubrirme el cuerpo entero? He dedicado miles de años a criar mis hordinos, y aun así no logro que encajen bien del todo. Ya hace un tiempo que puedo hacerme pasar por humano casi tan bien como un siah, diría yo, pero si alguien se fija en mí de cerca nota que algo va mal. Es más bien frustrante.

—¿Qué sabes de Oscuridad y sus planes? —exigió Lift—. ¿Y de los Radiantes y los Portadores del Vacío y de *todo*?

—Es una lista bastante exhaustiva —repuso él—. Y te confesaré que no soy yo a quien deberías preguntar. Mis hermanos están más interesados en vosotros, los Radiantes. Si alguna vez te encuentras con otro de los Insomnes, dile que has hablado con Arclo. Estoy seguro de que te ganará sus simpatías.

—Eso no ha sido una respuesta. No del tipo que quería.

—No estoy aquí para responderte, humana. Estoy aquí porque me interesa, y tú eres la fuente de mi curiosidad. Cuando uno alcanza la inmortalidad, debe hallar un propósito más allá de la lucha por la vida, como decía siempre el viejo Axies.

—Pareces haber hallado el propósito de hablar por los famélicos codos —dijo Lift—, sin servir de nada a nadie.

Trepó al techo de la chabola, pero no siguió hacia arriba. Wyndle escaló la pared junto a ella, y los cremlinos se apartaron de él. ¿Podrían sentirlo?

—Estoy sirviendo de mucho más que si resolviera tu nimio problema personal. Estoy construyendo una filosofía, una con un significado que abarque las eras. Verás, niña, puedo criar lo que necesite. ¿Se me llena la mente? Pues crío nuevos hordinos especializados en retener recuerdos. ¿Necesito sentir lo que ocurre en la ciudad? Hordinos con ojos adicionales, o antenas para saborear y oír, y problema resuelto. Con el tiempo, puedo crear cualquier cosa que necesite para mi cuerpo.

»Pero vosotros... vosotros tenéis que conformaros con un solo cuerpo. ¿Cómo lo lográis? Vengo sospechando que los habitantes de una ciudad forman parte de un organismo mayor que les es invisible, como los hordinos que componen a los míos.

—Cuánto me alegra —dijo Lift—. Pero has dicho que Oscuridad está persiguiendo a otra persona. ¿Crees que aún no habrá matado a su presa en la ciudad?

—Ah, estoy seguro de que no. Está dándole caza en estos momentos. Sabrá que sus esbirros han fracasado.

La tormenta retumbó en el cielo, ya cerca. Lift anhelaba marcharse, buscar refugio, pero...

—Dímelo —pidió—. ¿Quién es?

La criatura sonrió.

—Es un secreto. Y estamos en Tashikk, ¿verdad? ¿Negociamos? Si me respondes con sinceridad a mis preguntas, te daré una pista.

—¿Por qué yo? —dijo Lift—. ¿Por qué no incordiar a otro con estas preguntas, en otro momento?

—Ah, pero tú eres muy interesante.

Se envolvió la cintura con la shiqua, la bajó por una pierna, subió por esa misma y cruzó a la otra. Sus cremlinos se desplazaron por su cuerpo. Algunos le subieron a la cara y sus ojos salieron reptando, reemplazados por otros nuevos que lo hicieron pasar de ser ojos oscuros a ojos claros. Habló mientras seguía vistiéndose.

—Tú, Lift, eres distinta a todos los demás. Si cada ciudad es una criatura, entonces tú eres el órgano más especial de todos. Viajar de

lugar en lugar, llevando el cambio, la transformación. Los Caballeros Radiantes... debo saber cómo os veis a vosotros mismos. Será un pilar importante de mi filosofía.

«Soy especial —pensó Lift—. Soy maravillosa. Entonces, ¿por qué no sé qué hacer?».

Su miedo secreto afloró. La criatura siguió hablando con sus extrañas palabras, de ciudades, de pueblos y de sus lugares. Alabó a Lift, pero cada comentario dejado caer sobre lo especial que era la hacía crisparse. Casi había llegado la tormenta, y Oscuridad estaba a punto de asesinar en plena noche. Y lo único que ella podía hacer era agacharse en presencia de dos cadáveres y un monstruo hecho de piececitas reptantes.

«Escucha, Lift. ¿Escuchas? La gente ya no escucha».

—Sí, pero ¿cómo supo tu ciudad natal que debía crearte? —estaba diciendo la criatura—. Yo puedo criar piezas individuales que hagan cualquier cosa que te desee. ¿Qué te crio a ti? ¿Y por qué esta ciudad ha podido convocarte ahora?

De nuevo la misma pregunta: «¿Por qué estás aquí?».

—¿Qué pasa si no soy especial? —susurró Lift—. ¿Estaría bien de todos modos?

La criatura calló y la miró. En la pared, Wyndle gimió.

—¿Y si llevo mintiendo desde el principio? —preguntó Lift—. ¿Y si no soy maravillosa del todo? ¿Y si no sé qué hacer?

—El instinto te guiará, sin duda.

«Me siento perdida, como una soldado en el campo de batalla que no recuerda cuál es su estandarte», dijo la voz de la capitana de la guardia.

Escuchar. Estaba escuchando, ¿verdad?

«La mitad del tiempo tengo la sensación de que hasta los reyes están confundidos por lo que les echa encima el mundo». La voz de Ghenna, la escriba.

Ya nadie escuchaba.

«Ojalá alguien nos dijera lo que está pasando». La voz de la Tocón.

—Pero ¿y si te equivocas? —susurró Lift—. ¿Y si ese instinto que dices no nos guía? ¿Y si todo el mundo está asustado y nadie tiene las respuestas?

Era la conclusión que siempre la había intimidado plantearse. La aterraba.

Pero ¿tenía que aterrirla? Miró pared arriba, donde Wyndle estaba rodeado de cremlinos que le tiraban mordiscos. Su propio y pequeño Portador del Vacío.

«Escucha».

Lift titubeó y luego le dio unas palmaditas. Tenía... tenía que aceptarlo y punto, ¿verdad?

Por un instante, sintió un alivio comparable a su terror. Estaba en la oscuridad, pero en fin, quizá pudiera ingeníárselas de todos modos. Lift se levantó.

—Me marché de Azir porque estaba asustada. Vine a Tashikk porque es donde me trajeron mis famélicos pies. Pero esta noche... esta noche he *decidido* estar aquí.

—¿Qué insensateces dices? —preguntó Arclo—. ¿En qué ayuda esto a mi filosofía?

Lift ladeó la cabeza cuando cayó en la cuenta de algo, como si notara una descarga de energía. «Anda, mira qué cosas pasan».

—Yo no curé a ese chico —susurró.

—¿Qué?

—La Tocón intercambia esferas por otras de menos valor, seguramente opacas por infusas. Blanquea dinero porque necesita la luz tormentosa. ¡Seguro que se alimenta de ella sin saber lo que hace! —Lift miró a Arclo, sonriendo—. ¿No lo ves? Se ocupa de los niños que nacieron enfermos, deja que se queden. Es porque sus poderes a esos no saben curarlos. Pero los demás mejoran. Lo hacen tan a menudo que ella ha empezado a sospechar que los niños llegan fingiendo para que les dé comida. La Tocón es una Radiante.

La criatura Insomne la miró a los ojos y suspiró.

—Hablaremos más en otro momento. Al igual que Nale, no soy de los que se dejan asuntos por resolver.

Lanzó por el callejón su esfera, que tintineó contra la piedra y rodó de vuelta al orfanato. Iluminando el camino mientras Lift saltaba y echaba a correr.



El trueno la persiguió. El viento aullaba por las zanjas de la ciudad y los vientospren la adelantaban zumbando, como huyendo de la extraña tormenta. El aire empujaba la espalda de Lift y hacía volar papeles y basura a su alrededor. Llegó al anfiteatro de la boca del callejón y arriesgó una mirada a su espalda.

Se detuvo de sopetón, aturdida.

La tormenta recorría el cielo, un majestuoso y terrible yunque negro surcado de relámpagos rojos. Era gigantesca, dominando el cielo entero, con diabólicos fogonazos de luz interior.

Las gotas de lluvia empezaron a picotearle la piel y, aunque la tormenta no traía muralla, el viento ya empezaba a hacerse tempestuoso.

Wyndle creció en un círculo a su alrededor.

—¿Ama? Oh, ama, esto es mal asunto.

Lift dio un paso atrás, estupefacta por la masa bullente de negro y rojo. Los relámpagos caían sobre las zanjas y el trueno la alcanzaba con tanta fuerza que sentía como si debiera lanzarla hacia atrás por los aires.

—¡Ama!

—Dentro —dijo Lift, corriendo a trompicones hacia la puerta del orfanato.

Estaba tan oscuro que apenas distinguía la pared, pero, al llegar, reparó al instante en que algo fallaba. La puerta estaba abierta.

La habrían cerrado después de que ella saliera, ¿verdad? Pasó al interior. La sala estaba negra, inescrutable, pero tanteando la puerta notó que el barrote estaba partido en dos. Posiblemente desde fuera, y con un arma que hacía tajos limpios a la madera. Una hoja esquirlada.

Temblando, Lift buscó a tientas por el suelo la parte cortada del barrote y consiguió colocarlo en su sitio, para atrancar de nuevo la puerta. Se volvió hacia la sala, escuchando. Oía los gemidos de los niños, sollozos ahogados.

—Ama —susurró Wyndle—, no puedes enfrentarte a él.

«Ya lo sé».

—Hay Palabras que debes pronunciar.

«No servirán».

Esa noche, las Palabras eran la parte fácil.

Costaba no contagiarse del miedo de los niños a su alrededor. Lift se descubrió temblando y dejó de andar cerca del centro de la habitación. No podía avanzar poco a poco, tropezando con otros chicos, si quería detener a Oscuridad.

En algún punto lejano de algún piso del orfanato, oyó pisadas. Pasos firmes de botas sobre los suelos de madera de la primera planta.

Lift recurrió a su maravilla y empezó a brillar. La luz se alzó de sus brazos como el vapor de una parrilla caliente. No era muy refulgente, pero en aquella habitación sumida en la oscuridad total, bastaba para revelarle a los niños que había oído. Se quedaron callados, mirándola con asombro.

—¡Oscuridad! —gritó Lift—. ¡Ese al que llaman Nin, o Nale! ¡Nakku, el Juez! Estoy aquí.

Las pisadas de arriba cesaron. Lift cruzó la sala, pasó a la siguiente y miró por el hueco de una escalera ascendente.

—¡Soy yo! —gritó por él—. La que intentaste matar, y fracasaste, en Azir.

La puerta que salía al anfiteatro traqueteó bajo el azote del viento, como si alguien intentara entrar desde fuera. Las pisadas se reanudaron y Oscuridad apareció en la cima de la escalera, sosteniendo una esfera de amatista en una mano y una brillante hoja esquirlada en la otra. El fulgor violeta le iluminaba la cara desde abajo, resaltando el mentón y los pómulos pero dejándole los ojos a oscuras. Parecían huecos, como las cuencas de la criatura que Lift había conocido fuera.

—Me sorprende ver que aceptas el juicio —dijo Oscuridad—. Creía que te quedarías en tu supuesta seguridad.

—Ya —respondió Lift—. ¿Sabes el día en que el Todopoderoso repartía los sesos a la gente? Ese día yo salí a buscar pan ácimo.

—Vienes aquí durante una alta tormenta —dijo Oscuridad—. Estás atrapada aquí dentro conmigo, y sé de tus crímenes en esta ciudad.

—Pero volví el día en que el Todopoderoso repartía hermosura. ¿Qué te distrajo a ti?

El insulto no pareció surtir efecto, aunque era de sus favoritos. Oscuridad dio la impresión de fluir como el humo mientras empezaba a bajar peldaños, con pasos cada vez más suaves y su uniforme ondeando como por un viento invisible. Tormentas, qué aspecto tan oficial tenía en aquel traje de largas mangas y aquella chaqueta lisa. Era como la viva encarnación de la ley.

Lift fue hacia la derecha, alejándose de los niños, internándose más en la planta baja del orfanato. Desde allí llegaba un olor a especias, de modo que permitió que su nariz la guiara hacia una cocina oscura.

—Por la pared —ordenó a Wyndle, que creció a lo largo de ella junto al umbral.

Lift afanó un tubérculo de la encimera, se agarró a Wyndle y trepó. Acalló su maravilla y se volvió oscura mientras llegaba al techo, colgada de las finas enredaderas de Wyndle.

Oscuridad entró por debajo de ella y miró primero a la derecha y luego a la izquierda. No miró hacia arriba, por lo que, cuando dio un paso adelante, Lift se dejó caer a su espalda.

Oscuridad se volvió al instante, lanzando un tajo con aquella hoja esquirlada, empuñada con una sola mano. El filo atravesó la pared de la puerta y pasó a un dedo de Lift, que se había apartado saltando hacia atrás.

Dio contra el suelo y estalló de luz con su maravilla, haciendo resbaladizo su trasero para deslizarse por el suelo lejos de él y terminar topando con la pared justo debajo de los peldaños. Desenmarañó sus extremidades y empezó a subir la escalera a gatas.

—Eres un insulto para la orden que te correspondería —dijo Oscuridad, siguiéndola a grandes pasos.

—Ya, supongo —replicó Lift—. Tormentas, soy un insulto para mí misma casi todos los días.

—Por supuesto que lo eres —afirmó Oscuridad mientras llegaba al pie de la escalera—. Esa frase no tiene significado.

Lift le sacó la lengua, una táctica absolutamente racional y razonable para combatir a un semidiós. A él no pareció molestarle, pero claro, Oscuridad tenía un pegote de cera de oreja costrosa en lugar de corazón. Qué tragedia.

La primera planta del orfanato estaba llena de habitaciones más pequeñas a su izquierda. A su derecha, otro tramo de escalones llevaba más arriba. Lift se lanzó hacia la izquierda, casi atragantándose con el largorraíz sin cocinar, buscando a la Tocón. ¿La habría encontrado Oscuridad? En varias habitaciones había camas para los niños. Así que la Tocón no los ponía a dormir en aquella sala grande; se habrían congregado allí por la tormenta.

—¡Ama! —exclamó Wyndle—. ¿Tienes algún plan?

—Puedo crear luz tormentosa —dijo Lift, dando un bufido e invocando un poco de maravilla para comprobar la habitación del otro lado del pasillo.

—Sí. Incomprensible, pero cierto.

—Él no. Y le costará encontrar esferas, porque nadie esperaba la tormenta que ha llegado en pleno Llanto, así que...

—Ah... ¡A lo mejor, podemos agotarlo!

—No puedo luchar contra él —dijo Lift—. Parece la mejor alternativa. Pero a lo mejor tengo que volver abajo a por más comida.

¿Dónde estaba la Tocón? No había ninguna señal de que se ocultara en aquellos dormitorios, pero tampoco había ni rastro de su cadáver asesinado.

Lift volvió corriendo al pasillo. Oscuridad dominaba el otro extremo, el más próximo a la escalera. Caminó despacio hacia ella, empuñando su hoja esquirlada en un extraño agarre inverso, con el lado peligroso apuntado hacia detrás de él.

Lift acalló su maravilla y dejó de brillar. Tenía que agotarlo, así que quizás le haría creer que ella iba escasa para que no se preocupara de ahorrar.

—Lamento tener que hacer esto —dijo Oscuridad—. En otros tiempos, te habría dado la bienvenida como hermana.

—No —replicó Lift—. En realidad no lo lamentas, ¿verdad? ¿Puedes sentir siquiera algo parecido al lamento?

Oscuridad se detuvo en el pasillo, sosteniendo aún la esfera por delante para ver. Parecía estar planteándose en serio su pregunta.

Bueno, pues tocaba moverse. No podía permitir que la arrinconara, y eso a veces significaba embestir hacia el tipo que llevaba una famélica hoja esquirlada. Mientras Lift se arrojaba contra él, Oscuridad adoptó una postura de esgrima y dio un paso adelante para descargar su golpe.

Lift se echó a un lado y se resbaladizó, esquivó la espada y resbaló por el suelo a la izquierda del hombre. Lo rebasó, pero tuvo la sensación de que había sido demasiado fácil. Oscuridad la observaba con ojos cautelosos y perceptivos. Había esperado fallar el golpe, Lift estaba segura.

Oscuridad dio media vuelta y avanzó de nuevo hacia ella, con paso rápido para evitar que bajara la escalera hacia la planta baja. El movimiento la obligó a acercarse a los peldaños ascendentes. Oscuridad parecía querer que fuese en esa dirección, de modo que Lift optó por retroceder por el pasillo. Por desgracia, en aquel lado solo había una habitación, la de justo encima de la cocina. Abrió la puerta de una patada y miró dentro. Era el dormitorio de la Tocón, con una cómoda y ropa de cama. Pero sin el menor rastro de la propia Tocón.

Oscuridad siguió avanzando.

—Tienes razón. Parece que por fin me he liberado de los últimos vestigios de remordimiento que una vez sentí por cumplir con mi deber. Honor me ha imbuido, me ha cambiado. Llevaba mucho tiempo esperándolo.

—Estupendo. Así que ahora eres como una especie de spren sin emociones.

—Oye —dijo Wyndle—, eso es ofensivo.

—No —respondió Oscuridad, que no podía oír a Wyndle—. Soy un mero hombre, perfeccionado. —Hizo un gesto hacia ella con su esfera—. Los hombres necesitan luz, niña. Solos estamos en la oscuridad y nos movemos caprichosos, basándonos en mentes subjetivas y mutables. Mas la luz es pura, no cambia dependiendo de nuestros caprichos diarios. Sentir culpabilidad por seguir un código a rajatabla es desperdiciar emociones.

—¿Y sentir otras emociones no, en tu opinión?

—Hay muchas emociones útiles.

—Que tú sientes que no veas, a todas horas.

—Por supuesto que las... —Dejó la frase en el aire y, de nuevo, pareció plantearse lo que había dicho Lift. Ladeó la cabeza.

Lift saltó hacia delante, haciéndose resbaladiza de nuevo. Él defendía la escalera descendente, pero Lift tenía que rebasarlo de todos modos y volver abajo. Coger comida y seguir subiendo y bajando hasta que Oscuridad agotara todo su poder. Predijo que atacaría con la espada y, mientras lo hacía, Lift se arrojó de nuevo a un lado, con el cuerpo entero resbaladizo salvo la palma de la mano, para dirigirse.

Oscuridad soltó su esfera y se movió con una velocidad repentina e inesperada, ardiendo en luz tormentosa. Soltó también la hoja esquirlada, que se deshizo en humo, y desenvainó un cuchillo del cinturón. Mientras Lift pasaba, apuñaló hacia el suelo y le atrapó la ropa.

¡Tormentas! Una herida normal la habría sanado su maravilla. Si Oscuridad hubiera intentado agarrarla, habría sido demasiado resbaladiza y se habría escabullido. Pero el cuchillo se clavó en la madera y la atrapó por la cola de su chaqueta, deteniéndola de sopetón. Resbaladiza como estaba, pareció que rebotaba y se deslizaba de vuelta hacia él.

Oscuridad sacó la mano a un lado y volvió a invocar su hoja mientras Lift se afanaba, frenética, por liberarse. El cuchillo se había clavado hondo y Oscuridad no había retirado la mano. ¡Tormentas, qué fuerte era! Lift le mordió el brazo, pero fue en vano. Intentó quitarse la chaqueta, resbaladizándose ella pero no la prenda.

La hoja esquirlada apareció y Oscuridad la alzó. Lift se revolvió, medio cegada por la chaqueta, que ya tenía medio por encima de la cabeza y apenas dejaba que viera nada. Pero pudo sentir cómo aquella hoja descendía hacia ella...

Algo hizo: «¡Ploc!», y Oscuridad gruñó.

Lift miró como pudo y vio a la Tocón de pie en los peldaños de arriba, sosteniendo un gran madero. Oscuridad sacudió la cabeza, intentando despejarla, y la Tocón volvió a atizarle.

—Deja en paz a mis niños, monstruo —gruñó ella.

La mujer goteaba. Había llevado sus esferas al terrado del edificio para cargarlas. Pues claro, allí era donde estaba. ¡Si lo había dicho antes!

Alzó el madero por encima de su cabeza. Oscuridad suspiró y trazó un arco con su hoja que cortó la pieza de madera por la mitad. Desclavó su daga del suelo, liberando a Lift. «¡Sí!».

Y entonces le propinó un puntapié que la envió deslizándose pasillo abajo sobre su propio cuerpo resbaladizo, completamente descontrolada.

—¡No! —gritó Lift, retirando su maravilla.

Rodó hasta detenerse. Le tembló la visión mientras Oscuridad se volvía hacia la Tocón y la agarraba por el cuello, la levantaba de la escalera y la arrojaba al suelo. La mujer mayor crujío al caer y se quedó laxa, inmóvil.

Entonces Oscuridad la apuñaló, no con su hoja, sino con el cuchillo. ¿Por qué? ¿Por qué no acabar con ella?

Se volvió hacia Lift, ensombrecido por la esfera que había soltado, en aquellos momentos más monstruo que la cosa Insomne que Lift había visto en el callejón.

—Sigue viva —dijo Oscuridad a Lift—, pero sangra y está inconsciente.
—Apartó su esfera de un puntapié—. Es demasiado nueva para saber cómo alimentarse de luz tormentosa en su estado. A ti tendré que empalarte y esperar a que estés muerta del todo. Pero a esta puedo dejarla desangrándose. Ya está sucediendo.

«Puedo curarla», pensó Lift, desesperada.

Y él lo sabía. Estaba tendiéndole una trampa.

Ya no tenía tiempo para hacerle agotar su luz tormentosa. Con la hoja esquirlada apuntando hacia Lift, era de verdad solo una silueta. Oscuridad. Verdadera Oscuridad.

—No sé qué hacer —dijo Lift.

—Pronuncia las Palabras —sugirió Wyndle, a su lado.

—Ya las he dicho, en el corazón.

Pero ¿de qué servirían?

Poca gente escuchaba algo que no fueran sus propios pensamientos. Pero ¿de qué le iba a servir escuchar en la situación en que se hallaba? Lo único que oía era el ruido de la tormenta fuera, el relámpago que hacía vibrar las piedras.

Trueno.

Una nueva tormenta.

«No puedo derrotarlo. Tengo que hacerlo cambiar».

Escucha.

Lift corrió hacia Oscuridad, invocando toda la maravilla que le quedaba. Oscuridad dio un paso adelante, daga en una mano, hoja esquirlada en la otra. Se acercó a él, que de nuevo protegía la escalera descendente. Saltaba a la vista que esperaba que Lift intentara bajar o se detuviera junto al cuerpo inconsciente de la Tocón para intentar curarla.

Lift no hizo nada de eso. Resbaló hasta más allá de los dos, giró y subió los peldaños por los que acababa de descender la Tocón.

Oscuridad soltó un reniego y lanzó un tajo contra ella, pero falló. Lift llegó a la segunda planta y Oscuridad se lanzó a la carga tras ella.

—La estás dejando morir —le advirtió, persiguiéndola mientras Lift encontraba otro tramo más pequeño de escalones que subían. Al exterior, con un poco de suerte. Tenía que hacer que la siguiera...

Le cerraba el paso una trampilla en el techo, pero la abrió. Salió a la mismísima Condenación.

Vientos temibles, interrumpidos por aquellos espantosos relámpagos rojos. Una horrible tempestad de lluvia lacerante. El «techo» era solo la llanura que coronaba la ciudad, y Lift no acertó a ver la cesta de esferas de la Tocón. La lluvia era demasiado cegadora, el viento demasiado terrible. Se alejó un paso de la trampilla, pero de inmediato tuvo que agacharse y agarrarse a las rocas. Wyndle formó unos asideros para ella, gimoteando. La sostuvo con fuerza.

Oscuridad salió a la tormenta, pasando por aquel agujero en la cima de la colina. La vio y fue hacia ella, alzando su hoja esquirlada como un hacha.

Atacó.

Lift chilló. Soltó las enredaderas de Wyndle y alzó las dos manos por encima de ella.

Wyndle dio un largo y suave suspiro, derritiéndose, transformándose en una larga vara de metal plateado.

Paró la hoja descendente de Oscuridad con su propia arma. No era una espada. Lift no sabía ni un crem sobre espadas. Su arma era solo una vara plateada. Brillaba en la oscuridad y detuvo el golpe de Oscuridad, aunque el impacto le dejó los brazos temblando.

Au , dijo la voz de Wyndle en su cabeza.

La lluvia aporreaba a su alrededor, y unos relámpagos carmesíes caían detrás de Oscuridad, dejando nítidas imágenes residuales en los ojos de Lift.

—¿Crees que puedes combatirme, niña? —gruñó él, manteniendo su hoja contra la vara de ella—. ¿A mí, que he tenido vidas inmortales? ¿A mí, que he aniquilado a semidioses y sobrevivido a Desolaciones? Soy el Heraldo de la Justicia.

Y entonces Lift gritó:

—¡Escucharé a aquellos que han sido ignorados!

—¿Qué? —dijo Oscuridad, brusco.

—¡Oí lo que dijiste, Oscuridad! ¡Intentabas impedir la Desolación! ¡Mira detrás de ti! ¡Niega lo que estás viendo!

El relámpago quebró el aire y el viento aulló en la ciudad. Sobre las tierras de cultivo, el brillo de rubí mostró a un grupo apiñado de personas. Un grupo triste y lamentable. Los pobres parshmenios a los que habían desterrado.

El relámpago rojo pareció permanecer con ellos.

Les brillaban los ojos.

—No —dijo Nale. La tormenta pareció amainar, brevemente, con sus palabras—. Es un acontecimiento aislado. Parshmenios que habían... que habían sobrevivido con sus formas

—¡Has fracasado! —gritó Lift—. Ha llegado.

Nale alzó la mirada hacia los nubarrones, que retumbaban de poder y relucían con el brillo incesante de la luz roja en su interior.

En ese momento pareció, para sorpresa de Lift, que emergía algo del interior de Nale. Sería estúpido por su parte creer que, con todo lo que estaba pasando, con la lluvia, el viento y el relámpago rojo, podría apreciar alguna diferencia en sus ojos. Pero Lift habría jurado que así era.

Pareció enfocarse, como quien despierta de una modorra. La espada cayó de sus dedos y se deshizo en neblina.

Entonces Nale cayó de rodillas.

—Tormentas. Jezrien... Ishar... Es cierto. He fracasado.

Agachó la cabeza.

Y se echó a llorar.

Resollando, notándose empapada y dolorida por la lluvia, Lift bajó su vara.

—Fracasé hace semanas —dijo Nale—. Lo supe entonces. Oh, Dios. Dios Todopoderoso. ¡Ha regresado!

—Lo siento —dijo Lift.

Él la miró, con el rostro iluminado por los incisantes relámpagos, sus lágrimas mezclándose con la lluvia.

—De verdad lo sientes —dijo él, y se palpó la cara—. Yo no siempre fui así. Es cierto que estoy empeorando, ¿verdad? Es cierto.

—No lo sé —respondió Lift.

Y entonces, por instinto, hizo una cosa que jamás habría creído posible.

Abrazó a Oscuridad.

Él se aferró a Lift, aquel monstruo, aquel ser desalmado que una vez fue un Heraldo. Se aferró a ella y sollozó en la tormenta. Luego, con un trueno, se apartó de ella. Trastabilló en la roca mojada, empujado por los vientos, y empezó a brillar.

Salió disparado hacia el cielo oscuro y se desvaneció. Lift se levantó con esfuerzo y corrió hacia abajo para curar a la Tocón.



No tienes por qué ser una espada —dijo Lift. Estaba sentada en la cómoda de la Tocón, porque la mujer no tenía un escritorio como debía ser del que apropiarse.

—Las espadas son tradicionales —objetó Wyndle.

—Pero no tienes por qué ser una.

—Está claro que no —repuso él en tono ofendido—. Sí tengo que ser de metal. Existe una conexión entre nuestro poder, cuando se condensa, y el metal. Dicho eso, he oído historias de spren que se convertían en arcos. No sé cómo harían la cuerda. ¿Puede ser que los Radiantes lleven su propia cuerda?

Lift asintió, pero en realidad apenas estaba escuchando. ¿A quién le importaban los arcos, las espadas y demás? Aquello dejaba abiertas toda clase de posibilidades más interesantes.

—Me pregunto qué aspecto tendría como espada —dijo Wyndle.

—¡Ayer te pasaste todo el día protestando por si golpeaba a alguien contigo!

—No quiero ser una espada que se blanda, evidentemente. Pero hay algo majestuoso en una hoja esquirlada, algo que puede exhibirse. Sería una hoja esquirlada muy buena, me parece a mí. Muy regia.

Alguien llamó a la puerta de abajo y Lift se animó un momento. Pero por desgracia, no sonaba como la escriba. Oyó a la Tocón hablando con alguien de voz suave. La puerta se cerró al poco tiempo y la Tocón subió la escalera y pasó a la habitación de Lift con una enorme bandeja de tortitas.

Lift oyó rugir su estómago y se puso de pie en la cómoda.

—A ver, esas tortitas son tuyas, ¿verdad?

La Tocón, tan demacrada como siempre, se quedó parada.

—¿Qué importancia tiene?

—¡Muchísima! —respondió Lift—. No son para los niños. Esas ibas a comértelas tú, ¿verdad?

—¿Una docena de tortitas?

—Sí.

—Claro —dijo la Tocón, poniendo los ojos en blanco—. Finjamos que iba a comérmelas todas yo sola.

Las dejó en la cómoda al lado de Lift, que empezó a masticar a dos carrillos. La Tocón cruzó sus brazos huesudos y miró hacia atrás.

—¿Quién llamaba? —preguntó Lift.

—Una madre. Ha llegado insistiendo, avergonzada, en que quería recuperar a su hijo.

—¿En serio? —dijo Lift, entre bocados de tortita—. ¿La madre de Mik ha vuelto de verdad a por él?

—A todas luces sabía que la enfermedad de su hijo era fingida. Todo formaba parte de una estafa para... —La voz de la Tocón se fue perdiendo.

«Anda», pensó Lift. La madre no podía saber que Mik estaba curado. Había sucedido el día anterior, y la ciudad era un caos después de la tormenta. Por suerte, allí no había sido tan grave como podría haberlo sido. Que las tormentas soplaran en una u otra dirección no importaba demasiado en Yeddaw.

Pero Lift estaba ansiosa por informarse sobre el resto del imperio. Parecía que había vuelto a torcerse todo, solo que esa vez de una forma nueva.

Aun así, estaba bien recibir buenas noticias. «La madre de Mik ha vuelto de verdad. Supongo que sí que ocurrirá de vez en cuando».

—He estado curando a los niños —dijo la Tocón. Se pasó un dedo por la shiqua, que Oscuridad había atravesado de lado a lado. Estaba lavada, pero la tela seguía manchada de sangre—. ¿Estás segura de eso?

—Sí —dijo Lift con la boca llena de tortita—. Deberías tener una cosita rara por ahí cerca. No yo, ojo. Una cosita más rara. ¿Como una enredadera, quizá?

—Un spren —dijo la Tocón—. No es como una enredadera. Es como luz reflejada en la pared por un espejo...

Lift lanzó una mirada a Wyndle, que estaba colgado de la pared, cerca de ella. Asintió con su cabeza de enredaderas.

—Vale, sirve. Enhorabuena. Eres una famélica Caballera Radiante, Tocón. Has estado atiborrándote de esferas y sanando a niños. Supongo que compensa un poco que los trates como a ropa vieja, ¿verdad?

La Tocón contempló a Lift, que siguió masticando tortitas.

—Yo habría pensado que los Caballeros Radiantes serían más majestuosos —dijo la Tocón.

Lift hizo un gesto de burla a la mujer, sacó la mano a un lado e invocó a Wyndle en la forma de un enorme y titilante tenedor plateado. Un tenedor esquirlado, por así decirlo.

Lo clavó en las tortitas, pero por desgracia las atravesó por completo a ellas, al plato y dejó tres agujeros en la cómoda de la Tocón. Aun así, consiguió levantar una tortita.

Lift le dio un mordisco enorme.

—Majestuosos como las mismísimas góndolas de Condenación —proclamó, y meneó a Wyndle en dirección a la Tocón—. Y que conste que lo he dicho a lo fino, para que mi tenedor no me llame grosera.

La Tocón pareció no encontrar respuesta a aquello, aparte de mirar a Lift con la mandíbula caída. La rescató de quedarse con pinta de tonta alguien que aporreaba la puerta abajo. Un ayudante de la Tocón fue a abrir, pero la mujer se apresuró a bajar la escalera cuando oyó quién era.

Lift dejó marchar a Wyndle. Comer con las manos era más fácil que con tenedor, por bonito que fuese el tenedor. Wyndle adoptó de nuevo su forma de enredadera y se enroscó en la pared.

Al poco, Ghenna, la escriba gorda de la Gran Indiferencia, entró en la habitación. Por la forma en que la Tocón prácticamente rascaba el suelo al inclinarse ante la mujer, Lift pensó que quizás Ghenna fuese más importante de lo que había creído. Pero seguro que no tenía un tenedor mágico.

—En general —dijo la escriba—, no frecuento domicilios como este. La gente suele acudir a mí.

—Se te nota —replicó Lift—. Está claro que andar, no andas mucho.

La escriba dio un bufido y dejó una cartera en la cama.

—Su majestad imperial está algo molesto porque interrumpiéramos la comunicación. Pero se ha mostrado comprensivo, como debe ser, dados los acontecimientos recientes.

—¿Qué tal va el imperio? —preguntó Lift, masticando una tortita.

—Sobrevive —respondió la escriba—, pero es un caos. Los pueblos pequeños son los que más daños sufrieron, pero aunque la tormenta duró más que una alta tormenta, el viento no fue tan intenso. Lo peor fueron los relámpagos, que alcanzaron a muchos desafortunados que viajaban.

La mujer desempaquetó sus herramientas: un tablero de vinculacaña, papel y pluma.

—Su majestad imperial se ha alegrado mucho de que te pusieras en contacto conmigo, y ya ha enviado un mensaje interesándose por tu salud.

—Dile que aún no he comido bastantes tortitas ni de lejos —ordenó Lift—. Y que tengo una verruga muy rara en el dedo del pie que vuelve a salir cuando la corto. Creo que es porque me curo a mí misma con mi maravilla, que es un famélico incordio.

La escriba la miró, suspiró y leyó el mensaje que Gawx había enviado a Lift. Decía que el imperio iba a sobrevivir, pero que le costaría tiempo recuperarse, sobre todo si la tormenta seguía volviendo una y otra vez. Y luego estaba el asunto de los parshmenios, que podían revelarse como un peligro incluso mayor. No quería compartir secretos de estado por vinculacaña. Más que nada, quería saber si Lift estaba bien.

Y más o menos, lo estaba. La escriba se puso a redactar lo que le había dicho Lift, que bastaría para que Gawx supiera que estaba bien.

—Además —añadió Lift mientras la mujer escribía—, he encontrado a otra Radiante, solo que es vieja que no veas y se parece un poco a un cangrejo malnutrido sin caparazón. —Miró a la Tocón y levantó los hombros a modo de media disculpa. Seguro que ya lo sabía. Tenía espejos, ¿no?—. Pero en realidad es bastante simpática y cuida de los niños, así que deberíamos reclutarla o algo. Si tenemos que luchar contra Portadores del Vacío, puede mirarlos con cara de muy pocos amigos. Seguro que no lo soportan y se lo cuentan todo sobre la vez que se comieron todas las galletas y echaron la culpa a Huisi, la chica que no habla bien.

Huisi roncaba, así que se lo merecía.

La escriba puso los ojos en blanco, pero lo escribió todo. Lift asintió, terminándose la última tortita, que tenía una textura gruesa, casi harinosa.

—Muy bien —proclamó, levantándose—, van nueve. ¿Dónde está la última? Estoy preparada.

—¿La última? —preguntó la Tocón.

—Diez tipos de tortitas —dijo Lift—. Por eso vine a esta famélica ciudad. Ya me he comido nueve. ¿Dónde está la última?

—La última es la dedicada a Tashi —dijo la escriba sin prestar mucha atención, mientras escribía—. Es más una idea que una entidad real. Cocinamos nueve y dejamos la última en su memoria.

—Un momento —dijo Lift—. Entonces, ¿solo hay nueve?

—Sí.

—¿Me ha mentido todo el mundo?

—Yo no diría que...

—¡Condenación! Wyndle, ¿dónde ha ido el Rompedor de Cielos ese? Tiene que enterarse de eso. —Señaló a la escriba y luego a la Tocón—. Dejó estar todo eso del blanqueo de dinero porque le insistí yo. Pero cuando se entere de que has estado mintiendo sobre tortitas, es muy posible que no pueda contenerlo.

Las dos se la quedaron mirando, como si se creyeran inocentes. Lift negó con la cabeza y bajó de un salto de la cómoda.

—Perdonad —dijo—, tengo que encontrar el excusado de Radiantes. Es una forma fina de decir...

—Está abajo —la interrumpió la Tocón—. A la izquierda. En el mismo sitio que esta mañana.

Lift las dejó y corrió escalera abajo. Guiñó el ojo a un huérfano que la miraba en la sala principal antes de escabullirse por la puerta, con Wyndle en el suelo a su lado. Respiró hondo el aire fresco, todavía húmedo por la Eterna Tormenta. El suelo estaba salpicado de restos, tablones partidos, ramas caídas y telas echadas a perder, que se acumulaban contra los muchos escalones que sobresalían de la calle.

Pero la ciudad había sobrevivido y la gente ya estaba trabajando en su limpieza. Llevaban toda la vida a la sombra de las altas tormentas. Se habían adaptado, y seguirían adaptándose.

Lift sonrió y echó a andar calle abajo.

—¿Nos marchamos, entonces? —preguntó Wyndle.

—Ajá.

—Así, tal cual, sin despedidas.

—No.

—Va a ser así siempre, ¿verdad? Vagaremos hasta llegar a una ciudad pero, antes de tener tiempo de echar raíces, volveremos a marcharnos.

—Exacto —dijo Lift—. Aunque esta vez, he pensado que podríamos vagar de vuelta a Azimir y el palacio.

Wyndle se quedó tan patidifuso que dejó que Lift se adelantara. Luego se apresuró a alcanzarla, emocionado como un cachorro de sabueso-hacha.

—¿De verdad? Oh, ama, *¿de verdad?*

—A mí me parece que nadie sabe lo que está haciendo con su vida, ¿verdad? —respondió ella—. Así que Gawx y esos visires tan estirados van a necesitarme. —Se dio un golpecito en la cabeza—. Lo tengo pensado.

—¿Qué tienes pensado?

—Nada en absoluto —dijo Lift, con una confianza tremenda.

«Pero escucharé a aquellos que han sido ignorados —pensó—. Incluso a gente como Oscuridad, a quien preferiría no haber escuchado nunca. Quizá sirva de algo».

Cruzaron la ciudad, remontaron la rampa y pasaron junto a la capitana de la guardia, que estaba allí de servicio ocupándose de un número incluso mayor de refugiados, que acudían a la ciudad porque habían perdido sus hogares en la tormenta. La mujer vio a Lift y estuvo a punto de saltar de sus propias botas por la sorpresa.

Lift sonrió y sacó una tortita del bolsillo. A aquella mujer la había visitado Oscuridad por culpa suya. Esas cosas la ponían a una en deuda. Así que lanzó la tortita —en realidad, ya más bien habría que llamarla pelotita— a la capitana y usó la luz tormentosa que había sacado de las demás para empezar a curar las heridas de los refugiados.

La capitana la observó en silencio, sosteniendo su tortita, mientras Lift recorría la cola e insuflaba su luz tormentosa a todo el mundo como si quisiera demostrar que no tenía mal aliento.

Fue un famélico trabajo muy duro. Pero para eso estaban las tortitas, para hacer sentir mejor a los niños. Cuando hubo terminado, ya sin luz tormentosa en su interior, saludó con gesto cansado y se marchó por la llanura que rodeaba la ciudad.

—Muy caritativo por tu parte —comentó Wyndle.

Lift se encogió de hombros. Tampoco le parecía haber supuesto mucha diferencia: había curado a unas pocas personas y ya está. Pero al menos eran de las que solía olvidar e ignorar la mayoría de los demás.

—Una caballera mejor que yo podría decir: curemos a todo el mundo —dijo Lift.

—Gran proyecto. Quizá demasiado grande.

—Y demasiado pequeño a la vez —repuso Lift, metiéndose las manos en los bolsillos.

Caminaron un rato. Lift no habría sabido explicarlo bien, pero sabía que se aproximaba algo más importante. Y tenía que llegar a Azir.

Wyndle carraspeó. Lift se preparó para escuchar sus quejas sobre lo que fuese en esa ocasión, como lo absurdo que era llegar caminando hasta allí desde Azimir solo para volver andando otra vez dos días después.

—Era un tenedor muy regio, ¿no te lo ha parecido? —preguntó en vez de protestar.

Lift le lanzó una breve mirada, sonrió e inclinó la cabeza a un lado.

—¿Sabes, Wyndle? Es raro, pero empiezo a pensar que a lo mejor resulta que no eres un Portador del Vacío, al final.

Nota final

Lift es uno de mis personajes favoritos de «El Archivo de las Tormentas», a pesar de que hasta el momento ha tenido muy poco tiempo en pantalla. La estoy preparando para un papel más importante en el futuro de la serie, pero eso me plantea algunos desafíos. Para cuando Lift pase a ser un personaje principal de la saga, ya habrá pronunciado varios de los juramentos y no me acababa de gustar la idea de dejar a los lectores sin el contexto de cómo los pronunciaba.

Mientras trabajaba en el tercer libro de «El Archivo de las Tormentas», reparé también en un pequeño problema de continuidad. Cuando volvamos a ver al Heraldo Nale en ese libro, ya habrá aceptado que su obra de muchos siglos (vigilar y asegurarse de que no regresan los Radiantes) ha dejado de ser relevante. Se trata de un cambio importante en su persona y en sus objetivos como individuo y tampoco me acababa de gustar la idea de que se diera cuenta de ello fuera de pantalla.

Danzante del Filo, pues, era una oportunidad de solucionar ambos problemas, y también de dar a Lift su propio papel protagonista.

En parte, me encanta escribir sobre Lift por la forma en que puedo colar el crecimiento del personaje y algunos momentos significativos en frases que, por lo demás, son raras o suenan un poco tontas. Por ejemplo, en su relato de *Palabras Radiantes*, Lift puede decir que lleva tres años teniendo diez, en plan broma, y se toma como un presagio sumado a una carcajada, pero luego evoluciona en el hecho de que de verdad cree que dejó de envejecer a los diez años. (Y tiene buen motivo para creerlo).

Estas cosas, como escritor, no pueden hacerse con la mayoría de los personajes.

También he aprovechado esta historia para enseñar el pueblo tashikki, que, al no tener personajes principales con punto de vista, era poco probable que viera mucho desarrollo en la serie principal.

El plan inicial para esta novela corta era que tuviera unas 18.000 palabras. Terminó en torno a las 40.000. En fin. Son cosas que pasan a veces. (Sobre todo si eres yo).



BRANDON SANDERSON. Nacido el 19 de diciembre de 1975, creció en Lincoln, Nebraska. Vive en Utah con su esposa e hijos y enseña escritura creativa en la Universidad Brigham Young.

En 2005 debutó ante los lectores con *Elantris*, la novela que marcó un auténtico hito en el género de la fantasía épica e inició el Cosmere, el fascinante universo que comparten la mayoría de sus obras.

Desde entonces Sanderson ha publicado *El aliento de los dioses* (2009), una novela en un solo volumen en la línea de *Elantris* y ha iniciado una magna y descomunal decalogía, «*El Archivo de las Tormentas*», de la que ya ha publicado las dos primeras entregas, *El camino de los reyes* (2010) y *Palabras radiantes* (2014).

Con *El imperio final*, publicada en 2006, empezó una saga imprescindible del Cosmere, «*Nacidos de la Bruma*» (*Mistborn*), de la que ya forman parte, *El pozo de la ascensión* (2007), *El héroe de las eras* (2008), *Aleación de Ley* (2011) y *Sombras de identidad* (2015), y que previsiblemente estará formada por cuatro trilogías y una novela intermedia.

Más allá del Cosmere, Sanderson es también autor de la trilogía «*The Reckoners*», «*Infinity Blade*» («*La Espada Infinita*»), *El Rithmatista* (2013) y de la serie para jóvenes iniciada con *Alcatraz contra los bibliotecarios malvados* (2007).

Además Brandon fue elegido por Harriet McDougal Rigney, en 2007, como el continuador de *A Memory of Light*, el volumen final de la famosa serie «La rueda del tiempo» que el fallecido Robert Jordan no pudo terminar. Finalmente Sanderson, con el beneplácito de la viuda de Jordan, lo convirtió en una trilogía, *La tormenta* (2009), *Torres de Medianoche* (2010) y *Un recuerdo de luz* (2013).

Notas

Notas de Handerwym, de Terris Interior a *Alomante Jak y los Pozos de Eltania*

[1] Ciertamente, ese fue el resultado del valiente, aunque quizá insensato, plan de Jak. Ver capítulo veintiséis. En estos momentos, Jak lleva tres capítulos como «rey» de los koloss y ha sobrevivido a los últimos desafíos a su autoridad mientras se aproxima a los secretos que guarda el clan respecto al Tesoro del Superviviente. <<

[2] Ver *Alomante Jak y la Máscara de las Eras*, capítulo catorce. Sin embargo, allí Jak escribe que se trataba de un busto del lord Nacido de la Bruma. <<

[3] Cabría preguntarse por qué Jak sentía la necesidad de escapar, dado que no había descubierto si estaba preso o no, ni tampoco había probado a salir por la boca de la cueva. Si el lector se hace esta pregunta, permítaseme recordarle las anteriores *dieciocho veces* en las que Jak despertó con dolor de cabeza al principio de un capítulo. En todas ellas era alguna clase de prisionero. <<

[4] Jak es absoluta y felizmente ignorante de los estudios modernos sobre los koloss, que indican que rara vez (si es que llegan a hacerlo) emplean la piel humana de verdad como trofeo. Es más, los relatos que afirman que comen seres humanos son grandes exageraciones. <<

[5] En realidad, yo estaba durmiendo. Había sido un día muy largo. Seguro que me habría preocupado por él si se me hubiese ocurrido hacerlo. La cama que me proporcionaron los koloss, por cierto, era sorprendentemente cómoda. <<

[6] Ver capítulo veinticinco para saber cómo descubrimos su juramento de no dañar a los terrisanos y para leer su explicación sobre el respeto que me han mostrado durante nuestras aventuras. Es una cuestión que me suscita cierto interés. <<

[7] ¿No acaba de mencionar el whiskey que acostumbra a beber en la fonda? Quizá las madrigueras de ladrones no cuenten como lugares donde se requiere claridad mental. <<

[8] En efecto, según redactó esa frase, Jak se volvió invisible durante una línea de texto. Y no, no me permite modificarla. <<

[9] Esto... <<

[10] Técnicamente, es probable que sea cierto. <<

[11] Bueno, ya era demasiado tarde para eso después del primer volumen... <<

[12] Debo reconocer un saludable escepticismo respecto al episodio lameparedes de Jak. Según mis investigaciones, es altamente improbable hallar estaño puro de ese modo, dentro de una formación cavernosa natural. Ni siquiera la casiterita, un mineral estannífero de cierta relevancia, debería estar presente en la zona, y de todos modos quizá sea demasiado impura, en términos alománticos, para producir efecto alguno. Pero Jak sí dice la verdad respecto a haber perdido su comportamiento de estaño. Lo encontré en el suelo del campamento después de su segunda captura, lleno y sin abrir. <<

[13] Ver capítulo siete para encontrar la aparición más reciente de Lyndip. Repetiré aquí lo que dije allí: yo no vi, ni he visto jamás, a esa supuesta ave parlante y no estoy en condiciones de confirmar su existencia. <<

[14] Y eso que los Inmortales Sin Rostro son una característica mitológica del camino, no del supervivencialismo. Esta mezcolanza teológica nunca ha parecido preocupar a Jak. <<

[15] Sospecho que Jak alucinaba durante toda esta sección, como resultado del traumatismo craneal. Mientras me encargaba de revisar sus escritos, en varias ocasiones deseé padecer su misma aflicción. <<

[16] Una vez mencioné a Jak que mi pueblo, el pueblo de Terris, se consideró salvaje, al menos según los registros que nos dejó Armonía. Él me puso una mano en el hombro y me dijo: «No te preocupes. Me enorgullece considerar a un salvaje amigo mío». Fue tan sincero que no me atreví a explicarle lo insultante que estaba siendo. <<

[17] Considero que esa versión fuerza los límites de la verosimilitud, incluso para tratarse de una historia de Jak. Es más probable que los koloss lo bajaran desde arriba. <<

[18] Esa frase concluye este capítulo y da paso al siguiente. Y no, yo tampoco sé cómo Jak pudo escribir el último párrafo después de sellar la carta en sus pantalones. En todo caso, dudo que el lector considere que esto será el final de Jak, ya que este volumen de recopilación contiene tres capítulos de los cuales el anterior era solo el primero. Sin embargo, muchos lectores de las cartas semanales publicadas en el periódico sí temieron por la vida de Jak. Igual que temieron al final de los anteriores trescientos episodios. A menudo me hallo deseando poder

localizar a esas personas y descubrir a quién vendieron el contenido de sus cráneos y a cambio de qué suma. Personalmente, prefiero con mucho el público de los volúmenes encuadrados como este. Su profundo aprecio por mis anotaciones demuestra su superioridad en gusto e intelecto. <<

[19] Ver *Alomante Jak y las aguas del horror* para encontrar varios otros ejemplos, igualmente inverosímiles, de Jak cruzando a nado corrientes fuertes y espumosos rápidos. Siempre acabo preguntándome cómo es que esos acontecimientos de extrema gravedad nunca transcurren en mi presencia. <<

[20] No estoy seguro de qué ocurrió con la lluvia que tan fundamental fue para su huida en el anterior episodio. Jak ya no vuelve a mencionarla. <<

[21] Un «desde» mal puesto es el menor de los problemas de Jak, de modo que opté por dejarlo. Sí que pude eliminar dieciséis comas superfluas de esta página. Además, Jak opina que la palabra «koloss» queda mejor con un signo de exclamación en el centro, por motivos que aún no alcanzo a comprender. Los he retirado por el bien de mi propia cordura, aunque me temo que la medida llega demasiado tarde. <<

[22] Ajá. <<

[23] Por rocambolesca que suene la descripción que hace Jak del oasis, lo he visto con mis propios ojos y debo secundarla. Los colores de las rocas recuerdan a unas huellas y el estanque parece tener forma de punta de lanza. Los koloss no hablan a nadie del lugar. Por increíble que parezca, Jak encontró de verdad la situación del Tesoro del Superviviente. Lo considero una prueba de que Armonía vela por todos nosotros, pues solo una deidad haría gala de un sentido del humor tan cruel como para permitir una y otra vez que un hombre como Jak acabe teniendo porque sí unos éxitos tan apabullantes. <<

[24] Para saber más sobre esa revelación, ver el capítulo veinticinco de este relato. <<

[25] O dicho de otro modo: «No podía escapar de inmediato pero quería estar listo para correr chillando como un niño a la primera oportunidad que se presentara, de modo que me levanté». <<

[26] Bueno, en realidad no. Pero lo acepto. Debo resaltar que lo que Jak afirma aquí, por desgracia, es cierto. He visto el proceso con mis propios ojos, igual que otros estudiosos, y se acepta en general que esta descripción de la práctica se ajusta a la realidad. Es cierto que intenté explicárselo a Jak en varias ocasiones. <<

[27] No estoy seguro de que tal cosa sea posible. Sería como dividir un conjunto vacío. <<

[28] Lo que, por supuesto, no impidió que los editores del periódico incluyeran un detallado boceto de esta escena en su impresión original del capítulo. <<

[29] El penúltimo episodio de esta historia concluía aquí en su impresión original, lo que, según tengo entendido, estuvo a punto de provocar revueltas y motivó una edición especial del periódico al día siguiente, que contenía la conclusión del relato. Por suerte, habíamos enviado juntos los tres capítulos en un solo paquete. Nunca deja de sorprenderme que a la gente le interesen las crudas narraciones de Jak, en lugar de esperar a mi edición anotada y más razonable. Esta falta de criterio en una parte del público general es precisamente uno de los motivos que me llevaron a abandonar Elendel y viajar por los Áridos en un principio. Era eso o pegarme un tiro, y mi juramento de pacifismo como mayordomo me prohíbe derramar sangre. <<

[30] Los estudios demuestran que los individuos con sangre koloss no son, por término medio, menos inteligentes que los humanos normales, aunque por supuesto no se cumple lo mismo en los koloss completos que aceptan la transformación. Ni en la mayoría de los aventureros. <<

[31] Enseñé esta escena a Elizandra y reaccionó estallando en carcajadas. Que el lector saque sus propias conclusiones. Debo señalar, sin embargo, que cuando yo he hablado con ella del tema, no me ha parecido ni por asomo tan avergonzada de su linaje, aunque es cierto que nos lo ocultó a todos al principio. <<

[32] Más risas aquí. Si el lector conoce a Zandra, quizá se haya dado cuenta de que cualquier frase con menos de tres improperios y un comentario sobre la cuestionable paternidad de Jak no se le puede atribuir fielmente. Pero es verdad que parece tenerle cierto cariño. Por algún motivo. <<

[33] Si queda alguien confundido, Jak el primero, es cierto que esa es la forma de convertirse en un koloss completo. Sus hijos nacen con pieles que van desde el azul hasta un gris moteado, pero no tienen el tono azul profundo de un verdadero koloss. Esos niños suelen ser humanos, aunque cuentan con generosos dones de capacidad física. A cada niño se le ofrece la elección de hacer la transformación final en su duodécimo cumpleaños. Quienes no aceptan transformarse, deben abandonar la tribu y unirse a la sociedad humana. Según mis estimaciones, muchos de ellos se marchan... pero el mismo número de humanos, descontentos con sus vidas en las ciudades, se dirigen a las tribus koloss para unirse a ellas, aceptando la transformación. A partir

de ese momento, no se hace ninguna distinción entre quienes eran humanos en un principio y quienes tenían sangre koloss. <<

[34] No es suficiente para abstenerse de llamarlos salvajes, por supuesto.
<<

[35] Creo que esta es la única cita exacta de Elizandra en todo el relato. Me confesó que había amenazado a Jak con dispararle en... ejem... en su identidad masculina si no la incluía en la narrativa oficial. <<

[36] Lo cual significa exactamente 33,46 metros. Volví más tarde y lo sondeé. <<

[37] Sí, soy consciente de que Jak ha citado el poema en seis ocasiones distintas a lo largo de este relato y lo ha hecho de un modo un poco diferente cada vez. No, no me permite modificar el texto para hacerlo consistente. <<

[38] Si el lector posee conocimientos sobre flotabilidad y presión, quizás debería detenerse aquí en lugar de hacer los cálculos matemáticos para deducir lo que podría conseguirse con una sola bocanada de aire en esas circunstancias. <<

[39] Si solo era necesario un poco de aire para elevar el tesoro, cabe preguntarse por qué la persona que más aires se da en todo el mundo necesitó la mencionada vejiga de oveja. <<

[40] En fin... <<

[41] Sí, se olvidaron de mí. <<

[42] Y así llegamos al final de un nuevo volumen anotado. Estoy seguro de que el lector exigente, elegante y respetable sabrá apreciar mis continuados y sufridos esfuerzos para mantener vivo a Jak, aunque solo sea porque sospecho que estos relatos anotados le proporcionan un particular entretenimiento en las largas tardes de invierno. Me despido, pues. Jak promete más aventuras y misterio, pero yo me conformaré con hacer una promesa más humilde. Intentaré que puntúe bien sus cartas por una vez en la vida. De las dos tareas, considero la mía con mucho la más difícil.

Handerwym de Terris Interior

17 de hammondar, 341. <<

